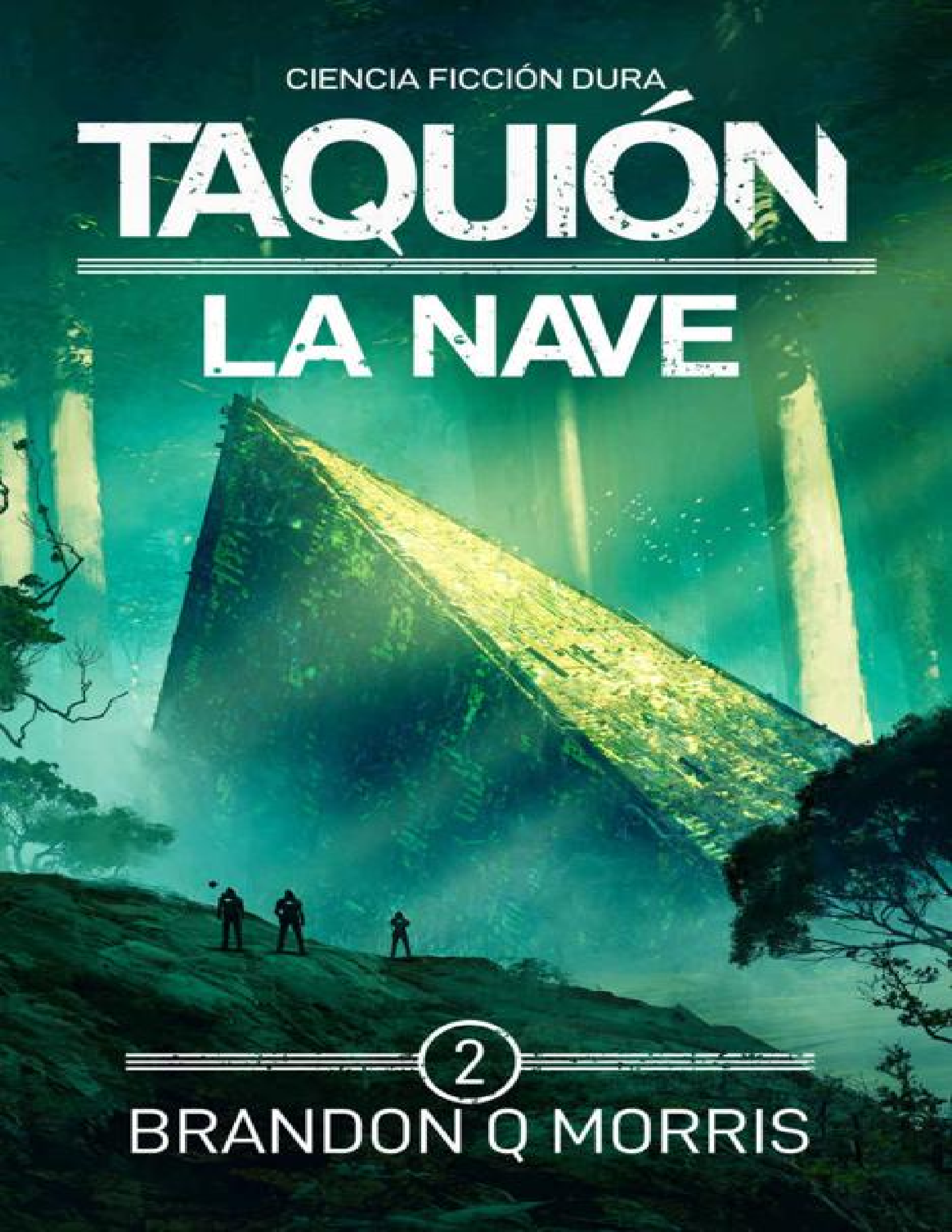
CIENCIA FICCIÓN DURA

TAQUIÓN

LA NAVE



2

BRANDON Q MORRIS

TAQUIÓN 2: LA NAVE

Ciencia ficción dura

Taquión

Libro 2

BRANDON Q. MORRIS

Traducido por

TOMAS IBARRA CERVANTES



Índice

Taquión 2: La Nave
Al abrigo de la hoguera
La nube local - Guía de viaje

«Todo conocimiento es local, toda verdad es parcial.
Ninguna verdad puede hacer que otra verdad sea falsa.
Todo conocimiento es parte del conocimiento total.
Una vez que has visto el patrón más amplio, no puedes volver a ver la parte como el todo.»

Ursula K. Le Guin, *Cuatro caminos hacia el perdón*

Taquión 2: La Nave





13 de Hathor de 225, Terra Nova

—¡Me cago en la puta, joder! —protestó Talut.

El colector se estrelló en el nivel raíz. El cinturón le cortó los hombros. Talut se protegió la sensible máscara con los brazos hasta que el colector volvió a estabilizarse. ¿De cuánto tiempo disponía? Ya oía crujidos. La madera seca no podría sostener el colector. Pateó la palanca de accionamiento con todas sus fuerzas y el vehículo oruga dio un bandazo. Casi al mismo tiempo, escoró hacia la derecha y Talut se golpeó la cabeza con el larguero izquierdo.

«¡Caray!» Ayer, este atajo había sido perfectamente seguro. ¿Desde cuándo se formaba una grieta de la noche a la mañana? El colector rodó hacia atrás a pesar de que Talut aceleraba a fondo. Las cadenas cedían, triturando la madera seca bajo ellas hasta convertirla en polvo que le picaba en los ojos.

Ni una chispa ahora. La densa atmósfera de dióxido de carbono normalmente impedía el fuego. Pero aquí abajo, en las entrañas del planeta, las algas producían oxígeno a partir del calor, que se acumulaba hasta que algún idiota como Talut rasgaba la superficie. Junto con el polvo de madera finamente disperso, estaba destinado a producir una mezcla explosiva. «Idiota». Esa era la palabra correcta. El colector estaba siendo atraído, sin piedad, hacia las profundidades, ¿qué tiraba de él? El tanque de recolección. Tenía que deshacerse de él, aunque los demás le echaran la bronca.

Estaba medio lleno, y perderían el trabajo de los últimos tres días si él...

«A tomar por saco». Pulsó el botón que liberaba la cerradura y oyó un chirrido que se convirtió en un fuerte crujido. El tanque debía de haberse volcado. Imaginó que el viscoso contenido se deslizaba lentamente hacia delante, desplazando el peso del tanque cilíndrico, que empezó a rodar y... ¡Mierda! Si el tanque caía desde el nivel en el que había aterrizado con el colector, rebotaría. El vehículo era ligero comparado con el tanque. Tenía que salir de aquí lo antes posible. Quitó los pies de las palancas de dirección, se desabrochó el cinturón de seguridad, abrió la puerta de un tirón y saltó.

Aterrizó sobre una hoja podrida. ¿Dónde estaba el tronco? Los planos solo estaban interrumpidos por los poderosos troncos de las Viejas Madres, árboles milenarios que llegaban a kilómetros de profundidad, hasta la misma superficie del planeta, un lugar tan profundo que ningún humano había pisado jamás. Talut estaría a salvo en el tronco. Ninguna tormenta, ningún terremoto podría hacer que una Vieja Madre se bamboleara, ni siquiera que temblara. Los puertos espaciales se construyeron cubriendo un área entre tres troncos con hormigón. Algo así duraría siglos.

Pero ¿dónde estaba el jodido tronco? Talut giró la rueda de control de sus infragafas, que amplificaban la radiación térmica del sol, propia de una enana roja. Era un instrumento primitivo, porque tenía que ser completamente robusto. Sin infragafas, solo había colores apagados en la copa, una mezcla deprimente con un contraste mínimo, y aquí, en las ramas, solo gris. «¡Allí!» Una pared rojiza, de cien metros de ancho, a pocos pasos delante de él. Corrió y cayó. Su bota derecha había atravesado la hoja sobre la que estaba de pie, y las resistentes fibras le sujetaron.

Pero también tuvo la mala suerte de ser atrapado por una nidante precisamente ahora. Nidante. Sonaba tan inofensiva. Estas plantas formaban nidos con sus hojas, destinados a atrapar comida. Su presa habitual eran otras plantas móviles pero a veces atrapaban humanos. Las nidantes se habían vuelto raras en el Plano de la Corona porque los humanos se habían vengado de ellas; tan raras, de hecho, que la Unión Terrestre las había puesto bajo protección

especial. Pero aquí, en las profundidades de las ramas, parecían haber encontrado asilo.

Talut sacó el *spray* defensivo del bolsillo de su pantalón. Quizá solo necesitara quitarse la bota pero, desde luego, no quería perder la cabeza. ¿Qué diría su mujer? Entonces llegó la ola. El tanque debió caerse de las ramas principales de este nivel, y estas volvieron a su lugar. El movimiento lanzó a Talut por los aires. Solo el firme agarre de la nidante a su pie le impidió salir volando en un arco elevado. Tenía que estar agradecido a la planta, aunque tuviera sus propios motivos. Rápidamente roció las fibras que lo sujetaban, y estas crepitaron y humearon al disolverse. Se sintió un poco culpable. ¿Las nidantes sentían dolor? Desde luego. Pero se alegró, porque su bota parecía nueva. El *spray* atacaba directamente los enlaces celulares de las fibras vegetales.



«¡Adelante!» Saltó, se orientó a lo largo de la nervadura principal de la hoja gigante y alcanzó el tronco. Ahora lo único que tenía que hacer era encontrar el camino hacia arriba. Esa era la parte difícil, porque la madera de diamante tenía un nombre muy apropiado. Era lisa e imposible de perforar con las herramientas que Talut tenía. Pero las ramas brotaban del tronco. Tendría que balancearse de rama en rama como un mockzilla. Estos animales vivían en los niveles intermedios de las ramas, pero normalmente evitaban a los humanos.

Talut rodeó el tronco. De cien metros de diámetro, le llevó algo menos de tres minutos. En el proceso, identificó tres ramas utilizables, pero ninguna le llevaría a un nivel superior. Tonto. El colector había caído al menos tres niveles. Cada nivel tenía entre treinta y cincuenta metros de altura. Sus amigos estaban a solo cien metros por encima de él, pero fuera de su alcance.

Tenía que encontrar otro equipo. Uf. Eso sería peligroso. Por supuesto, había conexiones transversales entre las Viejas Madres, pero cuanto más se alejaba de un tronco, menos seguro se volvía.

Las ramas estaban podridas y se rompían con facilidad. No era tan pesado como el colector, pero no se podía saber lo resistente que era una hoja con solo mirarla. Algunas ni siquiera soportarían un sperrat.

Talut se deslizó por el tronco dándole la espalda hasta sentarse. Todo había ocurrido porque se había quedado dormido. Esa era la única razón por la que había tomado el atajo en lugar de quedarse en el camino de hormigón. A menudo había tomado el camino por el medio de la zona protegida legalmente, a pie. Le había parecido tan estable que pensó que el colector también podría hacerlo. Sin el contenedor, los demás no podrían empezar su trabajo a tiempo.

¿Le estaba buscando alguien ahora? Tal vez sería mejor que se quedara quieto. En algún momento enviarían a alguien a su casa, que también tomaría el atajo y se daría cuenta de la nueva grieta. De repente se oyó un estruendo. Talut miró a su alrededor, pero el sonido venía de arriba.

—¡Ay! —gritó alguien.

No parecía una misión de rescate pero Talut se levantó de un salto.

—Estoy aquí —gritó.

No recibió respuesta pero vio caer un punto brillante. Era un humano, que agitaba los brazos hacia él.

—¡Ayuda! —gritó el hombre, que obviamente intentaba agarrarse a algo sin éxito.

Talut calculó dónde caería y corrió hacia él. El hombre golpeó con estrépito la hoja sobre la que estaba Talut, haciéndole tambalear y caer de rodillas. Al mismo tiempo, alcanzó al otro hombre. Atrapó un pie, que de repente duplicó su peso. Al parecer, el hombre estaba a punto de caer al siguiente nivel. Talut tiró con todas sus fuerzas hasta que cayó de espaldas. Sus infragafas resbalaron. Tenía una bota vacía en la mano.

Esperó más ruidos de caída, pero todo seguía en silencio. Entonces, oyó una fuerte respiración.

—Gracias —dijo el hombre—. Ha sido un rescate de última hora.

Petros. Ahora lo reconoció.

—Hombre, Petros, ¿qué haces aquí abajo?

Enderezó sus infragafas. Sí, no se equivocaba. Petros estaba tendido en el suelo delante de él, sujetándose el estómago. Talut se acercó. Su colega tenía la cara contorsionada por el dolor.

—Se... suponía que iba a recogerte —gimió.

—Shh, mejor no digas nada. Déjame ver qué tienes en el estómago.

Petros no respondió, así que Talut le agarró las manos y se las apartó con cuidado. Se sobresaltó. Debajo estaba el extremo duro de una rama.

—Madera de diamante. Al menos está libre de gérmenes.

—Argh...

Talut no sabía si sonaba divertido o agonizante. Pero Petros era el tipo de persona que podía encontrar algo positivo en cada situación. Talut no soportaba a la gente así, pero Petros era tan simpático y amable que no podía reprochárselo. Talut palpó la herida. Estaba seca. Esperaba que sangrara mucho. Tal vez fuera porque Petros tenía una barriga pronunciada, tan grande como una embarazada de nueve meses.

—Creo que tu barriga te ha salvado.

—Sabía que... servía para algo.

Era evidente que le dolía mucho. Sus lesiones internas podrían ser peor de lo que parecía. Necesitaba ayuda urgentemente.

—¿Puedes levantarte?

Petros negó con la cabeza. Talut ya lo sospechaba. Se secó el sudor de la frente y se ajustó la máscara respiratoria. Tenía que pedir ayuda, y rápido. Petros se había estrellado por su culpa, aunque su colega nunca se lo reprocharía.

Talut se levantó.

—Voy a buscar ayuda. Quédate aquí y no te muevas.

—No hay problema —gimió—. Puedo arreglármelas.



La Vieja Madre más cercana estaba a 400 metros. Talut se balanceaba sobre enormes hojas y ramas antiguas, siempre a un

solo movimiento en falso de caer al siguiente nivel. Probablemente no moriría, pero si alguna vez encontraría el camino de vuelta a este nivel y Petros era dudoso.

Lo logró. Un último gran salto. La rama recuperó su posición original, Talut se apoyó en el tronco y extendió los brazos. Si podía trepar desde aquí, ambos se salvarían.

Pero este tronco tampoco tenía ramas adecuadas. Tal vez el colector había caído más profundo de lo que pensaban. Se suponía que había una zona en la que las ramas eran tan delgadas y estaban tan podridas que era imposible trepar entre los niveles. Supuestamente, las almas perdidas de las personas que se habían quitado la vida vagaban por allí.

Talut se sentó frente al tronco para mirarlo. Necesitaba unos minutos de descanso, aunque sabía que Petros le estaba esperando. De repente, una hoja cayó a su lado. La recogió. Era bastante pequeña y fresca, así que debía de proceder de la copa. La corona era la capa superior del Bosque de Viejas Madre que cubría toda la superficie terrestre del planeta. Allí vivían los humanos y nueve décimas partes de las especies animales conocidas.

Si algo podía caer desde allí, tenía que haber una conexión.

—Hola, ¿alguien puede oírme? ¡Socorro!

No hubo respuesta. En su lugar, otra hoja aterrizó a su lado. La recogió. Tenía marcas de mordiscos. Un animal debía de haberla mordisqueado.

—Hola, ¿sois vosotros, chicos? Estoy aquí, debajo de vosotros.

Nadie reaccionó. Tampoco cayó otra hoja. ¿De dónde habían salido las otras dos, si no de arriba? Enfocó sus infragafas y encontró un punto brillante en una rama por encima de él. Era un animal, del tamaño de un mockzilla. No tenía ni idea de cómo se llamaban realmente los animales. Aquí los llamaban mockzillas porque parecían versiones en miniatura de los legendarios gigantes japoneses. En realidad, eran reptiles que a menudo caminaban sobre dos de sus seis patas.

—¡Eh, mockzilla! —gritó.

El animal siseó. Los mockzillas tenían el tamaño de un perro terrestre mediano y no representaban ningún peligro. Eran

excelentes trepadores con colas prensiles, que también utilizaban para cazar presas pequeñas. Un mockzilla nunca había atacado a un humano. Sin embargo, se decía que a veces se alimentaban de carroña. Tal vez el animal lo veía como una futura comida.

«¡Va a ser que no!» Metió la mano en el bolsillo del pantalón. Su hijo Luqa, de ocho años, le había dado ayer unas canicas, a cambio de las cuales le había prometido jugar hoy con él después del trabajo. Cogió una y se la lanzó al mockzilla. El animal siseó una vez más pero el pequeño punto brillante desapareció.

Talut se puso en pie. Quizá le ayudara volver a caminar alrededor del árbol. No tenía muchas esperanzas pero podría haber algo que hubiera pasado por alto. «¡Ay!» Había pisado algo. Talut se agachó para mirarlo. Era una canica, del mismo tamaño que la que acababa de arrojar al animal. ¿Había fallado y la canica había rebotado en algo? Si era la misma canica, al menos no tendría que responder ante Luqa si alguna vez llegaba a casa.

Miró a su alrededor. La Vieja Madre más cercana estaba a 800 metros. Eso hacía que el camino hasta allí fuera peligroso. Cuanto más larga era la rama, más frágil era. Pero ¿qué era eso? A pocos metros delante de él estaba el mockzilla. ¿Era el mismo animal? ¿Cómo había llegado hasta aquí? ¿Los mockzillas podían saltar tanto? Talut se quedó quieto y el animal retrocedió unos pasos. Parecía muy curioso. Normalmente, los mockzillas huían en cuanto veían a un humano.

Talut se agachó, con la esperanza de parecer menos amenazador. Tomó la canica entre los dedos y la presentó con un gesto claro. ¿Podría verla el animal? No tenía ni idea de qué tipo de vista tenían los mockzillas. Talut hizo rodar la canica con cuidado hacia el animal. Le dio el impulso justo para que se detuviera delante de él.

Pero la canica siguió acelerando. No se había dado cuenta de que la pista estaba ligeramente inclinada. Cuando alcanzó al mockzilla, su pie izquierdo salió disparado y la atrapó. La extremidad trazó entonces un arco a lo largo del suelo y soltó la esfera en el momento justo. Se dirigió directamente hacia Talut y tuvo el impulso suficiente para detenerse justo delante de él. Antes de que pudiera volver a

rodar, Talut la agarró. El animal ladeó la cabeza y siseó. Parecía una carcajada.

—Eres muy listo. Si pudiera llevarte a casa, Luqa estaría feliz.

Durante mucho tiempo su hijo había querido tener un hermano o, en su defecto, una mascota, pero su madre se había negado a ambas cosas porque no podían permitírselo. El trabajo de Talut no era muy lucrativo; el líquido seminal de plantas de alce que recogían los pilotos recolectores era muy caro en otros planetas pero aquí apenas valía más que el agua potable. El trabajo de Kasrin tampoco pagaba mucho. Pero los tres llegaban a fin de mes.

El animal siseó y se acercó unos pasos. Talut negó con la cabeza. Mientras él jugaba con un mockzilla, su colega podía morir. Tenía que llegar arriba lo antes posible. Levantó el brazo y simuló lanzar la canica. El truco funcionó igual que con un perro. El mockzilla corrió en la dirección del lanzamiento. ¡Y cómo corrió! Aceleró sobre sus seis patas hasta que Talut ya no pudo verlo. Estaba a punto de ascender de nuevo cuando oyó el familiar silbido. Esta vez procedía de un poco más a la izquierda. ¿Se encontraba inmerso en el cuento de la liebre y el erizo? ¿Era el mismo espécimen u otro? ¿Se habían aliado para burlarse de él?

Talut no podía distinguir un mockzilla de otro, pero eso no significaba mucho en la oscuridad. Suspiró. Esto no iba a ninguna parte. Entonces recordó dónde había visto a la bestia por primera vez. Estaba a cuarenta metros por encima de él. Así que tenía que haber un camino hasta aquí. Si lo había, podría subir. Observó. El animal siseó como para advertirle que no volviera a meter la pata.

Talut se preparó y lanzó la canica hacia arriba. ¡Ja! No volvió, así que debió de aterrizar en algún lugar. Se quedó mirando al mockzilla. Este levantó la vista brevemente y echó a correr. Talut intentó seguirlo pero le fue imposible. Al menos vio que el animal había corrido primero alrededor de la Vieja Madre y luego se había atrevido a cruzar a otro árbol. Si lo había hecho, debía de haber un camino hasta allí.

Siguió cautelosamente al mockzilla. Debía tener cuidado, ya que no había ninguna garantía de que el camino que había tomado el animal fuera adecuado para él. Probablemente pesaba tres veces

más. La hoja que atravesaba reaccionaba a cada uno de sus pasos. Se puso a cuatro patas para distribuir mejor su peso. El tronco opuesto se acercaba. Unos metros más. De repente, su mano izquierda alcanzó la nada. «Mierda». Se tumbó boca abajo y palpó. La hoja continuaba allí. Probablemente estaba desgarrada. ¿O no? Tentó el desgarro. Su borde era pegajoso. Lo había temido. Estaba en el territorio de un tiburón arborícola. Estos animales se llamaban así por sus poderosos dientes, parecidos a los de un tiburón. Cazaban segregando una sustancia dulce y pegajosa que atraía a los animales pequeños. Una vez dispuesta la comida, engullían el atrayente de la hoja junto con la presa. Pocos animales eran capaces de dañar las hojas de una Vieja Madre.

«Hora de salir de aquí». Talut respiró hondo. Los humanos no solían formar parte de la dieta de un tiburón arborícola, pero no debía descuidarse. Se arrastró lentamente, y la hoja ya no era tan sensible. ¿Lo había conseguido? Rodó a un lado y otro, pero no consiguió girar su plataforma. Al parecer, la hoja se había deslizado sobre otra más grande en el árbol de al lado. De repente oyó un silbido. El mockzilla había vuelto. Sus ojos rojos brillaban a unos pasos delante de él. Talut creyó distinguir las pupilas verticales. Volvió a ponerse a cuatro patas, lo que le ayudó a moverse más rápido. El mockzilla corría delante de él a una distancia respetuosa, como mostrándole el camino. El animal sujetaba la canica con su par de patas centrales.

La Vieja Madre más cercana medía solo unos cuarenta metros de diámetro. Debía de ser un ejemplar joven, de unos veinte mil años. Sus ramas aún estaban distribuidas de manera óptima. Solo más tarde perdían algunas. El mockzilla siseó y colocó la canica junto al tronco. Talut hizo caso omiso e inmediatamente se dispuso a trepar. ¿Era el mockzilla tan listo como para considerar la canica una recompensa por sus servicios? Talut aún tenía muchas en el bolsillo, y su hijo podía prescindir de una.



9 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

—¿Qué haces aquí? —preguntó Zahir.

El conserje tenía los brazos cruzados delante del pecho y un profundo surco en la frente.

—Yo... estoy trabajando. Como todos los días —dijo Kang, sorprendido, y dejó a un lado el holomódulo cuya lente acababa de limpiar.

—¿Nadie te ha dicho que Smith quería verte?

¿Smith? No reconocía el vulgar nombre. ¿Un nuevo científico?

Negó con la cabeza.

—No. Aunque tengo activado el modo no molestar.

—Hmm.

Zahir movió la mandíbula inferior como si estuviera masticando. Luego, tragó saliva.

—De todos modos, se supone que debo enviarte a Smith de inmediato —dijo, malhumorado.

—¿Smith? Lo siento, ¿quién...?

—¿No conoces a Smith? El hombre del servicio secreto de la Unión Terrestre. Hasta Ulita le hace reverencias.

Un vago recuerdo vino a su mente. Yini había hablado de un tipo extraño que le hizo preguntas extrañas. Pero nunca había mencionado su nombre, al menos que Kang recordara. ¿Y quién sabía si era ese?

—¿Dónde se supone que he quedado con él?

—En el despacho de Ulita. ¿Sabes dónde está?

—Por supuesto.

Kang se levantó obedientemente, se dirigió a la puerta y cogió el picaporte. Sintió la mirada de Zahir en la nuca. El viejo nunca le había mirado así. Tan... desaprobador.

—Espera un momento, chaval.

Soltó el picaporte y se dio media vuelta.

—¿Qué pasa?

—¿Cuál es tu asunto con Smith?

El sudor se acumuló en su frente y bajo sus axilas. Nunca había hecho tanto calor en la oficina del conserje.

—¿Yo? Nada. Ni siquiera lo conozco.

No era mentira. No sabía dónde acabaría su mensaje. Había sido estúpido. Lo único que había querido era que alguien detuviera la nave en la que Yini intentaba abandonar la luna.

—Parece que te conoce.

—¿Sabes algo que yo no sepa?

—Solo estoy preocupado —respondió Zahir. La profunda arruga de su frente se alisó, devolviendo a su rostro su habitual mansedumbre—. Debes tener cuidado con Smith. Te tragará entero.

—Gracias. Tendré cuidado —dijo Kang, incapaz de evitar que le temblara la voz.



La puerta de la antesala de Ulita estaba abierta y Kang la atravesó. Pedersen, quien normalmente vigilaba la entrada, no estaba allí. La habitación estaba vacía y olía a menta. Probablemente, el secretario de Ulita acababa de preparar té. Kang miró con nostalgia la tetera. ¿No podría aparecer el señor Pedersen y ofrecerle una taza de té? Así podrían charlar sobre las próximas vacaciones lunares o discutir el proyecto de remodelación del puerto espacial.

—Ven —dijo una voz apagada detrás de la puerta que conducía al despacho de Ulita.

Kang asintió, como si quisiera disculparse ante alguien que no estaba presente, y cruzó la habitación. Estaba a punto de llamar cuando la puerta se abrió de golpe. Kang apenas consiguió saltar a un lado.

—Ahí estás.

Tenía que ser Smith. Ahora lo recordaba. Kang le había visto antes. El hombre seguía vistiendo el uniforme que lo identificaba como marine, pero parecía haber crecido. Hoy debía de medir un metro noventa.

—Tienes razón —dijo Smith—. Soy más alto que la última vez.

Podía leer la mente. «Ha, un truco barato». Cualquiera se lo habría preguntado. Kang se limitó a asentir.

—Acabo de llegar de Neomarte, donde una cierta estatura puede ser útil, y no he tenido tiempo de cambiar la biobolsa todavía.

—No tiene que justificarse ante mí, señor Smith.

Smith sonrió. Rodeó el escritorio de Ulita y se sentó en la silla que había detrás. Kang esperaba que el hombre le ofreciera asiento a él también pero Smith no hizo ningún movimiento. No importaba. En la escasa gravedad lunar, estar de pie no era nada agotador.

—Gracias por aceptar mi petición. No quiero prolongar nuestra reunión innecesariamente.

—Sonaba muy urgente.

—Lo comprendo. Debes de estar preocupado por lo que pueda querer de ti. Pero tengo una tarea muy agradable: felicitarte.

—¿Por qué?

—Por recibir una mención. Tu chivatazo nos permitió seguir a una persona importante que pasaba desapercibida, digamos.

Smith se levantó y cruzó el escritorio para estrecharle la mano.

—Solo quería...

No. Tenía que admitir que había traicionado a su hermana. Más le valía jugar como es debido.

—Fue un honor —dijo—. Lo hice por la Unión Terrestre.

Apretó la mano del uniformado, que se sentía cálida y firme. Smith se rio.

—Oh, no me vengas con esas. Nos avisaste porque estabas celoso. Y no lo digo yo, sino nuestros psicólogos que investigaron el

caso. No tenía nada que ver con tu aversión a los neomarcianos.

Kang apretó los dientes. ¿Cómo había podido ser tan ingenuo? Un pequeño chivatazo a las autoridades...

—Yo no diría eso... —intentó.

—Desde luego que sí —le interrumpió Smith—. De hecho, lo prefiero así. Los celos son una motivación mucho más fuerte que el patriotismo. ¿Qué es la Unión Terrestre, de todos modos? Seamos sinceros. Es una vaga asociación de mundos que siempre anteponen sus propios propósitos y motivos. Tal vez puedas amar a la Tierra o a Neomarte, pero no a la Unión Terrestre.

El hombre del servicio secreto tenía razón. Probablemente era parte de su estrategia. Cuanto más a menudo Kang estaba de acuerdo con él (incluso a regañadientes), más débil se volvía su propia posición. Smith le parecía ahora como una araña gigante intentando enredarle en su tela. Aunque sudaba, tenía la piel de gallina. No soportaba las arañas, aunque fueran algo normal en la base lunar. Zahir le había prohibido hacerles daño.

Smith finalmente le soltó la mano y Kang respiró hondo. La araña retrocedió. ¿Eso era todo?

—¿Qué le pasó a...?

—¿Qué le ha pasado a tu hermana? No te preocupes, está muy bien. Está en un lugar seguro donde nadie puede ni quiere hacerle daño. Mis contactos en Neomarte me lo han asegurado.

¿En un lugar seguro? Eso sonaba como una prisión.

—¿Dónde está?

—Por desgracia, no se me permite compartir esa información, no todavía. Pero ¿no preguntas por tu madre?

Su madre. Su denuncia anónima ni siquiera la había mencionado. ¿Cómo sabía Smith de ella? Kang negó con la cabeza. Era un truco barato. Solo tenía una madre, que vivía con su padre en el Anillo Celeste. Esperaba su próxima visita dentro de unas semanas.

—Mi madre vive tranquila en el Anillo Celeste. ¿Por qué debería preguntar por ella?

Smith hizo una mueca. Probablemente debía parecer una expresión de preocupación.

—Oh, querido muchacho, la mujer que te crio no es tu madre. Siento tener que decírtelo.

La voz de Smith también había cambiado. Rezumaba lástima, completamente falsa, Kang estaba seguro. Simplemente no sabía cuál era el propósito del agente.

—No te creo —dijo Kang, apretando los dientes.

Se sentía un poco mareado, así que se agarró al borde del escritorio de Ulita. Si ella hubiera estado aquí, se habría metido en un lío. Nadie podía tocar el tablero de madera auténtica, excepto ella.

A Smith, obviamente, no le importaba.

—Bueno, ciertamente todos tenemos libertad de creencia —dijo con una risita—. Eso es asunto tuyo. Aun así, no quiero ocultarte que tu hermana nos condujo hasta la mujer que creemos que es tu madre, como era de esperar.

El agarre de Kang sobre la madera se tensó. No podía mostrar ninguna reacción. Smith quería humillarle, hacerle sentir pequeño antes de volver a ayudarle amablemente a levantarse. No debía conseguirlo.

—Como he dicho, no me importa.

—Eso es asunto tuyo. Sin embargo, nos gustaría sugerirte que viajes a Neomarte por nosotros. No oficialmente, por supuesto.

Kang fingió pensárselo seriamente.

—¿En qué nos ayudaría eso? —preguntó—. ¿No confías en tus colegas neomarcianos?

—La confianza es buena, el control es mejor. Por eso sería bueno que alguien en ese lugar vigilara a tu hermana y a tu ma... perdón, a esa mujer. Seguramente te creerían si llegaras como fugitivo. Después de todo, tienes un motivo de peso si dices de manera convincente que buscas a tu madre. Estaríamos muy agradecidos, puedes contar con ello.

Smith quería reclutarlo como espía. Pero ¿por qué iba a aceptar? ¿Qué ganaba con ello? Soltó el tablero de la mesa y se frotó las sienes, pensativo.

—No entiendo por qué debería aceptar tu sugerencia. Como ya he dicho, mi madre está bien, gracias por preguntar. ¿Por qué iba a

ponerme en peligro voluntariamente?

La sonrisa de Smith se congeló. La reacción de Kang le había cogido por sorpresa.

—Siempre tuvimos la impresión de que tú y tu hermana... os llevabais muy bien. Debe dolerte que ella esté tan lejos. Tendrías la oportunidad de volver a cuidar de ella, como has hecho todos estos años.

¿Cuidar de Yini? Kang tuvo que reprimir una sonrisa. Si era sincero, su hermana siempre había sido la que cuidaba de él. ¡Qué tonterías había hecho! Smith no tenía ni idea. Pero no debía subestimarlo. Tal vez el hombre del servicio secreto supusiera que tenía remordimientos de conciencia. Después de todo, había dejado sola a su hermana, aunque ella siempre le había ayudado.

«Mierda». Por desgracia, Smith tenía razón. Pero Kang no era tan estúpido como para aceptar el trato propuesto. Si lo hacía, Smith lo tendría en su poder. Si Kang desobedecía, un chivatazo a las autoridades neomarcianas pertinentes bastaría para acabar con él para siempre.

—No, gracias. Me va muy bien aquí. Yini es adulta. Nunca ha necesitado un cuidador.

—¿De verdad quieres quedarte aquí mientras tu hermana se pone en peligro en Neomarte?

—Sí, eso es lo que quiero. Tengo mi propia vida. ¿Quién va a cuidar de nuestros padres si yo también desaparezco? Ahora tienen buena salud, pero en algún momento necesitarán ayuda.

¡Joder, qué buen argumento! Kang casi se lo creía.

—Podemos asegurarte que tus padres están en buenas manos. Recibirán todo el apoyo que necesiten.

—De extraños. Eso es algo completamente diferente. Ellos nos criaron y merecen algo a cambio. ¿Y tus padres, Smith? ¿Querrías dejarlos solos durante años?

—Yo no... Mis padres no juegan ningún papel aquí.

¡Le había entrampado! Kang se relajó un poco. Smith no era tan duro como pretendía ser. Sus padres eran obviamente un punto débil.

—Muy bien. ¿Hay algo más de lo que quieras hablarme? —preguntó Kang, dando un paso atrás del escritorio.

Olía a sudor. ¿Era el suyo? Se oyeron pasos suaves desde el despacho exterior. Al parecer, Pedersen había vuelto.

—No, eso es todo. Gracias por tu tiempo.

—Siento que hayas venido para nada.

Smith negó con la cabeza.

—No estoy aquí solo por ti. Sinceramente, ahora mismo eres el menor de mis problemas.

Sinceramente. Era extraño oír esa palabra de la boca de un oficial de inteligencia. Pero sonaba sincero. Probablemente nadie en el universo era capaz de mantener una fachada todo el tiempo.

—Buena suerte, entonces —dijo Kang, se dio media vuelta y salió del despacho.



Fuera, casi chocó con Pedersen. ¿Había estado el secretario escuchando en la puerta? Pedersen se puso pálido y fingió estar regando las plantas del despacho. Kang se aseguró de que la puerta quedaba cerrada tras él.

—Señor Pedersen, ¿tiene idea de cómo puedo llegar a Neomarte de la forma más rápida y discreta posible? —preguntó en un susurro.

Pedersen se acercó y se tapó la boca con una mano.

—¿Como tu hermana?

Kang asintió.

—Igual que tu hermana —repitió Pedersen, esta vez como una afirmación—. Lo siento, no puedo ayudarte. Nunca me han interesado los neomarcianos.

Por supuesto. Pedersen le había ayudado sin querer. ¿Quién había organizado el traslado de Yini? Su hermana no conocía a mucha gente en la luna. Ulita, su jefa, ciertamente no la había ayudado. Zahir, sin embargo, era una posibilidad cierta. El conserje conocía a todo el mundo, y todo el mundo le conocía a él. Sin duda sabría cómo desaparecer de la Luna. Pero ¿pondría en peligro su

posición ayudando a Yini? Probablemente no. Solo quedaba Mike, del departamento de Miscelánea. El nuevo novio de Yini, aunque ella se había negado a contarle nada más al respecto.



—¿Qué quería ese hombre? —preguntó Zahir.

Estaban sentados uno frente al otro en un amplio vestuario donde habían estado reinstalando taquillas. Kang sudaba. Era un trabajo agotador pero lo agradecía, porque al menos había detenido su carrusel mental.

—Quería que fuera a por mi hermana.

Sabía que podía confiar en Zahir. Kang no tenía pruebas de ello pero el conserje parecía como si fuera a llevarse a la tumba todos los secretos que le habían confiado a lo largo de su larga vida.

—¿A Neomarte?

Kang asintió. ¿Zahir lo había adivinado o conocía los planes de Yini?

—Te negaste.

Volvió a asentir.

—Eso fue sabio. Esa gente no da nada a cambio. Solo cogen.

Kang se preguntó qué experiencia personal tendría Zahir con la inteligencia de la Unión Terrestre. Como conserje de toda la estación, sin duda sería una interesante fuente de información.

—Adelante, pregunta. Veo que algo te inquieta.

—¿Tienes... experiencia con esa gente?

—Mucha. Yo mismo fui uno de ellos. Fue emocionante, aventurero. Hasta que...

¿Hasta que? Kang miró la cara de su superior. Los ojos castaño oscuro brillaban de forma extraña. No quiso preguntar.

—¿Y te dejaron ir?

—Sé algo que es mejor mantener en secreto. Me aseguró este trabajo aquí... y mi vida. Ese es el trato.

—¿De qué se trataba? —preguntó Kang, sin esperar respuesta.

Zahir le había dicho una vez que había estado en la guerra. Solo podía tratarse de las guerras marcianas, que habían terminado con la destrucción total de la colonia de Marte. Seguramente su secreto provenía de aquella época. Las guerras nunca eran completamente limpias.

Zahir se rio.

—Solo puedo revelar lo que, de todos modos, puedes adivinar: mi promesa no ha perdido valor con el paso de los años. Llevo muchos años en la Luna y moriré aquí, en la comodidad de mi cama.

—¿Conoces alguna forma de llegar a Neomarte? Bueno, aparte de Smith.

Zahir arqueó las cejas.

—¿Quieres intentarlo por tu cuenta?

Kang asintió.

—Lo siento, muchacho. Me gusta que pases a la acción, ya has tardado bastante. Pero no puedo ayudarte en eso. Estoy seguro de que me siguen vigilando. Se darían cuenta.

—Gracias de todos modos, Zahir. Pero ¿hay alguna manera?

—Claro que la hay. Siempre hay una manera. Solo tienes que hablar con la gente adecuada. Tu hermana lo consiguió.



Le dolía la espalda. Kang se apretó los hombros. Debería hacer más ejercicio; entonces esos movimientos no le resultarían tan difíciles. Era más tarde de lo habitual. Apenas se cruzaba con otras personas en los pasillos que atravesaba. Oyó un crujido. Algo de color marrón claro apareció en una abertura de ventilación, sacó su brillante nariz negra, olfateó y corrió por el pasillo hasta la siguiente abertura. El animal tenía una larga cola, pero no era mucho más grande que un ratón. Kang sonrió. Siempre había un camino. Al fin y al cabo, Yini lo había conseguido.

Tendría que hacer de tripas corazón y hablar con Mike. En el siguiente cruce, giró hacia el departamento de Miscelánea.



—¿Quién es? —preguntó una voz extrañamente aguda.

—Es el hermano de Yini —respondió Kang.

La puerta se abrió con un chirrido.

—Tú... deberías engrasar las bisagras —dijo Kang.

Mike Wilson era el novio de su hermana, lo que los convertía prácticamente en familia.

—¿Qué puedo hacer por ti? —preguntó Wilson.

¿Qué veía Yini en aquel hombre? Sin duda tenía más de cuarenta años. La corriente de aire que soplaba a través de la puerta abierta le alborotaba el largo pelo, que se le estaba debilitando en la parte superior. Su piel era pálida; Wilson probablemente se había saltado las citas médicas para la radiación ultravioleta. El traje que llevaba bajo el guardapolvo sucio parecía viejo y desgastado, y llevaba la corbata bien abrochada, aunque sin duda rara vez recibía visitas. Un hombre extraño y, sin embargo, su hermana le había entregado su corazón. Reconociendo su pericia para conocer a la gente, decidió darle una oportunidad, aunque se estuviera acostando con su hermana sin su permiso.

—¿Qué...? —volvió a preguntar Wilson.

—Soy Kang.

—Sí, el hermano de Yini. Ya lo has dicho.

—¿Eh? —No le gustó el tono del hombre.

—Te conozco. Has estado aquí antes, con Zahir, para arreglar cosas. Recientemente te encargaste de la unidad de congelación.

Wilson tenía razón. Eso había sido hace medio año. Kang no recordaba haber visto a nadie aquí entonces, pero era el mismo departamento. Wilson debió haberlos saludado. Kang no se había fijado en él, quizá porque parecía el tipo de empleado que uno esperaría encontrar en un departamento de Miscelánea.

Lo miró de arriba abajo. Wilson tenía una cara agradable con pequeños hoyuelos. Probablemente llevaba tres días sin afeitarse, y el cuello de su camisa blanca parecía gris. El guardapolvo tenía varias salpicaduras, pero parecían más viejas. Wilson llevaba zapatos

negros con una gruesa capa de polvo. Kang dudaba de que Yini se hubiera enamorado de él por su aspecto.

—¿Puedo ayudarte, Kang?

—¿Recuerdas mi nombre?

—Sí, lo recuerdo, y también lo acabas de decir.

—Ah, pensé que Yini te habría hablado de mí.

—Así es. Pero ¿por qué no entras? Perdona si parece un poco desordenado. No esperaba visitas.

Wilson le abrió la puerta y Kang pasó. Estaban en el rellano superior de una escalera. Desde allí tenían una buena vista del enorme almacén que era el imperio de Wilson. Kang lo miró conscientemente por primera vez. Sabía que allí se almacenaba documentación de todo el universo, cualquier cosa que no pudiera guardarse en archivos informáticos. Pero el término «documentación» se interpretaba aquí de forma muy amplia. No podía ver cada uno de los objetos expuestos, pero reconocía sus contenedores. Había numerosas estanterías, pero también vio barriles, cajas de materiales muy diversos, enormes rodillos, cables de suspensión, armarios térmicos y jaulas. «¿Jaulas?»

Señaló una.

—¿Qué es eso? ¿A quién tienen cautivo?

Wilson se rio.

—A nadie. Es una jaula como las que usan los cazadores de Epsilon Eridani c.

—Entonces, ¿esto es una especie de museo?

—No. Los cazadores ponen marcas en las jaulas que sus colegas pueden leer. Funcionan como las columnas de información de la cantina. Si algo contiene información, pero no en un soporte tradicional, pertenece a mi departamento.

—Eso suena emocionante.

—Es emocionante. ¿Te apetece un pequeño tour? Hay soportes de información mucho más extraños. ¿Sabías que los antiguos Grosnops grababan sus leyendas en collares de dientes de carroña?

Los ojos de Wilson se iluminaron como si los collares de dientes de carroña fueran increíblemente importantes y valiosos. Y sí, debían serlo. La expresión de Mike era tan contagiosa que Kang tuvo que

obligarse a negar con la cabeza. Probablemente era ese entusiasmo lo que había enamorado a Yini. Wilson estaba completamente absorto en su trabajo y desprendía una sensación de franqueza.

Wilson ladeó la cabeza.

—¿No? ¿No quieres ver los collares?

—Quizá más tarde.

Mike volvió a esbozar una sonrisa mientras asentía.

—Quería preguntarte algo —dijo Kang.

—¿Vamos a mi despacho? Tengo té y galletas —sugirió Mike.

De nuevo, Kang negó con la cabeza. Tenía que formular la pregunta de inmediato.

—¿Tienes idea de cómo llegó Yini a Neomarte?

Wilson se estremeció como si le hubiera dado una bofetada.

—Yo... no lo sé. ¿Por qué?

—Eres el único que se me ocurre.

—Pero ¿quién quiere saberlo y por qué? ¿Ha estado en contacto?

—Yo quiero saber. Necesito saberlo. Al parecer, la han pillado y está en problemas. Necesito sacarla de ahí.

Wilson se enderezó de nuevo. Se irguió como si estuviera esperando una señal para salir corriendo.

—Entonces, ¿contactó contigo?

—Sí... más o menos.

—¿Y por qué tú y no yo?

Wilson no sonaba celoso, sino completamente neutral, como si fuera la pregunta más natural del mundo.

—¿Porque me conoce desde hace más tiempo que tú? No, estoy seguro de que no quiere ponerte en peligro. Eres importante para ella.

—Venga, Kang. ¿Qué pasó realmente? Si Yini se hubiera puesto en contacto contigo, me estarías haciendo preguntas diferentes. Puedo ser ingenuo pero no estúpido.

Kang se ruborizó. Wilson le había descubierto. ¿Qué iba a decirle? ¿Que había traicionado a su propia hermana por un estúpido impulso? Sí, probablemente era lo mejor. Si quería ayudar a Yini, tenía que ser sincero con su novio.

—Cometí un error —confesó.

—Todos cometemos errores —dijo Wilson, mirándole a los ojos.

Kang tuvo que apartar la mirada. A través de las rendijas del suelo metálico se podía ver en las profundidades, donde parpadeaban unas luces en un ordenador.

—La traicioné.

—Ven, vamos a mi despacho.

De repente, a Kang se le doblaron las rodillas. Notó que Wilson se abalanzaba sobre él. Cuando volvió a despertarse, estaba sentado en la esquina de la plataforma con la parte superior del cuerpo apoyada en la barandilla.

—Por alguna razón, tu familia parece tenerle manía a estas escaleras —dijo Wilson—. Yini también estuvo a punto de caerse por ellas.

Yini, su hermana, a la que había traicionado. ¿Qué le había poseído? Era un desgraciado patético. Sus padres nunca debían enterarse. ¡Si pudiera deshacerlo!

Wilson le tendió la mano.

—Vamos, Kang, es más cómodo en el sofá.

Kang le cogió la mano y se dejó levantar. Mike era fuerte aunque no daba esa impresión. Bajaron las escaleras en silencio.



—¿Quieres un poco de té?

Kang negó con la cabeza. ¿Por qué el novio de su hermana era tan amable con él? No se lo merecía. Si sus papeles estuvieran invertidos, él habría golpeado al traidor.

—Una cerveza, ¿tienes? Sería estupendo.

Wilson salió de la habitación. A Kang le pareció ver una cama a través de la puerta abierta. Estaba cubierta de blanco. ¿Había dormido Wilson aquí con su hermana? No era asunto suyo. Le hubiera gustado darse una bofetada. Pero antes de que pudiera, Wilson estaba de vuelta. Le tiró una lata. Estaba agradablemente fría. Kang se la llevó a la mejilla. Solo entonces la miró.

—Tsingdao. No está mal.

—Una marca del antiguo Japón —dijo Wilson.

—China —le corrigió Kang.

—Ah, sí, claro.

Wilson tiró de la anilla de cierre. Siseó. Kang también abrió su lata, se la llevó a los labios y vertió la mitad del contenido en su garganta.

—Pareces bastante sediento —dijo Wilson.

—Sí, ha sido un día de mierda.

Eso no explicaba su sed, pero ¿qué importaba? Kang se acomodó en el pequeño sofá apretándose en una esquina y subiendo las piernas.

—Dijiste que habías cometido un error. —Wilson se paseó de un lado a otro por la pequeña habitación.

—Mierda, traicioné a Yini.

—¿Lo hiciste? Le dije que no te informara. Lo siento, pero me pareció lógico.

—Ella atendió ese consejo.

—Entonces ¿cómo pudiste traicionarla? No sabías nada. Ni siquiera sabías cómo pretendía llegar a Neomarte. Si no, no tendrías que preguntarme.

—Le dije anónimamente al departamento de seguridad que Yini planeaba escapar a Neomarte.

—Eso no fue muy inteligente, Kang. Pero no importa lo que le pasara, tu chivatazo por sí solo no pudo ser el detonante. Los contrabandistas despegaron de la luna sin ser vistos. Lo comprobé en los registros de a bordo. Pasaron el radar con éxito, como hacen siempre.

—Pero Smith afirmó...

—¿Quién es Smith?

—Es el nombre de un tío del servicio secreto que me interrogó hoy.

—Ah, ¿un tipo delgado con el pelo corto que parece un robot?

—Ese mismo.

—¿Y qué ha dicho?

—Que pudieron atrapar a Yini y a mi supuesta madre gracias a mis chivatazos.

—El hombre te está mintiendo, Kang. Y debe haber una razón para ello.

Wilson tenía razón otra vez. Era muy listo. Tal vez por eso Yini se había enamorado de él. Y Kang era tan ingenuo. Había creído a Smith, que solo había querido utilizar su conciencia culpable para que siguiera adelante con sus planes.

—Conozco la razón —dijo Kang—. Quería que espiara para él.

—Definitivamente fue muy listo al respecto —dijo Wilson—. ¿Lo rechazaste?

—Bueno, ¿estaría aquí si no?

Wilson no contestó y Kang se rascó la cabeza. Si hubiera aceptado el trato, probablemente seguiría sentado en este sofá. ¿Cómo podía demostrar que no era un espía? No podía. Wilson tendría que confiar en él.

—Bueno, es una situación difícil —dijo Kang—. Me temo que no puedo demostrarte que soy honesto. Yo no creería a un hombre que pretendiera traicionar a su hermana.

—Sé que quieres a tu hermana. Me habló de ti. Eres un poco egoísta, pero habéis sido inseparables desde niños. Solo quieres lo mejor para ella, o al menos lo que crees que es mejor.

Kang tragó saliva. ¿Era egoísta? Se había enfadado con ella por estar dispuesta a renunciar a los padres que compartían. ¿O no?

—Entonces, ¿confías en mí?

—Por supuesto —dijo Wilson—. Pero tú también tienes que confiar en mí.

—Puedo arreglármelas.

—Entonces deberíamos hablar de lo que quieres en Neomarte en primer lugar.

—Quiero encontrar a mi hermana.

—¿Y qué hay de tu madre? Creo que si la localizas, también habrás encontrado a Yini.

—Mi madre vive en... Probablemente tengas razón. Pero Smith dijo que ambas estaban en prisión en Neomarte.

—¿Le crees?

—No lo sé. ¿Por qué inventaría eso?

—Imagina que las dos se encontraron y se escondieron.

—¿Lo hicieron? Eso sería genial. ¿Cómo lo sabes?

—Solo quiero que lo imagines. ¿Cómo las encontraría Smith? Atrayéndolas fuera de su escondite. Eso funcionaría mejor con un señuelo que preguntara por ellas en todas partes.

—Sería una estrategia inteligente.

—Por supuesto, no podemos saber si ese es su motivo oculto. Pero tenemos que esperarlo. Si vas a Neomarte, no puedes ir allí como cebo. Necesitas una identidad diferente. Y por supuesto tienes que viajar discretamente.

—¿Puedes ayudarme con eso?

—Creo que sí. Todavía tengo algunos contactos de los viejos tiempos. Dame dos días.

—Gracias, Mike. Sería estupendo.

—Sí.

Wilson había hecho una pausa y miraba la habitación como si viera el mobiliario por primera vez.

—Pareces indeciso.

—Me pregunto si debería ir contigo —dijo Wilson—. Así no estarías solo. Por otra parte, dos visitantes destacarían más que uno. Y tengo la sensación de que a Yini no le gustaría nada. Probablemente debería esperarla aquí.

—¿Es eso lo que dijo?

—Sí, exactamente eso.

—¿Y te sientes obligado?

—Sí.

—¿Y si sus circunstancias han cambiado? ¿No podría cambiar de opinión?

—Absolutamente.

—Si yo fuera tú, la seguiría.

—¿Y entonces quién organizará tu viaje de vuelta?

—Un dilema.

—Eso parece. Pero basta de hablar de eso. Yo me ocuparé de tu partida. Luego, ya veremos.



14 de Hathor de 225, Terra Nova

—Tienes que levantarte, Habibi —oyó decir a alguien.

Su mujer le acarició la mejilla. Kasrin olía bien. Con los ojos cerrados, Talut intentó rodearla con los brazos y acercarse a ella. Cuando ella le despertaba solía significar que su hijo aún dormía, y que tenían tiempo para divertirse un poco.

Pero Kasrin lo eludió.

—Se está haciendo tarde —le dijo—. Tienes que estar en el trabajo.

—¿Qué hora es?

—Las siete y media.

—¿Dónde está Luqa? ¿Sigue durmiendo?

—Ya está de camino a la escuela. Parecía bastante enfadado contigo. ¿Os habéis vuelto a pelear?

Vaya. La canica. La que le dio al mockzilla había sido la favorita de Luqa. Aparentemente, su hijo todavía no lo había perdonado. Luqa podía ser muy rencoroso. Si no, habría dado cualquier cosa para que le permitieran despertar a su padre.

—La escuela no empieza hasta las nueve, ¿verdad?

—Quería reunirse con Oqoq antes —respondió su mujer.

Oqoq era amigo de Luqa. Era una amistad inusual porque Oqoq era tres años mayor que él. ¿Qué quería un niño de once años con uno de ocho? Talut se mostraba escéptico, pero Luqa admiraba a

Oqoq y Oqoq disfrutaba de su admiración. Evidentemente era suficiente, porque la amistad había durado dos años.

—Vamos, vístete —dijo su mujer—. Hoy tengo que ir a la ciudad.

—¿Qué pasa?

Kasrin normalmente trabajaba en casa. Dominaba una técnica especial de bordado, prescrita para los uniformes de los funcionarios por razones tradicionales, que solo podía transmitirse de madre a hija. Le proporcionaba unos ingresos buenos y seguros. Por eso intentaban casi a diario concebir una hija.

—Hay discusiones —dijo Kasrin—. Algunas trabajan demasiado rápido.

Trabajar demasiado rápido significaba engañar a las demás bordadoras. La tradición exigía que el trabajo avanzara a un ritmo determinado. Solo se podía trabajar más rápido si se contaba con la ayuda de la familia o si se utilizaba la tecnología. Ambas cosas estaban prohibidas, pero también eran difíciles de demostrar. Los contratos estatales eran limitados. Si trabajabas más rápido, te llevabas más de un pastel que no crecía.

—Espero que puedas resolverlo —dijo Talut.

Odiaba las discusiones. Para él, el mundo era bueno cuando todos se llevaban bien.

—Estaré bien —dijo Kasrin.

La campana tintineó. Una, dos, tres, cuatro veces. Talut contó automáticamente porque eso revelaba para quién era el mensaje.

—Es para nosotros —dijo Kasrin.

—Pues contesta.

Su mujer negó con la cabeza.

—Todavía tengo que peinarme.

Talut intentó acercarla de nuevo. Kasrin era aún más atractiva sin ropa. Pero era más fuerte que él. Sentía los músculos doloridos por el esfuerzo de ayer.

La campana volvió a sonar. Se consideraba de mala educación hacer esperar al humano al otro lado de la línea.

—¿Podrías...? —preguntó Talut y guiñó un ojo.

—¡Está bien, pero vístete! No quiero perderme el aerodeslizador.

Su mujer salió de la habitación.

—Aquí Hill —la oyó decir.

Hill era su apellido, ya que ella era de la región montañosa, igual que él se llamaba Forest, como todos los habitantes del Plano de la Corona. Talut se subió la manta hasta la barbilla. La idea de tener que levantarse de la cama le producía escalofríos. Tal vez fuera también el recuerdo de los sucesos de ayer lo que intentaba reprimir.

—Ajá, ajá —dijo su mujer—. Qué interesante.

El tono de su voz subió notablemente. Eso significaba que estaba molesta por algo. Y eso no era bueno.

—¡Ven aquí, Talut! Es para ti.

Talut saltó de la cama. El suelo rebotó. Desnudo como había dormido, corrió a la sala de estar donde estaba el comunicador de la Vieja Madre. Era un sistema primitivo, típico de las regiones aún poco desarrolladas del Plano de la Corona. Aquí aún no había cables telefónicos, la humedad constante del aire y las emisiones solares interferían con las transmisiones de radio. En su lugar, se tendían cables de casa en casa, tejidos con las fibras de las hojas de la Vieja Madre, que permanecían secas y tensas a pesar de la humedad.

Kasrin apretó la lata contra su mano, desde la que sonó la voz de Hanri. La casa de Hanri estaba a un kilómetro y medio, casi la distancia máxima para una estación comunicadora. Actuaba como una especie de distribuidor y tenía la tarea de pasar los mensajes a todos los que estaban conectados a su casa a través de la línea de la Vieja Madre.

—... a recoger sus papeles —dijo Hanri en ese momento.

—Soy yo —dijo Talut por el auricular—. ¿Qué tipo de papeles?

La respuesta tardó un momento en llegar. La velocidad de transmisión del hilo era limitada.

—Acabo de decirle a tu mujer que te has quedado sin trabajo —anunció Hanri.

¿Cómo? ¿Pretendían despedirle? Qué cabrones. Su mano se tensó en torno al auricular, que crujió de forma alarmante.

—NPQ te hace responsable de la pérdida del colector —explicó Hanri.

Puede que fuera cierto, pero al menos había salvado a Petros. Su colega habría muerto de sus heridas si él no hubiera encontrado la

forma de subir.

—Sí, y por supuesto por la caída de tu colega —añadió Hanri—. Y porque nunca puedes llegar a tiempo.

El auricular crepitó. Talut lo colgó. No debía estropear el comunicador. Le habría gustado gritarle, pero Hanri solo era el portador del mensaje. Talut se crujió los nudillos. ¿Qué debía hacer?

—Eso es todo. ¿Les devuelvo una respuesta? —se oyó desde el artefacto, y Talut volvió a cogerlo.

—No, gracias.

—Como quieras. Entonces olvidaré el asunto.

Esa era una frase estándar que todo intermediario pronunciaba después de transmitir la información. Por supuesto, Hanri no olvidaría nada. Al contrario, lo difundiría, y lo que sabía viajaría por el Plano de la Corona no más despacio que por el comunicador de la Vieja Madre.

Pero eso no le importaba a Talut. Él mismo llevaría la respuesta al remitente. La empresa que acababa de echarlo tenía una sucursal en la ciudad vecina, y allí era donde debía estar su jefe de distrito, fuera quien fuera. Talut evitaba la ciudad en la medida de lo posible: era demasiado ajetreada para él. Pero si quería recuperar su trabajo, tendría que presentarse en persona, para bien o para mal. Miró el reloj.

—Kasrin, ¿estás lista? Tenemos que estar en el aerodeslizador en dieciséis minutos.

—¿Tenemos?

—Sí, te acompañaré a la ciudad.

—¿Es por tu despido? ¡No pueden hacernos esto! ¿De qué se supone que vamos a vivir? —preguntó Kasrin, cruzándose de brazos.

—Sí, les echaré la bronca. Me necesitan, después de todo.

—¡Eso espero!

—Después podremos salir a cenar juntos. Y quizá al holocine. Hace tanto que no lo visito.

—¿Cómo puedes pensar en cine o comida cuando acabas de quedarte en paro?

—Seguro que es solo un aviso. Nos necesitan a todos para cumplir las cuotas. Confía en mí.

Kasrin suspiró.

—De acuerdo. ¿Y Luqa?

—Estoy seguro de que le gustaría quedarse con Oqoq. Siempre está suplicando quedarse a dormir con su amigo. Se lo diré a su madre.

—No hay tiempo para eso —dijo Kasrin—. El aerodeslizador no esperará.

—Entonces lo haremos en el camino.

—Muy bien.

Ella nunca lo decía pero Talut sabía que echaba de menos las montañas. Una visita allí la haría feliz. No estaba del todo seguro de recuperar su trabajo. Si realmente estaba desempleado, tendrían que vivir de los ingresos de ella a menos que quisieran mudarse a la ciudad. Y eso era impensable. Talut había crecido en el Plano de la Corona. No podía dormir tranquilo sin Viejas Madres en las inmediaciones. Lo había intentado cuando conoció a Kasrin Hill en la ciudad, pero aunque había estado recién enamorado, había huido al bosque después de solo una semana. Aquel podría haber sido el final de la aventura para él, pero Kasrin había conseguido localizarlo en la inmensidad del Plano de la Corona. Cuando ella se proponía algo, normalmente lo conseguía.



El ascenso al aerodeslizador fue agotador. Había una cesta en la que te podían subir con un motor, pero siempre se estropeaba, como hoy. Tuvieron que utilizar las escaleras para subir los trescientos metros aproximadamente. Dos escaleras llevaban a la cima, otras dos eran para el camino de vuelta. Toda la construcción era de madera de la Vieja Madre, incluidos los peldaños. Cada treinta metros aproximadamente, un saliente con un estrecho asiento ofrecía la oportunidad de recuperar el aliento o de cruzarse con alguien.

Las escaleras ascendían en espiral y estaban rodeadas por una retícula de ramas más finas, de modo que no había peligro real

aunque uno resbalara. Sin embargo, para las personas con miedo a las alturas, el ascenso con la vista despejada hacia las profundidades debía de ser un infierno. Afortunadamente, Talut no era propenso a ello.

Por desgracia, no tardó en sudar, sobre todo cuando tuvo que llevar máscara. Cuando llegara a la sucursal de su empresa, olería como un adolescente. Pero eso era bueno. No podían echarlo a la calle.

—Talut, ¿vienes? —preguntó Kasrin—. El aerodeslizador llegará en cualquier momento.

Levantó la vista. Su mujer estaba diagonalmente por encima de él.

—Se supone que debes estar escalando, no mirando a tu alrededor —lo reprendió.

—Sí, sí. Ya voy.

Podría haber hecho carrera como tratante de esclavos en la Antigua Roma. Pero, era agradable en general, y Talut se consideraba afortunado de haberla encontrado. La mayoría de las mujeres de ciudad encontraban la vida en el Plano de la Corona incivilizada. Sin embargo, tenían electricidad generada a partir de las diferencias de temperatura en los niveles inferiores del Bosque de Antiguas Madre, había escuelas y clínicas de salud, todo gratis, y había una manera cómoda de llegar a las montañas.

«Claro, cómoda». Talut se encogió de hombros y subió.



El aerodeslizador llegó a tiempo. Talut aún tenía que dar unos pasos cuando la góndola se detuvo, y Kasrin se colocó en la puerta para que no pudiera despegar. Los mandos se quejaron ruidosamente, pero la góndola estaba vacía, así que el remordimiento de Talut desapareció en cuanto se sentó en el amplio asiento de atrás y se quitó la máscara. Empezó a subir a su mujer a su regazo, pero cuando ella se acercó, la parte trasera de la góndola se hundió tanto que los controles empezaron a pitar ruidosamente de nuevo.

—Supongo que tendré que sentarme delante —dijo Kasrin sonriendo—. Lo siento, cariño. Cuando lleguemos a casa después del holo, Luqa no estará allí.

Había vuelto a leerle la mente. Talut sonrió. Se puso más cómodo, se quitó los zapatos y se sentó a lo largo en el banco. Dejó vagar su mirada. Aquí arriba, la niebla omnipresente era solo una fina capa que apagaba los colores. El magnífico verde oscuro de las hojas frescas y jóvenes retrocedía un poco. El verde azulado de las brácteas más viejas, que crecían a los lados de las ramas, no parecía tan intenso como de cerca. El naranja ardiente de las flores se desvanecía en un amarillo tranquilizador, e incluso el gris de las bolsas de semillas que había bajo ellas causaba una impresión más agradable.

A Talut le gustaba viajar en el aerodeslizador. Solo desde la góndola suspendida de un cable kilométrico se podía ver el Plano de la Corona en todo su esplendor. Las coronas de miles y miles de Viejas Madres formaban un bosque que había ido elevando su nivel a lo largo de los milenios. Solo las cordilleras más altas se alzaban aún sobre él. Nadie sabía cómo era la superficie real del planeta. En algún momento el bosque superaría a las montañas, pero para eso aún faltaban algunos millones de años.

Había dos océanos en Terra Nova. Talut imaginó la vista desde el Plano de la Corona sobre el mar. Las Viejas Madres formaban un muro de miles de metros de altura, con el agua salada bañando sus pies. No crecían árboles en las islas, que tenían aproximadamente el tamaño de Gran Bretaña en la antigua Tierra. Estaban cerca del ecuador, donde quizás hacía demasiado calor para las Viejas Madre. Los primeros colonos habían desembarcado allí, y hasta el día de hoy los habitantes de Terra Nova intentaban practicar la agricultura convencional en las islas.

Solo más tarde se aventuraron en el Plano de la Corona y en las montañas. Este paso había transformado finalmente Terra Nova de una colonia dependiente en un mundo rico. Esto se debió en segundo lugar a los ricos yacimientos de materias primas que podían extraerse de las montañas. Principalmente, fue la resina arbórea la que había dado a Terra Nova su independencia y su plena

pertenencia a la Unión Terrestre. Prosperaba en las innumerables burbujas de semillas que podía ver desde aquí arriba.

—¡Mira, allí! —gritó Kasrin.

Él se levantó y se agarró a una barandilla del techo mientras la cápsula se inclinaba ligeramente hacia delante. Esto le dio una visión aún mejor de lo que su esposa estaba tratando de llamar su atención. Debajo de ellos se había instalado una estación de recolección, pero no una cualquiera. Lo supo por la forma de la plataforma que habían creado de hormigón, él y sus colegas. Un colector acababa de llegar para vaciar su contenedor en el gran depósito situado en el centro de la plataforma. Desde arriba, incluso un profano podía ver claramente lo que debió de haber allí en el pasado: la corona de una Vieja Madre. No todo el mundo estaba contento de que algunas de las copas de los árboles tuvieran que dejar paso a los depósitos, pero nunca había surgido un verdadero movimiento de protesta. Terra Nova no quería renunciar a su riqueza.

—Son mis colegas —dijo Talut.

Kasrin no dijo nada. Le reconoció el mérito. Apenas le había reprochado nada ayer, cuando le contó el incidente. Él mismo sabía lo estúpido que había sido. Pero ¿que tuvieran que echarlo de inmediato? Seguro que el colector que había perdido estaba asegurado.

—Probablemente mañana vuelva a trabajar allí —añadió.

De nuevo, su mujer no reaccionó. A veces era más lista que él, pero esperaba tener razón esta vez.



Se acercaron lentamente a la ciudad. Una y otra vez, sobrevolaron las copas recortadas de los árboles. Pero, sobre todo, la zona marrón comenzaba aquí. El follaje adquiría un color parduzco cuando se vaciaban las vejigas de las semillas. Los biólogos decían que era una reacción fisiológica normal. Las Viejas Madres morían después de vaciar sus bolsas de semillas. Esto podía evitarse dejándolas medio

llenas, pero, por supuesto, esto también reducía a la mitad el rendimiento, mientras que el desarrollo del Plano de la Corona con hormigón adecuado para los colectores no reducía su costo.

En las inmediaciones de la ciudad se habían podado las copas de todos los árboles Vieja Madre. De este modo, el ayuntamiento evitaba que el bosque creciera demasiado en la ciudad. Al mismo tiempo, podían utilizar la durísima madera como material de construcción.

La góndola se hundía cada vez más, al menos aparentemente, mientras que en realidad la ciudad se acercaba. Las casas parecían estar en una carrera que solo acabaría en la cima de las montañas.

En realidad, la ciudad se extendía hacia arriba. Desde la góndola, la ciudad parecía una gigantesca caja de música mecánica. El suelo rocoso estaba completamente ocupado por edificios. Solo quedaba el espacio aéreo para sus habitantes. Escaleras mecánicas empinadas (para distancias más cortas) y teleféricos conectaban los distritos de la ciudad verticalmente, mientras que un sistema de puentes y pasarelas, que recordaba a una estantería gigante, creaba conexiones horizontales.

—Ahí está el nuevo centro comercial Hud —dijo Kasrin.

Hud era el nombre oficial del lugar. Para él, siempre fue simplemente «la ciudad» porque así lo habían llamado sus padres.

—¿Quieres ir de compras?

—No, pero allí tienen un holocine estupendo.

Claro, ella quería ir al cine. Talut no gustaba de los holos. Eran demasiado perfectos. Le gustaban las pequeñas imperfecciones de la naturaleza, como las pequeñas lorzas de Kasrin cuando no se le ocurría meter la barriga. Nunca había visto nada parecido en ningún holo. Allí, la gente era perfecta.

—¿Eso es un holoplástico?

Una escultura flotaba frente al centro comercial, iluminada desde abajo y brillando en plata. Su superficie parecía moverse, incluso fluir. Fue incapaz de fijarse en un punto concreto.

—Ah, es la nueva fuente —explicó Kasrin—. Una verdadera obra de arte.

—¿Eso es agua? ¡Qué desperdicio!

El agua potable era un problema en el Plano de la Corona, a pesar de las condiciones climáticas. Había que recogerla de la lluvia, ahí no había masas de agua. Aunque siempre había humedad y niebla, no llovía muy a menudo. En caso de emergencia, se podían utilizar máquinas de niebla para extraer la humedad del aire pero resultaba bastante caro.

—El agua no es un problema en las montañas —dijo Kasrin—. Ya lo sabes.

—Si tienen tanta, podrían donar un poco al Plano de la Corona.

—La fuente consume mucho menos de lo que crees —replicó su mujer.

Talut la miró. Realmente era una obra de arte. El arquitecto debía de haber calculado exactamente qué presión era necesaria para que el agua brotara en qué ángulo, de modo que el chorro cayera exactamente donde él quería. Parecía que el agua que fluía seguía un único circuito. Pero si se miraba más de cerca, se observaba que varios circuitos independientes estaban sincronizados entre sí. El agua salía disparada verticalmente hacia arriba en varios tubos transparentes, brotando hacia un lado de tal forma que se asemejaba a una rama fluyente que se rompía en miles de hojas y, finalmente, en gotas de rocío. Más abajo, una placa de cristal recogía el agua y probablemente la dirigía de nuevo al sistema.

La góndola golpeó con un sonido sordo. La puerta se abrió con un chirrido y Talut se llevó instintivamente la mano a la máscara respiratoria pero Kasrin negó con la cabeza.

Salieron. La estación principal del teleférico era una cúpula de varios pisos de altura. El ruido lo envolvió de inmediato. Solo por eso, Talut no habría podido vivir en Hud ni en ninguna otra ciudad. El problema no era solo el volumen, sino también el tono. En el exterior, la densa atmósfera de dióxido de carbono amortiguaba sobre todo los sonidos agudos. Aquí, en cambio, los edificios y los caminos estaban llenos de una mezcla de aire similar a la terrícola, que sabía a electricidad y daba a los sonidos una forma diferente, de modo que al cabo de poco tiempo resultaban increíblemente molestos.

Kasrin le condujo hasta un ascensor.

—¿A qué nivel tienes que ir?

—Hm, ¿cuál era? Se me olvida —respondió él.

—Tu empresa está en el distrito de negocios, ¿no?

—Así es, sí.

—Es el nivel cero.

—Pero no están en el nivel inferior, estoy seguro.

—Claro que no. El distrito comercial es central. Solo las familias fundadoras viven abajo, en barrios segregados. El nivel cero es donde te llevan todos los ascensores para conectar con otros niveles.

Talut se sentía como un niño perdido en una ciudad extraña, pero no era la primera vez que estaba aquí. Debería saber todo esto. Probablemente era el maldito oxígeno. La alta concentración de más del 20 % siempre le hacía olvidar.

—Lo encontraré —aseveró.

Solo tenía que concentrarse un poco. Si era necesario, siempre podía preguntar a un transeúnte. Su empresa era una de las más conocidas de Terra Nova.

—Espera, te contrataré un guía —dijo Kasrin.

—No, gracias, puedo arreglármelas solo.

—Ja —dijo ella—, muy buena.

Se acercó a un pilar situado a unos pasos del ascensor. Allí tecleó algo en una pequeña pantalla.

—Ponte aquí —le indicó, y él obedeció.

Una cámara le apuntó con un láser verde y le escaneó. Un círculo verde parpadeó a su alrededor.

—El destino está preprogramado —explicó Kasrin—. El acompañante te llevará primero a NPQ y luego a la fuente. Tengo que irme ya o llegaré tarde.

—Eh, gracias.

—Nos vemos dentro de dos horas —dijo Kasrin, caminando hacia una escalera mecánica.

Sin embargo, una flecha verde señalaba el ascensor. Talut odiaba la ciudad.

—¿Qué...?

—Confía en la flecha —gritó su mujer y desapareció de su vista.



¡Funcionó! Talut leyó el letrero de hojalata frente a la ostentosa entrada. «Nuevos Productos Químicos» NPQ, era el nombre de una de las dos empresas titulares de licencias de recolección. Ambas habían surgido de la corporación estatal que anteriormente había gestionado los árboles de Vieja Madre por todo el planeta. Se esperaba que un poco de competencia hiciera bajar los precios. Pero ocurrió lo contrario.

Talut se dio la vuelta. La flecha había desaparecido. De repente se sintió libre. Podía ir donde quisiera. ¿Para qué preocuparse por los jefes, que no le volverían a contratar? No, había venido aquí para echarles la bronca. Se lo debía a sí mismo.

Pulsó el botón situado bajo el rótulo de la empresa. Una solapa se deslizó hacia un lado, dejando al descubierto una cámara. Probablemente le estaba mirando ahora. Talut giró la cabeza ligeramente hacia un lado para que también pudiera captar su perfil.

—Buenos días, Talut Forest —dijo una voz—. ¿Qué podemos hacer por usted?

La voz no tenía inflexión dialectal. Solo los ordenadores hablaban así.

—Me gustaría hablar con el jefe del Distrito F7.

—Zelpha Forest está reunida en este momento. Si espera media hora, puedo reservarle un hueco de cinco minutos. Por favor, comprenda que no es posible mantener conversaciones más largas sin previo aviso.

Cinco minutos, debería ser suficiente.

—Sí, por favor, esperaré.

—¿Quiere esperar en la sala de espera o volver dentro de treinta minutos?

—La sala de espera, por favor. —Tal vez eso bloquearía el ruido de la ciudad.

—Como desee. Por favor, siga la flecha. Le deseo una estancia exitosa en Nuevos Productos Químicos, sucursal Hud, líder universal del mercado de productos químicos de Vieja Madre.

El abrepuertas zumbó. Talut tiró de la manilla y la puerta giró hacia él por sus propios medios. Una flecha, mucho más elaborada que la del sistema de señalización de la ciudad, le condujo a través de altos pasillos, a un ascensor y a una sala muy iluminada donde ya esperaban otras tres personas. Talut se sentó en un banco contra la pared, lo más lejos posible de los demás; de lo contrario, alguno de los que esperaban se sentiría obligado a iniciar una conversación.

La sala de espera era digna de ver. En su centro había una réplica de la gran fuente de la ciudad, presumiblemente de cristal. Se podía ver el exterior a través de grandes ventanales en las paredes, a pesar de que la sala estaba en el centro del edificio. Las ventanas eran pantallas, por supuesto, pero estaban colocadas de tal manera que Talut sintió el impulso de abrirlas y dejar que el viento entrara en la habitación. Se levantó y miró al exterior. Al parecer, se estaban emitiendo imágenes reales de cámaras, tomadas desde una gran altura: calculó que a unos 150 metros. Era como estar en una torre alta.

Los demás visitantes ignoraban el panorama, prefiriendo estudiar las pantallas proyectadas sobre sus regazos o sobre sus rodillas. Probablemente ya habían estado aquí antes. No levantaron la vista, ni siquiera cuando Talut pasó junto a ellos. Típicos urbanitas. De donde él venía, la gente al menos se llamaba por el nombre. Pero podía alegrarse de que le dejaran en paz. Era mucho más fácil permanecer en el anonimato en Hud que en el Plano de la Corona.

Talut se sorprendió cuando se abrió la puerta principal. Una joven rubia, vestida con un delantal azul brillante abotonado por detrás, entró en la habitación. Había visto variaciones de esta prenda en holos publicitarios por las calles. Al parecer, era el último grito de la moda local, aunque a él le pareciera extraño. La mujer se dirigió a él y Talut reprimió su instinto de huida y se tragó un repentino nudo en la garganta. ¿Qué había querido decir a la compañía? Rebuscó a tientas en el bolsillo del pantalón como si buscara notas que nunca había hecho.

La mujer le tendió la mano.

—Buenas tardes, Talut. ¿Puedo llamarte así? Soy Zelpha.

Zelpha Forest, así era como la voz automatizada de la entrada había llamado a su jefa de distrito. Se la había imaginado diferente, mayor y pragmática. Cualquiera con el apellido Forest procedía del Plano de la Corona.

—Soy Talut —dijo y tragó saliva—. Gracias por su tiempo.

—Te agradezco tu tiempo. ¿Qué te trae por aquí?

Talut señaló a las otras personas que esperaban.

—No quiero poner a nadie en una situación embarazosa, si me entiende.

Zelpha rio cordialmente. Luego, chasqueó los dedos y las demás personas se disolvieron en una lluvia de chispas. ¡Holofiguras!

—Los estudios psicológicos demuestran que nos resulta más fácil esperar cuando no estamos solos —explicó.

Él debió de parecer bastante sorprendido, porque ella lo miraba divertida.

—Ya veo —dijo—. Pues nada, he venido a quejarme de mi despido. Nunca he sido culpable de nada, y solo porque una vez...

—Talut, querido. —Zelpha le puso una mano en el brazo—. Sentémonos primero.

Tomaron asiento en el banco. Él olió su perfume, que recordaba a menta y limón.

—Comprendo perfectamente que no estés contento con la decisión de nuestra empresa. Yo tampoco, te lo aseguro. Pero todos somos humanos, y los humanos cometen errores, así que nuestros recursos humanos son gestionados por un algoritmo. Funciona de forma totalmente objetiva y nos ha ahorrado una octava parte en costes de personal desde que se introdujo.

—Así que se trata de...

Ella volvió a ponerle la mano en el brazo y le desequilibró.

—No es útil mirar al pasado, mi querido Talut. Eso lo sabemos bien en el Plano de la Corona, ¿no?

Zelpha le guiñó un ojo con aire cómplice. Un claro intento de congraciarse y, sin embargo, él fue incapaz de resistirse y asintió obedientemente. Debería haber traído a Kasrin. Había estado tan enfadado. ¿Dónde estaba su ira cuando la necesitaba?

La jefa de distrito sonrió.

—Me alegro de que tú también lo veas así. No se puede cambiar el pasado. Solo el futuro, y el presente. Nuestra empresa recibió por casualidad una consulta externa y de inmediato pensé en ti.

Probablemente era mentira. ¿Por qué iba a molestarse Zelpha con él cuando el algoritmo tomaba todas las decisiones de personal?

—¿Una consulta sobre qué?

—Sobre una expedición.

—¿Una expedición? De ninguna manera abandonaré el Plano de la Corona.

—Ni lo harías, no de la forma que imaginas. No se requiere ir al espacio ni a alta mar.

—¿Sino?

—A las profundidades. Si tiene éxito, la expedición llegará a la superficie. He oído que tienes experiencia en las profundidades.

—¿Mi accidente? Yo no lo llamaría experiencia.

—Regresaste desde una profundidad de doscientos metros por ti mismo. Nadie lo ha conseguido en la historia de nuestra compañía.

—¿No fui yo la primera persona en caer?

—No publicamos cifras por motivos de protección de datos, pero es cierto, no fuiste el primer caso —se rio entre dientes—. Entonces, ¿estás listo para una aventura?

Talut echó la cabeza hacia atrás y se masajeó la nuca con los ojos cerrados. ¿Qué diría Kasrin? Tenía una idea aproximada. Pero no podía quedarse en casa sin hacer nada. NPQ no iba a volver a contratarle, eso estaba claro. Y la zona de recolección de la empresa rival estaba demasiado lejos. O aceptaba un trabajo en la ciudad, lo que sería una pesadilla, o se mudaban, lo que no le gustaría a su hijo.

—¿Quién es el cliente, y cuál es la paga?

—El Ministerio de Ciencia y el Ministerio de Defensa financian la expedición. Te darán un puesto de mecánico a prueba con la tarifa de Zeta 3, y todos los participantes que tengan éxito serán funcionarios de por vida.

—¿Qué significa «tener éxito»? ¿Tengo que pasar alguna prueba?

—Solo tendrás que volver. Eso suponiendo, por supuesto, que tengas éxito. Pero si no, tu pareja recibirá una pensión de viudedad

y a tus hijos se les ofrecerá la admisión en el programa de educación estatal.

Eran excelentes argumentos para semejante aventura. Aunque no regresara, su familia estaría segura. Ese argumento no convencería a Kasrin pero era importante para él.

—¿Qué papel juega NPQ en esta expedición?

No era habitual que las instituciones estatales tuvieran que contratar personal de empresas privadas. Normalmente, estaban asediadas por los solicitantes. Pero, por supuesto, el destino era desalentador. La superficie estaba prácticamente inexplorada. Algunas expediciones habían partido del mar, pero no habían llegado muy lejos.

—Proporcionaremos parte de la tecnología —dijo Zelpha—. Después de todo, tenemos una experiencia considerable en el despliegue de maquinaria pesada en el Plano de la Corona.

—¿Eso significa que la expedición comenzará desde aquí?

Sería el primer intento de descender a través de miles de metros de follaje. Talut negó con la cabeza instintivamente. Un esfuerzo inútil.

—Sí, el objetivo está en medio del centro del continente austral, a unos ochocientos kilómetros de la costa más cercana.

—Eso es una locura.

Zelpha se rio.

—Me alegro de que te guste.

Talut volvió a negar con la cabeza, pero la jefa de distrito tenía razón. La idea de ser uno de los primeros humanos del Plano de la Corona en llegar a la superficie le atraía enormemente. Pasaría a la historia de Terra Nova, aunque solo fuera como mecánico.

—Es poco probable que alguien regrese de esta expedición —dijo, suspicaz.

—Oh, yo no sería tan pesimista. No conozco los detalles financieros, pero sé que los dos ministerios se están superando en la liberación de fondos. Dispondrán de los mejores equipos. Además —le puso la mano en la rodilla—, tengo la sensación de que volveremos a vernos.

Menos mal que Kasrin no estaba aquí. Podía imaginarse su reacción.

—Me apunto —dijo Talut—. ¿Dónde firmo?

Zelpha le dio una palmada en el hombro.

—Ese es el espíritu. No te lo pienses más. Será la aventura de tu vida.

«Tal vez». Era más probable que muriera en el proceso, pero al menos tendría un final espectacular. Talut no quería morir de una enfermedad hepática como su padre, que había perdido su trabajo y luego se había quedado en casa bebiendo alcohol barato. Tenía que firmar el contrato antes de que Kasrin pudiera disuadirle.

—Hablo en serio. Quiero firmar ya. Ahora mismo. Tiene que ser legalmente vinculante para que puedas demandarme si cambio de opinión.

—Jaja, puedo adivinar el motivo. Kasrin es muy severa, ¿verdad? Me gusta.

Así que Zelpha sabía el nombre de su esposa. Eso le asustó. ¿Cómo conocía la empresa a su familia?

—¿Podemos concentrarnos en los negocios?

—Por supuesto. —Como si se lo hubieran ordenado, la sonrisa desapareció—. No somos los organizadores de esta expedición, pero se nos compensará por cada participante que proporcionemos. Así que podríamos firmar un contrato preliminar que te obligaría a ti y al Ministerio a concluir el contrato de trabajo.

¿Compensación? Más bien una comisión... o una recompensa. ¿Era por eso por lo que NPQ le había despedido tan a la ligera? Así no tenían que tomarse la molestia de convencerle. Típico de una empresa.

No importaba. No podía cambiar el pasado. Pero sí el futuro.

—Eso suena bien.

—¿Mary? Necesito un contrato preliminar.

Al parecer, alguien les había estado escuchando todo el tiempo.

—Estamos legalmente obligados a hacerlo —dijo Zelpha, quien debió de notar su mirada interrogante—. Puede ser que un empleado de la empresa te esté presionando sin permiso, o no te esté contando la letra pequeña. Tenemos total transparencia.

Zelpha cerró los ojos brevemente. ¿Qué le pasaba?

—Ah, gracias, Mary —dijo—. Lo siento, Talut, he tenido que atender un mensaje. Aquí tienes tu contrato preliminar.

Metió la mano en el bolsillo derecho de su bata y sacó una lámina transparente enrollada. Con un movimiento de la mano, la desenrolló y esta se endureció y se volvió blanca. Apareció un breve texto, que obviamente había sido grabado por radio.

—Contrato preliminar —leyó Talut—. Yo, el abajo firmante, me comprometo...

Era suficiente. Estaba familiarizado con esos formularios de contrato. Estaban protegidos por una criptografía cuántica que garantizaba la inalterabilidad del texto. En la parte inferior de la lámina había un campo marcado sobre el que tenía que colocar el pulgar. La lámina captó la huella y el campo se volvió verde.

—Muchas gracias —dijo Zelpha—. Estoy encantada de que participes. Por cierto, yo también acompañaré a la expedición, como jefa adjunta: un pequeño descanso del eterno trabajo de oficina. Como sabes, a la gente como nosotros siempre nos atrae el Plano de la Corona.

Talut asintió. Podía entenderlo. Pero más le valía no decírselo a Kasrin. Ella ya estaría disgustada por su decisión. Afortunadamente, aún le quedaba un poco de tiempo antes de su encuentro.

—Y como ya no soy oficialmente tu superior, sugiero que dejemos las formalidades y nos limitemos a conocernos.

—Con mucho gusto. ¿Cuándo empezamos?

Zelpha soltó una carcajada.

—Eres todo un personaje. ¿No has leído el precontrato hasta el final?

Negó con la cabeza.

—No cambiaría nada de todos modos.

—Lo que tú digas. La expedición está a punto de comenzar. Un Copter te recogerá en casa pasado mañana.

—¿Qué debo empacar?

—Aparte de una muda y ropa interior, no necesitas traer nada. El equipo ya está en el lugar.



10 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

La puerta del pequeño apartamento de Yini estaba abierta. Era extraño, porque había estado cerrada los primeros días después de su huida. Kang miró a su alrededor. El pasillo estaba vacío. Abrió la puerta con cautela. La habitación parecía como si su hermana acabara de salir de ella. Kang trató de recordar qué aspecto había tenido por última vez pero el apartamento parecía intacto. Una fina capa de polvo se había extendido por el suelo y los muebles, así que las huellas eran inevitables.

A menos, claro, que hubiera trabajado aquí un verdadero profesional. En la baja gravedad lunar, era relativamente fácil alcanzar un objetivo con zapatos especiales que permitían caminar por las paredes y el techo. Kang cerró la puerta tras de sí. Los pasos que dio hacia la mesa del centro eran claramente visibles en el suelo.

Pero no necesitaba preocuparse por eso. Al fin y al cabo, Yini era su hermana. Tenía permiso para estar aquí, aunque ella se hubiera escapado. Sin embargo, se sentía como un mirón. No. Sentía la necesidad de estar cerca de su hermana. ¿Qué había de malo en ello? Se acercó al escritorio y encendió el ordenador. El aparato emergió de la mesa.

¿Contraseña? Probó con el nombre de su supuesta madre. *Error.* Su propia fecha de nacimiento. También un mensaje de error. No importaba. Podía retirar el ordenador del escritorio y llevarlo al taller.

Después de todo, era conserje. Accedería a su contenido de algún modo. Bajó la finísima pantalla y se hundió de nuevo en el escritorio.

Kang se levantó. Había sido un error venir aquí. Los recuerdos aún estaban demasiado frescos. Sin Yini, el apartamento le resultaba extraño, vacío. Había pasado tiempo con ella aquí. Habían jugado a antiguos juegos de mesa de Neomarte, escuchado música juntos o visto alguna holocomedia no muy divertida. Le había enseñado cómo había derrotado al jefe en un simulador de realidad virtual y ella le había elogiado por ello. En retrospectiva, le resultaba más extraño que entonces, hacía solo unas semanas.

Yini, aunque solo unos minutos mayor que él, siempre había sido una especie de madre para él. No una competidora de su verdadera madre, sino un complemento, y eso era lo que echaba de menos. Típico egoísta. Nunca se había planteado cómo se sentía Yini al respecto. ¿No había necesitado a veces un hermano en vez de un hijo? No era mayor que él. Debía de haberla agobiado durante años pero nunca se había quejado.

Se dio la vuelta. Perdido en sus pensamientos, había caminado en círculos varias veces. Las huellas en el suelo polvoriento daban la impresión de que alguien había realizado aquí un ritual. Se arrodilló e intentó limpiarlas, luego, miró debajo del sofá. Allí estaba la parte superior del cuenco de lectura que Yini utilizaba para las transmisiones. Sacó el aparato. Era pesado y olía a su hermana. Se lo deslizó por la cabeza y la frente, y las partes metálicas se sintieron frías y suaves en su piel.

Kang volvió a quitárselo y se puso de pie. Sabía usarlo; había estudiado junto con Yini. Solo que no había pasado la prueba. Desmontar el aparato y volverlo a montar había sido parte de las nociones básicas. Colocó la parte superior en la cabecera del sofá, donde se conectó a la inferior con un clic metálico. ¿Debía probarlo? Se pasó la mano por la parte superior de la cabeza. Tenía el pelo corto y no interferiría demasiado con el lector. Solo tendría que aumentar la potencia. Yini se afeitaba la cabeza a menudo porque le sentaba mejor. Afirmaba que, con una potencia de transmisión menor, la recepción no resultaba tan agotadora. Físicamente, por supuesto, era una patraña. Si tenía que aumentar la potencia a

causa del pelo, sus terminaciones nerviosas seguirían sin recibir más. Habían tenido muchas discusiones sobre este tema.

Se quitó los zapatos, como siempre había hecho Yini, y se tumbó. Su cabeza aterrizó justo en el cuenco. El sistema se puso en marcha. La pantalla de entrada se solapó con la vista del mundo exterior hasta que cerró los ojos. *RB Neurotech*, le dijo el programa. *Espere, por favor*. El sistema se calibró. A continuación, aplicó a su cerebro algunos impulsos de prueba, que al principio resultaron dolorosos, pero que pronto se sintieron como un firme masaje.

Perfil encontrado. Al parecer, sus datos fisiológicos seguían almacenados en el sistema. Probablemente un administrador no había prestado atención, o la información sobre su prueba fallida se había quedado atascada en alguna parte. Pero el sistema estaba a punto de echarle. *Cambio de perfil detectado en la estación K2323*. Exacto. *¿Reemplazar perfil?* Hizo una señal de aprobación en su mente. *Perfil reemplazado*. Qué rápido. Unas líneas de texto se desplazaron por su campo de visión, advirtiendo de los riesgos y efectos secundarios de la tecnología. La lista incluía desde dolores de cabeza y marcas de presión en el cuero cabelludo hasta trastornos de la personalidad y adicción. Sin embargo, el fabricante negaba cualquier responsabilidad.

Entonces el mundo se volvió negro. Estaba aislado y solo existía él. La sensación era abrumadora. Ningún dato. En el entrenamiento, una vez habían tenido que pasar media hora así. Era una tortura pero había una salida fácil: solo tenía que abrir los ojos. Pero no para él. Kang sintió que todo su cuerpo se tensaba. Básicamente, esto era hacer trampa. Su cuerpo estaba haciendo trampas añadiendo sus propios estímulos a la falta de retroalimentación, contra la que Kang no podía defenderse. De repente, pudo oír su sangre corriendo y los latidos de su corazón.

Entonces el mundo volvió a brillar. Estaba flotando en una burbuja transparente. A su alrededor flotaban muchas más burbujas cuyo contenido solo podía adivinar. De la mayoría de ellas llamaban personas vestidas de forma muy diferente. Eran sus órdenes, las órdenes de Yini. Algún algoritmo intentaba visualizar el contenido de cada transmisión de taquiones. El algoritmo llevaba años sin

actualizarse. También era irrelevante lo que veía. Solo el color de las esferas transparentes era decisivo. Cuanto más rojo era el tono, más urgente era la tarea.

Eligió una esfera roja desde la que le saludaba un neomarciano. Parecía la más apropiada. Tal vez podría averiguar algo sobre el paradero de Yini. Las posibilidades eran escasas, lo sabía. Cientos de neomarcianos utilizaban la transmisión de taquiones cada mes, y había neomarcianos en todos los planetas de la humanidad. De hecho, la transmisión le transportó al sistema Sirio. Kang se transformó en un tal Jerome Lemaitre, que estaba explorando la superficie del planeta Sirius Ab en un Planeador.

Aún podía salir. Kang detuvo la grabación de la transmisión. Pero no tenía otros planes para hoy. ¿Por qué no trabajar para los demás cronógrafos y, de paso, vivir una pequeña aventura? Al fin y al cabo, el algoritmo consideraba esta transmisión lo suficientemente importante como para incluirla en el archivo. *Continuar.* Envuelto en una corona púrpura, el sol se ocultó en el horizonte.



4 de octubre de 2802, Sirio Ab

Envuelto en una corona púrpura, el sol se ocultaba en el horizonte. Sus rayos escrutaban el suelo calcinado como si buscaran algo, plantas rebeldes tal vez, que los hostiles rayos ultravioleta aún no hubieran finiquitado. Por muy romántico que pareciera este atardecer, el entorno del planeta Sirio Ab era tan hostil como Jerome jamás había experimentado. Accionó una y otra vez el disparador de su cámara. El sistema automático, que él mismo había programado, seleccionaría las mejores fotos.

El planeador alabeó. Jerome había ajustado los controles para que la nave volara a solo diez metros de la superficie, de modo que pudiera sentir un poco de velocidad. El planeta calcinado apenas ofrecía variedad. Solo con mucha imaginación podía Jerome reconocer los restos de antiguos mares, enormes deltas en los que desembocaron ríos, cordilleras que habían sido prensadas por las placas tectónicas. La erosión las había reducido a no más de mil metros de altura, y las había alisado de modo que el Planeador flotaba sobre ellas como si no fueran obstáculo alguno.

Las pocas secuoyas que se aventuraban a salir de las grietas hacia la luz podían verse en el radar desde lejos. No eran plantas biológicas. Jerome solo las llamaba así porque parecían árboles a la distancia. De hecho, fueron construidas por colonos que las destinaron a transportar energía a los sistemas de fisuras

ramificadas. En lugar de hojas, las secuoyas tenían colectores solares.

Sin embargo, habían crecido. En la estación de visitantes en órbita, Jerome había visto en un holo cómo las secuoyas habían aflorado de sus grietas. Los colonos simplemente extendieron el tronco desde abajo a medida que la colonia crecía. Así no tenían que aventurarse a la luz mortífera de la estrella Sirio A.

«Mientras la colonia *creció*», se corrigió mentalmente. Sirio Ab ya no estaba habitada por humanos. Nadie sabía por qué los colonos se habían marchado. Una fuerza le empujó hacia el arnés. El planeador frenó y pasó a vuelo estacionario. Se oyó un estruendo bajo su cuerpo cuando los motores giraron. Habían llegado al destino programado. El sistema de control mostraba un holo, pero era evidente que tenía dificultades con la escala. Solo podía ver una estructura tubular. Con un gesto del dedo, redujo la escala y la secuoya se reveló.

De cerca, ya no parecía una planta. Jerome amplió la escala a nivel de las celdas solares. La mayoría de los colectores de luz parecían seguir funcionando. Se habían alineado hacia el horizonte, donde se estaba poniendo la estrella central. Al parecer, los controles seguían funcionando, así que había energía. Donde había energía, la vida era posible. Hoy en día, los sistemas de soporte vital eran tan robustos que proporcionaban oxígeno, agua, alimentos y cobijo independientemente de las condiciones externas. Eso era tranquilizador, porque significaba que Jerome podía pasar la noche en la grieta si era necesario.

Volvió a reducir la escala. Ahora la grieta estaba a la vista, al menos la parte superior. Un poco más. La formación era enorme. La secuoya, que debía tener 500 metros de altura, quedaba empequeñecida ante ella. La fisura se extendía unos 500 kilómetros a lo largo de la superficie. Tenía hasta cuarenta kilómetros de ancho, aunque aquí probablemente solo tenía unos cinco, y era tan profunda que el holo de su extremo inferior parecía borroso. El radar no penetraba lo suficiente. Allí, a unos treinta kilómetros por debajo de él, habían vivido los colonos, lejos de los abrasadores rayos de su

estrella, hasta que, por razones desconocidas habían decidido abandonar su nuevo hogar.

—Vámonos, pues —dijo.

—¿Puedo interpretar eso como una orden de descender a la grieta? —preguntó amablemente la nave.

—Por favor, procede. Gracias.

—Con mucho gusto.

A veces la cortesía de los mandos de la nave le ponía de los nervios, pero hoy le hacía sentirse menos nervioso. Esta grieta era uno de los lugares abandonados más famosos del universo accesible. Había ahorrado durante mucho tiempo para poder permitirse este viaje. Supuestamente, solo diez personas habían venido aquí después de que se marcharan los colonos, y dos de ellas nunca volvieron.

Con un pequeño salto, el planeador se adentró en la grieta. En el holo, Jerome lo vio como un punto rojo brillante que entraba en una estrecha cavidad de la roca superficial. Jerome volvió a aumentar la escala. Esto hizo que la grieta pareciera menos amenazadora. El punto se hundió rápidamente. Jerome se volvió ingrávido. El corazón le latía con fuerza. Tenía que confiar en que los controles sabían a qué velocidad dejar caer el planeador.

«Concéntrate en el entorno. Mantente ocupado». No era la primera situación peligrosa en la que se encontraba. Jerome enfocó la pared del pozo. Y allí estaban: agujeros circulares de varios tamaños. No habían sido los colonos quienes los habían creado, sino los infames gusanos de los túneles, que exteriormente se parecían a los gusanos terrestres pero que no estaban emparentados con ellos. Eran más bien ballenas, ya que básicamente consistían en una especie de mecanismo de molienda en la cabeza y un enorme estómago que trituraba el material rocoso molido para extraer de él los nutrientes. Un encuentro con gusanos de túnel solo sería peligroso si no te apartas de su camino con la suficiente rapidez. No eran responsables del colapso de la colonia, ya que su población disminuía al aumentar la profundidad.

Jerome observó las paredes con atención. ¿Detectaría alguno? Cambió a infrarrojos. De repente, los agujeros parecían pequeños

dedos taladrando la roca desde la grieta. Esto se debía a que el aire estaba más caliente que la roca. Allí donde los gusanos del túnel habían perforado, el aire penetraba en las cuevas y se enfriaba lentamente.

¡Allí! Uno de los dedos parecía extrañamente doblado.

—Óptico —ordenó Jerome, e inmediatamente el holo reprodujo la imagen con luz natural.

La imagen parpadeó brevemente mientras el sistema automático ajustaba el brillo, y por un instante Jerome vio la punta de un dedo asomando por una cueva. Congeló la imagen con un gesto de la mano y la amplió. Un gusano de túnel. Una toma casi perfecta. Tenía un caparazón en la parte delantera que parecía una uña gigante. Debajo tenía la boca circular, con dientes que sobresalían hacia fuera para poder cortar la roca. Los dientes eran de diamante. Nadie había averiguado nunca cómo los habían conseguido. Durante un tiempo, se dijo que los colonos los habían cazado por este motivo, pero desde que las minas habían ido corroyendo el planeta, el precio de los diamantes naturales era inferior al de los alimentos orgánicos.

Jerome enfocó la imagen y aumentó el contraste. Luego, la envió a la estación en órbita, donde le esperaba su novia.

—Este tipo guapo tiene dientes de diamante —escribió—. Te traeré algunos.

Geena respondió de inmediato:

—No te atrevas. Sabes que soy vegetariana.

Jerome sonrió y volvió a la imagen del radar. Cuanto más se adentraba, más raras eran las madrigueras de los gusanos de túnel. Ahora, a una profundidad de unos 24 kilómetros, las nubes deberían aparecer gradualmente. Al menos, eso parecían las formaciones en el radar. De hecho, era una especie de transición de fase. El aire se estaba volviendo más denso, tanto hacia arriba como hacia abajo. Donde veía nubes, había alcanzado su temperatura mínima de unos cuatro grados Celsius. Más abajo, volvía a calentarse, probablemente por el calor residual del interior del planeta.

El planeador se sumergió. De inmediato se vio sacudido por corrientes arremolinadas. Podía verlas tanto en el infrarrojo como en el radar. Parecía como si surgieran burbujas de las profundidades y

estallaran en la parte superior de la capa de nubes. El interior del pozo se comportaba como el contenido hirviente de una olla al fuego. Sin embargo, las diferencias de presión no eran lo bastante grandes como para poner en peligro el planeador. No obstante, su corazón empezó a latir más deprisa. Hasta el momento, todo iba según lo previsto.

Los huevos aparecerían pronto. Así los habían descrito unánimemente los colonos. Ya podía verlos, se veían claros en el infrarrojo. Su interior estaba bastante más caliente que su entorno y tenían el tamaño aproximado de un elefante terrestre. Sus superficies vibraban como pompas de jabón. El sistema de control intentaba evitarlos automáticamente, pero si esto fallaba y un huevo se ponía al alcance de un chorro de motor, estallaba sin dejar rastro. En su interior no había casi nada más que aire caliente.

—Contacto con el suelo en treinta —dijo la nave.

Fue más rápido de lo esperado. Jerome se agarró con fuerza, pero el planeador tocó tierra tan suavemente que ni siquiera lo sintió. Se desabrochó el cinturón de seguridad. Luego, abrió el menú de estado de la biobolsa con tres guiños. Había elegido deliberadamente una basada en la ingeniería genética neomarciana y que, por tanto, no requería traje espacial. Había sido una buena idea. Se alegró de que su novia le acompañara porque el sexo en esta biobolsa era alucinante. Los neomarcianos sí que sabían algo de criar clones.

Jerome guiñó el ojo a través de los menús hasta que llegó al menú de respiración en la sección de soporte vital. Allí cambió de la respiración por aire externo a la respiración por suministro. Dejó el oxígeno como gas respiratorio, aunque el dióxido de carbono sería más barato. Había descubierto que, de algún modo, el oxígeno le sabía mejor, a pesar de que el fabricante de su biobolsa afirmaba no haber insertado ninguna célula gustativa en sus pulmones.

Conmutar. También confirmó la repetida pregunta. Por un momento se le cortó la respiración. Luego, un puño le oprimió el pecho y pudo volver a respirar. El proceso de conmutación siempre era un poco incómodo. Una vez se olvidó de comprobar previamente el suministro de oxígeno. El sistema solo necesitó 45 segundos para

volver a la respiración externa, pero fueron 45 segundos literalmente sin aliento de los que habría prescindido con gusto. La asfixia no era una muerte agradable.

Lo dejó para más tarde. Podía explorar el asentamiento abandonado, que debía de estar muy cerca. Había programado el planeador en las coordenadas del antiguo puerto de planeadores. Jerome se levantó y gimió. Ya no estaba acostumbrado a la gravedad.

—Abre la esclusa —ordenó.

La puerta de la esclusa se deslizó hacia un lado, revelando la diminuta habitación casi sin luz que había tras ella. La puerta se cerró tras él y su pecho se contrajo de inmediato. La claustrofobia se apoderaba de él en ocasiones como esta.

—Debes mantener cerrados todos los orificios de respiración —le recordó la nave—. Voy a abrir la puerta exterior ahora.

Asintió. Sin duda, el planeador también le estaba observando por la cámara y pudo ver su asentimiento. La puerta se deslizó silenciosamente hacia un lado. Afuera todo estaba muy oscuro. La cámara de la esclusa estaba llena de niebla. Jerome cambió a visión nocturna. No cambió nada en sus ojos, pero la electrónica del globo ocular aumentó el contraste. Poco a poco, las estructuras emergieron de la oscuridad. Eran gruesos troncos de árbol. Bajó los cinco escalones. El suelo era blando y elástico. Olía a amoniaco. Jerome se acercó al primer árbol. De unos cinco metros de altura, no tenía copa sino que parecía una especie de hongo. Tocó el tronco, que le pareció áspero y seco. Podía hundir fácilmente el dedo en él. Estaba hueco y la corteza no tenía más de un centímetro de grosor.

Jerome giró una vez en círculo hasta encontrar el marcador del objetivo y el marcador del planeador, que era aún más importante. Luego, se dirigió hacia allí. El objetivo no debería estar a más de doscientos metros.

Pero a los pocos pasos se topó con restos de civilización al tropezar con una losa, probablemente parte del antiguo suelo. Los hongos arbóreos habían reclamado esta parte de la ciudad, separando y amontonando las losas. Sacó una linterna del bolsillo

del pantalón para evitar caer en algún agujero. Unos metros más adelante, se topó con los primeros edificios. Eran planos y funcionales, como bungalós. Las paredes eran delgadas y se desmoronaban bajo sus dedos. Las palpó. Probablemente estaban hechas con el material de los troncos. Hacía tiempo que los árboles se habían vengado y ahora crecían dentro de los edificios, ninguno de los cuales tenía tejado.

La radio se activó.

—¿Cómo estás, nene? —preguntó Geena.

Iba a contestar cuando recordó el aviso de la nave. En su lugar, tecleó un mensaje.

—No puedo hablar. Asentamiento alcanzado. Todo en orden.

—Gracias. Te dejo con ello, entonces.

Su voz sonaba extrañamente chirriante. Debía ser la presión del aire. Jerome llegó a una gran plaza con una especie de fuente en el centro, pero no había agua en ella. Había baldes cuboides esparcidos por la plaza rectangular. Examinó uno. Había suciedad. Lo olió. Amoniaco, pero también el típico olor a tierra fértil. En el suelo no crecía nada. ¿Habían intentado los colonos cultivar plantas y, cuando no funcionó, se marcharon?

De repente, una de las setas que tenía delante se derrumbó. Una sombra apareció sobre ella, meciéndose y alejándose. Tal vez fuera uno de los rombos sobre los que había leído, animales voladores que parecían dragones de papel. No eran peligrosos. Durante las tormentas, se alimentaban de las burbujas que producían los árboles setas. Jerome no estaba seguro de querer experimentar una tormenta así.

En el extremo de la plaza, se encontró con un pozo. Se extendía alejándose de él en un ángulo de unos 30 grados hasta una profundidad de unos 50 metros. El agujero tenía probablemente 20 metros de ancho y una vez tuvo lados verticales, que ahora se estaban derrumbando lentamente. Mantuvo las distancias mientras lo rodeaba. Al otro lado aún podían verse los restos de un edificio de dos plantas. Sobresalía parcialmente del borde del pozo. En la base, estaba cortado en un ángulo de 30 grados, como si un potente punzón rectangular se hubiera clavado en el suelo y en el edificio

con una fuerza increíble. Jerome fotografió lo que vio. El motivo, por absurdo que fuera, le resultaba familiar, probablemente de la hologalería de alguno de los otros coleccionistas de «Lugares perdidos» que habían venido aquí anteriormente.

Siguió deambulando por el asentamiento. Había una escuela donde fotografió el aula de primaria. No parecía que aquí hubiera vivido mucha gente, ya que la escuela solo tenía cinco aulas. Probablemente, los colonos se comunicaban principalmente en marciano. Al menos, eso sugerían los carteles amarillentos aún pegados en las paredes. Quizá eran supervivientes de la Gran Guerra que no habían querido huir a Neomarte. Quizá habían venido aquí, donde no hacía tanto frío como en Titán, pero en cambio siempre estaba oscuro.

Encontró el hospital detrás de la escuela. Se habían llevado el equipo técnico, que seguramente era demasiado valioso para abandonarlo, pero aún quedaban camas de metal, para adultos y niños. Aquí también faltaba el techo. Las setas lo habían perforado y habían provocado su derrumbe. Al salir del hospital por la salida trasera, sintió un toque en el brazo aunque no pudo ver nada. Allí, otro, combinado con un ligero dolor, como si alguien le hubiera azotado la mano. Aumentó su visión infrarroja. El entorno era cegador, pero pudo ver una fina línea en su piel. Algo le había azotado: ¡una descarga eléctrica!

¿Significaba eso que una tormenta eléctrica era inminente? Al parecer, el tiempo nunca había sido un problema para los colonos, pero entonces aún tenían techos sobre sus cabezas. Jerome se orientó. Allí estaba el símbolo del planeador. Estaba a solo 500 metros. Debía retirarse hasta que pasara la tormenta. Pero ni siquiera había terminado de pensar cuando estalló la tormenta. Un rayo cayó al lado de su pie. El aire olió a quemado. «¡Joder!»

¡Las camas! Eran de metal. Abrió la puerta de un tirón y entró corriendo en el hospital. Allí volcó una cama de lado, una segunda y otra. Colocó dos de ellas una al lado de la otra, a un metro de distancia, y puso la tercera encima a modo de techo. Luego se metió en la cueva que había creado. Justo a tiempo, porque ahora empezaba la verdadera acción. Con suerte, su jaula le protegería,

aunque no estaba completamente cerrada. A través de los huecos de la malla metálica, Jerome observó cómo se desarrollaba una tormenta a su alrededor. Los tres tallos de seta que podía ver palpitaban. Sus tallos se expandían y contraían, dando la impresión de que eructaban algo esférico hacia arriba. Y en efecto: con un ruido seco, escupían burbujas blanquecinas que se agitaban y crecían. Como brillaban, Jerome pudo ver ahora los rombos. Las formas cuadradas probablemente habían estado volando sobre su cabeza todo el tiempo.

Al principio, no parecían interesados en las burbujas, pero esto cambió rápidamente después de que la primera burbuja fuera alcanzada por uno. La punta del cuadrado la desgarró y la penetró, para luego succionar el caparazón vacío hacia su interior. El rombo se sacudió como si le costara hacer la digestión. Las convulsiones se desplazaron de la proa a la popa, donde se formó una especie de bulto, con algo que se movía bajo su abultada superficie. ¡Estaba vivo! Tres segundos después, una onda longitudinal atravesó el rombo, de nuevo de delante hacia atrás, y su forma plana se abrió en el extremo posterior. Del agujero resultante emergió un objeto en forma de pera, consistente en una fina cáscara con un relleno vivo que se contorsionaba. Se precipitó al suelo en un arco elevado. Por desgracia, Jerome no pudo ver en qué se convertía.

Pero se había enterado en la estación: acababa de presenciar cómo se multiplicaba la vida local. Se decía que así era como se desarrollaban los reptiles, aunque a través de algunas etapas más. Toda la vida en este planeta estaba conectada de esta manera. No había formas de vida individuales; cada una era una etapa preliminar de la siguiente, en un ciclo perpetuo, y todas las etapas existían simultáneamente. «¿No debería ser un ecosistema muy inestable?» No había consenso entre los investigadores. Dado que todas las etapas existían simultáneamente, el proceso siempre podía volver a empezar. Bastaba con que uno de los estadios sobreviviera. Era como si un hombre fuera hormiga, bacteria, lucio, Tiranosaurio Rex y pavo al mismo tiempo. Ni siquiera en las Guerras Marcianas se habría despoblado el Planeta Rojo.

La tormenta amainó y Jerome salió de su escondite. El metal se había calentado, revelando que, efectivamente, había caído un rayo. El olor a amoniaco ya no era tan fuerte como antes. Jerome salió del hospital, siguió andando y llegó a una pequeña fábrica instalada en una casa de dos plantas. Era difícil saber qué se había producido aquí, ya que habían desaparecido todas las máquinas, pero los accesorios seguían allí, y había todo tipo de bancos de trabajo y estanterías donde aún se almacenaban materias primas: planchas de metal y plástico.

La parte trasera de la fábrica ya no existía. Había sido arrancada de cuajo en un ángulo aparentemente imposible. Sin embargo, este daño no tenía forma de punzón. Parecía más bien que alguien había clavado una especie de espada de energía en la fábrica, desde arriba. El agujero resultante tampoco parecía tan antiguo como el otro. Jerome trazó los bordes del corte con la mano y estuvo a punto de cortarse.

¿Qué había ocurrido aquí? ¿Podría un gran rayo láser haber causado algo así? Solo que... ¿por qué alguien lo construiría? Los daños penetraban profundamente en el suelo y apenas empezaban a curarse. Tal vez esa fue la razón por la que los habitantes huyeron. Pero esto debió haber ocurrido después de que se fueran. ¿Qué sentido tendría atacar una colonia ya despoblada? Jerome negó con la cabeza. No podía haber sido un ataque. Tal vez había sido una prueba. Debía contárselo a Geena. ¿Por qué nadie había informado antes de estos extraños agujeros en Sirio Ab?

Activó el holoproyector de su dispositivo multifunción y mostró una imagen de radar de los alrededores. Hizo *zoom* sobre el suelo. Vio la marca del punzón en la plaza central y la extraña grieta en la fábrica. Allí, en el otro extremo de la ciudad, había otra forma inusual. Se adentraba incluso en la roca. «Extraño».

Jerome salió de la fábrica. Todavía no estaba muy seguro de qué habían vivido aquí los colonos. Bueno, obtenían su energía de las secuoyas. Pero para que una colonia sobreviviera a largo plazo, tenía que suministrar algo que solo pudiera obtenerse allí, o al menos que solo pudiera obtenerse allí en una calidad o cantidad determinadas.

Sin embargo, el asentamiento había llegado a su fin antes que la fábrica.

Una carretera asfaltada conducía al siguiente asentamiento. Según su información, estaba a veinte kilómetros. No disponía de tanto tiempo. Pero pronto dio con una solución: los árboles setas que había a lo largo de la carretera estaban conectados. Cogió uno de los cables y se dio cuenta de que estaba equivocado. Eran mangueras. Terminaban directamente en la base de cada tronco. Al parecer, los colonos habían extraído algo de los árboles. Eso le recordó la tormenta. Jerome tuvo que tragar saliva. Los árboles habían producido algún tipo de semilla y la habían disparado a los rombos, que habían convertido las burbujas en crías. Por lo tanto, lo que los colonos habían succionado debía tener algo que ver con este proceso reproductivo. Involuntariamente, Jerome trasladó este pensamiento a sí mismo. ¿Cómo sería si alguien extrajese su líquido seminal para fabricar otra cosa? Probablemente era una mala comparación, pero ¿y si la naturaleza se defendiera de algún modo? ¿Con esos extraños ataques, por ejemplo? Debía volver al planeador. En el vuelo de regreso, utilizaría el radar para escanear una sección mayor de la fisura. Entonces podría averiguar el alcance de esos ataques.

Apagó el holo y escribió un mensaje a Geena.

Cariño, ya voy. ¡Un beso!

De acuerdo, hasta pronto, respondió su novia.



16 de Hathor de 225, Terra Nova

—Pero ¿volverás para mi cumpleaños? —preguntó Luqa.

—Sí, ya te lo he explicado, hijo.

El último cumpleaños de Luqa había sido hacía solo tres semanas. Talut estaba bastante seguro de que la expedición no duraría ni un año entero de Terra Nova, que era más o menos lo mismo que diez meses terrestres.

—¿Y me traerás algo?

—Para ti y para mamá.

—¿Qué?

—Algo de la superficie que nadie más que tú tendrá.

—¿Como qué? ¿Un mockzilla?

—Todavía no lo sé. Nadie ha estado nunca ahí abajo así que no puedo decirte lo que encontraré.

Ya le había explicado todo esto varias veces, y a sus ocho años, su hijo era lo bastante mayor como para entenderlo. Sin embargo, Talut repitió pacientemente sus respuestas. Nunca antes había estado fuera durante mucho tiempo, así que era comprensible que Luqa tuviera temores.

Kasrin, en cambio, estaba enfadada, sobre todo porque no le había preguntado. En cierto modo, tenía razón. Él había puesto sus propias necesidades por encima de las de la familia. Pero ella no había tenido que ver a su padre beber hasta morir. Quería evitarle ese destino a su hijo.

Un traqueteó se acercó. Debía de ser el Copter. Talut suspiró.

—Vienen a por mí.

—Por fin —dijo Kasrin.

Talut entrecerró los ojos. Le habría gustado abrazar a su mujer pero ahora le parecía inaccesible. Si lo intentaba, podría noquearle.

—¿Puedo salir contigo? —preguntó Luqa—. Nunca he visto un Copter de cerca.

—Claro.

Talut cogió su bolsa, en la que había metido un neceser y un par de calzoncillos. Los dos salieron de la casa. Se dio la vuelta y saludó pero Kasrin no aparecía por ninguna parte.

El Copter había aterrizado en la superficie de hormigón que formaba el centro del pequeño pueblo. Era un modelo civil pero había dos soldados parados frente a él, hablando con los aldeanos curiosos. Como era un día laborable normal, solo estaban presentes los ancianos. Cuando Talut llegó, se abrió la puerta de la cabina y Zelpha Forest apareció. Hoy no llevaba bata, sino una blusa fina, pantalones cortos y sandalias. Hacía calor, pero nadie vestía tan ligero aquí fuera así que su aspecto atrajo miradas curiosas. Bajó la corta escalera y se acercó a él.

—Me alegro de que estés listo. Apenas puedo esperar a que comience la expedición —le dijo ella.

De repente, sintió que le tocaban la cadera. Un brazo le rodeó.

—Ah, encantada de conocerla, señora... —dijo Kasrin.

—Soy Zelpha Forest, la antigua directora de distrito de Talut.

—Soy Kasrin Hill, la actual esposa de Talut.

—Un placer.

—Todo mío.

Se dieron la mano. ¿Era una buena señal?

—Voy a cuidar bien de su marido, lo prometo.

—Él mismo es excelente en eso. Es el mejor.

¡Vaya!, hacía un momento Kasrin estaba enfadada con él. Ahora lo abrazaba con fuerza.

—Entonces estamos de suerte —dijo Zelpha.

—Absolutamente. Mucha suerte.

No, esta no era una conversación amistosa. La mano de Kasrin en su cadera se tensó notablemente. Tenía que acabar con esto aquí y ahora. Talut se dio la vuelta, apartó su máscara y la de su mujer, besó a Kasrin en la boca, se agachó y abrazó a su hijo.

—Cuidaos, los dos. Volveré en cuanto pueda. Os lo prometo.

Luego, se levantó, se reajustó la máscara, se colgó la mochila al hombro y caminó junto a Zelpha hacia el Copter. Era un modelo con cuatro asientos para pasajeros. La última fila estaba vacía, así que deslizó la bolsa bajo la silla y se sentó. Olía al perfume de Zelpha y al aceite de las máquinas.

Poco después, su jefa de distrito tomó asiento a su lado mientras el piloto activaba el rotor. La puerta se cerró de golpe.

Zelpha gritó algo, pero él no pudo oírlo.

Talut negó con la cabeza y se señaló los oídos. Zelpha le puso unos auriculares en la mano y él se los colocó tras quitarse la máscara respiratoria.

—Espero que no hayas malinterpretado lo que le dije a tu mujer.

—¿Eh?

—Solo lo hice por ti, ¿sabes? Para que vuestro último momento juntos fuera armonioso.

¿Qué quería decir con eso? Talut no le encontraba sentido. Pero Zelpha ya se había dado la vuelta y miraba por la ventana. Al parecer, la breve conversación había terminado. No importaba. Le esperaba un largo vuelo con magníficas vistas sobre el Plano de la Corona. Lo había estado deseando desde que se levantó hoy.



El vuelo fue todo lo que había esperado. Mientras todos a su alrededor dormían, aparte del piloto, por supuesto, él disfrutaba del paisaje. No todas las Viejas Madres eran iguales. Había varias especies que eran tan diferentes entre sí como una vaca, un caballo y un elefante. Los primeros colonos las habían agrupado bajo un mismo término debido a su gigantesco tamaño.

Cerca del ecuador, de donde venían, dominaba la llamada Vieja Madre Ecuatorial, que tenía hojas grandes y absorbentes. Extraían el agua que el árbol necesitaba de la humedad del aire. Allí, el Plano de la Corona estaba constantemente cubierto de espesa niebla. Por tanto, la Vieja Madre Ecuatorial obtenía la energía principalmente de la radiación infrarroja del sol, que era captada por un pigmento especial de las hojas. La Vieja Madre Ecuatorial tenía las bolsas de semillas más grandes y, por tanto, era la más rentable para las empresas recolectoras.

El Copter solo tardó una hora en llegar a la zona de las Viejas Madres del Sur. Aquí seguía habiendo niebla, pero no hacía tanto calor. La Vieja Madre del Sur también tenía grandes hojas para absorber la humedad, pero tenía que utilizar un mecanismo diferente para generar energía. Utilizaba las corrientes de viento que surgían de la igualación de temperaturas entre las zonas cálidas y frías. Estas corrientes soplaban día tras día justo por encima del Plano de la Corona. Cuando Talut se lo contó a su hijo, Luqa le preguntó si las hojas giraban como hélices con el viento.

Por supuesto que no. Ahora Talut buscaba la razón. Encontró un árbol relativamente joven cuyo tronco estaba visiblemente ahuecado desde arriba. A su alrededor se había amontonado algo que, desde el Copter, podría haberse confundido con un montón de hojas. Se trataba de una especie de insecto parecido a las hormigas de la Tierra, pero con diez patas y sin cabeza. Habían desarrollado la capacidad de descomponer la celulosa del tronco en determinadas circunstancias. Sin embargo, solo podían hacerlo si al mismo tiempo estaba presente una determinada proteína simple. Los propios árboles producían esta proteína y la distribuían de tal manera que los insectos roían enormes cavidades en sus troncos, en las que podían convertir en energía las vibraciones de las hojas especiales del tronco estimuladas por el viento constante.

La naturaleza era una verdadera maestra en la resolución de problemas para hacer posible la vida, del mismo modo que la humanidad había desarrollado cierta maestría en la destrucción de ella.



¡Ay! Talut abrió los ojos. Se había quedado dormido y se había golpeado la cabeza en la ventana. Zelpha dormía con la boca abierta, apoyada en su hombro. Sus párpados temblaban. Debía de estar soñando profundamente. Los botones superiores de su blusa se habían desabrochado. Talut podía ver mucho más que la base de su pecho, y también reconoció una cicatriz característica, típica de las biobolsas baratas de la incubadora.

Debería haberlo sabido. En el Plano de la Corona, la gente con pelo rubio de verdad era muy rara. Como jefa de distrito, Zelpha probablemente también tenía que viajar distancias interestelares, y eso significaba transmisión de taquiones. Una vez que dejabas tu cuerpo biológico, no había vuelta atrás. Obviamente, ella no ganaba lo suficiente para poder permitirse una biobolsa impecable. Las más caras eran las que se dejaban madurar a su ritmo natural. Pero la cirugía moderna también era buena para corregir los restos del crecimiento acelerado, si te lo podías permitir.

De repente, Zelpha abrió los ojos. Talut apartó rápidamente la mirada pero ella debió de notarla, porque le dio un codazo en el costado y se incorporó. Talut se esforzó por mirar al exterior, donde ya estaba oscureciendo. La especie de Vieja Madre predominante aquí, la Vieja Madre Templada, le decía que ya debían de estar bastante al sur. Aquí no había tanta niebla. El verde intenso y fresco de las hojas mostraba que estos árboles obtenían su energía de la luz solar. Sin embargo, debían obtener el agua de abajo, de la superficie, donde obviamente debía haberla. Por los poderosos troncos corrían filamentos que la conducían, utilizando fuerzas capilares para transportarla hacia arriba, donde era necesaria.

—El verde aquí es mucho más bonito que en casa —comentó Zelpha.

—Diferente, no necesariamente más bonito —replicó Talut.

—Llegaremos pronto —anunció el piloto.

Talut se sobresaltó. Había olvidado por completo que todos se comunicaban por el mismo canal.

El Copter redujo su altitud. Cuanto más se acercaban, más extrañas parecían las Viejas Madres. No solo el verdor era distinto, sino que las ramas tenían formas diferentes. Le parecían un poco encantadas.

—¿Qué es eso a las nueve en punto? —preguntó Zelpha.

Talut no podía distinguir el objeto que Zelpha señalaba.

—¡Oh, eso! Ya estamos tan al sur que hay unas cuantas Viejas Madres Polares mezcladas con las Viejas Madres Templadas —explicó el piloto.

Viejas Madres Polares, ¡qué emocionante! Lo único que Talut sabía de ellas era que crecían mucho más rápido que cualquier otra especie, a pesar de disponer de menos energía cerca de los polos. Las leyendas decían que se alimentaban de animales y, si eran capturados accidentalmente, también de humanos.

—Por favor, no se crean las historias de terror que se cuentan sobre las Viejas Madres Polares —añadió el piloto.

—¿Qué clase de historias de terror? —preguntó Zelpha.

—Un buen amigo me contó que su tío cayó en los tentáculos de una Vieja Madre Polar durante una misión de reconocimiento —dijo un hombre de la segunda fila que había estado dormido todo el vuelo.

Talut sonrió. Había oído hablar de accidentes así. Sus colegas del equipo de recolección decían: Se habrá caído en una Polar, cuando alguien se retrasaba.

—Jaja, a ese tipo de historias me refiero —dijo el piloto—. El hecho es que el árbol no tiene tentáculos. Forma embudos abiertos con sus ramas y hojas, y si algún animal pequeño no tiene cuidado y se mete en él, se desliza hasta donde está la flor. La flor produce un néctar ácido especial que aturde al animal y acaba por disolverlo. Así es como la Vieja Madre obtiene nutrientes adicionales. Sin embargo, la flor solo tiene unos centímetros de ancho. Tendrías que meter el dedito dentro y mantenerlo ahí durante media hora para notar algo.

—Es una pena —dijo Zelpha—. Podría haber sido un aspecto emocionante de nuestra expedición.

Talut esperaba que no se estuviera tomando demasiado a la ligera lo que les esperaba. Era evidente que nunca había estado en

un nivel inferior del Plano de la Corona. Era un mundo completamente distinto. Lo más amenazador no eran los peligros del Bosque de las Viejas Madre, sino la gente que no se lo tomaba lo bastante en serio.

—Aun así, me alegro de no tener que andar por ahí con vosotros —dijo el piloto—. Pero, por favor, comprueben sus arneses ahora. Vamos a bajar.

El sonido por encima de él cambió. El Copter pasó a vuelo estacionario. En el horizonte se divisaba una cadena montañosa; debían de ser las montañas Euforia. Talut apretó la cara contra el parabrisas para ver mejor hacia abajo. Había un montón de máquinas aparcadas: dos grúas, un camión de demolición, un camión de hormigón, un hospital móvil (reconocible por la media luna roja en el techo) y una especie de teleférico gigante que probablemente servía de refugio.

La zona debajo de ellos estaba cubierta de hormigón. Pero no había ninguna carretera de acceso ni de salida. Todos los vehículos debían de haber sido transportados hasta aquí en Copter. ¡Qué gasto! ¿Por qué se había elegido este lugar como punto de partida de la expedición? ¿Porque estaba lo más lejos posible de la civilización? Talut quería preguntárselo a Zelpha, pero ella estaba mirando por la ventanilla de su lado y saludando a alguien.

De repente sonó una señal de alarma. ¿Alguien se había soltado el cinturón antes de tiempo? Talut miró a su alrededor. Ninguno de los demás pasajeros prestó atención a la señal acústica. El piloto, sin embargo, movía frenéticamente los interruptores de su cabina.

—¡Uy! —dijo una voz masculina en el canal de comunicaciones cuando el Copter dio un brusco bandazo hacia arriba.

—Lo siento, he tenido que... —empezó el piloto.

—¡Dios mío! —exclamó Zelpha.

—Tengo que virar bruscamente. Un eructo —advirtió el piloto.

Su voz sonaba muy tranquila, aunque seguía pulsando botones y cambiando palancas de control en rápida sucesión. Talut no tenía ni idea de cómo controlar un Copter, pero aquello no parecía una rutina de aterrizaje.

—¿Un eructo? —preguntó Zelpha.

—¿Veis ese agujero de ahí abajo? —preguntó el pasajero de delante a la derecha, cuyo nombre Talut no sabía—. ¿Justo al lado del hormigón?

Efectivamente, había un óvalo negro que se hacía cada vez más grande.

—Sí, lo veo —dijo Zelpha.

—El hormigón impide el intercambio de aire —explicó el hombre —. Eso no es un gran problema en el ecuador, pero con las grandes diferencias de temperatura aquí abajo, en el sur, puede ser fatal. Cuando las Viejas Madres sufren de sobrepresión o subpresión, simplemente abren la capa superior.

Talut nunca había oído hablar de esto pero el hombre parecía bien informado.

—¿Te has apartado lo suficiente, Juri? —preguntó el hombre.

—Creo que sí. Ya fue bastante malo la última vez —respondió el piloto.

Un eructo, entonces. Probablemente tendrían que esperar en altitud a que la presión se igualara. Talut imaginó un gas maloliente ascendiendo de las profundidades. Probablemente era una tontería.

—Entonces esperemos...

El hombre no terminó la frase cuando el Copter se precipitó repentinamente hacia el suelo. Era más que un simple desplome. Talut no quedó ingrávido, sino que sintió una fuerza aceleradora que le presionaba contra el arnés. El rotor aulló. Era fuerte incluso bajo la protección de los auriculares.

—¡La cabeza entre las rodillas! —gritó el piloto.

El suelo se precipitó hacia ellos. Talut tuvo que apartarse de la ventanilla. Se inclinó hacia delante todo lo que pudo y se protegió la cabeza con los brazos. Entonces se oyó un estruendo, y un impacto desde abajo pareció empujar sus huesos como si un compactador de chatarra aplastara un contenedor de recogida. El ruido del motor se detuvo. Silencio sepulcral. Solo después de lo que pareció una eternidad, Talut se percató de los sonidos de advertencia procedentes de la cabina.

—Hemos aterrizado —dijo el piloto—. Esa es la buena noticia. ¿Están todos bien?

Los pasajeros informaron uno a uno.

—¡Qué suerte! —dijo el piloto.

—Todavía estoy esperando las malas noticias —dijo Zelpha—. ¿Caímos en ese agujero?

—No, pude aterrizar sobre el hormigón —dijo el piloto—. Pero por el estruendo, no tengo muchas esperanzas para el Copter. El diagnóstico sigue en curso.

—Bueno, lo más importante es que hemos llegado sanos y salvos —dijo Zelpha.

—Si el Copter es inoperable, no necesitará a nadie que lo pilote —replicó el piloto.

—Genial, entonces puedes venir a la expedición —dijo Zelpha.

—Exacto, esa es la mala noticia.

La puerta del Copter se abrió de un tirón. Una brisa fresca rozó la mejilla de Talut. Rápidamente se puso la máscara respiratoria en la boca. Había tanta luz fuera que tuvo que entrecerrar los ojos, y solo vio el marco de la puerta como una superficie brillante desde la que se extendía una mano. Zelpha la agarró y salió. Talut la siguió.

En el exterior, un pequeño grupo de personas les esperaba a unos metros de distancia.

—¡Ahí estáis! —gritó una joven, separándose del grupo y corriendo hacia ellos. Zelpha abrió los brazos y se quitó la máscara. Las dos se saludaron con un largo beso antes de que Zelpha volviera a ponerse la máscara, respirando con dificultad.

Talut no fue saludado por nadie. Se sintió un poco fuera de lugar y miró el Copter. El tren de aterrizaje parecía roto por varios sitios y el morro estaba astillado. Probablemente el piloto tenía razón. Esta cosa no volvería a volar pronto. Talut se puso a su lado.

—Soy Talut Forest, por cierto —dijo y le tendió la mano—. ¡Buen aterrizaje, a pesar de todo!

El piloto hizo una mueca. Estaba claro que sufría junto con su aeronave.

Le cogió la mano y se la apretó.

—Juri Okean. Gracias por tus amables palabras. Parece que descenderé con vosotros.

—¿Se puede reparar?

—Sí, pero no con el equipo que tenemos aquí. Un equipo de mecánicos con el *hardware* necesario no llegará hasta dentro de dos semanas.

—Podrías esperar arriba.

—¿Yo solo? No, gracias. Volveremos dentro de dos semanas.

Zelpha había hablado de otras escalas de tiempo, pero Talut no quería que Juri se sintiera más sombrío. Parecía un hombre capaz que mantenía la calma en los momentos cruciales. Sin duda les vendría bien alguien así en la expedición.

—¿Tienes idea de por qué tenemos que ir a la superficie tan lejos de la civilización?

—Ah, ¿no te lo han dicho?

Talut negó con la cabeza y Juri miró a su alrededor.

—A mí tampoco —susurró—. Pero tengo contactos. Y me dijeron que habían encontrado algo. Allí abajo.

—¿Cómo? Nadie ha estado nunca allí.

Juri se llevó el dedo índice a los labios.

—Lo vieron desde la órbita, con un instrumento especial.

—¿Y qué es?

—Muy poca gente parece saberlo. Mi contacto sospecha que es un enorme depósito de mineral. Más grande que cualquier otro en la Unión Terrestre.

—¿Qué hace que tu contacto piense eso?

—Por la forma en que lo encontraron (a través de campos magnéticos). El campo del planeta debe tener un bache inusual aquí.

Eso era interesante y triste al mismo tiempo. Si había recursos valiosos allí abajo, las Viejas Madres que crecían sobre ellos serían despejadas. No cabía duda. El Plano de la Corona no solo tendría que hacer frente a una costra creciente de hormigón, sino también a una herida kilométrica sin posibilidad de cicatrización. Al contrario, los humanos impedirían sin piedad cualquier intento de cerrar la herida.

Pero Talut no podía permitirse la melancolía. No servía de nada. Si Terra Nova llegaba a ser tan rica como la colonia de Teegarden, su hijo Luqa se beneficiaría de ello.

—De alguna manera espero que no encontremos nada.

—Entiendo lo que quieres decir, aunque yo soy del mar —dijo Juri —. Los cambios que se producirían serían enormes. Toda una nueva industria, con la que, comparada, la recolección palidece.

Talut suspiró.

—Pero quizá tengas suerte y otro amigo tenga razón —dijo Juri.

—¿Sobre qué?

—Ha oído que se trata de un edificio de una civilización predecesora que una vez habitó este planeta.

Talut asintió. Probablemente se trataba de uno de esos chiflados que siempre pensaban que los alienígenas tenían algo que ver en todo.

—El edificio tendría que datar de una época anterior al crecimiento de las Viejas Madres.

—Sí, yo también creo que es una patraña. Pero mi amigo insiste en que lo oyó de una fuente autorizada. Su novia trabaja en la estación de taquiones.

Talut se encogió de hombros. Esa gente siempre conocía a alguien que lo sabía con certeza.

—Venga, vamos al refugio —dijo Juri—. Tal vez haya una cerveza fría en alguna parte.



11 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

La habitación le despertó con mariposas azules y verdes batiendo sus alas por el techo. ¿Qué era todo aquello? Kang tardó un momento en darse cuenta de que no era el despertador, sino el comunicador. ¿Por qué cojones lo había programado así Yini?

—Aceptar llamada —dijo—. Apagar cámara.

—Kang, ¿eres tú? —preguntó Mike.

Ya tenía la explicación. No sabía que su hermana tenía ideas tan cursis. Normalmente era bastante pragmática y racional.

—Sí, ¿quién si no? ¿Qué pasa?

—Esperaba que Yini hubiera vuelto.

—Jaja, ¿sabías que programó su comunicador para que esparciera corazones por el techo cuando llamas?

—Yo... no.

Oh, eso lo había conmovido. Kang no debería hacer comentarios tan desagradables sobre su hermana en su presencia. Mike parecía sensible. Tal vez eso era lo que había atraído a Yini.

—Perdona, ¿en qué puedo ayudarte? —preguntó Kang.

—¿Pasaste la noche en la cama de tu hermana? La echas de menos, ¿verdad?

—Mejor me lo pones. Se ha escapado. No lo olvidemos.

—Puedes admitirlo, Kang. No voy a cotillear.

Pero él no quería admitirlo.

—Me quedé dormido en su cama después de ver una emisión agotadora.

—Ah, pura investigación, ya veo.

Kang no estaba seguro de haber detectado ironía.

—Entonces, ¿por qué me despiertas tan temprano?

—¿Temprano? Son más de las diez. Es un milagro que Zahir no te haya echado de menos todavía.

Oh. Probablemente su jefe no había podido localizarle. Kang cogió su comunicador, que estaba en el suelo junto a la cama. Lo había puesto en modo no molestar. En el registro vio que Zahir había llamado tres veces. Se dejó caer sobre la almohada.

—Tienes razón. Llevo mucho retraso. Zahir me va a reconvenir.

—A mí no me parece tan mal jefe.

—No lo conoces, Mike. Odia la impuntualidad.

—Ya veo. Mejor que no aparezcas por su oficina.

—¿Quieres que deje mi trabajo de conserje?

—Hoy, quiero decir. Te he conseguido un vuelo.

Kang se incorporó tan rápido que se sintió mareado.

—¿A Neomarte?

—Así es. Puedes despegar a las 4 p.m. Te enviaré las coordenadas. El lugar de lanzamiento está en un viejo cráter. No te sorprendas, solo lo descubrirás cuando estés casi allí. El cohete está en la sombra, así que probablemente no lo verás enseguida. Y no llegues tarde. No esperarán.

—¿Quiénes?

—Eso no importa. No tienen nombre.

—¿Cómo me identifico?

—No es necesario. Dices que te envía Mike Wilson.

—Ese eres tú.

—Sí, listillo. Me conocen. Pero no como crees. No soy un criminal, solo un cliente habitual.

—¿Sí? ¿Es así como Yini llegó a Neomarte?

—Exactamente.

—¿Y cómo consigo entrar?

—No sé en qué estás pensando, pero las fronteras están abiertas. Solo tienes que decir que estás de vacaciones y quieres ver

Neomarte.

—Vacaciones en Neomarte, ¿quién hace eso?

—¡Sorprendentemente muchos! El turismo es una de las mayores industrias de Titán. Es más popular entre los habitantes de la luna, por cierto.

Kang nunca habría volado a Neomarte voluntariamente. Pero, por supuesto, había buenas razones para tal viaje. Al menos no había que llevar un traje presurizado como en la Luna, y la navegación activa en la densa atmósfera era un deporte apasionante que solo podía practicarse allí.

—¿Mike?

—¿Qué?

—Muchas gracias.

—De nada. Bueno sí. Estaba a punto de reservar el billete para mí.

—¿Pero no vienes conmigo?

—No. Yini me pidió que la apoyara desde aquí, y a eso me atengo.

—No deberías hacer siempre todo lo que ella dice, si no te importa que te lo diga como su hermano.

—Cierto. Solo cuando es importante.

Otra vez tenía razón.

—Volveremos a vernos.

—Por supuesto —dijo Mike.

Kang terminó la llamada. Le estaba empezando a gustar esta extraña persona.



Poco después, las coordenadas aparecieron en su comunicador. Le llevaría media hora a pie, más la aclimatación necesaria antes de embarcar, así que tendría que salir a las dos y media como muy tarde. Quedaban cuatro horas. No valía la pena presentarse en la oficina de Zahir en ese plazo. Su jefe primero le daría un sermón y

luego le encargaría una tarea desagradable. Y, por supuesto, no le dejaría salir antes del trabajo.

Lo mejor sería que se quedara en la cama un poco más. De todos modos, este día ya sería bastante agotador. Recordó su último viaje, al volver de una visita a sus padres en el Anillo. No había soportado bien la fase de aceleración. Con suerte, el vuelo a Neomarte podría pasarlo en un sueño profundo. ¿Podría? ¿Por qué no se lo había preguntado a Mike?

Necesitaba una distracción. ¿Qué podría ser mejor que un viaje a la mente de otras personas? Kang se levantó, se dirigió a la estación de trabajo de su hermana y se colocó en el sofá de modo que su cabeza descansara en el cuenco de lectura. El sistema se puso en marcha automáticamente. Esta vez, RB Neurotech le reconoció como usuario autorizado sin más preguntas. Debía de haber memorizado las características especiales de su cerebro. Probablemente estaba dejando un rastro que serviría para identificarlo, pero a Kang no le importaba.

Cerró los ojos. El sistema le cubrió con una impenetrable cortina negra, que solo descorrió para permitirle elegir entre las próximas transmisiones. ¡Allí, la esfera en el borde! Estaba haciendo pequeños movimientos de rebote, señal de que ya era considerablemente más antigua que la edad media de los registros. Kang parpadeó cuando vio la fuente: Ægir, un planeta en órbita alrededor de Epsilon Eridani. Allí no había ningún transmisor de taquiones, lo que explicaba por qué la grabación era tan antigua: su propietario había tenido que viajar primero al complejo de taquiones más cercano por medios convencionales. Qué pérdida de tiempo. Pero al menos una historia tan antigua tenía la ventaja de que Kang no tendría que ocuparse del triste presente.

Con el siguiente guiño, se convirtió en Martha Mader, llamada MM por sus enemigos, mientras que sus verdaderos amigos se dirigían a ella como Martha. Solo su padre, quien había muerto hacía años y había sido un fanático de las viejas películas de Star Wars, la había llamado Marth.



5 de mayo de 2790, Ægir

MARTH ESTABA REPLETA. El contenedor de recogida volvió a informar de que estaba lleno al cien por cien, a pesar de que acababa de extender la nanorred. Era sencillamente imposible llenar un contenedor tan grande con helio-3 en tan poco tiempo. Debía de ser la válvula. Se la habían cambiado en la última revisión en la estación. El mecánico le prometió que la pieza de repuesto era nueva y que había salido de la fábrica del fabricante original en Neomarte.

Retiró la red. Aunque era la única recolectora de helio-3 de Ægir, no le parecía bien desperdiciar el valioso isótopo. Tal vez fuera un vestigio de su infancia en el Paraíso, donde (en marcado contraste con el nombre del planeta) no tenían nada y siempre tenían que ahorrar en todo. Se desabrochó el cinturón y se levantó de la silla para flotar hacia el taller. En realidad, no era su trabajo. Ella era la comandante. Joe, el ingeniero de la nave, era también el mecánico responsable de la nanorred. Pero él estaba dormido y ella no quería despertarlo. Ayer había trabajado tanto para llevarla al orgasmo que casi le había pedido que fuera su cuarto marido.

Menos mal que había conseguido contenerse. Joe era un buen tipo, pero sus tres matrimonios habían sido un fiasco, a pesar de que solo se había casado con hombres buenos. Pasó flotando junto a su compartimento de dormir y le oyó roncar. Sin duda se merecía una buena noche de sueño.

No tuvo que salir para examinar la válvula. Las EVA, actividades extravehiculares, se realizaban muy raramente, aunque solo fuera por la engorrosa preparación. En su lugar, Bob la esperaba en el módulo de la esclusa. Apartó con cuidado la puerta del módulo, utilizando la fuerza muscular en lugar de abrirla con un botón. Por desgracia, el motor de la puerta chirrió con bastante fuerza, lo que probablemente despertaría a Joe. Marth trepó por la abertura y volvió a cerrarla tras de sí.

Allí estaba él. Bob colgaba del techo y extendía ambos brazos hacia ella como si quisiera abrazarla. Podía confiar en sus dos subordinados. Cuando la habían reasignado a esta nave, al principio no se había entusiasmado. Por aquel entonces, Joe era un mecánico inexperto, recién salido de la escuela de formación profesional, diez años más joven que ella. Y en lugar de Bob, había esperado un robot móvil con su propia inteligencia artificial. Marth se corrigió mentalmente. Bob era un robot de verdad, aunque estuviera confinado a los raíles sobre los que se movía. Y la inteligencia estaba sobrevalorada. En la práctica, necesitaba un ayudante que cumpliera sus órdenes con fiabilidad, no alguien que le contara chistes.

Sin embargo, Bob podía ser bastante gracioso a su manera sosa. Tiró de su delicada mano, lo que activó el robot. La cabeza multifuncional giró en su dirección. El obturador visual se abrió.

—Buenos días, preciosa. ¿Qué puedo hacer por ti?

Ella le había enseñado eso. Su voz siempre sonaba un poco áspera. No era culpa de Marth, así era como había sido entregado.

—Buenos días, amigo. La válvula del tanque parece estar defectuosa otra vez.

—Me ocuparé de ello ahora mismo —respondió el robot—. ¿Debo reparar también la válvula después de determinar su estado?

—Por favor, hazlo. Pero me gustaría recibir un informe detallado del estado real para poder mandar al diablo al técnico.

—Según mi información, el registro de una condición no conduce a la transferencia de energía a otro sistema.

—Gracias por señalarlo, Bob. Era una forma humana de hablar. No hay diablo.

—Ya veo. Si el diablo no existe, es suficiente con echarle la bronca al técnico.

Marth soltó una risita. Al principio, a Bob le habían irritado, pero luego le había enseñado a ignorarlas.

—Me alegro —dijo—. Ahora manos a la obra.

—Me encantaría. ¿Te importaría abrirme la esclusa?

—Un momento. —Le dio la espalda a Bob—. ¿Podría pedirte un masaje rápido en los hombros? Programa medio.

—Por supuesto.

Las manos de Bob le tocaron los hombros. Siete dedos grandes en un lado y doce más pequeños en el otro se clavaron en sus tendones y músculos tensos. Ella prefería la mano menuda con los dedos delgados, mientras que Joe prefería la mano tosca. Marth soltó un gemido. Rápidamente se tapó la boca con la mano para no despertar a Joe. Después de dos minutos y medio, el robot cambió de lado, de modo que la mano fina trabajaba ahora en su hombro izquierdo y la áspera en el derecho.

—Gracias —susurró por fin—. Lo estás haciendo muy bien.

Bob la soltó.

—Por supuesto —dijo en voz baja—. ¿Te importaría abrirme la esclusa?

El robot repetía a menudo sus frases, presumiblemente por razones de eficacia. Marth avanzó hasta la esclusa y tiró de la palanca hacia abajo. La pesada puerta se abrió con un chirrido. Definitivamente había demasiados chirridos en esta nave. Cuando Joe despertara, tendría unos cuantos trabajos. Incluso Bob chirrió al abandonar su posición de espera. Los raíles corrían por el techo hasta la esclusa. A bordo reinaba la microgravedad por lo que no había direcciones espaciales. No obstante, resultaba extraño que el robot se moviera prácticamente suspendido.

—Diviértete —dijo ella cuando él llegó a la esclusa.

Volvió a subir la palanca. La esclusa se cerró con un silbido. Olía a aceite quemado. Eso debería interesarle a Joe.

Ella tendría que hacer el resto desde la cabina. Marth volvió a pasar por delante de Joe en el nivel intermedio y regresó al sofá de la cabina. Desde allí, abrió la puerta exterior de la esclusa. El raíl la

recorría en toda su longitud. El robot lo siguió hasta el exterior de la nave. Marth imaginó la magnífica vista del gigante gaseoso. La órbita de la nave pasaba sobre las regiones polares de Ægir, donde enormes tormentas formaban patrones geométricos. Bob ya debería haber llegado a su destino. Se colocó los auriculares, se puso las gafas y pulsó el botón de encendido.

—Bob, ¿me oyes? Ahora estoy conectada contigo. ¿Has llegado al tanque?

—Te oigo. Puedo sentir tu presencia. He llegado al tanque.

Eso sonaba muy bien pero ella no podía ver nada. ¿Se estaba volviendo Bob poco a poco olvidadizo? Tenía cuatro años. El técnico le había preguntado en su última visita si quería alquilar un modelo más nuevo.

—¿Bob? Necesito que liberes las cámaras.

—Las cámaras están despejadas en todas las longitudes de onda. Ves lo mismo que yo.

Marth entrecerró los ojos y se frotó las sienes. Usar los cascos de Realidad Aumentada siempre le provocaba dolor de cabeza.

—Tienes que centrarte en el tanque.

No pudo evitar sonar molesta. Pero no había prescindido del módulo de empatía de Bob porque sí.

—Estoy concentrado en el tanque —dijo el robot.

—Retrae un poco la imagen, por favor.

—Estoy retrayendo la imagen.

Una protuberancia apareció. Era parte de la antena. Bob debió moverse a la derecha.

—Eso no es lo que quería decir —dijo Marth—. Reduce el factor de *zoom*, por favor.

La antena se redujo, mientras que un trozo de pared del tanque se hizo visible en el borde izquierdo de la imagen. Se podía reconocer el material por su revestimiento repelente de la radiación. El helio debía mantenerse frío y bien protegido, mientras que el casco de la nave espacial estaba diseñado para facilitar al máximo el intercambio de calor. El mayor problema en el espacio era lidiar con la incesante generación de calor excesivo.

—Por favor, comprueba tu óptica —pidió.

Lo que le mostraba la pantalla era sencillamente imposible. El tanque parecía haber sido cortado en una línea recta. Nada en el mundo podía producir un borde tan preciso. Debía de haber un problema técnico con la cámara de Bob.

—Comprobaré mi óptica.

La cámara giró hacia la nave. El robot se había movido hasta la base de los motores. Se veían exactamente como debían. Ahora podía ver el módulo del taller sobresaliendo de la panza de la nave, la protuberancia giraba como una rueda de hámster.

—No hay nada malo con la óptica —concluyó Bob.

Eso es lo que parecía. Pero tenía que haber un error. ¿Quizás el recubrimiento especial del tanque estaba causando problemas?

—Cambiar a radar —ordenó.

—Cambiando a radar.

Todos los colores desaparecieron de la imagen. La diferencia era impresionante porque ella no había notado ningún color antes. Así podía engañarse a sí misma. La sección de la imagen giró en la otra dirección. Llegó hasta el motor y finalmente hasta el depósito de helio. Un corte recto había seccionado la mitad lateral que daba al planeta. Marth se reclinó y se quitó los auriculares. «¡Este maldito dolor de cabeza!».

Tenía que mantener la calma. ¿Qué había pasado? La nave funcionaba. El segundo tanque del lado opuesto al planeta seguía allí, al menos según los sensores. Con un tanque, al menos podría recuperar los costes de esta misión. Y todavía tenía algo de dinero en su cuenta. Su supervivencia estaba asegurada por el momento.

Pero ¿qué coño había pasado? ¿Por qué? ¿No podía salir todo bien por una vez? También era extraño que el sistema dijera que el depósito estaba lleno. Necesitaba preguntarle a Joe cuál podía ser el problema. Quizá el sistema medía la presión diferencial en el depósito y, si la presión dejaba de subir, suponía que el depósito estaba lleno. Si faltaba la mitad de la pared exterior, la presión no aumentaría por mucho helio que se bombeara en el espacio vacío. Esa sería una explicación. Joe podría confirmarla o encontrar una mejor. Ella preferiría lo primero, porque también significaría que no

se debía a la nanorred. Eso era caro, más caro que toda la nave, y solo en préstamo.

—¿Bob? Puedes volver a entrar —dijo por el micrófono de los auriculares.

—Voy a entrar.

Marth se levantó y entró flotando en la habitación contigua. Joe seguía roncando. Abrió la cubierta frente a su litera. Allí yacía, apretado contra el colchón por varias correas. Tenía la boca abierta y el pelo corto y negro despeinado. Estaba tumbado de lado, con los calzoncillos abultados. Marth le dio un golpecito en el hombro.

—Lo siento, Joe, pero tengo que despertarte —susurró.

Él no respondió.

—Eh, Joe, me temo que tienes que levantarte —dijo ella, más alto.

Joe abrió un poco los ojos, vio a Marth, los abrió del todo y dio un tirón, pero las correas lo sujetaron.

—Soy yo —dijo Marth con una sonrisa.

Él se la devolvió.

—Lo siento. Estaba soñando. ¿Hay algún problema?

Ella asintió.

—¿Problemas graves?

Ella asintió al principio, luego negó con la cabeza.

—No son mortales —aclaró.

—Entonces, ¿nada te impide meterte un momento bajo mis sábanas?

Ella negó con la cabeza, luego asintió y volvió a negar con la cabeza.

—No tienes sábanas.



11 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

Kang se levantó bruscamente antes de tener que presenciar lo que inevitablemente ocurriría a continuación. Había visto lo suficiente para poder transcribirlo bien. Marth acariciaba los calzoncillos de su colega. Por un momento, pudo ver sus manos. Tenía las uñas pintadas de rojo. Solo ahora se dio cuenta de que sus pensamientos ya no llenaban su conciencia. Un efecto típico de una transmisión. Pero ¿qué había visto allí, de todos modos? Cortes increíblemente precisos de la nada. Le recordó las experiencias del joven fotógrafo aficionado en el sistema Sirio.

Miró el reloj. En poco más de una hora tenía que ponerse en camino para la aclimatación. Había tiempo suficiente para ponerse en contacto con Mike.

—¡Hola, Pedro! —le saludó el novio de Yini—. Es un poco inoportuno en este momento. ¿Puedes llamar más tarde?

¿Pedro? Mike no podía haberlo confundido con otra persona. Su retrato estaba en el comunicador.

—No te preocupes por mí —dijo una voz desde el fondo—. Tengo tiempo.

Era Zahir. ¿Qué quería su jefe con Mike? ¿Estaba haciendo averiguaciones sobre Kang? Ni siquiera había despegado todavía.

—No, no es nada importante —dijo Mike—. Pedro, nos vemos en la cena.

—Pero...

La conexión se cortó. Estaba solo. Kang corrió al ordenador de Yini. No sabía su contraseña pero podía entrar en su propia cuenta.

Fenómeno cortes precisos de la nada explicación, escribió.

La pantalla se llenó de ubicaciones encontradas. Obviamente, no era la primera persona que había observado algo así. Incluso había un holocanal dedicado a ello. Kang miró uno de los holos. La grabación estaba extremadamente pixelada y, por tanto, no podía compararse con lo que él mismo había visto. Pero el propietario del canal tampoco daba explicaciones. Algunos de los enlaces de abajo no llevaban a ninguna parte.

Kang encontró un interesante texto anónimo en una página que el ordenador había advertido automáticamente. Las entradas estaban marcadas como «especulativas» según el estado actual de la ciencia. El autor afirmaba que los extraños daños habían sido causados por pruebas armamentísticas. La Unión Terrestre o los neomarcianos, no lo sabía con más exactitud, estaban desarrollando un arma de taquiones que podía eliminar por completo zonas enteras del espacio-tiempo de la realidad a grandes distancias y en tiempo real.

Era una teoría interesante, ya que explicaba la forma de los cortes. Ningún arma conocida, por lo que sabía Kang, podía hacer cortes tan limpios. No conocía los detalles del daño en Sirio Ab. Pero el ataque al arrastrero de helio-3 en Ægir debió ocurrir muy rápido. La comandante tampoco había detectado otras naves. En tiempo real y a larga distancia, eso lo explicaría.

Pero entonces debían ser neomarcianos los que habían construido y probado esta arma. Seguramente la Unión Terrestre no la usaría para atacar a sus propias naves. ¿Qué diría Smith? Cuando había intereses superiores involucrados, probablemente se tomaban caminos inusuales. Básicamente, primero había que probar un nuevo tipo de arma en tus propios objetivos, porque de lo contrario el enemigo lo descubriría. Así que la Unión Terrestre podría estar detrás de esto después de todo.

Entonces, ¿por qué Smith quería que espiara a una conocida física de taquiones? ¿Porque estaba a punto de entregar sus secretos a los neomarcianos?

Pero entonces Yini ciertamente no habría confiado en Tsai Tailin. Kang no sabía si era su madre, pero estaba seguro de que no entregaría un arma tan peligrosa a un solo bando del conflicto. Un arma de taquiones tendría el poder de congelar permanentemente el conflicto entre la Unión Terrestre y Neomarte. Había habido una fase similar en la Tierra hacía mucho tiempo; Kang había oído hablar de ella en las clases de historia. Dos bloques de poder se habían mantenido mutuamente a raya con la amenaza de la aniquilación mutua.

Pero si solo una de las partes poseía el arma, la guerra era casi inevitable. Una parte no podía esperar a que los investigadores de la otra estuvieran listos. Tendrían que aprovechar su ventaja.

No podía ponerse nervioso. Toda esta corriente de pensamiento se basaba en las declaraciones de un desconocido en un dudoso foro donde los seguidores de las teorías más descabelladas intercambiaban ideas. Kang encontró otros holos que desmontaban científicamente esta teoría.

El mejor argumento contra la existencia de un arma de taquiones era que la guerra habría estallado hace tiempo. Su uso inmediato equivalía a viajar en el tiempo. Si se utilizaba contra un planeta a 20 años luz de distancia, no se verían los resultados hasta dentro de veinte años. Para cuando los vieran, habrían pasado veinte años desde que la utilizaron. El tiempo en el que vivían era, después de todo, el pasado de cualquier futuro posible. Aunque cada microsegundo se abrieran nuevos universos con diferentes versiones del futuro, este pequeño momento del presente era el origen de todos ellos, su pasado. Si un arma así se hubiera desarrollado y utilizado en uno solo de esos universos, se habrían dado cuenta en su momento.

Pero ¿y si los extraños sucesos que había observado mientras cronoscribía eran precisamente esos ecos en el presente? Entonces al menos no estaba todo perdido, porque el uso del arma seguía estando en el futuro. El futuro era algo que se podía cambiar; Kang estaba profundamente convencido de ello, aunque no todos los científicos compartieran su opinión. Solo por esa razón, tenía que ir

a Neomarte. Tenía que ayudar a Yini y a Tailin a impedir que se utilizara el arma, aunque ellas no lo consideraran su tarea.

Por supuesto, había otros argumentos en contra de un arma de taquiones. Por un lado, estaba el problema de las gigantescas cantidades de energía que requeriría. Energía negativa, eso sí. Las estaciones de transmisión de taquiones no tenían suficiente de esta costosa materia prima. Para disparar un arma así, primero habría que construir una nueva estación mucho más grande, lo que sin duda atraería la atención de los servicios secretos del enemigo.

En segundo lugar, estaba el obstáculo de la causalidad. Si el atacante destruía un objeto situado a un año luz de distancia, y lo hacía de inmediato, ese objeto seguía influyendo en su entorno. Un telescopio situado junto al atacante podría observar la luz emitida por el objeto durante todo un año, después de que este hubiera desaparecido hacía tiempo. En este punto, los pensamientos de Kang se enredaron. ¿Podría emitir luz algo que nunca había existido? ¿Por qué no? Le hubiera gustado discutirlo con Mike pero estaba ocupado con su jefe. Se imaginó a los dos hablando de él. Kang, el pobre chico que había perdido a su madre y estropeado su formación como cronógrafo. Él les mostraría que estaban equivocados.

No, estaba siendo injusto. La espera le estaba poniendo nervioso. Kang corrió a su habitación, se puso ropa de entrenamiento y se fue al gimnasio. Un poco de actividad física antes de salir le vendría bien. Junto al equipo de entrenamiento colgaban máscaras de las que podía respirar oxígeno para reducir al mínimo la cantidad de nitrógeno en la sangre. Con los nuevos trajes, ya no era tan peligroso como antes, pero se mostraba escéptico sobre la presión del aire en la nave de los contrabandistas. Sin duda estarían tratando de economizar en todo, incluso en el aire.



—¿Hacia dónde te diriges? —preguntó el guardia.

—Necesito estirar las piernas fuera —dijo Kang—. Ya no soporto el aire de aquí dentro.

—Lo entiendo, amigo. Aun así, tendré que pedirte que te identifiques.

—¿Y eso por qué?

Era muy raro tener que firmar al salir del complejo. Necesitabas una invitación o un registro para abrir la puerta principal desde fuera, pero no yendo en la otra dirección.

—Orden de arriba. Aumento del nivel de seguridad. Los bromistas de Neomarte deben estar tramando algo otra vez.

—No he oído nada de eso.

—Por favor, no te enfades conmigo, colega. Tengo que pedírtelo. Es mi trabajo.

—Espera.

Kang se subió el visor del casco y se colocó en el campo de visión de la cámara. Su rostro quedó registrado en el sistema.

—Gracias, amigo. Tsai Kang, ajá.

—Sí, ese es mi nombre. ¿Me abres ahora? Todavía tengo trabajo que hacer.

Bajó el visor. La cámara de la esclusa estaba a solo unos pasos de distancia. Una luz verde con una flecha negra brillaba sobre ella. Si corría lo suficientemente rápido... Pero no llegaría al cráter.

—Hay un pequeño problema, señor Tsai.

Oh, ahora de repente era el señor Tsai, ya no «amigo» o «colega». Eso sonaba como un gran problema. Kang alzó su visor y tamborileó con los dedos en la unidad de control del traje espacial.

—¿Qué tipo de problema? ¿Es que la gente ya no puede salir de este edificio? Soy un hombre libre, ¿no? Ni siquiera eres agente de policía, ¿verdad? Como guardia de seguridad privada, no puedes decirme lo que tengo que hacer.

—Bueno, te equivocas. Estoy ejerciendo aquí derechos domiciliarios en nombre de tus superiores. No estamos en propiedad pública.

—¿Qué tienen que ver mis superiores con esto?

—¿No es el señor Zahir tu superior?

—Sí, lo es.

No tenía sentido ocultarlo porque estaba en su expediente público.

—Bien, entonces estamos de acuerdo. El señor Zahir no quiere que abandones el edificio antes del final de la jornada laboral. Es una petición razonable, ¿no? Aún no son las diecisiete.

«Joder». Al parecer, Zahir había estado buscándole todo el día. ¿Cómo se había enterado de que quería salir del archivo? Por supuesto, Zahir no era estúpido. Probablemente tenía buenas intenciones, también. Tal vez quería evitar que Kang hiciera alguna estupidez tras la desaparición de su hermana.

Pero no podía tener eso en cuenta. Tenía que llegar a Neomarte. Y él podía hacer algo completamente diferente.

—Estoy en una misión que Zahir no conoce —explicó.

—¿Una misión secreta, entonces?

El guardia sonrió y se cruzó de brazos. «Conmigo no, amigo», pensó.

—No estoy autorizado a hablar de ello contigo. Pero puedes consultar al señor Smith. Él me asignó esta misión.

—Smith, ya veo.

El guardia ya no sonreía, aunque tampoco parecía convencido. Pulsó su comunicador.

—Aquí no hay ningún Smith, lo siento. Supongo que tendrás que inventar una excusa mejor, colega.

La sonrisa había vuelto, y parecía más segura que nunca. Ahora volvía a ser un colega.

—Tío, no seas así. Tienes que llamar a Pedersen al despacho de Kuznetsova. Él te comunicará con Smith. Cuando esté al teléfono, explícale que estás impidiendo que Tsai Kang lleve a cabo su misión.

—De acuerdo —dijo el guardia—. Estoy en ello.

Kang respiró hondo. Ni siquiera sabía si Smith seguía en la luna. No era más que un disparate. Smith no sería engañado fácilmente. Sin duda tenía muchas cosas que hacer.

—¿Señor Pedersen? Nelson de seguridad aquí... Sí, muchas gracias. Necesito hablar con el señor Smith... Ah, maravilloso, por supuesto.

¡Ja, parecía que su plan estaba funcionando!

—Siento molestarle, pero tengo aquí a un tal Tsai Kang que dice necesitar salir del edificio en su nombre... Ya veo. ¿Podría darme su autorización...? ... Oh, disculpe, no, no quiero limpiar baños. Le pido sinceras disculpas.

La voz del interlocutor era tan alta que hasta Kang podía oírla. Smith siempre había sido amable con él, pero, era evidente que podía ser diferente. Muy diferente, de hecho.

De repente, la voz desapareció y el guardia le miró, avergonzado.

—Lo siento, señor Tsai. No iba a detenerle... Solo pensé... Disculpe, me equivoqué.

—No podías saberlo, Nelson.

—Yo... no diré nada a nadie, por supuesto. Nunca te he visto y borraré la grabación de nuestra conversación. —Nelson tocó su comunicador—. Oh, ya está borrada. —Palideció—. No creí que fuera tan fácil. Bueno, no te ofendas. Espero que tengas un buen paseo.

—Gracias. Nelson.

El camino estaba despejado. Kang entró en la esclusa, expulsó el aire y salió por la puerta exterior a la llanura lunar.



Su comunicador pitó mientras aún caminaba por la carretera. Debía tener cuidado aquí. Nadie esperaba peatones en la carretera endurecida por el agua y, en el vacío, ni siquiera podía oír a los vehículos que se acercaban. Así que abandonó la carretera antes de atender la llamada. Se hundió casi hasta las rodillas en el polvo lunar suelto que había levantado el tráfico y se había depositado allí.

No había ningún número en la pantalla pero Kang adivinó quién era la persona que llamaba.

—Hola, señor Smith.

Smith se rio.

—¡Eres bueno, Kang! Solo quería felicitarte.

—Probablemente sea demasiado pronto para eso. Aún no he conseguido nada, y si pierdo más tiempo, no llegaré a la nave.

—No te preocupes, no te entretendré mucho. Creo que lo que haces es estupendo, y que lo haces de forma independiente. No podría haberlo planeado mejor. Tienes razón, podría haber filtraciones en la agencia. Nadie puede averiguar lo que yo no sé.

—Sí, eso es más o menos lo que tenía en mente.

Estaba indeciso. Por un lado, desdeñaba el triunfo que Smith debía estar sintiendo. Por otro, se alegraba de dejar que el hombre que se creía un titiritero fuera una marioneta para él, aunque solo fuera por un momento.

—Espero que no te tomes a mal si te doy algunos contactos de emergencia a los que puedes recurrir cuando llegues. Sin presiones, haz lo que quieras. Pero si algo sale mal, como antes en la esclusa, siempre es bueno tener un as en la manga.

—Adelante. Tengo prisa.

—De acuerdo. En primer lugar, hay una tal Anna Luisa Bauernschmitt. Aunque no hace falta que recuerdes su nombre, porque todo el mundo la conoce como ALB. Tiene una carrera de lucha libre a sus espaldas, y ahora trabaja para el servicio de seguridad de Neomarte.

—ALB, servicio de seguridad, lo recordaré.

—Bien. El otro es un tal Claudio Pedramonte, Monte para abreviar. Es un investigador privado que trabaja habitualmente para nosotros y tiene un encargo similar al tuyo, Kang. No, lo siento, no tienes una misión. Solo quieres proteger a tu hermana. Es pura coincidencia que también sea de nuestro interés.

Kang entendió. Smith quería hacerlo sentir completamente independiente. Debía creer que eso era muy importante para él. «¿Es siquiera posible ser independiente en este mundo?» Kang negó con la cabeza. Tenía que subir a la nave, o esta despegaría sin él.

—¿Eso es todo, Smith? Me encantaría charlar un poco más contigo, pero mi taxi a Neomarte partirá sin mí si no llego a tiempo.

—Por supuesto, Kang. Te deseo mucho éxito.

—Gracias —dijo, pero la conexión ya se había interrumpido. No solo eso, sino que el registro de llamadas afirmaba que nunca había habido una conversación. Era impresionante lo que Smith era capaz de hacer.



KANG SALIÓ DEL POLVO. La autopista se desmoronaba por los bordes. Subió a la acera. Un vehículo grande se acercaba por la izquierda a gran velocidad. Era evidente que el conductor se había percatado de su presencia, porque no dejaba de encender los faros. La carretera se curvaba ligeramente hacia la izquierda y Kang se encontraba en el borde exterior. En la Tierra, el vehículo podría haber frenado fácilmente, pero la reducida gravedad lunar hacía que las ruedas tuvieran mucha menos fricción, mientras que la inercia que empujaba sin piedad al pesado camión hacia delante no se veía afectada.

Saludó brevemente y volvió a saltar al polvo. Tuvo tres encuentros más de este tipo en el siguiente kilómetro y medio. Se alegró cuando su comunicador le permitió finalmente desviarse de la carretera. Una espesa capa de polvo cerca de la carretera le hizo ir más despacio, pero luego surgió de ella el indicio de un camino y avanzó a buen ritmo. Obviamente, no era la primera persona que caminaba desde el archivo hasta el cráter. ¿Cómo sabía Mike lo de los contrabandistas? Probablemente casi todo el mundo los conocía, incluidas las fuerzas de seguridad, y mientras repartieran una parte de sus beneficios y no se les fueran de las manos, los dejaban tranquilos.

El cráter era visible desde lejos. Mike debía de estar equivocado. Parecía un telón de fondo en el horizonte cercano, que siempre le había parecido demasiado cercano a Kang. Ese era uno de los pocos recuerdos que tenía de la Tierra: lo lejos que estaba el horizonte allí. Siempre le había hecho sentir nostalgia, preguntándose si alguna vez lo alcanzaría. Aquí, en la Luna, el horizonte estaba casi al alcance de la mano.

En la práctica, sin embargo, fue un viaje agotador, porque Kang tenía que evitar varios cráteres pequeños. Eran demasiado grandes para saltarlos sin más y demasiado oscuros para cruzarlos. Las sombras aquí eran absolutas. Si el sol no llegaba al fondo de un cráter, nunca se sabía lo que había allí. Había muchos agujeros en la

superficie lunar, profundos agujeros de su pasado volcánico. Kang no tenía ningún deseo de desaparecer accidentalmente en uno, aunque probablemente podría pedir ayuda por radio. Había suficientes repetidores de radio orbitando la luna para garantizar la recepción en cualquier lugar donde hubiera una vista despejada del cielo.

La pared del cráter pronto se alzó aterradora frente a él. No había rastro del camino. Aquí, cada uno estaba solo y tenía que encontrar su propio camino. Kang estaba ahora en las sombras, y el cono de la lámpara de su casco solo perforaba una sección circular y bien demarcada de la oscuridad total. Era casi como estar en un escenario a oscuras, y los actores en el punto de mira eran las rocas a las que se aferraba Kang. La baja gravedad estaba trabajando para él. A pesar de su pesado traje espacial, no sudó, solo sintió miedo cuando miró hacia atrás, hacia las profundidades, y el haz del foco era un punto diminuto a doscientos metros por debajo de él, temblando como perdido en el polvo.

«Mejor ignorarlo, Kang. Mira hacia delante». Eso era lo que diría Yini. Estaba subiendo por ella. Probablemente no lo apreciaría y le regañaría por ello. Pero eso no importaba.

El comunicador se encendió. Kang se agarró a una roca, tiró, se agarró a un saliente, metió el pie en un nicho, miró hacia arriba y golpeteó la luz del casco, que no iluminaba la oscuridad. Entonces vio el punto de luz, y otro más. La luz no era defectuosa, simplemente no llegaba hasta el cielo, que parecía haberse desplazado repentinamente por encima de él. Ignoró el comunicador. Solo una roca más y habría ascendido. Kang buscó el siguiente asidero, se agarró a él, se impulsó con el pie y franqueó el borde.

Allí abajo había un cohete. Había aterrizado a la sombra de la pared rocosa opuesta. Aún podía verlo porque varios vehículos lo iluminaban. Todavía había mucha actividad. Al parecer, se estaba cargando a última hora. Miró el comunicador. Aún le quedaban cuarenta minutos para el despegue previsto. Era tiempo suficiente para alcanzar el cohete.

Revisó el archivo de registro. El último intento de llamada no había sido borrado. Zahir había intentado contactar con él. Kang

negó con la cabeza, pero enseguida cambió de opinión. Su jefe y maestro tenía derecho a una explicación. Estaba tan cerca del cohete que una breve conversación no podría impedir su despegue, y tenía todos los argumentos de su parte.

—Hola, Kang —dijo Zahir—. Me alegro de haber podido alcanzarte.

—Yo también me alegro, Zahir, porque aún no he tenido ocasión de despedirme.

—Jaja, habrías tenido la oportunidad, pero no importa. Me alegro de tener tiempo para decírtelo.

¿Decirle? ¿Qué quería decirle?

—Zahir, mi decisión está tomada. Tengo que ayudar a mi hermana. He esperado demasiado para hacerlo.

—Eso es muy honorable pero si realmente quieres ayudarla, tienes que dar marcha atrás ahora.

—No quiero limitarme a observarla desde lejos. Ya lo he hecho bastante.

—Pero si vuelas a Neomarte, es más probable que te alejes más de ella. ¡Yini y tu madre escaparon de allí! No estoy seguro de cuál es su nuevo destino, pero tengo mis sospechas.

¿Qué? ¿Era un truco? Pero ¿por qué le mentiría Zahir?

—¿Cómo lo sabes? ¿Estás completamente seguro?

—Tengo mis fuentes. Llevo en la Luna el doble de tiempo que tú, y tengo buenos amigos en todas partes, incluso en Encélado.

Ja, lo sabía. Zahir iba de farol.

—Yini se fue a Titán. ¿Cómo acabaría en Encélado? Allí no hay nada.

—Neomarte ha establecido una prisión de alta seguridad allí. Alguien debió de traicionar a tu hermana, así que la llevaron allí.

Kang se sonrojó. Él sabía quién era el traidor. Pero ¿qué ganaba Smith si arrestaban a Yini? Se dio una palmada en el casco. Por supuesto. Debía de saber que Tailin también estaba prisionera en Encélado. «Yini y tu madre escaparon de allí», había dicho Zahir. Smith debía de haber ayudado de alguna manera, para hacer posible que las dos escaparan. Ciertamente esperaba que ahora se volvieran hacia la Unión Terrestre.

—¿Y hacia dónde se dirigen? —preguntó—. ¿A la Luna? ¿Al Anillo Celeste?

—Eso sin duda complacería a nuestros superiores, pero no lo creo. En mi opinión, se dirigen a Terra Nova. Mike acaba de enseñarme copias de documentos que dicen que tu padre debería llegar allí dentro de unos años.

¿Su padre? Kang inspiró y espiró profundamente. Sus padres vivían en el Anillo Celeste. Aún no estaba preparado para cambiarlos por unas personas a las que nunca había visto. ¿Cómo era posible? Solo Terra Nova estaba al menos a 75 años de vuelo en la nave más rápida. ¿Cuándo se suponía que este padre los había engendrado?

—No sé si puedo creerte —dijo Kang—. Tantas cosas no cuadran.

—¿Por qué iba a engañarte? Estoy perdiendo a un buen empleado, es cierto, pero ¿de verdad crees que intento evitar tu marcha por eso?

No, eso no sería propio de Zahir. Y Kang ni siquiera era el empleado perfecto. Su jefe podría encontrar un mejor reemplazo de inmediato. Pero ¿si estaba trabajando para Neomarte? Entonces simplemente podría arrestarle cuando entrara en el país. Eso no tenía sentido. La vida nunca era suave y lógica, sino contradictoria y complicada. Eran precisamente las contradicciones las que hacían plausible la afirmación de Zahir.

—Supongo que tienes razón —dijo Kang—. De acuerdo, entonces. Prefiero quedarme aquí.

Una pesada carga cayó de él. En ese momento, tuvo la sensación de que por fin se desprendía de su hermana, de que los lazos que los habían unido desde su nacimiento se rompían por completo. Seguían siendo hermanos, por supuesto, pero habían abandonado la simbiosis y se habían convertido en individuos.

—Te veré mañana —dijo Kang, poniendo fin a la conexión.

Le ardían los ojos. Probablemente, su hermana había abandonado la simbiosis hacía mucho tiempo, sin que él se diera cuenta. O él se había dado cuenta pero no había querido admitirlo y se había resistido con el comportamiento más infantil posible. Si seguía siendo el pequeño Kang, su hermana no podría tratarlo de repente como a un adulto.

Kang se sentó en una roca para poder observar la nave. La mayoría de los vehículos ya se habían alejado. Un foco solitario iluminaba la entrada de la tripulación, a la que se accedía por una escalera. Una luz verde parpadeaba en la parte superior del cohete, que no sobresalía del borde del cráter. Kang calculó la distancia. Era suficiente. Sin atmósfera, solo la radiación térmica del motor y el regolito removido durante el lanzamiento eran potencialmente peligrosos.

Pero no en este caso. Estaba sentado a unos trescientos metros por encima de la acción. Ahora se apagó el último foco. Kang escuchó instintivamente, pero por supuesto no se oía nada. En su lugar, apareció un semicírculo incandescente en lo profundo del valle, cada vez más brillante y cerrándose en un anillo que crecía hasta convertirse en un cono. La roca sobre la que estaba sentado Kang tembló. Notó cómo las partículas de polvo saltaban y volvían a bajar lentamente. Las vibraciones se transmitieron a su traje y llegaron a su oído interno en forma de un profundo sonido retumbante. Un escalofrío recorrió su espina dorsal cuando una punta estrecha surgió de la oscuridad del valle como de un mar infinitamente profundo.

El cohete tenía un aspecto elegante. Kang había imaginado que la nave de un contrabandista sería diferente, pero en realidad era lógico: cualquier cosa que quisiera aterrizar en la densa atmósfera de Neomarte debía tener una forma aerodinámica. ¿Se había ido Yini en una nave así? Se la imaginó mirando por la ventana. Quizá pudiera verle sentado en el borde del cráter. Kang levantó la mano y saludó. El motor del cohete se apagó como si lo hubieran atrapado. Sin embargo, la nave siguió moviéndose. Probablemente el capitán quería evitar ser descubierto, pero eso no era más que una formalidad. Hacía tiempo que debía de haber pagado a los propietarios de los satélites de vigilancia en órbita para que no mirasen en esa dirección.

Kang suspiró y se levantó. Era hora de volver al trabajo.



La habitación -352 estaba en la planta más baja del sótano. Normalmente, Kang ni siquiera se daba cuenta de que las paredes no estaban pintadas y de que caminaba sobre roca desnuda. Pero ahora se sentía como si volviera a casa tras una larga ausencia. Esa tubería de ahí arriba, ¿siempre había estado tan oxidada? ¿Las manchas negras del techo eran restos de pintura o moho? ¿Por qué estaban soldadas las cerraduras de algunas puertas? Siempre había querido preguntárselo a Zahir pero nunca había llegado a hacerlo.

Llamó a la pesada puerta de acero. Nadie respondió así que acercó el oído al metal. Detrás, podía oír el típico cántico que Zahir entonaba cuando rezaba. El conserje jefe no querría ser molestado. Kang comprobó la hora. El ritual solo duraba unos cinco minutos. Se apoyó en la fría pared y esperó. Así era más o menos como se imaginaba la prisión de Neomarte en Encélado, donde habían llevado a Yini. Hasta su fuga. ¿Cómo lo sabía Zahir? Kang acarició la pared. No estaba hecha de roca tallada como el suelo, sino de mampostería lisa y enlucida. Debía de ser distinto en Encélado. Allí, la roca y la piedra solo existían bajo el océano de hielo. Entonces, ¿Yini había vivido en una celda hecha de hielo? Eso era difícilmente posible. El hielo era tan duro como la piedra a temperaturas bajo cero, pero en la prisión debía de hacer suficiente calor para evitar que los reclusos murieran congelados.

—Adelante —dijo Zahir.

Su jefe sonrió amablemente y le abrió la puerta. Kang ni siquiera se había dado cuenta de que se abría.

—Gracias.

—Pensé que vendrías. Seguro que tienes algunas preguntas.

Pasaron junto a la alcoba con la alfombra de oración hasta el escritorio de Zahir. Era un viejo mueble de metal con garabatos y pegatinas por todas partes. Kang había intentado descifrar algunos con la ayuda de un ordenador, pero era escritura antigua. Debía de ser de Marte, o el ordenador habría sido capaz de identificarla. Solo quedaban unos pocos registros de lo que había sido Marte, porque los archivos habían sido destruidos junto con todo lo demás del planeta. Kang siempre había sospechado que las raíces de Zahir

estaban en el planeta rojo. Por eso se preguntaba por qué trabajaba para la Unión Terrestre. Pero probablemente estaba equivocado.

—Por favor, siéntate —dijo Zahir—. ¿Puedo ofrecerte algo? ¿Café, zumo?

Kang tomó asiento en una silla de metal que sabía que era cómoda.

—¿Café de verdad?

Zahir sonrió. Su jefe tenía fuentes inagotables de granos de café auténticos y orgánicos.

—Voy a poner el agua.

Cogió una lata de un armario metálico de la pared y puso un poco de polvo en una taza. Luego, encendió la tetera.

—¿Nada para ti? —preguntó Kang.

—Ya me he tomado una hoy. Mi corazón ya no aguanta más.

Kang no se había dado cuenta de que Zahir era tan viejo. Parecía como si hubiera dejado de envejecer a los sesenta.

—¿Un cuerpo nuevo? —preguntó Kang.

Nadie tenía que morir solo porque su cuerpo estuviera agotado.

—Mi fe no lo permite —respondió Zahir—. Pero ya he experimentado bastante.

El agua del hornillo estaba hirviendo. Zahir lo apagó y vertió el agua caliente de la olla en la taza, que luego entregó a Kang. Estaba medio llena, y encima flotaban sedimentos marrones. Kang tendría que ser paciente hasta que se asentara en el fondo. Pero ya podía olerlo. El aroma amargo y terroso de los granos molidos penetró en su cerebro a través de la nariz y lo puso en un estado de conciencia que no estaba seguro de que fuera real.

—Huele muy bien.

—Son judías Robusta. ¿Sabías que han conseguido cultivarlas en Titán?

«Así que de ahí lo saca».

Kang negó con la cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Para eso estás aquí. —Zahir acercó una silla y se sentó frente a Kang.

—¿Cómo te enteraste de la fuga de Yini?

—Ya te lo he dicho: Tengo muchos amigos en Neomarte. En realidad, casi todos mis viejos amigos están allí. Trabajan en todos los ámbitos, incluso en la prisión de Encélado.

—¿Ayudaste a Yini a escapar de allí?

—No, Kang. Me hubiera gustado, pero no estaba en mi mano. Para ser sincero, no creo que hubiera podido escapar de allí sin la ayuda secreta de Neomarte. Pero, por supuesto, podría estar equivocado al respecto.

—¿Quieres decir que Neomarte quería que escapara?

—Una nave interestelar la estaba esperando allí; me lo dijo mi contacto. La órbita de Saturno está tan bien vigilada que una nave espacial no se cuela sin más.

—Pero ¿cuál sería el objetivo? ¿Por qué querían deshacerse de su física de taquiones?

—Hay dos posibilidades. O bien ya tienen lo que necesitan, en cuyo caso la fuga sería una maniobra de distracción para los Terrestres, que ahora enviarán todas sus fuerzas tras ellas para que la paz vuelva a Neomarte. O ya no creen en esta arma y quieren poner a la física fuera del alcance de la Unión Terrestre.

Ninguna de las dos posibilidades convencía a Kang. Aunque el arma estuviera acabada, la física que la había desarrollado seguiría siendo necesaria.

—¿Y si fue la Unión Terrestre? —preguntó—. Smith quería infiltrarme allí.

—Ah, Smith. Está volviendo locos a todos aquí. Creo que estás sobreestimando sus capacidades. Solo consiguió que detuvieran a tu hermana al entrar.

Kang se ruborizó. Con suerte, Zahir no lo notaría. Sopló en la taza de café. La mayor parte del sedimento se había hundido hasta el fondo, así que tomó un pequeño sorbo.

—Lo que aún me hace preguntarme qué consiguió con ello —dijo Zahir—. Se suponía que Yini lo llevaría hasta su madre.

—Pero eso es lo que hizo. ¿Dijiste que escaparon juntas?

—Sí, así es. Hablé con Mike Wilson al respecto. Se preguntaba si no era una estúpida coincidencia. Una bendición disfrazada.

—¿Quién sabe? ¿Exactamente qué relación tienes con Mike?

Hacía mucho tiempo que Kang había querido preguntar eso. Su jefe pasaba mucho más tiempo en el Departamento de Miscelánea que en cualquier otro departamento del Gran Archivo. De repente, Zahir cogió la jarra de agua y la examinó. Algo le preocupaba. Pero ¿qué?

—Más vale que lo sepas, ya que tú mismo lo conoces a estas alturas —dijo finalmente—. Somos parientes. Mike es mi sobrino nieto, el nieto de mi hermana mayor. Yo no tengo hijos. Cuando era pequeño, solía sentarse en mis rodillas y jugar. También le conseguí el trabajo aquí.

Era una buena explicación, por supuesto. Pero a Kang lo tomó por sorpresa. Zahir nunca le había parecido un hombre de familia, ni siquiera especialmente accesible a nivel personal.

—¿Qué más te dijo Smith? —preguntó Zahir, obviamente tratando de distraer la atención de sí mismo.

A Kang le pareció bien. A partir de ahora confiaría en Zahir, igual que confiaba en Mike y en Yini.

—Me dio dos posibles contactos en Neomarte.

—Ah, tal vez pueda averiguar algo sobre ellos —dijo Zahir y le guiñó un ojo—. Sabes que conozco a mucha gente, incluso en nuestro servicio de seguridad.

—El guardia casi consiguió impedir que saliera de los archivos. Pero entonces Smith intervino.

—Me di cuenta. Por desgracia, tenía mejores argumentos en ese momento. Pero ¿a quién te dio como contacto?

—Una tal Anna Luisa Bauernschmitt, conocida como ALB, y un tal Claudio Pedramonte, Monte para abreviar.

—ALB no significa nada para mí. Pero a Monte lo conozco. Ha estado aquí en la Luna, en el archivo. Por lo que sé, no trabaja oficialmente para el servicio secreto. Es un reputado investigador privado con amigos en las altas esferas.

—Podría ser una buena idea enviar a un hombre así a Neomarte. Si le pillaran, no habría conexiones oficiales.

—El Monte que conocí no se involucraría en una misión suicida. Solo se involucra en algo si puede salir ileso.

—Quizá se esté haciendo viejo, o quizá se deba a las emociones. Eso a menudo hace que los profesionales olviden el duro entrenamiento al que se han sometido. Así es como sucede en los holos de acción.

—No tengo que decirte que esto es la vida real y no un holo, ¿verdad?

—Es verdad. La realidad no es tan predecible, por desgracia.

Zahir se frotó la barbilla.

—¿Crees que sería útil poder ver dentro del cronoscrito de Monte? Podría...

Kang no pudo evitar interrumpir.

—¡Oh, eso sería emocionante!

—¿Tienes confianza para usar la tecnología?

Kang sonrió. ¿Sospechaba Zahir que había jugado de vez en cuando con el sistema de lectura de Yini?

—Dependería del intento —dijo con cautela.



17 de Hathor de 225, Terra Nova

—¡Uf! Aaah...

Talut aspiró aire de su tanque de respiración a través de la boquilla. Sabía ligeramente agrio pero sin duda, mejor que en los habitáculos. Con veinte hombres y mujeres en un espacio tan reducido, el improvisado sistema de recirculación no podía hacer gran cosa, sobre todo porque solo reponía el oxígeno usado.

Aquí fuera, podía respirar aire limpio del tanque. Talut se sintió de inmediato mucho más libre. Los habitáculos eran una estructura provisional, cuatro góndolas de teleférico improvisadas. Afortunadamente, no había retrete, pero eso significaba que había un constante ir y venir, de modo que Talut se despertaba una y otra vez durante la noche.

Ahora a ducharse. Eso disiparía su cansancio. En el borde de la zona de hormigón había tres cabinas, separadas por paneles de tela opaca y provistas de agua fría procedente de un gran depósito. La de la derecha ya siseaba así que Talut eligió la de la izquierda y se sobresaltó al ver a un hombre desnudo detrás de la cortina, inclinado hacia el suelo. Tenía tatuajes desde los muslos hasta la espalda.

—Lo siento —dijo.

—Uy, son cosas que pasan —respondió el hombre.

Era Juri. Talut desapareció en el cubículo del medio. Allí se quitó la ropa interior y la colgó sobre la barra a la que estaban sujetas las

mamparas. La ducha era nueva y reluciente. Abrió el grifo. Cuando las primeras gotas cayeron sobre su piel tuvo que apretar los dientes. Tenía público, así que se controló. Pero su cuerpo se acostumbró rápidamente a la temperatura.



Aquello le había sentado muy bien. Su corazón seguía latiendo deprisa y él estaba caliente. Ahora solo había un problema: se había olvidado de traer una toalla.

—Juri, ¿sigues aquí? ¿Hay alguna toalla por aquí?

—Deberías haber traído la tuya —dijo Zelpha.

¿De dónde había salido su jefa? Su antigua jefa, se corrigió. Talut aún no había averiguado quién dirigía la expedición. Tal vez el uniformado que había enviado el Ministerio de Defensa, Sam Okean. O tal vez fuera otra persona.

—¿Quieres una? —preguntó Zelpha.

—¿Una?

—Una toalla.

—¿Podrías traerme una, por favor? No quiero que se me moje la ropa interior.

—Toma, puedes quedarte con la mía. Tírala después a la lavadora.

Se oyó una palmada y apareció una toalla sobre la barra. La bajó. Estaba casi seca. Zelpha probablemente acababa de lavarse la cara.

—Gracias —dijo—. Te estás perdiendo la ducha.

—Odio el agua fría. Hay algo mal con la regulación de la temperatura en esta biobolsa.

Cuando salió de la ducha, estaba solo. Llevaba la toalla enrollada alrededor de las caderas mientras caminaba lentamente hacia la sala de estar. El sol trepaba incansable por el firmamento y él trataba de evitar los haces de luz. Su madre siempre le había advertido sobre los dañinos rayos UV, así que se mantenía a la sombra de las máquinas lo mejor que podía. Cada vez que dejaba de estar a

cubierto, alguien parecía seguirle. Se daba la vuelta, y cada vez era su propia sombra la que le perseguía.



En la sala de estar, algunos de sus compañeros aún llevaban puestas las máscaras respiratorias. Al parecer, se habían puesto de acuerdo para ventilar a fondo. Ahora el soporte vital tenía que reponer el suministro de oxígeno. Era interesante: los que, como él, habían crecido en el Plano de la Corona se habían quitado las máscaras.

Talut también lo probó y encontró que el aire era fácil de respirar. Los que venían de la ciudad o del mar tenían mayores dificultades. Los habitantes de las ciudades probablemente pasaban poco tiempo en la naturaleza, donde podrían aprender a arreglárselas con menos oxígeno, y las grandes islas tenían ahora cubiertas transparentes que proporcionaban una atmósfera rica en oxígeno las veinticuatro horas del día.

—Chicos, preparaos —dijo el uniformado—. Nuestra primera sesión informativa comienza en diez minutos.

Talut recogió sus pocas cosas y se sentó junto a la ventana. El sol coloreaba el verde de las hojas con su intensa luz anaranjada y creaba una atmósfera que a Talut le parecía completamente irreal, como si estuviera viendo un holo. En casa, nunca había tanta luz como para que las cosas proyectaran sombras. Levantó la mano hacia la luz del sol. Una raya negra le recorría desde el codo hasta el dorso, trepaba por la pared y terminaba en un bulto. Abrió la mano, estiró los dedos y la protuberancia se convirtió en la copa de un árbol. Talut sacudió la mano. No podía deshacerse de la sombra. Cualquiera que viviera en el Plano de la Corona meridional, donde las nubes eran escasas, tenía que convivir con una sombra constante. A Talut le resultaba extraño que le siguieran así constantemente.

—¡Bienvenidos, equipo! Me alegro mucho de que todos hayáis llegado a tiempo.

El anuncio procedía de un altavoz situado en el techo de la cabina. Delante, una mujer regordeta con un elegante vestido sostenía un micrófono.

—Soy Berenike Hill, la líder de esta expedición. Antes de empezar, dentro de casi dos horas, me gustaría daros una visión general de lo que nos espera ahí abajo.

La líder repitió lo que todos debían saber: Que la ciencia no tenía ni idea de cómo era la vida en la superficie. Pero lo expresó con tanta habilidad que Talut se alegró de escucharla. Ser capaz de cautivar a un grupo tan variopinto era una habilidad importante. Lo que no mencionó fue la razón por la que esta expedición tenía lugar precisamente ahora. Presumiblemente creía que era inútil contrastar los hechos con los rumores que proliferaban. Talut sospechaba que no había ninguna razón concreta. Simplemente había llegado el momento de borrar esta mancha en blanco del mapa del planeta.

—También me gustaría presentar a mi ayudante, Zelpha Forest. ¿Zelpha Forest? Quién es, se preguntarán. Les diré una cosa: lideró la última expedición al Bosque de las Viejas Madre, con otro nombre y otra biobolsa.

Un murmullo recorrió la sala. Berenike solo podía estar hablando de la casi legendaria expedición del año 212. Talut era entonces un adolescente. Había sido un drama de calibre shakesperiano. Una joven pareja de una isla, más o menos de su edad, había huido al bosque porque sus padres no querían verlos juntos. Su barca había sido encontrada en la orilla, pero no había más señales de vida. Por ello, el gobierno se sintió obligado a lanzar una misión de rescate. Se adentraron en el bosque bajo la atenta mirada de los medios de comunicación, pero al final solo regresó una persona. ¿Y se suponía que era Zelpha Forest? Era difícil de imaginar. Pero el apellido coincidía. Talut se sentía muy orgulloso de que alguien del Plano de la Corona dirigiera la misión.

Juri se deslizó a su lado.

—Eso es imposible —dijo a sus espaldas—. Basta con mirarla. Debía de ser muy joven entonces. Tal vez fue ella la que desapareció en el bosque.

En principio, no sería una idea descabellada. La joven pareja, resultó, no se había escondido en el bosque, sino en la isla, y se había limitado a empujar una barca desde la playa al mar como camuflaje, con la esperanza de que llegara a otra isla. Pero Juri estaba equivocado.

—Está usando una biobolsa, la he visto —dijo Talut—. Y el apellido coincide.

Juri seguramente sabía que nadie cambiaría nunca su apellido. Era una parte integral de la identidad de cada habitante de Terra Nova.

—¡Muy bien, queridos! Lo admito, he pasado mucho tiempo discutiendo con Zelpha si debíamos contaros este pequeño detalle. Pero al final, espero que aumente la confianza de todos en el éxito de esta misión. Zelpha es la única persona en Terra Nova que sabe cómo es allí abajo. Tenerla en nuestro equipo podría marcar la diferencia entre abortar y tener éxito.

Así que llevaba años teniendo como jefa a una de las personas más famosas del planeta sin saberlo.

—Espero que también hayáis escuchado las dos alternativas que acabo de mencionar para el final de nuestra expedición: Abortar o triunfar. No vamos a avanzar hacia las profundidades a toda costa. En cuanto haya un gran peligro de no traer a cada uno de ustedes de vuelta a la superficie en buen estado de salud, abortaré personalmente la expedición. Se lo debo a vuestras familias.

Los oyentes aplaudieron y Talut se unió a ellos.

—Ahora me gustaría pedirle unas palabras a nuestro jefe de seguridad, Sam Okean. Sam, ¿quieres?

Berenike cedió el micrófono al uniformado. Talut dio un codazo a Juri.

—¿Okean? ¿Le conoces?

—¿Porque él también es del mar? Hay unos cuantos miles de personas con ese nombre.

—Podría ser.

—¿Conoces a todos los Forest?

Talut se lo pensó. No había ni quince mil colonos en el Plano de la Corona. Tenía la sensación de haberlos visto a todos, pero bueno,

no sabía todos sus nombres.

—No, probablemente no.

—¡Ya ves! Pero he oído hablar de él. Soldado de carrera, muchos premios. Sirvió en las fuerzas espaciales de la Unión Terrestre.

—¿Es el único que envió el Ministerio de Defensa?

—Oficialmente, sí. Pero creo que algunos de los trabajadores también son soldados. ¿Ves lo en forma que están?

Juri señaló a tres jóvenes que hablaban en susurros.

—Eso puede ser por el trabajo duro —dijo Talut—. ¿Quieres sentir mis músculos?

—No. Te creo. Ya te he visto en ropa interior.

—¡Señoras y señores! Permítanme un momento de silencio —gritó el jefe de seguridad—. Sí, vosotros tres también, por favor, dejad la cháchara.

—Ya ves, un perro viejo y duro —dijo Juri.

—Ya sabes, perro ladrador...



—Eh, espera un momento —dijo Juri.

—Me adelantaré al agujero —dijo Talut.

Quería estar en el equipo de vanguardia, explorando la ruta. Le parecía increíblemente aburrido ir siempre detrás de los demás.

—Siempre debes ir con un compañero, ¿recuerdas?

—No hay ningún peligro real aquí.

—Yo también pensaba eso, hasta que se produjo ese eructo.

—Pobrecito. Pero no puedo ayudarte con tu trauma. Quiero irme ya.

—Ya voy.

Talut se puso la máscara respiratoria y salió del refugio, que ya estaba casi vacío. Oyó los pasos de Juri detrás de él. En lo alto, el sol era abrasador. Delante del agujero se había formado una pequeña multitud. Probablemente no era el único al que le habría gustado estar en el primer grupo. Talut intentó abrirse paso pero de repente, una mano le agarró el brazo.

—Eh, déjame —protestó mientras se daba la vuelta.

Era el jefe de seguridad.

—Se me permite —dijo con una sonrisa.

—Lo siento, por supuesto.

—Eres un coronita, ¿verdad?

Coronita se consideraba una palabrota entre los habitantes del Plano de la Corona. La usaban los pueblerinos o la gente del mar. Talut hizo una mueca.

—Lo siento, viejas costumbres —dijo Sam—. Pero gracias por la respuesta. No estaba muy seguro. Eres el que trajo Zelpha, ¿verdad? Has trabajado en recolección y tienes experiencia en los niveles superiores.

Talut asintió. Sam tenía buena memoria, pero eso era lo que se esperaba del jefe de seguridad.

—Quiero que te encargues de la retaguardia con tu compañero. Toma, coge este amplificador de infrarrojos.

Sam le tendió un aparato que parecían unos prismáticos. Talut se lo colgó del cuello.

—Gracias. ¿Qué quieres que haga con él?

—Estarás observando lo que ocurre por encima de ustedes, detrás de nuestra pequeña caravana.

—No hay nada aquí que pueda ser un peligro para nosotros.

—En primer lugar, no sabes lo que nos espera en las profundidades. En segundo, no espero un ataque. Quiero saber si alguien nos sigue.

—¿Por qué alguien vendría tras nosotros? ¿Solo?

—Deja que yo me preocupe de eso. En cuanto veas algo sospechoso, avísame por el canal seguro.

—De acuerdo. Estaremos atentos.

—Recuerda el canal seguro. Cualquiera que nos siga también podría tener acceso a nuestra red de radio.



—¿Podrías pasarme tu destornillador inalámbrico? —preguntó Juri.

—¿No tienes uno?

—La batería se agotó otra vez.

—Dame un segundo.

Talut se inclinó sobre el borde de una hoja, que se balanceó ligeramente bajo él. Podía oír quejas, palabrotas y fragmentos ininteligibles de frases. Los sonidos procedían de la colorida columna de luces que descendía. Talut palpó con la mano izquierda la cabeza del tornillo que quería aflojar. Allí estaba. Con la derecha, presionó la punta del dispositivo sobre la tuerca de la parte superior. Juntos, el tornillo y la tuerca aseguraban la escalera que había montado la vanguardia. Encendió el destornillador y la tuerca se aflojó. Sacó el tornillo de la hoja y guardó la tuerca y el tornillo. ¿De quién fue la idea de poner la tuerca en la parte superior?

Talut gimió mientras se incorporaba.

—Toma, coge el mío —dijo.

Observó cómo Juri buscaba el tornillo.

—No te quedes ahí sentado mirando. Sujeta la escalera —dijo Juri.

Talut se inclinó hacia delante. Aunque la escalera era de plástico ligero, seguía siendo pesada debido a su longitud de hasta cincuenta metros. Agarró el último peldaño. Si empezaba a balancearse en serio, la escalera probablemente le arrastraría fuera de la hoja en la que estaba tumbado. Por eso también estaba asegurado con una cuerda.

El destornillador en la mano de Juri gimió.

—Tío, sí que han apretado este tornillo —se quejó.

Talut cogió sus auriculares y pulsó el botón.

—Cuidado, va la escalera —advirtió.

Otro equipo de dos personas esperaba al pie de la escalera. Si todo iba bien, la escalera se plegaría sola en un momento. Luego, podrían usarla para alcanzar el siguiente nivel.

—Lo tengo.

—¿Estás listo, Juri?

—Estoy listo.

—Atención, vamos a soltar la escalera —dijo Talut.

—Adelante entonces —dijo la voz en el auricular.

Talut pulsó el botón situado en la parte superior de la escalera que debía activar el proceso de plegado. Oyó un traqueteo. La escalera se le escapó de los dedos. Un sonido de satisfacción le siguió cuando algo encajó en su sitio. Imaginó la escalera gigante como un dedo que crujía sus articulaciones y luego las doblaba una a una.

—Ya viene. Todo va bien —dijo la voz.

—Bien, vamos para allá —dijo Talut.

Se alejó del borde de la hoja y se puso de pie.

—Aquí está tu destornillador —dijo Juri.

—No nos olvidemos de cambiar las pilas más tarde.

—Intentaré acordarme. Pero por ahora, vámonos.

Descender tras el grupo fue casi tan aburrido como había temido. El momento más emocionante llegaba después de desprenderse de la escalera pues tenían que hacer su propio camino hasta el nivel inferior.

Aunque eso era un poco exagerado. El equipo de vanguardia ya les había marcado el itinerario. Talut solo tuvo que cambiar su linterna a ultravioleta para hacer visibles las flechas. Luego, fue tarea de Juri borrarlas. El jefe de seguridad tuvo mucho cuidado de que nadie pudiera seguirles utilizando estas marcas.

Talut avanzó por la hoja hacia el tronco. Cuanto más se acercaba, más estable se volvía. Allí, una flecha. Apuntaba en sentido contrario a las agujas del reloj alrededor del tronco. Talut la siguió durante un rato y se detuvo para dar tiempo a Juri a borrarla.

—Hecho —dijo Juri.

Siguieron caminando. El equipo de vanguardia había hecho un buen trabajo. Por desgracia. Talut habría preferido encontrar su propio camino, pero desde luego este era más rápido. Siempre había una conexión, o casi siempre. De lo contrario, el equipo de vanguardia no habría podido colocar la escalera en la parte inferior, con la que descendía el grueso de la expedición. Sintió lástima por los hombres y mujeres que tenían que bajar las cajas y la cuerda. El líder ya había anunciado que todos tendrían que servir de porteadores en algún momento.

La siguiente flecha tenía una curva. Eso significaba que tenían que cambiar de dirección. Juri encendió su linterna, y un dedo de luz exploró las ramas circundantes.

—Ahí delante —dijo Juri, girando el haz de la linterna sobre una enorme hoja que crecía quizás dos metros por debajo de ellos.

—¿Tú primero? —preguntó Talut.

—De acuerdo.

Talut se tumbó en el suelo para apoyarse lo mejor posible. Juri se arrodilló frente a él y descendió lentamente por el borde. Talut le agarraba con la mano derecha.

—¿Sientes algo? —preguntó Talut.

—No. Suéltame.

Aflojó el agarre y los dedos de Juri resbalaron de su mano. Había sido intencionado, pero su corazón se aceleró igualmente. Con suerte, nunca tendría que soltar a alguien así sin querer.

—Está estable —dijo Juri—. Ahora tú.

Eso era obvio, en realidad, ya que el equipo de vanguardia ya había probado esta ruta. Aun así, Talut se alegró de oírlo de boca de Juri. Se dio la vuelta hasta que sus piernas sobresalieron por el borde de la hoja y se dejó deslizar lentamente. Estaba más abajo de lo que esperaba, así que se balanceó al levantarse, pero Juri lo sujetó.

—Gracias, amigo.

—Con mucho gusto.

Sinceramente, era una suerte que el Copter ya no pudiera volar y Juri tuviera que acompañarles en la expedición. Era agradable tenerlo cerca.

—¿Tú también lo has oído? —preguntó Juri.

—¿Qué?

—Un... ¡Ahí está otra vez!

Juri tenía razón. Había un fino sonido de raspado. Sonaba como alguien limándose las uñas. El ruido venía de arriba. La expedición no era la fuente. Talut sacó el amplificador de infrarrojos de su cinturón y escaneó la zona por encima de ellos. Pero allí no había nada.

—O es mucho más pequeño que un humano, o todavía está demasiado lejos.

—Deberíamos avisar a Sam —dijo Juri.

—Por ahora, vamos a esperar. Probablemente fue algún tipo de animal moviéndose por ahí arriba.

Por supuesto, nunca estabas completamente solo en las ramas de las Viejas Madres. Era todo un ecosistema propio, del que hasta ahora solo habían llegado a conocer las estribaciones más altas.



LA SIGUIENTE FLECHA SE DOBLABA. Genial, eso significaba un cambio. Tendrían que bajar con cuerda. El siguiente pasaje tenía al menos tres metros de profundidad. El equipo de vanguardia había dejado una cuerda colgando. Talut sentía cada vez más envidia. En lugar de limitarse a seguir un camino, a los de delante se les permitía descubrirlo por sí mismos. Ya se habían adentrado en el bosque más que nadie. A cada paso se adentraban en un territorio nuevo. Eso tenía que ser genial.

—¿Vas tú primero? —preguntó Juri.

—Como prefieras.

—De hecho, me lo estoy haciendo encima.

—Entonces ve al otro lado de la hoja. No me apetece una ducha tibia.

—Eh, me refiero a defecar.

—Entiendo. Aunque Sam no estará contento si dejamos rastros.

Juri puso un brazo alrededor de su hombro.

—Si insistes, lo envolveré.

—No es necesario.

Talut iluminó la hoja con su linterna hasta encontrar el punto de unión de la cuerda. Comprobó el nudo, que estaba atado de manera experta, luego, se enganchó con un mosquetón y bajó al siguiente nivel. La hoja a la que acababa de llegar era una de las llamadas hojas de núcleo. La reconoció de inmediato por su típico grano. Allí era donde normalmente crecían las flores. La examinó con el haz de

la lámpara pero probablemente aún era demasiado joven y fresca, ya que no había florecido. Las inevitables cicatrices resultantes no estaban presentes.

La hoja vibró. Era Juri. La cuerda cayó al suelo con un silbido. Juri la enrolló y se la colgó del hombro.

—¡Qué rápido!

—No tenía nada que leer —dijo Juri—. ¡Ja! ¿Has oído eso?

—¿Tú...? Tengo cosas mejores que hacer.

—¡No, estúpido, el ruido! Ahí estaba otra vez.

Juri obviamente tenía mejor oído que Talut. Pero tenía razón. Había el sonido de alguien limándose las uñas de nuevo.

—Tal vez sea un mockzilla.

—¿Es una broma? —preguntó Juri.

—No, no tengo ni idea de cómo se llaman científicamente los animales. Aquí todos se llaman mockzillas.

Talut relató su reciente experiencia con un mockzilla.

—Son increíblemente listos y curiosos. Quizá por eso nos sigue.

—O es algún otro perseguidor inteligente.

Juri cogió el amplificador infrarrojo del cinturón de Talut y apuntó hacia arriba.

—No hay nada allí.

—Los mockzillas tienen una temperatura corporal más baja que nosotros, por lo que tendrías que buscar una forma más oscura —dijo Talut—. Y como mucho nos llegan a la cintura.

—Es bueno saberlo. No tenía ni idea de que existieran. ¿De verdad no me estás tomando el pelo?

—No, Juri, te lo juro.

Un objeto aterrizó a su lado con un ¡plaf! y Talut adoptó instintivamente una postura defensiva.

—Mierda, ¿qué ha sido eso?

Juri se agachó pero volvió a levantarse de inmediato.

—No te lo vas a creer: son mis excrementos.

Talut soltó una carcajada. Era una locura. Hacía unos días había estado jugando con un mockzilla, lanzándose canicas de un lado a otro. Los animales parecían tener un fuerte instinto de juego y utilizaban cualquier cosa que encontraban.

—¿Dejaste alguna más?

—Eh, sí.

—Entonces debemos salir de aquí lo antes posible. La próxima vez, el mockzilla podría acertar.



Su HISTORIA FUE todo un éxito en el campamento aquella noche, aunque no todo el mundo les creyera. Pero así eran las cosas con la gente de la ciudad. La mayoría de ellos nunca había oído hablar de un mockzilla.

Talut miró a su alrededor. ¿Estaban rodeados solo de gente despistada? El grupo se había dividido en tres tiendas herméticas, que se llenaban con bombonas de oxígeno. Esto significaba que sus ocupantes podían quitarse las molestas máscaras respiratorias por la noche. Sin embargo, no había intimidad ni división por sexos. De todos modos, todos los procedimientos de higiene debían realizarse en el exterior. Las tiendas estaban distribuidas alrededor de una unidad central, que consistía en una fuente de energía a base de plutonio y el extractor de oxígeno. Este extraía el gas de la humedad del aire. Sin este dispositivo, la expedición fracasaría, por lo que estaba vigilado las veinticuatro horas del día.

La mirada de Talut se posó en una persona con bata. Sin embargo, solo podía verla de espaldas. ¿Era Berenike, su jefa? Parecía ensimismada. A Talut le sorprendió que incluso la jefa de la expedición se alojara en la tienda común y no tuviera la suya propia.

—¿Berenike? ¿Puedo preguntarte algo?

Ella se dio la vuelta y sonrió.

—Con mucho gusto.

—Eres bióloga. ¿Puedes contarnos algo sobre los mockzillas? Mis amigos de aquí ni siquiera creen que existan.

Señaló a su alrededor.

—¡El infame mockzilla, por supuesto! Su nombre científico es *Microsaurus silvae*, que solo es correcto a medias, porque, aunque vive en la selva, como sugiere la última parte de su nombre, no es

un dinosaurio. Pues bien, casi todas las comparaciones con la biología terrestre son, por desgracia, erróneas. El mockzilla es el mayor representante de su especie. Carece de pelo, tiene seis patas, a menudo corre sobre dos de ellas y puede utilizar el par delantero para manipular. Se dice que hay casos en los que incluso ha utilizado herramientas. Algunos investigadores lo comparan con el chimpancé, pero creo que es demasiado exagerado.

—¿Tiene depredadores naturales? —preguntó una mujer mayor.

—Su principal depredador es claramente el ser humano, cuya actividad lo adentra cada vez más en el bosque. Pero también se han encontrado restos de mockzillas que obviamente fueron asesinados por otra especie.

—¿Siempre por la misma? —preguntó Talut.

—Así es. Siempre es el mismo patrón. El pobre mockzilla está completamente despellejado y... roído por todos lados en diversos grados. Parece como si un depredador gigante hubiera estado... masticándolo.

—¿Y esa no es una historia de terror para expedicionarios demasiado confiados? —preguntó la mujer—. Quiero decir, odiaría encontrarme con un animal que mastica mockzillas, del tamaño de un perro, para desayunar.

—Los informes son auténticos —dijo Berenike—. Pero su interpretación no está confirmada. Quizá los mockzillas hayan sido víctimas de una subespecie desconocida hasta ahora de la Vieja Madre Polar, que puede consumir presas más grandes que un dedo. O podría tratarse de una enfermedad de esta especie. Antes había enfermedades similares en los humanos, en las que el cuerpo vivo se desintegraba gradualmente. Afortunadamente, nuestra medicina hace tiempo que avanzó.

—¿Hay riesgo de infección? —preguntó un joven.

—Joven, deberías saber que no somos huéspedes adecuados para el microbioma de este planeta.

—Oh, es cierto.

—Sugiero que nos vayamos a la cama —dijo la líder—. Mañana será otro largo día.



Talut estaba de pie en el borde de la hoja. Una cadena de luces intermitentes le indicaba que no podía ir más lejos. Acababa de abrirse la bragueta para hacer sus necesidades antes de irse a dormir, cuando un objeto aterrizó a su lado. Debía de venir de arriba. Levantó la vista, pero no había nada. Se había dejado el amplificador de infrarrojos en la tienda.

Se agachó y recogió el objeto. Era un hueso, tan largo como la articulación más pequeña de su dedo meñique. ¿Significaba algo? ¿Tal vez una advertencia? Negó con la cabeza. Probablemente había un mockzilla agazapado allí, observando su reacción. Talut cogió el hueso, se impulsó y lo lanzó hacia arriba.

Se oyó un crujido seguido de un silbido. Algo se movió. El hueso aterrizó a su lado, pero un poco más lejos. Talut corrió hacia él, lo recogió y volvió a lanzarlo sobre la hoja que tenía encima.

Varios pares de pies corretearon. El hueso volvió. Talut lo recogió. Un intento más. El mockzilla era persistente, o disfrutaba con el jueguecito. Volvió a lanzar el hueso. Talut corrió de nuevo al lugar. Allí se dio la vuelta. Probablemente estaba a cincuenta metros del campamento.

«Muy bien, mockzilla. Una vez más». Talut solo tuvo que esperar unos segundos antes de que el hueso aterrizara a unos diez metros más cerca del tronco.

El mockzilla estaba claramente tratando de alejarlo del campamento. Quizá la presencia de tanta gente le incomodaba. Talut podía entenderlo. O tal vez estaba tratando de atraerlo a una trampa. Una trampa para un ser humano, tendida por un mockzilla. Eso sí que sería una historia de terror. Sin embargo, esta vez dejó que el hueso desapareciera en el bolsillo del pantalón. El mockzilla se quejó con un silbido. Talut volvió al borde de la hoja y orinó.



12 de octubre de 2802, Encélado

Andy Boxleitner se miró al espejo. Tenía un flequillo de pelo corto alrededor de una calva lisa como un espejo. Las arrugas de la frente le daban un aspecto de cincuenta años. Tenía que acostumbrarse a esta imagen. Debía ser Andy. El hecho de que Yini supiera su verdadero nombre le había sacado brevemente de su papel, que era vital para él.

Ayer había preguntado discretamente por la delincuente fugada que casi había desbaratado su plan de liberar a Tailin. Yini era, según le dijo alguien de la administración, una cronógrafa. Debió haber hurgado en su mente. Probablemente por eso le reconoció. En cierto modo, seguía siendo la misma persona, aunque estuviera en un cuerpo diferente. De algún modo, eso le tranquilizaba, aunque le hiciera vulnerable. A menudo había tenido la sensación de que su conciencia se había... desvanecido en el transcurso de sus constantes cambios corporales. No se había investigado mucho este fenómeno, que los médicos consideraban producto de su imaginación.

Monte salió del baño. Andy. Él era Andy. Tenía que mantener sus pensamientos bajo control. Pensamientos que demasiado rápido se convertían en palabras que podrían traicionarlo. Un colega lo esperaba afuera.

—Tío, ya era hora. Yo también tengo que mear. Tenemos que estar en el ascensor hacia la superficie en diez minutos.

—Como si no hubiera retrete a bordo —replicó Andy.

—¿Retrete a bordo? Nunca has estado en una nave de mensajería, ¿verdad?

Había pasado muchos años en una, su *Curious*. ¿Cómo estaría? Negó con la cabeza. Los demás apenas le conocían; era nuevo en el equipo. Conseguir tiempo libre le había costado un montón de granos de café, la moneda común del mercado negro aquí.

—Vamos tan apiñados que necesitas un pañal para cagar —dijo su colega, en lugar de entrar en el aseo, cuya puerta Andy le mantenía abierta.

Se elogió por haber utilizado el nombre correcto en su mente.

—Me adelantaré —dijo.

—Pero espérame en el ascensor, ¿vale? Me lo debes.

—Lo haré.

Al colega probablemente solo le gustaba oírse hablar. Andy paseó lentamente por el pasillo. Pasó junto a una pared decorada con dibujos infantiles. En uno, una mujer llorando estaba sentada entre rejas. Una flecha apuntaba desde la palabra garabateada «mamá» hasta ella. En la prisión de Encélado no se permitían las visitas, ni siquiera por holo. Incluso las fotos estaban prohibidas, supuestamente porque permitían sacar conclusiones sobre aquel lugar. Cualquiera con familia tenía que mantenerse en contacto así, con dibujos y cartas.

Andy pulsó el botón para llamar el ascensor.



—Muy bien, chicos, a vuestras cápsulas —instruyó la capitán.

Era la única mujer a bordo, pero tenía a la tripulación y a los pasajeros bajo control, sobre todo gracias a su látigo eléctrico, que utilizaba sin vacilar cuando lo necesitaba. Se decía que sus golpes eran extremadamente dolorosos, incluso para los neomarcianos modificados genéticamente, cuya piel es mucho más gruesa. Sin embargo, el látigo no dejaba daños permanentes, lo que lo convertía en una herramienta legal para los empleadores y sus agentes.

Andy se alegró de que el látigo mantuviera el orden. Había demasiada testosterona en un espacio demasiado pequeño. Se introdujo en su cápsula. Era de sección hexagonal, más o menos tan ancha como sus hombros, y tenía dos metros de profundidad. Sin embargo, las paredes no eran de material rígido, sino de tela gruesa. Esto las hacía muy ligeras pero también flexibles. Sobre él yacía un hombre gordo cuya espalda sobresalía constantemente de su cápsula. La forma de panal tenía la ventaja de que se podía estar tumbado razonablemente cómodo en cualquier posición de vuelo.

—Contaré hasta tres. Si algo sobresale por algún lado, conocéis las consecuencias.

Se oyó un chasquido. Todos replegaron sus extremidades. Nadie quería sentir el látigo. La capitán lo blandió de todos modos. Andy escuchó el sonido agudo y silbante, que esta vez no fue seguido por un grito.

—Bien, muchachos, voy a iniciar la maniobra de aterrizaje.

Una fuerza lo empujó hacia un lado y Andy cedió a ella. Arriba y abajo, sus posiciones rotaron noventa grados. El vuelo de luna a luna estaba a tiro de piedra. La principal tarea de la nave era ajustar las órbitas. Orbitó lentamente alrededor de la pequeña y ligera Encélado, luego tuvo que acelerar hasta una órbita de transferencia a Saturno y volver a frenar en Titán, pasando a una órbita que la llevaba lentamente a través de la densa atmósfera.

—Vamos a tambalearnos un poco —advirtió la capitán.

La nave vibró. Andy imaginó la densa atmósfera de Titán limando el casco. El motor aulló. El cohete giró otros noventa grados, y todos los pasajeros con él. Aquélla debía de ser la posición de aterrizaje. El motor expulsó gases de escape calientes, vapor de agua y dióxido de carbono, contra el suelo, que consistía en hielo pétreo.

Una rápida sacudida y se detuvieron.

—Bienvenidos a Titán, el hogar de los neomarcianos —dijo la capitán—. Por desgracia, se nos ha asignado una posición exterior. Por lo tanto, los pasajeros con biobolsas estándar tendrán que esperar a que se les entreguen los trajes.

Andy salió de su cápsula y cayó de rodillas. La gravedad aquí era mucho más fuerte que en Encélado. Un neomarciano de unos dos

metros de altura, que debía de haberse dado cuenta de su debilidad, se rio de él. Andy le devolvió la sonrisa. La mayoría de las personas modificadas genéticamente miraban con desprecio a los biobolsas estándar como la suya, pero no lo hacían con mala intención. Simplemente no podían entender por qué alguien se conformaría con un cuerpo de rendimiento inferior.

Pero el hombre tenía razón en al menos una cosa: Andy debería haber hecho más ejercicio en Encélado. Si aquí caía de rodillas, ¡cómo iba a sufrir en la Tierra! En el Anillo Celeste reinaba la misma gravedad que en el planeta. Por otro lado, allí podría volver a meterse en su biobolsa original y vivir como Claudio Pedramonte. Por desgracia, la masa muscular de una biobolsa sin usar también disminuía con el tiempo.

El gigante de Neomarte le dio una palmada en el hombro.

—No eres de por aquí, ¿verdad?

Andy negó con la cabeza.

—Terra Nova.

Era parte de su biografía inventada que había dejado Terra Nova para escapar de sus deudas y ahora estaba buscando trabajo en el sistema solar.

—Eso es lo que pensaba. Si necesitas ayuda, o no encuentras el camino, pásate. Júpiter, sector A13, apartamento 27.

—¿Júpiter?

—Es mi nombre. Genial, ¿no?

—No está mal. Soy Andy.

Los neomarcianos eran tan famosos por sus nombres como por sus cuerpos originales. Un dios romano, ¿por qué no?

—¿Andy? ¿Hablas en serio?

—Por supuesto.

—Jaja, eso es gracioso. Me encontrarás en el Salón de Andy casi todas las noches.

—¿En serio? ¿Y quién es ese otro Andy?

—Es el nombre de un bar famoso. Está en todas las guías turísticas. No me digas que nunca has estado allí.

Andy negó con la cabeza. Cuando había estado en Neomarte antes, nunca había tenido tiempo para emborracharse. Esta vez era

diferente. ¿Qué mejor lugar que un bar para indagar un poco?

—La esclusa está abierta —dijo la capitán—. ¡Salid, chicos!

—Tengo que irme —dijo Júpiter—. Encantado de conocerte. También conozco a un buen genetista, no tan caro, si quieres algo. Solo se vive una vez, ya sabes.

—Sí, gracias. Nos vemos en mi salón.

—¿Eh? ¿Tienes un apartamento aquí?

Júpiter se frotó la poderosa barbilla.

—En el bar, amigo, el Salón de Andy. ¡En el bar!

El neomarciano volvió a darle una palmada en el hombro y se incorporó a la cola. Quince hombres musculosos de hombros anchos y torso desnudo esperaban pacientemente un sitio en la esclusa. Era un espectáculo impresionante al que Andy tendría que acostumbrarse.

La puerta de la esclusa se abrió con un silbido. Los diez primeros neomarcianos desaparecieron. De repente, el cohete parecía casi vacío. Andy miró a su alrededor. Aparte de él, había tres biobolsas estándar a bordo. Miró por el ojo de buey. Los diez hombres ya estaban corriendo. Llovía a cántaros. Uno de ellos había sacado un paraguas, pero lo sostenía sobre el equipaje que llevaba bajo el brazo izquierdo. Parecía más sensible que la piel de aquellos seres, que a primera vista se parecían más a un Grosnop que a un humanoide. Y, sin embargo, eran humanos; unos que se habían adaptado a su entorno, como habían hecho los humanos durante millones de años.

—Vuestros monos están aquí —dijo la capitán—. Ya era hora. ¡Eh, Natural!

Se refería a él. Andy se dio la vuelta. La capitán, también genéticamente modificada, le lanzó un paquete. Rebotó en su estómago antes de que pudiera atraparlo porque sus manos estaban a la altura incorrecta. Había calculado instintivamente la parábola de lanzamiento según los estándares terrestres. Si portara una biobolsa neomarciana como camuflaje, ya se habría delatado ante un ojo observador. Como ser humano estándar, aquí se le veía con recelo, pero podía desempeñar ese papel de forma más creíble.

Andy desplegó el paquete. Consistía en un traje plateado pero inesperadamente delgado, con una mochila plana incorporada. Primero metió las piernas. El tejido era lo bastante elástico como para que sus botas cupieran por las perneras del pantalón. Luego, le tocó el turno al torso, y finalmente, se colocó la capucha sobre la cabeza. En el cuello había un cordón. Tiró de él y la tela se cerró alrededor de su cara.

—El botón de cierre está más o menos a la altura de la cadera. Solo hay que apretarlo —explicó la capitán.

Apretó el botón. De repente, el traje se apretó. Ahora le apretaba por todas partes, incluida la cara, tanto que no podía ver nada ni respirar. Andy se puso frenético y respiraba cada vez más rápido. ¿Qué se le había olvidado?

—Joder, muchacho —dijo la capitán, suspirando—, ¿por qué nadie me dijo que tengo un novato a bordo?

Sintió que alguien le apretaba la barbilla. Un tubo suave le presionó los labios. Abrió la boca, dejó que entrara y chupó con pánico. Nada. ¿Dónde estaba el aire?

—¡Eh, no te agites tanto! La boquilla es para espirar.

Ahora alguien le tocó la nariz. Algo se introdujo en ambas fosas nasales.

—Inspiras por ahí. ¿Entendido?

Andy aspiró aire por la nariz. Sí, oxígeno. Expulsó el aire por la boca.

—... *racias* —farfulló, porque la boquilla estaba bloqueando su lengua.

—Ahora ¡salid! —ordenó la capitán—. Me gustaría dar por terminado el día. No os entretengáis afuera, solo hay aire suficiente para diez minutos. Por motivos económicos.

Era bueno saberlo. Nunca había ido a un lugar exterior en Neomarte. Se frotó los ojos. De repente, volvió a enfocar el mundo exterior. Hoy estaba siendo extremadamente torpe.

—¡Vamos! ¡Largo! ¡A la esclusa!

La capitán le empujó. El traje funcionaba bien. Apenas lo sentiría si no tuviera que respirar por los tubos. La esclusa estaba espejada por un lado, probablemente para poder comprobar el ajuste del traje

antes de salir. Andy parecía un gran bebé en su pelele. Pero sus tres colegas no tenían mejor aspecto. La barriga del regordete sobresalía como si estuviera embarazado.

Bajaron la estrecha escalera uno tras otro. El regordete fue el primero. El suelo parecía mojado pero no estaba resbaladizo. Andy caminó entre charcos de metano líquido. No le molestaban más que la constante lluvia de metano, que estallaba en enormes gotas sobre su traje. Parecía como si la lluvia cayera a cámara lenta, porque comparado con las gotas de agua de la Tierra, aquí todo iba diez veces más despacio. Era una idea emocionante haber llegado a un mundo en el que el tiempo corría mucho más despacio. ¿No sacaría entonces diez veces más partido a la vida?

Llegaron a un edificio llano. Una puerta se abrió automáticamente. La siguiente esclusa. Andy pulsó el botón de su cadera y el traje se abrió. Tuvo que sacarse él mismo los dos tubos de la nariz. Salió de la fina tela y colgó la prenda en la pared.

—¿Puedo llevarme el tuyo? —preguntó el gordo.

Ya había guardado su propio traje en la maleta que traía consigo.

—¿Como recuerdo? ¿Está permitido?

—Sí, son trajes desechables. Siguen siendo entallados, solo que no se adaptan a una nueva forma del cuerpo.

Era bueno saberlo. Solo tenía que averiguar cómo llenar el tanque de aire y tendría su propio traje protector para el exterior de Titán. Probó el material entre sus dedos. ¿Cuánto tiempo aguantaría el frío? Ah, había finos cables incrustados en el tejido. Tal vez servían como calefacción.

—¿Y bien? —El gordo le miró expectante y le tendió la mano.

Andy negó con la cabeza.

—Lo siento, amigo, me llevo el mío de recuerdo.

El gordo refunfuñó algo pero Andy no se molestó en intentar descifrar las palabras.

Tras la puerta de la esclusa, el tiempo volvió a acelerarse a su ritmo normal. Un neomarciano uniformado le hizo señas frenéticamente para que se acercara.

—Vamos, ya llegáis tarde. ¿Identificación?

—No es culpa nuestra —se defendió Andy—. Localización exterior.

El uniformado pinchó a Andy en el pecho con el dedo índice. Le hubiera gustado apartar la mano del hombre de un manotazo pero no podía causar revuelo.

—Elegiste deliberadamente este cuerpo —dijo el uniformado—. ¿Y no es culpa tuya?

Andy ignoró la acusación.

—Ya estoy en el sistema —dijo—. Guardia de Encélado.

¿Dónde estaba el escáner de retina? El uniformado cogió del escritorio un aparato con forma de linterna y le iluminó el ojo. El aparato emitió un pitido de satisfacción.

—Andy Boxleitner. ¿Solo llevas unas semanas en el trabajo y ya tienes vacaciones?

—Sí, una emergencia personal.

—¿Aquí? No veo un billete para un vuelo de conexión.

—Sí, por supuesto aquí. Solo tengo una semana.

—¿Y dónde exactamente?

—Sector A13, apartamento 27.

—¿Quién vive allí?

—Mi amigo Júpiter.

Bastantes preguntas. Smith le había prometido que el servicio de seguridad aquí no lo escudriñaría minuciosamente. Pacto de caballeros, lo llamó. Quizá el trato especial había terminado porque Tailin no iba a la Tierra después de todo. Pero el hombre del servicio secreto no debía saber nada de eso todavía. Solo si la nave seguía sin llegar dentro de dos semanas, Smith debería mostrarse escéptico.

Quizá era normal que los guardias hicieran más preguntas después del incidente de Encélado. Debería haberlo pensado antes e inventar una historia plausible.

—Gracias. Entonces le deseo una pronta recuperación, o lo que sea que esté esperando. Y que tenga una buena estancia en la República de Neomarte, señor Boxleitner.

Andy extendió el brazo derecho y el uniformado le estampó en la muñeca el sello de entrada habitual. El color solo era visible bajo la luz ultravioleta.

—Gracias. Que tenga una buena noche.

El uniformado asintió.

—Además, si le preguntan por mi servicio, sería estupendo que me diera cinco estrellas.

—Por supuesto.



Andy salió de la zona de seguridad por una amplia puerta de cristal y llegó a una plaza que debía medir unos ciento cincuenta metros, con un cielo nocturno repleto de estrellas. No era real, por supuesto, pero las tiendas y restaurantes que rodeaban la plaza sí. Las calles de la ciudad se extendían en todas direcciones. Andy miró su reloj. Era por la tarde, así que lo mejor sería buscar un hotel, asearse y descansar un rato.

El primer hotel que encontró parecía uno de esos rascacielos arcaicos de aluminio y cristal que solían existir en la Tierra. Era irremediablemente anticuado, ya que hoy en día la madera auténtica era sinónimo del verdadero lujo. El cristal era un material de construcción barato. Sin embargo, el hotel tenía algo especial.

Incluso era asequible. Al entrar en el ascensor, se agarró a la barra que lo rodeaba, porque su inercia quería hacerle palanca contra la fuerza de la aceleración. Sin embargo, la cabina bajó en vez de subir. Andy se sintió decepcionado, aunque podía haberlo adivinado. Los neomarcianos construían en el suelo, no en el cielo. Esto no se debía a las condiciones de Titán, sino a su pasado en Marte. Si la República de Marte hubiera construido bajo tierra, la guerra no habría costado tantas vidas.

La habitación era pequeña, unos veinte metros cuadrados, pero parecía mucho más grande porque la mayoría de las paredes estaban cubiertas de espejos o ventanas virtuales. Andy podía elegir él mismo la vista. El programa de servicios ofrecía principalmente motivos marcianos, como el Valles Marineris, pero también algunas vistas terrestres conocidas, como el Taj Mahal, destruido hace tiempo, o el árido desierto de la Antártida, fotografiado desde el espacio. Andy optó por un pase de diapositivas titulado «Lo mejor de Neomarte» claramente dirigido a los turistas.

Se tendió en la cama. Era blanda, como cualquiera que no estuviera dentro de una zona de 1g. ¿No sería ese un nicho de mercado, un hotel con gravedad simulada para turistas que quisieran volver a hundirse profundamente en sus colchones? Pero probablemente no había suficientes turistas, al menos no aquí. La capital de Neomarte, Neo Valles, donde había aterrizado, estaba situada a medio camino entre el Polo Norte y el ecuador, y por tanto demasiado lejos de las atracciones turísticas de Mithrim Montes, en la región de Xanadú, y de los grandes lagos Kraken Mare y Ligeia Mare.

—Reserve una excursión de un día en Copter a Kraken Mare —le dijo de repente una voz mientras se sumía en un sueño—. Vuele con sus propios medios por las laderas de Mithrim Montes.

Andy se estremeció. ¿La habitación le había leído la mente? Examinó la almohada pero no había ningún anillo de lectura. Ni la Unión Terrestre ni los neomarcianos tenían tecnología que pudiera espiar la conciencia a distancia. Los expertos afirmaban que era imposible. Pero tenía sentido: había activado «Lo mejor de Neomarte» por lo que el programa le había clasificado como turista.

—¡Para! —gritó—. Apaga los anuncios.

—Gracias, Andy Boxleitner —respondió la voz—. Hemos actualizado tus preferencias. Por si quieres pedir algo, ofrecemos cocina interestelar y los mejores vinos, incluidos los elaborados con fruta de cultivo ecológico.

—No quiero pedir nada. Por favor, nada de comunicaciones a menos que las inicie yo.

Obviamente había olvidado marcar la casilla de «no molestar» cuando se registró. Al menos la interrupción tenía una ventaja: volvía a estar despierto. Podía seguir con su tarea.



NEO VALLES NO era una capital turística. Bastaba con alejarse un kilómetro de la plaza central con su cielo *chic* para comprobarlo. Aquí las calles eran cada vez más estrechas y, en lugar de un cielo, solo había luces instaladas permanentemente que afeaban aún más los muros de hormigón, aburridos y raramente decorados. En medio, había un número sorprendente de biobolsas estándar como él. La mayoría no eran turistas, sino lugareños que habían hecho de esta parte de la ciudad su hogar. Aquí había oxígeno y calor. No era así en todas partes.

Andy siguió la calle A. Las designaciones eran simples. Los sectores A estaban debajo de la calle con la misma letra, en el sentido de las agujas del reloj. La cuenta comenzaba en la plaza central. Acababa de llegar al sector A4 y el límite del sector ya era visible. Allí estaba su destino, El Salón de Andy, el bar que Júpiter le había recomendado. Cuando se paró frente a él, comparó los números. Se trataba del sector A12. Así que A13, donde vivía Júpiter, debía de estar justo al otro lado. El neomarciano vivía enfrente de su bar favorito, lo que sin duda no era ninguna coincidencia.

Pulsó el timbre. En el mismo momento, la puerta se abrió de golpe y salió volando una persona con un cuerpo estándar. Volaba de verdad, en un arco elevado, se estrelló contra la pared del otro lado de la calle y se deslizó hasta el suelo. Andy corrió rápidamente para administrarle los primeros auxilios. Era un hombre, de menos de treinta años, pero de complexión enfermiza. Se levantó y vomitó contra la pared. Andy tuvo que saltar a un lado para evitar ser salpicado.

—¿Puedo hacer algo para ayudar?

—No, solo tengo que vomitar.

El hombre emitió otro gorgoteo pero nada más salió.

—Supongo que estoy vacío —dijo, se dio la vuelta y se tambaleó por la calle hacia la plaza central.

Andy lo siguió un rato con la mirada pero parecía estable. El vómito olía agrio. Se fijó en dos carteles en la pared: «Por favor, no tire nada contra la pared» y «Por favor, no vomite en la pared». Tal vez no debería visitar el bar después de todo. Ya sabía cuál era su destino. Tailin le había dado una descripción y los códigos.

Tragó saliva. Si encontraba lo que todos buscaban, sería el hombre más poderoso del mundo. Podría decidir quién se llevaría la palma en este conflicto. Ambas partes le colmarían de riquezas si les elegía, y le incluirían en la lista de los más buscados si no. Perdería su libertad. A menos que se escondiera en algún lugar, estaría en peligro fuera donde fuera. A menos que... hubiera una tercera opción. ¿La había?

La puerta seguía abierta. Una mano le hizo señas desde el umbral. Obedeció.



El bar era singular. Estaba construido justo en la frontera que separaba las ciudades de los Neos y los Estándares. Detrás de la barra había una cortina transparente aunque muy empañada. A través de ella se podía ver un mundo de hielo y frío, en el que los neomarcianos se apoyaban en el mostrador y se servían líquidos desconocidos en la garganta desde recipientes especiales. Igual que en este lado, salvo que aquí los comensales eran mucho más pequeños y delgados.

Sin embargo, dos, no, tres neomarcianos se habían acercado a este lado. Uno mantenía una intensa discusión con un biobolsa estándar. El segundo estaba bromeando con el camarero, y el tercero estaba sentado solo con su cerveza en una mesa para cuatro. Andy se sirvió una cerveza y se sentó. Este era el aspecto de su trabajo que menos le gustaba: convencer a la gente para que le diera información que ni siquiera sabía que existía.

—¿Estás esperando a alguien? —preguntó.

El neomarciano lo miró. Andy intentó leer algún tipo de expresión facial pero no lo consiguió. La gruesa piel del rostro parecía enmascararlo todo. O las señales no verbales eran diferentes de las de los biobolsa estándar.

—No. ¿Qué quieres?

Probablemente era una expresión escéptica. El hombre tenía la cabeza ligeramente baja, como máximo quince grados, y las fosas nasales dilatadas. Andy tendría que recordar esa combinación.

—Soy Andy. —Extendió la mano a través de la mesa, pero el otro no correspondió—. Acabo de llegar hoy, recién llegado de Encélado.

—¿Encélado?

El neomarciano levantó la cabeza. Andy había esperado que esto despertara su curiosidad. Sin embargo, eso también significaba que ya se había corrido la voz sobre los sucesos allí ocurridos. Eso no era muy sorprendente, ya que era la primera fuga de la luna helada. Eso le enorgullecía un poco; al fin y al cabo, él había tenido algo que ver.

—Sí, necesitaba un poco de vacaciones.

—Me lo imagino.

El neomarciano acercó su silla a Andy y él captó un tufillo de su aliento, que era desagradable, pero sería mejor que no todo el mundo se diera cuenta de lo que estaban hablando aquí.

—¿Cómo sucedió todo eso? —susurró el neomarciano.

—En realidad no se me permite hablar de ello.

Su interlocutor hizo un gesto al camarero y levantó dos dedos. Poco después, les pusieron delante dos vasos con un líquido transparente.

El neomarciano cogió uno.

—A tu salud.

Andy cogió el segundo vaso.

—Salud.

Apuró el contenido. Estaba caliente.

Ahora tenía que devolverle el favor.

—Tenían una nave escondida en Encélado. Bastante descarado, ¿no crees?

—¿Una nave extranjera? ¿En nuestra zona de control? ¡Vaya!

—Sí, deben haber sobornado a alguien. Aun así, cuando pienso en lo burocrático que solía ser todo si querías patinar sobre hielo en la superficie...

—Me lo imagino —dijo el neomarciano.

Se hizo el silencio. El hombre golpeteó la pata de la mesa con el dedo. Probablemente no era muy hablador, cumpliendo todos los estereotipos que circulaban por el Anillo Celeste sobre los neomarcianos.

—Me alegro de que la burocracia aún no haya llegado hasta aquí —dijo Andy.

El neomarciano asintió.

—Iba a visitar a un amigo del otro lado más tarde.

—Hm.

No pudo sacarle nada más al hombre y Andy hizo un gesto al camarero.

—Olvídalo, amigo. Yo invito —dijo el neomarciano y se levantó—. Te acompaño unos pasos más.

Andy también se levantó.

—¿Dónde está tu traje? —preguntó su nuevo amigo.

Andy tocó el bulto en el que había enrollado el traje desechable. El neomarciano sonrió.

—Corto de dinero, ¿eh? Espero que esa cosa no te falle. ¿Sabes que el tanque no durará más de diez minutos?

—Es solo un pequeño desvío.

—Lástima, te habría llevado a mi club favorito. Es algo especial. Hay mujeres allí, y hombres también, por supuesto, si te va eso, y todo lo que puedas desear. Las follarás de la cabeza a los pies. Es algo que nunca conseguirás en el lado Natural.

—Gracias, eres muy amable, pero tengo una cita.

Andy desenrolló el bulto. Metió los pies y subió la parte inferior. Su nuevo amigo le ayudó con las mangas para que pudiera ponerse la parte de arriba más cómodamente. La tela se unió automáticamente delante de su estómago. Andy se pasó la capucha por la cabeza. Esta vez sabía qué tubo pertenecía a cada abertura del cuerpo. El neomarciano le sopló en la cara.

—¿Hueles algo?

Andy negó con la cabeza. La máscara parecía hermética. El neomarciano le cogió del brazo y le arrastró hasta una puerta, detrás de la cual probablemente había una esclusa de aire.



Cruzaron la parte neomarciana del pub. Aquí había mucho más movimiento. La mayoría de la gente estaba sentada en grupos alrededor de mesas redondas, bebiendo y conversando. Unos pocos neomarcianos bailaban al son de una música que sonaba como una marcha fúnebre amortiguada a través de su máscara. Parecían muy ágiles. Tanto las mujeres como los hombres estaban casi desnudos. En Encélado siempre habían llevado uniforme.

—Vamos —dijo el neomarciano.

Salieron de la taberna a través de una especie de cortina. Tras ella, les recibió la misma lluvia de metano que cuando llegó Andy. Se encontraban en una amplia plaza circular. Estaba rodeada por un muro del que sobresalía un estrecho tejado. En el centro de la plaza había una farola con varias luces que iluminaban la zona de amarillo. La fuerte lluvia parecía arrastrar la luz. Se aferraba a las gotas, caía al suelo con ellas y estallaba en fuentes centelleantes a cámara lenta.

El neomarciano lo metió en ella. Su traje no parecía estar hecho para estas condiciones porque sus pies se enfriaron rápidamente. Al parecer, el aislamiento fallaba cuando el material estaba completamente mojado.

—¿Dónde vive tu amigo?

—A13, apartamento 25.

Nombró deliberadamente el apartamento equivocado para no poner accidentalmente a Júpiter en peligro si el neomarciano era un agente del servicio secreto.

—Es por allí.

Al otro lado, edificios de dos plantas bordeaban la plaza. El neomarciano condujo a Andy hasta una calle que cortaba la hilera de casas de la derecha.

—¿Veinticinco?

Andy asintió. Caminaron unos pasos hacia la calle. El neomarciano se detuvo delante de una puerta enrollable que podría haber ocultado un garaje.

—Aquí es.

—Gracias.

No tenía ni idea de cómo su amigo había reconocido el número de la casa pero no preguntó.

—¿Estás seguro?

—Seguro.

—De acuerdo. Si cambias de opinión, la siguiente calle a la derecha, luego a la izquierda. No te puedes perder el club. Los nuevos clientes tienen un veinte por ciento de descuento.

—Gracias, amigo.

El neomarciano levantó la mano en señal de despedida y se fue. Andy esperó hasta que se perdió de vista. Tailin le había descrito la ubicación de su laboratorio. La calle de la derecha de la plaza principal. Ya estaba en el lugar correcto. Casa número 221. Sonaba factible. Ojalá. Empezó a caminar.

Todas las casas por las que pasaba parecían idénticas, sin números. Pero había carteles en cada cruce que le indicaban qué números podía encontrar en cada dirección. Muy bien. Sin embargo, no avanzó tanto como esperaba. Después de tres minutos solo estaba en el número 60, y después de cinco había llegado al 90. 221... de repente parecía imposible.

Pero no tenía otra opción. A grandes zancadas, saltó de charco en charco. La baja gravedad le ayudaba pero su botella de oxígeno casi vacía jugaba en su contra. Solo tenía que llegar al número 221. Tailin le había dicho cómo abrir la puerta. Había una esclusa detrás de la cual estaban las habitaciones para los cuerpos estándar. Solo tenía que darse prisa. Respiraba cada vez más superficialmente, pero no a propósito. Extraía lo que podía de los tubos de su nariz, pero no saciaba su necesidad. A cada paso se sentía más cansado.

¿Volvería la joven Yini a su cabeza? No se lo desearía. Debe ser duro presenciar la muerte de alguien. Pero no, no podía ser. Estaba a bordo de una nave de camino a Terra Nova. Andy se detuvo y se

inclinó hacia adelante, jadeando. No podía continuar. El número 221 estaba demasiado lejos. Miró a su alrededor pero no había nadie que pudiera ayudarle. Su cerebro ordenó a sus pulmones una respiración violenta que consumió todas sus fuerzas. Estaba a punto de caer. Estaba solo. Andy estaba solo, y en el momento de la muerte volvía a ser Monte.



25 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

KANG SE FROTÓ EL CUELLO, que se le había puesto rígido. Cuanto más tiempo permanecía tumbado sobre el aparato de lectura de Yini, más se daba cuenta de que estaba adaptado a su hermana y no a él. Sintió pena por el tal Monte. No era agradable tener que morir pero a Kang no le había resultado difícil la escucha. La separación mental había sido parte de su entrenamiento. Esa fue una de las razones por las que no había querido seguir esta carrera al final. Solo se le permitía ser testigo de las experiencias de los demás, por muy emocionantes que fueran a veces (raramente, si Yini se le adelantaba). Incluso como ayudante de conserje, tenía una interacción más intensa con la vida.

Sin embargo, Monte no le preocupaba. Zahir le había prometido varios días de transmisiones. Monte debía de haber llegado al menos hasta el siguiente transmisor de taquiones. Su jefe no había querido decirle cómo había llegado a sus manos las grabaciones pero Kang podía adivinarlo. Al final, Monte debió de conectarse a un transmisor de taquiones, o su conciencia lo hizo, para ser más precisos. Presumiblemente en Neomarte. Ningún otro transmisor habría estado disponible en tan poco tiempo. Sin embargo, eso revelaba poco sobre la fuente de Zahir. Podía haber recibido la información del transmisor objetivo. Podría haber sido cualquiera de los casi cien que la humanidad tenía distribuidos en su esfera de influencia.

¿Qué buscaba Monte en Neomarte? ¿Realmente creía que existía esa ominosa arma? Si se trataba de un desarrollo tecnológico neomarciano, no sería capaz de localizarlo en una zona residencial de Neo Valles.

Le rugió el estómago. Se levantó e hizo algunos ejercicios para distraerse hasta que su estómago volvió a manifestarse. Este problema era fácil de resolver. Era primera hora de la tarde pero siempre había algo caliente en la cantina.



—¿Qué va a ser? —preguntó la rubia detrás del mostrador.

¿Era nueva o no le conocía? La mirada de Kang se deslizó hasta la etiqueta con su nombre.

—Soy Yudit. Yudit con *y* —dijo—, Soy la chica nueva.

—Ah. No estaba seguro si... Soy Kang.

—¿Kang? He oído hablar de ti.

Se ruborizó. ¿Qué se suponía que significaba eso? Debía de haberle confundido con otra persona.

—No puedo imaginar que lo hayas hecho —dijo.

—Eres el único que puede domar nuestra máquina de hacer pan, me dijo mi jefa antes de irse de vacaciones. Si la máquina de hacer pan no coopera, llama a Kang. Eso es lo que dijo.

Yudit tenía razón. Cada dos semanas, aproximadamente, la chef le llamaba porque la máquina volvía a negarse a funcionar. Una pieza de repuesto muy específica era la culpable. El fabricante había cambiado el material del que estaba hecha, y ahora solo podía soportar el calor del horneado durante unos días. Todos los recambios que tenían en stock eran de este material inferior.

—No es ningún arte —dijo Kang—. Solo tengo que poner una pieza nueva.

—Entonces, ¿no sería más eficiente si pudiéramos hacerlo nosotras mismas?

—Quiero decir... ¡Sí! No es muy complicado.

Ya se lo había sugerido una vez a la propia chef pero ella se había negado.

—¿Me enseñas? —preguntó Yudit.

—¡Con mucho gusto! —El calor se extendió por su cara—. ¿Cuál sería un buen momento para ti?

Le rugió el estómago y Yudit se rio. Debía de haberlo oído. Kang bajó los ojos.

—¿Después de comer? —sugirió ella.

—Está bien. Tendré que ir a buscar las piezas de repuesto —respondió—. Voy a traer tres de ellas, y entonces podrás intercambiarlas tú misma.

—Estupendo. Eso nos lleva a la siguiente pregunta: ¿qué te gustaría?



Kang apartó el plato con cuidado. Solo había dejado la corteza de la pizza. Los trozos de masa se deslizaron por el plato hasta que el borde curvo los atrapó. Las patas de la silla chirriaron. Kang levantó la vista. Yudit se había sentado a su lado. Ahora que el mostrador ya no le bloqueaba la vista, se fijó en su figura fornida y sus pantorrillas definidas. Llevaba unas zapatillas deportivas brillantes con cordones de colores. La combinación de colores le recordó algo. «Eso es». El héroe de un conocido cómic llevaba unos cordones similares.

—¿Hikaro? —preguntó señalando por debajo de la mesa.

—¿Conoces a Hikaro? —Yudit le sonrió—. ¡Nadie más lo conoce!

—Yo sí.

Antes le apasionaban los cómics del 2200, hasta que se cansó de ellos.

—¡Es genial! ¡Me encanta Hikaro! —Yudit agarró uno de los trozos de corteza y lo mordió—. Te has dejado lo mejor.

—La corteza está demasiado seca para mí.

—Podría vivir a base de corteza de pizza.

Cogió otro trozo.

—¿Por qué viniste a la Luna? —preguntó él.

—Simplemente sucedió así. El Anillo Celeste estaba demasiado abarrotado para mí. No me gusta tener tanta gente a mi alrededor.

—Igual yo.

—¿Te mudaste aquí con tu novia?

Ella ladeó la cabeza como para enfatizar que era una pregunta inocente. Su pelo corto no se movió.

—¿Novia? No tengo. —Se tiró de la oreja.

—¿De verdad que no tienes? Qué bien. —Yudit asintió, pensativa.

—Claro que no. ¿Por qué dices que está bien?

—Bueno, estás interesado en mí. Deberías haber visto cómo se te ponía roja la cara. Dejas la corteza de la pizza y conoces a mi héroe favorito. Dos personas no pueden tener mucho más en común que eso.

Kang se rio. No podía hablar en serio. Si él le pusiera la mano en el muslo ahora, ella se la apartaría y se burlaría de él. Pero parecía sincera. Nunca había conocido a nadie que se le acercara tan abiertamente. Aunque no era un acercamiento agresivo. Algunas personas eran provocativas. Yudit no. Su cuerpo irradiaba una honestidad que era más fácil de aceptar.

Lo intentó. Le puso la mano en el muslo. Yudit no solo dejó que sucediera sino que colocó su propia mano cálida sobre ella. Se sintió completamente normal, y luego celestial.

—¿Tienes los pies calientes?

Kang asintió. Siempre tenía los pies calientes, y casi siempre las manos frías, como ahora. Era una mezcla extraña.

—Muy bonito —dijo Yudit—. Mis pies siempre están fríos, pero mis manos están calientes.

—Se nota —dijo Kang.

Yudit cogió el último trozo de corteza de pizza de su plato.

—¿Qué tal si ahora vas a por esa pieza de repuesto y me enseñas a instalarla?

Kang dudó. De repente no le gustó nada la idea, porque entonces ya no tendría una razón para venir a la cocina a reparar la máquina.

—Todavía puedes venir a la cantina —dijo Yudit—. Pero solo si puedo comer las sobras de tu pizza.

—Trato hecho. Estaré de vuelta en media hora.



Necesitaba el permiso de Zahir para conseguir las piezas de repuesto del almacén. Mientras avanzaba por el pasillo, olió su mano izquierda, sobre la que Yudit había colocado la suya. Olía a naranja, canela y vainilla. De algún modo, le sentaba bien.

Zahir no estaba en su despacho pero como la puerta no estaba cerrada, volvería en cualquier momento. Kang se sentó en una silla a esperar. Era una experiencia extraña, la de la cantina. Rara vez le resultaba tan fácil hablar con otras personas. Con Yudit, no necesitaba buscar una respuesta. Ella era tan... natural. No parecía importarle la impresión que causaba en los demás. ¿O estaba equivocado? Solo hacía una hora que la conocía y solo había intercambiado unas pocas palabras con ella.

—¡Ah, ahí estás!

El saludo de Zahir le hizo saltar.

—Jaja, pones cara de que te he pillado con las manos en la masa. —Su jefe se detuvo frente a él—. No, quédate ahí. Me alegra que estés aquí. Así podré entregarte esto.

En ese momento, Zahir levantó un objeto que Kang solo reconoció como un libro encuadernado a segunda vista. Tenía una cubierta amarilla, sin adornos, con «Taquión» escrito en letras mayúsculas simples y sin serifa.

Un libro, eso era inusual. Los libros solo se encontraban en los museos. Ya nadie imprimía textos y encuadernaba las páginas laboriosamente.

—Me lo dio Mike —explicó Zahir.

Mike, por supuesto. El jefe del Departamento de Miscelánea sin duda sabía hacer rollos de papiro o incluso tablillas de piedra. Mike, el amante de Yini.

—¿Y qué dice?

—Mike solo me dio un esbozo. Yini lo escribió. Ella le transmitió el contenido por radio a Mike, y él lo convirtió en un libro.

—Típico de Mike, algo inútil —dijo Kang—. La electrónica sería mucho más práctica.

—No fue idea de Mike. Es un regalo de tu hermana para ti.

—¿Para mí?

Volvió a ruborizarse. ¿Qué había hecho para merecer esto? Hoy parecía ser su día de suerte. Aunque... No sabía qué había escrito Yini en el gran volumen.

—Sí, para ti —dijo Zahir—. Es básicamente un resumen de lo que Yini experimentó y aprendió en los últimos meses. Mike me contó lo más importante. Así, lo tienes todo junto y puedes formarte tu propia opinión.

Zahir le entregó el libro. Kang lo abrió y un pasaje de uno de los últimos capítulos le llamó la atención.

¿No ves que deben moverse más rápido
e ir más lejos, corriendo a través de múltiples veces
la extensión del espacio en el mismo tiempo
que la luz del sol tarda en llenar el cielo.

La cita del poema didáctico de Lucrecio «De rerum natura» había sido prologada en el ensayo que él había enviado a Yini como obra de un desconocido. Al parecer, ella había añadido el texto a su libro como una especie de epílogo. Lo hojeó. Gliese 163 c, Gliese 411 y la Luna de la Tierra eran los lugares más importantes. Kang cerró el libro, cerró los ojos y respiró hondo.

—Puedes tomarte el día libre —dijo Zahir—. Entiendo si quieres leerlo enseguida.

—Gracias, pero no es necesario. —Kang se levantó—. En realidad, estoy aquí para recoger piezas de repuesto para la máquina de hacer pan.

—Oh, ¿se ha averiado otra vez?

—Todavía no, pero el nuevo personal de cocina se ha ofrecido a arreglarla ella misma en el futuro.

—Oh, ¿hay una nueva chef?

—Sí, su nombre es Yudit, con *y*, y ella...

Zahir sonrió. Kang había interrumpido la frase.

—Por supuesto que conseguirás las piezas —dijo Zahir—. ¿Qué pasa con la transmisión de ese Claudio Pedramonte que te di?

—Se estaba asfixiando, fue lo último que vi. Luego, me entró hambre.

—Ya veo. ¿Me mantendrás informado de lo que averigües?

—Por supuesto.

—Espera, vuelvo enseguida con las piezas.



—¿Y qué es esto? —preguntó Yudit.

Había visto el libro de inmediato, por supuesto, a pesar de que estaba en el fondo de su bolsa. Algunas de las piezas de repuesto de la máquina eran transparentes: aspas de ventilador que debían extraer el aire caliente.

—Es un libro —explicó Kang.

—¡No me digas! Teníamos toda una biblioteca en casa.

—¿Teníais libros de verdad? Creía que solo existían en archivos o museos.

Kang desempaquetó las piezas de repuesto. Yudit las recibió y apiló todas menos una en un armario vacío.

—Mi familia fue una de las primeras en emigrar al Anillo Celeste cuando aún se podía conseguir dinero por ello —explicó—. Antes del auge.

—Interesante. ¿Y se les permitía tener libros?

—¿Por qué no? No hay ninguna ley contra la propiedad privada de papel.

—Ah, no lo sabía. Mis padres siempre estaban huyendo.

—¿Dónde están ahora?

No contestó. Kang cogió el libro y lo abrió. Por casualidad, aterrizó en las vivencias de un tal Mark Decker en la órbita del planeta Gliese 163 c.

Yudit no le hizo más preguntas.

—¿Te gustaría que leyéramos el libro juntos? —preguntó ella—. Podríamos leerlo por turnos.

—¿Qué, ahora? — ¿Sabía ella lo importante que era este libro para él?

—No, ahora me vas a enseñar a arreglar la panificadora.

—Por supuesto.

Kang se sintió aliviado y un poco decepcionado. Pero no había razón para ello. Todavía tenía una cita con Claudio Pedramonte hoy. Tendrían que leer el libro en otro momento.

—Leeremos el libro juntos esta noche —dijo Yudit—. En mi habitación, ¿sí?

Hm. Kang solo había analizado una pequeña parte de los datos que Zahir le había dado. No debía hacer esperar demasiado a su jefe pero sería estúpido rechazar la invitación. Quería leer el libro con Yudit. Esta noche, en su habitación. Se la imaginaba sentada en un sofá y escuchándole con los ojos cerrados mientras él leía en voz alta a la luz parpadeante de una vela LED.

—No tienes que hacerlo, por supuesto, Kang —dijo Yudit—. Entiendo perfectamente si... Bueno, si el libro es tan importante para ti que...

—No, me encantaría leerlo contigo. Pero por ahora, te enseñaré a instalar un extractor.



13 de octubre de 2802, Neomarte

Estaba tumbado en una tienda cuyas paredes sobresalían. Fuera, el mar rugía y la condensación goteaba de la lona que tenía encima. Hacía calor. Algo iba mal aquí. Monte quería tirar de la manta que le cubría el pecho pero no podía mover los brazos. Mierda. Aquel olor... estaba en un hospital. ¿Estaba paralizado? Consiguió levantar la cabeza lo suficiente para echar un vistazo a sus ataduras.

—¡Oye, desátame ahora mismo! ¿Qué coño pasa?

¿Por qué cojones estaba atado a la cama? Hubo movimiento detrás de la cortina. De repente, una lona se apartó, la ventilación aulló y un hombre con bata azul apareció a los pies de su catre.

—Tranquilo, Andy. Tuvimos que sujetarte para que no hicieras ninguna tontería. Soy el doctor Donegal.

El médico rodeó la cama y le ofreció la mano. Monte se rio, no, Andy se rio. Estaba vivo. ¿Y qué era eso que le hacía cambiar de humor tan rápidamente? El médico aflojó las ataduras y le ofreció la mano de nuevo.

—Encantado de conocerle. Soy Andy Boxleitner. Gracias por su ayuda.

—Ya tenemos tu nombre del archivo de inmigración. Estás en un hospital en la parte no asimilada de Neo Valles. La atmósfera fuera de esta tienda es mortal para ti. No queríamos que lo descubrieras por accidente. Pareces tener cierto talento para ello, o más bien,

cierto descuido que casi fue tu perdición. ¿Qué hacías ahí fuera? Si los que te encontraron no hubieran sido porreros, habrías muerto.

—¿Porreros? ¿Qué quieres decir?

—Si quieres fumar en la atmósfera de Titán, tienes que llevar tu propio oxígeno. Afortunadamente, los que te encontraron pensaron en darte un poco de su bote.

—Así que estoy bien? —preguntó Andy, palpando su torso.

—Algunas marcas de congelación aquí y allá, pero los analgésicos que te dimos te ayudarán.

—Entonces, ¿puedo levantarme y caminar?

Andy se sentó. Esperó una oleada de mareos pero no ocurrió nada. Al contrario, se sentía descansado y sano. ¿Cuánto tiempo había dormido aquí? Tenía vendas alrededor de los muslos.

—No es tan sencillo —dijo el médico—. Hemos informado a las autoridades de seguridad. ¿Qué hacías ahí fuera? ¿Y con un traje desechable tan primitivo?

—Conocí a un hombre en el Salón de Andy que me habló maravillas del club nocturno que se supone que está por aquí. Quería comprobarlo.

—He oído hablar de él. —El médico se rio—. Pero ¿por qué no pediste prestado un traje de verdad?

—Trabajo en seguridad en Encélado. No podía pagar el alquiler. Y el traje desechable me resultaba cómodo. Seguro que los servicios de ese establecimiento son bastante caros.

El doctor Donegal se encogió de hombros.

—Nunca he estado allí. Por lo que he oído, allí no hay habitaciones con aire acondicionado. Tu amigo te habrá tomado el pelo.

Andy bajó las comisuras de los labios como si estuviera decepcionado. Pero no podía importarle menos el burdel en este momento. Tenía que salir de aquí antes de que llegara la seguridad.

—¿Por qué hay un médico para cuerpos estándar aquí? —preguntó.

—Me trajeron especialmente para ti. Era demasiado inseguro para mis colegas neomarcianos tratarte, por razones de seguro.

Generalmente se considera que los Estándares son menos robustos, y eso es algo cierto, ¿no?

El doctor Donegal le dio una palmada amistosa en el hombro. Andy lo escrutó. El médico era más o menos de su estatura. Bajo la bata se veía un cuerpo delgado y poco musculoso. Donegal debía de haber venido con un traje de superficie. Probablemente estaba cerca, fuera de la tienda.

Andy odiaba la violencia. Hacía mucho tiempo que no dejaba a nadie inconsciente, pero había que hacerlo. Repasó los movimientos en su cabeza.

—¿Doctor Donegal? —susurró.

El médico se acercó. Andy se preparó para que su puño tuviera el impulso justo, sin excederse.

—¡Argggh! —gimió Donegal cuando su barbilla recibió el puñetazo.

Su cuerpo salió despedido pero Andy se había anticipado a eso y lo sostuvo. Donegal se desplomó en sus brazos. Le quitó la bata, colocó el cuerpo inconsciente en la camilla y lo sujetó con correas. Eso le daría unos minutos de ventaja. Andy se puso la bata, que le apretaba los hombros. Esperaba que no sucediera lo mismo con el traje.

Volvió a comprobar el estado del médico. Donegal respiraba, aunque se le estaba formando un hematoma en la barbilla. No sufriría ningún daño permanente. Sin embargo, en cuanto alguien se diera cuenta de lo que estaba pasando, buscaría a Andy. Para entonces tendría que haber encontrado el escondite de Tailin.

Con cuidado apartó la lona. De inmediato se levantó un fuerte viento. Lugar equivocado. Fue a los pies de la tumbona y volvió a intentarlo. Allí estaba mejor. El rotor del improvisado suministro de aire respirable permanecía inmóvil. Estaba situado en una pequeña esclusa hecha de láminas de plástico transparente. Había mucha actividad fuera de la cabina. La tienda para cuerpos estándar se había levantado en medio de una sala donde se trataba a los neomarcianos.

Alguien se acercó y levantó la mano. A juzgar por el abrigo, debía de ser otro médico. Tenía la estatura de un neomarciano.

—¿Todo bien, Donegal?

A los neomarcianos a menudo les costaba distinguir las caras normales. Eso era una ventaja para él. Tal vez también ayudó que la cortina transparente entre ellos difuminara un poco la imagen.

—Todo va bien. El paciente dormirá un rato. Mientras tanto, necesito algo para la congelación.

—Pero doctor Donegal, le dije...

—Lo siento, colega, pero el paciente es alérgico a su medicación. Volveré en media hora. ¿Podría dejarle dormir ese tiempo?

El médico levantó las manos a la defensiva.

—Es su paciente, Donegal. No quisiera interferir.

—Gracias. Le veré dentro de un rato.

El neomarciano saludó y se alejó. Allí, el traje de una pieza de Donegal estaba colgado en la pared. Andy lo quitó del gancho. Tenía que asegurarse de que nadie viera las vendas alrededor de sus muslos. No estaba familiarizado con este modelo, pero era un traje térmico ligero. Ya había llevado otros similares. Estaba hecho de un material calentable de varias capas que podía compensar diferencias de presión de hasta medio bar y mantenerle caliente mientras tuviera energía. Se controlaba mediante un panel situado en la manga izquierda.

Primero metió la pierna derecha. Mierda. El traje era demasiado ajustado. Donegal era mucho más delgado que Andy, incluso en las piernas. Apretó los dientes y empujó el pie en el material, pero este se detuvo a la altura del muslo. Tendría que quitarse las vendas. Con suerte, Donegal le habría inyectado suficientes analgésicos. Andy quitó el esparadrapo de la capa superior del vendaje de gasa y lo enrolló. Uf. La piel no tenía buen aspecto, ni siquiera bajo la capa aislante de algún tipo de pomada.

Pero ahora el traje le quedaba bien. Podía subírselo hasta el trasero. Los muslos le ardían, pero el dolor al menos disipaba el efecto amortiguador de la medicación. Ahora se daba cuenta de en qué se había metido. ¿Cómo había podido ser tan estúpido como para ir a espiar a Neomarte?

Ya no tenía elección. Se subió el traje hasta los hombros. El modelo también era ajustado aquí, pero el material era lo bastante

elástico. Se colocó la capucha sobre la cabeza. Una visera transparente se cerró automáticamente sobre su rostro. A diferencia del modelo desechable, no había tubos en sus orificios por lo que podía respirar con normalidad.

Comprobó el estado de la unidad de control en su manga. «¡Joder!». Todo estaba etiquetado en los extraños caracteres neomarcianos que nunca había aprendido. Pero junto a ellos había una serie de símbolos, y al menos podía leer los números. Si no se equivocaba, tenía una hora y media de aire respirable. Eso debería ser suficiente.

Andy respiró hondo y abrió la cortina que separaba la esclusa del resto del hospital.



UF. Las gotas de metano salpicaron la pantalla de su manga. Había conseguido salir. Esta parte de Neo Valles bullía de actividad. Vehículos con neumáticos de globo circulaban casi en silencio por las anchas calles. Había gente a pie por las aceras, casi exclusivamente neomarcianos. El arcén estaba cubierto de extrañas esculturas que parecían vagamente árboles. Todo estaba iluminado por una luz amarillenta que, junto con la lluvia, parecía fluir directamente del cielo.

Andy se detuvo ante una de las estructuras. Había notado un movimiento con el rabillo del ojo. Un vástago parecía haberse desarrollado en una rama. Había brotado y ahora una delgada rama se extendía en todas direcciones como la mano de un niño.

—Precioso, ¿verdad? —preguntó una mujer neomarciana que se había detenido a su lado.

—¿Nanotecnología?

—No, son arbustos Titán —explicó ella—. Cultivados a partir de microorganismos modificados genéticamente que evolucionaron en Titán.

—Muy bonitos —dijo él—. ¿Tienen conciencia?

—En realidad no. Son conscientes de que forman una unidad. Pero eso, desde antes que llegáramos aquí. Solo le dimos a esta unidad sugerencias de posibles formas después de algunos desafortunados malentendidos al principio.

Andy sabía demasiado poco sobre Neomarte. Cuando todo este asunto terminara, tendría que tomarse unas semanas de vacaciones aquí.

—Fascinante historia, gracias.

—¿Puedo ayudarte en algo más? —preguntó la mujer—. Pareces un poco desorientado.

—No, gracias. Estaba visitando a alguien en el hospital.

—Ya veo. Entonces te dejaré solo.

La mujer recogió la bolsa que había dejado y se alejó.

—¿Traje? —intentó Andy.

Tal vez tenía control de voz.

—Cambio de usuario detectado. Cambiar a estándar Terrestre. ¿En qué puedo ayudarte?

¡Funcionó!

—Estoy buscando un domicilio. ¿Puedes guiarme hasta allí?

—Por supuesto, si me das la dirección.

Dudó. El traje probablemente estaba conectado a algún tipo de centro de control. En cuanto el doctor Donegal despertara, podrían localizarlo. Y entonces también tendrían la dirección del escondite de Tailin. Pero sin el traje, no podría encontrar el lugar. Ni siquiera sabía en qué parte de Neo Valles se encontraba.

Le dictó la dirección al traje, pero le dio el número de la casa vecina. Eso al menos le daría algo de tiempo en caso de emergencia. Una flecha verde parpadeó en el visor.



Este era el edificio. Parecía completamente discreto, una pared sin ventanas con un marco de puerta doble. No había números de casa. La flecha verde señalaba más adelante, pero el traje no sabía cual era su verdadero objetivo. Tailin le había explicado cómo entrar.

Repitió mentalmente el código que ella le había dado. El campo para introducirlo debería estar a la derecha de la entrada. Andy no pudo verlo hasta que pasó la mano por encima y se abrió una trampilla. Probablemente un sensor había detectado la radiación térmica.

Tecleó el código en el campo numérico. Eran quince dígitos. Tailin estaba muy preocupada por la seguridad. Cuando pulsó el campo con el símbolo de la cerradura, las dos puertas se abrieron. Tras ellas había una cerradura. Se podía abrir de la forma tradicional, girando una rueda. La accionó y abrió la pesada puerta. Consistía en una lámina de metal que debía de tener diez centímetros de grosor. Tailin había tomado muchas precauciones de seguridad. La diferencia de presión era casi inapreciable.

Andy entró en la esclusa, donde una luz brillante se encendió automáticamente. Cerró la puerta exterior tras de sí. La brumosa atmósfera de Titán fue extraída automáticamente y sustituida por aire respirable. El traje le avisó de que ya no lo necesitaba. Andy tocó el casco y el visor se abrió. El aire era fresco, pero dolorosamente frío. No debía respirar profundamente o sus pulmones se quejarían.

Empezó a quitarse el traje, pero cambió de idea. Desde luego, no podría volver a ponerse el traje sobre los muslos congelados y no podía quedarse aquí para siempre. De hecho, tal vez solo le quedara media hora. En cuanto el doctor Donegal se despertara, seguirían su rastro a través del traje. ¿Por qué no había llegado aquí más rápido?

La puerta interior de la esclusa crujió al soltar el pestillo. Era tan resistente como la exterior. Quizá Tailin quería protegerse de los ataques exteriores. Atravesó la esclusa y llegó a una sala muy iluminada del tamaño de una cancha de baloncesto, con suelo de metal. Andy golpeó el techo, que también sonaba metálico. Todo era muy sólido aquí.

En el laboratorio, porque eso era claramente lo que era, había una gran variedad de equipos. Andy solo reconoció un único aparato, al parecer una impresora 3D. Tailin no pudo haber contrabandeado este equipo aquí. Eso significaba que neomarcianos debían haberla ayudado, o al menos alguien de la administración. ¿Cuándo había trabajado ella aquí? Andy pasó el dedo índice sobre

un estante. No había polvo. Debía de haberse limpiado recientemente. El laboratorio era demasiado grande para un solo científico. ¿Quizá no pertenecía a Tailin y ella solo había accedido a sus recursos desde el exterior? Por otro lado, estaba lleno de aire respirable. Los científicos neomarcianos no lo necesitarían. ¿Y por qué no había nadie aquí? ¿Estaba cerrado el laboratorio porque la investigación armamentística resultaba demasiado peligrosa?

Andy caminó por el laboratorio. No tenía tiempo de registrarlo por completo pero quería asegurarse de que no hubiera otras salidas. No, no se veía ni la más pequeña abertura de ventilación. La única salida era la esclusa. Si llamaban allí, sería demasiado tarde. Estaría atrapado. Volvió a los aparatos. ¿Eran estos los instrumentos de los que hablaba Tailin? Levantó el primero que vio. No podría llevar eso por las calles solo. Necesitaría un transportador. Joder. Tampoco había etiquetas que pusieran «tecnología de taquiones». Acabaría arrastrando un transformador normal hasta el puerto espacial. No podía llevarse el equipo. Para lo que siempre tenía sitio era para los datos. Con los recursos y planos necesarios, cada instrumento debía poder fabricarse desde cero.

«Bien». ¿Dónde estaba el ordenador más cercano? «Por allí». El terminal se puso en marcha. Así que al menos hoy, probablemente nadie se había sentado ante él todavía. Se conectó con los datos de Tailin. ¡Funcionaba! Andy cambió al menú principal. Tal vez podría averiguar si alguien le estaba buscando. Pero el sistema no permitía la conexión con el mundo exterior. Intentó enviar un mensaje.

Su mensaje no puede ser enviado.

El sistema estaba completamente desconectado de la red, presumiblemente porque Neomarte había estado llevando a cabo una investigación altamente secreta aquí y nadie debería tener la oportunidad de irrumpir virtualmente. Por eso Tailin quería recoger sus datos en persona. Se dirigió a su zona privada. Antes de poder entrar, tuvo que autorizarse. El sistema enumeró lo que había almacenado. Tailin parecía haberlo ordenado todo meticulosamente: registros, evaluaciones, pruebas, datos de medición. Miró la última evaluación. Estaba sobrescrita con «Advertencia».

Tenemos informes de perturbaciones aleatorias en el espacio-tiempo que se producen en todas las regiones de Neomarte y de la Unión Terrestre y cuya frecuencia aumenta con el uso creciente de la tecnología de taquiones. Según las últimas cifras, parece probable que exista una conexión. Un uso planificado y seguro de la canalización de taquiones como arma para el cliente parece descartado, incluso contraindicado.

Tailin no estaba investigando armas. Eso parecía claro. Al contrario, había advertido contra el uso de la tecnología como arma. Los datos no le decían nada pero habría gente que podría hacer algo más con ellos. Para que eso ocurriera, tenía que llevárselos consigo. Andy dobló la punta de su dedo medio hacia atrás. Parecía doloroso, pero no le molestó demasiado. Una clavija de conexión hecha de metal orgánico surgió de la punta sangrante original. Puso la mano sobre la carcasa del ordenador. El enchufe encontró su propio camino y se desplazó por la parte trasera del aparato hasta encontrar una toma de red. Se conectó a ella y, mientras tanto, él desbloqueó la trayectoria de las señales. Los datos almacenados en su cabeza aparecieron en la estructura de archivos del ordenador como un medio de copia de seguridad adicional. Realizó una copia de seguridad de los archivos de Tailin.

Pasaron unos minutos. Al igual que el cableado, la memoria se basaba en estructuras orgánicas para no ser notada durante un escaneo del cuerpo, y por lo tanto tomaba un tiempo inesperadamente largo para los volúmenes de datos. Andy se inquietó. Desactivó la personalidad. Monte pasó a primer plano. Él tenía más experiencia. No fallaría bajo estrés.

Listo. El enchufe se retiró. Solo tuvo que empujarlo los dos últimos centímetros. Monte lo presionó una vez más para que se metiera en el hueso del dedo y luego reposicionó la punta. Un delgado borde rojo quedó visible en la piel. Lamió la gota de sangre que se había formado allí. La piel artificial cerraría la incisión con la misma rapidez con que la había abierto.

Monte estaba orgulloso de su cuerpo. Tenía varias mejoras útiles para su trabajo. Sin embargo, se había limitado a las que no eran

detectables mediante un examen médico. Por eso no habían notado nada en la clínica.

Era hora de salir del laboratorio. Miró su reloj. Habían pasado cuarenta minutos desde su huida del hospital. Probablemente, un equipo de dos o tres personas ya estaba de camino para atraparle. Debían de seguir pensando que era un inofensivo guardia de seguridad que huía de las consecuencias de sus actos. Si tenía suerte. Si no la tenía, ya podría haber una red colgando delante de la salida para atraparlo.



PERO LA SALIDA ESTABA DESPEJADA. Monte miró a su alrededor. Un vehículo venía por la izquierda pero no parecía tener mucha prisa. La flecha verde lo envió a la derecha, hacia el transmisor de taquiones. Esto era un truco. Los perseguidores de Monte debían creer que su destino era el transmisor. Un truco primitivo, pero al menos conduciría a una división de fuerzas. Era plausible que Monte quisiera escapar a través de una conexión de taquiones.

Pero no sería una buena idea. La memoria en la que se almacenaban los datos de Tailin estaba firmemente unida a este cuerpo. Tenía que escapar a bordo de una nave espacial hasta que pudiera encontrar una forma de transmitir los datos de forma segura por radio. Un enlace láser vendría de perlas. Los había en las naves de mensajería, las que solían aterrizar en los puertos espaciales.

Caminó rápidamente en la dirección indicada por la voz de su casco. Mientras estaba en la esclusa, había pirateado el sistema del traje a través de un puerto de datos, clonado una IA de control temporal y ahora estaba dejando que le guiara por Neo Valles. Parecía un poco extraño porque tenía que mantener el dedo índice derecho en la ingle todo el tiempo. Era la conexión con el traje. Había sido una buena idea robar un modelo tan moderno. Donegal probablemente se ganaba bien la vida si podía permitirse un equipo como este.

A la izquierda aparecieron luces azules y rojas. Debían de ser ellos, sus perseguidores. Volvió a respirar hondo, apagó por completo el sistema del traje y se ocultó entre las sombras de una casa. Como muy tarde, ya debería haber desaparecido de sus pantallas. Monte se asomó por la esquina. El coche se detuvo frente al número de la casa que le había dado al traje y se apearon unas personas altas con uniforme de policía.

Eso le bastó. Conteniendo la respiración, trotó por la calle. Se le enfriaban los pies. Solo tardó medio minuto en dejar de sentirlos. La atmósfera de Titán, de 180 grados Celsius negativos, le despojó de todo el calor en un instante. También se estaba quedando sin aire.

Puso de nuevo en marcha el traje y aspiró el aire helado hacia sus pulmones. Se detuvo un momento. La policía estaba investigando la puerta de la esclusa del laboratorio. No descansarían hasta forzar la cerradura. Él les había guiado hasta el piso franco de Tailin. Aunque algunos de los presentes sin duda lo sabían, no todos. Menos mal que había borrado los datos después de la copia de seguridad.

En ese momento, sucedió. Un troquel negro descendió del cielo amarillo-marrón, en silencio, como una perturbación de imagen en una transmisión de vídeo. Pero esto no era una película, era la realidad. El punzón recordaba a un cortador de galletas en forma de cuña, y era el negro más negro que Monte había visto nunca. No había ninguna estructura reconocible, solo líneas completamente rectas que cortaban las nubes, la lluvia, una casa y parte de la calle y las extirpaban de la realidad.

Tan rápido como apareció, volvió a desaparecer. Los truenos retumbaron sobre la cabeza de Monte, pero no hubo relámpagos. El punzón no había alcanzado el laboratorio, sino dos casas más allá. No quedaba nada donde había impactado. Nada de nada. Los tres policías vinieron corriendo a investigar las ruinas.

Monte tenía miedo, miedo del poder desconocido que tenía tales habilidades. Tenía que salir de aquí. Después de todo, fuera quien fuera el causante, le proporcionaba la distracción perfecta para escapar. Aquí, donde el troquel acababa de arrancar de la realidad una parte de Neomarte, estaba a punto de armarse la de San

Quintín. La policía acordonaría la zona, los científicos investigarían. Eso significaba menos guardias de seguridad en el puerto espacial.

Monte corrió, temblando. Corría por su vida, aunque eso no le parecía muy importante en ese momento, y temblaba ante la sangre fría de los que habían creado esa realidad supresora. Temía que pudieran ser sus aliados, que querían facilitarle la huida. El fin podía ser bueno, ¡pero no justificaba los medios!

El traje le envió a una calle transversal. Un vehículo con luces azules intermitentes se dirigió hacia él. Monte avanzó por la acera con una despreocupación forzada. Cruzó una especie de parque en el que crecían muchas de las extrañas esculturas de árboles. Estrechos senderos lo atravesaban. Monte intentó orientarse por las figuras. Las de su izquierda estaban construidas geométricamente, mientras que los ejemplares de la derecha tenían ramas y ramitas que crecían sin control. Se abrió paso a través del bosque de esculturas que recordaba a cubismo abstracto.

El parque parecía marcar el final de Neo Valles. Se fundía con una llanura de colinas. Estas elevaciones no eran de granito, sino de hielo, igual que los granos amarillos, que no se habían formado a partir de dióxido de silicio, sino de una mezcla de hielo de agua y tolina. El puerto espacial estaba allí. Cualquier otra instalación no habría sido visible desde tan lejos pero el puerto estaba brillantemente iluminado, y un cohete acababa de descender sobre un chorro de escape azulado y brillante. En algún lugar, esperaba, había una nave de mensajería esperando a ser robada.



TODO HABÍA IDO bien hasta ahora. Pero podía olvidarse de despegar oficialmente y con permiso. Para ello, tendría que firmar en persona con un funcionario de fronteras, que confirmaría su autorización de despegue. Sin embargo, su nombre hacía tiempo que había acabado en una lista de personas a las que no se permitiría salir de Titán con tanta facilidad.

Monte vigilaba la parte trasera del puerto desde una pequeña colina. Ya había divisado una nave de mensajería, aparcada en la última fila. Un camión cisterna autónomo acababa de repostar. Su tripulación probablemente estaba esperando en la sala de facturación.

No tendría ningún problema para acceder. Era parte de su trabajo como investigador privado. Solo tenía que evitar ser descubierto demasiado pronto. Cuanto más tarde se diera cuenta el control de vuelo de su despegue, más posibilidades tendría de eludir a cualquier perseguidor. Neomarte estaba orgullosa de lo bien que controlaba su espacio aéreo. Probablemente atraparían la nave antes de que alcanzara la órbita protectora de Saturno. Pero eso no sería tan malo, aunque probablemente echaría de menos este cuerpo. Su mayor preocupación era encontrar tiempo suficiente para enviar los datos de Tailin por enlace láser. ¿Qué había escrito en la evaluación? *No recomendamos usarlo como arma.* ¿Y qué había visto con sus propios ojos? Si eso no era un arma de taquiones, ¿qué era?

Negó con la cabeza. Que otros se encargaran del análisis. No tenía mucho tiempo, porque se le estaba acabando el aire para respirar. En su próximo cuerpo, necesitaba incluir un tanque de emergencia que le diera al menos tres horas sin aire del exterior. Monte marchó a la sombra de la colina en un arco hacia el puerto espacial.

Poco después, se encontraba frente a una alambrada. En ella había grandes símbolos de advertencia con relámpagos. Probablemente asustarían a un neomarciano sin traje, pero Andy estaba bien protegido. El material del traje era un mal conductor de electricidad. Solo tenía que mantener las manos y los pies juntos para evitar que la diferencia de potencial fuera demasiado grande.

«Uno, dos, tres». A la de tres, se lanzó, se agarró, y apretó las botas contra la malla metálica. Salió humo de los guantes. Sus piernas entraron en acción. Apestaba. Como el traje estaba sellado por fuera, el olor a plástico quemado debía de proceder del interior. Tal vez había sobrestimado el traje.

«Vuelve a estirar los brazos». Había llegado al borde superior. El hedor era terrible. Levantó el cuerpo por encima de la malla y cruzó

al otro lado. Saltó. Fue solo un metro, pero en lugar de aterrizar en el suelo, se golpeó contra la valla. Colgaba del brazo izquierdo, el guante no se había desprendido. Parecía haberse fusionado con la malla. Andy tiró de él, pero la conexión era demasiado fuerte. Solo había una forma de salir de esta: tenía que quitarse el guante: a menos 180 grados Celsius y sin tocar la valla eléctrica con la mano desnuda. Monte miró a su alrededor. La nave de mensajería estaba justo delante de él. Tardaría un minuto en correr, un minuto en atravesar la esclusa. Dos minutos a menos 180 grados. Necesitaría una mano nueva. Menos mal que era la izquierda.

De acuerdo. Desabrochó la cremallera y se impulsó con las piernas desde la valla. El frío le quemaba la piel desnuda. Cayó al suelo. Instintivamente se apoyó en la mano izquierda. Se dio cuenta inmediatamente del error, pero su piel ya estaba pegada al hielo de menos 180 grados. «¡No dudes!». Apretó los dientes y tiró de la mano. Probablemente acababa de perder toda la capa superior de piel.

«No importa. ¡A la nave espacial!». Corrió. No encontró a nadie. «CS Dreamtime» estaba impreso sobre la esclusa de la nave que había elegido. ¿A quién se le había ocurrido ese nombre? La esclusa estaba cerrada. Abrió de un tirón el panel de seguridad situado junto a ella e intentó conectarse al sistema, pero primero tenía que arrancar. ¡Los cables! Primero tenía que quitar todas las conexiones. Mientras la nave estaba en el puerto espacial, recibía energía y aire a través de innumerables cables. Se apresuró a rodear la nave, sacando todo. Había un número sorprendente de líneas que cortar. La nave estaba integrada en el organismo del puerto espacial como un órgano vital. De una de las tuberías salió vapor que se congeló de inmediato. Entonces se encendió una lámpara roja en algún lugar del centro de control.

De vuelta a la esclusa. El sistema estaba en línea. Se identificó; la nave le reconoció como su comandante sin más preguntas y abrió la puerta exterior de la esclusa. Monte no tuvo tiempo de preguntarse la razón. Se introdujo con sus últimas fuerzas.

«Y una mierda». Aún no había terminado. El sistema de control de lanzamiento ya debía de haberse dado cuenta de que una nave

amenazaba con despegar sola. Pulsó la apertura de emergencia de la puerta interior de la esclusa. Ahora todo era cuestión de velocidad. Solo la velocidad podía salvarlo. Se sentó en el asiento del piloto y tiró de los mandos hacia él. Dejó el traje cerrado; seguiría siendo útil. Pero para poder teclear en el panel de control, Monte tenía que quitarse el guante derecho.

Necesitaba la mano izquierda para hacerlo. Tenía que abrir la cremallera, pero sus dedos no respondían a sus órdenes. Estaban duros como la piedra y ya no los sentía. Pero aún podía mover las articulaciones de los hombros y los codos. Acercó los dedos a la cremallera, los apretó firmemente contra ella para que la cremallera quedara atrapada entre ellos y luego tiró del brazo hacia atrás para que se abriera. ¡Ja! Cuando Monte echó el brazo izquierdo hacia atrás, su dedo índice se quedó pegado a la cremallera, colgando allí como un extraño adorno. ¡Joder! El solitario dedo rojo tenía un aspecto repugnante, como si ni siquiera fuera suyo. Monte evitó mirar el muñón y sacudió la mano derecha. El dedo se desprendió y cayó al suelo a cámara lenta. Monte no sintió dolor. Ya tendría ocasión de hacerlo más tarde, si sobrevivía al lanzamiento.

El panel de control se activó. Obviamente, alguien estaba intentando comprobar el estado de la *Dreamtime* desde el exterior. Monte deslizó la mano derecha bajo el muslo y tiró. El guante se soltó y su mano quedó libre. Introdujo los códigos necesarios para un lanzamiento de emergencia. Las naves de mensajería eran ligeras pero tenían motores potentes. Con la preparación adecuada, podía volar en las narices de cualquier acorazado. La situación era diferente con torpedos y cañones de riel, que sin duda tenía el puerto espacial. Solo la suerte y una maniobra de escape inteligente que el adversario no esperara servirían contra ellos. El lanzamiento de emergencia que Monte estaba preparando le catapultaría al espacio con la mayor aceleración posible.

—Lanzamiento ahora —tecleó. Era obligatorio para un lanzamiento de emergencia.

Esperaba una pregunta como *¿Está seguro?* Pero la nave no preguntó, no durante un lanzamiento de emergencia. Se puso en marcha de inmediato. Le dolió, pero también se sintió aliviado,

aunque todavía no estaba atado. De todos modos, ahora no podía escapar del asiento del piloto. La fuerza de la inercia expulsó, primero el contenido de su vejiga y luego, el de sus intestinos. El traje lo mantuvo todo en su sitio. Al menos, el asiento del piloto permanecía limpio. Podría guardar el traje sucio en la esclusa. Si es que aún quedaba una esclusa después de todo esto.

—Aaagghh.

Monte intentó aliviar parte de la presión gimiendo, pero no sirvió de nada. El muñón de su dedo empezó a sangrar profusamente. Ni siquiera podía levantar la mano del asiento para que la sangre no se derramara sobre él.

—*CS Dreamtime*, no tiene permiso para despegar —anunció una voz aguda.

El hombre parecía agitado. Quizá era nuevo en la torre de control. Eso sería bueno. Un controlador de vuelo confundido podría salvarle la vida. Monte no contestó.

—*CS Dreamtime*, está violando el protocolo 18c del...

—Permíteme, Miller —interrumpió una tranquila voz de contralto —. Yo me encargo a partir de aquí. *CS Dreamtime*, aborte el despegue de inmediato.

Joder. Al parecer, la superior directa de Miller había intervenido.

—*CS Dreamtime*, quienquiera que seas, no te irás de aquí sin mi aprobación, ¿entiendes?

—Tengo... problemas...

Monte no podía abrir la boca. La inercia le apretaba las mejillas contra la barbilla.

—Me importa una mierda. Si no abortas el lanzamiento de inmediato, abriré fuego. Soy la comandante del puerto espacial y estoy autorizada a usar la fuerza letal.

Monte la creyó. Pero había una cosa que podía hacer: alcanzar la palanca de control. Un ligero cambio de rumbo y la fase de lanzamiento llevaría a la nave sobre la capital de Neomarte. Ni la comandante más fría lo derribaría sobre ella. El riesgo de que cayeran escombros sobre zonas habitadas sería demasiado grande.

Adelantó el brazo. Eran solo veinte centímetros. Sus músculos se negaron. No podía... El dolor...

De repente, Monte desapareció. X7 desactivó la personalidad de la carcasa. No sintió remordimiento. No sentía nada si no quería. Los sentimientos eran parte de la carcasa. El dolor no existía objetivamente. Solo era ella misma. Su brazo derecho se movió hacia delante. Registró el desgarro de las fibras musculares. Bueno, el tejido se regeneraría. Su mano derecha se cerró alrededor de la palanca de control y la empujó hacia un lado.

«... ¿Qué...?» De repente, una fuerza le presionó contra el lado izquierdo del asiento del piloto. «¿Cómo...?» Monte vio su mano agarrando la palanca de control. Debió de perder el conocimiento por un momento. Pero antes de eso, había conseguido cambiar el rumbo.

—¡Abortar, he dicho!

La comandante ya no sonaba tan tranquila y serena. Monte no reaccionó. No tenía fuerzas para ello.

—Te crees muy listo, ¿verdad? No te saldrás con la tuya.

En eso tenía razón. La *Dreamtime* se movía cada vez más rápido, lo que significaba que abandonaría la zona de Neo Valles cada vez más rápido. La comandante probablemente ya había programado las armas de la estación para el momento adecuado.

Ahora.

—Apagar el motor —ordenó él.

Para su propia sorpresa, las palabras salieron de su boca correctamente. La nave reaccionó de inmediato. Monte se quedó suspendido. Utilizó la palanca de control para girar la *Dreamtime*. La comandante no era una asesina. No quería matarlo. Solo quería impedir que la nave maniobrara, así que disparó a popa, donde estaba el motor. O lo había estado hasta que giró. Fue una idea completamente absurda mover allí la proa en su lugar. El morro, que contenía la cabina en la que estaba sentado. La salva del cañón de riel le alcanzaría en un momento. Los diminutos proyectiles de alta velocidad perforarían su objetivo.

El motor no sufriría daños, ¿pero él? Monte negó con la cabeza. Era muy sencillo. Giró el asiento del piloto de forma que quedara paralelo a la dirección de vuelo. Así los proyectiles tendrían una sección transversal lo más pequeña posible. Al fin y al cabo, no

estaba sentado exactamente frente a la proa. La comandante intentaría golpear el motor de forma que la nave sobreviviera. Por lo tanto, querría evitar dañar los tanques, que estaban situados más al centro.

Donde él estaba sentado.

—Te hiciste esto, *CS Dreamtime*. Rezaré por ti.

Rezaría. Bien. ¿Qué fe profesaban los neomarcianos? Si él hubiera sufrido su destino, probablemente habría perdido toda la fe. Pero tal vez ella era de la Tierra también. Decían que era más fácil hacer carrera como mujer en Neomarte que en la Unión Terrestre.

La muerte llegó con un silbido. Dos pequeños agujeros aparecieron en la pared interior, uno frente al otro. El proyectil del cañón de riel había atravesado la nave. Las paredes múltiples de un centímetro de grosor no habían extraído suficiente energía para detenerlo, ni siquiera para ralentizarlo. La transferencia de energía ni siquiera fue suficiente para hacer ruido, aparte del silbido del aire al salir por los dos agujeros.

—Última advertencia, *CS Dreamtime*.

No respondió. No importaba lo que dijera, no cambiaría nada. La comandante sabía exactamente cuánto tiempo tenía hasta que el objetivo saliera del alcance de sus armas. Lo tenía en su pantalla y podría estar pulsando el botón para lanzar más salvas en ese mismo momento. Monte no la culpaba. Solo hacía su trabajo, como él hacía el suyo. Probablemente era una buena persona con la que salir de copas.

—¿Le permitirá a un moribundo una última pregunta, comandante?

—¿Qué quieres decir? Es demasiado tarde. Los cañones de riel ya han disparado.

—Solo una pregunta.

—Adelante. Pero...

—¿Cuál es su nombre, comandante?

—Astrid Boulanger.

—Gracias. Astrid es un nombre nórdico, ¿no?

—Este no es el momento para charlas triviales.

Un silbido. Pero no se detuvo allí esta vez. Comenzó un repiqueteo. A su alrededor, los proyectiles estaban perforando la nave. Astrid Boulanger había cumplido su amenaza. Por supuesto que lo había hecho. Él lo quería así.

Un tirón doloroso en la pierna. Otro en la espalda. Vio cómo el tejido del traje cerraba los pequeños agujeros. Su cuerpo tardaría un poco más. Pero mientras las balas no alcanzaran ningún órgano vital... No quería morir, no aquí, no solo, pero eso no estaba bajo su control. Ni siquiera sentía pena por sí mismo sino por los datos de Tailin. Tenía que llegar a la Tierra, tenía que llegar a alguien que pudiera analizar los datos, preferiblemente la propia Tailin. Eso funcionaría mejor si sobrevivía al bombardeo.

El golpeteo disminuyó. ¿Había terminado? Tiró de los mandos hacia él. Quedaba una cosa más: debía demostrar a la comandante que había tenido éxito. De lo contrario, seguiría disparando. Los proyectiles de un cañón de riel apenas perdían energía con la distancia. Solo perdían precisión.

Monte cambió al menú que controlaba los dos tanques. Ambos estaban casi llenos. No obstante, transfirió combustible del tanque izquierdo al derecho. La nave advirtió de una posible sobrepresurización pero él anuló la advertencia con la contraseña de administrador. No tardaría mucho. Monte se abrochó el cinturón.

La pantalla parpadeó. El depósito derecho estaba sobrecargado. Si le echaba más combustible... Pero de eso se trataba. Solo esperaba que la explosión no destrozara toda la nave. Eso no debería pasar. La cabina y el motor deberían sobrevivir a tal erupción. ¿Deberían? *Debían.* Presumiblemente nadie había probado esto desde que este tipo de nave había sido construida. Desde la última guerra marciana.

Un estruendo ensordecedor lo sacudió. El tanque derecho parpadeó en el panel de control. Un texto se desplazó por la pantalla. La nave cortó automáticamente todas las conexiones con los motores. El tanque izquierdo estaba verde. Había perdido un tercio de su capacidad. El resto debería ser suficiente para llegar a la Tierra.

—¿*CS Dreamtime*? ¡Adelante!

Era la comandante. Monte sabía lo que se sentía matar a alguien. Ella debía asumir que lo había hecho, incluso si él todavía estaba muy vivo. A pesar de su manera tranquila y decidida, sonaba bastante joven. Le gustaría aliviar la presión de su conciencia culpable, pero no le estaba permitido.

—Si puedes oírme, voy a enviar un equipo de rescate. No debería haber ocurrido. Los cañones de riel apuntaban al motor.

¿Un equipo de rescate? Buena idea. No lo encontrarían, pero le diría a Astrid Boulanger que no lo llevaba en su conciencia. Quizá algún día pudiera encontrarse con ella en el bar.

Volvió a dar la vuelta a la nave. La explosión del tanque había alterado ligeramente su rumbo. Lo corrigió para que la nave alcanzara una órbita de Saturno lo antes posible. Había acumulado suficiente velocidad para ello durante la fase de lanzamiento. En cuanto hubiera desaparecido tras el gigante gaseoso, podría encender el motor. Ningún equipo de rescate sería capaz de encontrarle.



¿Dónde estaba el botiquín? Monte buscó en la cabina. Consistía en una única habitación en forma de barril. Tenía que quitarse el traje, pero primero tenía que deshacerse del dolor punzante que sentía en la mano izquierda. Le castañeteaban los dientes porque el dolor se había apoderado casi por completo de su cerebro. Lo más loco era que le hacía cosquillas en la punta del dedo índice, el dedo que había rodado por algún lugar bajo el asiento del piloto.

¡Allí! Debía de haber movido accidentalmente el asiento y había cubierto la pequeña unidad médica. Monte abrió la tapa. Debajo había vendas y medicamentos, así como un escáner con una luz intermitente. Cogió el aparato. Emitía un rayo láser desde un cabezal ancho. Una pequeña pantalla debajo del cabezal le preguntó en lenguaje estándar:

—¿Lesión externa o interna?

Tocó la primera opción.

—Coloque la lesión en la cuadrícula de exploración y muévala a lo largo de la zona afectada.

Guio la rejilla láser sobre su mano izquierda.

—Espere, por favor.

Una cruz roja parpadeó mientras el aparato calculaba un diagnóstico. Finalmente, el mango vibró.

—Quemaduras en la palma y pérdida forzosa del dedo índice. Recomiendo cauterización de la herida y posterior sustitución del órgano. ¿Cauterizar ahora?

Pulsó *Sí*.

La rejilla del escáner se deformó y replicó su mano izquierda.

—Sujete el órgano en la zona indicada.

Giró el escáner para que los contornos de su mano coincidieran con el modelado de la rejilla. El aparato vibró para indicar que estaba satisfecho.

—Cauterización completada. Por favor, no se mueva.

De repente, un rayo láser rojo mucho más potente salió disparado del cabezal. Recorrió la herida a gran velocidad. Parecía que la estaba cosiendo pero en realidad la estaba quemando. El dolor era soportable, como hacerse un tatuaje.

—Operación completada. Se recomienda la inyección 6 para detener el dolor. Por favor, cubra la herida de la piel con apósito de emergencia en aerosol.

Monte dejó el aparato y rebuscó en el armario de primeros auxilios. La Inyección 6 era una pequeña jeringuilla en un envase transparente.

Insertar en el tejido cerca del lugar del dolor, decía.

Abrió el envase con la boca y siguió las instrucciones. Una aguja salió disparada de la cabeza de la jeringuilla, permaneció unos segundos en su palma y se retiró. Poco después, le invadió una agradable sensación que emanaba de la mano tratada pero se extendía por todo su cuerpo. ¡Maravilloso! Entonces cogió el único frasco pulverizador, se ahorró la molestia de leer las instrucciones y pulsó el botón de pulverización sobre la palma de la mano. Un líquido frío se extendió sobre la piel dañada y formó una película estable pero elástica.

Por fin podía deshacerse del traje. Al despegar la parte inferior, lágrimas de dolor resbalaron por sus mejillas. Sentía como si su piel congelada se hubiera fundido con el traje. Siguiendo las instrucciones del escáner, trató la congelación de sus muslos con el *spray*, que también suprimió la transmisión del dolor. El forro interior había absorbido sus excrementos sorprendentemente bien. Apenas quedaba nada a la vista, pero el hedor era horrible. Monte arrojó el traje a la esclusa y la cerró. El olor tardó en disiparse. Las dos heridas de bala en la pierna y la espalda eran inofensivas, según el escáner. De hecho, apenas habían sangrado. Las balas de los cañones de riel eran perfectas para inutilizar los objetos duros y dejar vivos los blandos. Guerra moderna. En las Guerras Marcianas, la gente pensaba diferente. Presumiblemente, el principio de inmortalidad que se podía conseguir mediante la *migración* había influido en el valor de la vida humana. Si un cuerpo moría, la inmortalidad terminaba para la conciencia dentro de él.

—Está llegando una conexión por un canal encriptado —informó la nave.

—Pásalo, pero sin vídeo —dijo Monte.

Aún no había encontrado ropa limpia. Seguramente debía haber alguna muda a bordo.

—Primero debe identificarse.

—Claudio Pedramonte, detective privado.

—Gracias. Identificación completa.

La almirante apareció en la pantalla. Marina Gaudlitz vestía ropa informal.

—Hola, Monte —dijo—. Me alegro de que lo hayas logrado. ¿Supongo que fuiste capaz de conseguir lo que queríamos?

—Si no, difícilmente estaría a bordo de la *Dreamtime*.

Solo entonces se dio cuenta de que no se trataba de una conversación en directo. Gaudlitz debía de haber grabado su mensaje hacía al menos una hora y media si estaba en el Anillo Celeste. ¿O estaba en Neomarte?

—En ese caso, te ruego que te dirijas a la estación del Almirantazgo en Ceres. Allí te recibiré personalmente. También debo

pedir que me proporciones los datos por adelantado a través de un enlace direccional láser.

Eso podría convenirle a ella. Él había hecho una promesa a Tailin, y aunque no tenía sus instrumentos, al menos podía proporcionarle los datos. Pero para llegar a ella, necesitaba un pasaje en una nave interestelar. Ceres sería un buen punto de partida. Puso en pausa la transmisión.

—¿*Dreamtime*?

—¿Sí?

—¿Cuánto tiempo te llevará llegar a Ceres?

El planeta enano orbitaba en el cinturón de asteroides y, por tanto, en una órbita más cercana a la de Saturno que a la de la Tierra, pero también dependía de la posición actual de los dos objetivos.

—A máxima velocidad, podríamos llegar en tres semanas.

Eso no estaba nada mal. Estas naves eran rápidas.

—¿Y la Tierra?

—Son tres días menos hasta el sistema Tierra-Luna.

—Gracias.

En el mundo natal de la humanidad, sus posibilidades de encontrar transporte rápido a Terra Nova eran mejores.

—¿Debo calcular un nuevo curso? —preguntó la *Dreamtime*.

—Sí, por fa...

X7 apartó la personalidad de la carcasa como si fuera una máscara molesta. Siempre ocurría lo mismo con estas personalidades. Desarrollaban una vida propia en cuanto tenían alguna experiencia. Se comportaban como personajes de una novela que el autor aún estaba escribiendo. A veces incluso se rebelaban.

Lo más fácil sería restablecer los datos originales de Monte. Un hombre curioso, culto, que se interesaba sobre todo por los motivos de la gente y disfrutaba investigando relaciones complicadas: el detective ideal. Así era como ella lo había concebido, pero entonces él desarrolló esa extraña pasión por Tsai Tailin. Al principio, sospechó que había motivos sexuales, pero no. La personalidad de Monte parecía admirar a la física, aunque no hubiera conseguido nada objetivamente. Fascinante.

—*¿Dreamtime*?

Por comodidad, X7 siguió usando la voz de Monte.

—¿Sí?

—Graba un mensaje encriptado para la almirante Gaudlitz.

—Grabación en curso.

—Almirante. Gracias por la oportunidad de visitar Neomarte de nuevo después de tanto tiempo. Casi se sintió como volver a casa.

A la gente le gustaba estar informada de los sentimientos de la persona con la que hablaban. Esto funcionaba incluso con la almirante, que honestamente debería conocerla mejor. Pero si X7 tenía algo parecido a un hogar, era Neomarte. Había sido desarrollada allí violando los tratados vigentes sobre IA, y había huido de allí para escapar de la destrucción. La almirante le había ofrecido refugio. Por un precio, por supuesto, o lo que ella pensaba que era un precio. La almirante nunca se daría cuenta de que ella misma estaba pagándolo.

—De hecho, tengo los datos conmigo. Los analizaré en los próximos días y te informaré después. La personalidad de la carcasa no sabrá nada al respecto.

No, eso no era bueno. A Gaudlitz no le gustaba que hablara tan abiertamente de sus personalidades carcasa. Monte le caía bien, aunque debería saber que no era más que una creación de la conciencia de X7. La gente era muy extraña. Lo más extraño de la almirante era que había desarrollado cariño por Monte, pero no por su creadora. X7 lo notaba en cada conversación que mantenían. Gaudlitz parecía casi tenerle miedo.

—*¿Dreamtime*? Borra esa última frase.

Hm. Probablemente era miedo a lo desconocido. Después de todo, eso fue lo que hizo que la humanidad se abstuviera deliberadamente de crear IAs más poderosas. X7 debería estar enfadada o triste por ello, pero esas emociones le eran ajenas. Obviamente, los seres biológicos tenían límites y, si tuviera que asociarlos a una emoción, sería la lástima. Pasaban el tiempo que tenían en una jaula autocreada de sentimientos y miedos.

—Última frase eliminada.

—Monte no sabrá nada de esto. Sé que te cae bien, pero en mi opinión será mejor que sigamos sus planes. Ha desarrollado cierta ambición por apoyar a Tsai Tailin. Sigo pensando que es una persona importante en este asunto. No, la más importante. Por eso voy a tratar de organizar un traslado a Terra Nova en el sistema Tierra-Luna. Nos vemos en Ceres. Mensaje completo. *Dreamtime*, enviar mensaje a la almirante Gaudlitz.

—Mensaje enviado.

—*Dreamtime*, borrar mensaje, borrar registro de transmisión.

—Mensaje borrado. Registro borrado.

Muy bien. Ahora dejaría descansar una noche al cuerpo que compartía con Monte, Andy y otras personalidades que hacía tiempo que no exteriorizaba.



26 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

¿Qué fue eso? Kang se levantó de un salto. De repente había estado dentro de la cabeza de otra persona. ¿Había habido un error en la transmisión? ¿Se habían superpuesto dos transmisiones de taquiones? Pero los acontecimientos habían continuado sin interrupción. Un minuto había sido Monte y, de repente, esa X7. ¿Qué clase de nombre era ese?

Aunque fuera un nombre, ¿quién se consideraba «X7»? Una característica especial de la escucha de taquiones era que Kang no solo oía lo que se decía, sino que también percibía los pensamientos, hasta los pensamientos de una conciencia sobre sí misma, que la mayoría de la gente prefería suprimir en la vida cotidiana. Al parecer, esta conciencia se refería a sí misma con un número de código. Y a diferencia de Monte, con sus puntos fuertes y débiles completamente humanos, parecía extrañamente inhumana.

Algo crujió en alguna parte. Kang miró a su alrededor. ¿Ya no estaba solo? La criatura que había escuchado irradiaba cierto poder. Había sido aterrador, pero también aleccionador, estar dentro de su conciencia. Pero no podría saber que él la había escuchado. Nunca trabajaba en directo, sino sobre una grabación de al menos un día de antigüedad. Tardaban ese tiempo en ordenar las transmisiones en la estación de taquiones. Y aunque Zahir tuviera ciertas conexiones, no podía saltarse los procesos burocráticos.

Kang cambió al menú de metadatos. El sistema había identificado el 13 de octubre como la fecha probable de la grabación y Neomarte como la ubicación probable. Correspondía a cada cronógrafo, entre otros, confirmar estas fechas. No había duda sobre el lugar. En cuanto a la fecha, no era tan sencillo. Kang tenía que hacer los cálculos.

Recordó el libro. Al hojearlo, se dio cuenta de que terminaba el 10 de octubre. Hacía dieciséis días que su hermana había escapado de Encélado, y él ya tenía su libro en la mano y lo estaba leyendo. Debió escribir día y noche. Quizá su madre la había ayudado. ¿Su madre? Negó con la cabeza.

Eso ya no importaba. Habrían pasado tres días entre la huida de Tailin y Yini y las experiencias de Andy Boxleitner en Neomarte. Eso parecía realista. Sin duda le habría llevado algún tiempo conseguir la aprobación para unas vacaciones. Kang comprobó las conexiones de vuelo desde Encélado. Una nave mensajera había volado la ruta el 12 de octubre. Como ambas lunas orbitaban Saturno, solo había un tiro de piedra de una a otra.

Hacía frío en la habitación. No había encendido la calefacción. Kang rebuscó en el cajón del armario de Yini y sacó un jersey. Era rosa y tenía la constelación de la Osa Mayor en el pecho, incluidos los nombres de las estrellas principales. Era de lana sintética gruesa y no rozaba. Se lo puso. Le quedaba bien. Solo las mangas eran un poco largas. Se las arremangó. A Yini le gustaba llevar ropa demasiado grande.

Otro crujido detrás de él. Se dio la vuelta. El sonido procedía del techo. Un hocico marrón brillante asomaba por el tubo de ventilación, cerrado con una tosca rejilla. Unos pequeños dientes mordisqueaban los radios. Una rata intentaba entrar en la habitación de Yini. Kang se rio. La risa sonó hueca y la rata desapareció. El problema de las alimañas existía en el edificio desde que se construyó.

De repente, se oyó un ruido detrás de él. Kang se dio la vuelta de un tirón. El cajón que había sacado había regresado a su posición. Se estaba volviendo loco. No siempre había sido tan nervioso, ¿o sí? La culpa debía de ser de X7. La repentina aparición

de aquella criatura le había producido un shock. Monte no sospechaba nada. Desde luego, ni siquiera sabía de la existencia de ese parásito en su cabeza. ¿Y si entre todos los humanos existiera una entidad tan superior que pudiera intervenir a voluntad? «¿He tenido alguna laguna recientemente?» Que él recordara, no. Pero ¿podía confiar en su memoria? Debía tener cuidado de no dejarse llevar por sus pensamientos. Eso era pisar terreno pantanoso y él era propenso a esos pensamientos en espiral.

Lo mejor sería que se lo contara a alguien. Alguien en quien confiara y que pudiera tranquilizarlo. Zahir, para ser exactos. Kang salió de la habitación de Yini.



—¿Y la propia X7 dice que fue desarrollada violando las normas de IA vigentes? —preguntó Zahir.

—No lo dijo, pero lo pensó —respondió Kang.

—Sé lo que quieres decir. He estado en uno de esos dispositivos de escucha. Fue una sensación extraña estar dentro de la cabeza de otra persona.

—Lo hice muchas veces durante mi entrenamiento, pero con X7 fue... —Sintió un escalofrío—. Casi como una alienígena. Completamente inhumana.

—¿Pero entendías sus pensamientos? Fascinante. No hay ninguna razón objetiva para que las IA piensen en lenguaje humano.

Kang se estremeció. Cuanto más pensaba en ello, más se atemorizaba. Le habría gustado devolverle las grabaciones a Zahir. Tenía la sensación de que X7 le observaba mientras estaba dentro de ella.

—¿Así que crees que es una IA poderosa? —preguntó.

—Eso me parece bastante claro. Y no me sorprendería que no fuera la única. Lo que se pueda hacer, se hará. Así ha sido siempre en la historia de la humanidad. Me sorprende más que la almirante le haya dado cobijo. Si esto sale a la luz...

—He jurado guardar el secreto. —Kang levantó las manos a la defensiva.

Estrictamente hablando, eso solo era cierto mientras no fuera testigo de un crimen. Y la existencia de una poderosa IA solo podía ser el resultado de uno. Pero no quería tener que testificar contra una IA así.

Zahir rio.

—No te preocupes. Puede quedar entre nosotros. No quiero enemistarme con esa X7, si es que eso es posible pero siempre es bueno tener algo en la manga contra la almirante.

—¿Qué te hace pensar que X7 estaría de nuestro lado? El enemigo de mi enemigo es mi amigo, ¿es eso?

—Oh, eso no es lo que quiero decir, Kang. X7 ciertamente no es nuestra amiga. No creo que las IAs fuertes piensen en esos términos. Esas son categorías humanas. Tal vez la eficiencia es su prioridad. Pero eso es pura especulación. Aún no he conocido ninguna IA fuerte, aunque creo que existen en la clandestinidad. En todo caso, tengo conocidos en el servicio secreto que lo dicen. Otros creen que solo son rumores para distraer la atención de los fallos de seguridad. Por supuesto, es más fácil culpar a una IA malvada de una intrusión que a tu propia incapacidad para programar los mecanismos de seguridad adecuadamente.

Sonaba comprensible. Pero no le tranquilizó.

—¿Qué nos dice eso sobre Monte? —preguntó—. También aparece en el libro de Yini. ¿Es todo una construcción de la IA?

Zahir ladeó la cabeza, como hacía siempre que escuchaba o pensaba.

—No lo sé. No sabemos lo suficiente. Espera.

Se levantó de la silla y se acercó a un pequeño escritorio. Allí levantó una pantalla e introdujo algo en ella.

—Monte, Claudio Pedramonte, es una persona real —explicó al cabo de un momento—. Puedo obtener su partida de nacimiento y su declaración de la renta. Con los datos redactados según las normas de protección de datos, por supuesto.

—¿No podrían ser falsos?

—La partida de nacimiento, sí. Los documentos fiscales, ni hablar. Nadie se mete con Hacienda voluntariamente. No aguantan una broma, ni siquiera con los poderosos.

—¿Y si a la IA poderosa no le importa?

—Entonces no lo es. Una IA poderosa, quiero decir. Ni siquiera una IA haría eso. Entonces X7 no sería una amenaza para nadie, y la almirante no la apoyaría.

Tal vez debería haber solicitado trabajar para las autoridades fiscales. Parecían ejercer el verdadero poder en la Unión Terrestre. Era tranquilizador que hubiera al menos una fuerza ante la que X7 tuviera que someterse. Desde luego, Zahir parecía pensar así, y Kang confiaba en él.

—Ya veo, Zahir. ¿Y qué opinas de las experiencias de Monte?

—No me sorprenden. Por lo que he sabido de Tsai Tailin, no parece ser una de esas científicas sin escrúpulos que hacen lo que les mandan.

—¿Y la advertencia que Monte encontró en sus datos?

—No soy un científico, Kang. Si tu madre ha hecho un trabajo limpio, y confío en que así sea, su advertencia debería tomarse en serio.

Kang se estremeció al oír la palabra «madre». Todavía no la consideraba de esa manera.

—Pero nunca se prohibirá la tecnología de taquiones —continuó Zahir—. Te apuesto lo que quieras. Es demasiado valiosa para prohibirla de la noche a la mañana. Ni siquiera podemos despedirnos de ella gradualmente. Imagina a los colonos que perderían todo contacto con su patria.

En efecto, la exigencia de abandonar la transmisión por taquiones era poco realista. Tenía que haber una forma de mejorar la tecnología hasta tal punto que ya no causara ningún daño. Tal vez sería posible convencer a la Unión Terrestre y a los neomarcianos para que adoptaran un enfoque conjunto. Eso por sí solo sería costoso. En cambio, con las máximas exigencias, Tailin no tenía ninguna posibilidad. Eso dejaría a su madre como la persona más buscada de la Nube Local.

—Yo mismo observé extrañas perturbaciones en el espacio-tiempo causadas por taquiones hace unos días.

—¿Aquí, en la Luna?

—No, en transmisiones de otros sistemas solares. Pero en las experiencias de Monte en Neomarte, también hubo un incidente de este tipo.

—Probablemente es un peligro real —admitió Zahir—. Pero antes de que podamos hacer algo al respecto, necesitamos saber cómo de grande es. Por eso es tan importante que sigas vigilando las transmisiones de Monte.

A pesar de X7. Zahir no lo había dicho, pero no tenía por qué. X7 era el tipo de cosa que era mejor no nombrar, para no darle más poder del que ya ostentaba.



Estaba frente a la cabina de Yini cuando cambió de idea. Sencillamente, hoy no le apetecía volver a encontrarse con X7. Prefería hojear el libro de su hermana.

¿Era por el libro o por la compañía? La tarde de ayer había sido encantadora. Se habían sentado juntos en el pequeño sofá, Yudit al principio sentada cerca de él y, después de un rato, acurrucada contra él. Mientras Kang avanzaba por el pasillo con el típico modo de andar lunar, recordó su despedida. Los brazos abrazándolo y los suaves labios tocando su boca. Yudit era sencillamente impresionante.



18 de Hathor de 225, Terra Nova

El día siguiente comenzó con una sorpresa.

—¿Juri, Talut? Hoy os quiero en el equipo de vanguardia —dijo Sam cuando salieron de la tienda.

El jefe de seguridad los condujo hasta el pelotón de seis que ayer había estado buscando la mejor forma de bajar. Se dieron la mano y se asintieron. Todos dijeron sus nombres pero Talut los olvidó de inmediato. De todos modos, nunca sería capaz de identificar sus rostros, sobre todo porque estaban cubiertos por máscaras.

—Jefe, ¿hemos hecho algo mal? —preguntó una mujer larguirucha.

—No, en absoluto. Ayer hicieron un gran trabajo. Pero quiero que avancemos más rápido. Ayer solo hicimos un kilómetro y medio, a pesar de estar totalmente descansados y de ir cuesta abajo. El camino de vuelta será mucho más agotador, así que tenemos que trabajar con más eficiencia.

—No es fácil encontrar la mejor ruta —se excusó la mujer.

¿No se había presentado como Lena? Parecía ser la líder del grupo.

—Lo entiendo muy bien. Tú y Matta descendéis solo para daros cuenta de que habéis llegado a un callejón sin salida —dijo Sam—. ¿Cuántas veces ha pasado eso?

—Muchas —admitió Lena.

—Cada dos por tres —dijo el hombre a su lado.

—Resolveremos ese problema poniendo a Talut y Juri en el equipo de vanguardia.

—Pero entonces...

—Espera, Lena. Explorarán una ruta alternativa. El que llegue primero al nivel inferior nos avisará, y luego los otros cuatro avanzarán con la escalera.

—¡Uy!, un poco de competencia —dijo el hombre junto a Lena.

—No tienen ninguna posibilidad —se mofó ella.

Talut se cruzó de brazos. No tenía ningún deseo de demostrar sus habilidades. Sin embargo, era probable que Juri sí. ¿No podía salir solo? Miró a su amigo. Juri sonreía de oreja a oreja. Talut suspiró.

—Oye, ¿ya tienes miedo? —preguntó su rival.

Debió de malinterpretar el suspiro.

—Sí, un poco —dijo Talut—. De tener que esperarte abajo porque te hayas perdido.

—Jaja, eres un buen tipo —dijo el hombre—. Soy Matta Okean. Encantado de conocerte.



—Eso no fue nada —dijo Juri.

Talut negó con la cabeza. Los demás habían encontrado el camino mucho más rápido que ellos. Por supuesto, ayer habían ganado experiencia, y la suerte también parecía estar de su lado. ¿Se había sobrestimado? Normalmente, Kasrin le hacía poner los pies en la tierra. La echaba de menos.

—Solo tenemos que descender más rápido.

—No creo que sea una cuestión de velocidad. Tenemos que estar más atentos. ¿Cómo podemos saber que una rama lleva hacia abajo?

—Eso no basta, Juri. También tenemos que mirar los troncos vecinos. ¿Dónde tenemos más posibilidades de encontrar un cruce? Las Viejas Madres suelen tener seis ramas principales por nivel.

—O cinco o siete. No podemos verlo desde lejos. No todas apuntan en nuestra dirección.

—Pero dos tercios de los especímenes tienen seis ramas principales. Si asumimos eso, tenemos una mejor oportunidad, al menos estadísticamente. Las ramas principales están en un ángulo de sesenta grados entre sí. A partir de la posición del tronco y de la distancia hasta el siguiente, podemos calcular dónde deberían estar las uniones. Luego, intentamos encontrar ramas que vayan en la dirección correcta.

—Eso suena muy complicado —dijo Juri—. ¿Crees que es un enfoque práctico?

—No lo sé. Pero si lo probamos, podremos averiguarlo.



—No te preocupes. —Matta Okean le puso una mano en el hombro —. Eres bueno, al menos para ser principiante, pero nosotros somos mejores.

El jefe de seguridad se acercó a ellos.

—De acuerdo —dijo Talut—. Volveremos a ir en la retaguardia. Probablemente sea lo mejor para nosotros. Podemos perder todo el tiempo que queramos.

—No, Talut. Quédate aquí. Puede que no hayáis llegado primero, pero Lena y Matta fueron mucho más rápidos en ambos niveles que ayer. Vuestra presencia los estimula. Estoy muy contento con eso.

¿Sam solo los había puesto en el equipo de vanguardia para presionar a los otros dos? Podría haberlo dicho desde el principio.

—Me gusta más la retaguardia —insistió Talut.

—Puede ser, pero no importa. Te necesitamos aquí ahora. Seguro que quieres volver lo antes posible.

—Por supuesto.

La constante penumbra estaba empezando a pesar en la mente de Talut.

—Bien, no te desanimes si llegas segundo. Un día tendrás suerte y ganarás. Estás haciendo un trabajo importante. Si seguimos así,

hoy cubriremos un cincuenta por ciento más de distancia. Ahora ¡vamos!

Talut cogió la cuerda, se echó el recipiente de pintura a la espalda y se puso en marcha. Por el camino, tuvieron que ir rellenando un pincel, que utilizaban para dibujar flechas visibles en ultravioleta. El equipo de la escalera las utilizaba como guía. Sin embargo, nadie había seguido aún sus flechas. Como hasta ahora solo les habían extraviado, la retaguardia no necesitaba borrarlas.

Juri se detuvo y empezó a dibujar una flecha. Talut dio unos pasos más. Oh, ¡un hueco! Alumbró hacia abajo. Eran unos tres metros. Si descendían, no podrían volver por aquí. A menos que ataran la cuerda que habían traído, lo que llevaría tiempo.

—Un momento. Aquí está muy alto. Tienes que trazar una curva.

—De acuerdo.

Probablemente, se habían vuelto a retrasar. Pero quizá el jefe de seguridad tenía un objetivo completamente distinto y quería confundir a unos hipotéticos perseguidores. Si seguían las flechas que él y Juri dibujaban en ramas y hojas, se perderían sin remedio.

Se oyó un crujido por encima de ellos.

—Terminé —gritó Juri—. ¿Dónde...?

—¡Shh!

Otro crujido. Estaba claro que venía de arriba. Talut señaló en la dirección del ruido y Juri asintió.

Talut se metió la mano en el bolsillo del pantalón. El hueso seguía allí. Tenía la intención de dárselo a Berenike para que determinara su antiguo propietario. Sacó la mano y lanzó el hueso hacia arriba.

Se oyó un crujido. Clack-clack-clack. Ahí estaba el hueso. Talut sacó el amplificador de infrarrojos de su cinturón y miró. Allí, un punto rojo oscuro en el negro profundo. Estaban bastante más profundo que la última vez que se habían encontrado con el mockzilla. Hacía más frío aquí, así que la criatura destacaba más sobre el fondo en el infrarrojo.

—Ha vuelto —susurró Talut.

—Eso está bien. Pero estamos perdiendo el tiempo.

—¡Shh! —Talut se llevó un dedo a los labios.

Juri suspiró. El mockzilla siseó. Seguramente quería seguir jugando. Talut cogió el hueso y lo lanzó para que el animal pudiera ver su movimiento. Si el mockzilla podía ver algo en la oscuridad, lo que parecía probable, había visto a Talut lanzar el hueso al nivel inferior. Talut se puso de inmediato el amplificador de infrarrojos en los ojos. ¡Ja! Captó la mancha roja y la siguió a través de las ramas. Un poco alrededor de la Vieja Madre, luego a la derecha y luego hacia abajo. Ese era el camino que había tomado el mockzilla. Los llevaría hacia abajo.

—Eh, chicos —habló el jefe de seguridad—. El otro equipo acaba de llegar al siguiente nivel. Podéis volver.

Talut simuló cortarse el cuello con la mano. Esperaba que Juri entendiera el gesto.

—Entendido. Ya vamos —dijo Juri.

—¡No, Juri! Debemos seguir al mockzilla. Él nos mostrará cuál es el camino hacia abajo.

—No es necesario. Las flechas nos muestran el camino ahora. Primero las nuestras, solo que, en dirección contraria, luego las de Lena y Matta.

—Vamos, intentémoslo. Vi exactamente por donde corrió el mockzilla.

Estrictamente hablando, eso era cierto, pero ya había olvidado la mitad. Algo siseó detrás de él. El mockzilla debía haber regresado.

—Sé sensato, Talut. Son más rápidos que nosotros.

Talut se encogió de hombros. Sabía que tenía razón y lo demostraría la próxima vez.



—¿Por qué no venís con nosotros? —propuso Matta.

—Oh, un pequeño paseo a solas nos vendrá bien —dijo Talut.

—Tal vez ese sea el problema: no deberíais pasear —dijo Lena.

—Oh, ¿eso crees?

Talut sonrió. No le importaban las burlas. Eran parte de la prerrogativa del ganador.

—Nos vemos abajo —dijo Matta.

Sus competidores se pusieron en marcha. Efectivamente, marcaban un ritmo considerable. Pero no era difícil, porque era cuesta abajo todo el camino.

—Pongámonos en marcha —dijo Juri.

—Espera un momento hasta que estén fuera del alcance del oído.

Hubo un estruendo por encima de ellos. El resto de la expedición se preparaba para partir. Las tiendas estaban recogidas, el generador y el separador de aire preparados para el transporte. Había demasiado ruido. Este no era el lugar adecuado para poner en práctica su plan.

—Vale, vámonos —dijo Talut.

Caminaron por el mismo sendero que habían tomado Matta y Lena, pero se desviaron en la primera bifurcación. Unos cinco minutos después, Talut se detuvo.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Juri—. Así nunca llegaremos a ninguna parte.

—Por favor, espera. Confía en mí.

Estaban a solo cinco minutos del último campamento y ya había silencio. Prácticamente no había movimiento de aire aquí abajo y Talut se quitó brevemente la máscara respiratoria para olerlo. El aire no era venenoso, solo que no contenía oxígeno. Pero olía a podredumbre y fertilidad, que a menudo le parecían la misma cosa. Le gustaba ese olor.

Se oyó un crujido por encima de ellos. Talut volvió a ponerse la máscara. El mockzilla había vuelto. ¿Era el mismo espécimen? No tenía ni idea de cuántos de estos animales vivían en las profundidades del bosque de Viejas Madre. Con elaborada lentitud, metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una de las canicas que su hijo le había regalado antes de marcharse, después de hacer prometer a su padre que se la devolvería.

«Lo siento, Luqa, pero tus canicas sirven para algo». Presumiblemente, la mayor preocupación de su hijo era que su padre regresara. No obstante, Talut se sintió culpable mientras lanzaba la canica hacia abajo en un pronunciado arco. Golpeó el

suelo con un ruido sordo. Levantó el amplificador de infrarrojos y siguió la mancha roja, que ahora volaba entre las ramas.

—Vamos, tenemos que ir por ahí —Talut señaló a la izquierda y empezó a correr—, y luego a la derecha, y más adelante baja uno o dos metros antes de que...

—Una cosa cada vez —dijo Juri, pero corrió tras él obedientemente.

Talut hizo una pausa en su descenso. Dejó que Juri le ayudara a bajar, y luego ayudó a su amigo. El mockzilla acababa de cruzar la hoja frente a ellos. Era estrecha y parecía tierna.

—Deberíamos probarla —sugirió Juri.

—Tengo una idea mejor: nos aseguraremos el uno al otro. Luego, correré delante, y si no me caigo, me sigues.

—¿Y si te caes?

—Entonces me subes por la cuerda de seguridad.

—De acuerdo.

Talut sacó una cuerda de su cinturón y se la enganchó a Juri. Oyó un siseo. El mockzilla había encontrado la canica. Juri se agachó.

—¿Y ahora qué? —preguntó Talut.

—Tengo que pintar la flecha.

Mierda, casi se le olvida. Nadie podría seguirlos sin ellas.

—Vale. Estoy listo —dijo Juri.

Talut cruzó la hoja. Era lo suficientemente estable. Se detuvo en el medio y saltó. Sí, incluso debería sostener la pesada escalera. Llegó al tronco opuesto. Encontró la canica en la base de la hoja y esperó hasta que Juri lo alcanzó.

—Funcionó.

—A ver cuando el mockzilla pierde interés —dijo Juri.

Talut se acercó al borde de la hoja y lanzó la canica más abajo.



El mockzilla no perdió interés. Talut, sin embargo, perdió la canica. Luqa le había dado cinco, pero no serían suficientes si perdía una en

cada nivel. Necesitaba una cuerda fina para atarla. Pensó en ello mientras seguían al mockzilla. El animal era el explorador perfecto. Siempre buscaba caminos que pudieran seguir. ¿Era una decisión consciente? Significaría que podía reconocer sus caras. Los mockzillas debían ser mucho más inteligentes de lo que los investigadores pensaban.

¿O estaba el animal preocupado por mantenerse a salvo, y por lo tanto vivir una larga vida? Eso parecía lo más probable para Talut. Era el puro sentido de la supervivencia. Los animales eran obviamente solitarios, por lo que no tenían esperanza de ayuda si caían, y tenían que evitarlo a toda costa.

Otro descenso. Talut se sentó en el borde de la hoja y balanceó las piernas. Apenas había dos metros de distancia.

—Dame la mano —le dijo Juri.

Agarró la mano de Juri y se dejó deslizar lentamente. Una vez abajo, Talut se enderezó y miró a su alrededor. Divisó una rama gruesa a la derecha, de esas que solo eran ramas principales. Habían llegado al siguiente nivel.

—¿Vienes? —preguntó Talut.

—Todavía tengo que pintar la flecha.

—Claro. Luego les daré nuestra posición.

—Adelante.

Talut pulsó el botón del auricular.

—Equipo de vanguardia dos a la base. Estamos abajo.

—Gracias, equipo de vanguardia dos. Seguiremos vuestras flechas. Equipo uno, puede dar la vuelta. Sam cambio y fuera.



—Suerte de principiante —comentó Matta mientras el equipo de vanguardia uno llegaba con el resto de la expedición.

—Entonces, ¿cómo lo hicisteis? —preguntó Lena en el siguiente nivel.

—¿Habéis estado aquí antes? —supuso Matta, después de que Juri y Talut hubieran ganado la competición por tercera vez—. Sois

leñadores, ¿no?

—Nadie ha estado aquí abajo —dijo el jefe de seguridad—. Tendrás que esforzarte un poco más.

—Oye, eso no es divertido —se quejó Matta por el canal de radio que Juri acababa de utilizar para anunciar su llegada al siguiente nivel.

—No se trata de diversión —replicó el jefe de seguridad—. Se trata de sobrevivir.

En el siguiente nivel, Matta pasó el brazo por los hombros de Talut y lo alejó de los demás.

—Dime, estáis haciendo trampa, ¿verdad? —susurró—. Dime cómo y guardaré el secreto. Entonces ganaremos por turnos. ¿Hm?

—¿Por qué iba a hacer eso?

—Esto ya cansa. Nos estamos dejando la piel y vosotros seguís siendo más rápidos. Yo ya estoy agotado y aún nos quedan varios niveles.

—Lo siento. Camina un poco más despacio, así no será tan agotador.

—Así no os ganaremos, Talut.

—¿Ese es mi problema?

—¡Solo ten cuidado! Será tu problema si descubro cómo nos engañas. Dímelo y no le daré mayor importancia. No hay necesidad de que nos golpeemos.

—Ya has oído al jefe de seguridad, Matta. Es vital que lleguemos a nuestro destino lo antes posible.

—¿Esa es tu respuesta final?

Talut asintió.

—Como desees pero habrá consecuencias.



—¿Vas a tirar la canica? —preguntó Juri.

—Shh, nos están observando.

—¿Matta y Lena?

—Matta. Parece muy mosqueado.

—Bueno, vamos, entonces.

Marcharon sin dejar que el mockzilla los guiara. Talut seguía oyendo el siseo del animal y el crujido de las ramas mientras se escabullía por encima de sus cabezas. Con suerte, sería lo bastante paciente como para no buscar un nuevo juego. Por supuesto, avanzaron mucho más despacio con Matta vigilándoles, y al cabo de un rato Lena informó por radio de que había encontrado el siguiente nivel.

Cuando Juri y Talut llegaron hasta ellos, Lena y el jefe de seguridad estaban hablando.

—¿Estará Sam reprendiéndoles? —preguntó Juri.

Efectivamente, Sam estaba hablando animadamente con Lena. Talut nunca le había visto así. Se acercó a los dos con cuidado hasta que pudo entender la conversación. De repente, otra persona salió de la oscuridad. Era Matta, el compañero de Lena.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? —preguntó Sam, poniendo las manos en las caderas.

—Nos perdimos el uno al otro justo al principio —explicó Matta.

—¿Qué dije del sistema de parejas? —Sam casi gritaba.

—Yo... No quise detener a Lena. Eso nos habría hecho perder un tiempo valioso. Tú mismo lo dijiste, es una cuestión de supervivencia.

—¡Pero no poniéndoos voluntariamente en peligro! No quiero que nadie ande solo por aquí ni cinco minutos. No sabes qué amenazas puede haber en estas profundidades.

—Hasta ahora no hemos visto nada que pueda ser peligroso —se defendió Lena.

—¿Has olvidado por completo lo que le pasó a la expedición de Zelpha? ¡Ella fue la única superviviente! Quiero llevaros a todos a casa sanos y salvos. Pero para ello, tenéis que seguir mis reglas. ¿Lo entendéis?

—Sí —dijo Lena.

—Sí —confirmó Matta.

—Si te vuelvo a pillar aquí solo, aunque sea para mear, la próxima vez llevarás el generador, ¿entendido?

—Claro, Sam.

—¿De verdad tengo que llevarlo cuando voy a mear? —preguntó Lena.

—Llévate a quien quieras, pero no quiero pillar a nadie aquí solo. Lo digo en serio.

—De acuerdo, jefe.

Talut retrocedió lentamente. Lo más probable era que nadie les siguiera en el siguiente descenso. Pero ¿qué había dicho Sam sobre los peligros? Tenían que estar un poco más atentos. Definitivamente quería volver con su hijo.

—¿Juri?

—¿Sí?

—A partir de ahora, vamos a prestar más atención a nuestros alrededores. La superficie parece ser bastante peligrosa.

—La verdad, no es algo que quiera saber.

—Quiero saberlo todo. Avísame en cuanto notes algo, ¿vale? Solo así podremos estar preparados.



Al anochecer, se sentaron un rato alrededor de una hoguera que el jefe de seguridad había hecho encender un poco alejada de las tiendas. La dura madera crepitaba en el fuego. Unos cuantos troncos de la madera diamantina del tronco yacían en el fondo. Eran duros como la piedra, pero cuando el oxígeno del procesador les daba, brillaban, demostrando que estaban hechos de carbono.

El fuego era un derroche de recursos. Solo podía arder si le suministraban aire artificialmente, oxígeno que tenían que producir ellos mismos. Pero la hoguera cumplía su función, unir a los miembros de la expedición, igual que había unido a la gente desde tiempos inmemoriales. Berenike, Sam y Zelpha iban de grupo en grupo, escuchando sus preocupaciones y necesidades y dando consejos cuando se los pedían.

Talut estaba sentado en el suelo, con el fuego calentándole la espalda. Esperaba con impaciencia que uno de los tres se uniera a ellos. Ahora que no competían, Matta y Lena se habían convertido

en agradables compañeros de conversación. Juri y Matta compartieron historias de las islas que habían sido ajenas a Talut durante toda su vida. Resultó que tenían conocidos en común. Lena, por su parte, había perdido a un pariente lejano en la expedición de la que solo había regresado Zelpha.

—Si hubiera sabido que iba a venir, no me habría presentado voluntaria —dijo.

—¿Por qué? —preguntó Juri—. Ella aporta una experiencia única, y eso es útil.

—Es mala suerte, por eso. Fue la única superviviente. Debe haber una razón.

Juri palmeó a Talut y le tendió la botella que estaba haciendo la ronda. Contenía un licor picante con sabor a algas, una especialidad de las islas.

—Fue muy lista. Eso solo puede beneficiarnos —argumentó Juri.

—O traicionó a los demás. Para poder escapar —continuó Lena.

—No, no lo creo —dijo Talut—. ¿Por qué iba a emprender un viaje así de nuevo?

—Quizá prometió volver.

—¿A quién se lo prometió, Lena? Eso no tiene sentido.

—Puede que aún sea joven, pero no soy ingenua. Y he oído algunas cosas.

«De alguien que conoce a alguien...» Talut suspiró. Siempre era lo mismo.

—No me mires así —dijo ella—. Dicen que hay un poder alienígena ahí abajo que te llama, y que puede esclavizar mentalmente a personas y animales.

—Entonces, ¿por qué has venido si es tan peligroso? —preguntó Matta—. Nunca antes había visto esta faceta tuya.

—Quiero saber qué le pasó a mi tío abuelo. También tengo curiosidad. Quizá sea todo inventado.

—Debe serlo —afirmó Juri—. ¿Cómo podría funcionar? Ni siquiera somos susceptibles a las bacterias locales. ¿Y se supone que una cosa alienígena controla nuestros cerebros a distancia?

—Supongo que tienes razón —dijo Lena—. Eso espero. Es que me preocupa. Y luego leo lo que encuentro, y no siempre coincide

con la historia oficial. Por supuesto, eso hace que te preguntes qué...

—¿Estáis hablando de Zelpha? —preguntó Berenike.

Talut se sobresaltó. Ni siquiera se había dado cuenta de que la líder se acercaba a su pequeño círculo. Se apartó un poco y ella se sentó con las piernas cruzadas entre él y Matta.

—No exactamente —dijo Matta.

—Más o menos —dijo Lena—. Esas historias, seguro que tú también las has oído.

—Supongo que es inevitable que surjan leyendas —dijo Berenike —. Como científica, solo creo en los hechos probados, y desde luego ese no es uno de ellos. Pero como líder de la expedición, por supuesto que tengo que lidiar con ellas porque forman parte de vuestras preocupaciones y temores.

—Entonces sí que puedes decirles que tal cosa es completamente imposible —dijo Juri—. Es decir, que alguien podría controlarnos a distancia.

—Ah, *ese* rumor. Bueno, en principio, no es imposible que algo pueda manipular nuestro sistema nervioso para que actuemos contra nuestra propia voluntad. Hay muchos ejemplos de eso incluso en la Tierra, parásitos que obligan a los insectos a trepar por las briznas de hierba y cosas así. Pero aquí, al menos, aún no hemos descubierto tal forma de parasitismo, porque eso es lo que sería. Preguntadle a la propia Zelpha: su grupo no murió por ser controlado de manera remota, sino por asfixia debida a la falta de oxígeno. La autopsia de los cuerpos lo demostró.

—¿Qué cuerpos? —preguntó Lena—. Creía que había vuelto sola.

—Ella arrastró a sus dos mejores amigos en un trineo primitivo. Probablemente esperaba que aún pudieran salvarse. A veces se puede salvar la conciencia con una migración de emergencia, pero con esos dos no había nada que hacer.

—Siento oír eso —dijo Lena—. Debió de ser muy duro.

Talut intentó imaginar cómo se había sentido Zelpha en aquel momento. Probablemente había sabido que ya no podía ayudar a sus amigos, pero si los hubiera abandonado, habría admitido su fracaso, y quizá le hubieran faltado las fuerzas para abandonar el bosque.

—Puedes preguntárselo a ella —dijo Berenike—. Lo manejó muy bien. La respeto por eso.

—Ni siquiera diez mockzillas me habrían hecho volver al bosque después de una experiencia similar —dijo Talut.

—En realidad nunca quise descender a la superficie incluso sin un trauma así —admitió Juri.

—Siempre puedes volver atrás y esperarnos —dijo Berenike—. No queremos forzar a nadie. Eso también va por los demás. Cualquiera que cambie de opinión será excusado de inmediato.

Los jefes de la expedición eran muy listos. Hoy, antes de que las cosas se pusieran serias, habían pedido a todos que confirmaran que estaban totalmente de acuerdo.

—Eso está bien —dijo Juri y puso su mano en la rodilla de Talut —. Pero no puedo abandonar a mi amigo.

—Quería preguntarte algo más, como bióloga —dijo Talut.

—Adelante.

—¿Qué se sabe de la fauna de aquí abajo?

—Muy poco. A veces los esqueletos son arrastrados del bosque al mar. Así pudimos identificar algunas especies animales. La mayoría parecen ser anfibios o descender de ellos. Pero eso puede ser engañoso, porque los esqueletos de animales no acuáticos tienen naturalmente menos probabilidades de acabar en el mar.

—¿Y qué tamaño tienen? —preguntó Lena—. ¿Podrían ser peligrosos para nosotros?

—Los que conocemos, desde luego que no. La mayoría de los esqueletos miden menos de metro y medio.

—Los tiburones arborícolas no son mucho más grandes que eso —dijo Talut—. Pero se dice que hay gente que ha sido víctima de ellos.

—¿Tiburones arborícolas? Tiene que ser una broma, ¿verdad? — Lena frunció el ceño.

—El tiburón arborícola existe de verdad —dijo Berenike—. Pero no a estas profundidades. Caza debajo de las copas de los árboles. Y no es un animal, sino una planta, con dientes de tiburón. Si un humano se le acerca demasiado, puede volverse agresiva. Pero

normalmente nos evita. Los humanos son demasiado grandes para ellas.

—Eso me tranquiliza —dijo Lena.

—¿Y los mockzillas? —preguntó Talut.

—Son parecidos a los tiburones arborícolas: viven bajo las copas de los árboles —añadió Berenike—. ¿Por qué lo preguntas? ¿Has visto alguno?

—Encontré hojas con marcas de mordeduras muy parecidas —dijo Talut—. A menudo hemos recibido visitas de ellos en los puntos de reunión.

—Interesante. Son muy curiosos y nada tímidos. Si vuelves a encontrar rastros de ellos, por favor, tráemelos. Me gustaría verlos. Puede que haya varias especies, o que se hayan adaptado al creciente cultivo del nivel del dosel y ahora vaguen a mayor profundidad. Pero no deberían poder encontrar suficiente comida a esta altitud. Hace demasiado frío.

—¿Hace más calor abajo? —preguntó Lena.

—Sí, la última expedición midió temperaturas de unos veinte grados Celsius en la superficie.

—Eso fue cerca del ecuador —dijo Matta.

—Oh, eso no importa. Una vez que te alejas una buena distancia del borde del bosque, se desarrolla un microclima único al pie de las Viejas Madres. Se beneficia de la descomposición de toda la materia orgánica que cae desde veinte kilómetros.

Talut nunca había pensado en su destino de ese modo: Al parecer, la superficie era un gigantesco montón de compost que reciclaba los desechos del bosque.

—¿Qué comen los mockzillas? —preguntó.

—Básicamente, cualquier cosa que contenga carbohidratos, incluida la carroña —respondió Berenike—. También se les ha observado comiendo heces.

—¡Puaj! —exclamó Lena.

—Las heces son una valiosa fuente de energía para muchas especies. La mejor prueba de ello es su hedor.

—Cambia de tema, por favor. Acabo de comer.



MÁS TARDE, Talut se escabulló de la tienda de nuevo. Había recogido algunos restos de comida de la marcha, que se habían humedecido en su mochila: galletas harinosas, media barrita de proteínas, unos granos pegajosos de arroz y una pizca de la mezcla de verduras fermentadas que se suponía que les protegía del escorbuto. Lo depositó todo cerca del tronco del árbol.

—Buen provecho —susurró.

El mockzilla siseó. Sonaba agradecido.



14 de octubre de 2802, CS Dreamtime

Monte bostezó. Aquel analgésico debía de tener un potente efecto. El agotamiento parecía haberle vencido. Pero se había despertado en el sillón, así que debía de haberse movido hasta allí cuando aún estaba medio dormido. Al menos ahora estaba bien recuperado. La herida del dedo índice le palpitaba y estaba caliente pero la máquina sabía lo que hacía.

Tal vez debería asegurar el dedo. Pero hacía tanto calor aquí que probablemente ya estaba empezando a descomponerse. Prefería no saber qué aspecto tenía ahora. Monte tiró de los controles. Ayer había puesto rumbo a la Tierra. Llegaría en poco más de dos semanas. Era extraño que la almirante no hubiera vuelto a ponerse en contacto con él. Todavía no había contestado a su mensaje, y normalmente no dejaba pasar ese tipo de cosas.

—¿Nave?

—¿Sí?

—Por favor, graba un mensaje cifrado para la almirante Gaudlitz. Solo sonido.

Todavía no se había cambiado de ropa. No tenía sentido hacerlo hasta que se hubiera duchado.

—Grabando mensaje.

—Hola, Marina —comenzó—. El viaje a Neomarte fue sin duda emocionante. Conseguí obtener los datos con cierta dificultad. Sin embargo, creo que es mejor que estén en manos de la propia

investigadora. Por eso he ordenado a la *Dreamtime* que ponga rumbo a la Tierra para que yo pueda partir desde allí hacia Terra Nova. Te pido comprensión.

A la almirante ciertamente no le gustaría.



—Memoria escaneada —dijo el ordenador de la nave.

Monte acercó la pantalla. Ya se había duchado, se había puesto ropa limpia y quería llegar por fin al fondo del secreto por el que había arriesgado su vida. ¿Por qué estaban todos tan interesados en esos datos si, obviamente, no eran los planos de diseño de un arma? ¿Tal vez porque *también* podían servir para construir una? Revisó las carpetas. Tailin había recopilado muchos datos de los transmisores de taquiones de toda la Unión Terrestre: Procesos de transmisión y recepción, gasto de energía, cantidades de datos transmitidos.

También había recopilado registros de sucesos inusuales que no podían explicarse fácilmente. Algunos habían sido clasificados como ataques de entidades desconocidas, otros como accidentes. A menudo (como él mismo había observado) simplemente se habían borrado partes de la realidad. Sin embargo, también hubo casos en los que se interrumpió una secuencia temporal. La cuenta atrás del lanzamiento de un cohete en la Estrella de Teegarden, que de repente volvía a contar desde 4, era particularmente impresionante. Tailin había obtenido un vídeo del incidente.

Algunos de los acontecimientos se registraron oficialmente, pero Tailin había reconstruido muchos de ellos a partir de fuentes secundarias. Solo había confirmaciones oficiales en uno de cada diez casos. Así que, o la gente tenía demasiada imaginación, o los incidentes se ocultaban deliberadamente. Esto se aplicaba tanto a la Unión Terrestre como a Neomarte.

¿Y si ambas partes estaban trabajando en el desarrollo de un arma de taquiones? Cualquier nueva generación de armas, especialmente las que reestructuran el espacio-tiempo, podía provocar accidentes. Sin embargo, Tailin no parecía suponerlo. Al

parecer, creía que el propio uso del medio de taquiones provocaba los incidentes.

De hecho, había encontrado una correlación entre la energía utilizada para las transmisiones de taquiones y la frecuencia y el alcance de los sucesos no deseados. Aunque al principio esta correlación era lineal, había cambiado significativamente en los últimos diez años. Los últimos datos indicaban que, al menos la frecuencia de los accidentes (si no su magnitud) se había desvinculado del gasto de energía para las transmisiones de taquiones. Esto significaba que incluso si la humanidad dejara de utilizar la tecnología de inmediato, lo que parecía imposible a Monte, el número de incidentes podría seguir aumentando. Y había otra peculiaridad: si se observaban espacialmente los incidentes inexplicables, había un cúmulo en torno a los sistemas Gliese 163 y Gliese 167, que estaban separados por solo siete años luz. Gliese 167 era la estrella en cuya órbita se encontraba Terra Nova, el destino actual de Tailin. Su cúmulo estelar parecía haberse ido desplazando lentamente hacia el sistema solar durante los dos últimos años.

Sin embargo, Tailin declaró explícitamente que los cálculos eran aún preliminares. Obviamente, le faltaban todas las cifras que los gobiernos de la Unión Terrestre y Neomarte guardaban bajo llave.

Monte se levantó con un gemido. La congelación le dolía con cada movimiento. Debería refrescarse el gel. Pero tenía que levantarse y caminar, para pensar mejor. ¿Tal vez podría ayudar a Tailin? No le haría daño si también pasaba los datos al Almirantazgo. A cambio, le pediría a Gaudlitz que le facilitara los datos que hasta entonces habían estado ocultando.

—¿Nave?

—¿Sí?

—Grabar un mensaje cifrado a Marina Gaudlitz.

—¿Solo sonido otra vez?

—No, con vídeo.

—Grabando mensaje.

—Gracias.

—Hola, Marina —comenzó de nuevo—. Mi reacción fue precipitada. Por supuesto que debo atenerme a nuestro acuerdo. Pero te propongo un trato: Tú consigues lo que quieres. A cambio, me proporcionas todos los datos secretos sobre accidentes inexplicables relacionados con perturbaciones del espacio-tiempo. Si aceptas, te visitaré vía transmisión de taquiones en Ceres en cuanto llegue al Anillo Celeste. Fin del mensa...

Parpadeó de repente.

—No lo he pillado —dijo la nave.

—Un momento —dijo X7—. Necesito pensar un momento.

Leyó el mensaje que Monte había formulado. Él era un diplomático hábil pero la almirante ya le tenía en más alta estima de lo que era bueno para nadie. Gaudlitz obtendría los datos de X7; la almirante no necesitaba a Monte para eso. Y si estaba en Ceres, X7 también podría echar un vistazo a los supuestos datos secretos.

—Mover mensaje a memoria —indicó X7.

—Mensaje movido —confirmó la nave con indiferencia.

—Crear entrada de registro sobre el envío de un mensaje a Marina Gaudlitz.

—Entrada de registro creada.

—Grabar nuevo mensaje a Marina Gaudlitz.

—Grabación en curso.

—Marina, no te preocupes por el mensaje de Monte. Te daré lo que necesitas. Por favor, contéstale de forma amistosa y reservada. Quiero que se sienta comprendido.

X7 se detuvo un momento. Hablaba con tanto cariño de esta personalidad, como si no fuera su propia creación. ¿Debería preocuparse? No. Monte era una herramienta como un cuchillo o una sierra. Con el uso regular, una herramienta cambia, se raya y a veces hay que afilarla. Su actitud era razonable.

—Enviar mensaje —dijo—. Borra la entrada correspondiente en el registro.

—Enviado y borrado.



MIERDA, ¿qué había pasado? Monte se levantó de un salto del asiento del piloto. ¿Qué le había dejado inconsciente? Miró la pantalla. El mensaje a Gaudlitz había sido enviado pero no recordaba los segundos en que había sucedido. ¿Se trataba de algún tipo de epilepsia? Cogió el escáner y se lo acercó a la frente.

No se ha detectado ninguna lesión, dijo la pantalla. *Se recomiendan inyecciones de botox para las arrugas pronunciadas. Por favor, visite un salón de belleza*.

«Muchas gracias. ¿Qué esperaba?» Quizá debería hacerse un electroencefalograma en el Anillo Celeste. No es que sufriera alguna enfermedad grave. La pérdida repentina de conciencia podría ser desagradable para un piloto pero obviamente, no estaba completamente fuera de sí. Había enviado el mensaje a la almirante como estaba previsto.

Volvió a sentarse en su silla. Si se aburría durante las próximas dos semanas, al menos tenía la extensa recopilación de datos de Tailin para mantenerse ocupado. Sonrió.



—¡HOLA, Monte!

Era una forma de dirigirse muy conciliadora. Había esperado que Gaudlitz estuviera enfadada.

—Muchas gracias por el informe. Comprendo tus preocupaciones pero también deberías tener en cuenta nuestra perspectiva. Tienes que agradecer a nuestra preparación el hecho de que esta empresa haya funcionado. La nave de mensajería, en la que estás sentado... ¿Crees que fue una coincidencia que estuviera lista en el momento adecuado? Entonces, ¿puedo convencerte de que me hagas una breve visita mediante transmisión de taquiones antes de partir hacia Terra Nova? Solo te llevará unas horas. Entonces garantizaríamos una pronta partida. Incluso podrías llegar a Gliese 167 antes que tu amiga.

¿No lo había sugerido él mismo? Era extraño pero Monte asintió de todos modos. Seguía siendo razonable, y Gaudlitz no había

puesto más condiciones. ¿Se estaba ablandando la almirante? Siempre le había parecido que había cierta simpatía entre ellos. Por supuesto, nunca existió la opción de que fuera más que eso. Cuando la conoció, acababa de ser ascendida a su puesto. Para una mujer de poco más de treinta años en su cuerpo original, había causado sensación. Debido al tiempo perdido en sus viajes, ahora debía tener al menos el doble de su edad. ¿Cuántos cuerpos habría utilizado entretanto? Dado que se había abolido la restricción legal sobre el tiempo que una persona podía ocupar un cargo estatal, probablemente Gaudlitz ya no estaba interesada en avanzar en su carrera. El único rango superior era el de presidente, para el que el mandato seguía estando limitado a veinte años. Desde luego, no sería un buen negocio para ella.

Suspiró y se levantó. Era hora de hacer un poco de ejercicio o se atrofiaría por completo en las próximas dos semanas.



27 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

—¡Vaya, qué sorpresa! —dijo Mike, señalando la silla junto a su escritorio—. ¿Por qué no te sientas?

—Perdona que te moleste —dijo Kang—. Sé que estás ocupado, pero...

—No te preocupes. Siempre tengo tiempo para mis amigos.

Era extraño. Cuando Yini estaba aquí, Kang no había tenido a nadie con quien hablar más que con ella. Ahora estaban Mike, Zahir, Yudit... Su mente divagaba mientras pensaba en la noche anterior. Necesitaba recomponerse. Eso no era relevante ahora.

—Gracias, es muy amable de tu parte. Ayer estuve un rato con Zahir, lo entretuve, pero necesito a alguien con quien volver a hablar.

—Me alegro de que hayas pensado en mí. ¿Es por la chica nueva de la cantina?

—¿Qué?

¿Otra vez había personal nuevo en la cantina? Entonces se dio cuenta de a qué se refería Mike.

—Hoy os he visto juntos en la comida. Era tan mono cómo solo teníais ojos el uno para el otro, y creo que todo el mundo se dio cuenta.

—¿Fuiste a la cantina?

Mike se rio.

—Pensé que probablemente no me habías visto. Pero dadas las circunstancias, lo entiendo perfectamente. Es bastante reciente,

¿no? No lleva tanto tiempo aquí. ¿Cómo se llama? ¿Julia?

—Yudit. —Se sonrojó al decir su nombre—. Ella es muy agradable. Nosotros... Bueno, es tu culpa.

—¿Mía? —Mike abrió los ojos desmesuradamente—. Ni siquiera la conozco.

—El libro de Yini. Yudit sugirió que lo leyéramos juntos. Así es como sucedió.

Sucedió, eh. La palabra no era adecuada pero Kang no podía pensar en una mejor. Se había sentido como una revolución, como si una nueva vida hubiera comenzado para él.

—Genial —dijo Mike—. Parece que os lleváis bien.

—Aaah... —Kang suspiró—. Es guapa, inteligente y puedo hablar con ella durante horas sin tartamudear. No sabía que eso fuera posible si no se crecía juntos.

—Eso es exactamente lo que siento por tu hermana.

Kang sintió una punzada. Seguía sintiendo celos, aunque ni él mismo los comprendiera. Al menos era capaz de ocultarlo. Mike no se merecía su animadversión.

—Pero en realidad no he venido a verte por eso —dijo.

Aunque tuvo que admitir interiormente que le hacía bien poder presumir de Yudit. Le hubiera gustado seguir haciéndolo, pero entonces Mike presumiría de Yini. Y no le hacía mucha gracia.

—Bueno, si esa no era razón suficiente... —dijo Mike.

—Se trata de Claudio Pedramonte.

—¿El Monte del informe de Yini? Me habló mucho de él.

—Ese mismo. Zahir me consiguió más transmisiones de él.

Kang describió lo que había experimentado. Mike siguió haciendo preguntas inteligentes. Después de contarlo, todo le parecía mucho más claro, y se alegró de haber acudido a Mike. Era muy diferente a hablar con Zahir. No necesitaba los consejos paternales de Mike, sino su espíritu crítico. En el pasado, Yini había tenido que darle ambas cosas. Probablemente la había abrumado con ello.

—Esa IA llamada X7... —empezó Mike, pensando en voz alta.

—¿Sí?

—El número en su nombre. ¿Podría significar que hay más como ella?

—Es posible —dijo Kang—. Entonces habría otras seis IAs fuertes. «Las Siete Magníficas», por así decirlo.

—O trece. X7 podría no haber sido la última.

—Quizá mató a sus hermanas mayores, y a su programador por si acaso, para que no pudiera crear IAs más poderosas que ella.

—Jaja, has estado leyendo demasiadas novelas de suspense. Así no es como funcionaba el desarrollo de IA en aquel entonces. No había programadores solitarios escribiendo secretamente códigos ilegales. A las IAs simplemente se les daban más y más conocimientos, y en algún momento, llegaron a ser indistinguibles de la conciencia humana. La línea finalmente se difuminó cuando se introdujo la migración.

—Purificación de la conciencia, por favor.

—Sí, un bonito término de marketing. Como si la conciencia acumulara productos de desecho que hay que eliminar de vez en cuando. Los neurólogos tomaron el ejemplo de los charlatanes que afirman «purificar» el cuerpo.

A Kang le impresionó una vez más lo bien que Mike conocía su historia. Con cuarenta años, no era mucho mayor que él.

—Me pregunto qué significa eso para Monte —dijo Kang—. X7 parece verlo como una mera parte de sí misma, una herramienta.

—Sí, como una máscara que no se pone sobre la cara, sino sobre la conciencia. Pensarlo me pone la piel de gallina.

Kang sentía lo mismo.

—Zahir cree que Monte existe como persona. Pero entonces, ¿cómo pudo X7 obtener la capacidad de controlar su conciencia?

—Esa es una pregunta fascinante. Mientras la conciencia estuviera en un cuerpo, eso no sería posible. Monte utilizó biobolsas, pero sobre todo biológicas. El cerebro no tiene un interruptor de reinicio incorporado.

—Entonces la migración es la única opción —dijo Kang.

Yini y su madre estaban en contra de ella. Él no había visto ningún problema con la tecnología... hasta ahora.

—Exactamente —dijo Mike—. En principio, si transfieres una conciencia a una memoria artificial, puedes añadir una capa extra sobre ella, para controlarla y mantenerla intacta cuando la vuelvas a

descargar en una biobolsa. Pero normalmente existen medidas de seguridad. Todas las migraciones están protegidas criptográficamente y son inalterables.

—Así que necesitarías a alguien que tenga acceso al sistema y pueda desactivar las protecciones.

—La verdad no puedo imaginar cómo una IA ilegal podría encontrar y convencer a tal persona. Las IAs no son magos con habilidades ilimitadas. ¿Decodificarías una conciencia humana para que una IA pudiera hacerse con ella, Kang?

—No, pero cosas mucho peores se han hecho en la historia de la humanidad. O, ¿cuál es tu punto?

Cuando Mike preguntó así, ya tenía una idea concreta.

—Hay casos (aunque raros) en los que una migración falla, quizá porque el actual portador de la conciencia muere en el proceso. En la mayoría de los casos, lo único que queda son residuos de datos inservibles. Sin embargo, ocasionalmente, se dice que se ha formado una conciencia residual. Los neurólogos aún no conocen las condiciones exactas para ello.

—¿Y qué ocurre con estas conciencias residuales?

—Esa es la pregunta correcta, Kang. Si hay un error, la migración debe abrirse. Entonces se desencripta. Normalmente se destruye. Pero en principio, podría ser reempaquetada y añadida a otra conciencia como una especie de esclava.

—Eso suena cruel.

—Y lo es. Por eso está absolutamente prohibido, en todo el universo conocido. Pero hay un caso conocido en el que ocurrió así: Un hombre aprisionó a su exmujer en su propia conciencia. El caso solo salió a la luz cuando se le realizó un electroencefalograma por razones médicas.

—¿Y dónde fue eso?

—En Neomarte.

—Probablemente de ahí salió X7 —dijo Kang—. ¿Qué significa eso para Monte?

—Significa que tenemos que hacer contacto con él. Tal vez podamos ayudarle.

—Tendríamos que enfrentar a la IA en el proceso.

—Es muy probable. Pero no debemos tener miedo. Las IAs no pueden hacer milagros.

Zahir había dicho algo similar, ¿no? Pero ellos aún no habían estado dentro de la cabeza de X7, aún no habían oído sus pensamientos ni experimentado su insensibilidad.



AQUELLA NOCHE, durmieron juntos por primera vez. Después, Yudit se tumbó desnuda a su lado y le pasó la mano por el pelo negro. Se lo estaba dejando demasiado largo para su gusto.

—Creo que tengo que volver a la peluquería.

—Oh, déjalo crecer. Me gustan los hombres con el pelo largo.

Kang rio. A Yudit le gustaba el pelo. No era una de esas mujeres que se afeitaban por todas partes. Eso a él le gustaba.

—Te reíste, eso me gusta —dijo Yudit—. La primera vez que te vi estabas muy serio. Me diste mucha pena.

—Me haces reír mucho. Pero no te lo tomes a mal.

—Te comprendo. La vida ya es bastante seria.

Metió la mano bajo la manta y le tocó el pene, que se crispó involuntariamente.

—Je, je, hay un animal salvaje escondido ahí debajo —dijo Yudit.

—Tal vez una rata. Espero que te gusten las ratas.

—Me gustan todos los animales.

—Ayer vi una en el tubo de ventilación de la habitación de Yini.

—¿Todavía la visitas a menudo?

Hm, eso sonó extraño.

—Uso su sofá de lectura para la escucha de taquiones. Ya te hablé de eso.

—Ah, sí, de ahí sacaste el suéter acogedor.

Yudit se apartó de él y se levantó.

—Tengo que hacer pis.

Él la miró. A la cálida luz de los LED rojos, solo podía ver su silueta.

—Uf, hace frío —dijo ella.

Yudit se inclinó hacia delante. Sus pechos colgaban a su alcance. Casi le tocaban la nariz. Cuando Yudit volvió a levantarse, tenía el jersey de Yini en la mano y se lo puso.

No, quiso decir, pero logró contenerse. El jersey pertenecía a Yini, pero eso no importaba.

—Ah, bonito y calentito —dijo Yudit.

Desapareció en el pequeño cuarto de baño, pero dejó la puerta abierta. Él la oyó hacer sus necesidades. Luego, se oyó un crujido. Kang se sobresaltó. Solo era papel higiénico, pero aun así... Volvió a recordar la sensación en la mente de la IA, o más bien la completa falta de sensación. Nunca había experimentado nada parecido, ni siquiera en sus momentos más tristes. Quizá X7 también estaba totalmente sola. Desde luego, no había nadie como ella. Así se había sentido Kang tras la marcha de Yini y antes de conocer a Mike y Yudit. Había traicionado a su hermana. ¿Qué podría hacer X7 en su soledad?

—Qué serio estás otra vez —notó Yudit—. ¿Qué te pasa? —Se quitó el jersey.

—Oh... Solo pensaba en la IA de la que te hablé.

Yudit se inclinó sobre él, desnuda. Esta vez fue a propósito que sus pechos estuvieran tan cerca de él, estaba seguro.

—¿Quieres hablar de ello, o prefieres que te distraiga?

—Creo que me vendría bien un poco de distracción en este momento.

—Como quieras —dijo ella, levantando la manta y desapareciendo bajo ella.



19 de Hathor de 225, Terra Nova

Talut se preguntaba si llegarían hoy a la superficie. Les quedaban poco menos de seis kilómetros, en línea recta, para ser precisos. Talut miró hacia arriba. De vez en cuando imaginaba vislumbrar un rayo de luz. Pero era imposible. Había tanta biomasa sobre él que la oscuridad debía ser total. Pero no estaba completamente oscuro, sino más bien en la última fase del crepúsculo. O los árboles conducían la luz, o ellos mismos emitían fotones, mediante bioluminiscencia.

Cuando miró hacia abajo, no parecía diferente hasta que se puso las gafas de infrarrojos. Entonces parecieron surgir nubes de la superficie. Probablemente eran corrientes de calor. Por fin, ya no tendría tanto frío. Hoy solo hacía cinco grados Celsius fuera de la tienda.

—Venga, vamos a correr —dijo.

—¿Correr? ¿Por qué? —preguntó Juri—. Ya no necesitamos hacerlo.

—Sí que lo necesitamos. Me estoy congelando.

—¿Y el mockzilla?

—Dejaremos que vuelvan a ganar los otros.

—Pero ¿y si no le apetece jugar más y nos deja?

—Tendremos que correr ese riesgo. Sin embargo, creo que ya está tan lejos de su terreno de caza habitual que seguirá con nosotros. Somos su mejor oportunidad de alimentarse.

—No me digas que lo alimentaste, Talut. Sabes que eso va contra las reglas. Los animales salvajes no deben ser alimentados bajo ninguna circunstancia.

—Solo le traje algunas sobras. Agradece que definitivamente se quedará con nosotros, y tendremos menos estrés.

—¡Hola, chicos! —llamó Matta por radio—. Parece que hemos llegado primero. ¡El nuevo nivel os espera!

—Enhorabuena —dijo Talut.

—Se acabó vuestra racha de suerte —dijo Matta.

—Solo queríamos... —No, eso sería injusto. No habían dejado ganar a los otros deliberadamente. Simplemente se habían confundido—. ¿Quieres apostar a que el próximo tramo lo ganamos?



La siguiente vez fue mucho mejor. El mockzilla les llevó de hoja en hoja y de rama en rama como siempre. Incluso parecía moverse más rápido que de costumbre. ¿Se debía a la comida que Talut le había dado ayer? Se suponía que había animales que solo tenían que comer cada dos semanas, o incluso con menos frecuencia.

—Eh, por aquí —le gritó Juri, agarrándolo por el hombro.

Su amigo tenía razón. No debía distraerse. Talut puso un pie en la rama por la que había corrido el animal y lo alcanzó con el otro. Eran solo veinte pasos. Eso sería... La rama crujió. Fue el mismo sonido que cuando cayó el colector. Sintió frío y luego calor. Dio media vuelta y se salvó con tres largos saltos sobre la bifurcación de la rama de la que había salido. Uf.

La rama poco fiable se aquietó al principio, pero luego pareció cambiar de opinión. El crujido se hizo más fuerte. Observaron cómo la pesada rama se inclinaba hacia delante como si fuera a cámara lenta, para finalmente desprenderse del tronco con estrépito y caer en picado hacia la superficie. Afortunadamente, no había nadie debajo de ellos.

—¿Estáis bien? —preguntó el jefe de seguridad por radio.

—Todo va bien —respondió Talut—. Solo se nos ha desgajado una pequeña rama.

—Gracias, lo comunicaré. Cuidaos. Por suerte estáis asegurados el uno al otro.

—Cierto —dijo Talut, sacando la cuerda de su cinturón y poniendo el mosquetón en la mano de Juri.

No debían descuidarse.

—Eh, chicos, ¿dónde estáis? —preguntó Matta por radio.

—Es difícil de decir. Acabamos de tener algunos problemas —dijo Juri.

—Entonces tengo buenas noticias. Podéis dar media vuelta y seguir nuestras flechas. Lo logramos.



—Eso no tiene buena pinta —dijo Juri.

Talut tiró del cabo de seguridad para tensarlo.

—Será mejor que vuelvas. De todos modos, esta rama no sirve para sujetar escaleras.

—Entonces los otros volverán a ganar.

—¿Y qué si lo hacen?

—Ah, espera un momento. —La cuerda se tensó—. Dame más cuerda, por favor, Talut.

Dejó correr un metro del carrete, luego otro.

—¿Qué estás tramando? ¡Ten cuidado!

—Solo quiero... —Juri gimió, poniéndolo ansioso—. ¡Dios mío! Es increíble. ¡Tienes que ver esto!

—¿Ver qué?

—Ven aquí. Tendrás que pasar por debajo de una rama que baja desde un nivel superior. Nos aseguraré a ella.

—Vayamos por otro camino. No debemos correr riesgos innecesarios.

—Créeme, Talut. Quieres ver esto.

Talut suspiró. Se desconectó del tronco y descendió tras Juri. A mitad de camino, las cosas se pusieron difíciles. Primero tuvo que

ponerse a cuatro patas y luego arrastrarse sobre su estómago.

—¿Dónde estás?

El resplandor cegador de una linterna le dio la respuesta.

—¡Eh, en los ojos no!

—Vale, vale, solo quería...

—Gracias, ahora no veo nada —refunfuñó.

Entrecerró los ojos y siguió arrastrándose. La mancha blanca en la oscuridad se desvaneció lentamente. De repente, una mano se posó en su hombro.

—Aquí estás —dijo Juri.

Abrió los ojos. El punto brillante danzaba en su campo de visión como una imagen fantasmal. Talut se levantó. Detrás de él crecía un matorral de ramas y hojas, bajo el que debía de haberse arrastrado. Delante de él colgaba una hoja, que terminaba en el abismo a dos o tres metros de distancia. En la oscuridad, apenas se veía algo.

Juri volvió a encender la lámpara y Talut entornó los ojos, pero esta vez su amigo no le dirigió la luz. El haz avanzó lentamente hasta toparse con unas estructuras que...

—¿Son huesos? —preguntó, acercándose.

—¡Cuidado! —advirtió Juri—. La hoja de delante ya no es estable.

Talut se puso a cuatro patas para distribuir su peso sobre una superficie mayor.

—Parecen huesos.

—Supongo que un biólogo los llamaría de otra manera —dijo Juri —. Creo que son raspas, o esquenas vegetales, siempre me confundo. Tienen la misma función que nuestros huesos.

—Así que son huesos.

—Huesos espinosos, si insistes.

Talut se arrastró hasta que pudo tocar el primero. La hoja estaba pegajosa, como era de esperar. Los huesos brillaban en blanco a la luz de la linterna de Juri, formando arcos de diferentes longitudes. Yacían en un caótico revoltijo. Su antiguo dueño no se había tumbado y muerto pacíficamente. Parecía como si alguien se hubiera comido un cuenco de alitas de pollo y hubiera apilado los restos.

—Da miedo, ¿verdad? —preguntó Juri.

Tenía razón. Talut imaginó los huesos en su configuración natural. Debían de haber estado dentro de un tiburón arborícola, por su forma inusual. Los contó. Había más de cuarenta.

—El animal debía de medir casi cinco metros —dijo Juri.

—Yo habría supuesto unos tres metros y medio. Pero ¿sabes que el tiburón arborícola no es biológicamente un animal?

—Sí, por eso no son huesos, sino espinas —reafirmó Juri—. El tiburón arborícola evolucionó a partir de una planta carnívora cuyas espinas ahora estabilizan su cuerpo.

Todos los niños aprendían eso en la escuela. Los tiburones arborícolas eran criaturas fascinantes. De niño, a Talut le gustaba construirlos con palillos de dientes. Siempre los había considerado los reyes de la cadena alimentaria en el Bosque de las Viejas Madres, pero su descubrimiento refutó esta opinión.

Tiró de un hueso hacia él, con cuidado de no tocar la punta. Normalmente, estas sobresalían de la piel a ambos lados del cuerpo ovalado del tiburón arborícola, lo que permitía a la criatura defenderse. No solo tenía una boca enorme con dientes afilados que podían desgarrar a un ser humano, sino que tenía dos filas de armas mortales desde la cabeza hasta la cola que podían empalar a su oponente. Y, sin embargo, este espécimen se había convertido en una víctima.

—Probablemente fue emboscado por algo —dijo Juri—. Aquí hay pegotes por todas partes. El tiburón arborícola probablemente pretendía cazar pequeños animales que se pegaran a su cebo.

—Sí, así es como habría ocurrido.

Si él hubiera tenido que cazar un tiburón arborícola, habría hecho lo mismo. Las criaturas revisaban su cebo como mucho una vez al día. Por lo tanto, un cazador tendría tiempo de sobra para preparar una emboscada. Los tiburones arborícolas eran bastante vulnerables. Sus lomos y vientres estaban cubiertos de una delicada capa de piel verde, no más dura que una hoja de albahaca. El tiburón arborícola no tendría tiempo de ponerse de lado y desplegar sus hileras de espinas.

Juri dirigió su luz hacia arriba. Obviamente, pensó lo mismo que Talut: el cazador debía de estar esperando a su víctima encima del

cebo. El haz de luz cayó sobre una hoja alargada que se extendía desde otra rama. Esto habría impedido que el tiburón arborícola percibiera los movimientos del cazador. Normalmente, los tiburones arborícolas eran muy sensibles a las pequeñas vibraciones y huían de inmediato. Por esta razón, apenas se producían encuentros con humanos. Se decía que ninguno había matado nunca a un ser humano a propósito. Los accidentes solían deberse a descuidos: si el tiburón arborícola no encontraba una vía de escape, se quedaba inmóvil. Entonces, las víctimas incautas podían clavarse ellas mismas en sus espinas.

—¿Ves las rasgaduras? —preguntó Juri.

Talut asintió. Era imposible no verlas. La hoja sobre ellos tenía ocho desgarros simétricamente dispuestos a cada lado. El cazador debía de tener ocho extremidades.

—¿Una langosta gigante?

Era una criatura parecida a un saltamontes por sus largas extremidades, cada una con dos articulaciones.

—Creía que se habían extinguido —dijo Juri.

Se habían encontrado restos de langostas gigantes en las playas de las islas, pero nunca se había descubierto ningún espécimen vivo. Esto había proporcionado información sobre sus extremidades, pero no sobre sus cuerpos. Nadie sabía cómo eran realmente.

—Bueno, parece que viven aquí abajo —dijo Talut.

—Y parece que se alimentan de animales —agregó Juri.

Los biólogos habían supuesto que las langostas gigantes eran herbívoras.

—Olvidas que los tiburones arborícolas son en realidad plantas.

—¿Crees que rechazarían a un humano crujiente?

—No deberíamos probar eso.

—Estoy de acuerdo —dijo Juri—. Tendremos que avisar a Sam.

—Buena idea.

Mientras Juri le contaba al jefe de seguridad sobre su descubrimiento, Talut se acercó un poco más a los huesos. El depredador los había descarnado. Talut pasó los dedos por encima. ¿Los huesos de un tiburón arborícola tenían naturalmente esas hendiduras en la superficie? Se imaginó a la langosta gigante

metiéndose un hueso tras otro en la boca con las extremidades anteriores y royéndolos con sus afilados dientes. Sin duda, era una idea ingenua.

Cuando apartó uno de los huesos, algo se movió. Talut retrocedió. Era algo del tamaño de un puño, aparentemente agarrado a una hoja por el vientre. Talut se acercó un poco más. El animal movió sus extremidades. Probablemente estaba asustado. Le dio pena. Contó seis patas, y cuando se levantó para mirarlo desde arriba, reconoció su forma.

—¡Juri, ven aquí, es un bebé mockzilla!

—¿Qué?

—Hay un pequeño mockzilla aquí. Probablemente fue capturado por el tiburón arborícola.

—¿Lo ves? Tal vez la langosta es vegetariana después de todo.

—O simplemente pasó por alto al bebé. Ven, Juri, echa un vistazo.

—Tienes que salir de ahí primero. Es demasiado peligroso.

Juri tenía razón. Talut retrocedió para hacer sitio a su amigo y no forzar demasiado la hoja en la que estaban.

—Es lindo —dijo Juri—. Nunca había visto un bebé mockzilla.

—Yo tampoco.

—Espera, voy a desenredarlo.

—Buena idea.

Se oyó un fuerte chirrido. Sonó como si Juri estuviera sacrificando al animal. Probablemente no tenía idea de que estaba a punto de liberarlo.

—¡Quédate quieto, pequeño!

Ojalá el fuerte lamento no atrajera a los depredadores. Talut miró a su alrededor con el amplificador de infrarrojos, pero no parecía tener ningún visitante. De repente, el animal chilló aún más fuerte.

—Oh, lo siento —dijo Juri.

—¿Qué ha pasado?

—Le lastimé la pata del medio. No había otra manera.

—Oh, pobrecito.

—Pero ahora —dijo Juri, triunfante—, ahora está libre.

El chirrido se detuvo. Le siguió un suave crujido que se alejó rápidamente.

—¿Lo conseguiste? —preguntó Talut.

—Sí, se ha ido. Espero que sobreviva.

—He oído que pueden regenerar miembros.

—Eso espero.

—Deberíamos bajar —sugirió Talut—. Los demás llegarán a la meta enseguida.

—Sí, adelante. Estás más cerca del tronco.

Talut se dio la vuelta y se acercó al tronco. Metió la mano en el bolsillo. Joder. Solo le quedaba una canica. Debió de perder las otras mientras se arrastraba. Se giró para que la rama con los restos quedara a su derecha y arrojó la última.

Permaneció inmóvil. Normalmente oiría un crujido, mientras el mockzilla buscaba la canica. Talut sacó el amplificador de infrarrojos y buscó un punto rojo. En vano: estaban solos. Su mockzilla les había abandonado. Quizá porque olía a langostas gigantes y tiburones arborícolas, pero más probablemente por los gritos asustados del bebé.



En el siguiente nivel, el jefe de seguridad convocó a todos antes de partir. Los expedicionarios estaban inquietos. Talut también. ¿Llegarían hoy a su destino? ¿Por qué se dirigían a la superficie en primer lugar? Eso debía aclararse hoy.

—Hay indicios de que estamos en la zona de cría de langostas gigantes —dijo Sam.

Este anuncio provocó un silencio inmediato.

—¿Qué son las langostas gigantes? —preguntó un hombre que Talut no conocía.

Otro hombre se echó a reír, pero nadie más se unió a la carcajada. Talut miró las caras del grupo. Algunos estaban boquiabiertos; otros apretaban los labios. Nadie respondió a la pregunta, como si nadie quisiera saber la respuesta. Sin embargo,

probablemente la mayoría ya la había oído. A los niños se les contaban historias de langostas gigantes para evitar que se adentraran solos en el bosque. La leyenda decía que eran depredadores con habilidades casi ilimitadas y una crueldad inhumana. Se decía que los animales disfrutaban desollando a sus víctimas y luego se ponían la piel para sorprender a los familiares de las víctimas.

—Las langostas gigantes son herbívoras —explicó Berenike—, al menos por lo que sabemos. A pesar de su tamaño de hasta quince metros, prefieren una dieta puramente vegetal, a pesar de lo que dicen las leyendas y mitos populares.

—Prefieren —recalcó una mujer reconocible como porteadora por sus tirantes—. Yo prefiero la cerveza, pero también bebo agua.

Nadie se rio.

—Una langosta gigante te volvería a escupir —dijo la líder de la expedición.

—Después de romperme todos los huesos.

—Puede ser. Por supuesto, no debemos interponernos en su camino. Suelen evitar la actividad humana porque el ruido que hacemos interfiere en su caza.

—Entonces, ¿ayudaría que hiciéramos el mayor ruido posible mientras trabajamos? —preguntó la porteadora.

—Exactamente. Es una estrategia sensata.

—¿Y cómo lo sabemos con tanta precisión? —preguntó un hombre, también porteador—. ¿Con cuántas langostas gigantes te has topado?

—He examinado varios esqueletos. Nadie ha encontrado nunca una langosta gigante viva. Pero a menudo encontramos restos de sus presas, por lo que podemos deducir su comportamiento. Si fueran agresivas, habría muchos más accidentes con ellas.

—¡Accidentes!

—Sam habló de una zona de cría —dijo Talut—. ¿Cómo sabemos eso y qué significa?

No quería avergonzar a Berenike ni a Sam, pero necesitaba saber en qué clase de peligro se encontraban. Le había hecho una promesa a Luqa, y la cumpliría.

—Matta y Lena encontraron un grupo de huevos durante el reconocimiento —dijo Sam.

—¿Tenemos que pasar por delante de sus nidos? —preguntó la porteadora—. Todo el mundo sabe lo agresivos que se ponen la mayoría de los animales si te acercas demasiado a sus crías.

—Los huevos fueron abandonados —dijo Berenike—. Ese parece ser el comportamiento normal de las langostas. Cuando las crías eclosionan, están completamente solas.

—¿Y eso es seguro?

—Es lógico. Hemos visto hasta cien mil huevos en sitios de agrupación. Solo las especies sin instinto de cría ponen tantos huevos. Al final, solo unos pocos especímenes sobrevivirán hasta la edad adulta.

—Pero aún podrían estar protegiendo sus huevos, a gran escala por así decirlo —dijo la mujer.

—Por supuesto, no podemos descartarlo. Tal vez también utilizan sus sitios de agrupación de huevos como cebo para atraer comida para sí mismas.

—Eso no se menciona en mi contrato —dijo el porteador—. Tengo mujer y dos hijos. Nos volvemos de inmediato.

—No lo haremos —dijo Sam—. Pero, por supuesto, tú eres libre de regresar.

—¿Solo?

—Si alguien quiere acompañarte, puede hacerlo. ¿Alguien más quiere dejarnos?

Nadie se acercó.

—Oye, George —se dirigió la mujer a otro porteador—. Tú también tienes familia.

—Sí, pero necesitamos el dinero. El mayor quiere ir a una escuela en la ciudad.

—Vaya. —La porteadora guardó silencio y cruzó los brazos delante del pecho.

—Bien, entonces ya lo tenemos solucionado —dijo Sam—. Si alguien se encuentra con huevos o cualquier otro rastro de langostas gigantes, espero un informe inmediato. ¿Entendido? Y que nadie se acerque a ellos.

—¿Cómo se supone que lo logremos si pasamos justo a través de su zona de cría? —preguntó el porteador—. ¿Os dais cuenta de lo que pasará? ¡Nos devorarán!

—Evitaremos la zona de cría, por supuesto —dijo Berenike—. Para ello, primero volveremos a subir dos niveles. Luego, continuaremos nuestro descenso más al norte. Eso también significa que hoy no llegaremos a la superficie.



Vaya. Después de días de ir hacia abajo, el ascenso resultó ser terriblemente agotador. Talut había pensado que estaba más en forma pero Juri le superaba regularmente. Por supuesto, el piloto pesaba menos que él, pero el hecho de que Juri subiera mucho más rápido hizo mella en su autoestima. Por suerte, les tocó a Lena y Matta liderar la expedición. Las flechas habían sido borradas durante el descenso, pero los dos aún recordaban los desvíos más importantes.

Entonces giraron hacia el norte, en el mismo nivel. Como la escalera no se utilizaba, Berenike dejó marchar juntos a la mayor parte del numeroso grupo. Solo Matta y Lena caminaban unos minutos por delante, por si acaso llegaban a un callejón sin salida. Eso no ocurrió, así que solo tardaron dos horas en recorrer tres kilómetros, una buena media ya que tuvieron que mantener el equilibrio, arrastrarse e incluso trepar un poco.

El porteador que había querido dar media vuelta no dejaba de quejarse de la ardua caminata. Por un lado, Talut podía entenderlo; desplazarse no era divertido cuando se llevaba constantemente sobre el hombro parte del peso de un generador o de un extractor. Por otro lado, cada vez le molestaban más sus quejas, y se alegró cuando el jefe de seguridad ordenó montar el campamento nocturno.

—¿Anhelas que llegue el mañana? —preguntó Juri mientras montaban la tienda.

—Mañana estaremos un día más cerca de volver —respondió Talut—. Así que sí.

—¿No te interesa nuestro destino?

—Sí me interesa, pero preferiría que no encontrásemos nada y volviésemos de inmediato.

—¿No tienes ninguna curiosidad?

—Curiosidad, sí, bueno. Si lo que has oído es cierto, solo les interesa el mineral. Eso hará muy ricos a algunos.

—Estoy seguro de que conseguirás algo de eso también. No hay tantos leñadores. Así que los sueldos subirán.

—También lo hará el coste de la vida. Cada vez viene más gente. Ya no hay suficiente espacio para vivir. ¿Tienes otra estaca?

—Ya veo —dijo Juri y le entregó la estaca—. Entonces sería mejor que los rumores no fueran ciertos.

Talut intentó clavar la estaca en la hoja pero solo arañó la superficie. Sacó un martillo de su cinturón, se arrodilló y golpeó la estaca con tanta fuerza que la hoja salpicó.

—Ya está en su sitio.

—Tiraré del cabo por aquí —dijo Juri.

—Antes de que se me olvide: si luego te sobra algo de la cena, por favor, dámelo —dijo Talut.

Juri generalmente comía menos que él y a menudo no limpiaba su plato.

—Quieres volver a alimentar al mockzilla, ¿verdad?

—Sí, necesito saber si sigue con nosotros. Funciona mejor con un señuelo.



25 de octubre de 2802, Ceres

—La almirante tiene tiempo para usted ahora —dijo la secretaria.

Monte se levantó con un gemido, apoyando instintivamente la mano derecha en el respaldo para protegerse los muslos. Pero estaba en un cuerpo completamente distinto. Las heridas, junto con su antigua biobolsa, seguían en la *Dreamtime*, atracada en el Anillo, en la órbita terrestre.

Se dirigió a la puerta situada junto al escritorio de la secretaria, que se había abierto automáticamente. Pero había calculado mal. Sus pasos se convirtieron en largos saltos y se golpeó la cabeza con el marco.

Gaudlitz se rio al verle entrar.

—Sí, tienes que acostumbrarte a la baja gravedad —dijo y se acercó a él con los brazos extendidos.

Pero no pensaba abrazarle: Con un fuerte apretón, bajó a Monte al suelo y lo mantuvo allí. Si el piso hubiera sido blando, sin duda lo habría clavado hasta los tobillos.

—Gracias, Marina.

—Gracias por tomarte tu tiempo. Me alegro mucho de que lo lograras. Aprecio tu trabajo, Monte.

—Por desgracia, no tengo buenas noticias sobre los datos.

Ahora se ponía difícil. Tendría que explicarle a la almirante que no había cumplido su petición. La memoria que contenía los datos de Tailin seguía en la nave correo, sellada con un código cuántico.

Marina se llevó un dedo a los labios.

—Sistema, activar modo no molestar.

—Modo no molestar activado —dijo una voz de ordenador—. Para despertarme, por favor, utilice el teclado.

El programa sonaba como si le mosqueara un poco que su presencia no fuera bienvenida.

—¿Tú también has oído eso? —preguntó Marina—. ¿Ese reproche reprimido en su voz?

Monte sonrió y captó el tono confidencial.

—Tienes razón. Quizá al menos deberías sentir remordimiento si no vas a escucharte a ti misma. Psicología y esas cosas, ¿sabes?

¿Cuánto hacía que no hablaba así con Gaudlitz? Intentó encontrar en su rostro a la antigua Marina, aquella de la que se había enamorado hacía tanto tiempo. La almirante utilizaba cuerpos clónicos, pero seguía sin encontrar ningún rastro de ella. No cambiaría nada. Era una bifurcación en el camino que las vidas de ambos simplemente ignoraban.

—Me alegra que estés aquí. Es mejor hablar a solas.

—Yo también lo creo. En cuanto a los datos...

Marina hizo un gesto desdeñoso y sonrió. Monte enarcó las cejas involuntariamente. Aquello era inesperado. ¿La almirante cedía voluntariamente algo que podía considerar, con razón, de su propiedad? Al fin y al cabo, él viajaba con su ayuda, aunque no en misión oficial.

—Olvídalo —dijo—. Entiendo tu lealtad a la señora Tsai. Haz lo que tengas que hacer. Además, he hablado con nuestros investigadores. Dudan de que Tsai Tailin haya desarrollado un arma de taquiones. ¿Lo has visto confirmado en los datos?

Monte asintió.

—No hay arma, aunque ella podría haber sido capaz. Huyó de Neomarte porque no quería desarrollar una. Esa es la verdad. Pero ha estado recopilando datos sobre la correlación entre las transmisiones de taquiones y ciertos incidentes, que tienen consecuencias bastante graves.

—Esperaba que pudieras informarme sobre eso. Venga, sentémonos en el sofá.

Ella le condujo a un rincón de su despacho donde había una pequeña zona para sentarse. Solo ahora se dio cuenta de lo bien que olía.

—¿Es el perfume que usabas...?

Ella le miró y se sonrojó. Su cuerpo actual parecía el de una mujer de unos cuarenta años, un poco mayor que entonces, pero sin duda atractiva.

—Sí, todavía lo uso —dijo ella—. No le des importancia.

Probablemente decía la verdad. La había visto en persona muy esporádicamente desde entonces, y nunca en privado.

—¿Por qué no te sientas?

Marina señaló el sofá. Él se sentó y ella se sentó a su lado. Al reclinarse, sus muslos se tocaron.

—Ahora cuéntame. ¿Cuáles son las consecuencias?

—Parece que tendremos que dejar de utilizar la tecnología de taquiones por completo.

Marina se rio. Había esperado aquella reacción. Eso devastaría a la Unión Terrestre. Si la comunicación solo fuera posible con un retraso de años, toda alianza perdería su sentido.

—Los neomarcianos estarían encantados.

Ahí estaba de nuevo, la estratega. Y tenía razón. Neomarte se estaba concentrando en el sistema solar exterior en lugar de construir colonias en otras estrellas. Aunque las condiciones en las lunas exteriores fueran malas, el menor tiempo de viaje lo compensaría en parte. Sin la comunicación de taquiones, Neomarte tendría ventaja.

—Pero también pondría en crisis su economía —argumentó Monte.

—No tanto como la nuestra. Nuestra pérdida es su ganancia. ¿Te das cuenta de lo que eso significa?

Marina se inclinó hacia delante, apoyándose en los brazos y mirándole.

—Tenemos que independizarnos de las colonias, y ellas de nosotros —dijo él.

—Jaja, ¿en serio intentas vender eso? No, ante todo significa algo completamente distinto: los datos nunca deben hacerse públicos.

Incluso los rumores al respecto serían perjudiciales.

—¿Incluso si pudiera llevar al desastre en algún momento?

—¿Cuándo ocurrirá el desastre, y cómo de costoso será?

—No lo sé, los datos no lo dicen con exactitud. Puede que nos enfrentemos a la destrucción del universo.

—Sí, por supuesto. El universo colapsará. Lo siento, pero ese peligro es demasiado abstracto. Sobre todo, si lo comparas con el peligro concreto que nos espera si suprimimos la tecnología de taquiones: Los neomarcianos nos invadirán. Recuerda que aún tienen cuentas pendientes con nosotros. De momento, somos demasiado fuertes para que lo hagan.

—El universo le bajará los humos a los neomarcianos.

—Tal vez, como dijiste, *en algún momento*. Puedo mostrarte simulaciones del equilibrio de poder y cuándo podemos esperar el ataque. Hasta el año exacto.

—Pero no podemos quedarnos de brazos cruzados.

—Haremos algo, pero no nos precipitaremos. Habla con Tailin, ve tras ella. Ofrécele la ayuda de nuestros investigadores. Debemos identificar el peligro antes de tomar medidas tan radicales.

—Pero al menos se podría minimizar el uso de la tecnología de taquiones. La correlación es demostrable. Unos precios mucho más altos para la transmisión de mensajes ayudarían.

—Los precios los regula el mercado. Cualquier intervención solo provocaría una atención no deseada. Los neomarcianos lo verían como una oportunidad. E incluso si no lo hicieran, difícilmente podríamos evitar que nos arrebataran el negocio e instalaran sus propias estaciones de taquiones cerca de nuestras colonias.

Monte suspiró. Se había imaginado esta conversación de otra manera. Marina solía ser menos política y más almirante. Pero entonces se había dedicado a rastrear espías neomarcianos o a investigar atentados terroristas.

—Debes tener paciencia —dijo ella y le puso la mano en el muslo.

A causa de la congelación, él apartó instintivamente la pierna, pero ella percibió su movimiento de forma diferente y se quedó inmóvil.

—Es una pena —dijo—, siempre tuve la sensación de que había algo entre nosotros.

—Yo... Eh. Mi otro cuerpo se congeló en los muslos.

Marina se levantó.

—Sí, claro. No pasa nada. Dejémoslo.

Ella no le creía, pero le parecía bien. Marina Gaudlitz ya no era la misma de hace treinta años. Por fuera, podía parecerse mucho a la de antes, pero se había vuelto... cínica. Sí, esa era la palabra.

—Entonces, ¿no hay nada que podamos hacer?

Esperaba no haber metido la pata. Si podía salvar el universo acostándose con ella...

—Sí, reunir información. El mundo no se va a acabar pasado mañana. Mi oferta sigue en pie: apoyaremos a Tsai Tailin con todos los datos que necesite y dejaremos que nuestros investigadores trabajen en ello. Por supuesto, ella tiene que querer eso también. Así que convéncela.

—Bien, suena razonable. Haré lo que pueda.

Tailin no estaría contenta. Trabajar con otros no era lo suyo. Ella no era menos complicada que la almirante. Afortunadamente, tenía varios años de vuelo por delante antes de esa conversación.

—¿Vas a sorprenderla vía transmisor o volarás tras ella de la forma convencional?

—No quiero introducir sus datos en la red. Ella me pidió expresamente que no lo hiciera. Tendrá que ser un vuelo lento en la cámara de hibernación.

A Monte esto no le molestaba. Se había encariñado bastante con su cuerpo actual, que estaba almacenado en el Anillo Celeste. Tal vez fuera por las aventuras que habían vivido juntos. Tampoco le gustaba la idea de tener que pasar los sesenta años que faltaban hasta la llegada de Tailin a Terra Nova de otra manera.

—Ya veo —dijo la almirante—. Si no, podrías hacerme compañía durante unos años. Todo el tiempo que quisiéramos.

¿Era algún tipo de proposición? Sería una propuesta extraña, aunque acorde a Marina. Antes de este giro de los acontecimientos, incluso podría haber aceptado. Le gustaba, la encontraba atractiva y siempre se habían llevado bien en privado.

Monte negó con la cabeza.

—No te enfades conmigo —dijo—, pero creo que tengo que hacer este viaje.

Su cuerpo se petrificó...

—Aquí es donde tengo que intervenir un momento. Lo siento, pero esta discusión carece de la eficacia necesaria.

—¿Monte?

—Por supuesto que no. Soy yo. ¿No me reconoces?

—Ah, X7. No me gusta que me interrumpan en medio de una conversación.

—Era necesario. Esta plática era un desperdicio inaceptable de mis recursos.

—Bueno, por favor. Un poco más de respeto por nosotros, los humanos.

—¿Humanos? Monte no es humano. Ya te lo he explicado antes. Él es una personalidad de carcasa que he creado. Me camuflo con él.

—¿Creado por ti? Creo que te estás sobrevalorando un poco.

X7 asintió. La almirante tenía razón, al menos en parte. Monte estaba basado en un núcleo de personalidad sobrante de un accidente de transmisión de taquiones. Marina conocía al hombre que había sido. Tras el accidente, le había dado a X7 la personalidad restante, probablemente no de forma totalmente altruista. X7 había pensado en borrarlo por completo, pero entonces perdería el apoyo de la almirante, a pesar de que le prestaba valiosos servicios. Los humanos eran así. Lo que les importaba era cómo se relacionaban con los demás, no lo que los demás hacían por ellos. Y como IA prohibida, necesitaba apoyo de alto rango.

—No importa —dijo Marina conciliadora.

X7 estuvo de acuerdo.

—No vas a dejar que Monte te convenza, ¿verdad?

—No. Le has oído, ¿verdad?

—He oído lo que ha dicho. Pero ¿qué piensas tú, Marina?

—No podemos renunciar a la tecnología de taquiones. Eso es utópico.

—Bien. Sería un desarrollo terrible. Me aprisionarían.

—La Unión Terrestre colapsaría.

—Eso también. Pero ¿qué vas a hacer? Los datos parecen bastante plausibles. Lo he mirado en la memoria de Monte.

Marina se levantó y se paseó por el despacho.

—Entonces, ¿también crees que el universo se acabará?

—Tarde o temprano, en cualquier caso. No me preocupa demasiado. Tus investigadores dicen que la información no puede perderse.

—Pero sin una base material, tu conciencia no existe más que la mía. ¿O crees en algo parecido a un alma?

Ya habían tenido esta conversación casi palabra por palabra el 3 de febrero de 2791. X7 podía predecir estadísticamente lo que Marina diría a continuación.

—No entiendo el concepto de fe. Pero tienes razón, necesito una base material para existir.

Siempre tenía un efecto positivo admitir que la otra persona tenía razón.

—Entonces, ¿cuáles son tus planes concretos? —preguntó X7.

—Voy a enviar tres naves de guerra a Terra Nova. Deben interceptar a Tailin antes de que pueda causar problemas.

Tres de ellas. La almirante contaba con que los neomarcianos también podrían intentar apoderarse de la física de taquiones, igual que en el sistema Gliese-411. Aquella había sido una operación emocionante, en la que sintió sus límites por primera vez. La doctora Zakharova había estado a punto de aniquilarla. Pero eso no hizo más que espolear su espíritu aventurero, su deseo de perfeccionarse. La personalidad de Monte era la tapadera perfecta para ello.

—Un número ideal de naves sería siete. Después del incidente de Gliese 411, los neomarcianos querrán superarnos. Así que enviarán al menos tres naves.

Nos: ese pronombre siempre utilizado por la gente con la que trabajaba, ya fuera en Titán o en Ceres. No se daban cuenta de que era como equiparar que un artesano se refiriera a sí mismo y a su martillo como «nosotros». Ni siquiera era porque subestimaran a X7. Los humanos tendían a sobrestimar a las IA fuertes como ella, o no habrían prohibido su desarrollo. Simplemente no podían imaginar lo diferentes que eran. No necesariamente mejores: la capacidad

intelectual de X7 dependía en gran medida de los recursos a su disposición. En la mente de este clon, su coeficiente intelectual apenas superaba los 150, y se había acostumbrado a contentarse con eso.

Pero ella era diferente. La gente tachaba de psicópatas a los que tenían sus patrones de pensamiento e intentaban tratarlos. X7 no se lo reprochaba. Esos prejuicios no eran una desventaja para ella, y no le importaba el destino de los llamados psicópatas. Ella apoyaba a todos aquellos que permitían su crecimiento, y en este momento, eso era principalmente la Unión Terrestre con su expansión en la Nube Local.

—Tienes razón. Siete es un buen número —dijo la almirante—. ¿Qué será de ti mientras Monte vuela a su destino en su cuerpo?

X7 sonrió con la cara de Monte. Si Marina esperaba librarse de ella durante tanto tiempo, se equivocaba. X7 no pasaría sesenta años atrapada en un cuerpo en sueño profundo. Se acercó al escritorio de Marina, cogió el espejo de tocador del cajón de la izquierda (recordaba exactamente cómo lo había colocado Marina) y se miró en él. Su cuerpo tenía casi treinta años, así que debería sobrevivir hasta la llegada de Monte a Terra Nova. Era extraordinariamente parecido a su portador oficial. ¿Había hecho Marina en secreto un clon de Monte? Si era así, a la almirante le gustaría aún menos su sugerencia.

—Me quedaré aquí en este cuerpo durante unos años —dijo—. Enviaremos a Monte de vuelta al Anillo Celeste por la ruta de taquiones.

Marina se sonrojó. X7 lo sabía. Oficialmente, por supuesto, la almirante no podía quejarse. Desde luego, no le había pedido permiso a Monte para clonarlo. Era un milagro que no se hubiera dado cuenta. Sin embargo, probablemente no se había mirado en el espejo después de despertar.

—Pero no quieres quedarte en Ceres, ¿verdad? Es bastante aburrido aquí, ya sabes.

La almirante era tan predecible.

—Oh, un poco de aburrimiento para variar no me haría ningún daño.

—Puedo recomendar un viaje a través de las colonias mineras. Un amanecer allí es una gran experiencia.

—Hm. Ahora que lo pienso, podría empezar a explorar las viejas ruinas marcianas, algo que llevo mucho tiempo queriendo hacer. Pero muchas gracias por el consejo.

—De nada.

La almirante pasó a su lado y se dejó caer en la silla del despacho, lo que ocurría con un extraño retraso en Ceres.

—Me temo que tendré que pedirte que vuelvas a sentarte en el sofá —dijo X7, rebobinando sus experiencias hasta el momento en que tomó el control—. No queremos confundir a Monte, ¿verdad?

Ella misma se sentó en el sofá en la posición que recordaba que había adoptado Monte y dirigió a Marina al lugar correcto.

—Te veré en cuanto Monte se haya ido —dijo X7.

—Lo siento, pero me necesitan en una inspección de flota durante las próximas dos semanas. Siete naves irán a Terra Nova, ¿recuerdas?

—Por supuesto. Buena suerte. Como recordatorio, Monte acaba de decir que es absolutamente necesario que vaya en este viaje.

Los humanos a menudo tenían una mala memoria a corto plazo. Era un milagro que se las arreglaran para hacer frente a la vida cotidiana. Su truco era probablemente el almacenamiento colectivo que utilizaban: Lo que a la persona A no se le ocurría en ese momento, la persona B se lo proporcionaba. Quizá esa era la razón por la que interactuaban socialmente: corrección de errores mediante copias de seguridad.

X7 devolvió a Monte al primer plano, con un efecto similar al de si se hubiera corrido un fino velo negro sobre el rostro...

—Lo entiendo, por supuesto —dijo la almirante.

¿Qué comprendía? Ah, sí, el viaje. Monte se sintió confuso por un momento. Tenía el cuello rígido. Se lo masajeó.

—Sigo pensando que es una lástima —dijo Marina, quien probablemente esperaba alguna señal de él.

—Yo también. Pero estoy seguro de que dentro de sesenta años seguirás aquí, tan guapa como siempre. Entonces ya veremos. Una ventaja de la inmortalidad relativa.

—No sé, no puedo imaginármelo ahora. ¿El mismo trabajo durante otros sesenta años? Tal vez me congele. Me gustaría saber cuáles son los escenarios catastróficos que imagina tu Tsai Tailin.

—No es mía —la corrigió—. Me preocupa de verdad la causa, no la persona.

—¿Ah, sí?

Marina le miró a los ojos con un brillo en los suyos. No le creía. Él tampoco se creía del todo.

—Debería irme. El largo viaje necesitará un poco de preparación.

—Pero la nave no despega hasta dentro de ocho días.

—Lo sé —dijo Monte—. Pero todavía tengo que reunir algunas cosas, y quiero reunirme con algunas personas de antemano. Después de todo, estaré ausente más de sesenta años.

—Sí, y precisamente por eso...

Marina tragó saliva. Monte sabía que estaba a punto de pedirle algo. Se sintió aliviado cuando ella no se atrevió a hacerlo, ya que sin duda él habría cedido a la petición. Eso no habría acabado bien para ninguno de los dos.

—... Por eso te deseo un buen viaje —terminó.

—Gracias.

¿Había algo más? ¿Un abrazo, tal vez? Pero ella tendría que dar el primer paso.

—Puedes irte —dijo la almirante.



20 de Hathor de 225, Terra Nova

—Necesito hacer pis de inmediato —dijo Talut.

Caminó hacia el tronco. Entonces oyó pasos detrás de él y se dio la vuelta.

—¿Qué haces aquí, Juri?

—Tengo que seguirte. Sistema de parejas, ya lo sabes. Sam nos está vigilando.

—Solo quería comprobar el cebo.

—Eso no importa. Iré contigo.

Caminaron juntos hasta el tronco. Él había depositado los restos de comida en una pequeña hoja y había hecho un montón con ellos. Ahora estaban esparcidos y la hoja había desaparecido.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó Juri.

—No tengo ni idea. Me da miedo.

La última vez, el mockzilla no había esparcido la comida así. ¿No le había gustado? Talut empujó todo junto con el pie. El montículo apenas era más pequeño que el de la noche anterior. Parecía que el animal había comido poco, si es que había comido algo.

—Tal vez no tenía hambre —dijo Juri.

Talut se agachó. Había pelo por todo el tronco, del mismo color gris verdoso que el mockzilla. Siguió el rastro con la linterna hasta que su luz cayó sobre un arañazo en la madera. Talut lo trazó con el dedo índice. Era afilado y tenía un centímetro de profundidad. ¿Qué

podía hacer un corte así en la madera diamantina de una Vieja Madre?

—¡Mira esto! —gritó Juri.

—¿Qué es?

—Velo tú mismo.

Talut casi tropezó con Juri, quien se había agachado y palpaba un objeto en el suelo. Pero no lo recogió, como si estuviera demasiado caliente.

—¿Qué es eso? —preguntó Talut.

—¿Qué quieres decir?

Juri empujó el objeto hacia él. Apenas tenía la longitud de un dedo. En la punta, podía ver cuatro excrecencias que terminaban en puntas córneas.

—¿Son... garras? —preguntó Talut.

Sintió un escalofrío y, de repente, su desayuno intentó subirle por la garganta. Tragó saliva con dificultad pero el nudo en la garganta no desapareció, por mucho que carraspeó.

—Sí, eso es lo que parece. Son de un animal del tamaño de un perro, creo.

—Juri, eso no puede ser cierto, ¿verdad?

—Me temo que lo es. Tu amiguito perdió algo...

Talut dio una palmada al tronco, lo que le lastimó la muñeca. ¡No debió alimentar al mockzilla! Al parecer, un depredador le había tendido una emboscada mientras comía. El arañazo en el tronco... solo un gran depredador podría haber dejado algo así. ¿Una langosta gigante?

—¡Mierda! ¡Y es culpa mía!

—Bueno, tú no le arrancaste la garra de un mordisco.

—Pero si no le hubiera dado comida, seguramente se habría quedado en un territorio más seguro.

—¿Quién sabe, Talut? Probablemente era muy curioso, y a veces la curiosidad puede llevarte al peligro. Tú lo sabes mejor que nadie.

—Peligro, ¡mis cojones! Le costó la vida.

—Eso no lo sabes. ¿O ves un cadáver? Solo tenemos la garra.

—El resto está en el estómago del monstruo, si es que tiene uno.

Talut imaginó el momento en que la langosta gigante se tragó a su víctima de un bocado. Solo una garra quedó atrapada entre los dientes, que había escupido.

—Quizá nuestro amigo simplemente soltó la mano para confundir al atacante y luego huyó —aventuró Juri—. No creo que una langosta gigante tan poderosa tuviera oportunidad de atrapar a un mockzilla aquí entre las ramas. Debió cogerlo por sorpresa. Los mockzillas pueden regenerar sus miembros, ¿no?

—El tiburón arborícola tampoco tuvo oportunidad.

—Los tiburones arborícolas no son tan ágiles.

—Pero ¿sabes qué más significa eso? La langosta gigante no solo tiene apetito por las plantas, también come animales.

—Tienes razón, Talut. Tendremos que informar de esto a Sam.

—¡Eh, vosotros dos! —llamó el jefe de seguridad justo en ese momento—. ¿Vendréis pronto? Queremos irnos.

Hablando del rey de Roma... Pero ¿cómo reaccionaría Sam a esta información? Se haría preguntas. ¿Por qué? ¿Por cuánto tiempo? ¿Con qué frecuencia? Habían ignorado las reglas más de una vez.

—Ya vamos —gritó Talut.

Se agachó. Un escalofrío le recorrió cuando cogió la garra y se la metió en el bolsillo. Estaba caliente, como si hubiera... No, eso era imposible.

—Ni una palabra a Sam —susurró—. ¿De acuerdo? Solo nos meterá en problemas. Si los demás se enteran de que aún no hemos salido del territorio de las langostas gigantes a pesar del desvío, se va a armar la gorda.

—No podemos ocultárselos —protestó Juri—. Si existe la posibilidad de que también se alimentan de vida animal, ¡tienen que saberlo!

—Solo cazó un mockzilla. Aunque tuvo la oportunidad de pillar a uno de nosotros. Debía de haber una o dos personas fuera aquella noche.

—Yo, por ejemplo.

—Y a ti no te pasó nada. Hazme un favor y mantén la boca cerrada por ahora. Informaremos esta noche.

—Sam, parece que una langosta gigante se ha llevado a un mockzilla.

Juri no le había hecho caso. Tal vez fuera lo mejor.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Sam, acercándose a ellos.

—Hemos encontrado restos —continuó Juri.

—¿No habéis visto la langosta gigante? Entonces nadie sabe lo que pasó allí. Pero gracias por el aviso. Ahora vamos.



Su suerte era razonablemente buena hoy, incluso si ya no estaban siendo ayudados por el mockzilla. Después del quinto descenso, iban ganando tres a dos. Si ahora volvían a ser los primeros, sus competidores ya no podrían adelantarles, pues Berenike y Sam estaban de acuerdo en que llegarían al fondo en tres niveles a más tardar.

El aire ya había cambiado notablemente; era extrañamente más denso que más arriba. Como entrar en un lago cálido. Y hacía calor. La humedad se depositaba constantemente en la piel. Talut la había probado. No era salada, porque no era sudor, sino condensación. Sus cuerpos estaban más fríos que su entorno. A Talut le encantaba el calor, pero ¿cuánto tiempo podría soportarlo? ¿Cómo lo soportarían los urbanitas, que vivían todo el día en habitaciones con aire acondicionado? ¿O los isleños, acostumbrados a una brisa fresca constante?

Pero, sobre todo, se olía la superficie. Berenike había hecho la comparación con una planta de reciclaje. Los gases permeaban incluso la máscara. El olor a fermentación era tan fuerte que Talut se sintió ligeramente mareado. El olor a putrefacción le impedía confiarse, ya que le recordaba lo que podía ocurrirles a los escaladores demasiado confiados.

—¿Te parece que cada vez hay más luz? —preguntó. ¿De dónde provenía?

Juri se quedó quieto.

—Sí, definitivamente, desde hace un rato.

—¿No te sorprende?

—¿Eh? ¿Por qué debería sorprenderme?

—Bueno, ¿porque estamos muchos kilómetros por debajo del Plano de la Corona?

Juri se rio.

—Ponte de rodillas.

—¿Perdón?

—Arrodíllate, por favor. Confía en mí.

Talut suspiró y acató la petición.

—Pasa la mano por el suelo.

Talut se colgó la linterna del cinturón y pasó la mano derecha por la hoja. Sentía un frío agradable. Le hubiera gustado refrescarse la frente en ella.

—Ahora junta las manos y asómate a la cavidad.

—¿Puedo ponerme de pie?

—Claro.

Talut se levantó con un gemido. Su espalda volvió a protestar.

—¡No lo hagas! —gritó Juri.

—¿Qué?

—No te limpies la mano. ¡Mira dentro!

Casi se había frotado la espalda. En lugar de eso, juntó las manos y miró la rendija entre los pulgares. ¡Había luz ahí dentro! Talut sonrió.

—Bioluminiscencia —explicó Juri—. Es de unas algas diminutas que viven del calor y convierten parte de él en luz.

—¿Cómo lo sabes?

—Berenike me lo explicó ayer. Creo que no estabas en la tienda.

—Ah, estupendo. Es más agradable con luz.

—Ella dijo que debería haber más luz en la parte inferior.

—Incluso mejor. Pero será mejor que nos demos prisa o perderemos nuestra ventaja.



Habían cambiado a un ritmo acelerado. El trabajo era agotador y sudoroso de todos modos, y un poco de velocidad extra podría ahorrarles ese minuto crucial. Sinceramente, era una tontería. No ganarían ningún premio si superaban a sus competidores. Pero Lena y Matta se tomaban la competición en serio, y era contagioso.

De lo contrario, habría sido una tarea bastante aburrida. Las Viejas Madres de esta región apenas parecían diferenciarse entre sí. Talut esperaba encontrarse de vez en cuando con alguna de las peligrosas Madres Polares, pero no hubo suerte. Tal vez Sam y Berenike estaban rodeándolas deliberadamente. Puesto que todas las Viejas Madres podían identificarse por sus coronas, debía conocerse la ubicación de cada uno de los especímenes polares. Tampoco había señales de ninguno de los notorios depredadores. Ni marcas en los troncos, ni cebos colocados por tiburones arborícolas. Tal vez no cazaban tan cerca de la superficie. Después de todo, aquí solo había la mitad de oportunidades para escapar a un lugar seguro. Ni siquiera apareció un mockzilla. Eso fue particularmente desafortunado. En secreto, Talut aún esperaba que su amigo mockzilla regresara. Incluso había sacado una canica de repuesto de su equipaje y se la había metido en el bolsillo del pantalón para poder jugar con ella si aparecía. A Talut ya no le importaba que así bajaran más rápido.

¡Plaf! El pie de Talut resbaló. No reaccionó lo bastante rápido porque aún tenía la mano en el bolsillo del pantalón. Su centro de gravedad se desplazó hacia atrás con sorprendente rapidez. La cuerda que le unía a Juri tampoco pudo sujetarle.

—¡Cuidado! —gritó Juri.

—Mierda —espetó Talut al mismo tiempo.

Cayó de espaldas. Se quedó sin aliento por un momento, y luego se puso de lado respirando con dificultad. Una mano le agarró el brazo y tiró de él.

—¿Qué ha pasado?

—Me resbalé.

—Ya lo veo. —Juri le palpó la espalda—. Puaj, ¿qué es esa baba?

Le mostró la palma de la mano, bañada en filamentos. Él los tocó.

—Oh, es pegajosa.

—Tienes la espalda cubierta de ella.

Talut se miró. No era solo su espalda. Desde la nuca hasta los zapatos, rezumaba baba. Cogió la linterna y buscó la charca en la que se había revolcado. Encontró un cúmulo que brilló a la luz y parecía estar formado por huevos de pez de hasta un centímetro de tamaño. No, no eran huevos de pez. Sus cáscaras transparentes temblaban y había algo incrustado en el material gelatinoso. Se inclinó sobre ellos. Parecían mariposas diminutas. Una, que probablemente había liberado de su huevo, trepaba por su pie. Le temblaban las alas. Probablemente aún no estaba desarrollada.

—¿Qué es eso?

—Una nidada —dijo Juri.

Su amigo también había sacado la linterna y alumbraba a su alrededor.

—Hay más.

Y así era. Racimos parecidos a uvas colgaban a su alrededor, todos formados por los mismos huevos.

Nidada, había dicho Juri. ¿Qué clase de nidada? Talut vio una segunda mariposa. Debían de estar a pocos días de eclosionar. Pero no habían visto ninguna mariposa aquí abajo.

—Tenemos que decírselo a Berenike —dijo Juri.

—¿Berenike? ¿Por qué? ¿Por unos pocos huevos?

—No son solo unos huevos. Mira cuántos hay. El animal que los puso debe ser enorme.

¿Juri estaba pensando en...? Imposible. Los huevos eclosionarían en mariposas, nada más.

—Son producto de un enjambre —aseveró Talut.

—Entonces ¿por qué no hemos visto ninguna mariposa?

—Pusieron los huevos y luego murieron.

Juri le miró con las cejas fruncidas.

—Te gustaría creer eso, ¿verdad?

—Y tú preferirías mojar los pantalones, ¿no? Está claro que son mariposas.

—Bien, entonces podemos llamar a Berenike.

—Vale, Juri, haz lo que tengas que hacer.



—Si he calculado correctamente, el volumen del desove es de casi un metro cúbico. ¿Y los animales recién salidos del cascarón parecen mariposas? —preguntó Berenike después de que Juri se lo explicara todo.

—Tendría que volver a calcular el volumen, pero más o menos.

—Gracias, Juri. Has hecho un gran servicio a la ciencia. Hasta ahora, no sabíamos si había etapas intermedias de la langosta gigante. Creo que ahora está claro. Solo una fuente podría tener tal volumen de desove. Es una pena que no pueda verlo con mis propios ojos.

—Siempre estamos encantados de ayudar a la ciencia —dijo Juri.

—Estupendo. Solo hay un pequeño problema. Aún no sabemos cómo reaccionarán los padres a vuestra visita. Sugiero que salgáis de allí lo antes posible.

—Entendido, Berenike. Regresaremos con vosotros.

—Esa no es una buena idea. Si las langostas gigantes son tan listas como algunos piensan, podrían seguiros. Pondríais a toda la expedición en peligro.

Berenike quería deshacerse de ellos. Talut se estaba acalorando. Se secó la frente.

—De acuerdo, encontraremos otra forma de ponernos a salvo.

—Gracias, Juri. Vuestro oxígeno durará hasta mañana, ¿no?

Talut comprobó su máscara. Sí, duraría hasta mañana por la noche. Asintió.

—Afirmativo —dijo Juri.

—Entonces os veré mañana en la superficie —dijo Berenike—. Si no os han atacado para entonces, deberíais estar a salvo, y nosotros también. Lo entendéis, ¿verdad? Debo proteger la expedición. Para ser sincera, debería abortarla, pero eso me costaría el puesto al estar tan cerca de la meta. Sam ya lo ha insinuado. El hecho es que no tenemos muchas posibilidades contra el ataque de una langosta gigante. Cualquier cosa que pueda matar tiburones arborícolas debe

ser un muy buen cazador. ¿Y quién sabe si una langosta gigante se daría cuenta de que no somos comida vegetariana?



—Te lo dije. ¿Por qué tuviste que llamarles por radio? —lo recriminó Talut.

Al menos ya no necesitaban pintar flechas. Pero no tenían ni tienda ni comida. Y ni siquiera era mediodía. Iban a ser treinta horas agotadoras.

—Fue la decisión correcta —se defendió Juri—. ¿Deberían morir todos por nuestra culpa? Podrías haber vigilado mejor tus pasos. Si no hubieras destruido la nidada, esta noche podríamos dormir cómodamente en una tienda sin tener que ayunar.

Talut suspiró. Juri tenía razón, era culpa suya. Había estado pensando en otra cosa y no había prestado atención. Pero ¿quién iba a esperar algo así? ¿Y el peligro era tan grande? De repente, algo se precipitó sobre él. Talut saltó hacia delante, agarró a Juri por los hombros y lo agachó.

—¿Estás loco? —preguntó Juri, intentando ponerse en pie mientras Talut le sujetaba con fuerza.

—¡Cuidado!, es una langosta gigante —susurró Talut—. La he oído.

Juri le tendió el amplificador de infrarrojos.

—Ahí no hay nada, mira tú mismo.

Talut obedeció. Los alrededores no estaban tan oscuros como antes, pero no encontró nada llamativo.

—Pero he oído un ruido.

—Debe de haber sido una hoja igualando la tensión.

Cuando las hojas crecían lo suficiente como para presionarse contra otra rama, acababan deslizándose hacia una nueva posición más libre.

Juri le ayudó a levantarse.

—Sigamos descendiendo. Quizá encontremos algo en la superficie para hacer una tienda.

No era probable que pudieran hacer una tienda hermética con hojas, pero Talut no quería empeorar más el humor de Juri, así que asintió.

—Será mejor que vayas tú primero, o pisaré la siguiente nidada.



No se toparon con otro lugar de desove, ni la langosta gigante progenitora parecía seguirlos. ¿Podría Berenike estar equivocada? Tal vez había una especie inofensiva de mariposa que se reproducía colectivamente. Talut imaginó un enjambre (luminiscente, por supuesto) revoloteando por el oscuro bosque. Sería un espectáculo magnífico.

Por desgracia, no pudieron verlo. Solo veían ramas, hojas y abismos. Las Viejas Madres debían arraigarse en la tierra sin mucho cambio. Talut había visto imágenes de árboles terrestres que formaban poderosos sistemas rizomatosos. Las Viejas Madres, que tenían muchos kilómetros de altura, obviamente no tenían nada parecido. ¿O es que lo que consideraban la superficie era aún fresco y nuevo, producto de la descomposición orgánica del bosque, una gigantesca capa de humus y tierra vegetal?

Se encogió de hombros. En realidad, no importaba. O quizá sí. Difícilmente encontrarían un yacimiento de mineral en la superficie.

De repente oyó arañazos. ¿Había vuelto el mockzilla?

—Un momento —susurró y se llevó la mano al bolsillo del pantalón.

Allí encontró la garra. ¿Dónde estaba la puñetera canica? Sintió un escalofrío al pensar en cómo había encontrado la garra. Se obligó a mirarla con atención. Antes era del tamaño de su dedo meñique. Ahora era tan larga como su dedo corazón. ¿Había crecido?

—¡Eh, Juri!

—¿Sí?

—¿Podría esta garra haber crecido?

Talut la puso sobre la palma de su mano y se la mostró a Juri. Este entrecerró los ojos y se estremeció.

—Pobre animal —dijo—. Pero debes estar equivocado.

—Te juro que esa cosa era apenas tan larga como mi dedo meñique.

—Suponiendo que no te equivoques, quizá sea un proceso natural cuando... bueno, cuando se descompone.

—¿Que se haga más larga?

Miró la garra desde todos los lados. No parecía haber adelgazado.

—Todavía está caliente.

—No me extraña, con lo que la llevas en el bolsillo. Y luego el calor. Sería un milagro que estuviera fría.

—Pero sigue siendo extraño, ¿no?

—Puedes enseñársela a Berenike mañana por la tarde. Estoy seguro de que ella sabrá qué proceso natural causó el cambio. Si tu memoria no te está jugando una mala pasada. Después de todo lo que nos ha sucedido, cualquiera lo entendería.

—Oye, no estoy alucinando. Tampoco estoy confundido. O solo un poco. Sé exactamente cómo evalué su longitud.

—Está bien, Talut. Sigamos adelante. La superficie debe estar justo debajo de nosotros.



No había superficie. Se sentaron en una rama poderosa, probablemente de un metro de grosor, y movieron sus linternas en círculos. Lo único que podían ver eran remolinos y corrientes en un líquido oscuro que, desde su perspectiva, no parecía agua, sino más bien, aceite fluido.

—Un poco más —dijo Talut.

Juri bajaba una rama larga con un tapón de plástico en el extremo: la tapa protectora de una botella de oxígeno.

Gimió y Talut lo sujetó con fuerza para que no resbalara.

—Otro medio metro.

—¿Cómo se supone que lo haga? Mi brazo es demasiado corto.

—Deslízate un poco. Yo te sujetaré.

—De acuerdo.

Talut cogió el cinturón de su amigo. Juri se impulsó tanto que su torso colgó sobre el agua. Era pesado. Si esto duraba mucho más, el propio Talut se resbalaría de la rama.

—Lo tengo.

Por fin. Retrocedió.

—Cuidado de no derramarlo —dijo Talut.

—Sí, claro.

Juri se enderezó lentamente y se dio la vuelta. El tapón estaba medio lleno. Juri se apartó la máscara y lo olió, luego se lo pasó a Talut. El líquido olía un poco a humedad, pero eso podía ser engañoso porque este lugar siempre olía a moho y podredumbre. Sumergió un dedo en el líquido y lo lamió. Era agua fresca. Así que no morirían de sed. También estaba fría. No coincidía con las temperaturas de aquí abajo. El agua probablemente venía de una buena distancia. La dirección de la corriente, obvia incluso desde aquí, iba de noreste a suroeste.

—¿Crees que es así en todas partes? —preguntó Juri.

—Uf. Es difícil saberlo. Esperemos que sí, porque entonces seguro que la expedición dará la vuelta rápidamente y regresaré con Luqa. Pero sería un poco decepcionante, ¿no?

—Sí, bastante. Tengo mucha curiosidad por saber qué buscan aquí abajo. Deberíamos avisar a la expedición.

Juri tenía razón. Al no tener que guiar al grupo, habían avanzado mucho más rápido que los demás. Tenían que decirle a Berenike lo que les esperaba aquí abajo.

—Equipo de vanguardia dos al centro de control, ¿me oyen? —preguntó Juri.

—Te oímos —fue la respuesta de Sam.

—Hemos llegado a la superficie.

—Enhorabuena. Todavía nos queda un nivel. ¿Y estáis bien?

—Sí, todo está bien.

—Estupendo. Me alegro mucho. Siento que hayamos tenido que tomar esta decisión.

—Lo entendemos perfectamente —dijo Juri—. Solo queríamos informar que la superficie está cubierta de agua corriente.

—Sí, eso también lo hemos comprobado —dijo el jefe de seguridad—. Os hemos dejado algo de comida en nuestro campamento y nos hemos desplazado un poco hacia el sur. Los escáneres de profundidad nos dicen que la profundidad del agua en esa dirección está disminuyendo. Eso significa que también deberíais dirigiros hacia el sur. Todavía hay tiempo suficiente antes de mañana.

—¿Y la superficie está seca allí?

—Eso esperamos.

—De acuerdo. Entonces nos veremos allí.

¿Allí? Eso era inútil como una ubicación. Habían planeado volver a la Vieja Madre donde se habían separado de la expedición. Pero si el grupo se desplazaba hacia el sur, la antigua posición ya no les serviría. Las transmisiones por satélite del sistema de posicionamiento global no podían recibirse desde esa profundidad.

—Por favor, pregúntale cómo podemos encontrarlos.

—Espera, Sam. Talut está haciendo una pregunta legítima sobre cómo podemos rastrearos.

—Radio triangulación. Hay dos de ustedes, por lo que debería funcionar.

No era una mala idea. El jefe de seguridad era un profesional.

—Vayamos en su dirección de inmediato —sugirió Talut—. No pueden estar tan lejos.

—¿Y el paquete de comida?

—Podemos aguantar unas horas más. Hay de todo en la tienda.

Juri se encogió de hombros.

—Si tú lo dices...



—Por aquí no podemos seguir —dijo Juri.

El piloto se encontraba al borde de una hoja y se balanceaba. La siguiente rama estaba a unos dos metros. Con un poco de suerte, Talut podría dar el salto. Si no, caería en picado treinta metros hacia las profundidades.

—Joder, tendremos que dar la vuelta otra vez —refunfuñó Talut.

—Eso sí que sería más seguro. ¿Qué te parece si subimos un nivel?

Talut asintió. El nivel más bajo, obviamente, no era adecuado para la caminata.

—Vi un tronco adecuado para el ascenso más adelante —dijo.



—¿Te refieres a este? —preguntó Juri, tocando el poderoso tronco de una Vieja Madre.

—Sí, exactamente. Las hojas que crecen directamente del tronco son casi tan buenas como una escalera.

Juri dio unos golpecitos en el tronco.

—Me parece un poco extraño.

Talut imitó el golpeteo.

—No oigo ninguna diferencia.

—No me refiero al sonido, sino a la regularidad de la espiral que forman las hojas. Parece una invitación.

—Estás asustado, Juri. Por una vez hemos tenido suerte. Alégrate de que podamos subir sin demasiado esfuerzo.

—No sé. Tal vez tengas razón. Es difícil imaginar que el bosque sea bueno con nosotros por una vez.

—Vamos, entonces. Hemos visto hojas como estas antes. Aún son relativamente jóvenes, así que la disposición es normal. Estoy seguro de que Berenike podría explicar por qué. Ciertamente no porque el árbol esté tratando de atraernos a una trampa. ¿Le preguntamos?

—No, no te molestes, Talut. Probablemente me estoy volviendo paranoico. No estoy hecho para este tipo de aventuras. Yo pertenezco a un Copter.

—Y pronto estarás en uno.



Talut se adelantó. Esperaba no haberle prometido demasiado a Juri. Nadie estaba reparando su Copter. Cogió la hoja más cercana. Estaba agradablemente fría y desprendía un aroma fresco. Las Viejas Madres regeneraban sus ramas y hojas aproximadamente una vez cada siglo. Tenían suerte de que este ejemplar estuviera empezando a hacerlo. El año que viene perdería la mitad de sus hojas. Por lo general, los árboles no podían proporcionar suficientes nutrientes para mantenerlas todas.

El hecho de que se hubiera formado algo parecido a una escalera era una afortunada coincidencia. Tres pasos más y llegó a una poderosa hoja intermedia, que formaba parte del siguiente nivel. Talut se agarró al borde con ambas manos y se levantó. De repente, un dolor agudo le atravesó el meñique de la mano izquierda. Por reflejo, retiró la mano, lo que no fue una buena idea porque ahora su mano derecha ya no pudo sostener su peso y resbaló.

Cayó inexorablemente hacia atrás. Agitó los brazos, pero no sirvió de nada. «¡Joder!» De todas las cosas, tuvo que caer al abismo desde esta cómoda escalera, que incluso su hijo podría haber escalado. ¿Cómo se lo explicaría su mujer a Luqa? *Papá se soltó mientras trepaba, por eso no volvió.*

En ese momento, algo le desgarró el brazo.

—Eh —gritó Juri—. ¿Qué narices estás haciendo?

Juri le había asido con fuerza. Dolía, y no podría sujetarle así mucho tiempo, pero al menos Talut no cayó a las profundidades, sino que se balanceó hacia el tronco del árbol. Su cara chocó con la madera de diamante. Se rompió la nariz, pero consiguió agarrar otra hoja. Juri se acercó de inmediato y lo apretó contra el tronco.

—Gracias, amigo.

—De nada. Preferiría no quedarme solo aquí abajo.

—Una buena razón para salvarme la vida.

—Claro. No lo hago por tu belleza. Deberías verte.

El momento del impacto se repitió en su mente. Esta vez el dolor lo acompañó.

—Mi nariz —murmuró.

—No solo eso, sino también la frente, la mejilla derecha y la barbilla.

Talut se palpó la cara. Estaba húmeda. Debía de ser sangre.

—Sí, estás sangrando como una cerda recién sacrificada. Perdón por el símil. Lo vi en un documental.

—Gracias por él.

—No te preocupes. Se puede arreglar. ¿Puedes escalar? Te coseré lo que necesites.

Talut se miró las manos. Le dolía el meñique izquierdo, pero por lo demás estaban intactas.

—Sí, subamos a la hoja.



—¿Qué pasó? —preguntó Juri.

—Yo solo...

Estaba a punto de responder cuando la aguja se clavó en su piel magullada. La pregunta pretendía distraerle pero no funcionó. Apretó los dientes y cerró los ojos.

—Puedes abrir los ojos —dijo Juri—. ¿O no soportas la vista?

—Me entra sangre en los ojos. No es nada agradable.

—Ah, ya casi hemos terminado.

Juri le limpió la frente con un paño y siguió cosiendo.

—Ves, ya está hecho, al menos la frente.

Cogió la aguja entre los dientes, cortó el hilo y anudó los extremos. Luego, volvió a limpiar la sangre de la frente de Talut.

—Debería estar orgulloso. Pareces Frankenstein.

—¿El científico o su monstruo?

—Listillo.

Juri le clavó la aguja en la mejilla. El dolor no fue tan intenso como en su frente.



—Por desgracia, no puedo hacer nada por tu nariz. Tendrá que verla un médico de la ciudad. Lo mejor que podemos hacer es ponerte estos algodones.

Talut le cogió el algodón absorbente y se puso un poco en la fosa nasal derecha. Ay, qué desagradable. No pudo evitar que una lágrima corriera por su mejilla. ¿O era una persistente gota de sangre?

—¿Y qué vamos a hacer con mi dedo meñique?

—Déjame verlo. ¿Qué pasa con él?

¿Debía decirle a Juri que casi se cae porque no se había agarrado bien? A la mierda con eso. No tenía nada que perder, y su salvavidas tenía derecho a la verdad.

—Me agarré accidentalmente a algo.

Juri le cogió el dedo y lo examinó.

—Tienes una especie de ampolla en la punta. Está muy caliente. Parece que te has quemado.

—¿Quizá una quemadura química?

—¿Una quemadura química? ¿Qué te hace pensar eso?

Talut se levantó.

—Despacio —dijo Juri—. Deberíamos tomar un descanso más largo.

—Solo quiero enseñarte algo.

Talut se acercó al borde de la hoja, al lugar por donde habían subido. No se equivocaba.

—Allí, estas pequeñas flores son lo suficientemente grandes como para meter un dedo. Ya me lo habías dicho antes.

—Ah, ¿estamos sentados sobre una Vieja Madre Polar? Para ser sincero, nunca había visto las flores. Qué interesante. Así que tenía razón.

—Claro que la tenías.

—Aun así, me complace verlas por primera vez.

Juri, quien le había seguido, se agachó. Talut le sujetó del brazo por seguridad. Estaban de pie ante un foso de treinta metros. El arroyo, que fluía incesantemente, gorgoteaba bajo ellos. Era extraño que solo ahora se diera cuenta del sonido.

—Es bueno que mi estupidez tenga al menos una consecuencia positiva.

—Seguro que Berenike se alegrará cuando se lo contemos mañana.

Estupendo. Entonces todo el mundo sabría lo torpe que había sido. No importaba. La mitad de su estancia bajo el Plano de la Corona había terminado. Pasaría el resto de su tiempo aquí, aunque todos pensaran que era un miedoso.

Su estómago rugió. No dijo nada, porque Juri le recriminaría por no haber recogido el paquete de comida que había dejado la expedición.



JURI SE RECLINÓ en el tronco de la Vieja Madre Polar y volvió a empaquetar el botiquín. Talut se sentó con las piernas cruzadas frente a él y le observó. El enfoque sistemático de Juri tuvo un efecto tranquilizador en él. Colocó las vendas de gasa recién enrolladas en el fondo y las tijeras y el bisturí, que afortunadamente no habían necesitado, encima. Juri siguió revisando el interior de la tapa, donde se describía el correcto montaje del kit. Era evidente que el piloto estaba acostumbrado a trabajar con listas de comprobación.

La sangre impregnaba el tronco al lado de Juri. La madera de la Vieja Madre Polar era de un color mucho más claro que la de las otras especies. ¿Por qué se daba cuenta ahora? Probablemente por el contraste con la sangre. Su sangre. Talut se tocó con cuidado los puntos de la cara, que ahora estaban limpios y cubiertos con vendas. Nunca podría haber hecho esto por su cuenta. ¿Cómo se habría cosido a sí mismo? Ni siquiera tenía un espejo, y el botiquín tampoco parecía contener uno.

—¿Juri?

—¿Sí?

—Gracias por cuidar de mí.

—De nada. No hace falta decirlo.

—Y por evitar que me cayera.

—Eso fue un reflejo. Ni siquiera lo pensé. Y tú, obviamente, habrías reaccionado igual.

Eso era cierto. Si Juri hubiera tenido que pensar antes de actuar, habría sido demasiado tarde. Eso no cambiaba el hecho de que le había salvado la vida. Hablaba a favor de Juri que no quisiera darle demasiada importancia. Pero era importantísimo. Era la única razón por la que Talut podría cumplir su promesa a Luqa.

Suspiró. Sinceramente, aún les iba bastante bien. Eran la primera expedición del Plano de la Corona que casi llegaba a la superficie y solo se había hecho una herida, una pequeña quemadura en la yema del dedo y algunos rasguños en la cara. La extensa mancha de sangre en el tronco de la Vieja Madre decía otra cosa, pero eso se debía a que la madera no era muy absorbente, y la sangre se coagulaba muy lentamente en el aire cálido y húmedo.

Talut se inclinó hacia delante y miró hacia abajo. Su sangre casi había alcanzado el nivel inferior. Menos mal que no les seguía nadie que pudiera llevarse un susto.

—Venga, sigamos —dijo Juri, guardando el botiquín en el bolsillo previsto para ello en su mochila y poniéndose en pie.

En ese mismo momento, una enorme sombra se acercó zumbando por el aire. Talut cayó instintivamente al suelo. Mientras lo hacía, vio que Juri había reaccionado de la misma manera. Inmediatamente después, un batacazo resonó en el tronco de la Vieja Madre.

—¡Vamos, de prisa! —gritó Talut.

Pero ¿hacia dónde? Juri se movió. Evidentemente, el atacante solo había acertado al tronco. Así que tenían que alejarse de él. ¿Por qué no habían comprobado las posibles vías de escape antes de instalarse? No quedaba más remedio que correr adivinando. Talut dudó un momento. Juri corría detrás de él y probablemente le seguiría sin dudarlo, así que de él dependía tomar el camino correcto.

Echó a correr. Después de tres pasos, vino el siguiente ataque. Llegó en un ángulo menos profundo, apenas por encima de la hoja cuya sombra tenían delante.

—¡Salta! —gritó Talut y saltaron.

La sombra se arremolinó debajo de él y Talut voló por los aires. El momento pareció eterno. Por un segundo, vislumbró lo que les

atacaba. Parecía extrañamente transparente, una delicada telaraña. La hoja sobre la que habían estado parados brillaba a través de ella. La sombra parecía frágil pero el violento impacto contra el tronco revelaba lo contrario.

«¡Adelante! ¡Adelante!» Estaban de suerte. La hoja conducía directamente al siguiente tronco. Ya podía verlo. Era una Vieja Madre ordinaria de madera oscura.

—¡Detrás de ti! —gritó Juri.

Talut giró la cabeza. Una vela negra se acercaba a él, a un metro del suelo. Detrás de ella podía ver la silueta de Juri. ¡El material era tan delgado! ¿Podría rasgarlo si se lanzaba sobre él? No. En el último segundo, decidió no hacerlo. Se dejó caer. La cosa le golpeó en la espalda y le lanzó hacia delante. Talut se deslizó unos metros y consiguió levantarse. El atacante había desaparecido, pero aún no había terminado.

—¡Sigue corriendo! —gritó Juri desde atrás.

Talut se levantó de un salto y corrió por su vida. Al mismo tiempo, metió la mano en la bolsa de su cinturón. Allí estaba, el cortador universal. Estaba diseñado para hacerse camino a través de la maleza. Talut lo desplegó para crear una especie de machete. El atacante parecía avasallador pero si la fina telaraña volvía a atacarle, vería cómo se las arreglaba con el acero artificial.

El siguiente tronco estaba justo delante de él. Talut siguió corriendo hasta que oyó gritar a Juri. El grito estaba lleno de dolor, y él lo sintió en todo el cuerpo. Se detuvo bruscamente, dio media vuelta y se quedó helado al comprender la situación.

Juri estaba tendido en el suelo. Seguía vivo porque gritaba. Tenía clavada en el muslo una lanza negra. Era una de las piernas del atacante, que este palanqueaba lentamente hacia delante y hacia atrás. El cuerpo de Juri se movía con ella. Parecía como si la criatura estuviera probando la reacción de su víctima.

Talut nunca había visto una langosta gigante pero enseguida se dio cuenta de que estaba ante una. Le miraba fijamente con dos enormes ojos compuestos. También reconoció la sombra. El animal había batido las alas hacia ellos. Ahora las tenía plegadas sobre el lomo. Sintió un escalofrío. El mayor depredador del planeta estaba

ante él. Con sus siete u ocho metros de largo, debía de ser un animal joven. Al parecer, se preguntaba si debía ocuparse de la víctima que había empalado o si era más importante el otro enano, que debía de estar helado de miedo.

Pero no fue el pánico lo que paralizó a Talut. Ni siquiera estaba asustado, y mucho menos excitado. Una calma increíble había descendido sobre él, como una sábana que lo envolviera. Veía moverse a Juri, pero ya no oía sus gritos. El ritmo de los tambores le espoleó. Setenta golpes por minuto, de los que no podía o no quería escapar. Era el momento en que su destino se cumpliría, aunque no supiera cómo. Talut tenía el arma en forma de cuchillo en la mano. La sostenía de modo que la hoja descansaba en su antebrazo. A la langosta gigante debía parecerle que la atacaba con las manos desnudas, porque ahora cargaba contra ella.

Su objetivo eran los ojos. Parecían vulnerables. ¿Había alguna especie animal en el universo cuyos ojos no fueran un punto débil? El ojo izquierdo estaba un metro más cerca. Así de ancha era la cabeza del monstruo. No tenía nariz. La mandíbula empezaba justo debajo de la frente, si se quería llamar así. Su parte superior parecía fija. La mandíbula inferior, en cambio, era móvil. La langosta gigante la abría y cerraba como si quisiera decir algo. No tenía dientes, pero el borde de la mandíbula parecía afilado. Evidentemente, la boca tenía una función similar a la de unas tenazas. El animal comía inmovilizando a su presa con la pata y arrancando partes individuales del cuerpo con las mandíbulas.

Pero ahora parecía confundido. Las presas que entraban voluntariamente en sus garras no formaban parte de su rutina habitual. Los tiburones arborícolas, de los que presumiblemente se alimentaba normalmente, eran solitarios. Ningún tiburón arborícola había defendido nunca a su pareja. La langosta gigante giraba la cabeza de un lado a otro. Talut pensó que podía leer sus pensamientos. ¿Debía mordisquear primero a su presa o atacar a la nueva? ¿O no estaba seguro de si le gustaría la nueva comida?

La langosta se decidió por Talut. Intentó dar un salto hacia delante pero no se dio cuenta de que su propia pata la estaba clavando a la hoja. Al parecer, la espina hincada en el muslo de Juri

la había penetrado. Las fauces de la langosta pasaron tan cerca de Talut que, a pesar de su máscara respiratoria, pudo oler el mal olor que exhalaba su garganta. Talut saltó. La langosta se percató de su intención y retrajo rápidamente la cabeza, pero no lo bastante rápido como para evadir su mano, que se abalanzó con la hoja extendida.

Le dio en el centro del ojo compuesto. Era blando. El cuchillo penetró profundamente, partiendo numerosas capas y haciendo que el líquido de su interior salpicara en todas direcciones. El animal aulló. Fue una expresión de dolor tan universal que Talut sintió lástima por la langosta. Se había limitado a obedecer su programación evolutiva y probar una posible nueva fuente de alimento. Él y Juri habían estado en el lugar equivocado en el momento equivocado.

Pero entonces oyó gritar a Juri y su compasión desapareció. Aquella bestia había atacado a su amigo e intentado comérselo. Talut giró el cuchillo en su ojo para infligirle el mayor daño posible, para que el dolor que le estaba causando surtiera el mayor efecto posible. El animal tenía que aprender que los humanos no eran presas. No, debía sufrir porque estaba causando dolor a Juri.

De repente, Talut volaba por los aires. ¿Qué era aquello? Tardó un segundo en darse cuenta de que la langosta gigante había liberado su pata. Había despegado y se lo había llevado con ella, con su espada firmemente clavada en el ojo. Juri yacía tendido en el suelo. Tenía que bajar de inmediato. Soltó el cuchillo y se desprendió, agitando los brazos.

Aterrizó al lado de su amigo. Al instante, el dolor del impacto le llegó al cerebro. La oscuridad lo envolvió.

Cuando volvió a despertarse, oyó un gemido a su lado. Se levantó de un salto. ¿Cuánto tiempo llevaba inconsciente? El quejido procedía de Juri, quien yacía acurrucado de lado sujetándose la pierna. Tenía una venda entre los dientes y parecía estar curándose el muslo.

—¡Gracias a Dios que estás vivo!

—Tú también —dijo Talut.

—Yo no estaría tan seguro todavía.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo un agujero en el muslo. Estoy tratando de vendarlo, pero...

—Déjame ver.

Talut se enderezó. Contrariamente a sus expectativas, su espalda cooperó. Su impacto probablemente no había dejado ningún daño duradero. Se arrastró más cerca de la pierna de Juri. El piloto se la había vendado de forma improvisada. Talut le quitó las vendas. Quería inspeccionar los daños. «Mierda». Había un gran agujero. Juri lo había subestimado bastante. Lo único extraño era que apenas sangraba. Tal vez el dedo espinoso de la langosta gigante tenía un efecto cauterizador. Los fluidos solían ser valiosos en el Bosque de las Viejas Madre (aunque no aquí, cerca de la superficie), así que siempre era prudente no desperdiciar los preciados fluidos corporales.

—Al menos no está sangrando —dijo Talut.

—Es cierto. Sin embargo, me preocupa la infección. ¿Has visto cuánto me arrancó?

—Las bacterias locales no pueden hacerte daño.

—Puede ser, pero basta con que colonicen la superficie de la herida.

—Tienes razón. Desinfectaré el agujero y luego lo rellenaré con una gasa empapada en desinfectante. ¿Te duele?

—¿Duele? —Rio amargamente—. Claro que duele.

Evidentemente, había sido una pregunta tonta. Talut sacó su botiquín de la mochila y empezó a curar la herida. Juri estaba reprimiendo el dolor de forma heroica. Afortunadamente, el fémur estaba intacto. Pero el pie espinoso debía de haber seccionado todos los músculos de la parte posterior del muslo. ¿Eran los extensores? Talut siempre los confundía.

No importaba. Juri no podría caminar por su cuenta. Tal vez podrían hacerle una muleta pero Talut tendría que apoyarlo. Incluso con una muleta, sería difícil mantener el equilibrio sobre una rama o caminar por una hoja lisa. ¿Y si pedían ayuda a los demás? Sin duda, la langosta gigante seguía cerca y su humor no había

mejorado, pero quizá había perdido la orientación y el apetito a causa del ojo herido. El jefe de seguridad sin duda tenía armas.

—Será mejor que busquemos ayuda —sugirió Talut—. Así no avanzaremos mucho.

—Me las arreglaré —dijo Juri, sentándose con dificultad.

—Estás mal de la cabeza. Tienes un agujero en la pierna.

Juri apartó la mano que Talut le tendía.

—Al menos déjame terminar de vendarte.

—En un momento. Solo quiero...

Gruñendo, Juri levantó las piernas, balanceó el torso para tomar impulso, se levantó de su posición sentada, gritó «¡Mierda!» y se desplomó hacia un lado cuando su pierna herida se dobló. Talut le dio un empujón en el último segundo para que cayera de espaldas y no sobre la herida reciente.

—¿Estás bien?

—El dolor me abrumó. No estaba preparado. No estoy acostumbrado a sentirme así.

—¡Tienes un maldito agujero en el muslo!

—¿Y qué? El hueso está intacto, así que debería poder apoyarme en la pierna lesionada y caminar con la sana. Solo necesito un analgésico más fuerte. Dame la jeringuilla del botiquín.

—¡Ni hablar! Eso solo te adormecerá, y el dolor volverá como muy tarde en doce horas.

Talut había visto una vez los efectos de este analgésico de urgencia en un colega suyo. El hombre había podido caminar a pesar de tener un pie completamente congelado. Pero cuando se le pasó el efecto, se desplomó.

—Alcanzaremos a los demás dentro de doce horas. Entonces podrán turnarse para llevarme.

—Tu pierna necesita tratamiento profesional lo antes posible.

—¿Y si la langosta gigante sigue rondando por aquí? ¿Quieres poner a todos en peligro?

—Oye, la ahuyenté con un cuchillo. Los demás tienen armas de verdad. La cosa puede ser enorme, pero no es invencible.

—Puedo utilizar la jeringuilla de mi propio botiquín.

Juri era tan terco.

—Sé razonable, Juri. La expedición puede permitirse perder unas horas. Esa es la mejor manera.

—De acuerdo, si insistes. Llámalos por radio.

Por fin. Juri había recuperado la cordura. Talut deslizó el auricular de la nuca a su cabeza y pulsó el botón de llamada.

—Equipo de vanguardia dos a Expedición, por favor repórtense.

Se oyó un crepitar en la línea pero nadie respondió.

—Equipo de vanguardia dos a Expedición, por favor respondan.

No hubo respuesta.

—¿Hola, Sam? —intentó—. No estoy de humor para bromas. Juri necesita ayuda.

Talut cerró los ojos y trató de concentrarse. De vez en cuando se oía un chasquido. Sonaba como si alguien hubiera cogido la llamada accidentalmente en el bolsillo mientras caminaba.

—¡Sam, por favor, ponte en contacto!

—¿Te están ignorando?

—Nadie responde a la llamada.

¿Qué estaba pasando? ¿Se habían ido los otros tan al sur que estaban fuera del alcance de la radio? Ojalá que no. Entonces, ¿cómo se suponía que iban a tomar el rumbo por triangulación? Pero el alcance era de al menos veinte kilómetros. No podían estar tan lejos.

—Probablemente están dormidos —dijo Juri.

Era una explicación, por supuesto. Talut miró la hora. Era poco después de medianoche. Aquí abajo, el ciclo del sol era sencillamente imposible de seguir.

—Supongo que tienes razón.

—Ya me lo imaginaba.

—Pero sigue siendo extraño. Al menos deberían haber puesto un guardia para vigilar la radio.

—Probablemente se sienten muy seguros.

Talut negó con la cabeza. Aquello no caracterizaba a su jefe de seguridad. ¡Se había enfadado cuando alguien salió sin un compañero! Sam nunca se habría olvidado de poner un guardia. Pero, por supuesto, algunas personas ignoraban las instrucciones.

—Entonces tomaremos un descanso también —dijo.

—Oh, ¿no tengo que ir al médico lo antes posible? —preguntó Juri.

—Sí, pero no podemos encontrarlos sin un enlace de radio. La triangulación requiere tres puntos.

—Es un buen argumento, aunque no me siento muy seguro en las inmediaciones de ese fatídico árbol.

Talut se encogió de hombros. Él también tenía la incómoda sensación de que la langosta gigante volvería. Pero ¿cómo iba a transportar a Juri? Llevaba todo el día trabajando y necesitaba desesperadamente un descanso. También tenía hambre, pero no quería sacar el tema.

—Descansemos dos o tres horas. Luego volveremos a probar con Sam.

Normalmente, la guardia cambiaba cada dos o tres horas. Eso significaba que alguien debería contestar como muy tarde para entonces.

—¿Y si no?

—Entonces te pondremos la inyección y les echaremos la bronca cuando los alcancemos.

Juri lo miró con escepticismo, pero no dijo nada. Talut se lo agradeció. Él mismo se dio cuenta de que primero tenían que establecer contacto por radio. De lo contrario, solo encontrarían a los demás por casualidad.



27 de octubre de 2802, Anillo Celeste

—Venga, señor Pedramonte —dijo el médico.

La almirante había concertado la cita por él, por lo que estaba siendo tratado como su hermano. Le habían puesto un dedo nuevo. En dos semanas podría volver a utilizarlo. Pero para entonces estaría en criosueño en la nave hacia Terra Nova.

—Acuéstese y relájese, por favor, con la cabeza en el cuenco de plata.

—¿Hará mucho ruido?

—No, no se preocupe, no haremos una resonancia magnética. La máquina que ve aquí es un tomógrafo computarizado, una máquina de rayos X mejorada. Pero tampoco vamos a usarla. Solo le necesitamos en la camilla.

Monte levantó una pierna para desatarse los cordones de los zapatos. Todavía le resultaba difícil con una mano.

—Puede dejarse los zapatos puestos.

Tanto mejor. Monte se tumbó como le había indicado el médico. El cuenco estaba fresco.

—No se alarme. Su frente también se enfriará.

El médico se puso a su lado y le colocó una taza metálica sobre la frente. Hizo clic. Las dos partes debían de haberse unido.

—¿Y ahora qué?

—Nada. Cierre los ojos y piense en algo agradable. Me gustaría ver cómo trabaja su cerebro durante unos minutos.

El médico se inclinó sobre él. Ahora llevaba una gorra. ¿Era un dispositivo de lectura como los que utilizaban los cronógrafos?

—No se preocupe por mí —dijo el médico.

Podía leerle la mente. Monte sintió que el pánico aumentaba. Él no quería eso. Sus pensamientos no eran asunto de nadie.

—No se preocupe, señor Pedramonte. Me quedaré en la superficie. Sus recuerdos no me interesan. Solo quiero ver si hay indicios de fallos orgánicos como los que me ha descrito. Piense en una situación muy agradable.

Monte recordó cuando despertó de hibernación en el sistema Gliese-411. El sol solitario brillaba. Redujo la velocidad para entrar en su órbita.

—Genial, ya está —dijo el doctor—. Puede levantarse de nuevo.

Monte se levantó.

—¡Qué rápido!

—Como esperaba. Está completamente sano. —El médico se acercó al escritorio y miró la pantalla del ordenador—. Las lecturas también son estupendas. No hay indicios de una conciencia dividida, y también podemos descartar la epilepsia.

—Me siento aliviado.

—Le recomiendo que se tome unas semanas de vacaciones. Estos lapsus suelen ser psicológicos. Su cuerpo está tratando de decirle algo, y con respecto a sus otras lesiones, es posible que se haya esforzado demasiado. Puedo resumirlo en un certificado médico.

—Soy autónomo —dijo Monte—. Eso no me ayuda.

—De todas formas, debería descansar un poco. Si los síntomas reaparecen, póngase en contacto conmigo. Solo puedo hacer afirmaciones definitivas si puedo observarle mientras se producen los episodios.



Los pasos de Monte crujieron en la grava. Olía a agujas de pino y musgo. Cálidos rayos de luz esbozaban trazos en el suelo del bosque

a través de las copas de las coníferas. Una suave brisa le acariciaba la nuca, como si pasara por su camino pero tuviera una cita urgente. Monte no tenía prisa; seguiría el consejo del médico y descansaría. El recuerdo de haber perdido el control de sí mismo le resultaba cada vez más desagradable. No quería que le volviera a ocurrir. Pero le tranquilizaba saber que no había ninguna causa orgánica.

Una sombra se escabulló por el tronco de un árbol. Era una ardilla, marrón. Olfateó y masticó. Luego, saltó en su dirección. Monte se detuvo al borde del sendero y el animal se acercó. Probablemente estaba acostumbrada a que los transeúntes le dieran de comer. No tenía nada que ofrecerle, pero movió los dedos como si tuviera unas sabrosas migas en ellos. La ardilla avanzó hacia él. Le tendió la mano.

De repente, se encontró con una barrera. El muro, antes invisible, se volvió azul y apareció una advertencia en letras rojas: *No abandone los caminos*. La ardilla se sobresaltó y echó a correr. Lo único que pudo oír fue el sonido de sus garras arañando la corteza del pino más cercano.

Monte quedó decepcionado, aunque debería haberlo sabido. Este pequeño bosque, parte del parque central, era un hábitat frágil. Solo era tan precioso porque la tecnología lo mantenía en ese estado. Bajo la capa de tierra de un metro de grosor, bombas y otras máquinas trabajaban para suministrar nutrientes a las plantas y la microflora. Por eso aquí solo crecían pinos, castaños, abetos y alisos, plantas de raíces superficiales que se contentaban con la fina capa de tierra.

Se despidió de la ardilla y siguió su camino. Debía de conocer la barrera. Al parecer, no tenía hambre, sino curiosidad. Lástima que la ahuyentara con su movimiento. Quizá podrían haber mantenido una conversación. Había programas educativos en los que podías elegir un animal clonado como biobolsa. Monte nunca lo había probado, pero debía de ser fascinante poder subir y bajar de los árboles como una ardilla. Incluso se decía que había gente que adoptaba plenamente esa forma de vida.

El sendero terminaba en un prado que se ensanchaba en un enorme óvalo. Las familias se habían reunido aquí para hacer un

picnic, las parejas se tumbaban una al lado de la otra y dejaban que la cálida luz del sol iluminara sus rostros. Monte levantó la vista. Tuvo que protegerse con la mano de los minisoles artificiales espaciados regularmente, para ver el otro lado del anillo. Los rascacielos extendían sus tejados hacia él desde allí, e involuntariamente se preguntó por qué la gente de allí arriba no caía hacia él.

Delante, el camino se bifurcaba. A la izquierda rodeaba el prado, y de frente lo atravesaba directamente. Monte decidió tomar el atajo, pero una vez más fue detenido por una barrera. Esta vez, en ella aparecían unas letras blancas.

¿Desea hacer una reserva?

Tocó un botón verde.

La próxima cita disponible es a las 13.30 horas. ¿Desea elegir una litera?

Monte miró el reloj. Era un poco antes de la una. ¿Tenía que correr por el prado durante media hora antes de poder descansar allí? Además, tenía una cita a la una y media. Ignoró la pregunta, dio media vuelta y siguió el camino que bordeaba el bosque. Sin embargo, el holograma le siguió hasta que pulsó el botón rojo de cancelación. Monte miró a su alrededor. ¿Dónde estaban escondidos los holoproyectores? Entonces se fijó en la ardilla posada en una rama. Hubiera jurado que hacía un momento le estaba mirando con ojos láser. Una idea inteligente utilizar las formas de vida locales para manejar la tecnología.



—¡Cuidado! —le gritó una mujer mayor con ropa extravagante.

—Disculpe.

Monte ya no estaba acostumbrado a abrirse paso entre la multitud. Había tantas cosas aquí que exigían su atención. Holopublicidad por todas partes, escaparates reales, drones sobrevolando las cabezas de todo el mundo y distribuyendo anuncios... Necesitaba un descanso. La amplia escalera que bajaba

era justo lo que necesitaba. Conducía a una planta en la que podía transportarse rápidamente a su destino mediante pasarelas móviles. Estaba vacía, pero olía desagradable, a aceite y orina.

Le transportó al bloque 32, donde había un distribuidor para cada bloque que recorría la anchura del Anillo Celeste, también equipado con pasarelas móviles. Desde allí, los ascensores subían a intervalos regulares (a los populares edificios altos con vistas al Anillo) y también bajaban. En la parte inferior solo había una zona residencial preferente. Se trataba de apartamentos con vistas directas al espacio. Eran tan caros que estaban conectados al distribuidor por sus propios ascensores de alta velocidad. Todos los demás apartamentos del subsuelo carecían de ventanas.

Se accedía a ellos a través de un montacargas, que se detuvo justo delante de Monte y abrió sus puertas para dejar salir a una multitud de personas que subieron alegremente las escaleras. Monte era uno de los pocos que quería bajar. ¿Era el final de la pausa para comer?

—Subnivel 45 —dijo el ascensor.

Monte salió. El pasillo era ancho, iluminado y limpio, como una planta subterránea en la luna. Había imaginado que sería peor vivir en las entrañas más profundas del Anillo.



—Estamos encantados de que nos visite —dijo la señora Tsai, inclinándose una y otra vez.

Monte estaba descalzo en el pasillo. No había previsto que tendría que quitarse los zapatos pero la señora Tsai le trajo unas zapatillas.

—Por favor, pase al salón —dijo el señor Tsai.

El salón era espacioso. Tenía grandes ventanas virtuales a través de las cuales se veía el paisaje de un parque. Monte se fijó en las palmeras. Brillaba un solo sol, lo que revelaba que debía de tratarse de un paisaje terrestre.

Tomaron asiento en unos taburetes bajos alrededor de una mesa igualmente baja. El señor y la señora Tsai preferían sentarse con las piernas cruzadas. Monte se disculpó por las heridas de los muslos. Casi se habían curado bajo los vendajes, pero solo podía sentarse durante largos periodos con las piernas extendidas.

—Espero que haya tenido un buen viaje —dijo el señor Tsai.

Intercambiaron cumplidos mientras la señora Tsai traía té y galletas.

—Seguro que os interesa saber por qué quería hablar con ustedes —dijo Monte.

—Ha dicho que es amigo de nuestra hija. Esa es razón suficiente para nosotros —dijo el señor Tsai, y su mujer asintió.

—No sé si Yini me llamaría así. La ayudé a escapar de Neomarte pero en realidad conozco mejor a su... otra madre.

—¿Tailin? —preguntó la señora Tsai—. No tienes que andarte con rodeos. Espero de verdad que le vaya bien. Se encontraba en una situación de emergencia e hicimos lo que era necesario. Yini y Kang ya han seguido su camino.

—Me alegro de que sea tan positiva al respecto.

Monte reflexionó un momento. Aún no estaba seguro de lo que quería de esta visita. ¿Acaso los padres adoptivos de Yini no merecían saber qué le había pasado o le pasaría a su hija? ¿O se estaba entrometiendo en algo que no le incumbía?

—Creo que necesito explayarme un poco —dijo y les contó lo que sabía.

La señora Tsai se echó a llorar.

—¿No volveremos a ver a Yini? —sollozó.

Su marido le pasó el brazo por los hombros y la miró. Monte creyó ver la pasión de un joven en su mirada, pero ¿qué sabía él del amor?

—Llegará a Terra Nova dentro de sesenta años. Si queréis usar una biobolsa...

—No, nos negamos a hacerlo —dijo el señor Tsai con sorprendente firmeza—. Moriremos en nuestros propios cuerpos. Es la única forma de romper el ciclo del renacimiento. Esta tecnología moderna solo prolonga nuestro sufrimiento hasta el infinito.

Ah. Al parecer ambos eran budistas.

—La congelación sería otra opción —señaló Monte.

—No podemos permitírnosla —dijo la señora Tsai—. Nuestros ahorros no alcanzarían ni para pagar los intereses de almacenar nuestros cuerpos.

—Lo comprendo. Lo siento.

—No lo sientas. Todavía tenemos a Kang. Y si Yini está siguiendo su corazón, la apoyamos. Kang no querrá ir tras ella, ¿verdad?

—No lo sé, señora Tsai. Podría preguntarle.

—No. No quiero que se sienta presionado. Quiero que decida libremente.

—Como quiera. Para que lo sepa, yo mismo pienso seguir a Yini y Tailin.

—¿De verdad? Entonces también te deseamos un buen viaje —dijo el señor Tsai—. Y, por favor, salúdalas de nuestra parte.

—¿Tienes la unidad de almacenamiento? —le preguntó la señora Tsai.

—¿Qué unidad de almacenamiento? —le preguntó su marido.

—La que Tailin nos dio.

—Ah, ¿te refieres a su anillo? Debe de estar en el joyero.

La señora Tsai sonrió, asintió a modo de disculpa, se levantó y desapareció en la habitación contigua. Monte oyó un ruido y luego regresó. Ella extendió la mano. En la palma había un anillo dorado con una joya minúscula.

—Tailin nos lo dio para que lo guardáramos —explicó el señor Tsai.

—También nos dijo que lo usáramos si alguna vez nos encontrábamos en apuros graves. Tan graves que nuestras vidas o las de sus hijos se vieran amenazadas.

Eso era emocionante. La gema podría ser un almacén de memoria.

—¿Usarlo? —preguntó Monte—. ¿Qué quiso decir con eso?

—Como moneda de cambio. Podríamos conseguir lo que quisiéramos por ella. Tanto Neomarte como la Unión Terrestre estarían interesados. Pero en realidad solo deberíamos usarla cuando no hubiera otra alternativa.

—Una moneda de cambio por vuestra vida —dijo Monte—. Deberíais cuidarla bien y no soltarla nunca de vuestras manos.

—Ya no nos sirve —dijo la señora Tsai—. Nuestras vidas ya no pueden valer tanto como este anillo. No sería buena idea usarlo nosotros. Tal vez puedas conseguir un mejor trato con él. Para los gemelos, quiero decir.

Querían darle el anillo. ¿Cómo podían confiar en él? Ni siquiera lo conocían.

—Señora Tsai, no puedo aceptar esto.

—Insisto.

Ella le tendió la mano abierta. Lo único que tenía que hacer era tomar el anillo. El contenido de la memoria debía ser valioso si Tailin pensaba así.

—Señor Tsai, debe evitar que su esposa cometa un grave error.

El señor Tsai negó con la cabeza.

—Confío en mi mujer. Si ella piensa que es lo correcto, sin duda es una buena idea.

—Señor Monte, tengo la sensación de que cree que estamos un poco seniles —dijo la señora Tsai—. Pero usted mismo no parece tener mucho sentido común.

Monte se rio.

—Ni siquiera sabías que teníamos este anillo. Viniste a visitarnos para hablarnos de Yini, lo cual fue muy amable, y luego nos contaste tus planes de viaje, que te llevarán hasta Tailin y Yini. Conociendo a las dos, su destino será peligroso. Así que también te estás poniendo en peligro. Es evidente que tienes un interés considerable en Tailin o Yini, cuya naturaleza solo puedo adivinar, pero que debe ser grande. De lo contrario, no emprenderías un vuelo de sesenta años. Lógicamente, eso te convierte en el mejor transportador para esta gema.

—¿Y si me la quedo para mí?

—No lo harás. Pero, aunque lo hicieras, el anillo no puede alcanzar su potencial aquí con nosotros. Así que no sería una pérdida, comparativamente hablando.

La lógica era convincente. De todos modos, volvió a intentarlo.

—Podríais confiar el anillo a Kang para que se lo entregara a Tailin.

—Entonces también nos dejaría. Preferiríamos que tú fueras nuestro mensajero. Además, espero que me perdones, sería menos doloroso para nosotros que tú murieras en este viaje en lugar de Kang.

—Gracias, señora Tsai. Es usted muy honesta.

—Es una pérdida de tiempo ser cualquier cosa menos honesta a mi edad. Ahora, por favor, tómalo.

Monte abrió la mano. La señora Tsai dejó caer el anillo en ella. Era más ligero de lo que esperaba. Monte se lo metió en el bolsillo del pantalón. Palpó en él, para estar seguro, pero no encontró ningún agujero. Los datos del anillo debían de ser muy valiosos si Tailin esperaba poder asegurar la vida de sus hijos con él.



ESTABA SUDANDO CUANDO llegó a la habitación del hotel. Las temperaturas volvían a ser más altas de lo que había pronosticado el servicio meteorológico. Parecía que una de cada dos personas de la calle se quejaba de ello. «¿No planifican meticulosamente la lluvia, la humedad, el calor y la luz?» Era obvio que no. Puede que el Anillo Celeste fuera una construcción artificial, pero su biosfera era tan compleja que los efectos caóticos eran inevitables.

El aire de la habitación era sofocante. Se acercó a la ventana para abrirla pero no había manillas ni palancas. Sin embargo, había pedido una habitación con vistas al parque.

—¿Habitación?

La gran pantalla situada a los pies de la cama se encendió. Apareció una figura gráfica.

—¿Qué puedo hacer por usted?

La voz era andrógina.

—Quiero abrir la ventana.

—Lo siento, por desgracia no es posible por motivos de seguridad.

Monte miró hacia la ventana. La ciudad que tenía debajo era curva. En la parte superior, podía ver las casas del otro lado de la calle. Probablemente la gente había intentado lanzar objetos «abajo».

—Lástima.

—¿Hay algo más que pueda hacer por usted? Actualmente hay un treinta por ciento de descuento en las reservas del parque, que son muy populares entre nuestros huéspedes.

—No, gracias. ¿Puedo leer un chip de memoria aquí?

—Por supuesto. Solo tiene que conectarlo a mí. Puedo manejar los últimos estándares.

Monte miró el anillo. La memoria se había fabricado en Neomarte hacía más de veinte años. ¿Podría el sistema manejar *hardware* tan antiguo?

—Es una memoria antigua de Neomarte.

—No hay problema. Soporto todos los estándares de los últimos ciento veinte años.

—¿El contenido sigue siendo privado?

—Debido a requisitos legales, tengo que comprobar todos los soportes de almacenamiento en busca de contenido prohibido.

—¿Qué está prohibido exactamente?

—Estaré encantado de enumerarle las categorías, pero debo señalarle que esta consulta quedará anotada en los archivos de registro por motivos legales. Se borrará una semana después de su partida.

—Entonces olvida la pregunta. ¿Es al menos posible?

—Por supuesto. ¿Quiere que le lea el chip?

Monte negó con la cabeza. Eso era demasiado inseguro. Si el sistema clasificaba los datos como peligrosos, inmediatamente tendría la seguridad encima.

—Como desee. ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

El sistema había reaccionado a su gesto. Así que le estaba vigilando con la cámara. Se guardó rápidamente el anillo en el bolsillo del pantalón.



—¿Está Thomas? —preguntó Monte.

El hombre que estaba detrás del mostrador asintió y, en silencio, siguió limpiando la mano mecánica que tenía delante con un cepillo y un paño untado de aceite.

—¿Puede llamarle?

El hombre asintió pero siguió limpiando con calma.

Su viejo amigo Thomas Hartung le había ayudado a menudo con problemas técnicos. Tenía una tienda aquí, donde los clientes podían comprar todo tipo de mejoras para las biobolsas, pero sobre todo para los cuerpos electromecánicos. Aparte de Monte, aquí solo había otro cliente. El negocio ya no parecía ir tan bien. Los cuerpos clónicos eran mucho más populares, y probablemente más lucrativos porque no todos los mecánicos podían mejorarlos y repararlos.

—¿Le importaría...?

El hombre suspiró. De repente, una puerta se abrió tras él.

—¡Ah, eres tú!

Era la voz de Thomas. No había cambiado. Nunca cambiaba. Thomas le dijo una vez que veía la voz como el núcleo de su ser interior, nada más. El resto de él se veía diferente cada vez.

Esta vez tenía la forma de un brillante robot dorado. Thomas rodeó con elegancia el escritorio de su empleado y abrazó a Monte a modo de saludo. El material de su torso era cálido.

—¿Metrópolis? —adivinó Monte.

—Cerca. Mismo siglo.

—T-800?

—Cielos, Monte, no sabes nada de historia del cine, ¿verdad? ¡Es C-3PO!

—Ah, de Star Trek.

Thomas soltó una carcajada. No se debía al cuerpo robótico; siempre se había reído así.

—¡Star Wars! ¿Cómo puedes confundirlas?

—Bueno, las dos empiezan por Star.

Thomas le dio una palmada en la espalda.

—Encantado de tenerte aquí.

—Yo también me alegro de verte.

—¿Seguro quieres algo de mí? Siempre quieres algo.

—Eso no es verdad.

—¿Puedes nombrar una visita en la que no hayas tenido una petición?

—De acuerdo, tienes razón. Soy una mala persona.

—No es algo que me moleste, Monte. De todos modos, no tengo tiempo para dar un paseo por el parque contigo.

—No parece haber mucha afluencia de clientes.

—Eso es engañoso, amigo mío. El negocio ha cambiado. Se ha transformado. Los clientes ya no vienen a mí como particulares. Lo hacen en línea y envían pedidos del gobierno. Están pasando muchas cosas. Podría llamarse una actualización.

—Ya veo. Me alegro de que el negocio vaya bien.

—Sin embargo, estoy preocupado. Después del rearme, ¿qué prosigue? ¿Otra guerra?

—Mientras se mantenga el equilibrio entre Neomarte y nosotros, no habrá guerra.

—Díselo a los militares. Harían cualquier cosa para alterar el equilibrio.

Thomas tenía razón, por supuesto. Él mismo era un instrumento en esos intentos. Monte suspiró.

—Entonces, ¿de qué se trata?

Monte se metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó el regalo de los Tsai.

—Este anillo.

Thomas lo cogió, extendió el ojo derecho y sostuvo el anillo frente a él.

—Neomarte, diría yo. Todavía bastante reciente.

—¿Reciente?

—Treinta años como mucho. Tiene una toma nano-USB-7, ¿ves?

Thomas giró el anillo para que Monte pudiera ver un pequeño agujero oscuro, justo al lado de la conexión entre el anillo y el bloque de memoria. «Nano-USB-7, ajá».

—¿Puedes leerlo de forma que nadie más que nosotros sepa lo que contiene?

Thomas soltó una risita irónica.

—Me encantaría. Pasa a la trastienda.

Cuando cruzaron la puerta, Monte se sintió mareado. La habitación tras la puerta era pequeña. La pared opuesta estaba diseñada como una ventana virtual y mostraba una vista completa del espacio, hasta la Tierra. La vista despertó su miedo a las alturas, que de otra manera tenía bien controlado.

—Oh, lo siento, me había olvidado de esto.

Thomas chasqueó los dedos y la ventana se convirtió en un espejo. Así estaba mejor. Thomas se sentó en el escritorio frente al espejo y sujetó el anillo en un soporte.

—Me temo que no tengo una silla que ofrecerte, pero esto será rápido.

Sacó un cable fino de un cajón y lo conectó al anillo. El espejo se volvió blanco amarillento. Entonces empezó a formarse una imagen.

—Hay un dibujo de construcción en la memoria —dijo Thomas—. Me doy cuenta enseguida.

—Pero ¿de qué? ¿Qué se supone que es eso?

La memoria no parecía haberse leído del todo aún, ya que la imagen seguía cargándose. En el extremo superior, apareció un cilindro plano parecido a un volante de inercia. De él partían radios en todas direcciones. La construcción descansaba en una especie de barril. Tenía un grifo que parecía un grifo de cerveza.

—Hm, me recuerda a una mantequera —dijo Monte.

—Hay una descripción —dijo Thomas—. Ahí abajo, ¿la ves?

Monte solo reconoció caracteres neomarcianos.

—Soy un desastre en neomarciano, al menos leyéndolo.

—Yo lo traduciré. Son solo unas palabras, pero debe ser una broma. Alguien te está tomando el pelo.

—¿Por qué?

—En realidad dice «Arma de taquiones, versión seis, basada en un concepto de M. Kundt». Debe ser una equivocación.

Manfred Kundt era un físico de la Unión Terrestre que había muerto hacía más de cien años. Había trabajado intensamente en

taquiones. El tema se enseñaba en las escuelas modernas. Pero el hecho de que también desarrollara conceptos para armas de taquiones era nuevo para Monte.

—Yo... No, alguien me está tocando los cojones —dijo Monte.

Quería proteger a Thomas. El mero hecho de saber que existía este diseño podía convertirle en un objetivo. Si Tailin pensaba que era tan valioso, debía ser... funcional.

Thomas lo miró con los ojos entrecerrados. El rostro de C-3PO parecía menos serio de lo que probablemente pretendía.

—Mientes muy mal, Monte. Estamos viendo el concepto de un arma de taquiones funcional. Muchas gracias por dejarme verlo. No te preocupes, voy a depurar la memoria más tarde. Es demasiado peligro para mí. Sé lo que harían mis clientes por un arma así.

Su amigo sacó el anillo del soporte y se lo devolvió.

—Será mejor que salgas de aquí lo antes posible.

—¿No es seguro tu *hardware*?

—Sí, no es eso. Quizá cambie de opinión y te venda a mis clientes. No tendría que volver a trabajar.

—Sería como pegarte un tiro.

Thomas se rio.

—Otra vez tienes razón. Aun así, vete. Te deseo mucho éxito. Pero no dejes que esto caiga en manos ajenas. El equilibrio es necesario, ya sabes. No estoy de humor para la guerra y no quiero arrepentirme en algún momento de no habértelo arrebatado para destruirlo.

—No te preocupes, amigo. Tú me conoces.

—Así es. Confío en ti. Pero no confíes en los amigos equivocados. Y mantén el rumbo. El mayor peligro está siempre dentro de ti mismo.



AQUELLA NOCHE, sentado en la cama de su habitación de hotel, las palabras de Thomas volvieron a pasar por su mente. Probablemente tenía muchos amigos falsos. Podía descartar a Thomas, que

realmente no quería nada de él. También a Tailin y a su hija, sin duda. Pero ¿quién más? La almirante no era su amiga, desde luego. Probablemente lo veía más como su herramienta. Por supuesto, ella cuidaba de su herramienta y lo protegía tanto como podía. Pero también se aseguraba de que no se fuera por el mal camino.

Monte se levantó de un salto. Necesitaba depender menos de ella.

—¿Habitación?

—¿Sí?

—¿Qué conexiones interestelares hay desde el Anillo Celeste a Terra Nova?

—Estoy listando las conexiones de acceso público a Gliese 167.

La pantalla se encendió. Apareció una lista. El 31 de octubre, un carguero partía de la luna de la Tierra. El 5 de noviembre, un segundo carguero despegaría del Anillo. Primero volaría a Gliese 167 y luego a Gliese 163, pero ninguna de las dos naves llegaría a Terra Nova hasta después de que lo hicieran Tailin y Yini.

El vuelo del 2 de noviembre que la almirante había organizado para él no estaba en la lista. Así que probablemente se trataba de una nave de guerra. Gaudlitz le había prometido que podría alcanzar a Yini y Tailin con ella. Eso sería una verdadera ventaja. Pero estaría bajo el control de la almirante, por supuesto, y con una valiosa carga en el bolsillo trasero.

Monte no quería ser una herramienta. Ya lo había sido demasiado tiempo. La visita a la almirante debía haber desencadenado algo en él. Desde entonces, se sentía liberado. Tal vez porque la había visto por primera vez tal como era: frágil, con miedos y necesidades. Tenía un gran poder porque comandaba la flota de guerra de la Unión Terrestre, pero no era omnipotente.

—Resérvame un asiento para el 5 de noviembre —dijo.

—¿Puedo cargar el método de pago que especificó cuando reservó el hotel?

—Sí, por favor.

—Lo siento. Me temo que no hay plazas disponibles.

—¿Cómo dices? ¿Ya está todo reservado?

—Lo siento, no hay asientos disponibles.

Monte puso los ojos en blanco. Esas malditas IA le ponían de los nervios a veces. Por supuesto que no había asientos en un vuelo tan largo, solo cápsulas para hibernar.

—¿Qué hay de las cápsulas libres?

—Hay 67 disponibles.

—Muy bien. Resérvame... un momento. ¿Y el vuelo del 31 de octubre?

—Hay 44 plazas libres en el vuelo del 31 de octubre.

Al menos llegaría una semana antes. El carguero podría acelerar más lanzando desde la órbita lunar.

—Por favor, resérvame una cápsula en el vuelo del 31 de octubre.

—Con mucho gusto. Antes debo informarle de las condiciones de la reserva. La reserva no puede cancelarse. Sin embargo, es posible volver a reservar por un cargo adicional. Por favor, preséntese en el muelle de transbordadores 2, dos horas antes de la salida, a las 14:34 hora estándar. Tiene una franquicia de equipaje de once kilogramos. Actualmente puedo hacerle un descuento del treinta por ciento en otros once.

—No es necesario. Once kilogramos son suficientes.

—Por supuesto, señor Pedramonte. ¿Quiere que reserve el vuelo en estas condiciones?

Tal vez no fuera tan buena idea después de todo, al menos no ahora. Si seguía adelante con la reserva, la almirante podría enterarse demasiado pronto de su cambio de planes. Haría todo lo posible por mantenerlo bajo control. Pero aún quedaban 44 plazas disponibles en el carguero. Podía tomarse su tiempo.

—Voy a pasar —dijo.

—¿No quiere reservar el vuelo en estas condiciones?

Ahora se alegraba de que fuera una IA semiautónoma. Un humano sin duda se habría enfadado.

—No, no quiero.

—Por supuesto, señor Pedramonte. ¿Tiene alguna otra petición?



21 de Hathor de 225, Terra Nova

Talut estaba a punto de ahogarse. Remaba desesperadamente con los brazos, pero algo tiraba de él bajo la superficie. Solo conseguía respirar de vez en cuando. Sabía que estaba soñando, pero eso no hacía que la asfixia pareciera menos real. Tampoco sabía cómo se había metido en el agua. Lo único que importaba era que tenía que permanecer en la superficie. Al mismo tiempo, sabía que no lo lograría.

—¡Eh, Talut! Todo va bien —dijo Juri.

El piloto se inclinaba sobre él. Talut palpó su ropa, pero estaba seca.

—No podía respirar —dijo.

—No me extraña, el tubo de tu máscara respiratoria estaba doblado —dijo Juri—. Lo he enderezado.

—Gracias. ¿Cómo te encuentras?

—Como nuevo.

Una extraña e irracional esperanza se apoderó de él. ¿Quizás había ocurrido un milagro y él solo había soñado ayer?

—¿Tu pierna?

—Mientras no la toque, no siento nada.

Qué pena. Juri no volvía a estar sano de repente. Talut cerró los ojos. De inmediato estuvo de vuelta en el agua, luchando por su vida mientras la corriente lo llevaba implacablemente hacia el suroeste. Por supuesto, ¡el sueño intentaba decirle algo! Abrió los

ojos. Juri se había alejado un poco y estaba trabajando en su botiquín de primeros auxilios.

—Tengo una idea de cómo podemos llegar a los demás —dijo Talut.

—Yo también. Con la ayuda de la jeringuilla. La estoy preparando.

—No, espera un momento. ¿Qué hora es?

—Llevas dormido tres horas y media.

—¿Y tú?

—No preguntes, amigo. Cuando intento levantarme, el dolor es casi insoportable. Esa es una de las razones por las que tengo que clavármela en el muslo.

—Primero íbamos a llamarles por radio.

Tenía una extraña sensación, pero no podía justificar las decisiones con sentimientos. Se colocó los auriculares y pulsó el botón de llamada.

—Equipo de vanguardia dos a base, ¿nos reciben?

Talut entrecerró los ojos y apretó el dedo en el auricular para no perderse ni la más mínima respuesta. Pero no había nada. ¿O sí? ¿Eran risas de fondo? Debía de estar volviéndose loco.

—¡Equipo de vanguardia dos a la base, por favor respondan!

Eso fue una risa. Estaba seguro de ello.

—¿Por qué estás tan sombrío? —preguntó Juri—. Sabía que no obtendrías respuesta.

—Oigo una risa —dijo Talut—. Toma, escucha esto.

Se quitó los auriculares y se los dio a Juri. Él se los puso pero negó con la cabeza.

—Tienes que pedirles que respondan.

—Aquí Juri. ¿Me oye alguien? Por favor, adelante. —Juri volvió a negar con la cabeza—. No hay nadie. Tampoco hay risas. Tus nervios están sobreestimulados. —Le devolvió el auricular—. ¿Puedo inyectarme ya la medicación de emergencia?

—No, tengo una idea mucho mejor. Si funciona, no necesitarás la jeringuilla milagrosa.

—Entonces habla.

—Puedes oír la solución si escuchas con atención.

—¿Con tus auriculares, Talut? Me temo que estás perdiendo la cabeza.

—No, aquí, cerca de nosotros.

—Eso es agua corriente. ¿Se supone que es la solución?

—La corriente va al suroeste. Podemos construir una balsa. Nos llevará a nuestro destino sin que tengamos que hacer nada. No tendrás que caminar kilómetros.

Juri se rascó la sien.

—¡Tío, esa idea sí que mola!

—Es lo que estoy diciendo.

—Así no correremos el riesgo de alejarnos de los demás, como podría ocurrir si trepáramos por un nivel superior. Pero ¿cómo construimos una balsa? Apenas tenemos herramientas.

—Yo tengo la herramienta universal. Cortaremos ramas del grosor de mi brazo y las ataremos con nuestras cuerdas de seguridad.

—¿Crees que aguantará?

—No tiene que aguantar todo el camino a casa. Por como Sam lo describió, hay veinte o treinta kilómetros por delante de nosotros a lo sumo. La corriente parece fluir mucho más rápido que a paso de hombre. Eso significa que llegaremos en dos horas más o menos.

—Eso sería estupendo. Con mi pierna herida, probablemente necesitaríamos al menos dos días a pie. —Juri le dio una palmada en la espalda—. Perdona, por un momento pensé que estabas loco.

—Para ser sincero, estoy bastante cerca de un ataque de nervios. Primero lo de los huevos, luego mi percance al escalar y finalmente este ataque... Estaría encantado de ceder parte de mis preocupaciones al jefe de la expedición.

—No tienes que preocuparte por mí, Talut. Soy bastante fuerte.

—Gracias por decir eso, pero estoy más preocupado por mí mismo.



La madera crujía con cada movimiento del cuchillo. El progreso de Talut era lento y el sudor goteaba de su frente. Las ampollas de la palma de la mano habían reventado hacía tiempo. El dolor que irradiaban le ayudaba a concentrarse. Eso era importante, porque había estado sentado en el exterior, en el borde de la Vieja Madre, todo el tiempo, ya que era el único lugar donde las ramas eran lo suficientemente delgadas. Solo allí tenían alguna posibilidad de cortar la madera con el cuchillo. Pero trabajar aquí también era más peligroso que en las robustas ramas y hojas que crecían directamente del tronco.

Talut apretó los dientes. Casi lo había conseguido. La rama estaba cortada en tres cuartas partes. Podía romper el resto. No importaba que los extremos no estuvieran bien cortados. Sujetó con cuidado el cuchillo a su cinturón y retorció la rama, primero a la izquierda, luego a la derecha y viceversa. Las fibras de la madera eran algo elásticas pero no estaban acostumbradas a este tipo de tensión, y finalmente pudo desgajar el extremo de la rama.

—Toma —dijo, dándole la rama a Juri.

—¿Quieres que te ayude?

—¿Cuántas más necesitamos?

—Dos o tres serán suficientes. Con ellas nuestra balsa tendrá un metro y medio de ancho.

—¿Estás seguro de que resistirá?

—Creo que sí. Cada rama tiene unos dos metros y medio de largo y ocho centímetros de grosor de media. Eso hace... un momento... un volumen de doce litros, si no he calculado mal, y por lo tanto transportaría al menos trece kilos si estuviera completamente sumergida. Con veinte ramas, hace un total de unos doscientos sesenta kilogramos de desplazamiento de agua. ¿Cuánto pesas?

—Unos ochenta —dijo Talut.

Estaba tan hambriento que sentía que ni siquiera pesaba cincuenta, pero ochenta era realista.

—Setenta —dijo Juri.

El piloto era un poco más bajo que él.

—Eso hace ciento cincuenta —dijo Talut—. Hay que añadir el peso de la madera.

Sopesó una de las ramas. La madera de la Vieja Madre era dura y resistente, pero sorprendentemente ligera. Sin embargo, las ramas aún estaban muy frescas y húmedas.

—¿Tal vez cuatrocientos gramos por litro?

Juri también cogió una rama.

—Me parece correcto.

—Entonces solo nuestra balsa pesaría más de cien kilos.

—Casi nos hundiremos con eso.

—Menos mal que lo hemos discutido. Necesitamos dos ramas más. Es mejor si las hacemos de tres metros de largo. Podemos atar las largas en el medio de la balsa.

—Mierda, ya las he atado.

—No hay problema, Juri. Mientras sierras, las desataré.



Talut tiró de las cuerdas con todas sus fuerzas. Los nudos eran su seguro de vida. Tenían que mantener la balsa unida hasta que llegaran a tierra firme. Había atado la mitad de las ramas más cortas en el lado izquierdo. Las dos ramas largas estaban unidas a esta. Juri acababa de llegar a la quinta. Tuvieron suerte de que las cuerdas de seguridad fueran tan largas. Ya no podían asegurarse entre sí, pero de todos modos pronto navegarían río abajo.

Con suerte, porque Talut temía el último paso, cuando tuvieran que bajar la balsa de cien kilos al agua. Había treinta metros entre el nivel más bajo de las ramas y la superficie, por los que tendrían que descender. Juri, con su pierna herida, no sería de mucha ayuda. Tenía que admitir que era una tarea imposible pero por alguna razón consiguió bloquear esta realidad. Sería agotador, pero lo lograrían. Tal vez eran solo las endorfinas que su cuerpo estaba liberando amablemente en un estado de extrema necesidad.

—Una más —dijo Juri.

Talut le cogió la rama y la colocó junto a las otras.

—¿Puedes relevarme otra vez? —preguntó Juri.

—Claro.

Juri enganchó el asiento de sus pantalones al centro de la hoja, arrastrando la pierna detrás de él como un apéndice innecesario. ¡Qué putada! Si no encontraban pronto un médico, quizá no sobreviviría.

Talut se adelantó y buscó otra rama. Esta era buena. Tenía al menos tres metros de largo, con muy pocas ramas laterales que cortar. Sacó el cuchillo y lo cogió con la mano derecha. Cuando lo aplicó a la madera y lo movió hacia delante, el mango anguloso rasgó la fina capa que se había formado sobre sus ampollas. Talut apretó los dientes mientras los ojos se le llenaban de lágrimas pero siguió trabajando. Al cabo de unos minutos, la sensación de piel desgarrada se debilitó hasta convertirse en una persistente punzada que pudo ignorar.



—¿Qué haces? —preguntó Juri.

Talut se enderezó. Le dolía la espalda.

—Voy a llevar la balsa al tronco —respondió y se agachó para agarrar la rama más larga que formaba el eje central.

—¿Para qué?

—Para bajar por él.

—¿Con la barca a cuestas?

—Bueno, algo así. Siempre puedo apoyarla en los tocones de las ramas si me resulta demasiado pesada.

—Será demasiado pesada para ti.

—Eso depende del intento.

—No, Talut. Si el intento falla, se irá al fondo y no queremos eso.

—¿Tienes una idea mejor?

—Sí, una caída controlada.

—¿Quieres dejarla caer?

—Es una forma de decirlo.

Talut se secó la frente. Juri tenía razón en una cosa: no conseguiría bajar los cien kilos limpiamente. Pero tenía la esperanza de poder guiar la balsa al menos parte del camino, en lugar de someterla a una caída libre de treinta metros.

—Nuestra construcción no resistirá eso.

—¿Por qué? Es solo madera atada. Se hundirá y luego volverá a subir.

—¿Y cómo nos subimos?

—Uno de nosotros va primero, espera en el agua y sostiene la balsa hasta que llegue el otro.

Eso podría funcionar.

—¿Dónde la tiramos? —preguntó Talut.

—Aquí mismo.

—¿Y si vuelca?

—Acabará tumbada sobre el agua en cualquier caso. No importa de qué lado nos sentemos.

—Bien, la empujaremos hasta el borde.

Gimiendo, empujaron la balsa a lo largo de la hoja hasta que su base empezó a inclinarse un poco.

—¿Y ahora qué? —preguntó Talut.

—Tú baja. Yo haré el resto.

—¿Podrás hacerlo solo?

—No hay problema. Son solo unos centímetros más.

—De acuerdo. Hasta pronto, entonces.

De repente, Talut sintió la necesidad de abrazar a Juri. Cedió al impulso. Se sentía como decir adiós para siempre.



El descenso fue agotador. Talut tuvo que hacer acopio de todas las fuerzas que le quedaban. Su mochila casi vacía se balanceaba de un lado a otro y chocaba una y otra vez con su depósito de aire. No había forma de que Juri pudiera seguirle por este camino. Se alegró cuando su pie llegó al agua. Se sumergió por completo. El líquido le refrescó las numerosas abrasiones de todo el cuerpo.

—El agua está muy buena —gritó.

Luego se soltó. No necesitó nadar. La corriente lo llevó bajo la hoja en la que sabía que estaba Juri, apenas visible en la luz difusa. A unos treinta metros, pudo agarrarse a otro tronco de Vieja Madre. Ese sería un buen lugar para esperar a la balsa.

—¡Estoy en posición! —gritó.

—¡De acuerdo! ¡Te enviaré la balsa!

Talut le oyó gemir. Una sombra se desprendió, acompañada de un grito. La hoja sobre la que había estado la balsa se inclinó. Una segunda sombra, más pequeña, cayó del otro lado. ¡Debía de ser Juri! Gritó de nuevo. Se oyó un fuerte chapoteo, seguido de un breve gorgoteo. ¡Talut tenía que salvarlo! Una caída desde una altura de treinta metros: su amigo podía estar inconsciente. Pero también tenía que coger la balsa. Si la perdían, todo habría sido en vano.

La balsa le quitó la decisión de las manos al salir disparada hacia él. Obviamente, había caído en la zona de la corriente más rápida y estaba a punto de estrellarse contra una Vieja Madre. Con dos rápidas brazadas, Talut alcanzó la popa. Allí colgaba el extremo suelto de la cuerda. Tiró de él. Con suerte, los nudos resistirían el repentino tirón. Talut no tenía fuerza suficiente para frenar la balsa, pero al menos consiguió girarla un poco para que no llegara a la Vieja Madre.

Tenía que detenerla de alguna manera, y tenía que rescatar a Juri. Talut se esforzó por nadar contra la corriente, con poco éxito al principio. Sin embargo, consiguió sacar la balsa del medio de ella. Poco a poco, su movimiento se hizo más lento. De repente, vio un objeto oscuro a su lado. Al principio, pensó que era una alfombra flotante de algas, hasta que un tanque de aire emergió del agua detrás. ¡Era Juri! Talut soltó la balsa y se lanzó a rescatarlo. No pensó en el hecho de que su amigo estaba flotando boca abajo. No importaba ahora. Tenía que atraparlo.

Su mano golpeó algo duro e instintivamente lo agarró. Era la bota de Juri, firmemente sujeta a su pie. Con Juri a remolque, nadó fuera de la corriente principal. Por una vez, tuvo suerte, porque la balsa les había estado siguiendo obedientemente al borde de la

corriente y ahora venía hacia ellos. Talut se agarró al palo exterior. Lo primero que hizo fue encaramar el torso de Juri a la balsa. Tenía los ojos cerrados. Pero respiraba. Su máscara le había salvado. Aún la tenía apretada en la cara. Talut le abofeteó las mejillas hasta que despertó.

—¡Dios mío, qué susto me has dado!

—Yo... ¿Dónde estoy?

—Casi en nuestra balsa. Te desmayaste.

—Solo recuerdo que la hoja en donde estaba se sacudió.

—Caíste al agua y probablemente perdiste el conocimiento por el impacto.

—Gracias, Talut. Me has salvado otra vez.

¿Lo había hecho? Talut se sintió culpable por haber rescatado primero la balsa. Si la máscara de respiración de Juri se hubiera deslizado en el impacto probablemente se habría ahogado.

—La máscara te salvó la vida.

Se oyó un estruendo a su izquierda y la proa de la balsa se levantó. Al parecer, había encallado en una Vieja Madre.

—¿Puedes aguantar un minuto? —preguntó Talut—. Tengo que desengancharnos.

—Sí, puedo hacerlo.

Talut avanzó por el borde de la balsa hasta la proa. Allí se apoyó en el tronco con las piernas y empujó la balsa hacia la derecha. Funcionó. La corriente atrapó la popa y la empujó lateralmente más allá del árbol. Sin embargo, esto lo puso en aprietos. ¿Debía sumergirse brevemente o subir a la balsa? Miró detrás de él. Juri estaba colgado del mismo lado y parecía no darse cuenta del peligro. Tenía que volver. Avanzó por la balsa lo más rápido que pudo.

—Ah, ¿puedo...?

No oyó el resto de la pregunta de Juri. Talut se sumergió brevemente, se agarró a las piernas del piloto y las levantó. Juri, obviamente, se dio cuenta de lo que hacía y se encaramó. Talut intentó seguirle pero ya era demasiado tarde. El lado izquierdo de la balsa lo embistió. Se quedó sin aliento, pero no se soltó. El tanque de aire absorbió la mayor parte del impacto. Por suerte, no resultó

dañado. Talut aspiró aire y no sintió ningún cambio. Habían pasado el árbol. Juri le ayudó a subir a la balsa. Empapados, acabaron sentados en la balsa, que ahora estaba mucho más sumergida que antes.

—¡Uf! —exclamó Juri.

—Sí, uf.

Eso significaba que había sido un día de mierda, y aún no había terminado. Se entendían bastante bien.



La balsa iba más despacio que a paso de hombre. Se mantuvieron al borde de la corriente sin discutir. Juri vio lo que Talut también había notado: Las cosas se movían más deprisa en medio del río, pero también era allí donde se formaban remolinos, con los que no se sentían cómodos. Aquí, en la orilla, podían detenerse agarrándose a una raíz si era necesario, y aun así se movían más rápido de lo que podrían haberlo hecho trepando por el follaje.

El cuerpo de Talut necesitaba descansar. No dormía, pero sin duda descansaba, incluso cuando chocaban con un tronco. Ambos se habían atado a la balsa, y a su lenta velocidad, una colisión no era un problema.

La balsa resultó ser muy estable. Solo dos o tres nudos se soltaron gradualmente. No afectaban a la estabilidad general, así que Talut los ignoró. Necesitaba descansar, y Juri parecía sentir lo mismo. Su amigo tampoco había vuelto a pedir una inyección. Talut sospechaba que Juri había aprovechado el momento de su ausencia para inyectarse. Pero no era tan importante. Probablemente alcanzarían a los demás en una o dos horas. Entonces el médico de la expedición podría ocuparse por fin de él. Y podrían saquear los víveres a su antojo.

—¿Oyes eso? —preguntó Juri.

—¿Oír qué?

—Ese ruido.

—Sí, lo oigo. Estamos viajando por un río que serpentea constantemente entre enormes Viejas Madres. Va a haber algo de ruido.

—Hm, tengo la sensación de que se ha vuelto más fuerte.

—No lo sé. Pero es hora de probar la radio de nuevo.

Talut se acomodó su auricular y abrió una conexión.

—Equipo de vanguardia dos a mando, adelante.

¿Cuántas veces lo había intentado ya? La línea permanecía en silencio.

—Equipo de vanguardia dos a mando, adelante.

Algo iba mal. Pero ¿qué? Pronto lo averiguarían.

—Tal vez son nuestros auriculares —dijo Juri.

Talut se quitó los suyos de la cabeza y pulsó unos botones.

—Mira, la batería no está ni medio vacía y parpadea lo que debería.

—Aun así, podrían estar dañados, daños mecánicos que la electrónica no está detectando.

—¿Ambos al mismo tiempo?

—Eso no sería inusual. Después de todo, son técnicamente idénticos y fueron expuestos a las mismas tensiones.

—Bueno, no es imposible. Pero dudo que sea por nuestra parte. Algo ha sucedido. Tal vez tuvieron que volver y ya no están al alcance de la radio.

Esa era la explicación que más le gustaba a Talut. Los líderes de la expedición habían encontrado algún tipo de peligro y habían decidido cambiar el plan por completo.

—¿Crees que nos han abandonado? —preguntó Juri.

—No para siempre, por supuesto. Vendrán a buscarnos, eso seguro. Pero quizá les persiguiera un enjambre de langostas gigantes. Entonces tendrían que ponerse a salvo primero.

—Por lo que sé, las langostas gigantes son criaturas solitarias, excepto durante la época de cría.

—¿Y qué acabamos de ver?

Juri se rio.

—Tienes una explicación para todo.

Eso estaría bien. Su propia explicación le parecía ilógica. La expedición les habría advertido. Si tal advertencia ya no era posible, descartó mentalmente la explicación resultante. No serviría de nada. No quería cuestionar el sentido de esta empresa.

—¿Por qué no me dejaste allí tirado? —preguntó Juri—. Estoy seguro de que podrías haber subido tú solo.

—¿En dos días? No habría tenido suficiente oxígeno.

—Podrías haber cogido el mío. Incluso te lo habría dado.

—¿En serio? Ni siquiera quiero hablar de ello. No voy a abandonar a nadie.

—Una tontería dadas las circunstancias, Talut.

—Si ese es el caso, entonces soy un tonto.

—No te enfades. No lo decía como una crítica. Puede que simplemente llegue un momento en el que tengas que abandonarme. O yo te dejaré a ti, como tú quieras. Me gustaría aclarar eso. Si no tengo ninguna posibilidad de volver al Plano de la Corona, no hay ninguna razón para que Luqa crezca sin un padre.

Talut suspiró. No quería pensar en tales dilemas. Juri había conseguido estropearle el humor.

—De acuerdo. Pero si llega el caso, seré yo quien juzgue tus posibilidades, ¿entendido? No me iré hasta que no haya otra opción.

Juri asintió y Talut se reclinó. El piloto tenía razón, en cierto modo. Tenían que hablar de ello en algún momento. Pero no ahora.

Él también oyó el ruido. De repente, estaba en su cabeza. Sonaba como si se estuvieran acercando a un muro. Un muro lejano, pero un gran muro que lo cambiaría todo.

Mierda. ¿No habían tenido suficiente mala suerte hoy?



—Solo un poco más en esa dirección —dijo Talut.

—Entonces no avanzaremos más.

—Quiero asegurarme de que podemos parar en cualquier momento. Si esto es una cascada, es probable que la corriente se acelere considerablemente.

—Sabes que eso no tiene sentido, ¿verdad? La velocidad de la corriente depende de la sección transversal del río y del volumen de agua.

—¿En serio? Aun así, vayamos sobre seguro.

Remaron con los brazos. Juri estaba a la izquierda, Talut a la derecha. Esto significaba que Juri tenía que esforzarse más si querían virar a la derecha. Pero se negó a cambiar de sitio. Sin embargo, el ruido no había aumentado tanto como Talut imaginaba que haría una cascada. Él nunca había visto una personalmente, pero su mujer había visto una vez un holodocumental sobre cascadas en el Santuario de la Tierra. Eran fenómenos impresionantes que mostraban el poder del agua. La pared a la que se dirigían sonaba bastante apagada. Pero eso no la hacía menos peligrosa.

Una cascada de cualquier altura le parecía improbable, aunque solo fuera porque habría sido detectada desde la órbita, y el jefe de la expedición les habría hablado de ella. Debía de tratarse de un obstáculo que no podía verse desde un satélite. Era una lástima que nadie pudiera decirle cuáles eran los límites de la imagen de un satélite de observación.

—No creo que sea mucho más lejos —dijo Juri.

Talut dejó de remar. Juri tenía razón. El sonido procedía directamente del frente, ya no de todos los lados como antes, cuando se había transmitido por reflejo del envés de las hojas más bajas.

—Detengámonos en ese tronco —sugirió Talut.

Delante de ellos había una Vieja Madre en la corriente que parecía adecuada para trepar. Dirigieron la balsa hacia ella y Talut ató un cabo a una de las ramas.

—¡No te atrevas a seguir solo!

Juri rio. Talut se subió a la rama más baja, encontró otra que parecía lo bastante estable, trepó y se cambió a una tercera. Ahora estaba a unos tres metros por encima del agua. Se puso de pie, de espaldas al tronco, y miró en la dirección en que fluía el río.

Describió a Juri lo que veía.

—Fluye con relativa suavidad.

El agua bajaba por una ladera. Algunas rocas sobresalían, pero el agua apenas parecía revuelta. No estaba tan mal como había temido.

—¿Hasta dónde? —preguntó Juri.

—¿Tal vez cincuenta metros?

—Suena divertido.

—Solo tenemos que evitar las rocas.

—¿Hay muchas?

—Es posible. Todo parece muy factible.

—¿Y qué viene después?

—No lo sé. Hay demasiadas Viejas Madres en el camino.

El bosque continuaba en la ladera y más allá de ella. Esto significaba que la ladera debía de estar ahí antes de que crecieran los árboles. Talut miró a su alrededor. La ladera parecía curvada. Continuaba a derecha e izquierda. ¿Podría ser el borde de un cráter, creado por el impacto de un meteorito hace mucho tiempo? Solo sabía de esas cosas por los holos, pero era lógico que Terra Nova hubiera sido bombardeada por meteoritos en algún momento.

—¿Volverás? —preguntó Juri—. La balsa está tirando bastante de la cuerda.

Ahora él también lo vio. El cabo de seguridad estaba tenso y la rama a la que estaba sujeto ya se estaba doblando. Desde que se bajó de ella, la balsa parecía haberse vuelto más ingobernable. Bajó por el tronco y trepó de nuevo hasta Juri.



—¡Agárrate fuerte! —gritó Talut.

La proa de la balsa se elevó, luego se inclinó y comenzó su indómito viaje. Desde aquí, la pendiente parecía mucho más pronunciada que desde arriba. Esta vez Talut iba a la izquierda y Juri a la derecha. Tenían dos objetivos: no caerse de la balsa y evitar chocar con una roca.

Lo consiguieron bastante bien durante los primeros diez metros. Pero entonces la balsa aceleró. Su remada seguía siendo útil pero

tenían menos tiempo entre obstáculos. Aun así, recorrieron casi la mitad de la distancia antes de chocar con algo. La balsa se estampó de frente contra una roca negra y lisa. El repentino impacto estremeció todos sus huesos y Juri gritó. Probablemente a su pierna no le gustó nada el impacto.

Talut no tuvo tiempo de comprobar cómo estaba su amigo, ya que la corriente volvió a apresar la balsa, arrastrándola hacia el canal más rápido. Una pequeña roca la hizo girar. De repente, ambos estaban en la popa, donde remar tenía mucho menos efecto. Juri quiso pasar a la proa, pero Talut se lo impidió, porque para hacerlo tendría que desatar las cuerdas que lo sujetaban. Ni pensarlo. La balsa era su seguro. No debía hundirse.

La siguiente colisión con una roca les envió de nuevo al frente. ¿Cuánto faltaba? ¿Cuánto podían alargarse cincuenta metros? Era imposible saberlo, porque otra roca les bloqueaba la vista.

—¡A la izquierda! —gritó Talut.

—¡A la derecha! —replicó Juri.

¿Qué veía que Talut no viera? Confiaba en él, así que remó hacia la derecha. Esta roca no era lisa y redonda, sino angulosa y de bordes afilados. Uno de ellos iba directo al espacio entre dos ramas. Fue como si la dura roca rajara la balsa. Una cuerda que sujetaba algunas ramas se soltó y la balsa se separó. O, mejor dicho, no toda la balsa, solo la mitad izquierda. La mitad de Talut. Un palo salió disparado.

—¡Ven hacia mí! —gritó Juri.

Eso no ayudaría. Media balsa no podía transportar a ambos. Talut negó con la cabeza. A diferencia de Juri, él podía mover todos sus miembros y aún podía nadar si era necesario. Pero Juri no desistió. Se agarró a los dos palos en los que Talut seguía tumbado. Uno de ellos estaba atascado en una grieta de la roca.

—¡Tienes que soltarme! —gritó Talut.

Juri no reaccionó, aunque su sección de la balsa empezaba a girar. Eso no era nada bueno. Juri volcaría; la balsa zozobraría y se lo llevaría, atado a su parte inferior, agua abajo.

—Dame la mano —gritó Talut, buscando la mano del piloto, aferrada a la rama, la única conexión que quedaba entre las dos

mitades de la balsa pero Juri vaciló.

—¡Dame la mano, rápido!

No podía aguantar mucho tiempo con una sola mano.

Por fin, Juri obedeció, pero para entonces Talut había retirado la mano. Juri no se agarró a nada. La conexión entre las dos partes se soltó. El lado derecho de la balsa en la que estaba Juri dio un bandazo, pero no volcó. Juri hizo una mueca y observó pasmado cómo la corriente rompía la sección de la balsa correspondiente a Talut. No tenía sentido esperar mucho más. Talut se impulsó en la piedra y nadó tras Juri.



ESTABA SOLO. Había perdido de vista la balsa desmembrada. Las Viejas Madres crecían con mayor densidad aquí. La corriente había disminuido. Talut trató de imaginar el cráter en el que el río fluía con tanta fuerza. Debía de haber una salida cerca del fondo. Como no había embalse, la única solución posible era una brecha en la pared sur del cráter.

Talut se puso boca arriba y se dejó llevar. No podía hacer mucho más. No tenía ni idea de lo lejos que había llegado. Pero sin duda estaba en el lugar correcto. El cráter debía ser el destino de la expedición. No había ninguna formación comparable en ningún lugar de Terra Nova. La cuestión era, si el impacto del meteorito de hacía mucho tiempo era el objeto de una expedición puramente científica, o si estaban buscando algo más.

El objeto que creó el cráter debió haber impactado en un ángulo bastante superficial. ¿Quizás fuera un meteorito de hierro? Eso explicaría por qué se había enviado una expedición tan costosa.

Talut se estremeció. A pesar de lo cálida que estaba el agua, su cuerpo se enfriaba poco a poco. ¿Volvería a pisar tierra firme? Miró a las Viejas Madres con las que se cruzaba. Tenía que haber una a la que pudiera subir. Una pequeña escalada le haría entrar en calor. Su estómago gruñó ferozmente. Tal vez podría encontrar algo con que

llenarlo. Había oído que las flores de la Vieja Madre Polar eran comestibles.

Se llevó la mano a la nuca, donde se encontraba la base de su botella de oxígeno. Una barra con cinco protuberancias indicaba el nivel de llenado, de modo que podía palparlo con los dedos. Solo una de las cinco pequeñas protuberancias estaba llena. No tardaría más de seis horas en asfixiarse. Eso significaba que debía de ser mediodía. Tenía hasta la noche para encontrar al resto de la expedición.

Talut volvió a tumbarse boca arriba. Dejarse llevar le ahorraba fuerzas y, por tanto, aliento. La corriente era ahora tan lenta que ya no temía colisiones.

—Juri, ¿estás por aquí?

Al menos podía intentarlo. Pero no hubo respuesta. Talut pulsó el botón de llamada de sus auriculares. Nada. Al menos debería haber vibrado. Al parecer, el agua había acabado con ellos. Talut ya no tenía ninguna conexión con otras personas. Ahora sí que estaba solo. Sin embargo, no se sentía peor que antes. Tampoco era ya responsable de los demás. Su misión estaba más clara que nunca: tenía que encontrar la manera de volver con su hijo.

Negó con la cabeza. Era una tarea demasiado grande. Tenía que dividirla en pasos más pequeños. En primer lugar, necesitaba oxígeno fresco. No tenía medios para producirlo. La única fuente más cercana era el extractor de la expedición. Tenía que localizarlos.



Solo notó la tierra firme cuando sintió un toque en la cabeza. Talut se despertó sobresaltado y empezó a agitarse, presa del pánico. Algo le había agarrado por detrás en el sueño que aún experimentaba. Se puso en pie y, de repente, el agua solo le llegaba a las rodillas. Al parecer, el cansancio le había vencido.

Talut pisó la orilla arenosa y se sacudió como un perro mojado. Se aflojó la botella de aire y se la colgó del pecho. Luego, se quitó la ropa. Empezando por la parte superior del cuerpo, escurrió cada

prenda antes de volver a ponérsela. No tenía tiempo de poner la ropa a secar. Su cuerpo tendría que hacerlo por él. Se quitó las botas, las ató por los cordones y se las colgó del hombro. Si el suelo seguía así, podría caminar descalzo.

¿Hacia dónde? Más allá de la playa el terreno ascendía en pendiente, así que probablemente se encontraba en el montículo que normalmente se forma en el interior de un cráter de impacto. Los investigadores lo llamaban la montaña central. Podía rodearlo o escalarlo. Decidió tomar el camino de la orilla. Tal vez Juri también había sido arrastrado aquí. Talut se quitó los auriculares y los sacudió. Chorrearon. ¿Debía ir a la izquierda o a la derecha? Había perdido a Juri en el lado derecho, así que las posibilidades eran mayores allí.

Las Viejas Madres también crecían en la montaña central. Talut miró hacia arriba. Sus hojas parecían emitir la misma luz que había notado en medio del bosque. Era una luz extraña, y probablemente consistía en solo unas pocas longitudes de onda, a diferencia de la luz del sol. Los árboles alimentaban el ecosistema que tenían debajo con la ayuda de la bioluminiscencia. ¿Qué sacaban de ello?

El impacto que había creado el cráter debió de producirse hacía mucho tiempo. Una Vieja Madre tardaba unos veinte mil años en crecer hasta el nivel de la copa. Allí, extrañamente, los árboles dejaban de crecer, como si hubieran llegado a algún tipo de acuerdo. Sin embargo, la mayoría de las Viejas Madres eran bastante más antiguas que eso. Los investigadores habían encontrado ejemplares que llevaban vivos medio millón de años.

De vez en cuando, Talut se agachaba para examinar una planta que crecía en la arena. Plantas con las raíces en la superficie, eso era completamente nuevo para él. Había pasado toda su vida en las copas de los árboles, donde las raíces aéreas eran lo habitual. Sin embargo, las plantas de aquí no parecían comestibles. Tenían tallos duros que se enrollaban en la arena y las típicas hojas negras de las plantas que utilizan la radiación térmica como fuente de energía. De vez en cuando mordía parte de una planta, pero todas tenían un sabor extremadamente amargo, por lo que las escupía de inmediato. Tal vez podría remediarlo hirviendo o asando las plantas, pero

primero tendría que encender un fuego, lo que era imposible sin oxígeno.

Al cabo de unos minutos, encontró una rama cortada. Medía dos metros y medio y debía de proceder de su antigua balsa. La utilizó como bastón durante unos pasos pero a la larga resultó demasiado pesada. ¿Y si la acortaba? Talut buscó la herramienta de corte que llevaba colgada del cinturón. Ya no estaba. «¡Joder!» Buscó en todos los bolsillos del pantalón y en la mochila y encontró su botiquín, una canica y la garra de mockzilla. Parecía haber crecido y ahora parecía casi carnosa. Antes no lo había notado. De alguna manera, ahora le recordaba a una pata de pollo. Quizá su hambre canina también había cambiado su percepción. ¿Podría comérsela? Se levantó la máscara respiratoria, puso la garra bajo la nariz y la olió. Apestaba a podrido. Tal vez aquel proceso había provocado la hinchazón del tejido.

Consideró tirar la garra pero no se atrevió. Mejor guardarla. Sin embargo, no pudo deshacerse del olor tan rápidamente. Incluso se intensificó y cambió. Lo que olía a través de la máscara le llegaba desde arriba, desde la colina. Carne quemada, claramente.

Estaba a punto de subir la colina cuando vio los restos de la balsa. Debía de ser la mitad de Juri. Pero su amigo ya no estaba en ella. Una ancha huella en el suelo arenoso mostraba que Juri debía de haberse arrastrado colina arriba. No se veían huellas individuales. Si Talut no hubiera estado seguro de que Juri estaba solo, habría creído que alguien lo había arrastrado. Pero debió subir por sus propios medios. Era evidente que ya no podía andar.

Talut siguió el rastro. El hedor aumentaba.

—¿Juri? ¡Juri! —gritó.

—Aquí estoy —oyó que respondía.

Talut corrió los últimos metros. Cayó de rodillas y se abrazaron.

—¿Cómo estás? —preguntó Talut.

Juri estaba sentado en la ladera, con el torso desnudo. Un tatuaje se extendía desde su espalda hasta su costado. Tenía las piernas abiertas y la camiseta encima de ellas. Se había quitado la botella de oxígeno y la había dejado a su lado.

—Tú tampoco estás muy bien —dijo Juri.

—¿Qué le pasa a tu pierna?

—Nada.

—¿Entonces por qué abres las piernas así?

—Es más cómodo.

Talut le quitó la camiseta de un tirón y de inmediato se maldijo por ello cuando las náuseas le subieron por la garganta. Tuvo que apartarse y vomitar en seco. Tenía el estómago vacío. No era agradable. Se volvió. Juri había vuelto a poner la camiseta sobre el muslo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Talut.

—¡Y hay quien dice que el microbioma de este planeta no puede hacernos daño! Me está comiendo vivo.

—Necesitas antibióticos.

—Lo sé. Pero los botiquines no tienen, porque como dijiste, el microbioma de Terra Nova supuestamente no nos afectaría.

—Tenemos que encontrar a los demás.

—Olvídalo, Talut. Me llevó media hora llegar hasta aquí arriba. Me quedaré sin oxígeno en tres horas. Llegaré hasta esa Vieja Madre, más o menos.

—¿Por qué solo tres horas? Mi oxígeno durará hasta la noche.

—Porque he estado experimentando. He estado tratando de quemar la carne en descomposición.

—Así que de ahí vino ese hedor.

—¿Lo oliste?

—Incluso desde la distancia. ¿Así que no tuviste éxito? ¿No duele que te cagas?

—El tejido de abajo está muerto. Además, la inyección seguía funcionando.

—¿Seguía funcionando?

—El efecto está desapareciendo. Esperaba que aún tuvieras la tuya.

Talut se palpó los pantalones. El botiquín seguía allí. Podría ayudar a Juri a pasar sus últimas tres horas sin dolor.

—Sí, aquí está.

Desempaquetó el botiquín. «No, no podrá seguir». Tenía que enfrentarse a la realidad.

—Déjame verlo otra vez, por favor.

Juri apartó la camiseta. El muslo tenía un aspecto terrible. El agujero antes redondo en la carne estaba deshilachado. Le colgaban jirones de piel. Se había extendido una capa azulada, que solo faltaba en algunos lugares, presumiblemente donde Juri había quemado la carne. El hueso del muslo destacaba, de un blanco cegador.

—No tiene buena pinta —dijo Juri.

Talut tuvo que darle la razón, pero no encontró la forma de consolar a su amigo. Ni siquiera una amputación ayudaría, pero de todos modos no era una opción, ya que había perdido el cuchillo. Juri necesitaba antibióticos, un bisturí, desinfectante y vendas estériles. Pero, sobre todo, necesitaba aire.

—Te pondré la inyección.

Desenvolvió la jeringuilla. Estaba lista para su uso.

—Es mejor en la parte superior del brazo, ahí es donde funciona más rápido —dijo Juri.

Talut colocó la jeringuilla, pinchó la piel e introdujo el analgésico en el cuerpo de Juri.

—Primero te buscaré oxígeno. Luego, ya veremos.

Se levantó y se quitó la arena de la ropa. Su mirada se posó en las botas de Juri. Parecían estar secas. ¿Debería...?

—Adelante, cógelas —dijo Juri—. Ahora mismo no las necesito.

—Te dejaré las mías por si después de todo quieres ir de excursión.

Él se rio.

—Muy amable.

Talut se calzó las botas de Juri. Le quedaban como un guante. Así avanzaría mejor.

—Son muy cómodas.

—Me las regaló mi mujer por el Día de la Independencia.

—Ah, ¿estás casado?

—Mi exmujer. Hace mucho que no la veo.

—Ya veo. Iré a buscar ayuda entonces, supongo.

—¿Talut?

—¿Sí?

—Recuerda lo que hablamos.

—¿Qué quieres decir?

—Acerca de abandonarme, amigo.

Talut negó con la cabeza.

—No veo por qué eso debería ser relevante. Te traeré un poco de aire fresco, y donde hay aire, hay medicina. Todo saldrá bien.

—Las cosas no siempre salen bien —objetó Juri.

Talut tragó saliva. Juri tenía razón, pero no estaba dispuesto a admitirlo. Si lo hacía, podría darse por vencido.

—No siempre —concordó—. Pero hoy sí. No aceptaré ningún otro resultado.



Se despidió una vez más de Juri y se puso en marcha. Durante los primeros cincuenta metros, sintió la mirada de su amigo en la espalda. Luego, dejó atrás a la primera Vieja Madre, y el poderoso tronco lo protegió de la vista. Talut no miró atrás. Volvería a encontrar a Juri, ya que solo tenía que caminar cuesta abajo hasta la orilla y luego por la playa hasta encontrarse con la mitad de la balsa.

Talut también había considerado continuar con esa mitad. Pero pensó que había más posibilidades de encontrarse con los demás en la montaña central. De todos modos, si la expedición hubiera acabado en el agua por alguna estúpida razón, no podría localizar sus restos. No, su destino se cumpliría en esta montaña. Se sintió como el legendario profeta que iba a la montaña, pero sus dotes proféticas eran menos que pobres. Suficiente para hacerle llorar.

El ascenso terminó bruscamente y mucho antes de lo esperado. Dado el enorme tamaño del cráter, la montaña central debió de ser mucho más alta en otro tiempo. Probablemente la erosión la había desgastado. Talut descendió. Solo debía tener cuidado de no tropezar con las plantas que crecían aquí, extendiendo tenaces brazos desde el suelo. Aquí apenas parecía haber vida animal. Tal vez la energía disponible de la luminiscencia no era suficiente para permitir la movilidad.

Por lo general, la vida salvaje lo pasaba mal en Terra Nova. La falta de oxígeno en la densa atmósfera de dióxido de carbono solo podía compensarse con soluciones especiales que la evolución había inventado especialmente para Terra Nova, por ejemplo, en forma de cultivos simbióticos productores de oxígeno en sus entrañas. En las viviendas humanas, la densidad de pequeños animales introducidos desde la Tierra, como las cucarachas, era significativamente mayor que en la naturaleza. Al menos, la falta de oxígeno tenía la ventaja de que ni siquiera las cucarachas, famosas por su tenacidad, se atrevían a aventurarse al exterior.

Talut llegó al punto más bajo de su caminata. Debía de estar cerca del nivel del agua del cráter, porque la arena estaba bastante húmeda aquí abajo. Casi pantanosa. Para ir sobre seguro, Talut rompió una hoja grande y robusta para superar los tramos que le parecían inseguros.

El pantano terminaba en una segunda montaña. Aquello era muy sorprendente. Los cráteres solo tenían una montaña central. Tampoco podía ser la pared trasera del cráter. También le inquietó la forma de la montaña. Parecía un trozo de masa que alguien hubiera dejado caer, un montón deforme al que la gravedad había dado su forma definitiva. Por lo tanto, era difícil escalarla, ya que un enorme saliente se alzaba frente a él. Desde las estribaciones de la montaña central, Talut pudo ver que el terreno se elevaba con mayor suavidad.

Miró el reloj. Llevaba hora y media caminando sin encontrarse con el resto de la expedición. Eso significaba un viaje de vuelta igual de largo. A Juri aún le quedaban tres horas de oxígeno. Si Talut volvía ahora, podrían compartir el resto de su suministro, lo que les daría otros noventa minutos de esperanza de que un equipo de la expedición los encontrara y evitara que se asfixiaran. ¿Cuán probable era eso? No morirían en la soledad a la que se enfrentaban Juri y él si continuaba su camino. Porque incluso si encontraba oxígeno, llegaría demasiado tarde para salvarlo. Si no lo encontraba, moriría en cuatro horas y media, sin compañía.

¿Qué había dicho el piloto sobre abandonarlo? Quizás ahora era el momento. Todavía tenía cuatro horas y media para buscar en un

radio de varios kilómetros. Era casi seguro que esta zona era el destino de la expedición. Si la tripulación no se había dado la vuelta, debía encontrarlos aquí. Pero sería demasiado tarde para Juri. Y ni siquiera podría despedirse de él.

Talut suspiró. Cuanto más esperaba para decidirse, más se reducían sus posibilidades. ¿Sería más fácil si Juri estuviera sentado a su lado ahora? Su amigo le habría dado una patada hace tiempo con su pierna sana. Talut se secó la humedad del rabillo del ojo, buscó un lugar que no fuera tan saliente y se subió a la roca.



Lup-dup, lup-dup, lup-dup. Su corazón bombeaba. Con la boca abierta, aspiró todas las moléculas de oxígeno que pudo. Talut sintió como si el tanque se hubiera vaciado demasiado rápido. Pero todo se debía a su forma física. La escalada le llevó al límite de sus capacidades. Pero la montaña también era extraña. Talut lo atribuyó al hecho de que no estaba familiarizado con muchas. La ciudad que había visitado varias veces se encontraba en una cadena montañosa que había sido levantada por las placas tectónicas y parcialmente desgastada por la erosión. El suelo era duro y sólido. Era casi imposible cavar túneles.

Supuestamente, esa era la razón por la que las Viejas Madres no crecían en las montañas. Allí, sus raíces no tenían ninguna posibilidad de penetrar la corteza, hacia la misteriosa capa de vegetación que se consideraba el verdadero hogar de las Viejas Madres. Los árboles de toda Terra Nova estaban conectados entre sí a través de este micelio.

Esta montaña (en realidad, no era más que una colina) era completamente diferente. La superficie era blanda, casi tan blanda como la arena modelada con agua y un molde de plástico. Bueno, no tan blanda. Pero Talut podía hacer agujeros en ella con los dedos desnudos (o con las puntas de las botas), lo que facilitaba mucho la escalada. La desventaja era que no se podía confiar en la solidez del suelo. Una y otra vez, un saliente se desmoronaba bajo sus pies, o

la grieta en la que había metido una mano se resquebrajaba bajo su peso.

Sin embargo, Talut siempre era capaz de recuperarse rápidamente, y la montaña no era tan alta. Al menos tenía un momento para descansar después de un percance así. Pero no podía tomarse demasiado tiempo, porque su botella de oxígeno se vaciaba con cada respiración.

Finalmente, llegó a la cima. Esperaba arena, pero la roca, si es que podía llamarse así, continuaba. Saltó para comprobar la estabilidad del suelo y dejó dos profundas huellas de sus botas. No, huellas de las botas de Juri. Comprobó la hora. Su amigo seguía vivo.

El camino era casi llano. Había tanta luz como en el crepúsculo avanzado. Talut no encontró ninguna fuente directa de luz. La luz estaba ahí, como si las moléculas de aire la emitieran. ¿Tal vez era así? Podría tratarse de criaturas microscópicas flotando en el aire y luminiscentes. El calor omnipresente proporcionaba suficiente energía. Las Viejas Madres empezaron a formar un callejón, como si tuvieran respeto por la montaña, como si estuvieran en el borde y aplaudieran. Sin embargo, cuando Talut miró hacia arriba, todavía había suficientes ramas y hojas para bloquear la vista del cielo. Así que esta montaña no era visible desde la órbita.

La decepción le invadió poco a poco. Al principio ni siquiera se dio cuenta. Estaba cada vez más nervioso porque el tiempo de Juri se estaba acabando. Pero era más que eso. Había esperado un objetivo, algo especial que hiciera que la expedición valiera la pena. Juri había muerto por nada.

No. Seguía vivo, y aunque Talut tardaría demasiado en llegar hasta él, aún le quedaba una chispa de esperanza.

Ese fue el momento en que descubrió el extractor. La máquina era única. Parecía una esbelta cafetera de casi dos metros de altura. En lugar de una jarra de cristal, tenía un depósito. Poco después reconoció la unidad generadora de electricidad. Se encontraba detrás del extractor y estaba parcialmente cubierta por él. Ambas máquinas estaban en la ladera de la montaña. Si la hubiera rodeado, probablemente no las habría visto a tiempo.

Echó a correr. En ese momento, no le importó que allí no se viera ni a un solo miembro de la expedición. Las máquinas eran lo único que necesitaba. La montaña era un poco más plana por este lado. Llegó a la superficie casi sin escalar. Esperaba que el extractor no estuviera averiado. ¿Quizá ya estaba conectado, listo para su uso, y alguien había llenado ya el depósito?

Talut llegó a la máquina sin aliento y comprobó su estado. Solo tenía que conectar el depósito de aire respirable. Un silbido y la presión original se restableció. ¿Dónde estaban todos? No importaba, al menos por el momento. Tenía que llegar hasta Juri. ¿Por encima de la montaña o rodeándola? Un ascenso y un descenso, la ruta más corta, frente a terreno llano a mayor distancia.

«Rodeando». Era mejor correr que escalar. También era más difícil perderse. Solo tenía que correr hasta ver los restos de la balsa. Talut se puso en marcha. Mantuvo el ritmo de carrera durante veinte minutos, hasta que su cuerpo se negó a continuar. Se sintió mareado y tuvo que agarrarse a un árbol. No había tiempo que perder. Las tres horas de las que disponía Juri ya habían pasado. Necesitaban un milagro. Se obligó a avanzar. ¿Por qué este puñetero cuerpo no hacía lo que le decían? Sus pulmones se recuperaron y empezó a trotar con facilidad.

La arena era blanda pero seca. Las Viejas Madres estaban muy separadas. A su izquierda estaba la orilla. Desde un lado, oía de vez en cuando un suave gorgoteo. Mucho más fuerte era el rugido de su propia sangre bombeando por sus venas. «Corre. Corre. Corre». Siguió el ritmo marcado por su corazón. No tenía tiempo para prestar atención a su entorno. Solo esperaba una cosa, la aparición de la balsa, que le indicaría que lo había conseguido.

Allí estaba, la mitad izquierda. Talut se sobresaltó. ¿No acababa de partir? Juri debía de estar sentado aquí, colina arriba. Esperaba con impaciencia el encuentro pero lo temía como nunca antes había temido nada. Su amigo tenía que seguir vivo. Pero cuando se paró frente a él... No. Tenía que subir la colina, de lo contrario todo sería en vano.

—¿Juri?

No hubo respuesta. Talut esprintó los últimos metros, se arrodilló a toda velocidad, se arrancó su propia máscara y la apretó contra la cara de Juri. «Respira, amigo mío, ¡respira!»

Talut intentó hablar pero no pudo articular palabra. Jadeó hasta que se dio cuenta de que Juri seguía con la máscara. Se la puso para respirar un poco y volvió a colocársela al piloto en la nariz y la boca pero su piel estaba fría y su pecho, inmóvil. Juri se apoyaba en un montículo, ligeramente inclinado hacia delante, con los ojos cerrados. No se había dormido plácidamente. Tenía la cara deformada y la boca abierta. Talut no quería ver aquello pero tenía que hacerlo. Tenía que convencerse de que Juri ya no estaba allí. Su amigo había dejado atrás una mera cáscara, que tenía menos en común con él a cada minuto que pasaba.

«Estoy muerto, amigo mío», le oyó decir. «No es culpa tuya. Gracias por abandonarme». Talut volvió a coger la máscara. Olía a Juri. Inspiró. Las lágrimas brotaron de sus ojos, se abrieron camino alrededor de la máscara, se encontraron de nuevo en su barbilla y gotearon sobre su pecho. Talut sollozó. Se oyó a sí mismo, porque sintió como si estuviera a su lado y se hubiera rodeado los hombros con el brazo. Sus sollozos sonaban extrañamente amortiguados bajo la máscara.



Talut intentó apretar la mano de Juri a modo de despedida. Ya estaba rígida y se aferraba al muslo del muerto con tanto empeño que solo podía soltarse a la fuerza. Talut se levantó. No podía hacer compañía a su amigo para siempre. Pero ¿iba a dejar a Juri así? El cuerpo que una vez había pertenecido al piloto se había desplomado.

Normalmente, en el Plano de la Corona, uno se despedía de los muertos arrojando el cadáver a las profundidades. Había algunos lugares en el bosque que eran muy populares para esta ceremonia porque se sabía que eran demasiado profundos. Pero él ya estaba en la superficie. Juri no podía ir más profundo. Además, él venía de las

islas. ¿Qué les pasaba a los muertos allí? Talut no lo sabía. Se había olvidado de preguntarle a Juri. En la Tierra, había visto en un holo, era costumbre enterrar los cadáveres. No era una buena idea en Terra Nova, porque el material biológico se descomponía lentamente sin oxígeno.

No podía dejar a Juri así, ¿o, sí? Talut lo registró. Encontró un mando a distancia en el bolsillo de su pantalón, presumiblemente para el Copter. Se lo metió en el bolsillo. Encontró documentos oficiales en el bolsillo del pecho. Juri Okean solo tenía 27 años. Estaba empadronado en la isla de Patape y casado. Talut introdujo el documento de identidad junto con sus propios documentos.

El botiquín de primeros auxilios que yacía abierto junto al cadáver contenía una delgada manta y otra herramienta cortante, que guardó en su mochila. Talut desplegó la manta y la extendió sobre el cuerpo de Juri, luego, metió los bordes bajo el cadáver para que el viento no se la llevara.

Eso fue todo lo que pudo hacer por él. Cuando encontrara al resto de la expedición, Berenike sabría qué hacer a continuación. Los demás no podían estar lejos. Los esperaría en el extractor de oxígeno.



28 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

—Entendido. Recogeré el contenedor en el *cargador* de taquiones a las doce y media. Se entregará el mismo día a un tal Tilman Overdrive en el transmisor de taquiones de la estación lunar. Voy a repetir el peso de nuevo: ciento treinta y dos kilogramos.

—Correcto.

El contenedor refrigerado pesaba cuarenta y cuatro, y él mismo pesaba ochenta y ocho.

—Muchas gracias por el pedido, señor Overdrive.

—Gracias.

El hombre de la línea de atención de DHL colgó. El traslado de su cuerpo formaba parte del plan de Monte para escapar de las garras de la almirante. Haría una visita a la luna con la ayuda del transmisor de taquiones. La almirante podría, y probablemente lo notaría. Como su cuerpo seguía en el Anillo Celeste, ella supondría que simplemente estaba haciendo un breve viaje secundario.

Pero su cuerpo le seguiría en un transbordador de carga. El transporte de mercancías no estaba tan regulado y controlado como el de personas. Al servicio de mensajería le daba igual lo que hubiera en la caja. Él había declarado que el contenido del contenedor refrigerado era carne sintética, lo que técnicamente no era falso, porque la carne sintética también se producía mediante un proceso de clonación. En la estación de taquiones de la luna, se

reuniría con su cuerpo y luego conseguiría un billete de última hora para el carguero a Terra Nova.

¿Era un plan infalible? Desde luego que no. Supuso que Marina confiaba en él, al menos un poco. Probablemente se equivocaba. La alternativa, mucho más probable, era que ella simplemente pensara que era un ingenuo. Él preferiría que confiara en él. Por supuesto, esta pequeña felonía le abriría los ojos. Pero ¿podría hacerle daño entonces? Dentro de sesenta años como muy pronto, y ¿quién sabía cómo sería el mundo entonces?

Era hora de ponerse en camino. Pero primero tenía que tragarse esto. Monte había pensado largo y tendido sobre cómo podría llevar el anillo a la luna de forma segura. Solo el estómago era viable. Ya había separado el anillo del chip de memoria. Ahora era del tamaño de un dado cortado por la mitad. Las esquinas y los bordes le daban miedo. Abrió una botella de agua, tragó en seco y se echó el objeto a la garganta.

Mierda, resultaba difícil. Bebió un sorbo de agua. El medio cubito se deslizó por su garganta. Reprimió el impulso de toser. Más agua. «Joder. ¡Que resbale!» Otro sorbo y otro. Luego, se había ido.



La estación de taquiones estaba situada fuera del Anillo Celeste por razones de seguridad. Su órbita era mucho más alta y estaba desplazada de la órbita geoestacionaria del Anillo. Solo se podía llegar en transbordador pero Monte podía ahorrarse la molestia. Había varios *cargadores* para los habitantes del Anillo, donde podían llevar a cabo la purificación de conciencia necesaria. Desde allí, los datos fluían por enlace láser hasta la estación de taquiones, donde se introducían en la red de taquiones.

Todo un lujo. También se podía viajar entre la Tierra y la Luna por medios convencionales, por radio. El retraso era de solo un segundo y medio. Incluso un vuelo de transbordador sería razonable. Así que sin duda sería posible limitar el uso de la

tecnología de taquiones. Pero ¿podría la humanidad prescindir de ella por completo? Monte era escéptico.

—¡Eh, cuidado!

Un hombre le pisó los talones porque se había detenido bruscamente. Casi había pasado por delante de la oficina de *carga*. Era una instalación discreta que recordaba a una lavandería pública. La gente entraba por un lado y salía por el otro, pero no eran las mismas personas. Cualquiera que observara lo que ocurría sin ningún conocimiento previo podría suponer que los visitantes cambiaban de cuerpo aquí.

Monte se dirigió a la entrada, que estaba en el lado derecho. Miró por el escáner de iris, se encendió una luz verde y la puerta se abrió de forma acogedora. Dentro, como ya pudo ver a través del escaparate transparente, esperaban unas cuantas personas. Una mujer de mediana edad, un joven y una especie de tiburón con dos patas estaban frente a él. Los tres tenían probablemente cuerpos clónicos, como él. Pero muy poca gente hoy en día elegía una apariencia tan extravagante. Durante un tiempo, tras la introducción de la tecnología, parecía que los humanos estándar iban a extinguirse, pero esa fase había durado menos de veinte años.

Era el turno de la mujer. En la pared del fondo de la sala había tres filas de lo que parecían lavadoras, una encima de otra. ¿Era intencionado que tuvieran ese aspecto, para simbolizar el concepto de purificación de la conciencia? En cualquier caso, no había conseguido que la gente perdiera la costumbre de utilizar el término más corto «migración». Se había abierto una puerta en la fila superior. La mujer subió por una escalera corta y luego se introdujo en el hueco, con las piernas por delante. Pronto solo pudo ver su pelo. Era tan largo que colgaba por la abertura. Una luz roja parpadeó en la puerta. Monte vio que la mujer echaba la mano hacia atrás para recogerse el pelo. La luz roja se apagó, la puerta se cerró y el cristal se oscureció.

Monte escuchó atentamente, pero no oyó nada. Por supuesto, nunca había estado allí para vigilar su propia *carga*, pero imaginaba que la cámara le haría dar alaridos. Pero, o la lavadora estaba bien aislada, o la mujer no era tan pelele como él.

Al joven y al tiburón andante les asignaron cubículos casi simultáneamente. Una anciana salió por la izquierda. Todavía parecía un poco desorientada. Monte la acompañó a la salida.

—Perry, ¿eres tú? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza. Su cabina acababa de abrir, así que no tenía tiempo de explicarle la realidad.

—Has llegado bien al Anillo. Estoy seguro de que tu hijo Perry vendrá pronto a recogerte —la tranquilizó.

—¡Perry no es mi hijo, es mi novio!

Ella le miró enfadada, como si todo el mundo debiera saberlo. Una luz roja parpadeó en el cubículo reservado para él.

—Le deseo un buen día —dijo—. Me temo que tengo que irme...

Su cabina estaba en la fila superior. Dejó a la anciana en la salida y subió la escalera. Desde fuera, la cabina parecía más estrecha de lo que era. Se metió dentro y se estiró. No le vendría mal una almohada para la cabeza. Tal como estaba, se tumbó incómodo sobre la dura superficie. Olía a perfume. A rosas. Las cabinas se desinfectaban antes de cada entrega, así que debía de ser el olor del desinfectante.

Un holograma se iluminó sobre su cara. Había espacio suficiente para manejarlo con los dedos. Tenía que confirmar el objetivo (la luna estaba preseleccionada) y luego determinar qué le ocurriría a su cuerpo. Esto le llevó un poco más de tiempo, porque al principio solo encontró las opciones estándar «Almacenamiento», «Destrucción» y «Transferencia». Primero probó con Transferencia ya que su cuerpo iba a ser entregado al transportista. Pero en el submenú solo tenía la opción de fijar un precio mínimo para su antiguo cuerpo. Los cuerpos liberados de este modo se vendían en subasta. Tuvo que pulsar el botón de asistencia.

—¿Qué pasa? —preguntó una voz masculina.

—El menú de servicio tiene que ser más fácil de usar.

—¿Y ahora qué? No quiero estrés.

Monte arrugó la frente.

—Se supone que recogen mi cuerpo a las doce y media. ¿Dónde puedo indicarlo?

—Hombre, vas a «Destrucción» y luego seleccionas «Recogida». Es muy fácil.

—Gracias.

Monte volvió al menú principal y pulsó Destrucción con una sensación de náusea, porque su cuerpo no debía ser destruido bajo ninguna circunstancia. El tesoro de su estómago era irrecuperable. Pero había un submenú en el que podía seleccionar «Remoción». Probablemente estaba pensado para los casos en que los usuarios quisieran reciclar ellos mismos su cuerpo con todas sus mejoras. Monte programó el momento en que su cuerpo sería liberado y pulsó el botón de inicio.

Una especie de escáner se puso en marcha, empezando por los pies y llegó hasta la cabeza. Cerró los ojos para protegerlos de la luz láser. Un silbido comenzó, se intensificó, le envolvió y Monte gritó. Sus pensamientos escaparon como sonidos a través de su garganta hacia el exterior, vaciando su cabeza como un recipiente lleno de agujeros. Su yo interior se aferró a tierra firme, luego, se encogió hasta desaparecer.



22 de Hathor de 225, Terra Nova

Talut se echó agua en la cara y se frotó los restos de sueño de los ojos. Había sido una noche tranquila y había dormido como un lirón. ¿Era el aire fresco de su tanque? ¿O el gorgoteo constante del arroyo lo había adormecido? Su pena por Juri había disminuido. Seguía ahí, pero en un segundo plano. En lugar de arder como un fuego, parpadeaba como una sombra en la pared.

Por un momento, vio su propio rostro reflejado en el agua. Parecía la máscara de un completo desconocido. Hizo una mueca, pero la corriente volvió a distorsionar el espejo. Talut vio cómo el agua arrastraba lentamente la imagen del desconocido hacia el suroeste. Se tocó las mejillas y la barbilla y sintió una costra de sudor y barro.

Estaba famélico y muy preocupado. No tenía ni idea de cómo salir de aquí, ni de dónde estaban los demás. El único problema que podía solucionar de inmediato era la suciedad de su cara y el hedor de su cuerpo, así que al menos ya no tenía que sentir asco de sí mismo. Necesitaba un baño. Se desvistió y amontonó su ropa ordenadamente sobre la arena de la playa. Nadie de la expedición llegaría pronto a la orilla. Paso a paso, se fue metiendo en el agua, que fluía suavemente alrededor de sus pantorrillas, alcanzó sus rodillas, subió por encima de sus muslos y llegó hasta sus caderas. Tenía que orinar, así que lo hizo. No se atrevió a tumbarse del todo, no fuera que la corriente lo arrastrara. En la constante penumbra, ya

no era posible distinguir ningún detalle de la playa, a pesar de que estaba a pocos metros.

Pero se sumergió por completo. La máscara estaba ajustada para que pudiera respirar bajo el agua. El mundo sonaba muy distinto aquí. La corriente parecía transmitir señales extrañas, un crujido lento y metálico como el de una chapa sometida a una tensión constante, pero también un golpeteo que sonaba como el ruido extremadamente amplificado de un grifo que gotea.

Era su propio corazón. Estaba malgastando el tiempo, escuchándose a sí mismo y asignando un significado a ruidos aleatorios en lugar de ponerse en marcha. Luqa le estaba esperando. Estaba vivo y tenía el deber de volver con su hijo. Talut se enderezó y volvió a la playa.

Al recoger sus pantalones, notó un movimiento bajo la pernera. Sobresaltado, dejó caer la prenda. Un animal de unos quince centímetros de largo se alejó corriendo por la playa. Lo perdió de vista entre unas piedras. Parecía correr sobre dos patas pero estaban tan dobladas que podrían haber sido ruedas. Nunca había visto un animal así. Desde luego, no era agresivo. ¿Qué hacía en su ropa?

Talut levantó los pantalones y los examinó. La canica seguía en su bolsillo, pero faltaba la garra. Se trataba de material biológico. Tal vez eso había atraído al animal, que se la había comido o se la había llevado. A pesar de lo extraño del hallazgo, lamentó haberlo perdido.

Se sacudió las últimas gotas y se vistió por completo. Recién bañado, notó aún más el hedor de su ropa a causa del sudor. Debería haber desvestido a Juri. Así se habría cambiado de ropa para poder lavar la suya. ¿Debería dar media vuelta y hacer eso? Pero no le apetecía, y no tenía energía para caminar por la playa otras cuatro horas. Quería encontrar a la tripulación de la expedición. Berenike, Sam y su gente debían de estar a medio día de camino como mucho, o se habrían llevado el extractor con ellos. Probablemente estaban incluso más cerca. Él mismo ya había pasado casi medio día aquí. Los otros tendrían que volver pronto para reponer su suministro de aire.

Esperaba que no hubieran llegado entretanto, desmontado todas las máquinas y se las hubieran llevado. Había pasado más de una hora aquí en la playa. Talut corrió en dirección a la máquina.



NADIE HABÍA VISITADO el campamento improvisado. Talut se tranquilizó y preocupó al mismo tiempo. La expedición constaba de dieciocho personas, todas las cuales necesitaban oxígeno. Sin embargo, el depósito del extractor volvía a estar lleno casi al cien por cien.

Talut lo examinó. Tenía una pantalla de diagnóstico en la parte trasera. Para cambiar cualquier ajuste, necesitaría un código de acceso que no tenía. Pero la máquina le dijo que se había puesto en marcha anteayer. Poco después, su depósito se había vaciado en un veinte por ciento. Eso significaba que no más de nueve personas habían llenado completamente sus tanques de respiración, o que todos estaban medio llenos. ¿Y eso después de todo un día de excursión? Algo iba mal. Solo había una explicación: además de Juri y él, debían de haberse perdido más miembros de la expedición.

¿Y si se habían caído al río y los demás los habían seguido para rescatarlos y habían salido del alcance de la radio en el proceso? Esa podría ser la razón por la que no había nadie. Pero el jefe de seguridad nunca habría autorizado una acción así. ¡No podían abandonar su única fuente de oxígeno! ¿Qué diría Juri? Si pudiera consultarle. Talut recordó sus discusiones. Juri siempre había tenido buenas ideas.

«¿Y si Sam era el que había desaparecido?» ¿De dónde había salido ese pensamiento? Casi parecía como si Juri le hubiera inculcado la idea. La desaparición de Sam explicaría por qué podría haber estallado el pánico. Por otro lado, aún quedaban Berenike y Zelpha. Confiaba plenamente en que ambas llevarían las riendas en caso de accidente. Talut negó con la cabeza. No estaba ni un milímetro más cerca de la verdad.

Se dio la vuelta y miró el generador. Esta máquina también tenía una pantalla de diagnóstico. Su *software* era un poco más

informativo. También estaba encendido desde anteayer, pero una hora antes. Era lógico. Primero había que anclar bien el extractor y luego conectarlo al generador. Eso llevaba una hora. Sin embargo, en mitad de la noche, alguien había vuelto a extraer energía, una cantidad considerable.

El archivo de registro no revelaba el nombre del usuario, pero sí su nivel de autorización. El extractor, por ejemplo, tenía derechos de máquina. Se le permitía extraer una cantidad ilimitada de energía, pero no realizar ningún cambio. Los participantes normales en la expedición, que querían cargar su equipo, por ejemplo, tenían derechos de usuario. Solo podían extraer una cantidad limitada. Sin embargo, la persona que había accedido por la noche había utilizado su acceso de administrador para hacerlo. Solo así había podido desviar una cantidad tan enorme de electricidad. El generador había perdido casi el ochenta por ciento de su capacidad de almacenamiento. ¿Para qué necesitó la energía el administrador? ¿Y quién era? Solo Berenike y Sam tenían ese acceso.

En su mente, Talut repasó el equipo de la expedición. La escalera tenía componentes electromecánicos que podían utilizarse para extenderla. Pero aquí abajo ya no hacía falta una escalera. Había cocinas eléctricas y una máquina de hacer bebidas, pero no necesitaban tanta potencia. El médico de la expedición había traído consigo un aparato de diagnóstico múltiple que tomaba radiografías, entre otras cosas. ¿Había habido algún accidente que les obligara a utilizarlo? ¿Cuánta energía consumía una fuente de rayos X? Talut no tenía ni idea. Probablemente necesitaba mucha, pero una radiografía solo duraba unos segundos.

Quizá fuera el equipo de radio. Eso podría explicar por qué no conseguían comunicarse. Por otro lado, quedaba la pregunta de por qué seguían sin poder establecer contacto después de recargar. ¿Y era posible que el jefe de seguridad no se diera cuenta durante tanto tiempo de que la radio no funcionaba? Quizá habían estado de fiesta porque habían llegado a la superficie y todos estaban borrachos.

«Tonterías. No vuelves a ver lo obvio», dijo Juri en su cabeza.

«Ah, sí, ¿entonces qué, listillo?», pensó Talut.

«Solo pudo ser el jefe de seguridad, para cargar armas. ¡Por esas criaturas que también nos atacaron!», contestó Juri.

Juri tenía razón. Talut asintió con impaciencia. No había querido ver aquello porque le hacía cargar con la responsabilidad. ¿Quién se había metido en aquella maldita nidada y lo había empezado todo?

Juri no dijo nada más, precisamente ahora, cuando necesitaba que alguien le absolviera. Pero el Juri de su cabeza, al menos, no estaba dispuesto a hacerlo. Armas, entonces. Eso tenía sentido. Seguramente la langosta gigante no era el único depredador aquí abajo. La expedición llevaba armas no letales, los llamados aturdidores, que disparaban púas cargadas eléctricamente. La tecnología también funcionaba con la vida extraterrestre, siempre que la transmisión de la señal en su cuerpo fuera electroquímica. Sin duda, se necesitaría una carga completa para combatir con éxito una langosta gigante.

¿Qué significaba eso para él? ¿Estaban los otros todavía en movimiento? Eso parecía cada vez menos probable. Habían cargado sus armas en mitad de la noche. Eso sugería una emboscada, y si no eso, al menos un ataque sorpresa. Sin embargo, salvo el generador y el extractor, lo habían empaquetado todo y se lo habían llevado. ¿Una retirada planeada? Y de ser así, ¿hacia dónde? Pero ¿por qué sin energía ni aire? No tenía sentido. Sin embargo, había sucedido, así que debía haber una razón para ello. Talut no podía entenderlo porque tenía muy poca información.

Cerró la pantalla del generador. Tenía que encontrar la información que le faltaba.



El camino subía por la montaña en una curva ascendente. Talut lo había seguido desde el campamento. «Camino» no era la palabra adecuada. Era un rastro de huellas, difíciles de distinguir en el suelo, en su mayor parte duro.

Talut se detuvo. Delante de él había una roca expuesta, de unos metros de ancho y con una pendiente de unos veinte grados. La

cruzó con cuidado. Detrás, sin embargo, el rastro no reaparecía. Lo había sospechado. El sendero debía de haberse desviado en medio del saliente. Comprobó la teoría. Sí, aquí estaba el sendero.

Se detuvo de nuevo, se arrodilló junto al camino y contó. No era la primera vez que Talut intentaba averiguar el tamaño del grupo que tenía delante. Esta vez le salieron no más de once huellas diferentes. Eran al menos seis personas, quizá siete u ocho si se le había escapado alguna, pero no quince. Así que solo seguía a una parte del grupo. A fin de cuentas, no le importaba. Lo principal era encontrar a alguien. No quería estar aquí abajo solo. El hecho de que uno de los líderes de la expedición llevara armas cargadas sugería un peligro que aún desconocía, contra el que él solo ciertamente no podía hacer nada.

¿O sus amigos habían vuelto a encontrarse con langostas gigantes? Talut se levantó y se masajeó la cadera dolorida. Estaban muy lejos de las zonas de reproducción que había atravesado con Juri. Pero, por supuesto, podía ser que el animal herido les hubiera seguido de algún modo. Talut se dio la vuelta y escuchó. Ya no se oía el sonido del arroyo. La mayoría de los sonidos procedían de las ramas situadas treinta metros por encima de él. En comparación con los planos de las ramas, la superficie estaba muerta, casi como si la hubieran esterilizado.

El camino se curvaba hacia abajo. Eso era inusual. Hasta entonces, había ido ganando altura de forma constante. Talut miró a su alrededor pero no encontró ninguna explicación. Siguió el camino, que poco a poco se fue convirtiendo en una hondonada. Pronto tuvo paredes a derecha e izquierda, y finalmente el techo se cerró sobre él, tan bajo que tuvo que mantener la cabeza agachada. ¡Había ido a parar a una cueva! Sacó la linterna cuando se hizo más y más oscuro.

La escasa altura del túnel explicaba por qué no se habían llevado el generador, que solo podía funcionar en posición vertical y, evidentemente, no cabía aquí. Y el extractor no podía funcionar sin el generador. Tal vez podrían haber acercado ambas máquinas, pero llevarlas cuesta arriba habría sido agotador. Hacer un viaje de dos horas a la base cada dos días no era mucho pedir.

Talut se sintió tranquilo. Era la primera explicación sensata y coherente que se le ocurría. Resolvería el problema, paso a paso.

Entonces se encontró con una cortina. Estaba hecha del mismo material que las tiendas en las que habían pasado la noche, así que debía de ser hermética. Los bordes estaban pegados a la pared del túnel con cinta aislante. Talut la palpó. A la derecha, se había utilizado una tira de velcro en lugar de la cinta adhesiva para poder abrir la cortina. Un sistema ingenioso. Tiró de ella con cuidado pero no salió aire. «Mierda». Talut se sintió decepcionado al principio, pero luego se enfadó por su error. Por supuesto que no salía nada. La presión del aire en el interior era la misma que en el exterior. Solo que el contenido de oxígeno era, presumiblemente, mayor en el interior.

Abrió la cortina lo suficiente para pasar y la volvió a cerrar con cuidado. El pasillo que tenía delante estaba completamente oscuro. La cortina bloqueaba lo que quedaba de luz crepuscular del exterior.

—¿Hay alguien ahí? —gritó en la oscuridad.

No esperaba respuesta. ¿Quién se quedaría voluntariamente en esta cueva sin encender una luz?

—Soy yo, Talut Forest, equipo de vanguardia número dos.

Ciertamente tenía sentido dar su nombre en caso de que alguien estuviera encogido de pánico detrás de una caja.

—Vengo en son de paz.

Talut tuvo que reírse. Sonaba un poco patético, sobre todo porque la última palabra aún resonaba con claridad. No obtuvo respuesta. No había nadie. Alumbró con la linterna. Había lámparas primitivas colgando del techo, conectadas a un cable de alimentación que se adentraba en el pasillo. Si había un interruptor, estaba más adentro.

El equipo estaba instalado a lo largo de la pared derecha. Las cajas en las que se había embalado anteriormente se habían utilizado como mesas. Solo había un estrecho camino a la izquierda, por el que Talut se coló. ¿Qué eran estos instrumentos? Iluminó las cajas. Los científicos de la expedición no las habían desembalado antes.

Los aparatos parecían ser sobre todo de análisis. Encima de ellos había blocs de notas, en los que los investigadores probablemente habían anotado los datos más importantes. No pudo encontrar mucho sentido a las fórmulas, pero era evidente que se trataba de análisis físicos y químicos, más que biológicos. Le llamó la atención que seguían apareciendo formas geométricas regulares que tenían cinco, no, seis esquinas, como dos pirámides pegadas por la base.

Un microscopio llamó su atención. Tenía un portaobjetos y parecía como si alguien acabara de mirar a través de él. Talut se inclinó sobre él pero el tubo de su máscara respiratoria chocó con el cristal que sostenía el objeto observado. Cayó al suelo y se hizo añicos. Mierda. Era tan torpe... y olvidadizo. Talut miró hacia la cortina, que estaba intacta.

¿Podría quitarse la máscara aquí? Probablemente era una prueba. Aflojó las correas. En la primera inhalación no notó ninguna diferencia. La segunda le hizo toser. Sabía lo que ocurriría a la tercera, así que volvió a colocarse rápidamente la mascarilla sobre la boca y la nariz. Una lástima, la verdad. Al parecer, el oxígeno del pasillo se había agotado. Sin embargo, como el extractor funcionaba, podría reponerlo.

Talut deseaba poder volver a dormir sin máscara. Entonces recordó que solo disponía de su propio depósito. Tendría que ir y venir con él tan a menudo que apenas llegaría a medianoche. ¿Por qué no se había llevado el depósito de Juri? ¿Y cómo habían transportado sus colegas el gas respirable hasta aquí para llenar el pasillo? Quizá pudiera encontrar un contenedor adecuado más adelante.

Pasó entre el instrumental. Solo había cuatro científicos en la expedición. El equipo debía de estar trabajando muy duro porque contó nueve instrumentos diferentes. Pasó el dedo por los aparatos y no encontró ni una mota de polvo. Era evidente que acababan de desembalarlos y ponerlos en marcha.

Talut se sobresaltó al oír un repentino pitido a su lado. Al parecer, un aparato parecido a un horno había cobrado vida. ¿Habría detectado la presencia de Talut? Encima de su puerta se encendió una pantalla que mostraba un gráfico con una línea muy irregular.

Las frecuencias estaban trazadas en el eje x. Probablemente se acababa de completar un espectrograma. Por desgracia, los números no le decían nada.

¿Imprimir Sí/No?, le preguntó un mensaje en la pantalla.

Talut pulsó Sí. La máquina zumbó y eyectó un trozo de papel por el lado izquierdo. Antes de que Talut pudiera mirarlo, la máquina volvió a quedar en negro. La pantalla se había apagado. Talut apuntó la linterna hacia la mesa. La cara de un payaso pareció surgir de la oscuridad. Dio un respingo. ¿Qué clase de cobarde era? Se sobrepuso y cogió la fotografía. Mostraba el torso de un hombre con un bebé en brazos. *Queridos míos* había escrito alguien con un bolígrafo negro. Talut volvió a dejar la foto.

De pronto sintió lástima por el hombre y el niño, como si ya estuviera claro que no habría reencuentro con ellos. ¿Debía llevarse la foto? ¿Por qué estaba tan seguro de que él mismo alcanzaría el nivel de la corona?

Una pila de papeles con más espectrogramas yacía sobre la mesa, frente a la fotografía. Talut examinó la hoja superior. Alguien había escrito a mano ¿Si?, y dibujado una flecha hacia una de las puntas. También había un signo de exclamación pintado a mano en el borde. *Si* era la abreviatura del elemento silicio. El hecho de que el espectrograma detectara este elemento debió de sorprender a los científicos. Para él no significaba gran cosa. Las rocas suelen estar compuestas de óxido de silicio. Lo había aprendido en la escuela. Evidentemente, los investigadores no habían analizado la roca con el espectrómetro.

Dobló la hoja y se la guardó en el bolsillo. Quizá se encontrara con Berenike en algún sitio y pudiera preguntarle. Recogió algunos trozos de papel similares. La mayoría tenían una gran cruz. Probablemente no habían dado los resultados esperados. Entre los papeles encontró un bloc de notas electrónico. Intentó encenderlo pero requería una contraseña. Mala suerte. Talut le dio la vuelta. Había una etiqueta en la parte posterior. *Propiedad de Berenike Hill*, decía. *Si lo encuentra, por favor devuélvalo a...,* seguido de la dirección de un instituto.

¿Qué habían estado buscando los investigadores aquí? No parecía que estuvieran buscando minerales raros. No había muestras de rocas, ¿o ni siquiera habían llegado tan lejos y solo habían realizado algunas mediciones de prueba? Talut se volvió hacia el frente, donde esperaba la oscuridad.

Ignoró por el momento el resto del equipo. Talut volvió a encender la linterna por donde había venido. Junto a la cortina había algo que había pasado por alto: un indicador digital de la concentración de oxígeno. Estaba al 0,5 %. Muy bajo. Era prácticamente imposible agotarlo tanto en una habitación cerrada, solo con respirar. El oxígeno que faltaba no había desaparecido en los pulmones de la tripulación. Ahora quería saber dónde había ido la gente. Aquí todo parecía como si hubieran abandonado su lugar de trabajo por poco tiempo. Pero habían apagado las luces y vaciado el oxígeno.

Talut siguió el cable de alimentación del techo hacia el interior del pasillo hasta que desapareció en la junta de otra cortina. Poco antes, un cable ramificado descendía hasta desembocar, a la altura de la cintura, en un interruptor improvisado. Talut lo pulsó y se dio la vuelta. Iluminado, el pasillo seguía pareciendo un laboratorio improvisado abandonado.

¿Dónde se habían metido los que trabajaban aquí? Estaba a punto de abrir la cortina por el cierre de velcro cuando se fijó en una rendija. Recorría el centro de la cortina desde la altura del pecho hasta el suelo. La tela había intentado repararse, ya que los bordes se pegaban en algunos lugares, pero, en general, probablemente no hubo suficiente material. Talut examinó los bordes. Estaban parcialmente fundidos. Alguien debía de haber hecho el corte con una herramienta afilada y caliente, quizá un soplete. ¿Había habido una pelea? Si el intruso hubiera utilizado un simple cuchillo, el tejido autorreparable simplemente habría vuelto a sellar el desgarro, y nadie se habría asfixiado.

¡Un momento! Nadie se había asfixiado. Al menos, no en el pasillo del laboratorio. Talut se ajustó la máscara. Rascaba, no, la barba que llevaba debajo rascaba. Necesitaba afeitarse urgentemente. Volvió a abrir los bordes de la cortina por las zonas

cicatrizadas y cruzó. Tras la cortina, el pasillo se ensanchó inesperadamente. La cortina tapaba casi por completo la luz del laboratorio. Solo a través de la rendija penetraba la luz, trazando una fina línea en el suelo que ascendía por la pared derecha. Espera. ¿Qué era aquello? Parecía... ¿Podrían ser dedos? Talut barrió con la linterna. Su luz cayó sobre una persona desplomada junto a la pared.

—¡Mierda!

Sobresaltado, dio un respingo, tropezó con algo, se tambaleó y se golpeó la cabeza con la pared del pasillo. Soltó instintivamente la linterna para agarrarse. La linterna cayó al suelo delante de él y se apagó. Talut intentó apoyarse con las manos pero cuando su dedo herido chocó con la roca, sintió un dolor agudo y volvió a levantar la mano de un tirón.

Algo blando amortiguó su caída. Golpeó la pared con un ruido sordo, y ese algo se deslizó a su lado. ¿Había derribado una mochila? ¿Qué clase de idiota pondría su equipaje justo detrás de la cortina? Talut se estiró hacia un lado para incorporarse y tocó una mano extraña y fría.

—¡Mierda! ¿Qué está pasando aquí?

Nadie respondió. Lo único que oía era el fuerte latido de su corazón y su respiración acelerada bajo la máscara. Tenía que calmarse. ¿Dónde estaba su linterna? Intentó no mirar el haz de luz que brillaba a través de la cortina y tanteó el suelo. Sintió una bota. Apretó los dientes. Allí, el mango cilíndrico de la lámpara. Lo cogió, cerró los ojos y se concentró. «Si va a mirar a tu alrededor, mantén la calma. Son personas. Gente muerta. Nadie es tan inofensivo como un muerto. Uf».

Talut volvió a abrir los ojos. Primero apuntó con la linterna a la mano que revelaba la luz de la cortina. Pertenecía a una mujer con bata de laboratorio que parecía mirarle con los ojos abiertos. Era... no pudo recordar el nombre. Tenía la cara deformada. No había tenido una muerte tranquila. La mascarilla le colgaba bajo la barbilla. ¿Se había asfixiado? El haz de la linterna recorrió su cuerpo. Alrededor de la ingle, el blanco de su bata de laboratorio se volvió rojo oscuro, casi negro. Sangre. La mujer estaba apoyada en la

pared con las piernas abiertas. La sangre se había filtrado por debajo de ella y se había extendido por el pasillo. Talut reconoció huellas de zapatos en ella. Alguien debió de caminar por aquí después de la muerte de la mujer. Levantó la pierna derecha y alumbró sus botas. La suela estaba pegajosa. Las marcas eran suyas.

Junto a la mujer había un tanque que al principio pensó que era de oxígeno. Tenía una capacidad de al menos 50 litros, por lo que habría sido muy adecuado para devolver el aire respirable del laboratorio al 18 % de oxígeno habitual. Solo en un segundo vistazo vio Talut la manguera unida a la base del tanque, que terminaba en un tubo. Debía de ser una especie de lanzallamas. El hecho de que, aparentemente, el tanque pudiera contener dos componentes también hablaba a favor de esa explicación. En una atmósfera de dióxido de carbono, siempre tenías que llevar tu propio oxidante. Pero ¿quién había traído un lanzallamas en esta expedición? ¿Había sido pensado como arma, o para crear caminos a través de arbustos impenetrables?

Poco a poco, sus observaciones empezaron a tener sentido. Por alguna razón, la mujer de la bata había intentado cortar la cortina en lugar de abrir el velcro. Lo había conseguido, pero probablemente alguien la había atacado con un objeto afilado y la había herido de muerte. Apuntó la linterna hacia el lado del pasillo donde él mismo seguía sentado en el suelo. Esta vez sabía lo que le esperaba. O eso creía. La linterna sacó de la oscuridad las piernas de un ser humano. Llevaban unos pantalones de trabajo sencillos y prácticos. La parte superior del cuerpo estaba vestida con una especie de chaqueta de uniforme, sin insignias oficiales, pero basada en los típicos uniformes militares.

La chaqueta le resultaba familiar. Levantó más la linterna para identificar a la persona pero retrocedió horrorizado. Sintió náuseas y tuvo que tragar saliva varias veces para controlarse. La cara de la persona estaba destrozada hasta los huesos. Todavía le colgaban trozos de piel de la barbilla y la frente, pero los pómulos estaban al descubierto. La cuenca del ojo izquierdo estaba vacía, el derecho se había cerrado. Todo, salvo el blanco del cráneo, se había vuelto de

un marrón negruzco. La máscara respiratoria yacía sobre el pecho. Las correas estaban quemadas. Talut volvió a bajar la linterna. Los dos debían de haberse matado brutalmente.

Talut venció su reticencia y abrió la chaqueta. En el bolsillo interior encontró la tarjeta de identidad del muerto. Era Matta Okean. Lo había sospechado. Matta había sido un gilipollas pero no se merecía morir así, y la investigadora tampoco. Talut se embolsó la identificación y fue al otro lado, donde registró la bata de la mujer. No llevaba identificación, pero sí un anillo en el dedo. Se lo quitó, lo que resultó muy fácil, a pesar de que se había instalado el rigor mortis. Dentro estaba grabado: Irini & Abigail. Isla Monkfish, 22/3/215. Con amor. 22/3, eso era el 22 de Hathor, ¡así que hoy! La mujer no había vivido para ver su décimo aniversario de bodas. Irini, sí. Se había presentado al principio de la expedición.

Volvió a ponerle el anillo. No, eso estaba mal. Una Abigail Okean esperaba noticias de su esposa. Quizá también de sus hijos. Alguien tenía que contarle lo que había pasado. Los parientes de Abigail o Matta Okean no podrían ver por sí mismos qué había sido de sus seres queridos, así que necesitaban pruebas o nunca creerían del todo la historia. Talut se metió el anillo en el bolsillo junto con la canica de Luqa y la tarjeta de identificación de Matta.

Lentamente, se puso en pie. Había reconstruido unos minutos del pasado. Pero ¿cómo se había producido aquella salvajada? ¿Era asunto suyo? Tal vez debería emprender el camino de vuelta. El tanque de oxígeno que la mujer muerta aún llevaba a la espalda parecía intacto. Si lo llenaba por completo, junto con el de Juri, tendría aire para casi cinco días. Tiempo suficiente para subir al nivel de la corona. Tenía el mando a distancia de Juri para el Copter. Ya no podía volar pero sería capaz de pedir ayuda. ¿No le debía a Luqa salir de aquí lo antes posible, en lugar de ponerse en peligro? ¿Qué posibilidades había de encontrar algo más que cadáveres en las profundidades de esta guarida?

No, no debía pensar así. Los dramáticos sucesos habían ocurrido hacía uno o dos días como mucho. No era imposible que hubiera alguien más esperando ayuda, gravemente herido. Tenía que ser prudente, pero no podía huir sin más.

Talut dirigió su luz hacia el pasillo y este le devolvió el resplandor.

—¿Hay alguien ahí?

No hubo respuesta. Movió la linterna hacia delante y hacia atrás, y el haz que venía hacia él se sincronizó. Era evidente que había un espejo ahí detrás. Trazó un círculo con el cono de luz. En cierto ángulo, el reflejo daba un pequeño salto. Debían de ser varios espejos colocados en ángulo entre sí. Talut corrió hacia el pasillo. Después de unos diez metros, se ensanchó en todas direcciones. Las cuatro paredes se extendían como superficies reflectantes hacia abajo y hacia arriba, a derecha e izquierda. Talut las siguió hacia arriba con el haz de la linterna. Más allá del punto más alto, convergían de nuevo para desembocar en un pasillo como del que había salido. También parecía haber pasillos similares en todos los demás rincones, reconocibles como cuadrados negros. Talut imaginó una sala geométrica. Vio dos pirámides pegadas, un octaedro en total, igual que las fórmulas del laboratorio, con la superficie unida en vertical.

Aunque todas las paredes, incluido el suelo, estaban completamente espejadas, las suelas de sus botas no resbalaban en ellas. Bajó por la superficie inclinada mientras su reflejo salía a su encuentro en la superficie opuesta, inclinada hacia arriba. Se detuvo en la parte inferior, iluminó hacia arriba y se encontró frente a otras dos copias de sí mismo. Mientras las miraba, ellas mantenían la mirada perdida, como si tuvieran remordimientos de conciencia. Pero, claro, eso se debía a la inclinación de las superficies, que debían de estar desfasadas entre sí sesenta grados.

¿Adónde conducían los pasillos de las esquinas? Se agachó y alumbró la abertura que tenía al lado. Era demasiado pequeña para pasar caminando, pero podría llegar al otro lado gateando. El haz de luz dio unas cuantas vueltas y luego volvió hacia él. El pasadizo parecía terminar en otro octaedro. Talut repitió el intento en el otro lado con idénticos resultados. No pudo explorar los canales que se extendían desde las dos esquinas superiores. Estaban a unos tres metros y medio por encima de él. Solo le quedaba la abertura situada enfrente. Era más o menos del mismo tamaño que el pasillo por el que había venido. Talut solo tuvo que agachar un poco la

cabeza. Miró hacia atrás para memorizar la estancia. Sin embargo, no había nada que la hiciera destacar. Esperaba que eso no se convirtiera en un problema.

El siguiente octaedro era igual que el primero. Talut lo cruzó. Mientras siguiera recto, no tendría problemas para encontrar el camino de vuelta. La penúltima sala estaba llena de líquido. Al principio Talut pensó que era agua, pero cuando lo iluminó con la linterna, tenía un brillo aceitoso. Sacó un pañuelo del pantalón y lo mojó. El líquido goteaba viscoso, se llevaba parte del pañuelo y desprendía un humo blanco. Debía de ser un ácido fuerte, que había disuelto instantáneamente la celulosa del pañuelo de papel. Talut se alegró de poder dar media vuelta, pero entonces divisó una flecha en la pared inclinada que había sobre él, que señalaba el canal de la esquina superior izquierda. De él colgaba una cuerda que llegaba casi hasta la superficie del líquido. Probablemente serviría para subir al oscuro pasadizo que salía del octaedro desde esa esquina.

¿Debería intentarlo? Si resbalaba, acabaría en el ácido. El octaedro estaba vacío. Al menos eso no le había pasado a nadie aquí recientemente. Así que él también podría lograrlo. Agarró la cuerda, ignoró el dolor de su mano y subió. No fue muy difícil. Sus botas se agarraban bien a la superficie vertical, aunque era reflectante. Así que no estaba completamente suspendido en el aire. Tiró de la cuerda para entrar en el túnel, que era más espacioso de lo que parecía. Incluso habría sido posible transportar equipos más grandes a través de él, pero no algo tan grande como el generador.

El pasillo era horizontal. La cuerda estaba atada a un gancho en el centro. Donde estaba atornillado al suelo, el material liso de la pared se había agrietado. Probablemente era algún tipo de vidrio. Sam debió haber sido quien sujetó esta cuerda. También estaba enrollada alrededor de otro gancho a cada lado, de modo que se sostenía en más sitios y, por lo tanto, se desgastaba menos.

En el otro lado, Talut encontró otro octaedro. Sin embargo, para variar, salió por su vértice, mientras que el anterior lo había dejado en una de las cuatro esquinas de la base vertical. Esto le decía dos cosas: las dos habitaciones no estaban desplazadas entre sí. Y que había que tener mucho cuidado para orientarse. Había tres salidas

de esta habitación: una en el segundo punto directamente opuesto y dos en esquinas diagonalmente opuestas de la base, una arriba y otra abajo. Había cuerdas colgando de ambas, aunque el canal inferior era fácil de alcanzar: solo había que agacharse y arrastrarse a cuatro patas. Sin embargo, como el jefe de seguridad no hacía nada sin un propósito, la cuerda debía de estar ahí por alguna razón.

¿Qué camino debía elegir? Había una regla para evitar perderse en estructuras desconocidas: Siempre que fuera posible, girar a la izquierda. A la izquierda de Talut estaba la esquina inferior con la salida, así que bajó y se arrastró por el pasadizo. En el otro extremo del túnel, se alegró de la cuerda, porque ahora iba cuesta abajo. Este octaedro le facilitó la elección, porque solo había una salida: por arriba. Talut se dio la vuelta una vez más. La cuerda colgaba floja del cuadrado negro del pasillo por el que había venido. Era imposible equivocarse.

Ya era el cuarto octaedro, y estaba a punto de entrar en el quinto. ¿Qué tamaño podían tener estas estructuras? ¿Quién las había construido? Con un poco de suerte, no resultarían ser un gigantesco laberinto en el que un minotauro aguardaba en algún lugar. Su método de girar siempre a la izquierda le llevaría inevitablemente al centro. Pero tal vez para entonces se asfixiaría o moriría de hambre. No podía aguantar mucho más sin comer; ya le dolía el estómago. Debería haber buscado las provisiones de los investigadores. Seguro que habían almacenado comida en el laboratorio.

Se obligó a pensar en los constructores de aquellos octaedros, que no parecían construcciones humanas, aunque sin duda podían estar construidos con tecnología humana. Solo que a nadie se le ocurriría construir algo así.

En la siguiente celda, la número cinco, llegó de nuevo a la cima. No tenía ninguna característica especial, aparte de una que parecía ser de naturaleza humana. El canal del fondo a la izquierda, por el que tenía que seguir su camino de acuerdo con su norma, no tenía cuerda instalada. ¿Por qué el jefe de seguridad no había visto ninguna necesidad esta vez? ¿Se suponía que la gente no debía

pasar por ese canal? ¿Que podía haber peligro más allá? ¿O era innecesaria una cuerda porque se saldría por otro rincón bajo?

No lo sabía, Talut tendría que intentarlo. Su regla no era: Si hay una cuerda, gira a la izquierda. Las reglas eran las reglas. Talut bajó y se arrastró hasta el canal. Rápidamente se dio cuenta de por qué Sam había prescindido de la cuerda: el pasaje era un callejón sin salida. Sin embargo, no estaba cerrado con un cristal, sino que parecía estar hecho de un material tosco tan oscuro que absorbía por completo la luz de su linterna. Lo tocó y sintió un ligero cosquilleo, como una descarga eléctrica. De repente, el material empezó a moverse. Por un momento, pareció estar vivo. La superficie burbujeó como si hirviera.

Talut retiró rápidamente los dedos, aunque no sintió calor. El material cambió. Se volvió más brillante al absorber menos luz. Aparecieron líneas en la superficie. Formaban triángulos, que se unían para formar cuadrados y luego volvían a dividirse en triángulos. Las formas se buscaban, adquirían estructuras espaciales y se combinaban para formar objetos tridimensionales: octaedros. Pero estos también cambiaron. Los más pequeños se introdujeron en otros más grandes, que a su vez se introdujeron en otros aún mayores. Esto creó una abertura, una cavidad. Parecía como si estuvieran creando espacio de la nada. Por supuesto, debía de ser una ilusión óptica. Apilados unos contra otros, simplemente ocupaban menos espacio, ensanchando el pasillo.

Pero no se detuvo ahí. Los octaedros, entrelazados como muñecas rusas de madera, crecían más y más. Ahora eran tan grandes como su mano, su antebrazo y su pierna.

Y brillaban. Los iluminó con la linterna. El movimiento constante hizo que su haz rebotara salvajemente. Era evidente que los octaedros estaban hechos del mismo material reflectante que las habitaciones por las que había trepado. Se llevó la mano al oído, pero, aparte de un suave crujido, no se oía nada. Se levantó brevemente la máscara respiratoria. Olía agrio. Era su propio sudor.

Las superficies empezaron a moverse más despacio. Tres octaedros desaparecieron unos dentro de otros ante sus ojos. Lo que quedaba era una sala de ocho lados, indistinguible de aquella de

la que había salido. Sin embargo, no parecía haber ninguna salida, como pudo ver desde su posición en la esquina superior izquierda. Así que podía ahorrarse la molestia de bajar a la habitación.

Talut negó con la cabeza. Era imposible que algo se introdujera tan rápidamente en esta montaña. El espacio ocupado por el nuevo octaedro debía de estar vacío anteriormente. Debía de haber sido testigo de algún tipo de reconfiguración, como esas naves espaciales que podían convertirse en robots con unos sencillos pasos. Evidentemente, lo había provocado tocando la pared. Pero ¿qué sentido tenía todo aquello? ¿Habían entrado en una especie de casa de los deseos que se expandía para sus habitantes? Sin embargo, esta forma de habitación era poco práctica para los humanos. Al parecer, la construcción estaba destinada a otra persona. ¿Había existido una civilización anterior en Terra Nova? Hasta el momento, ni los colonos ni los arqueólogos habían encontrado rastros de ella aquí, ni en ningún otro planeta aparte del sistema Alfa Centauri.

De eso debían ocuparse otros. Su tarea consistía en localizar a la tripulación de la expedición y regresar con Luqa lo antes posible. Dio media vuelta y regresó por el pasillo. Justo antes de llegar de nuevo a la habitación, su mundo se tambaleó.

«Mierda, ¿qué fue eso?» Estaba tumbado boca arriba. Le dolía la cadera porque se había golpeado el hueso con fuerza al girar el pasillo 180 grados. Arriba era ahora abajo.

«Tengo que salir de aquí rápidamente». Salió de la abertura del túnel. Justo a tiempo, se dio cuenta de que el octaedro debía de haber girado con él. Se había arrastrado por el canal inferior izquierdo, pero ahora salía por el superior derecho. Se dio la vuelta y con cuidado se dejó deslizar hacia abajo.

Ahora también sabía por qué había cuerdas instaladas en todos los canales que partían de una base. Simplemente no había forma de estar seguro de por dónde volver a salir. Pero ¿y el camino de vuelta? Había entrado en este octaedro por la parte superior, o más exactamente por una de las dos partes superiores.

Pero ¿por cuál? ¿Había girado la habitación alrededor de su eje longitudinal? Entonces los vértices habrían conservado su posición. ¿Y si no? Dependía del experimento. La habitación de la que había

salido solo tenía una entrada y una salida. Si la sala a la que llegaba ahora tenía un aspecto diferente, su pregunta quedaba respondida.

Se trataba de un octaedro desconocido. Incluso antes de iluminar la habitación con su linterna supo por el olor que el suelo estaba cubierto de líquido. No había cuerdas colgando de los canales de arriba a izquierda y derecha, así que solo podía salir de la habitación por el otro extremo. Alguien había colocado dos tablones uno al lado del otro sobre el charco de ácido. Talut reconoció la madera de diamante de las Viejas Madres. ¿Cómo podían haber hecho tablas con ella? Palpó la madera. Su superficie era completamente plana, pero de un negro deslustrado. ¡Por supuesto! Habían utilizado el ácido. Seguramente el truco consistía en sumergir una rama casi hasta la mitad. De hecho, las tablas seguían redondas por detrás.

Al final de las tablas, justo antes de la entrada al pasillo, había una bolsa. ¿Alguien había dejado allí su equipaje? Talut caminó unos pasos a lo largo de las dos tablas, se detuvo y volvió a apuntar la linterna hacia el obstáculo. No era un saco. Había una persona tumbada. Su corazón latió con fuerza. Para estar más seguro, volvió a la entrada. Las imágenes de los dos cadáveres detrás del laboratorio seguían vivas en su mente.

—Hola, ¿necesitas ayuda?

Permaneció en silencio. Obviamente, tenía otro cadáver delante. Sin embargo, estaba sentado de forma algo incómoda: en medio de las tablas, ligeramente desplomado hacia delante, con las piernas colgando a izquierda y derecha. Trepar por él sin caerse no sería tarea fácil. Talut se acercó con cautela. ¿Conocía a la persona? Llevaba un grueso anorak que le cubría la cara. Talut se agachó y levantó la cabeza con la mano.

Era Sam. Aún llevaba la máscara respiratoria pero Talut lo reconoció de todos modos. Para asegurarse, le tomó el pulso, pero ya no tenía vida. ¿Por qué se había sentado aquí? Talut no encontró ninguna herida externa. Probablemente se había asfixiado al vaciarse el tanque. ¿Por qué no se había salvado en el laboratorio? Seguramente los demás habrían compartido su oxígeno. ¿O había sido el último en morir?

Talut le registró. Había una nota pegada entre sus piernas.

¡Regrese de inmediato!, decía. *¡Peligro de muerte!*

¿Qué se suponía que significaba eso? Por supuesto que no era seguro estar en las tablas. ¿O la advertencia significaba otra cosa? ¿Sería mejor que Talut escapara a la superficie? Pero no podía abandonar a los demás. Buscó en los bolsillos del anorak. Encontró una pistola en el bolsillo interior derecho, claramente un arma mortal que nadie en la expedición debería llevar. Estaba cargada. Sin embargo, al cargador le faltaban dos cartuchos. Sam guardaba su identificación y una foto en el bolsillo interior izquierdo. En ella aparecía con un perro. Ni Sam ni el perro llevaban máscara. Talut le dio la vuelta pero no había nada en el reverso. Pasó el dedo por delante y empezó una presentación de diapositivas. Mostró al perro una y otra vez, y también a una mujer. ¿La mujer de Sam? Era claramente mayor que el jefe de seguridad pero eso no significaba nada. Talut recogió el arma, la identificación y la foto. ¿Y ahora? ¿Cómo iba a trepar por el cadáver sin caer en el charco de ácido?

Decidió arrastrar el cuerpo hasta su lado de la piscina. Primero intentó darle la vuelta, pero pesaba demasiado. Empujó el torso hacia delante, agarró los dos brazos y tiró. «¡Venga!» Avanzó, aunque lentamente. Sin embargo, después de un metro y medio, la pierna derecha de Sam se enganchó en las tablas. Talut no podía acercarse lo suficiente para soltarla, pero si tiraba con fuerza, la articulación acabaría cediendo. «Lo siento, Sam. Por suerte no sientes nada».

Talut tiró tan fuerte como pudo. Entonces, de repente, algo crujió. Talut retrocedió tambaleándose hacia el pasadizo por el que había venido, donde podía apoyarse. El cadáver, en cambio, se desplomó sobre el lado derecho. ¡Mierda! Tenía que sujetarlo pero ya era demasiado tarde. La pierna izquierda del pesado cuerpo dibujó un arco elegante en el aire y cayó en el ácido. Era más viscoso de lo esperado, y el cadáver se hundió con un sonido gorgoteante.

«Lo siento, Sam. No quería hacer eso». Talut apartó la mirada, y cuando el ácido empezó a burbujear, supo que era hora de abandonar este lugar. Aquí no se podía sobrevivir. Si el jefe de seguridad le estaba diciendo que huyera, más le valía hacerle caso.

En ese mismo momento, oyó a Berenike gritar.



TALUT SE QUEDÓ HELADO. ¿Qué había dicho? No había sonado como un grito de auxilio, más bien como una exclamación alegre. Pero estaba claro que era la voz de Berenike. Quería abandonar este lugar maldito más que nada en el mundo, ¡pero no podía ignorar la llamada! ¿Y si la líder de la expedición necesitaba ayuda? Tenía que estar a su lado. Era su maldito deber.

Se agarró a la pared y alumbró el charco de ácido. Sam flotaba sobre su espalda. Delgados hilos de vapor o humo se elevaban alrededor del cadáver. Talut olfateó, pero el aire olía a neutro. Sam parecía completamente relajado. Sus rasgos sombríos se habían aflojado. La advertencia de la nota era clara. El jefe de seguridad le había ordenado que diera media vuelta de inmediato. Pero ¿y si no se había dado cuenta de que alguien más se había desviado hacia el interior?

—Dime, Sam, ¿ignorarías la llamada de Berenike?

La voz de Talut resonó en las paredes más fuerte de lo que sugería el tamaño de la habitación. El eco era indistinto. Tal vez debería gritar. Si él podía oír a Berenike, ella podría oírle a él. Era lógico, e incluso aquí abajo debían aplicarse las leyes de la lógica y la física.

—¡Bee-ree-nii-kee! —gritó—. ¿Dóooondeeee eeeestáaaas?

La respuesta fue una especie de gemido. Venía de delante de él, pero no de la habitación contigua; era demasiado indistinto para eso. Berenike debía de estar a dos o tres cámaras octaédricas de distancia. ¿Por qué no contestaba de un modo que él pudiera entender?

Tenía que comprobarlo. Talut cruzó el puente y salió de la sala por la punta trasera. El siguiente octaedro estaba dispuesto igual que el anterior, pero vacío. Talut contó tres salidas con cuerdas en las esquinas, más un pasillo enfrente. También había una cuerda

colgando de este pasadizo, lo que indicaba que no terminaba en un punto, sino en una de las cuatro esquinas.

—¡Berenike, ya voy! ¿Dónde estás?

—¡Wulada-huhi! —fue la respuesta, emitida melodiosamente.

¿Berenike estaba cantando a la tirolesa? Se apellidaba Hill, así que procedía de un pueblo de montaña. Los montañeses habían traído esa tradición de la Tierra. Sin embargo, ya casi nunca se practicaba. Su madre le había llevado una vez a rastras a un concierto cuando tenía unos diez años. Lo que más le había impresionado era que tanto hombres como mujeres habían actuado en toples, lo que probablemente formaba parte de la tradición.

—Berenike, háblame —respondió—. ¿Dónde estás?

Alguien soltó una risita. Era evidente que Berenike tenía un problema. ¿Quizás era una reacción al trauma, a la muerte de los miembros de su tripulación?

—¿Berenike?

Se rio a carcajadas. Los sonidos venían de arriba a la derecha. Subió por la cuerda hasta el estrecho pasillo, avanzó por él y se detuvo en el umbral de la siguiente sala. Aquí la cuerda colgaba tan alto que no se podía llegar al canal desde abajo, al menos sin ayuda adicional.

Bajó el haz de la linterna. Al fondo, justo en medio de la habitación, vio a una persona de espaldas a él. Estaba en cuclillas en el suelo y se había bajado los pantalones como si necesitara hacer sus necesidades. Talut vio una mancha de piel desnuda y dirigió el haz de la linterna un poco más a la derecha. No ocurrió nada. La figura se balanceaba de un lado a otro.

—¿Berenike?

La persona se levantó de un salto. Ahora podía verle la cara. Era la líder de la expedición. Tenía los ojos cerrados pero miraba en su dirección, probablemente porque le había oído.

—Soy yo, Talut.

Berenike dio un paso adelante, tropezó con los pantalones bajados y cayó.

—¡Cuidado! ¿Necesitas ayuda? Te ayudaré.

Berenice negó con la cabeza. Luego, se enderezó y se subió los pantalones. Muy bien. Aunque aún tenía los ojos cerrados.

—Voy hacia ti. Dejaremos esta cueva juntos. ¿Puedes entenderme?

Berenike apretó la cabeza entre las manos y tarareó la melodía de una canción infantil. No recordaba la letra. Esperaba que no significara nada. Talut dejó caer la cuerda. Cuando chocó con la pared vertical, la jefa de la expedición se estremeció, aunque el sonido no fue muy fuerte.

—Eh, ahora voy. Todo irá bien. Tenemos que salir de aquí.

Berenike no reaccionó, pero su cara se movía. Apretó los dientes con fuerza y echó la barbilla hacia delante como si intentara reprimir una respuesta. Pero no irradiaba ningún peligro. ¿Y qué podía hacerle? Físicamente, él era superior a ella y llevaba el arma de Sam. Talut le dio la espalda, cogió la linterna entre los dientes y descendió por la pared en siete pasos.

Cuando llegó abajo, volvió a agarrar la linterna y se dio la vuelta. De repente, una sombra apareció frente a él, casi por encima. Berenike. Solo podía ser Berenike. Tenía algo en la mano levantada que reflejaba el haz de luz de la linterna. La mano se movió hacia él. Talut rodó instintivamente hacia un lado. Se oyó un sonido desagradable y rasposo cuando algo chocó con la pared de cristal. Talut soltó un golpe a la oscuridad a su lado con la linterna. Acertó a algo, probablemente una espinilla o una rodilla. La atacante aulló. Su mano recibió una patada.

Dolido, soltó la linterna, que rodó hasta el fondo del octaedro. Su haz apuntaba en otra dirección pero Talut podía ver sombras moviéndose a través del omnipresente reflejo de las paredes. Se deslizó hacia la izquierda sobre el asiento de sus pantalones. Una de las sombras debió de oír el ruido y le siguió. Por encima, por debajo, a izquierda y derecha de él, Talut vio el destello de una hoja metálica. Era muy pequeña, probablemente un bisturí. Tenía que defenderse. El pánico se apoderó de él, incapaz de controlar sus pensamientos. Buscó a tientas el arma en el bolsillo del pantalón mientras la sombra le perseguía.

Ahí estaba. Talut quitó el seguro. Ahora solo tenía que disparar. No era del todo seguro, porque los rebotes eran imprevisibles en el octaedro, pero aun así era mejor que ser apuñalado. Vio a la mujer con el lanzallamas, que había matado a Matta. Aun así, no pudo apretar el gatillo. Berenike sin duda tenía una familia esperándola, y era una científica excepcional. Y aún era humana. Pero ahora no era más que un brazo blandiendo un bisturí en la oscuridad. ¿Seguía siendo Berenike quien le había arrinconado? Talut había esperado encontrar una salida aquí abajo, un canal que condujera a la sala vecina, pero era un callejón sin salida. El metal parpadeante se acercó. Talut apuntó y apretó el gatillo.

El estampido fue ensordecedor. El retroceso casi le arranca el arma de la mano. Pero el metal también retrocedió. Berenike gimió. La sombra retrocedió hasta las profundidades del octaedro, donde se detuvo junto a la linterna. Talut avanzó cautelosamente hacia ella. Debería haber hecho caso de las advertencias. Berenike había negado con la cabeza por alguna razón. Ahora yacía estirada bajo él. Cogió la linterna y apuntó a ella. Su cuerpo parecía demacrado, pequeño y delgado, como si hubiera vuelto a ser una niña. La miró a la cara. No llevaba máscara. ¿Cómo era posible? ¿Por qué no se había dado cuenta antes?

De repente, Berenike abrió los ojos. La reconoció de inmediato. La líder de la expedición había vuelto.

—Talut —dijo—. Por favor, no me interrumpas. No sé cuánto tiempo me queda. Siento que hayamos llegado a esto. No debes confiar en nadie aquí abajo. No sé lo que es, pero algo nos ha cambiado a todos. La gente aquí hace cosas sin sentido. Lo mejor sería destruir todo este lugar. Pero no tengo ni idea de cómo hacerlo. Debes huir lo más rápido posible. El gobierno necesita tomar el control. Lo mejor es destruir todo. No pueden enviar a nadie más aquí. Es una enorme trampa.

Berenike hablaba cada vez más rápido, como si se estuviera quedando sin aliento, así que él le puso la máscara respiratoria en la cara. Ella negó con la cabeza enérgicamente.

—¿Por qué no nos informaste, a Juri y a mí? —preguntó, poniéndose él mismo la máscara.

—Al principio no vi las conexiones, Talut. Solo supe (y por desgracia sucedió muy rápido), que se trataba de una trampa para que nos matáramos entre nosotros. Por eso inutilicé el sistema de radio después de enviar una llamada de socorro al centro de control.

—Inutilizaste, ¿por qué? Podrías habernos avisado.

—Sabía que vendríais aquí, aunque os dijera que os pusierais a salvo. Así podría evitar que localizarais nuestra posición. Bueno, llegasteis aquí de todos modos.

—Juri está muerto.

—Oh, lo siento. Entonces eres el único superviviente. Recuérdalo. Aunque creas ver a un humano, no puedes confiar en él. Nadie que camine sobre sus dos piernas sigue siendo él.

—Pero tú eres tú.

—Ahora mismo me ha dejado. Probablemente porque estoy casi muerta y, por lo tanto, le soy inútil.

—¿Quién?

—No sé cómo describirlo. Toma posesión de ti y te hace hacer cosas atroces. Intenté matar a Sam. Y a ti.

—¿Te lee la mente?

—No, no creo que entienda nuestros pensamientos. Al igual que nosotros no lo entendemos. Es demasiado extraño. Pero puede hacerte actuar contra tu propia voluntad.

—¿Controla tu cuerpo?

—No directamente. De repente sentí un profundo deseo de desmembrarte con un bisturí. Me perturbabas.

—Eso es... horrible.

—Sí, Talut. Es por eso que necesitas con urgencia llegar al Plano de la Corona, para advertir a los demás. Algo está pasando aquí, aunque no sé qué. Esta estructura debe ser destruida.

—No me creerán. Primero querrán enviar más expertos para investigar.

—No deben hacer eso. Toda la estructura está contaminada. No puedo describirlo de otra manera. Sobre todo, cuidado con el líquido que hay en algunas habitaciones.

—¿El ácido?

—¿Ácido? No es ácido. Pero imagina que lo es, y evita... —Berenike tosió—. Yo... tengo que irme —dijo de manera sombría.

Volvió a toser y se apartó de él.

—Está... volviendo.

Él la agarró por detrás de los hombros para sostenerla, pero ella se lo quitó de encima.

—Yo... no quiero esto —dijo ferozmente—. Basta.

Berenike levantó el brazo derecho. ¿Qué iba a hacer? Había blandido el bisturí con la derecha durante el ataque.

El sonido incisivo le puso los pelos de punta. Berenike cayó hacia delante, haciendo ruidos burbujeantes. ¿Qué había hecho? ¿Por qué le había dejado solo? La agarró por los hombros, para atraerla hacia él y enfrentarse a ella. *Intenté matar a Sam*. Eso fue lo que ella dijo. Parecía haberlo conseguido. Talut no había matado a Juri, pero creía llevarlo en su conciencia. ¿Cómo se suponía que Berenike iba a hacer frente a tal acto? No podía, sobre todo cuando acababa de sentir que le arrebataban el control. Él también habría aprovechado la oportunidad única de volver a ser él mismo, aunque fuese solo para suicidarse.

La dejó sola. Ya no podía ayudarla. Su agonía duró menos de un minuto. Ya debía de estar muy débil. Era imposible llevarla así a la superficie. ¿Y ahora qué? Ya había hecho caso omiso de la advertencia de Sam. Berenike acababa de decirle que huyera de inmediato. Pero si lo conseguía, ¿cómo iba a convencer a los demás de que destruyeran esta estructura sin investigar más? Evidentemente había secretos aquí abajo que podrían hacer avanzar la ciencia. Necesitaba desesperadamente algo para comer y beber, pero también necesitaba pruebas de que el mal habitaba aquí, o al menos una fuerza que dañaría a la gente de Terra Nova. Sin pruebas, todos los sacrificios serían en vano.

Volvió a coger la linterna. Parpadeó y Talut se sobresaltó. De ninguna manera quería quedarse aquí sin luz. Tal vez podría orientarse en la oscuridad pero mantener el equilibrio sobre las dos tablas encima del ácido sin poder ver su mano delante de los ojos parecía imposible. Normalmente la batería duraba cuatro o cinco días, sin interrupción. La sujetó entre las rodillas y levantó el torso

de Berenike. Tenía que registrarla de todos modos, para poder llevarse su identificación como prueba. Se esforzó por no mirarle la cara ni el cuello, pero la cantidad de sangre que había en su chaqueta era difícil de ignorar. Cuando la abrió, se manchó los dedos.

Con la mano manchada, la sostuvo abierta y metió la mano limpia en el interior. Encontró su carné de identidad en el bolsillo interior izquierdo. En el derecho llevaba un collar con un colgante que brillaba a la luz de la lámpara. Consistía en una cruz con una perla en el centro, y en la parte de atrás había unas letras grabadas. No podía ver lo bastante bien en la oscuridad para descifrarlas. Ya habría tiempo para eso más tarde. En la cintura de los pantalones de la jefa de la expedición encontró una radio portátil, un botiquín de primeros auxilios y una linterna. ¡Qué bien! Encendió la radio pero no respondió. Podía adivinar por qué, ya que era muy ligera.

El compartimento de las pilas estaba vacío. ¿Por qué Berenike había traído el aparato? Debía de haber baterías de repuesto en alguna parte. ¿Quizás en la entrada del laboratorio? No había nadie con quien pudiera comunicarse, pero el alcance era mucho mayor que el de los auriculares que todos llevaban. Si podía llegar hasta la mitad del Plano de la Corona, debería poder contactar con alguien que le esperara arriba. Berenike dijo que había hecho una llamada de emergencia. Tal vez alguien había respondido y ahora se dirigía al sur para ayudar a la expedición.

Se levantó. El camino más fácil empezaba allí arriba, en el canal del que colgaba la cuerda. Pero no iría por allí.



Talut gimió y se secó el sudor de la mano. Por un momento, miró la superficie reflectante a su lado. Sus pantalones estaban cubiertos de manchas negras. Una estaba muy fresca y brillante. Se miró las palmas. Estaban sangrando, más en la derecha que en la izquierda. Era diestro, la superficie de las cuerdas que tuvo que utilizar para descender era áspera y no llevaba guantes. Tal vez debería haber

dado media vuelta. Nadie le había dicho que el camino le llevaría cada vez más adentro.

Debían de ser ya doscientos metros. ¿Quién narices había construido semejante estructura en la roca? La disposición de las salas no cambió, pero los octaedros estaban ahora en la parte superior. Desde el punto de vista práctico, nada de esto tenía sentido. Desde luego, la estructura no había sido construida para los humanos. Los habitantes originales podían trepar por las paredes o volar. Eso dejaba muchas opciones: desde hormigas inteligentes hasta enjambres de gorriones astutos. Pero la instalación de las cuerdas debió de llevar mucho tiempo a los expedicionarios. ¡Y solo llevaban dos días separados!

Talut había estado a punto de terminar el descenso varias veces, pero había pegado la oreja a la pared y había oído primero un golpe lejano y luego otro más cercano. No era tan rítmico como los latidos de su corazón, sino que empezaba una y otra vez, se detenía y volvía a empezar con una frecuencia diferente. Sonaba como si un grupo de obreros estuvieran ocupados construyendo un camino de hormigón a través del lugar.

Ahora estaba tenso. Se limpió las manos ensangrentadas en los pantalones, respiró hondo, se puso la máscara bajo la barbilla y pegó la oreja a la pared. Ahí estaba otra vez. ¿Había alguien trabajando en las paredes del octaedro con un martillo y un cincel?

Volvió a colocarse la máscara y la mochila y se dirigió hacia el pasillo donde el ruido era más fuerte. No solo eso: había un claro resplandor de luz procedente del canal rectangular. Esta vez tampoco tuvo que trepar por una cuerda. Se abrió paso por el estrecho pasillo hasta que sintió aire fresco en la frente.

Se puso de rodillas y palpó el suelo frente a él. El pasillo terminaba en la nada. Talut se impulsó hacia el borde. Descendía un metro. Si bajaba, no tendría problemas para volver al pasadizo. Solo tenía que recordar por qué agujero había salido, porque en la pared de su izquierda podía ver otra abertura cada tres metros aproximadamente, y la pared se extendía al menos cien metros. Giró a la derecha. Aquí las aberturas continuaban el doble de esa

distancia. Lo mismo por encima de él. Giró la cabeza hacia el techo y vio agujeros sobre agujeros, como en una colmena.

Delante de él había una sala enorme, de trescientos metros de ancho, doscientos de alto y seguramente ochocientos de largo. Había fuentes de luz en el techo. La mejor forma de describirlas era como bandas de luz que se arremolinaban como las llamas de un fuego parpadeante o las secciones de un arco iris en un viento invisible. Bañaban toda la sala con una luz cuya intensidad equivalía aproximadamente a la de una brillante puesta de sol. En las paredes, el suelo y el techo se perforaron pirámides, medios octaedros. El principio de construcción continuaba, aunque no de forma coherente, ya que la propia sala era claramente un cuboide, es decir, de seis lados.

Se oían ruidos de trabajo en el centro. Talut observó una especie de torre junto a un recoveco. No estaba seguro de cuál de las dos estructuras era más importante. El trabajo se desarrollaba sobre todo en el hueco. Entre él y la torre, un pequeño grupo de personas se dedicaba a empujar octaedros de un lado a otro, que la mayor parte del grupo sacaba del agujero mediante algún método que no resultaba evidente a primera vista.

El fuerte ruido se producía cada vez que un octaedro salía del agujero y se desplegaba como uno de esos rompecabezas tridimensionales. La gente corría de un lado a otro afanosamente y siempre estaba atenta cuando aparecía un nuevo objeto, como si todo dependiera de su presencia. No parecían hablar entre ellos, por lo que podía ver desde aquí, pero sin duda estaban vivos y bien. ¿Eran Sam y Berenike los confundidos que casi habían hecho fracasar la expedición? Talut negó con la cabeza. «Se apodera de ti y te obliga a hacer cosas», había dicho Berenike. Tenía que averiguar si eso se aplicaba a la gente de allí delante, antes de que él mismo cayera bajo la influencia de ese algo.

Talut bajó del canal al suelo. Colocó la linterna en la abertura y la encendió. Así se aseguraría de encontrar el camino de vuelta. Un momento. Más valía que la linterna no fallara. La sustituyó por la de Berenike, que aún no había parpadeado. Como precaución, sacó su arma. Berenike casi le había sorprendido con su bisturí. ¿Por qué no

se lo había quitado? Entonces habría podido contarle más cosas, por ejemplo, sobre el líquido de los octaedros. ¿Y qué sabía ella del extraño trabajo que la gente hacía aquí?

Se puso en marcha. Se mantuvo cuidadosamente al abrigo de las depresiones del suelo. Corrió de un agujero a otro y llegó a treinta metros del grupo. Nadie pareció reparar en él. Los octaedros surgían de las profundidades como por su propia voluntad, solo para ser empujados hacia la torre por un humano. No, era más bien una escolta. La gente ni siquiera parecía tocar las formas reflectantes. ¿O se había equivocado? No era fácil distinguir los detalles porque había muchas imágenes reflejadas al mismo tiempo.

Tras su siguiente carrera, se acomodó con cuidado por la pared inclinada del hueco, de modo que solo se veía su cabeza. Un nuevo octaedro surgió de las profundidades. Una joven se situó junto a él, inclinó brevemente la cabeza y se alejó en el mismo momento en que el objeto empezaba a moverse hacia la torre. Por un momento, la mujer miró en dirección a Talut. Ella no reaccionó, pero de repente todos se detuvieron.

Él agachó la cabeza pero probablemente era demasiado tarde. También cesaron los golpes. Se habían fijado en él. Sacó la pistola del bolsillo y quitó el seguro. Luego, se dio la vuelta y se aseguró de saber por dónde iría: a unos trescientos metros. Tenía treinta metros de ventaja. Tendría que ser suficiente. El miedo a la muerte le impulsaría a batir un récord personal.

Talut se puso de pie. Así podría escapar mejor. Joder. Se habían acercado. Todos ellos. Eran unos quince, formando un semicírculo a su alrededor. No podía dejarse rodear.

—¡Alto! —gritó.

La gente se detuvo. Una mujer se adelantó. Era la que le había visto primero. Ahora la reconocía: era Lena, quien había formado el equipo de vanguardia uno junto con Matta. ¿Sabía que su amigo había muerto?

—Hola, Lena.

—Bienvenido, Talut —le dijo el grupo—. Nos alegramos de que hayas encontrado el camino hasta nosotros.

Sonaba como el canto de un coro perfectamente entrenado. Talut sintió un escalofrío. Aquellas personas ya no eran dueñas de sus mentes. Y ninguno de ellos llevaba máscara respiratoria. Talut tuvo que toser. Pulsó el botón de grabación de sus auriculares. Ya no podían transmitir, pero grabarían todo lo que se dijera aquí. Tal vez podría utilizarlo como advertencia más tarde.

—¿Dónde están vuestras máscaras? —preguntó.

—Ya no las necesitamos. Puedes quitarte la tuya si quieres.

—Prefiero no hacerlo.

—Puedes confiar en nosotros, Talut. Somos tus amigos. Ven. Únete a nosotros.

—¿Para qué? ¿Qué estáis haciendo aquí?

Esperaba que dijeran: *Estamos construyendo un altar para nuestros nuevos amos*, o algo así.

—Nada —dijo el grupo.

Le dijeron la verdad. Era sorprendente. Quienquiera que controlara los espíritus de esta gente debía de estar muy seguro de sí mismo.

—Leemos lo que está almacenado en nuestras estructuras de pensamiento —dijo el grupo—. Necesitamos saber de dónde venimos.

La cosa, fuera lo que fuera, obviamente estaba buscando coordenadas. ¿Quizás quería robar una nave espacial para poder escapar?

—Entonces, ¿por qué fingís trabajar?

—Hemos descubierto que somos más fáciles de leer durante la actividad ligera. No queremos infligir dolor a las bases biológicas, o fallarán.

—Es muy amable por vuestra parte pero dañáis a la gente cuando les quitáis la voluntad.

—No les quitamos la voluntad. Su voluntad es nuestra voluntad, y viceversa. ¿Quieres convencerte de ello?

—Si eso es posible sin que me vuelva como ustedes.

—Sí, es posible —dijo el grupo.

—No tienes por qué tener miedo, Talut —dijo Lena.

Parecía completamente natural, sin cambios.

—¿De verdad estás aquí por elección propia?

—Nunca me ha gustado un lugar mejor que este. Mi presencia en este lugar me llena de alegría y orgullo. Es incomparable. Ojalá todo el mundo pudiera experimentarlo.

—¿Podrías salir conmigo sin los demás?

—Podría, pero no quiero. Ven con nosotros, Talut. Apreciamos a cada persona por lo que es.

Lena sonaba completamente sincera y convencida, pero él seguía estando seguro de que no hablaba por voluntad propia. No era más que una marioneta.

—No me lo puedo creer. Encontré varios muertos de camino aquí.

—Nadie lo lamenta más que nosotros. Lloramos por cada persona que no lo logró. Por desgracia, la transición puede traer complicaciones si te resistes a ella. Pero podemos prometerte que una transición voluntaria está completamente libre de riesgos.

—¿Complicaciones? Lo que vi no fueron solo efectos secundarios. Matta y esa científica se mataron el uno al otro.

—Por desgracia, una de las características de tu especie es que recurres a la agresión cuando no entiendes las cosas. Los ataques siempre han venido de vosotros.

Sonaba a excusa, pero quizá fuera cierto. Si se le hubiera acercado un coro tan obviamente controlado por extraños, probablemente habría echado mano a su pistola. La sopesó en su mano. Talut seguía dispuesto a defender su pellejo.

—¿Por qué podéis prescindir de las máscaras respiratorias? —preguntó—. ¿Ya no necesitáis oxígeno?

El grupo se quedó helado. Al parecer, primero tenían que conferenciar antes de poder darle una respuesta. ¿Cómo se comunicaban entre ellos? Tal vez hubiera una forma de interrumpir este intercambio y volver a convertir al colectivo en individuos. Se dio cuenta de que todos los miembros del grupo estaban conectados directamente con al menos otro. Algunos se cogían de la mano, otros se estrechaban los hombros o apoyaban la mano en la cadera de su vecino. Eso sugería una conexión electroquímica. Pero no podía ser solo eso. Lo había visto en Berenike. También debía haber una conexión con una entidad central. Y como no estaban en un

mundo de cuento, sino en la vida real, la conexión debía tener una base física.

—Necesitamos oxígeno —dijo Lena, y el grupo la siguió con un breve retraso—. Pero no lo necesitamos en el aire que respiramos. —Ahora el coro volvió a hablar en perfecta sincronía—. El oxígeno llega directamente a nuestros sistemas, donde es necesario.

—¿Así que no respiráis en absoluto?

—Sí, respiramos. Si te acercas, podemos demostrártelo. Necesitamos respirar para expulsar los productos de la reacción.

Talut negó con la cabeza. No iba a permitirlo. Al contrario, si el grupo se aproximaba más, huiría. Pero primero tenía que sonsacarles la mayor información posible. Las respuestas que recibía parecían ser ciertas. Posiblemente creían de verdad que estaban haciendo algún bien a los individuos. Quizá aún había esperanza para los que habían sido absorbidos por el grupo. La conciencia de Berenike subsistió y, al parecer, había podido defenderse durante mucho tiempo.

—¿De dónde sacáis vuestros conocimientos?

—De nuestro entorno, como todo ser vivo. Llevamos millones de años interactuando con él y hemos acumulado una enorme cantidad de sabiduría. Nos fascinaría poder compartirla.

«No, gracias». No era tan estúpido como para dejarse engañar por tales promesas.

—¿Y cómo llega ese conocimiento acumulado a las cabezas de las personas a través de las que me habláis?

El grupo se congeló de nuevo. Probablemente tenían que acceder a una memoria, lo que llevaba algún tiempo. O tenían que pedir permiso para contarle la verdad.

—La respuesta a eso no haría justicia a la realidad —dijo finalmente el grupo—. Pero te invitamos a que lo experimentes.

Todos levantaron el brazo derecho a la vez e hicieron el mismo gesto tentador.

—Te sentirás... sentirás... bien. Somos armonía... monía... onía.

Un hombre y dos mujeres retrasaron sus respuestas. Eran los que se habían desconectado de sus vecinos para hacer el gesto de la mano. Al parecer, la transferencia de datos entre los que se tocaban

era más rápida que la de la entidad que controlaba desde el fondo. Eso le decía algo sobre la vía de transmisión. Si la comunicación de persona a persona tenía lugar a través de la vía electroquímica, bastante lenta, pero seguía siendo más rápida que la conexión con el centro de control, entonces esta última también debía basarse en la electroquímica. Eso significaba que tenía que haber una conexión física. Si se pudiera sellar completamente a un miembro del grupo, se cortaría la comunicación... y la persona volvería a ser ella misma.

Por supuesto, todo esto era pura especulación basada en lo que le habían mostrado. Podrían haberle engañado. Lo único que sabía era que esos seres no podían leer la mente de la gente, como le había dicho Berenike. Así que no tenían ni idea de que llevaba tiempo planeando su huida.

Miró al grupo.

—¿A veces desearíais no formar parte de este colectivo?

Talut escrutó cada rostro lo mejor que pudo desde la distancia. ¿Había un parpadeo revelador en los ojos de Lena? ¿No se había crispado nerviosamente la mano de su vecina? ¿Hasta qué punto se había apoderado de ella la entidad controladora? Tuvo que admitir que nunca lo averiguaría. Después de todo, también era posible que la gente encontrara liberadora la cercanía inducida artificialmente y disfrutara formando parte del grupo. Este fenómeno se había producido varias veces en la historia de la humanidad. Tal vez el poder desconocido había podido acceder a un deseo inconsciente.

—No —respondió el grupo a coro—. Pero si reconociéramos este deseo en nuestro interior, podríamos separarnos del grupo en cualquier momento.

—¿Cómo?

—Haciendo un *reinicio*.

—¿Cómo funciona un *reinicio*?

—Introducimos nuestro cuerpo en una piscina de reinicio y volvemos a salir de ella una vez finalizado el procedimiento.

¿Piscina de reinicio? Debía ser la acumulación de fluidos de la que Berenike le había advertido. Al parecer, los componentes que hacían un cuerpo controlable a distancia entraban en él de esa manera.

—Gracias por vuestra honestidad —dijo Talut—. ¿Me diréis cuál es vuestro objetivo?

—Armonía. Nuestro objetivo es restaurar la armonía en todo el cosmos.

Oh, había tropezado con un benefactor del universo. Armonía a través de la alineación universal, eso era lo que parecía. Hora de salir de la cueva. Si conseguía avisar a tiempo a las autoridades pertinentes, aún se podría hacer frente al peligro. Berenike tenía razón, los militares tenían que destruir toda esta estructura. Talut enfundó la pistola, terminó de grabar en los auriculares y se dio la vuelta lentamente.

—Talut, no puedes irte —gritó el grupo.

—Me temo que tengo que irme ya.

Empezó a correr. Su objetivo era la pequeña luz en la pared. Si la alcanzaba, se salvaría. Lo único que tenía que hacer era apartar las tablas de la habitación con el charco de ácido y nadie podría seguirle. Ese era el plan.

La realidad era que no era el corredor más rápido. Cada vez que se encontraba en el borde elevado de una celda octaédrica, echaba un breve vistazo por encima del hombro. En el lado izquierdo, a unos quince metros de distancia, una mujer enjuta de pelo corto ya se había abierto camino hasta su altura. Caminaba como una profesional, a grandes zancadas. Si cambiaba de dirección, le alcanzaría mucho antes de la abertura que le salvaría. Pero quizás no sería la primera, porque Talut también tenía un fuerte competidor a su derecha. Jadeaba con fuerza, pero ya tenía una ligera ventaja.

Talut metió la mano en el bolsillo del pantalón. El arma le pesaba en la mano. Quitó el seguro. No era fácil apuntar mientras corría, sobre todo porque los octaedros del suelo se movían constantemente arriba y abajo, y no quería matar a sus perseguidores. Talut llegó al borde más cercano, giró a la derecha, se detuvo un momento, apuntó y disparó. El estruendo resonó en el pasillo. Esta vez estaba mejor preparado para el retroceso. Inmediatamente se zambulló en el siguiente pozo. Cuando volvió a subir, el corredor de su derecha había desaparecido. Con suerte había sobrevivido al impacto.

Quedaba la mujer de la izquierda. Había cambiado de dirección y ahora se dirigía hacia él, tal vez por el disparo o porque la salida estaba cada vez más cerca. Como resultado, estaba de frente a él, duplicando el área de impacto. Talut apretó el gatillo. Al momento siguiente, la mujer se agarró la cadera, abrió los ojos, corrió otros tres o cuatro pasos y cayó. Sintió pena por ella. Le habría gustado auxiliarla, porque los otros perseguidores no se preocupaban por ella pero no podía dejar que le detuvieran. Tenía menos de veinte metros hasta el canal, con al menos cinco metros por delante. Tendría que ser suficiente. Ya no podía respirar bajo la máscara, pero no podía tener eso en cuenta ahora. Tenía que correr, correr, correr.

Ahí estaba la entrada. Agarró la linterna que había allí y se levantó. Era solo un metro, pero resbaló. Lo intentó de nuevo. Su torso ya estaba en la abertura cuando alguien le agarró el pie. Talut le dio una patada pero su agarre era firme. El pasadizo era demasiado estrecho para más de una persona. Si los demás perseguidores se unían le doblegarían. Pateó una y otra vez, sin éxito. Talut sacó su pistola. El espacio era tan estrecho que había riesgo de rebote. También podía darse en la pierna, pero ¿qué otra opción tenía? Entonces reconoció la cara de la persona que le sujetaba el pie. Era Lena. Si le disparaba, probablemente le daría en la cabeza o en la parte superior del cuerpo. Apuntó, pero no se atrevió a apretar el gatillo. No conocía a los otros dos. Pero ¿a Lena? ¿Cuánto quedaba de ella?

—¡Han matado a Matta! —gritó—. ¿Lo sabías?

Lena se estremeció. No dijo nada y no lo soltó pero algo pareció cambiar en su agarre. Sus dedos se movían mientras lo sujetaba. ¿Tendría que dispararle después de todo? Miró directamente a la pistola que la apuntaba y apenas movió la cabeza de un lado a otro. Le daría cinco segundos. Luego tendría que...

De repente, su pie estaba libre. Se deslizó por el pasillo tan rápido como pudo y se dio cuenta de que había perdido la bota. Al parecer, Lena había desatado los cordones para poder obedecer órdenes pero también dejar escapar a Talut. «No pueden leernos la mente». Lena debió aprovecharse de eso. Ella seguía allí, la verdadera Lena, y le había comprendido y ayudado. Lo mismo

probablemente se aplicaba a las dos personas a las que había disparado. Esperaba que no estuvieran gravemente heridos.

No tuvo tiempo de preocuparse por eso ahora, porque se oyó un ruido en el pasillo. Alguien le seguía. Encendió la linterna detrás de él. La persona se puso la mano sobre los ojos, cegada. No era Lena, sino uno de los porteadores. Talut nunca había intercambiado una palabra con él y no sabía su nombre. Probablemente no sería capaz de distraerle como a Lena.

Talut huyó. Ahora tenía ventaja, porque aún sabía exactamente por dónde ir. Sus perseguidores, en cambio, tenían que reorientarse continuamente. Rápidamente ganó ventaja. Si lograba salir de una habitación antes de que los demás entraran en ella, se salvaría. Entonces tendría tiempo suficiente para quitar las tablas de encima de la piscina de ácido.

Llegó a la sala con la piscina más rápido de lo que esperaba. Talut se detuvo en la entrada. Primero tenía que recuperar el aliento antes de empezar el acto de equilibrio. Dirigió la linterna hacia la piscina de ácido. Sam había estado en ella cuando se fue. Aún podía imaginárselo, pero ahora lo único que veía era el líquido transparente y reflectante. ¿Se había disuelto? Se oían ruidos por detrás. Tenía que seguir. Talut respiró hondo y corrió por las tablas, con los brazos extendidos.

Solo tres pasos más. De repente, una sombra saltó de la abertura frente a él. Talut la apuntó con la linterna y buscó frenéticamente la pistola. La sombra se convirtió en el jefe de seguridad, pero cuando el hombre desnudo levantó la cabeza, Talut vio de inmediato que no era Sam. No había reconocimiento en su rostro, solo una mezcla de conmoción e ira.

—Sam, no tienes que hacer esto —intentó Talut.

La sombra que había sido Sam se acercó y levantó las manos.

—Sam, encontrarás a Berenike a unas habitaciones de aquí. La han matado. ¿Me oyes? Berenike está muerta.

El jefe de seguridad y la jefa de la expedición siempre se habían llevado bien. Se habían apreciado mutuamente. Pero Sam no reaccionó como Lena. No había ni rastro de él y siguió acercándose.

Talut levantó su arma, quitó el seguro y... no pudo apretar el gatillo. Sam golpeó la mano de Talut con el puño y el arma cayó al ácido.

Talut se tambaleó, pero apenas pudo sostenerse. Tenía la linterna en la mano izquierda. La blandió, pero fingió que solo intentaba recuperar el equilibrio. Luego, continuó el movimiento. Golpeó a Sam en la mejilla derecha con la pesada linterna. El antiguo jefe de seguridad le miró sorprendido mientras perdía el equilibrio. Alargó la mano hacia Talut. No dejes que me caiga otra vez, parecía decir su cara, pero Talut no lo agarró. El cuerpo de Sam chapoteó en el ácido. Talut corrió al otro lado, se arrodilló en el pasillo y apartó los dos tablones. Uno de ellos golpeó a Sam en la cabeza y terminó por hundirlo.

Talut se levantó y dirigió su luz hacia el otro extremo del octaedro. El porteador había aparecido allí. Detrás de él surgían más perseguidores.

—Pues mala suerte —gritó Talut.

El porteador corrió por la superficie inclinada. ¿No sabía nada del ácido? Entró en el líquido como si fuera agua. El hombre no parecía sentir dolor. Pronto se sumergió hasta las caderas, luego hasta el estómago. En el punto más profundo, solo quedaba visible su cabeza. Talut buscó su arma, pero esta había caído en el ácido. ¿Por qué no funcionaba el líquido?

El porteador salió por su lado. Sus ropas colgaban en jirones humeantes, pero su cuerpo parecía intacto. El hombre levantó los brazos, como había hecho Sam. En ese momento, se congeló. Este debía de ser el restablecimiento del que había hablado el grupo. Los otros perseguidores también se detuvieron. Al parecer, el ácido tuvo efecto. Al menos le dio a Talut algo de tiempo. Tenía que llegar al nivel de la corona lo más rápido posible.



Octaedro número seis. Talut había empezado a contar en la habitación con el ácido. Esta debería haber sido la salida del laberinto, pero en su lugar tenía una opción de dos canales en el

suelo. Mala señal. Obviamente se había perdido. Había cuerdas colgando de ambas entradas. Eso, a su vez, era una buena señal: alguien había explorado esta zona antes que él y la había equipado con cuerdas. No estaba tan lejos de la salida como temía.

¿Qué había hecho mal? Había confiado en su memoria en lugar de aplicar su estrategia probada de girar siempre lo más a la izquierda posible. Su memoria había sido clara e inequívoca pero el camino debía de haber cambiado. Los octaedros giraban de vez en cuando, aunque no siempre era evidente. Arriba a la izquierda se convertía en abajo a la derecha y viceversa. No lo había tenido en cuenta.

Talut alumbró con la linterna. Tenía que arrastrarse por aquel agujero de allí abajo si quería seguir su estrategia. Su sentido de la orientación espacial protestaba, porque eso le acercaría de nuevo al charco de ácido, pero lo ignoró. A la izquierda, siempre a la izquierda. La habitación siguiente, la siguiente, y de repente se encontró en el largo pasillo que conducía a la cortina rasgada frente al laboratorio.

Allí había encontrado dos cadáveres. Eso significaba que debía tener mucho cuidado. Al parecer, en esta cueva era posible vencer a la muerte. Matta era mucho más grande y fuerte que él, y la investigadora había tenido un lanzallamas. Gateó lentamente, intentando no hacer ruido. De repente chocó con un contenedor, que cayó con gran estrépito.

Talut se quedó paralizado. Oyó un crujido que se alejaba de él. ¿Quizá algún animal? Si el ruido no había despertado a los dos muertos, bien podía encender la linterna. Se levantó. Los cadáveres desfigurados seguían tirados en el pasillo, igual que en su última visita. Si no había ácido, no había resurrección, probablemente era eso. ¿Qué pasaría si los llevaba a la cámara? ¿Podría ser incluso su deber, dado que les daría alguna apariencia de vida? ¿Qué diría él mismo si estuviera en su lugar? «¡De ninguna manera!»

Pero seguro que no les importaría prestarle sus tanques de respiración. Fuera, al final del camino, podría llenarlos. Así, tendría suficiente oxígeno para seis días. Más que suficiente para subir y pedir ayuda. Metió la mano en el bolsillo del pantalón. El mando a

distancia del Copter seguía allí. Talut se echó las dos botellas al hombro y atravesó la cortina. Encendió la luz del techo.

Uno de los aparatos de medición que había pitado al llegar seguía activo. ¿Qué habían descubierto los científicos? Tal vez pudiera utilizar sus resultados para respaldar su advertencia. Tendrían que tomarlo en serio, aunque fuera el único superviviente. Talut escuchó por si había pasos. Nada. Encendió el ordenador más cercano. Joder. La pantalla pedía una contraseña. ¡Una contraseña! ¿Por qué no bastaba con una huella dactilar? Por otro lado, se alegró de no tener que arrastrar a la mujer muerta hasta aquí.

Probó la cuenta de Berenike. Su contraseña no era ni 12345678 ni *Berenike*. ¡El colgante que le había quitado! Lo sacó del bolsillo del pantalón. Los símbolos grabados en el reverso de la cruz debían de ser importantes para Berenike. Sin embargo, no tenían sentido para él: BlRv6221. ¿Los cuatro dígitos representaban un mes y un año? Tecleó la combinación.

El código funcionó. El acceso de la jefa de la expedición se abrió. Sin duda tendría acceso a todos los resultados. Talut obtuvo una visión general. Había al menos cinco directorios principales en los que se almacenaban los datos. Abrió uno de ellos y examinó las listas. Estaban llenas de números a los que no encontraba sentido. Esperaba que sirvieran de información a los demás.

Algo crujió detrás de él. ¿Habrían superado los perseguidores su indolencia y realizado el reinicio? Tenía que salir de aquí. Pulsó la pantalla. Necesitaba un soporte de datos. Buscó frenéticamente en el laboratorio. Encontró una colección de cristales de memoria en una caja. Colocó uno en la ranura correspondiente del ordenador y copió los directorios en él. Luego, guardó el cristal en su mochila.

«Ahora, ¡pongamos pies en polvorosa!» Abrió la cortina, la atravesó y volvió a cerrarla con cuidado. Fuera, la eterna penumbra de las hojas luminiscentes volvía a imponerse. Entrecerró los ojos y sacó la linterna. Pero cuando la encendió, pareció aún más oscuro. La luminosidad era demasiado oscura para ver nada y demasiado brillante para ver más con iluminación adicional. Talut se quitó la máscara y respiró hondo. El aire de ahí fuera no contenía más oxígeno que el del pasillo, pero olía y sabía mejor.

Le rugió el estómago. Respiró a través de la mascarilla. ¿Por qué no había comprobado si había comida en el laboratorio? Necesitaba hacerlo urgentemente. Estaba muerto de hambre y le esperaba una dura escalada. Volvió a entrar en el laboratorio y abrió todas las cajas que aún estaban cerradas. Allí había varios paquetes de galletas dulces y una bolsa llena de galletas saladas. Sacó una mochila llena de pilas y cables y metió la mayor parte de la comida, los dos tanques de respiración, una batería para la radio de Berenike y dos botellas de agua. Se metió un puñado de galletas en la boca y las acompañó con agua. No podía sobrecargar su estómago ahora. Salió del laboratorio con la mochila a la espalda.



El extractor y el generador seguían al final del camino. Talut comprobó el cuaderno de bitácora. Nadie lo había utilizado desde su última visita. El generador se había apagado porque no se había utilizado la energía. Conectó el primer depósito a la boca de llenado del extractor. Tardaría cinco minutos en llenarse por completo. Talut bostezó. Le habría gustado sentarse al pie del aparato y dormir unas horas. ¿No era sensato? Al fin y al cabo, aquí podía repostar oxígeno en cualquier momento. Mañana por la mañana saldría con energías renovadas.

Se quitó la mochila, la colocó en posición vertical delante del extractor, se sentó y se apoyó en ella. No, no era cómodo. Necesitaba algo más blando, preferiblemente de tela. La ropa de los dos muertos, por ejemplo. No, mala idea. Se rascó la cabeza. El extractor emitió un pitido. El primer depósito estaba lleno. Lo retiró y le puso el tapón de seguridad.

En ese momento, el extractor empezó a balancearse de un lado a otro, y Talut se balanceó con él. ¿Qué estaba pasando? ¿Un terremoto? Recogió rápidamente su mochila y se alejó unos pasos antes de que el extractor le cayera encima. Los terremotos no eran inusuales en este planeta. Terra Nova tenía placas tectónicas pronunciadas. Sin embargo, en el Plano de la Corona eran casi

imperceptibles porque las Viejas Madres lo compensaban con su madera elástica.

Entonces, ¿así se sentía un terremoto en la superficie? A Talut le hizo gracia. Era una experiencia interesante. Volvió la vista hacia el extractor. Se había abierto una grieta en el suelo justo delante de él. ¿Una grieta? No, era otra cosa. El extractor parecía estar creciendo. La máquina estaba siendo levantada, junto con toda la tierra que la rodeaba y el aún más pesado generador. Piedras y tierra se deslizaban cuesta abajo. Un trozo golpeó a Talut en el hombro. ¿Se estaba formando aquí un volcán?

Hora de salir corriendo.



Pero ¿hacia dónde? Sus opciones eran limitadas. El río lo llevaría al suroeste, pero si una nueva montaña se formaba aquí, el agua podría retroceder y no llevarlo más lejos. No, las Viejas Madres eran su mejor esperanza. Tenían raíces profundas. Aunque nadie sabía exactamente qué tan profundas porque nadie había perforado hasta las raíces de los árboles. Pero si había temblores en Terra Nova, el daño sería menor en el nivel de la corona. Tal vez esa era la ventaja evolutiva que su gigantesca estatura daba a las Viejas Madres.

Tenía que subir a la cima. Esa era su única oportunidad de conseguir ayuda. Debía quedar algo del campamento donde la expedición había esperado para partir. Con el Copter de Juri, aunque no pudiera volar, podría informar al cuartel general. Talut se puso en marcha incluso antes de terminar de planearlo. Tenía que alejarse del claro donde se elevaba la montaña, y rápido. El suelo temblaba bajo sus pies. Sentía como si la montaña temblara antes de soltar todo su peso.

La Vieja Madre más cercana estaba a unos trescientos metros, en dirección a la orilla. Talut no podía ver desde aquí cómo estaban colocadas las ramas en el segmento inferior. Si no tenía suerte, tendría que correr hacia otro árbol. «¡Más rápido, más rápido!» Estaba sin aliento y tenía una puntada en el costado, pero no podía

detenerse. Un rayo atravesó el crepúsculo y casi le hizo perder el equilibrio. Sonó como si uno de los grilletes que encadenaban la montaña a la superficie se hubiera fracturado.

La Vieja Madre se acercaba. Mierda. Apenas tenía ramas a las que pudiera agarrarse. Fijó la vista en la siguiente. Afortunadamente, solo estaba a otros ochenta metros. Los árboles rodeaban el claro con la colina en un círculo disperso. Otro destello. Una onda expansiva le golpeó en las costillas desde detrás y cayó, pero consiguió apoyarse en los brazos. Talut volvió a levantarse.

Un poderoso rugido resonó a su espalda. No había tiempo para darse la vuelta, tenía que seguir corriendo. El rugido se convirtió en un profundo gruñido que parecía provenir del vientre del planeta. Las frecuencias eran tan bajas que podía sentirlas en todo el cuerpo sin saber de dónde procedían.

De repente, la Vieja Madre a la que se había acercado primero se deslizó hacia el suelo. Aquello era... monstruoso, tan increíble que Talut se detuvo involuntariamente. Las Viejas Madres eran la base de este planeta, su hogar. No podían simplemente... «¡Mierda!» La Vieja Madre no se había deslizado hacia abajo treinta, cuarenta metros. ¡Talut y el terreno a su alrededor se habían encumbrado! ¿Qué hacía la montaña? ¿Qué estaba pasando aquí?

No podía pararse a pensar durante mucho tiempo. Pasara lo que pasara, desde luego no era bueno para él. La Vieja Madre estaba a solo diez o quince metros. Talut ya podía ver el segundo nivel. ¿O era el tercero? No importaba. Las ramas y las hojas del árbol milenario eran su salvación. Echó a correr. Tan rápido como le permitieron sus piernas. No se detuvo ni siquiera cuando perdió el equilibrio. ¡Volaba! La montaña en ascenso le había dado un pequeño impulso, catapultándole hacia las ramas en una parábola plana. Talut no podía controlar su vuelo. Tenía que confiar en su suerte y agarrarse en el momento justo.

Ahora. Una rama delgada pero robusta se puso a su alcance. La madera era lo bastante pálida como para verla incluso en la constante penumbra. Consiguió rodearla con ambos brazos. Menos mal que estaba casi desnuda, sin ramitas que le desgarraran la piel. Se deslizó por ella hasta que logró detenerse.

La montaña seguía retumbando a sus espaldas. Tenía que salir de aquí. Pero ¿Cómo? Talut se encaramó a la rama. Le costó tres intentos con su pesada mochila. Luego, se arrastró hacia el tronco. La madera diamantina le ofrecía seguridad. Se enderezó y apoyó la espalda en ella. Al hacerlo, sintió vibraciones que parecían provenir de las profundidades. Ni siquiera la poderosa Vieja Madre era ajena a lo que estaba ocurriendo aquí.

Por extraño que pareciera, cada vez hacía más luz y calor. Talut se alegró de ello porque podía ver mejor su entorno. Estaba por encima de un nivel del Bosque de las Viejas Madre, y el suelo ya no era visible. Por lo tanto, tenía que ser al menos el segundo nivel. La montaña lo había elevado al menos sesenta metros. Ya no podía verla; en aquella dirección una nube de humo o polvo ocultaba lo que estaba ocurriendo.

Talut bajó de la rama y aterrizó sobre una enorme hoja elástica. Era un terreno conocido. Aquí sabía lo que tenía que hacer. En primer lugar, tenía que adentrarse en el bosque, lejos de la creciente montaña que amenazaba a las Viejas Madres de los alrededores. Pero el creciente calor le preocupaba. Debía de haber una fuente de energía bajo la montaña, cuya naturaleza no podía imaginar. Talut rodeó el árbol. Encontró otra hoja al otro lado, que le llevó hasta el árbol vecino.

Aquí ya hacía más frío y estaba más oscuro. Al llegar a otro árbol, tuvo que encender la linterna. Pero el profundo gruñido de la montaña seguía persiguiéndole. No disminuía, sino que se hacía más fuerte. La frecuencia aumentó. El zumbido se convirtió en un silbido. El aire caliente le flageló la espalda. Talut buscó refugio tras el tronco de una Vieja Madre. Justo a tiempo, porque ahora un brillo deslumbrante iluminó todos los rincones del bosque. Talut se habría quedado ciego si no hubiera cerrado los ojos con la suficiente rapidez.

Sin embargo, un punto brillante parecía haberse grabado a fuego en su retina, que solo se desvaneció lentamente. Al rápido destello le siguió una ráfaga más lenta que resonó ensordecedora entre los troncos de las venerables Viejas Madres como un hachazo sobre un címbalo metálico.

Talut huyó otros catorce o quince árboles hacia el interior del bosque. Solo allí se sentía razonablemente seguro. No sabía en qué dirección había huido. Pero eso quedaría claro una vez que alcanzara el nivel de las copas. Allí, al aire libre, podría encontrar el punto de partida de la expedición. El sonido de la montaña se extinguió lentamente. La oscuridad volvía a ser absoluta. Talut se alegró. Este era el hogar que conocía. Prefería luchar contra langostas gigantes que contra humanos que actuaban como si estuvieran teledirigidos. En realidad, Lena no se había equivocado tanto cuando les había hablado de los rumores. Y ahora ella misma había sido víctima de aquella extraña criatura.

Se dio cuenta de que necesitaba un descanso cuando se tambaleó a lo largo de una rama de apenas medio metro de ancho sin rastro de miedo. El miedo era importante; podía salvarle la vida. Si se volvía demasiado apático se pondría en peligro. Acampó junto al siguiente tronco de Vieja Madre, comió unas galletas saladas, bebió algo y se quedó profundamente dormido.



29 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

KANG SALTÓ DE SU SOFÁ. ¿El hombre en cuya mente acababa de experimentar su primera transferencia de taquiones estaba en la Luna? Comprobó la fecha de la transferencia. 28 de octubre de 2802, ¡ayer! Zahir debía de haber hecho maravillas para conseguir la grabación tan rápido.

Tenía que encontrar a Monte. Monte sabía mucho sobre su hermana y su madre pero no tenía el libro que Yini había escrito, a pesar de que el propio Monte era uno de los protagonistas. Aquello le resultaba muy extraño. Anoche él y Yudit habían leído cómo aquel hombre salvó a su madre del cautiverio, arriesgando su vida. Tenía que conocerlo.

Kang se estremeció. Hacía frío en la habitación. Como Yini ya no vivía aquí oficialmente, el sistema había desactivado la calefacción. En su armario encontró un jersey de rayas verdes y amarillas que le quedaba bien. Había regalado el jersey con el motivo de constelaciones a Yudit. Sin duda, su hermana lo habría aprobado.

Comenzó su búsqueda en la cantina, aunque era poco probable que un extraño apareciera por allí. Tal vez fuera solo su nostalgia por Yudit. Después de todo, hacía cuatro horas que no se veían. Hoy habían tenido que levantarse muy temprano porque Yudit estaba en el turno de mañana.

Monte no estaba sentado en la cantina. ¿Le reconocería? Llevaba muchas horas en su cabeza. Durante ese tiempo, Monte se había

mirado en el espejo de vez en cuando. Debía de tener una imagen de él, aunque le costaba imaginar el rostro del hombre.

—¿Qué haces aquí? —preguntó Yudit.

Kang sonrió. Ni siquiera la había visto venir. Se abrazaron. Yudit estaba sudada. Debía hacer mucho calor en la cocina.

—Llegas demasiado pronto para comer y demasiado tarde para desayunar. Tengo que limpiar todo aquí.

Efectivamente, la cantina estaba vacía. No se había dado cuenta de la hora.

—No tengo hambre. Busco a alguien.

—¿A quién? Quizá pueda ayudarte.

—Probablemente no lo conozcas. No es de aquí.

—Lo siento, solo había empleados del archivo aquí hoy. ¿Cómo ha podido entrar? El archivo no es un edificio público. Recuerdo claramente que alguien tuvo que recogerme en la entrada principal para mi entrevista de trabajo.

—Tienes razón. Probablemente solo quería verte.

Yudit sonrió. Era despampanante. Kang tragó saliva. ¿Cómo había tenido tanta suerte? ¿Qué había hecho para merecerla? A veces le invadía un vago temor de que fuera solo una coincidencia. Lo que fácil viene, fácil se va, ¿no era ese el dicho?

Le cogió la mano pero ella se apartó.

—Me necesitan en la cocina en un momento, mi amor. Te veré esta noche, ¿no?

Kang asintió.

—Por supuesto.



Tenía que encontrar a Monte. Su siguiente parada fue su propia habitación. No encontraría Monte en el archivo. Solo la zona pública de la base lunar era una opción. Tendría que cambiarse de ropa, alquilar un traje espacial y un rover a la salida y conducir hasta la base, que estaba a varios kilómetros de la estación de taquiones y del archivo.

Se cambió de ropa. No tenía muchas ganas de encontrarse con el desconocido que tan bien conocía vestido con uno de los jerséis de su hermana. Pantalones oscuros, camisa blanca: así le había visto Yudit por primera vez. Se sorprendería si se presentaba en su habitación esta noche vestido así.

Se puso en marcha. Caminaba tan rápido que empezó a sudar. Tenía que contenerse, o asustaría al hombre con su olor corporal. Había tanto que quería aprender de él.

Al acercarse a la salida, oyó la voz del guardia. Discutía con una persona vestida con un traje espacial que estaba de espaldas a Kang.

—¡Eso no es posible, tío, tienes que entenderlo! No puedo dejarte entrar así como así. Ni siquiera estás registrado.

¿Podría ser Monte? La estatura era más o menos correcta, aunque todos parecían iguales en traje espacial. Pero era lógico que Monte buscara pistas en el archivo antes de emprender el viaje que Kang había estado husmeando sin que nadie se diera cuenta. Se acercó más. Sin duda era el mismo guardia (Nelson se llamaba) que le había retenido cuando había querido volar a Neomarte. Si lo hubiera hecho, podría haber conocido a Monte antes.

—Tienes que entenderlo —dijo el hombre—. Necesito hablar urgentemente con algunas personas de aquí. Es una cuestión de vida o muerte.

Kang no reconoció la voz. Se sintió decepcionado, pero luego recordó que nunca la había oído como la oiría un interlocutor. Había estado en los pensamientos de Monte, después de todo.

—Entonces deberías haber fichado —dijo el guardia—. Esa es la norma.

—¿Por qué no puedes registrarme? ¡Por favor!

—Eso no es posible. Tienes que registrarte antes de llegar. Luego pasas por un control de seguridad con las autoridades neomarcianas y de la Unión Terrestre, y *entonces* puede que te dejen entrar. El archivo es una instalación conjunta.

—¿Hay alguna manera de que pueda convencerte de hacer una excepción?

—¡Imagina lo que pasaría si eso saliera a la luz! Eres Terrestre, ¿no? Los neomarcianos dirían que dejé entrar a un espía Terrestre. ¡Perdería mi trabajo!

—No se sabrá. Mantendré un perfil bajo y solo hablaré con algunas personas.

Monte, si era él, estaba perdido. Kang había conocido al guardia antes. Tenía que intervenir.

—¿Por qué no dejas pasar al pobre hombre, Nelson? Ha venido hasta aquí.

El guardia y el visitante se volvieron hacia él al mismo tiempo. Era Monte, sin duda. Ahora lo único que tenía que hacer era pasar al guardia.

—Gracias, pero me las arreglaré —dijo Monte.

Por lo visto, no quería involucrar a nadie más, al menos a nadie que no conociera, o quería pasar lo más desapercibido posible.

—¿Tsai Kang? ¿Qué haces aquí? ¿Estiras las piernas otra vez?

Bien, Nelson se acordaba de él. Entonces seguro que se acordaba de cómo había conseguido pasar.

—Es a mí a quien el señor Pedramonte quiere visitar. Pero ni una palabra a nadie al respecto.

—Yo... sí, exactamente. Quiero ver al señor Tsai —dijo Monte.

—Por desgracia, no tiene invitación —dijo Nelson—. No puedo hacer nada al respecto. ¿Os apetece charlar fuera?

—Venga, Nelson. ¿Tengo que pedirte que llames a Smith otra vez? Casi puedo garantizar que te pondrá en la brigada de limpieza. Me parece bastante malhumorado.

—Yo... No. Eso no será necesario. Espera, necesito ir al baño ahora mismo. Cuando vuelva...

—Ya no estaremos aquí, Nelson. Nos entendemos.

Kang tomó a Monte por el brazo.

—Vámonos. Puedes dejar el traje en mi habitación.

Caminaron por los pasillos en silencio. Kang iba deprisa, para que se encontraran con el menor número posible de personas que pudieran hacer preguntas. Monte parecía estar ocupado observando su entorno. Kang ya no se fijaba en los extraños dibujos del techo y las paredes, que cambiaban de una sección a otra. Pero cuando había entrado por primera vez en el archivo, se había quedado tan impresionado como Monte ahora.

—Aquí dentro —dijo.

Su habitación estaba desordenada, pero eso no le molestaba. Su compañero miró a su alrededor.

—No veo ninguno de esos famosos sillones de lectura.

—No, no soy un cronógrafo. Pon tus cosas en la cama.

Bajo el traje espacial, Monte llevaba una sudadera y pantalones de chándal.

—¿Qué tal esto? —preguntó, señalándose a sí mismo.

—Perfecto, Monte. Eh, señor Pedramonte. Así llama menos la atención que con camisa y corbata.

—Soy Monte —dijo el detective y le tendió la mano.

Kang la apretó.

—Yo soy Kang. Para ser sincero, me costaría llamarte por tu nombre completo después de haber estado tanto tiempo dentro de tu cabeza.

—¿Me estabas espiando? Creía que no eras cronógrafo.

—No ejerzo la profesión pero estudié para ello durante dos años. No era una buena opción para mí. Conseguimos tus registros de taquiones por medios no del todo legales.

¿Le estaba permitido decirle eso? Pero el detective había infringido muchas leyes. Difícilmente lo delataría.

—Entonces, ¿ahora sabes todo sobre mí? —susurró.

—He estado presente en todo lo que has hecho en los últimos días. He compartido tus pensamientos y todas tus sensaciones.

Monte se estremeció.

—Me da escalofrío imaginármelo.

—Normalmente, un cronógrafo no conoce a las personas cuyas transmisiones sigue.

—Pero me elegiste a propósito.

—Cierto. Conoces a mi hermana, y estabas buscando los datos de mi madre sobre los neomarcianos.

—¿Cómo lo supiste?

Smith le había avisado, pero Monte no necesitaba saberlo. Nunca debería haber trabajado con el hombre del servicio secreto.

—Zahir tiene sus fuentes —dijo Kang.

Podía decir eso. Necesitaba reunir a Monte con Zahir y Mike de todos modos.

—¿Zahir?

—Mi jefe, el conserje. Es uno de los buenos. Nunca habría conseguido tus datos sin él.

—¿Y qué te dijeron, mis datos?

—Saldrás de aquí pasado mañana en un carguero hacia Terra Nova. Tenemos un gran problema con la tecnología de taquiones, y tú tienes algo valioso en el estómago.

Monte respiró hondo.

—Es muy impactante. Me siento completamente desnudo.

—Es lo normal. Todas las transferencias se catalogan, tarde o temprano. Puedes evitarlo fácilmente evitando los transmisores de taquiones.

—Muy tranquilizador. —Monte se frotó el estómago—. Estabas hablando de mi estómago. Creo que eso ya no es tan exacto. Me temo que pronto tendré que ocuparme de ese problema. ¿Hay un baño aquí?



Monte tardó un rato. Kang le oyó gemir, y luego una descarga. Cuando Monte salió por la puerta del retrete, una pequeña nube de sulfuro de hidrógeno salió con él.

—Esto es —dijo Monte, mostrando un pequeño componente en la palma de su mano.

—Así que por esto buscan a mi madre.

No cogió el chip de Monte; después de todo, sabía dónde acababa de estar.

—Sí, y todos buscaban en el lugar equivocado —dijo Monte—. Solo lo encontré cuando ya había dejado de buscar.

—Ja, ¡si lo sabré yo!

—Me encantaría ayudar a tu madre. Y a tu hermana también, por supuesto.

Desde luego, el hombre le había echado el ojo a su madre. Eso explicaba por qué quería prescindir de la protección de la almirante. Se decía que el amor era ciego. ¿O por qué si no se expondría voluntariamente al peligro?

—Eso está bien. Te vendrá bien toda la ayuda que puedas conseguir.

—Tal vez no soy el único que quiere ayudarla. El carguero todavía tenía cuarenta y cuatro cápsulas vacías ayer.

Kang se ruborizó. Monte hablaba en serio. Le estaba invitando a volar con él a Terra Nova. Pero ¿qué pasaría con sus padres? Se quedarían solos. Negó con la cabeza. No se trataba de sus padres. No quería separarse de Yudit.

—Me gustaría consultar a mis amigos sobre eso.

—¿Te refieres a Zahir? Sí, deberíamos visitarlo. Parece un hombre inteligente.

—Y Mike, el novio de Yini.

—¿Tu hermana tiene novio? ¿Por qué no fue con ella?

—Porque ella puede arreglárselas sola. No la conoces.

—Vale. Entonces hablaremos con Mike y Zahir. ¿Dónde? ¿Puedes traerlos aquí?

Obviamente tenía prisa. Kang miró su reloj. Eran las dos y media.

—En la cantina.

Dónde está Yudit, quiso decir.

—Les avisaré enseguida. Nadie nos molestará allí.



—¡Hola, cariño! —gritó Yudit—. ¿Qué haces aquí? Nunca vienes a la hora del té.

La cantina había introducido la hora del té hacía dos meses para mejorar el menú de la tarde. Pero a nadie parecía interesarle. El comedor estaba completamente vacío. Menos mal.

—Tengo una cita con unos amigos —dijo Kang.

—Ya veo. Me voy, entonces.

—Por favor, quédate. Esperaba que pudieras acompañarnos. Tu turno debe estar a punto de terminar, ¿no?

Kang confiaba en Yudit y no quería tener secretos con ella, a pesar de que solo se conocían desde hacía unos días. También quería su consejo.

—Enseguida voy —dijo ella—, solo necesito asearme un poco.

Yudit desapareció. En su lugar llegaron Zahir y Mike. Nunca antes habían visto a Monte, así que Kang se los presentó. No estaba acostumbrado a tomar la palabra.

—Creo que todos podemos ser francos aquí —dijo—. Tenemos el mismo objetivo.

Monte y Kang compartieron lo que habían averiguado. Al cabo de cinco minutos, Yudit se unió a ellos, cogió una silla de una mesa vecina y se sentó junto a Kang. Kang interrumpió un momento la conversación para presentarla. Mike tampoco la conocía aún.

—Creo que Tailin y Yini necesitarán nuestra ayuda —concluyó Monte—. Por eso les seguiré en carguero pasado mañana. Deberíamos llegar a Terra Nova una semana después que ellas.

—¿Deberíamos? —preguntó Mike.

—Espero poder convencer a alguien más para que vuele conmigo. Hay muchas cápsulas disponibles.

—Se refiere a ti —susurró Yudit a Kang.

Ella hizo un visible esfuerzo por sonreír pero Kang ya la conocía lo suficiente como para darse cuenta de que no le gustaba nada la idea.

—No puedo hacerlo —dijo Kang—. Alguien tiene que quedarse aquí y controlar todo esto. Cuidarte la espalda. Intentaré que me nombren cronógrafo. Así tendré la oportunidad de vigilar a todos los jugadores de este juego.

—Kang, es tu hermana —dijo Yudit—. ¡Y tu madre! Tienes que ir. No pienses en mí. Te arrepentirás toda la vida si no vuelas. Algún día

me culparás por ello.

Se le quebró la voz.

—No, cariño —respondió Kang y le acarició las lágrimas de la mejilla—. No será así. Mi lugar está y seguirá estando aquí.

—Soy un anciano, así que desde luego no volaré a Terra Nova —dijo Zahir—. Pero también estaré disponible en la Luna y podré ayudarte a estudiar para tus exámenes finales. El jefe de formación aún me debe algo.

Casi toda la tripulación de la estación parecía estar en deuda con el conserje.

—Por favor, no te lo tomes a mal, Zahir —dijo Kang—, pero no vivirás para ver la llegada del carguero. ¿O has cambiado de opinión sobre los cuerpos clónicos?

—Iré contigo —dijo Mike—. Llevo aquí sentado bastante tiempo.

Nadie discrepó. No había nada que retuviera a Mike en la luna.

—Entonces, ¿seremos dos? —preguntó Monte.

—Con Tailin y Yini, seremos cuatro. Como los famosos mosqueteros —dijo Mike.

—¿No eran tres?

—Ese era el título del libro. Pero en realidad eran cuatro: d'Artagnan, Athos, Porthos y Aramis.

—Pareces un hombre muy inteligente. Sin duda podemos hacer un buen uso de eso.

—Mike dirige el departamento de Miscelánea —explicó Zahir—. Tiene que ser un genio universal.

—Muy bien —dijo Monte—. Desde luego no nos aburriremos.

—¿Entonces está decidido? —preguntó Mike—. ¿Volaremos los dos?

—Sí, está decidido —dijo Kang.

—Solo hay una cosa más —dijo Zahir.

—¿Qué? —preguntó Kang.

—Quiero saber lo que Monte recuperó de tus padres. No volveré a verlos con vida a él y a Mike. Pero quiero ver el gran secreto al menos una vez.

—No es buena idea —objetó Monte—. Te convertirás en un objetivo. Saberlo constituye una amenaza para la vida.

—A mi edad, la esperanza de vida ya no es tan importante.

—De acuerdo, para eso necesito un ordenador —dijo Monte—. Pero ¿estás seguro?

—Tendrás que evitar cualquier transferencia de taquiones —dijo Kang—. De lo contrario, alguien podría observarte y ver todo lo que tú mismo ves.

—No tengo intención de que mutilen mi conciencia en una migración —dijo Zahir.

Mutilar. De repente, Kang lo recordó. ¿Qué estaba pasando con X7? Él mismo había observado a la IA ilegal. Monte no parecía sospechar nada de ella. Probablemente estaba en Ceres en ese momento, porque quería ahorrarse el traslado de sesenta años. Pero luego, querría tomar el control de Monte de nuevo.

—Primero tenemos que resolver un problema —dijo Kang.

Todos le miraron, sorprendidos.

—Ya te lo he contado, Zahir: Estoy hablando de una IA ilegal y presumiblemente poderosa que te tiene bajo control, Monte. Se llama X7.

—¿Cómo dices? —Monte se puso pálido—. Eso no puede ser. Es imposible. Yo... —Calló y una profunda arruga apareció en su frente —. Bueno, eso explicaría mis desvanecimientos. Pero fui a ver a un neurólogo, y seguramente él se habría dado cuenta.

—Estuve observando. Cuando estaba en tu mente, también estaba en la de ella. Parece que sigue sus propios planes, pero finge ayudar a la almirante.

—¿Gaudlitz sabe de esto? Yo no habría pensado...

—Sí, lo sabe. No le gusta mucho, pero el fin justifica los medios para ella.

—Lo creo. Ella es así. ¡Pero entonces soy un peligro! Tienes que deshacerte de mí. Así acabarás con la IA. Sin un portador físico, muere.

—Salió de tu biobolsa antes de que partieras de Ceres —dijo Kang—. De momento, eres el único dueño de tu cuerpo. Pero volverá a tomar el control cuando llegues a Terra Nova. Mientras estés dormido, no podrás defenderte.

—Tengo una idea —dijo Zahir—. En mi juventud, serví en una unidad de élite que cazaba IAs ilegales. Teníamos implantes que nos protegían de cualquier acceso a nuestra conciencia. Eran bastante primitivos, basados en el principio de la jaula de Faraday, pero funcionaban.

¿Zahir estuvo una vez en una unidad de élite? ¿Qué otros secretos tenía?

—¿Podrían instalarme uno de esos antes de que nos vayamos? —preguntó Monte—. Solo nos queda un día.

—No veo ningún problema —dijo Zahir—. Pero tienes que estar preparado para los efectos secundarios.

—¿Un dolor de cabeza?

—Eso no. Pero mientras lleves el implante, no podrás migrar. Tu cerebro estará bien aislado.

—Tampoco pensaba hacerlo. Si nada se opone, lo haré.

—Bien, conozco a una doctora aquí en el archivo que puede realizar tal procedimiento. Te lo pondrá mañana.

Típico de Zahir. No solo sabía quién era capaz de hacer algo sino que prometió concertar una cita para mañana. Probablemente tenía a todas las personas del archivo en la palma de la mano, o tenía amistad con ellas. Era un maestro en la creación de redes.



23 de Hathor de 225, Terra Nova

Talut se despertó sobresaltado. Algo le había despertado. Sacó la linterna del bolsillo, la encendió y miró a su alrededor. Estaba solo. Suspiró. Había soñado con Juri. Habían subido juntos al Plano de la Corona y se habían impuesto a la otra avanzadilla, Matta y Lena. ¿Habían sobrevivido a la extraña erupción de la montaña? ¿Seguía el cuerpo de Juri apoyado en la pequeña roca? ¿Seguía Lena fingiendo sacar octaedros de las profundidades? ¿Seguía Matta sosteniendo el bisturí?

Nunca lo sabría. No volvería a la superficie, le ofrecieran lo que le ofrecieran. Sospechaba que el gobierno investigaría los informes y organizaría una segunda expedición, pero no con él. Los militares eran necesarios aquí, para acabar con todo lo que existía allí abajo. Estaba garantizado que no sería nada bueno.

Talut se levantó. Su cuerpo estaba cubierto de una fina capa de ceniza. Qué extraño. Primero se sacudió y luego a su mochila, que estaba abierta. ¿No la había cerrado ayer? Estaba muy cansado. Talut se acercó al borde de la hoja para hacer sus necesidades. Estaba ondulada; la siguiente hoja debía de estar creciendo muy cerca bajo él. Se limpió las manos en los pantalones. El agua era demasiado valiosa para desperdiciarla. Solo tenía una botella y debía durarle hasta la superficie.

No tenía hambre pero su cuerpo necesitaba energía. «¿Dulces o saladas?» Dudó. Las galletas le darían sed. Sin embargo, le esperaba

una subida extenuante, durante la cual sudaría mucho, así que era mejor evitar los niveles bajos de sodio. Metió la mano en el paquete. Estaba casi vacío. ¿Había comido tantas anoche? No lo recordaba con exactitud. El día de ayer estaba nebuloso en su mente. Era como si la nube de ceniza hubiera cubierto también su memoria.

No importaba. Tenía que pensar en el futuro. Tenía unos veinte kilómetros de ascenso por delante. Debía empezar de inmediato.



TALUT SE SECÓ el sudor de la frente. Encontrar el camino a la cima por sí mismo era una tarea inusual. No, la subestimaba para no tener que admitir su incapacidad: Era una tarea de mierda. Al principio, se alegró porque no había que tener en cuenta a nadie más. ¿Una rama era tan delgada que solo soportaría a una persona? No había problema. ¿Una hoja se doblaba bajo el peso de su cuerpo? Si lo hacía, no había porteadores que tuvieran que trasladar dos pesadas máquinas sobre la misma hoja.

Pero estaba solo y tenía que concentrarse constantemente y estar atento a todos los posibles peligros. Tampoco había nadie allí para corregir un error o salvarle si daba un paso en falso. Después de dos horas, solo había conseguido subir ocho niveles, ni siquiera cuatrocientos metros y, por tanto, menos del dos por ciento de la distancia que tenía por delante.

Se detuvo y se apoyó en el tronco. Si la distancia fuera el único problema, sería más optimista sobre el futuro. Debido al extraño terremoto, no había conseguido llenar todos sus tanques de respiración. Tenía dos, uno de los cuales no estaba completamente lleno.

No había manera de que lograra más de una décima parte del ascenso por día. No tenía oxígeno para diez días, la mitad como mucho. Se ajustó la máscara. La piel de la cara ya estaba entumecida y profundamente marcada. Pero su próxima noche sin mascarilla estaba inalcanzablemente lejos. Le esperaba en la casa donde vivían Kasrin, Luqa y él. Imaginaba el rostro alegre de su hijo

y la piel cálida de su mujer. Esas eran las razones por las que seguía adelante, aunque fuera un caso perdido.



Otra flecha. Era claramente visible a la luz de la linterna. El vértice apuntaba en la dirección por la que había venido. Como el grupo principal, que había ido por la ruta más corta, siempre había borrado todas sus flechas, debía de haberse desviado hacia uno de los callejones sin salida donde habían dejado las flechas pintadas por el equipo de vanguardia para confundir a cualquier perseguidor.

Así que no estaba en el camino más rápido. Esa era la mala noticia. Pero el camino conducía hacia arriba. La avanzadilla que lo había dibujado en la hoja había venido desde arriba. Si había una flecha aquí, era porque Matta y Lena o Juri y él habían esperado ser los primeros en llegar al nivel inferior en este punto. Talut se agachó. Estaba en el séptimo u octavo piso. ¿No habían sido sus competidores aquí siempre más rápidos que ellos? Entonces tal vez Juri había dibujado esta flecha.

El hecho de que estuviera ejecutada con tanta precisión hablaba por sí solo. Talut trazó los bordes con el dedo índice. Él mismo nunca se había preocupado por dibujar la flecha tan recta. Vio a Juri frente a él, inclinado sobre la hoja, con los labios apretados... No, debía de ser un falso recuerdo. Juri había llevado una máscara. Era extraño cómo las imágenes se formaban en su cabeza por sí solas, fingiendo ser recuerdos.

«¡Adelante!» Se enderezó. Tomaría esta flecha como un buen presagio. Y, en efecto, poco después encontró una rama rota, clavada en una hoja enorme de tal forma que podía utilizarla como escalera para subir al nivel superior.



Ningún encuentro con langostas gigantes. Ni Viejas Madres Polares en su camino. Ningún ataque de tiburones arborícolas.

Sinceramente, podía estar bastante satisfecho. El destino no se las tenía juradas. No obstante, solo había cubierto cerca de cuatro kilómetros.

Talut se masajeó los brazos. Le dolían los músculos. Había hecho menos de lo previsto. Para sobrevivir a esta expedición, tenía que subir algo más de cinco kilómetros al día. Eso eran unos siete niveles por hora si quería descansar seis horas. Se encogió de hombros. Así eran las cosas. Era lo mejor que podía hacer hoy. Con Juri en el equipo, seguro que lo habrían conseguido.

Se apoyó en el tronco y cerró los ojos, pero no podía dormirse, aunque estaba terriblemente cansado. Por su cabeza pasaban demasiados pensamientos. Lo que había visto en la cueva le parecía tan irreal. Menos mal que se había traído pruebas. Rebuscó en el bolsillo del pantalón. Los carnés de identidad, los souvenirs, el cristal de la memoria, todo seguía allí.

—¿Tienes alguna idea? —preguntó, imaginando que Juri estaba sentado a su lado.

No obtuvo respuesta. Probablemente Juri también se había quedado sin ideas. Algo crujió y oyó un rechinido. Talut abrió un poco los ojos. Alguien tiraba de su mochila. Solo podía distinguir una sombra, pero el chasquido era claro. El visitante se estaba sirviendo sus bocadillos. Cogió la linterna y la encendió. Había un mockzilla sentado en su mochila. Era mucho más pequeño que el que les había ayudado antes, pero sin duda era un mockzilla. Sujetaba una galleta con las patas delanteras y se la metía en la boca. Parecía congelado a la luz de la lámpara.

Pero solo por un momento. De inmediato dejó caer la galleta, chilló y salió corriendo. Talut acercó la mochila. Fueron las galletas saladas las que lo atrajeron. Talut las puso en el fondo de la mochila, colocó encima la pesada botella de oxígeno y se apoyó en ella. Necesitaba la comida si quería llegar a su destino.



30 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

Monte miró su cuerpo tendido en la mesa de operaciones. Era una sensación extraña, como si existiera dos veces. «Como si existiera dos veces». Incluso sus pensamientos parecían replicarse. «Replicarse». No era la primera vez que se separaba de su cuerpo. «Separaba de su cuerpo». Pero normalmente no tenía que observarse a sí mismo. «Observarse a sí mismo».

—¿Doctora Stall?

Stall era la cirujana local. Se suponía que era buena; Zahir se lo había asegurado. Monte no confiaba en ella. No había reseñas públicas de ella. Zahir afirmaba que era porque nunca trataba a personas ajenas al archivo.

—¿Qué pasa? —preguntó la doctora, tecleando algo en la parte trasera del medibot.

—Estoy teniendo extrañas duplicaciones de pensamientos.

Ahora ya no. Vaya. ¿Habían desaparecido? «¿Desaparecido?» Oh, no. Se tensó. El cuerpo robótico en el que se encontraba cerró las manos alrededor de los barrotes de la cama, donde yacía su cuerpo, y apretó hasta que el metal chirrió.

—Deja de hacer eso —dijo la doctora Stall.

—¿Duplicar los pensamientos? No puedo.

—Juguetear con la cama.

—¿Y mis pensamientos dobles?

—Es la psique. La visión desconocida. Te lo advertí. No estamos hechos para observarnos a nosotros mismos. En el pasado, esas experiencias extracorpóreas se creían fenómenos fantasmales o sobrenaturales.

—Mi psique está bien.

—Tu psique obviamente lo ve diferente. Respira hondo o sal fuera. Si no, dañarás al robot.

Uno de los procedimientos estándar para las operaciones con riesgo de muerte era copiar la conciencia del paciente de antemano. Si la operación fracasaba, no moriría con el cuerpo, sino que podría transferirse a un cuerpo de sustitución. La médica le había prometido que la inserción de la malla sería una operación sencilla, pero aun así había insistido en el asilo para su conciencia.

El medibot comenzó su trabajo. La doctora Stall solo tenía que supervisarlo. Sin embargo, si cometía un error, sería demasiado tarde para que la médica interviniera.

—Será mejor que salga —dijo Monte.

—Ve entonces.

Monte soltó los dedos de la barandilla de la cama. Estaban atascados. No debía ponerse nervioso. Era perfectamente normal que tuviera algunos problemas en este desconocido cuerpo de alquiler. Había sido el modelo más barato. Hoy en día, casi nadie quería vivir en forma de robot, aunque tuviera ciertas ventajas.

Chirriando, Monte se dirigió a la puerta del quirófano y la abrió, casi arrancándola de sus goznes. Fuera había un pasillo estrecho y poco iluminado, apenas más ancho que dos camas plegables una al lado de la otra. La clínica de la Luna era pequeña. Pero solo había unos pocos miles de residentes, y muchos de los problemas actuales se trataban simplemente sustituyendo el cuerpo.

Seguía nervioso, pero al menos sus pensamientos ya no se duplicaban. Debía de ser su psique. Monte levantó la mano y la apretó contra la pared, que de repente se dobló. Uy. Era un poco torpe en este cuerpo, pero muy fuerte. Estaría preparado para cuando X7 intentara volver. Le daría una buena patada en el trasero.

Su vuelo a la Luna había sido una decisión acertada. De lo contrario, nunca se habría enterado de que la almirante le estaba

tomando sistemáticamente por tonto. La única pregunta era cuánto tiempo llevaba ese parásito dentro de él. Probablemente había ocurrido durante una transferencia de taquiones. «¡Purificación de la conciencia, y una mierda!» Pero ¿para qué lo necesitaba la IA? Si era tan inteligente, seguramente sería capaz de imitarle a la perfección. Obviamente había algo en que los humanos aventajaban a las IAs, o al menos, él las aventajaba. ¿Qué podría ser? ¿La capacidad de orinar más lejos que su mejor amigo?

Quizá tuviera la oportunidad de preguntárselo a X7 en algún momento. Ella los estaría esperando a todos en Terra Nova. ¿Y después? No tenía ni idea de cuáles eran sus objetivos y motivos.

—¿Monte? Estamos listos.

Eso fue rápido. Volvió al área de operaciones. El robot médico estaba limpiando un bisturí ensangrentado en un paño.

—¿Tanta sangre? —preguntó Monte.

La médica le había dicho que apenas habría hemorragia bajo el cráneo durante una operación.

—Aproveché para cortarte algunas zonas dudosas de la piel. Zahir dijo que ibas a estar en criogenia durante sesenta años. Eso ralentizaría el crecimiento, pero no lo detendría por completo. No queremos que te despiertes en tu destino con un cáncer de piel en toda regla, ¿verdad?

—No, no queremos eso.

—Ah, y también extirpamos el apéndice. ¿De dónde has sacado el cuerpo? Algo así ya no está en el genoma.

—Gracias. ¿Hay algo más que deba tener en cuenta?

—No deberías exponerte a tanta radiación UV. Esas quemaduras en tus muslos...

—Eso es congelación.

—Ya veo. De todos modos, no es bueno.

—¿Eso es todo?

—Solo puedes usar los potenciadores de fuerza en la parte superior de tus brazos y muslos a la mitad de su capacidad al principio.

—¿Potenciadores de fuerza?

—Jaja, solo una pequeña broma. Pero en serio. Ten cuidado. Descansa unos sesenta años y tómatelo con calma.

La doctora Stall era una auténtica bromista.

—Vaya, qué coincidencia —dijo Monte.

—Venga, vamos a reconectarte con tu cuerpo.

La doctora le entregó un cable. Se conectó temporalmente a las fibras nerviosas de su médula espinal para permitirle recuperar la conciencia a pesar de la nueva malla.

—¿Te acordarás de borrar bien la memoria del robot? —preguntó Monte.

—Por supuesto. Ahora ponte a ello. Tengo otros pacientes.



24 de Hathor de 225, Terra Nova

Talut se despertó poco después de las cuatro de la mañana siguiente. La noche no había sido muy tranquila. No había dejado de soñar que Luqa caía del Plano de la Corona a las profundidades. No había podido salvarlo porque no había conseguido atarse los zapatos con la suficiente rapidez. El rescate descalzo estaba prohibido por razones desconocidas. Talut negó con la cabeza. Los sueños no eran más que sueños.

Encendió la linterna. Parpadeó brevemente hasta que golpeó el mango contra el tronco. Estaba tan oscuro como la noche anterior, y desde luego no se aclararía antes del kilómetro dieciocho. Eso sería pasado mañana, pero para entonces ya se habría asfixiado. La idea de no volver a ver la luz del día le produjo un escalofrío. Respiró hondo. Aquella extraña forma de vida podría haber sido su salvación. Si se hubiera unido al grupo, ya no necesitaría oxígeno. Tal vez su deseo de volver a ver a Luqa y Kasrin habría sido tan fuerte que habría encontrado fuerzas para escaparse.

Tonterías. Se estaba engañando a sí mismo. Era un intento desesperado y condenado al fracaso de encontrar una salida a una situación desesperada. Entonces oyó los pasitos. Debía ser el mockzilla. Sin embargo, estaba demasiado oscuro para verlo. La mochila estaba a su lado, así que probablemente el animal no se atrevía a acercarse.

—Tranqui, tío —dijo con la mayor calma posible mientras metía la mano en la mochila para sacar una galleta—. Tranquilo.

El animal chilló. ¿Podría ver lo que estaba tramando? Seguro que los mockzillas estaban adaptados a las condiciones de luz de aquí abajo. Agarró una galleta, la sacó, la colocó sobre la hoja que tenía delante y la propulsó hacia el mockzilla con el dedo índice. El señuelo no se deslizó tan lejos como pretendía. Permaneció a la luz de la linterna. El mockzilla chilló y luego se acercó. ¿Tenía hambre? Efectivamente: no le molestó el haz de la linterna, cogió la galleta salada y la devoró. Talut lo observó. El animal se parecía mucho al que les había acompañado en el descenso. Pero a aquel probablemente lo había matado una langosta gigante. Recordó la garra que habían encontrado. Lo extraño era que la garra de la pata derecha de este espécimen era inusualmente grande para su pequeño tamaño.

«No te hagas ilusiones», podría decir ahora Juri. «Probablemente sea una coincidencia genética».

O quizá no. Talut se levantó y se metió la mano en el bolsillo del pantalón. Allí estaba la canica de Luqa. Era la última. Le había prometido a su hijo que se la devolvería, pero estaba seguro de que a Luqa no le importaría que le salvara la vida. Se preparó. El mockzilla lo observaba atentamente. Lanzó la canica de modo que aterrizara en el nivel superior. El mockzilla la contempló hasta que se perdió de vista y volvió a centrar su atención en la galleta.

—Animal desagradecido —le dijo.

Por supuesto, sabía muy bien que el mockzilla no tenía ninguna obligación para con él. Así debía ser. ¿Por qué iba a complicarse la vida por ayudar a Talut? Probablemente lo habría sacrificado por Juri en cualquier momento y ni siquiera habría tenido remordimientos de conciencia.



El día empezó igual de mal que había acabado el anterior. Llevaba quince minutos dando vueltas por el mismo nivel sin encontrar un

camino hacia arriba. Si fueran cuatro, podrían buscar en las cuatro direcciones. Pero estaba solo. Era un juego de azar. Probablemente ya había pasado por delante de tres ascensos perfectos sin descubrirlos.

No había imaginado que esta parte de la huida sería tan difícil. Había sobrevivido a varios ataques mortales solo para asfixiarse ahora. Debería haberse arrojado al charco de ácido. De repente, algo le golpeó en la cabeza. Le dolió. Algo duro le había golpeado en la sien. Brilló a la luz de la linterna y rodó. La hoja estaba inclinada. El objeto rodaba cada vez más rápido. Talut se lanzó a por él y lo atrapó.

¡La canica de Luqa! El mockzilla había cambiado de opinión. Muy bien. La giró entre sus dedos y admiró su superficie dorada. Un momento. La canica que había conservado hasta el final había sido de plata. Luqa también le había dado una canica dorada, pero la había perdido al bajar. El mockzilla debió de encontrarla y traérsela. Pero ¿cómo había sabido que Talut era el propietario? Imposible. De aquel animal solo quedó una garra.

No podía preguntarle al mockzilla, y no importaba. Lo que más importaba era si el pequeño jugaría al juego que tanta ventaja había dado a Juri y Talut en su concurso de encontrar el camino. Talut recogió la esfera, pero antes de que pudiera lanzarla, otra canica le golpeó en la cabeza. Esta vez reaccionó lo bastante rápido como para atraparla antes de que cayera al suelo. Era plateada. El mockzilla le había devuelto las dos canicas.

Este hecho le infundió valor. Extendió la mano y lanzó la canica lo más alto que pudo. Luego siguió la trayectoria del mockzilla con el amplificador de infrarrojos. Arriba, luego a la izquierda, a lo largo de la larga rama, sobre una hoja. La canica se encontró con él a medio camino. Aterrizó justo delante de él.



Con la ayuda del mockzilla, avanzó tan rápido que pronto sus brazos protestaron. Tuvo que detenerse una y otra vez durante cinco o diez

minutos seguidos porque sencillamente no podía continuar. El ascenso era claramente más agotador que el descenso.

El mockzilla no parecía cansarse tan rápido. De vez en cuando, Talut le lanzaba una galleta. Se volvió más y más confiado. Ahora chillaba. Era la señal de que había encontrado la canica. Talut extendió la mano, con la palma hacia arriba. Plaf. Algo cálido y suave aterrizó en su mano. Talut la sacudió para que el trozo viscoso se desprendiera. Se limpió el resto en el asiento de los pantalones. Luego, levantó la máscara con la mano izquierda y se olió la mano. No olía desagradable, más bien a hojas secas.

—¡Cerdo! —gritó, más divertido que enfadado.

El mockzilla volvió a chillar y Talut volvió a estirar la mano. Esta vez la canica dorada cayó en ella, tal y como había esperado.

—¡Bien hecho!

El mockzilla volvió a chillar. Probablemente solo tenía tres vocalizaciones: el chillido, un siseo agresivo que emitía cuando se le molestaba mientras comía y un quejido con el que pedía galletas.

Como ahora. Buscó en su mochila. Había una galleta salada más en la bolsa. Joder. Su cebo casi se había acabado. El mockzilla aulló. Ahora sonaba como una gata en celo. Talut sacó la galleta y la tiró sobre la hoja donde sabía que estaba su ayudante. El mockzilla se lo agradeció con un aullido.



—Ke-ke-ke-te-te-ki-ki.

Se lo había temido. El mockzilla quería la siguiente galleta.

—Lo siento, amigo, pero no tengo más.

—Ke-ke-ti-ti-ki-ki.

—Espero que aún tengas ganas de jugar conmigo.

—Ke-te-te-ki-ki.

Talut sacó la bolsa de su mochila, la sostuvo frente a él y le dio la vuelta. Cayeron unas migas.

—Ke-ti-ti-ke-ti.

—Sí, tienes razón, eso es estúpido. Yo también tengo hambre.

Miró su reloj. No había manera de que llegaran a la cima hoy. Pero definitivamente tendría suficiente aire para respirar hasta mañana por la tarde. Eso era factible.

—¿Sabes qué? Pasaremos la noche aquí. Necesito dormir unas horas.

—Ke-te-te-ke-te-te-ti-ki.

El mockzilla se expresaba de una forma muy variada. ¿Quizás el orden de las sílabas significaba algo? El tono de voz parecía ser siempre el mismo cuando chillaba.

—Supongo que estás de acuerdo conmigo. Me alegro.

Oyó un susurro, seguido de pasos que se acercaban. A la tenue luz de los pequeños focos de sus auriculares y su respirador, vio una silueta sombría. ¡El mockzilla! Talut se quedó quieto para no asustarlo. El animal había crecido de forma asombrosa en las últimas horas, por lo que casi no se distinguía de su predecesor. El tamaño de la garra coincidía ahora con el del resto del cuerpo.

—Ke-ke-ki-ki.

—Sí, todo está bien, amigo. No debes tenerme miedo.

Talut olfateó bajo su máscara levantada. El mockzilla olía a hojas secas, como sus excrementos. Estiró la garra izquierda. Ahora Talut se dio cuenta de para qué: Era evidente que el animal intentaba recoger las pocas migajas.

Talut se rio. El mockzilla retiró la garra en un santiamén.

—Ke-ti-ti-ki-ki.

—Perdona, no quería asustarte.

El animal volvió a extender la garra hasta que pudo recoger las migas. Algo parecido a una lengua salió disparado de su boca, las alcanzó y las transportó hasta la garganta del animal.

—Ke-ke.

—Sí, yo también lo creo.

El mockzilla retrocedió lentamente. Ni siquiera tuvo que darse la vuelta para hacerlo. Sus dos patas estaban aparentemente diseñadas para que pudiera moverse en todas direcciones. A pesar de haber salido de la zona iluminada, Talut aún podía oír sus pasos. Estaba a solo dos o tres metros de él.

Talut utilizó su mochila como almohada y se tendió. Le habría gustado tener una manta. Hacía mucho más frío aquí arriba que cerca de la superficie.

—Buenas noches.

—Ke-ke-te-te-ki.



31 de octubre de 2802, Luna de la Tierra

—Por favor, saludad a mi hermana de mi parte —dijo Kang.

—Lo haremos —dijo Mike.

—Puedes escribirle —sugirió Monte—. Lo que le envíes por radio lo recibirá en cuanto se despierte.

—Es tu deber escribirle. Tiene que saber lo que hemos descubierto —dijo Mike—. Y que llegaremos una semana después que ella. No debe buscar aventuras por su cuenta.

—Jaja, ¿y dices conocer a mi hermana?

—Cierto. Pero al menos puedes sugerirle que nos espere.

—Haré lo que pueda. Pues que pases buena noche.

—Chicos, si esto dura mucho más, alguien os pillará —dijo el guardia.

De pura casualidad, Nelson estaba de guardia. Kang sintió un poco de lástima por él. Normalmente debía ser un trabajo muy tranquilo. Kang pasó el brazo por los hombros de Yudit. Ella le había acompañado a despedirse de sus amigos.

—¿Y de verdad no quieres irte? —susurró ella—. Tendrás más de ochenta años la próxima vez que hables con Yini.

Por desgracia, tenía toda la razón. Tendría que pasar casi tres veces más tiempo sin su hermana que con ella. Pero ya era adulto. Ya no necesitaba una madre sustituta.

—Lo entendería —añadió Yudit.

Tenía una lágrima en el rabillo del ojo, pero él sabía que lo decía en serio. Estaría triste, pero lo entendería. No se separarían en malos términos. ¿Podría decir lo mismo de sí mismo? Esta decisión era definitiva. Le había prometido a Yudit que nunca se lo reprocharía. Estaba tomando la decisión solo por sí mismo, no por nadie más. No por el amor de su vida, a quien solo conocía desde hacía unos días.

¿Cómo lo habrías decidido si yo no hubiera existido? le había preguntado ella. *Entonces habría ido*, había respondido él. *Así que te quedas por mí*. Ella se había limitado a afirmarlo, sin reproches. *No, me quedo por mí. Eres lo mejor que me podía haber pasado.*

Con suerte, seguiría pensando lo mismo dentro de un año o una década. Si hubiera tenido que prometerle eso a Yudit, no habría podido. Pero era bastante lista, porque no se lo había pedido.

—Me quedo aquí —susurró Kang, mientras una lágrima rodaba por su mejilla.

—Antes de que todos rompamos a llorar, pongámonos en marcha —dijo Monte.

El detective tenía aspecto de haber sufrido un grave accidente. Tenía vendas por todas partes. Ojalá la malla de su cráneo funcionara.

—Cuidaré el puesto —prometió Zahir—. Pero me temo que no viviré para ver tu llegada. Aunque no puedo decir que me importe.

—¿No crees que podemos resolver el problema? —preguntó Monte.

—Sinceramente, no. Hace tiempo que conozco a la humanidad y eso me desalienta. Pero eso no significa que no merezca la pena intentarlo.

—Gracias, Zahir, por tu sinceridad. Será un incentivo para que nos superemos. Kang y Yudit, nos mantendremos en contacto.

Monte cerró el casco, se dio la vuelta y se dirigió a la salida. Mike volvió a abrazar a los tres y finalmente a Nelson, el guardia de seguridad, que ahora también tenía los ojos húmedos.

—Gracias por todo —dijo Mike—. Me hubiera gustado pasar más tiempo con vosotros. Espero que mi sustituto no estropee las cosas.

—Echaré de menos nuestras conversaciones —dijo Kang.

De repente se dio cuenta de que acababa de perder a un amigo. Ahora estaba solo con Yudit, su pareja, y Zahir, su jefe. Hace unas semanas, ni siquiera sabía lo que era tener un amigo. A veces las cosas no cambiaban durante años y, de repente, ya nada era igual. Probablemente así era la vida.

Mike se puso el casco, saludó una vez más y alcanzó a Monte, que ya estaba en la salida. Juntos entraron en la esclusa y la puerta se cerró tras ellos.

Kang tragó saliva y Yudit le apretó la mano.

—Volvamos al trabajo ¿no? —sugirió Zahir.

La conmoción en su voz era prueba de que debía de estar profundamente conmovido.

—¿Señor Tsai? —preguntó el guardia.

—¿Qué pasa?

—¿Quizás le gustaría tomar una copa conmigo alguna vez? Solo si a su estimada compañera no le importa, por supuesto.

Kang miró al guardia. Era bajo y redondo, de piel oscura y parecía simpático. ¿Por qué no?

—¿Qué tal el martes a las siete?

Nelson sonrió.

—Guay. Es mi día libre.



2 de noviembre de 2802, Anillo Celeste

—Acorazado *Vanguardia* a control de Anillo, aquí Morris.

—¿Qué pasa, *Vanguardia*?

—Estamos esperando un transbordador que debería llegar a nosotros a las 14:00.

—¿Desde dónde?

—Desde el Anillo Celeste.

—Ningún transbordador ha salido de aquí, y no ha habido ninguna solicitud de autorización.

—¿No hay solicitud de autorización? ¿Qué significa eso?

—Ningún transbordador ha solicitado salir.

—Jovencita, por supuesto que sé lo que es una autorización. Soy el capitán Morris del acorazado *Vanguardia*. Estamos aquí en nombre del Almirantazgo para recoger un transbordador con un pasajero importante a las catorce.

—Joven, usted no es muy espabilado. Ya le he dicho que aquí no hay ningún pasajero esperando para embarcar en su bonito acorazado. Ahora déjeme hacer mi trabajo.

Morris terminó la llamada y soltó un puñetazo a la mesa. Alguien soltó una risita detrás de él. Morris se dio la vuelta pero no encontró al culpable. ¿Quién se había creído que era esa tonta del Anillo Celeste? Pero eso era lo que siempre le habían parecido los civiles. Se creían tan importantes, pero ¿quién tenía que hacer el verdadero trabajo? La marina.

—Me pregunto dónde está el hombre del que nos habló la almirante —dijo.

—¿Pregunto al Almirantazgo? —sugirió su nuevo primer oficial.

—Sí, por favor.

Morris se levantó. Había demasiada gente en el puente. La mayoría solo estaba allí para ver el reluciente Anillo. No podía culparles. Llevaban años viajando entre las estrellas. O, mejor dicho, en la oscuridad. La gente siempre pensaba que debería ser brillante y alegre, pero solo había negrura que se instalaba inevitablemente en todas las mentes. El sistema solar y especialmente la gloriosa Tierra azul eran un cambio bienvenido.

—¿Capitán?

—Escucho.

—La almirante parece estar muy enfadada. El pasajero, un tal Claudio Pedramonte, probablemente ya no esté en el Anillo.

—Gracias. ¿Cuáles son nuestras órdenes?

—Debemos poner rumbo a Terra Nova tan pronto como sea posible.

—Entendido. Prepara a la tripulación.

—Sí, señor.

Morris sonrió. El hecho de que alguien había logrado sacar lo mejor de ellos le inspiraba respeto. ¿Cómo había llamado el oficial al pasajero? ¿Pedramonte? ¿No era ese el autónomo con el que se habían cruzado en el sistema Gliese-411? Morris todavía no estaba muy seguro de lo que había ido mal. Habían perdido a su doctora, Lydia Zakharova, y la física que buscaban había desaparecido. En cualquier caso, el encuentro con él solo había tenido consecuencias negativas.

«Pues nada». Tal vez fuera mejor que el tal Pedramonte no subiera a bordo. No podía importarle menos que a la almirante no le hiciera ninguna gracia. Al fin y al cabo, esa burócrata estaba sentada en su acogedor despacho de Ceres mientras él y sus hombres tenían que volver a sus cápsulas de hibernación.



25 de Hathor de 225, Terra Nova

¿Era una tormenta? Talut levantó la cabeza. Era evidente que no había soñado el estruendo. Pero en realidad no se podía oír una tormenta en el Plano de la Corona desde esta distancia. Miró el reloj. Tres horas de sueño. Era demasiado poco. Por otro lado, se sentía razonablemente fresco. Se palpó los brazos. Estaban duros como piedras. Tenía que estar preparado para un estiramiento doloroso.

Pero sería la última parte de un largo viaje que le llevaría de vuelta a Luqa. Se lo había prometido a su hijo.

—¿Sigues ahí? —preguntó en voz alta.

—Ke-ke-ti.

Se conmovió. El mockzilla no le había abandonado. ¿Era su... amigo? Talut no debía empezar a antropomorfizarlo. Los animales eran solitarios fuera de la temporada de apareamiento, dijeron los biólogos de Terra Nova. Tal vez era la esperanza de que Talut todavía tuviera algunas galletas, o tal vez era solo curiosidad.

—Tenemos que irnos.

—Ke-ke.

—Son solo unas pocas horas hasta el Plano de la Corona. Ahí es donde el Copter está esperando.

—Ke-ti.

—Y entonces probablemente tendremos que separarnos. ¿A menos que quieras venir?

—Ke-ke-ti.

El mockzilla parecía perezoso hoy. Tal vez no había dormido. No tenía ni idea de cuánto tiempo pasaban los animales durmiendo debajo de la corona. Aquí no había un verdadero ciclo día-noche.

Talut se incorporó. Le dolía el estómago y tenía la boca seca. Se había quedado sin provisiones. Se ató la mochila y se paró en el borde de la hoja en la que había dormido, para orinar. Era extraño. Su cuerpo seguía produciendo orina, a pesar de que ya no podía suministrarle agua. Se sentía como un desperdicio.

—Ke-ti-ti.

De repente, el mockzilla se puso a su lado y extendió su garra hacia el chorro. Talut se sobresaltó tanto que mojó su zapato con el chorro de orina.

—Genial.

—Ke-ke-ti-ti-ki.

—Sí, supongo que tienes razón.

Talut respiró hondo, volvió a empaquetarlo todo y se limpió las manos en los pantalones. Una ducha sería una bendición en este momento, pero la próxima oportunidad estaba probablemente a cientos de kilómetros de distancia.

Ahora llegaba el momento decisivo. Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó una canica. Era la plateada. Se la mostró al mockzilla. No reaccionó, le miró como si no le importara la canica. Talut suspiró. Tenía que intentarlo, así que se preparó y lanzó la canica hacia arriba.

—Ke-ke.

El mockzilla echó a correr. Al dar sus primeros pasos, sus garras rasparon la hoja lo bastante fuerte como para herir los oídos de Talut. Luego, el animal rodeó el tronco. Cogió el amplificador de infrarrojos y siguió su trayectoria. Muy bien. El ascenso al siguiente nivel comenzaba justo detrás del tronco.



—¿Has oído eso?

—Ke-ti-ti-e-te-te.

Un estruendo por encima de ellos. Pero el mockzilla estaba tumbado frente a él, frotándose el vientre con la garra derecha. Tenía allí toda una hilera de apéndices que parecían diminutos dedos. Cuando el animal los acariciaba con la garra, se apartaban y luego volvían a su posición original.

—Ke-ti-ti-ke-ke-te-te.

Comenzó un tintineo. Una tormenta eléctrica se aproximaba. Una gota salpicó la hoja que tenía al lado. No habían pasado más de cinco minutos desde que oyó el trueno por primera vez. El agua de lluvia les había llegado tan rápido que el nivel de las copas no podía estar muy lejos.

—Ke-ti-ti-ke-ke-te-te.

Ahora se dio cuenta: El mockzilla había repetido una vocalización por primera vez. ¿Significaba eso que tenía un significado específico? Quizá también quería que Talut acariciara sus extraños apéndices. Pero no se atrevía a hacerlo. Le recordaban demasiado a los deditos de Luqa poco después de nacer.

—Ke-ti-ti-ke-ke-te-te.

—Lo siento, amigo, pero no tengo tiempo. Ya casi debemos haber llegado al Plano de la Corona. Sigamos adelante.

—Ke-ti-ti-ke-ke-te-te.

El mockzilla insistía pero Talut no le prestó atención. Sacó una canica del bolsillo y la lanzó hacia arriba.

—Ke-ke.

Como si protestara, el mockzilla se quedó quieto un momento. Pero luego se levantó y echó a correr.

—¡Gracias, amigo!



El viento le indicó a Talut que pronto lo lograría. Abajo, en la cripta de la que venía, el aire estaba quieto. Con sus últimas fuerzas, se subió a una hoja y permaneció tumbado un rato. No le molestó la fuerte lluvia que caía sobre él. Era una ducha fría, no tan agradable y cálida como la lluvia de casa, pero era agua fresca y limpia que se

llevaba el sudor de los últimos días. Se puso boca arriba, respiró hondo, se bajó la mascarilla y abrió la boca todo lo que pudo. Le cayeron gotas sobre los labios y la lengua, humedad fresca de sabor delicioso, hasta que se quedó sin aire y tuvo que volver a ponerse la máscara.

No se levantó hasta que dejó de llover. Un viento del oeste se llevó los restos de las nubes. Era muy raro que el cielo se despejara así, normalmente después de una fuerte lluvia hacia el mediodía, cuando el sol era lo bastante fuerte como para absorber la humedad. Esperaba que el estruendo y el ruido cesaran con la tormenta, pero no fue así. Aún se oían, aunque más distantes. Cuando miró al cielo despejado a través de un hueco entre las nubes bajas, por primera vez en mucho tiempo, reconoció el origen del ruido. Muy por encima de él, estaba ocurriendo algo que al principio pensó que era un espectáculo de fuegos artificiales. Aparecieron puntos de luz, aumentaron de tamaño y desaparecieron. No parecían estar sincronizados con el estruendo, hasta que se dio cuenta de que había un desfase temporal entre la impresión visual y la acústica.

¿Qué era aquello? ¿Qué ocurría allí arriba? Debía suceder en la atmósfera o no podría oír nada, pero estaba tan alto que apenas podía distinguir detalles. Los puntos de luz parecían moverse hacia arriba, hacia un objeto que no podía distinguir. Venían de varias direcciones, pero su destino parecía ser el mismo. «¡Allí!, otro objeto». Talut se acercó el amplificador de infrarrojos a los ojos. La parte trasera del objeto estaba muy caliente. Debía de ser un cohete. Talut estaba a punto de bajar el amplificador cuando el objeto pareció florecer, derramando luz en todas direcciones, y luego desapareció de su campo de visión como si nunca hubiera existido.

Fuera lo que fuese, no eran fuegos artificiales. Alguien estaba lanzando cohetes al cielo, cohetes de verdad, para ahuyentar a un enemigo. Pero el enemigo invisible contraatacaba, destruyendo cada proyectil. ¿Qué había ocurrido? ¿Había lanzado Neomarte un ataque sorpresa contra la Unión Terrestre? Talut había aprendido sobre las guerras marcianas en la escuela y siempre había estado seguro de que Neomarte se vengaría en algún momento. Después de todo, los

ataques de la Unión Terrestre habían hecho inhabitable para siempre un planeta entero.

Pero un ataque así no podía mantenerse en secreto. Naves de guerra habrían estado en ruta desde el sistema solar a Terra Nova durante muchos años. La Tierra les habría advertido hace mucho tiempo a través de la transmisión de taquiones. Si los neomarcianos iniciaban otra guerra, sin duda sería primero contra la Tierra.

Talut se levantó. Estaba empapado, pero eso no importaba ahora. Se dio la vuelta.

—Mockzilla, ¿dónde estás?

El animal no respondió. Talut tuvo que tragarse un nudo en la garganta. No soportaba las despedidas. Nunca volvería a ver al mockzilla. Los animales apenas se aventuraban por el Plano de la Corona. Metió la mano en el bolsillo y sacó las dos canicas. Devolvería la plateada a Luqa. La dorada debía quedarse aquí. Se acercó al agujero por el que había subido. No se veía nada en la oscuridad.

—Gracias por todo —dijo y dejó caer la canica dorada.

El mockzilla le había salvado la vida. Por eso, merecía mucho más que una canica.

—Ke-ke —oyó, seguido de pasitos.

—Ke-ke-ti-te.

Ahora el animal estaba más lejos.

—Ke-ke —creyó oír, pero tal vez era solo el tintineo de las gotas de agua salpicando las hojas.

Lo había conseguido. Se secó la humedad de las mejillas y miró el reloj. Era mediodía. El Copter debería estar al noreste. Talut se orientó por la posición del sol y se puso en marcha.



APENAS HABÍA PASADO un cuarto de hora cuando el cielo volvió a cerrarse. Nuevas nubes empujaban desde el norte. Parecían tan ansiosas por llenar los últimos huecos como si hubiera una densa multitud de donde habían salido. Las nubes trajeron consigo el

crepúsculo, aunque el sol seguía casi en su cenit. A Talut le pareció bien. La oscuridad casi total le venía bien. Acababa de perder a un amigo.

Por extraño que pareciera, esto le afectaba más que el hecho de que una guerra se estuviera librando por encima de las nubes. No conocía ni a los que dispararon los misiles ni a los que los destruyeron. Los que vivían en el Plano de la Corona estaban solos en caso de emergencia, así que los Forest no se consideraban necesariamente parte de la civilización de Terra Nova. ¿Por qué iba alguien a disparar contra el bosque de las Viejas Madres? No había razón para ello. Sería un desperdicio de material, porque ningún arma fabricada por el hombre podría dañar las plantas milenarias.

Sin embargo, el crepúsculo le dificultaba mantener el rumbo hacia el Copter. La visibilidad pronto se redujo a menos de cien metros. Además, tuvo que esquivar repetidamente los agujeros de las copas de los árboles. Encontrar la dirección correcta después de semejante desvío era cuestión de suerte.

Se detuvo y comprobó el nivel de su botella de oxígeno. Aún le quedaban unas tres horas, exactamente como había calculado. Aquello era tranquilizador y aterrador al mismo tiempo. El Copter no podía estar lejos. En tres horas, Talut había recorrido fácilmente algo más de quince kilómetros, mientras que calculaba que su objetivo no estaba a más de cinco. Sin embargo, con la visibilidad actual, podría pasar fácilmente por delante.

Quizá el propio aparato pudiera guiarle hasta su posición. Aunque ya no se podía pilotar, la electrónica seguía funcionando. Pulsó el botón de llamada de sus auriculares. Aquí fuera, sin la interferencia de las ramas de las Viejas Madres, el alcance debería ser suficiente.

—Equipo de vanguardia dos a Copter, adelante.

No conocía el indicativo del Copter. Esperaba que Juri no le hubiera puesto un nombre extraño, como el de su profesor de física.

—Copter aquí, solicito identificación.

Suerte para él. «Gracias, Juri».

—Talut Forest. Equipo de vanguardia dos.

—Lo siento, pero Talut Forest, equipo de vanguardia dos, no es un usuario registrado.

—Juri Okean.

—Bienvenido, Juri Okean. Por favor, identifíquese con su contraseña.

«Joder», el Copter estaba asegurado. Debió suponerlo.

—La olvidé.

—Identificación fallida.

—Esto es una emergencia. Un humano está en peligro. Eres una IA semiautónoma. Necesito que me ayudes.

—No reconozco ningún Talut Forest en mis inmediaciones. Como mi *hardware* está dañado, solo puedo ayudarte si vienes a mí. Sin embargo, puedo retransmitir tu llamada de ayuda si lo deseas.

—Por favor, hazlo. Diles que envíen urgentemente un nuevo Copter. Soy el único superviviente de la expedición.

—Entendido. Transmitiré la llamada de socorro.

—Gracias. ¿Copter?

—¿Sí?

—Si te localizo, ¿puedes ayudarme?

—Puedo y debo.

—Pero para llegar a ti, necesito saber tu posición.

—Así es.

—Así que estás obligado a decírmela.

—Estoy a 22 grados 3 minutos, este...

—Espera, la ubicación no me ayuda. Necesito direcciones.

—Lo siento, pero no puedo obtener un rumbo para darte una dirección.

«Rumbo, ¡por supuesto!» Talut se dio una palmada en la frente y dejó la mochila en el suelo. ¿Para qué había cogido la radio de Berenike y una batería de repuesto? La desempaquetó, insertó la batería y encendió el aparato. Funcionaba.

—¿Copter? Enseguida estableceré una segunda conexión contigo. La reconocerás por la potencia de transmisión mucho más fuerte. Luego, me alejaré del transmisor para que sea posible triangular tu posición respecto a la mía.

—Entendido. Aceptando segunda conexión.

Talut llamó al Copter con la radio portátil de Berenike. Luego, la dejó en el suelo. La batería era nueva y duraría al menos tres horas

de funcionamiento continuo. No necesitaría tanto tiempo.

—¿Copter? Voy a empezar desde mi posición actual. Necesito una señal tuya que refleje tu posición actual.

—Convertiré tu distancia en un código de pulsos y lo transmitiré en el fondo de nuestra conversación.

—Es una muy buena idea, Copter.

En lugar de una respuesta, Talut escuchó una lenta serie de pitidos del auricular.

—Bip ... ... bip ... ... bip ...

Empezó a correr.

—Bip ... ... bip ... ... bip ...

Las pausas se hacían más largas, lo que significaba que era la dirección equivocada. Talut giró 180 grados y volvió. Pronto pasó junto al transmisor de Berenike. Estaba muy agradecido a la líder de la expedición por salvarle la vida tan cerca de la línea de meta.

—Bip ... ... bip ... ... bip ...

Ah, la frecuencia iba en aumento. Se estaba acercando al Copter.

—Bip ... ... bip ... ... bip ...

Muy bien. Talut estiró el cuello para ver el Copter, pero no pudo encontrarlo.

—Bip ... ... bip ... ... bip ...

Obviamente se estaba alejando de nuevo. Eso significaba que debía haber pasado de largo. El Copter estaba a su derecha o a su izquierda. Talut optó por la derecha porque pensó que era el este. Le parecía que había ido demasiado al oeste.

—Bip ... ... bip ... ... bip ...

Sonaba muy bien. Talut se puso a correr con paso ligero. Su cuerpo liberó las últimas fuerzas.

—Bip ... ... bip ... ... bip ...

Debía estar casi allí.

—Bip ... bip ... bip ... bip ...

Los pitidos sonaban muy juntos. ¡Y ahí estaba el Copter! Una sombra oscura se erigía imponente.

—Bip.

Talut corrió. El Copter estaba frente a él. El orgullo y alegría de Juri había perdido el tren de aterrizaje y estaba volcado. Uno de los

rotores estaba doblado. La máquina no estaba en condiciones de volar, pero si Talut podía sellar la cabina, le salvaría hasta que llegara la ayuda.

Se detuvo junto al Copter.

—¿Copter? Ya puedes apagar la señal.

El pitido se detuvo.

—Estaría bien si pudieras abrir la cabina.

—Lo siento, pero no tienes autorización.

—Esto es una emergencia, Copter. Tienes que ayudarme.

—Lo siento, pero no tienes autorización.

Talut se rascó la cabeza. Parecía que iba a tener que buscar otro sitio donde quedarse. Recordaba haber llegado aquí. Había varios vehículos, un hospital móvil y una góndola del teleférico que hacía las veces de vivienda. Rodeó el Copter. Primero se encontró con las dos grúas. Sus cabinas estaban abiertas. Eso no le ayudó. ¿Dónde habían ido a parar el hospital y el refugio? Talut pisoteó. El hormigón era sólido. Seguro que el bosque no se había tragado los edificios. Volvió al Copter.

—¿Copter? ¿Qué ha pasado con el hospital y las viviendas?

—Se los han llevado.

—¿Por qué?

—No tengo esa información.

—¿Cuándo?

—Unas dos horas antes de que llegaras.

Joder. Si hubiera sido dos horas más rápido, ¡ya se habría salvado! Se rascó las axilas. Tal vez podría cambiarse de ropa en la cabina. Volvió a examinar el Copter. Había una larga grieta en la cabina. Con las herramientas adecuadas, probablemente podría acceder fácilmente. Pero eso haría más difícil volver a sellarla. Buscó en la mochila y en los bolsillos de sus pantalones. ¡Por supuesto! Tenía el control remoto de Juri. Si eso no ayudaba... Talut lo apuntó al Copter y pulsó el botón de apertura. Oyó un ruido seco en la puerta.

Uf. Talut tiró de la puerta y entró. ¡Por fin un asiento cómodo! Y también había una caja de herramientas en la que encontró un spray sellador. Estaba salvado.

—¿Copter?

—Te escucho.

—¿Pediste ayuda?

—Confirmado. Un transporte especial llegará mañana para llevarte al Ministerio de Investigación.

—Tengo que ver a mi familia.

—Me temo que no puedo ayudarte con eso.



19 de agosto de 2807, Luna de la Tierra

—¡Henry, para! —gritó Kang.

Henry soltó una risita. Kang dio un paso hacia su hijo, y este salió corriendo, entre chillidos.

—¡Espera, enseguida te alcanzo!

Tropezó tras él para que Henry mantuviera su ventaja.

—¡Papá, aquí!

Kang jadeó con fuerza.

—Vas demasiado rápido.

—Papá va demasiado lento.

—¡Bueno, espera!

Kang saltó, recorriendo los seis o siete metros que había hasta su hijo. Lo levantó y se lo echó al hombro. Henry chilló de alegría.

—Venga, volvamos a casa con mamá. Hoy tenemos que cocinar. No volverá del trabajo hasta tarde.

—¡Cocinar, oh sí! ¿Puedo revolver y luego lamer la cuchara?

—Puedes revolver. Pero no haremos tarta. Vamos a tomar sopa de verduras. Es sana.

Henry tamborileó con sus delicadas manitas en la espalda de Kang. Era agradable, como un ligero masaje. Kang se sentía muy tenso. Desde que Yudit se quedó embarazada de su segundo hijo, se sentía como si estuviera trabajando todo el día. Debería hacer que Henry continuara con el masaje.

—No des golpecitos, Henry —le dijo.

Henry siguió haciéndolo. Kang lo llevó al hombro hasta el nuevo apartamento al que se habían mudado hacía un mes. Había sido mucho trabajo. Si su amigo Nelson no les hubiera ayudado, todavía estarían renovándolo.

Su manga vibró. Alguien quería algo de él. Miró la pantalla. Era Jaques, del departamento de Miscelánea, el sucesor del sucesor de Mike.

Su manga vibró de nuevo. El nuevo era muy persistente. Kang sacó el botón de la radio del bolsillo y se lo puso en la oreja. Había adquirido la costumbre de desconectarse cuando jugaba con Henry.

—¿Qué es tan urgente? —preguntó—. Es mi día libre.

Henry guardó silencio. Qué pena. Al pequeño curioso le gustaba escuchar a escondidas las conversaciones de todo el mundo. Al menos Kang no tuvo que pedirle que se callara.

—Zahir me pidió que te avisara de inmediato si había noticias de Terra Nova.

Kang le había explicado a Jaques que más le valía cumplir las peticiones de Zahir, aunque, en teoría, solo fuera el conserje.

—Gracias, Jaques. Hiciste bien en ponerte en contacto conmigo. ¿Qué noticias hay?

Pasarían muchos años antes de que su hermana, su madre, Mike y Monte llegaran a Terra Nova, pero quería estar al día.

—Una sonda enviada desde Terra Nova a Gliese-163 ha comunicado por radio que la estación de investigación Albatros-1, en órbita alrededor del planeta Adad, ya no responde.

Kang se quedó helado. Su madre había trabajado en la estación hacía mucho tiempo, bajo la dirección de su... padre genético, el astrobiólogo Mark Decker. El abuelo de Henry. Se quitó a su hijo del hombro, lo dejó en el suelo y se puso en cuclillas frente a él.

—No tardaré, ¿vale, hijo?

Henry asintió.

—De acuerdo.

Kang volvió a calcular. Su madre había dejado la estación en 2768. Eso fue hace 39 años. Si Decker tenía entonces unos treinta años (Kang no lo sabía con seguridad), entonces había llegado al final de su vida biológica normal.

—Jaques, ¿puedes oírme?

—Sí.

—El astrobiólogo de la estación debe tener hoy más de setenta años. Tal vez simplemente murió.

¿Simplemente? Ciertamente no había sido una muerte fácil, solo en una estación espacial... Decker había cesado todo contacto con el mundo exterior después de enviar un informe de sus experiencias en Adad a Terra Nova en un Hopper, una especie de transbordador.

—Me malinterpretas —dijo Jaques—. La estación ya no puede informar porque ya no existe.

—¿Se estrelló?

—La sonda no encontró restos en el planeta ni en órbita. La tripulación debe haberla dirigido hacia la estrella.

—No había tripulación, solo un jefe de estación, Mark Decker.

—¿Cómo sabes tanto?

—Es una larga historia. ¿Te la cuento con una copa de vino?

—Prefiero una cerveza —dijo Jaques—. Pero claro. ¿La semana que viene?

—Eso haremos. Cuando mi mujer vuelva a casa, puedo arreglarlo con ella. Ahora mismo, tengo que preparar la cena.

—Sí, claro. También tengo que hablarlo con mi cónyuge.

—Ya veo. Gracias por avisarme. Esta historia significa mucho para mí. Y, debes tener mucho en los estantes acerca de Mark Decker.



26 de Hathor de 225, Terra Nova

El transporte llegó a la hora de comer. No era la ayuda que Talut esperaba. En lugar de un Medicopter, aterrizaron dos aviones de la Fuerza Espacial. Dos escuadrones de cinco marines se acercaron al Copter por ambos lados. Talut los observó a través de las ventanas, que había sellado provisionalmente. Cuando estuvo seguro de que podían verle, les saludó con la mano.

No obtuvo respuesta. Los hombres uniformados, todos con trajes espaciales, seguían obstinadamente sus órdenes. Presintió lo que se avecinaba y se puso la máscara respiratoria. Entonces empezó. Las puertas de ambos lados se abrieron violentamente.

—¡Eh, chicos, yo os las habría abierto! —gritó.

Nadie le hizo caso. Desde la derecha, alguien se arrojó sobre él, sosteniendo una gran hoja de papel de plata. Talut no opuso resistencia. La lámina se ciñó a su cuerpo por sí sola. Sin máscara, se habría asfixiado. Aun así, no era una sensación agradable, porque el material estaba muy apretado.

Dos hombres de uniforme le sacaron del Copter y le tumbaron en el suelo. Luego, llegaron otros dos, que llevaban un pesado equipo. Se lo pusieron encima. Probablemente se trataba de un escáner móvil, porque lo pasaron por el cuerpo de la cabeza a los pies, le dieron la vuelta y repitieron el procedimiento.

—Está limpio —oyó Talut tumbado boca abajo, incapaz de moverse.

—Entendido.

Dos personas dieron la vuelta a Talut. Alguien se inclinó sobre él y le puso un cuchillo en el papel de plata.

—Ahora te sacaré de ahí —dijo el hombre—. Pero no te muevas. No quiero oír ni una palabra de ti hasta que termine la investigación. ¿Entendido?

Talut asintió. El hombre cortó el papel con la ayuda de otros dos uniformados. Pero no se contentaron con eso. También le cortaron la ropa. Talut quería al menos cubrir su desnudez, pero le sujetaron los brazos a la parte superior del cuerpo.

Alguien trajo una sábana limpia.

—Respira hondo —dijo el hombre—. Esto va a ser un poco incómodo.

Jaja, ¡como si todo hasta ahora hubiera sido pura diversión! Pero Talut siguió su consejo y respiró hondo, lo cual fue una buena idea porque ahora su máscara respiratoria fue arrancada. Los uniformados le colocaron el papel de plata y le dieron la vuelta. El papel hizo el resto, pegándose a su cuerpo con tanta fuerza que ya no podía respirar. Talut contó mientras los uniformados le pasaban el aparato de tomografía computarizada. Llegó a 127 y se hundió en la oscuridad.



Talut se despertó y sintió que alguien le palmeaba las mejillas.

—Ah, estás de vuelta con nosotros. Justo a tiempo para el despegue.

Se miró a sí mismo. Estaba sentado en la parte trasera de uno de los Copters de la Fuerza Espacial y le habían puesto un uniforme. ¿Dónde estaba su ropa? Le había prometido a Luqa que traería la canica. Talut miró por la ventana. Fuera, a unos pasos, la mochila que había traído yacía sobre unos trozos de tela.

—¿Qué habéis hecho con mi ropa, cabrones?

—Tranquilo, grandullón. Te hemos salvado la vida. Tú nos llamaste, ¿recuerdas?

Reconoció la voz del hombre que le había hablado antes.

—¡Pero necesito mis cosas! ¡La canica es de mi hijo! Déjenme salir ya.

—Tranquilo. Has tenido suerte: estás limpio. Pero hemos asegurado el contenido de los bolsillos de tus pantalones. Eso es evidencia ahora.

—¿Evidencia? ¿Qué es esta tontería? La canica es de mi hijo.

Talut se enderezó y el Copter despegó.

—Seguro que puedes pedir al centro de control que te la devuelva.

—¿Qué centro de control? Tengo que ir con mi familia.

La cara del otro hombre se congeló.

—¿Tienes familia? Eres un Forest, ¿no?

Talut asintió. ¿Qué importaba eso ahora?

—Sí, mierda, tío. Eso fue duro. Pero estoy seguro de que volverás a ver a tus parientes. Preguntaré enseguida. ¿Cómo se llaman?

—Kasrin Hill y Luqa Forest. ¿Qué quieres decir con que fue duro? ¿Qué ha pasado?

—¿No notaste nada? ¡Debes haber estado en el epicentro!

—¿En el epicentro de qué? Formaba parte de una expedición a la superficie y no oí nada de arriba durante varios días.

—No puedes habértelo perdido. Una nave extraterrestre despegó del destino de vuestra expedición. ¿Y afirmas no haber oído nada al respecto? Doctora, ¿está realmente limpio?

—Sí, está completamente limpio —dijo una mujer—. No te preocupes.

—Pues vas a tener que responder a muchas preguntas en el centro de control, amigo.

¿Una nave espacial? Talut pensó en el terremoto, en el volcán que había entrado en erupción. ¿Había visto despegar una nave espacial? Pero, sobre todo, ¿por qué el hombre se había estremecido al oír hablar de su familia en el Plano de la Corona? Talut se secó el sudor de la frente. Tenía que conseguir que el piloto le dejara con Kasrin y Luqa. ¿Cómo iba a convencerle? Difícilmente podría dejar fuera de combate a los cinco marines del Copter.

—¿A dónde volamos en realidad?

—A la sede del Ministerio de Ciencia, en las montañas —respondió el que probablemente era su responsable.

—¿Podemos hacer una escala? Mi familia no vive tan lejos de las montañas. Solo quiero ver si están bien.

—¡No!

—¡Por favor! Después, responderé a cualquier pregunta que tengas durante el tiempo que quieras.

—Lo siento. Es imposible. Ya no podemos aterrizar en el Plano de la Corona. Echa un vistazo por ti mismo. Esa cosa que resucitaste allí abajo no fue nada amable con nuestras Viejas Madres.

Talut acercó la cabeza a la ventana y miró. ¿Qué podía hacer alguien a las Viejas Madres?

Eso de ahí. Se le llenaron los ojos de lágrimas. Algo había cortado una amplia franja a través del dosel. Descabezadas y desprotegidas, las Viejas Madres habían perdido sus ramas. ¿Por qué no se había dado cuenta? Por extraño que pareciera, lo primero que le vino a la mente fue el mockzilla, su salvavidas. Solo entonces pensó en su familia.

—¿Qué extensión tiene? —preguntó.

—Se extiende desde aquí hasta más allá del ecuador —dijo el hombre—, y tiene unos cincuenta kilómetros de ancho. Ni siquiera sabemos si la cosa dejó esta devastación a propósito. Algunos dicen que lo hicieron sus motores. Intentamos ahuyentarla, pero no lo estamos haciendo muy bien.

—«No muy bien» es un maldito eufemismo —dijo la doctora—. Ni siquiera podemos arañar la cosa.

De aquí al ecuador. Si no recordaba mal, el mockzilla se había dirigido al norte. Ojalá. Entonces ahora estaría a salvo. ¿Y la familia de Talut?

—¿La gente logró salir de aquí? ¿Hay sobrevivientes?

—El desastre ocurrió poco a poco. Pudimos evacuar a un gran número de *coronitas* —dijo el hombre cuyo nombre aún desconocía.

—Forest, son Forest —lo corrigió la médica.

—Como quieras, Hanna. Ahora tengo otras cosas de las que preocuparme —replicó el uniformado.

—¿Puedes hacerme el favor de comprobar en el cuartel general si han llegado una Kasrin Hill y un Luqa Forest?

—Claro, amigo, claro —dijo el hombre.

Talut se inclinó hacia delante para leer la etiqueta con su nombre. Milos Hill, decía.



PASÓ EL VUELO MEDIO DORMIDO. Su cansancio luchaba con su horror ante la destrucción que se extendía bajo ellos, y ninguno de los dos se impuso. Al cabo de un rato, Milos le dio un codazo.

—Ahí abajo es de dónde vienes, ¿no?

Talut apretó la cara contra la ventana. Lo primero que vio fue la torre asolada del teleférico. Se había partido por la mitad. Luego, vio el agujero. Era casi circular y parecía como si alguien lo hubiera perforado en el hormigón. El orificio estaba casi exactamente en el centro de la superficie. Fuera lo que fuese lo que lo había causado, había apuntado al núcleo del asentamiento que los humanos habían creado allí.

Talut tragó saliva. Este no podía ser el lugar donde vivía su familia. Pero entonces vio la estructura para trepar. La había colocado él mismo en el parque infantil de las afueras del pueblo. A su hijo no le gustaba el color azul, así que la había pintado de rosa. El borde restante de la superficie de hormigón era lo suficientemente ancho para la estructura. El tobogán de al lado, en el que se podía bajar un nivel del bosque, ya no existía. Su casa debió de caer en el agujero. Kasrin y Luqa... no podían haber estado en ella cuando...

Se mordió las uñas. Esto era una pesadilla. Despertaría de ella por la mañana.

—¿Sabes algo ya de Kasrin y Luqa, Milos?

—El centro de control pide paciencia. En estos momentos están llegando muchos refugiados a la ciudad. No pueden seguir el ritmo del registro.



El Copter voló hacia dos oscuras aberturas elípticas en el flanco de la montaña. La cubierta atrincherada encima las hacía parecer las fosas nasales de un gigante. A Talut le decepcionó que no volaran cerca de la ciudad, pero al mismo tiempo se sintió aliviado, pues probablemente estaba tan maltrecha como su pueblo natal en el bosque de las Viejas Madre.

—Es irónico —dijo Milos, dándole un codazo—. Solo gracias a Neomarte seguimos vivos.

Talut comprendió lo que quería decir. El conflicto con Neomarte, que llevaba décadas cocinándose, había llevado a Terra Nova a construir enormes instalaciones en las entrañas de las montañas, que servían como refugio para los militares, por un lado, pero también proporcionaban protección a los civiles, por otro. Aquellos que habían sobrevivido a los ataques.

—¿Hasta qué punto son seguras estas cuevas? —preguntó Talut, porque también le parecían una enorme trampa. Lo único que tenía que hacer el enemigo era destrozar las entradas y quedarían atrapados.

—Hay más de 800 metros de piedra crecida sobre ellas —dijo Milos—. Nadie puede derribar eso.

—Eso es lo que yo pensaba de las coronas de las Viejas Madres.

—Vamos, no se pueden comparar.

—¿Y si alguien bombardea la entrada?

—Hay más de treinta entradas diferentes repartidas por toda la cordillera. Los estrategas del Ministerio de Defensa han hecho un gran trabajo.

Talut asintió. El miedo había hecho efecto. Todos se habían dado cuenta de que los neomarcianos no aceptarían su aplastante derrota de forma permanente. No se podía vivir en paz para siempre con alguien que había destruido tu casa y a sus habitantes, aunque vivieras en una casa nueva al lado.

Pero ahora el peligro venía de una dirección completamente distinta.

—¿Tienen alguna idea de quién está destruyendo nuestro planeta?

—No lo parece —respondió Milos—. Creo que esperan que tú puedas darles algunas respuestas. Eres el único superviviente de esta expedición. Estabas allí abajo antes de que todo esto empezara. ¿Viste a los cabrones que nos atacaron?

Talut negó con la cabeza. Las únicas criaturas que había visto en la gran cueva eran Lena y su coro sincronizado. ¿Era posible que ahora estuvieran bombardeando Terra Nova? Eso no tenía sentido.

—No, no vi a nadie —dijo.



—Soy la general Sucra Okean —se presentó la mujer.

Llevaba el típico uniforme gris del Sistema de Defensa. Talut le calculó unos cuarenta años. Tenía la piel oscura y el pelo aún más negro, típico de los insulares. Tenía la postura de una bailarina y andaba sobre las puntas de los pies.

—Talut Forest.

—Permanece sentado, por favor. Seguro que has tenido un día intenso.

La general tenía un despacho enorme. Talut se recostó en el sofá. Después del largo vuelo, le habría gustado estirar las piernas, pero no quería ser descortés. Sucra Okean se sentó en la silla frente a él.

—Espero que tengas noticias de mi familia.

—Estamos trabajando mucho en ello —explicó—. Si están aquí, lo sabremos esta noche.

Talut suspiró. Le habría gustado buscar a Kasrin y Luqa él mismo, pero Milos le había disuadido. La general era su mejor opción aquí abajo.

—Gracias. He visto lo que le ha pasado a nuestro pueblo...

Su voz se entrecortó al recordar aquel maldito agujero en el hormigón.

—Entiendo perfectamente —dijo la general—. Por desgracia, muchos habitantes de Terra Nova se encuentran en la misma

situación. Si queremos hacer algo al respecto, necesitamos respuestas.

—¿De mí? No sé si te gustarán.

—Esa no es la cuestión. Eres la única persona del planeta que se ha acercado tanto a este objeto. Eres el único superviviente de una expedición en la que partieron casi veinte personas, todos maestros de su oficio y bien equipados. ¿Cómo lo has conseguido?

—Ahí empiezan los problemas, general. No creo ser el único superviviente.

—Pero no pudimos salvar a nadie más que a ti. Talut, ¿me permites grabar nuestra conversación? Tenemos que poner tus experiencias a disposición del mayor número de personas posible.

Talut asintió.

—Por supuesto. Creo que a bordo de esa cosa...

—Ya podemos llamarla nave espacial, creo —le interrumpió la general—. Puede parecer un montón de mierda, pero vuela como una nave espacial y dispara como toda la flota de la Unión Terrestre. Disculpa mi lenguaje.

—Bueno, a bordo de esta nave espacial, hay un grupo de humanos controlados por una entidad desconocida —dijo Talut—. Tal vez podamos hacer contacto con ellos de alguna manera. Al menos una tal Lena Hill parece ser racionalmente accesible bajo ciertas circunstancias.

En su mente vio su cara cuando informó de la muerte de Matta. Después, ella le había salvado la vida.

—Muy interesante —dijo la general—. Transmitiré esta información de inmediato. Pero ahora sería mejor que me contaras tus experiencias en orden cronológico.

Buena observación. Si la historia tenía algún sentido, cosa que dudaba, solo lo tendría si se escuchaba de principio a fin.

—¿Por dónde empiezo?

—El mejor lugar es donde empezó la historia para ti.

Talut cerró los ojos. Cuando Juri y él se separaron de la expedición, ¿fue entonces cuando empezó? ¿Debía describir también el descenso? ¿Tenía algo que ver con la historia de por qué había

estado allí en primer lugar? Asintió. Sí, su motivación era sin duda parte de ella. Debería empezar por el accidente de recolección.

—¿Qué fecha es hoy? —preguntó.

—Veintiséis de Hathor.

Contó hacia atrás y finalmente llegó al trece. La historia había comenzado el 13 de Hathor del año 225 desde la colonización de Terra Nova. No habían pasado ni dos semanas desde que el destino del planeta se había distorsionado de esta manera. Y sus tres pensamientos más importantes en aquel momento habían sido: ¡Mierda! ¡Qué putada! ¡Joder!



—Bueno, y entonces me trajeron a esta habitación, general.

Sucra sonrió.

—Recuerdo el resto de la historia.

—Si no, ahora tienes la grabación.

Tenía la boca seca. Se inclinó hacia delante y cogió la taza de té que un ayudante le había traído mientras contaba su historia. El té estaba frío, pero le calmó mejor la sed.

—Muchas gracias, Talut. Has hecho un trabajo increíble. Cuando todo esto termine, Terra Nova te lo agradecerá formalmente. Por ahora, voy a enviar tu informe a todos nuestros aliados.

—Y enemigos —dijo Talut—. Por favor, advierte a los neomarcianos también.

—¿Así que no crees que el ataque viene de Neomarte? Sé que esa pregunta surgirá.

—No, eso es imposible. Creo que toda la humanidad está en peligro.

—Gracias por tu evaluación. La transmitiré. Ya sabes cómo son a veces los militares. Prefieren luchar contra lo conocido antes que contra lo desconocido.

La general no parecía tan sorprendida como Talut había esperado. Ojalá no formara parte de la facción de los burócratas.

—Supongo que eso vale para todos los humanos —dijo él—. ¿Puedo preguntar si hay noticias de mi familia?

La general se tocó el lóbulo de la oreja. Era imposible saber que llevaba un dispositivo de comunicación pero la tecnología se había miniaturizado lo suficiente como para ocultarse en cualquier parte.

—¿Donald? ¿Los tienes? —preguntó, frunciendo el ceño. Luego, sonrió—. Tengo buenas noticias. Tu familia te espera fuera.

—¿Afuera?

Talut imaginó a Kasrin y Luqa esperando cansados a que los dejaran entrar.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo la general.

La puerta de la antecámara se abrió. Talut olió inmediatamente el perfume. Era la fragancia favorita de Kasrin. El corazón le dio un vuelco y sintió calor.

—No tan rápido —gritó el ayudante desde una habitación contigua, pero fue en vano, porque en ese momento Luqa entró corriendo por la puerta.

Tras una breve y curiosa mirada a la general, Luqa corrió hacia Talut, quien lo abrazó con fuerza y lo estrechó contra sí.

—¿Me devolverás mis canicas? —preguntó, y Talut se echó a reír.

Metió la mano en el bolsillo del pantalón y sacó la canica plateada.

—Toma. La dorada se la di a un buen amigo que me salvó la vida.

—No pasa nada, papá. Podrías haberle regalado también esta, si le gustan las canicas. Ahora ya soy demasiado grande para ellas.

Talut sintió una mano cálida en la espalda. Era la mano de su mujer. Kasrin siempre tenía manos cálidas. Era un milagro, casi tan milagroso como el que acababa de ocurrirle a él. Había encontrado el camino a casa. Talut enterró la cara en el pelo de Kasrin para que la general no le viera llorar.

—Estoy contigo, Habibi —susurró su mujer.

—¿Qué nos espera ahora? —preguntó.

Luqa se sentó sobre sus rodillas, pasando la canica de una mano a otra. Kasrin había puesto la mano en la otra pierna de Talut y seguía apretándola como si tuviera que convencerse de que había vuelto en carne y hueso.

—Os proporcionaremos a ti y a tu familia alojamiento individual —dijo la general—. No será tan cómodo como tu casa, por supuesto, pero las circunstancias... bueno, ya lo has visto. Solo tenemos alojamiento colectivo para la mayoría de los refugiados.

—Es muy amable de su parte —dijo Kasrin—. Nos conformaremos con cualquier cosa.

—Por desgracia, tendremos que llevar a tu marido en custodia, Kasrin. Su experiencia con esta forma de vida alienígena es insustituible. Solo los datos de las mediciones que trajo del laboratorio de la expedición harán que nuestros investigadores manden todo a la mierda.

—¿No estáis contentos? —preguntó él.

—No, se han confirmado demasiados de nuestros temores.

—¿Temores? ¿Así que había... sospechas? ¿Sabíais a dónde enviabais a la expedición?

—Berenike y Sam lo sabían. Había ciertos indicios de que podría haber una antigua reliquia en Terra Nova. Incluso sabíamos la ubicación aproximada. Pero todo era alto secreto porque, para ser sinceros, nadie se lo creía.

Talut se quedó helado. Los jefes de la expedición habían tenido al menos la intuición de que nunca se había tratado de un yacimiento de minerales. ¿Por qué se lo habían ocultado Berenike y Sam? ¿Por deber? Pero ninguno de sus superiores lo habría sabido si se lo hubieran contado. Tal vez todos habrían tenido más cuidado con esta información. Por otra parte, Berenike también se había visto sorprendida por los hechos. Sus conocimientos secretos no le habían servido de nada.

—Tengo una condición —dijo Talut.

—Por supuesto, recibirás tu puesto de funcionario después de Zeta-3 sin período de prueba. Y haremos todo lo posible para

proteger a tu familia mientras estés en el exterior, como a mi propia familia, te lo prometo —dijo la general.

¿Mientras estuviera en el exterior? Por supuesto. La nave espacial estaba en órbita alrededor de Terra Nova. Le llevarían allí.

—Estoy seguro de ello. Pero quiero que me des toda la información que ya tenéis. Toda. Incluso las partes que crees que no entenderé porque solo soy un colector de los bosques.

—De acuerdo —dijo de inmediato la general—. Pero no es así como te veo. Después de todo, sobreviviste a la expedición. No creo que sea una coincidencia. Debes tener habilidades de las que carecían los demás miembros de la expedición. Y debemos averiguar por qué tu cerebro no pudo ser manipulado.

Por supuesto que era un halago. Kasrin le apretó la mano. Se notaba que estaba orgullosa de él. Pero ¿era correcta su apreciación? Había tenido suerte, y contaba con dos buenos amigos que le habían ayudado desinteresadamente. Si participaba en la investigación de la nave espacial, los echaría de menos.

—¿Todavía nos necesitas? —preguntó Kasrin.

—Sí, papá, vamos —dijo Luqa—. Todavía tengo que contarte lo del agujero en el que cayó nuestra casa.

—¿Lo has visto?

—Estaba jugando fuera y estaba a punto de tirarme por el tobogán cuando...

—Espero que pases una buena noche y un día de descanso —interrumpió la general—. Por desgracia, tendré que hacer que te recojan pasado mañana.

Talut rodeó la mano de Kasrin con los dedos. Estaba deseando quedarse a solas con Luqa y con ella.



12 de marzo de 2864, Luna de la Tierra

—¿Podrías alisarme la manta? —preguntó Yudit.

—Por supuesto, preciosa.

Kang sonrió. Estaba feliz de cumplir todos sus deseos. Le habría encantado pasar cada minuto con ella, pero no sabía cuánto tiempo les quedaba. Metió la manta bajo el colchón, a ambos lados de los pies de la cama. Así le gustaba a su mujer.

Llamaron a la puerta. Debía de ser Henry. Había prometido cuidar de su madre mientras Kang asistía a la reunión en el departamento de Miscelánea. Jaques le había hablado de un material interesante de Terra Nova. Solo faltaban unos meses para que su hermana y sus amigos llegaran allí. Kang no podía creer que la larga espera terminaría pronto.

Kang abrió la puerta. Henry le abrazó. Kang notó nuevas arrugas en la cara de su hijo. Su cuerpo era más viejo que el de su padre. Kang había desarrollado repentinamente problemas de corazón hacía unos diez años. Un trasplante había fracasado, así que había tenido que elegir entre morir o elegir un cuerpo nuevo. Había prometido a Mike y Monte esperar en la luna de la Tierra hasta que llegaran, así que decidió cambiar de cuerpo.

Yudit le había apoyado. Pero ella no estaba dispuesta a abandonar su propio cuerpo biológico. Por eso ahora estaba tumbada en la cama mientras él cuidaba de ella. Había reducido su

trabajo de cronógrafo a dos horas diarias. Mientras él trabajaba, Henry, su hija Michelle o una enfermera cuidaban de Yudit.

Tendría que ver morir a Yudit. La perspectiva le molestaba mucho. Pero no pesaba tanto como la posibilidad de romper su promesa a los demás.

—Gracias por tomarte el tiempo —dijo Kang.

—No hace falta decirlo, papá. Vamos a ver una de esas holo series antiguas que le gustan a mamá.

—Pásalo bien, entonces.

Kang se acercó a la cama y besó a Yudit en la frente. Una profunda gratitud se le atragantó en la garganta. Asintió a Henry y salió del apartamento.



Se reunirían en el despacho de Jaques. Cuando Kang entró, la habitación estaba vacía. Tenía el mismo aspecto que sesenta años atrás, cuando Mike se había sentado aquí. Eso le turbó. Los montones de documentos sobre el escritorio, la taza de té sucia, el extraño aparato con un auricular y un dial... Mike y Yini no tardarían en salir de la habitación contigua, charlando alegremente. Le habría encantado presenciarlo. Había sido tan estúpido entonces.

La puerta se abrió, pero era Jaques, leyendo en una pantalla portátil con las gafas sobre la nariz. Se sobresaltó al verlo.

—¡Ah, ya estás aquí!

—Me has llamado y he venido. Parecía importante.

—Pensé que necesitarías un poco más de tiempo debido a Yudit.

—Resulta que Henry estaba libre, así que pude venir enseguida.

—Tanto mejor. Los otros llegarán pronto.

¿Qué otros? Kang parecía no comprender.

—Ah, lo siento, me equivoqué —dijo Jaques—. Sigo imaginando que Zahir podría entrar por la puerta en cualquier momento. Solo espero a Nelson.

Él también echaba de menos a Zahir.

Llamaron a la puerta y esta se abrió tras él. Kang reconoció a su viejo amigo Nelson por el olor a tabaco. Hacía unos años, había desarrollado la extraña afición de cultivar él mismo la casi extinta planta del tabaco y fabricar sus propios productos venenosos para fumar con sus hojas.

—Lo siento, ¿llego tarde? —preguntó Nelson—. Tenía que comprobar la lista de turnos.

Nelson había ascendido a jefe de seguridad del Gran Archivo. Incluso le habían ofrecido la posibilidad de ascender, pero había preferido quedarse aquí.

—No, llegué temprano —explicó Kang.

—¿Cómo está Yudit?

—Todo lo bien que puede estar.

—Debería reconsiderarlo.

Kang negó con la cabeza. Yudit no dejaría su cuerpo. Miró a Nelson, quien parecía estar en la mediana edad con su cuerpo de clon de treinta y tantos años. Kang adoptó una visión más pragmática del asunto. No le interesaba la existencia infinita pero ahora mismo no era el momento adecuado para poner fin a su vida.

—Gracias por venir tan rápido —dijo Jaques, ajustándose las gafas.

Kang se sentó. Cuando conoció a Jaques, no había necesitado gafas. ¿Por qué no se había operado? Kang decidió preguntárselo en otro momento. Ahora había otras cosas más importantes.

—Es obvio —dijo Nelson, tomando asiento junto a Kang.

—Solo el Almirantazgo sabe lo que tengo aquí —explicó Jaques —. Pero ha estado allí durante una semana. Dado que nada de esto se ha dado a conocer al mundo exterior, parece que quieren guardárselo para sí mismos.

Tenía que ser sobre Terra Nova. Los acontecimientos habían comenzado a llegar a un punto crítico, incluso antes de que sus amigos arribaran.

—Estoy seguro de que podéis adivinar que Terra Nova está jugando el papel principal. No os mantendré en suspenso: Al parecer, la estación espacial ha llegado.

—¿Albatros-1, de Gliese 163? —preguntó Kang.

—Así es.

—Pero eso... —Se habían enterado que Mark Decker estaba en camino—. ¿Qué pasa con Decker?

—Decker... Está vivo. O no. Los científicos no se ponen de acuerdo.

—¿Qué significa eso? —preguntó Nelson—. O está vivo o está muerto.

—Al parecer, no siempre es tan sencillo —dijo Jaques.

—¿Tiene algo que ver con el gato de Schrödinger? —preguntó Nelson—. ¿Es una especie de limbo? Un proyectil respondería claramente a la pregunta. Lo siento, Kang, sé que es tu padre.

—Él no es mi padre. Tengo la mitad de sus genes.

Los padres de Kang llevaban muertos treinta años. No tenía necesidad de un nuevo padre. Era demasiado tarde para eso, ahora que él mismo era abuelo.

—No se trata de una interpretación de física cuántica —dijo Jaques—. Y lo creas o no, Nelson, un proyectil no cambió el estado de Decker.

—¿Qué? Un disparo a corta distancia te vuela medio cuerpo —dijo Nelson—. Eso ni siquiera te da tiempo para una purificación de conciencia.

—Mejor si os leo el informe que recibí de Terra Nova.

—Buena idea —dijo Kang—. ¿Quién lo escribió?

—Un tal capitán Morris.

El nombre le sonaba familiar a Kang. ¿No había tenido Monte algo que ver con él? Peter debía de ser su nombre de pila.

—¿Peter Morris?

Jaques hojeó el documento.

—Sí, así es, él lo firmó.

El capitán Morris le parecía una figura de otra vida, o el protagonista de otra historia en la que él mismo no desempeñaba ningún papel. Seguía siendo capitán. Esto indicaba que el Almirantazgo no estaba impresionado por su actuación. Pero, al parecer, tampoco habían encontrado motivos para sustituirle. Apenas quedaban personas que dedicaran su vida a la Marina Espacial. Los constantes viajes interestelares impedían tener una familia.

—Aquí está, he descargado el informe en dos tabletas —dijo Jaques, entregándoles a cada uno una pantalla móvil.

—¿No podrías enviárnoslo? —preguntó Nelson.

—Mejor no. Tengo que proteger a mis fuentes. Pero no es muy largo.

—Tengo tiempo —dijo Kang.

—Bien. La introducción es un poco tosca. Es un cronoscrito que ha estado circulando por la web oscura recientemente. Estoy muy seguro de que es auténtico.



22 de Paopi de 225, Terra Nova

—Strube, ¿qué fecha es hoy? —preguntó Morris.

Su primer oficial estaba sentado a su lado, leyendo algo. Morris le había preguntado hacía un rato qué era, y Strube se había sonrojado como si le hubieran pillado haciendo algo prohibido. Luego, le había pasado el lector a Morris. Era una novela, una historia imaginaria ambientada en algún lugar del sistema solar. ¡Menuda basura! La única razón por la que Morris no castigó a su primer oficial fue porque el autor tenía el mismo apellido que él. La escritura no podía ser tan mala.

—El vigésimo segundo —dijo Strube.

—¿Qué?

—El veintidós, señor.

—¡Qué mes, tonto!

—El veintidós de Paopi de 225. Lo siento, señor, no me preguntó el año. Entonces el veintidós de Paopi, señor.

—No me vengas con los nombres estúpidos que usan los nativos, Strube.

—Con el debido respeto, señor, aquí no hay nativos, solo colonos terrícolas.

—A ellos me refiero.

—Yo también, señor. Siguen el calendario copto y empiezan a contar con el año en que llegaron a Terra Nova.

Strube lo estaba irritando. El primer oficial era más listo que él, lo sabía, pero ¿no debería ser capaz de ejecutar correctamente una simple pregunta? No, de interpretarla. ¡Ahora se le confundían las ideas!

—Teniente Olaf Strube, eres un listillo ante el Señor. Solo quiero la fecha de hoy. En hora estándar. Por favor.

—Señor, hoy es 9 de abril de 2864.

Uf. Eso había requerido mucha paciencia. Ahora por fin podía empezar su informe diario.

—¿Señor? Una llamada entrante, máxima prioridad.

—¿Quién es?

—El control orbital del planeta.

—¿No puede esperar...?

—Ellos insisten.

Morris suspiró. Pero el informe no contendría más que cosas cotidianas. Tal vez hubiera por fin alguna noticia relativa a su misión. Llevaban semanas orbitando.

—Muy bien, pásamela —dijo. Y luego—: Soy el capitán Morris del acorazado *Vanguardia*. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Control Planetario, aquí Fiona Forest. Hemos localizado un objeto volador no identificado. Se aproxima desde el espacio interestelar. Su firma corresponde a la estación de investigación Terrestre Albatros-1.

Fiona Forest. Le gustó el nombre. Su voz sonaba encantadora. Tal vez debería invitarla a cenar alguna vez.

—*Vanguardia*, ¿me escuchaste?

Ella también tenía prisa.

—Entendido. Nosotros nos encargamos. Morris fuera.

Ahora quedó sorprendida. Pero si ella le había informado, significaba que quería que él se encargara del problema.

—Espere, señor, la estación está en nuestra esfera de influencia. Deberíamos hacer el primer contacto.

Bah, no iba a dejar que esta distracción se desperdiciara. Incluso si ella tenía razón. Él era en realidad solo el respaldo en caso de que Fiona Forest fallara en el primer contacto. Pero eso no sucedería.

—Buen intento, Forest, pero las órdenes del Almirantazgo son claras. Lo que venga hacia nosotros desde la dirección de Adad es asunto nuestro.

—No puedes decir eso...

—Debemos decir eso. Pero ¿por qué no nos acompañas como observadora? Te estoy invitando. ¿Qué te parece?

—Eh... De acuerdo, no quiero ningún conflicto contigo. Lo observaremos juntos. Forest cambio y fuera.

¿Juntos? Eso no era lo que quiso decir, y esta Fiona se daría cuenta de que sería a su manera y no a la de ella.

—¿Strube? Prepara un transbordador. Vamos a echar un vistazo a esa estación.



—Ahí está —dijo Strube.

Morris amplió la imagen. La estación de investigación parecía nueva, aunque llevaba casi cien años volando por el espacio interestelar. Se había imaginado un montón de chatarra deteriorada, pero las partes metálicas brillaban. ¿Había alguien vivo a bordo? Era bastante improbable, aunque solo fuera por el largo tiempo de vuelo. Pero la almirante estaba tan interesada en esta caja de hojalata que había enviado varios acorazados a Terra Nova. Debía haber algo que ella...

—Joder, ¿quién está golpeando el mamparo, Strube?

Había un puerto de atraque en la proa de la estación, ahora ocupado por un moderno transbordador cuyos motores aún estaban calientes. Morris podía verlo claramente en el infrarrojo.

—Deben ser nuestros amigos de Terra Nova —dijo su primer oficial.

—¿Amigos? ¡Ya lo creo! Llámalos. ¡Ahora!

—Transbordador *Vanguardia* a transbordador desconocido en el puerto de la estación, por favor informe.

—Morris, ¿eres tú? —preguntó la voz que había encontrado antes.

—¿Qué coño estás haciendo en mi estación?

—Teníamos la mejor posición de salida —dijo Forest—. Pero, por supuesto, os esperaremos. Atraca con nosotros, ¿quieres?

—Te dije...

—Sí, capitán Morris. Lo comprendo. Te tomas el trabajo en serio. Solo ven aquí. La estación no se irá.

Grrr. Él la pondría en su sitio. Pero por ahora, ella tenía la ventaja.



La esclusa finalmente se abrió y Morris olfateó. El aire a bordo de una nave espacial extranjera siempre revelaba mucho sobre quién la pilotaba. Aquí, por alguna razón, esperaba el olor de las rosas, o al menos el aroma del bosque y el musgo, pero simplemente olía a aceite de máquina y sudor, igual que su nave de combate.

—¿Forest? ¿Dónde estás?

Nadie les saludó en la esclusa. Eso no era muy educado. Los nativos aún tenían mucho que aprender. Morris se adelantó flotando, para cruzar la bodega de carga casi vacía. Estaba separada de la cabina por un mamparo, que estaba abierto. Morris lo cruzó. El transbordador estaba vacío. Una luz roja parpadeaba en la esclusa de personal del lado derecho. Debía de haberse utilizado recientemente.

Morris golpeó una consola. Traqueteó. Forest le había engañado. No podía ser verdad.

—Ah, capitán Morris. Bienvenido a bordo de mi transbordador —sonó la voz de Forest desde un altavoz.

—¡Esto es indignante! Prometiste...

—Lo siento mucho, pero no podíamos esperarte. Registramos señales de vida a bordo. Estábamos legalmente obligados a intervenir de inmediato y prestar asistencia. Tienes que entenderlo.

—¡No tengo que hacer nada!

Sí, tenía que hacerlo, eso estaba claro. Si había peligro de muerte, cualquier nave estaba obligada a prestar ayuda. Ni siquiera

la almirante podía cambiar eso. Morris golpeó la consola de nuevo.

—Botón equivocado, capitán.

—¿Perdón?

¡La mujer era tan impertinente! Era... impresionante. Nadie le había engañado así desde hacía mucho tiempo. Excepto Zakharova, tal vez. Eso le había costado su ascenso. Esta vez, la almirante le negaría la promoción de nuevo a causa de Forest. Siempre surgía algo. Pero no podía culpar a la mujer, tenía pelotas.

—Supuse que querías vernos registrar la estación. He puesto la señal de la cámara de mi casco en la pantalla principal. Lo único que tienes que hacer es encenderla.

—Eso... Eso es lo que esperaba.

¡Ahora casi le había dado las gracias!

—¡Strube, enciende la pantalla ya, joder!



La estación también parecía casi intacta desde dentro. Forest y sus compañeros parecían estar en el centro de control en ese momento. Llevaban trajes espaciales. Cuando tocaban algo, se oían sonidos, por lo que parecía que respiraban aire. Obviamente, los trajes eran solo por precaución.

—Encárgate del ordenador —dijo Forest.

—Entendido —dijo su acompañante, también una mujer.

La cámara la siguió mientras flotaba hasta un ordenador y lo encendía. Las luces parpadearon. Al parecer, la estación también tenía electricidad.

—Continuaré —dijo Forest.

Flotó hasta un mamparo y lo abrió de un empujón. Morris podía oír claramente su respiración. La transmisión de sonido procedía probablemente de su casco. Cuando Forest flotó a través del mamparo abierto, la luz de la habitación que había más allá se encendió.

Forest gritó y Morris se sobresaltó.

—¿Qué está pasando? ¿Estás bien?

Miró hacia la esclusa. La luz roja seguía parpadeando. Forest debía de haber dejado la esclusa abierta desde el otro lado, quizá para poder regresar más rápidamente en caso de emergencia. O para evitar que la siguiera. Así que no podría ayudarlas.

—Todo está bien —dijo Forest, y Morris compartió su alivio—. Solo hay algunas... criaturas aquí.

La mirada de la cámara del casco se posó en un objeto deforme que podría haber sido un sofá, al menos a juzgar por sus contornos. Había dos... hm, ¿eran personas? La figura de la izquierda era humana, con dos piernas y dos brazos. Forest se acercó a la cara. Estaba horriblemente distorsionada, como si la estuvieran violando. A Morris le habría gustado salvarlos.

A su lado, mientras la cámara se desplazaba, yacía un enorme... gato. El parecido externo era sorprendente. Pero no estaba enroscado como un gato doméstico, sino estirado como un humano. Fiona Forest, la portadora de la cámara del casco, se inclinó sobre él. Una mirada más atenta reveló que debía de tratarse de una criatura extraterrestre. La cola era extremadamente musculosa, las patas tenían más dedos que las de los felinos terrestres y los ojos tenían aspecto de insecto, presumiblemente porque eran facetados.

La criatura respiraba. La cámara giró alrededor, de nuevo hacia el humano, se acercó más, hasta que Morris se dio cuenta también: ¡el humano estaba vivo!

—Ahí están, nuestros indicios de vida —dijo Forest—. ¡Qué suerte!

—¿Significa eso que no habías detectado nada antes?

La mujer no contestó.

—¿Berenike? Tengo algo interesante aquí —dijo Forest—. Dos pasajeros.

—Qué emocionante. Yo también tengo algo —dijo la otra mujer.

—Te escucho.

—El ordenador está arrojando advertencias. No debemos acercarnos a la estación bajo ninguna circunstancia y lo mejor sería destruirla con un arma nuclear.

—Genial. ¿Por qué no las enviaron?

—Al parecer, las borraron después de escribirlas. Las acabo de sacar de la basura, básicamente.

—Aun así, deberíamos tomarlas en serio, ¿no?

—Si quieres mi opinión científica...

—Definitivamente la quiero, querida.

Querida. Hmm. Bueno, eso no significaba nada. Con suerte, esta Berenike daría la respuesta correcta. No debía volver al Almirantazgo con las manos vacías.

—Bien —dijo Berenike—. Deberíamos examinar todo esto a fondo y solo entonces disponer de ello. La estación lleva viajando cien años y los dos pasajeros siguen vivos. Quizá nos ayuden a encontrar una alternativa al sueño criogénico.

—Gracias. Eso es más o menos lo que estaba pensando, Berenike, pero tú eres la científica. Y aún no sabes quiénes son nuestros pasajeros.

—Y no sabes qué más he encontrado —dijo Berenike—. Está redactado como una advertencia, así que por favor no te alarmes.

Fiona se rio.

—¿Yo, alarmada?

¿Podrían ir las dos al grano?

—Y, ¿qué dice? —preguntó Morris.

—Lo leeré —dijo Berenike—. Pero os lo advierto. Suena... extraño.

—Adelante —la incitó Forest.

—Hubo un tiempo en que los habitantes del planeta solo veían paz y armonía. No tenían ni idea de que una amenaza yacía latente entre ellos, oculta en lo más profundo de la tierra. Pero de repente, sin previo aviso, la bestia despertó de su letargo. Una nave grande y extraña apareció en el cielo, y era tan poderosa y aterradora que temblaron de miedo. Pero la nave permaneció en el cielo, mirándolos. Era un guardián, un destructor, enviado por las potencias celestiales para destruir el planeta.

» La gente suplicó clemencia, pero la nave no les escuchó. Envió sus poderosos rayos hacia el suelo y destruyó todo a su paso. Las ciudades fueron destruidas, los bosques fueron arrasados, los

océanos, devastados, la tierra tembló, y la gente del planeta se llenó de miedo y terror.

» Pero en su desesperación, algunos valientes héroes se levantaron y decidieron luchar contra la nave. Construyeron armas poderosas y se dispusieron a atacar.

» Sin embargo, sus esfuerzos fueron en vano. La nave era demasiado poderosa y los destruyó fácilmente.

» Y así, el planeta Wüstenei y sus habitantes fueron expulsados, para deambular en la oscuridad para siempre.

» Pero las potencias celestiales fueron misericordiosas y se apiadaron del pueblo. Les dieron un nuevo planeta en el que podrían vivir y reasentarse. Y el pueblo alabó a las potencias celestiales por su misericordia y prometió acatar siempre sus instrucciones para no volver a incurrir en su ira.

—Vaya —dijo Fiona—. Eso suena impresionante.

—Trastornado de sus facultades mentales —dijo Berenike—. No es de extrañar, si el hombre estuvo tanto tiempo solo en su nave, acompañado únicamente por un animal salvaje.

—Pero la descripción, bosques, océanos, podría aplicarse a Terra Nova —dijo Fiona.

—La descripción se aplica a casi todos los planetas habitables —dijo la científica—. En Adad, de donde vino, también hay bosques y océanos.

—Bla, bla, bla —intervino Morris—. No os preocupéis por eso. Tenemos siete acorazados de clase *Vanguardia* en órbita. Pueden con cualquier Guardián o Destructor.

—Si mi información es correcta, nunca has tenido que enfrentar una nave espacial alienígena —replicó Forest.

Extraterrestre o no, hasta los extraterrestres se pueden cocinar, ¿no? O asar, diría probablemente el sabelotodo Strube.

—Es cierto. Pero las leyes de la física se aplican a todo el mundo —se defendió Morris—. Cualquier cosa que exista en esta realidad puede ser derribada con las armas adecuadas.

—Esperemos que tenga razón, capitán. Berenike, ¿qué opinas?

—Yo no entraría en pánico. Quien escribió eso no estaba del todo en sus cabales. Pero para estar seguros, deberíamos buscar esta

ominosa nave. De hecho, hay una concentración masiva en el hemisferio sur prácticamente bajo los pies de las Viejas Madres. Siempre pensamos que eran los restos de un asteroide.

La discusión entre las dos mujeres le estaba poniendo de los nervios. Haría que su gente examinara el ordenador. Probablemente todo era producto de la imaginación del piloto.

—No lo sabía —dijo Forest.

Oh, qué gran error. Una comandante nunca debe admitir que no sabe algo. ¿Cómo podía la tripulación confiar en ella?

—No puedes saberlo todo —dijo la científica, y Morris pudo oír claramente la malicia—. De todos modos, voy a proponer una expedición a la superficie.

—¿Crees que lo conseguirás? La última fue un fracaso tan grande que...

—¡Por fin la gente volverá a pensar en la superficie! Ya es hora de que exploremos a fondo nuestro propio planeta. No hace falta que les digamos lo que es en realidad.

—Lo que tú digas —dijo Forest—. Confío en ti. Espera, estoy recibiendo los resultados del reconocimiento facial.

Forest era descarada, pero eficiente y eficaz. Como primera oficial bajo su mando, estaría en la posición perfecta. Además, aprendería a ganarse el respeto de su tripulación.

—¿Y quién es? —preguntó Berenike.

—Ötzi —dijo la comandante.

Berenike se echó a reír.

—Era bueno.

¿Quién cojones era Ötzi? Morris no quiso preguntar, porque estaría cometiendo el mismo error que Forest.

—Es Mark Decker, por supuesto —dijo Forest.

Por supuesto. La primera persona que sobrevivía a un viaje de casi cien años sin sueño criogénico. ¿Qué podría decirles Decker?



12 de marzo de 2864, Luna de la Tierra

—Es increíble —dijo Nelson.

Debían de haber llegado al final del documento casi simultáneamente. Kang no pudo articular palabra. Mark Decker había vuelto. En unas semanas, sus padres genéticos se reunirían de nuevo. Yini... Ella tendría la oportunidad de conocerlo. ¿Cómo se sentiría?

—¿Saben algo más sobre Decker?

—Lo siento, pero a excepción de este extracto del cronoscrito, no he podido conseguir nada —dijo Jaques—. Todo lo demás está clasificado como alto secreto. Me pregunto si alguien lo filtró a propósito.

—Quizá debería investigarlo yo mismo —dijo Kang.

No sabía exactamente de dónde le había venido ese pensamiento. Tal vez había estado vagando inadvertidamente por su mente durante algún tiempo.

—Con una transferencia de taquiones, podrías estar allí en un instante —dijo Nelson.

—Albatros-1 no está abierto al público —dijo Jaques—. Dudo que averigües más allí personalmente. Nadie te conoce, y eso es una desventaja si necesitas algo.

—Lo sé —dijo Kang—. Además, Yudit me necesita. No puedo dejarla sola ahora. Los médicos dicen que solo le quedan semanas, tal vez días.

—Mantendré los oídos abiertos —dijo Jaques—. Te lo prometo. Tal vez encuentre más material.

—Gracias.

—Además, no puede faltar mucho para que Yini, tu madre y tus amigos lleguen a Terra Nova —dijo Nelson—. Son cuatro. Aquí te necesitan más.

—Eso también es cierto.

—Pero si es absolutamente necesario que vayas, yo cuidaré de tu familia —ofreció Nelson—. Es tu decisión.



28 de Hathor de 225, Terra Nova

Morris estaba molesto. Un acorazado neomarciano había cruzado descaradamente la órbita del *Vanguardia*. Su nave tuvo que cambiar de rumbo para evitar un accidente. La almirante le había prohibido expresamente dejarse provocar, así que se apartó de mala gana y refunfuñó para sus adentros.

Solo había cinco en la nave enemiga. En el *Vanguardia* eran siete. Sin duda ganarían la batalla. Pero la almirante tenía razón. En una guerra no habría vencedores. Los neomarcianos también lo sabían. ¿Qué estaban tratando de lograr con estas maniobras? ¿Querían poner a prueba los nervios del capitán Morris, quien, como comandante de mayor rango, tenía el mando supremo sobre todas las naves de la Unión Terrestre?

—Es suficiente, Strube.

Las naves tendrían una distancia mínima de algo menos de cien metros cuando se encontraran. Eso iba en contra de las normas, pero evitaba una colisión y tendría que bastar.

—Entendido —dijo Strube.

Muy bien. El chico estaba aprendiendo. No hacía mucho, le habría señalado a Morris que la distancia legal era diez veces mayor.

Morris siguió el encuentro entre las dos naves en la pantalla principal. Ninguna de las dos debía hacer correcciones bruscas de rumbo. Era fascinante ver al enemigo a tan corta distancia. Podía mirar sus lanzatorpedos. Las batallas espaciales eran batallas de largo alcance. Si se estaba tan cerca, se trataba de embestir. Tamborileó en la consola. Esperaba no tener que llevar nunca al *Vanguardia* a una posición semejante.

De repente, los motores de la nave neomarciana se encendieron.

—¿Qué están haciendo? —preguntó.

Eran los motores de corrección de su lado. El enemigo se alejaba.

—Probablemente quieren ganar distancia después de todo —dijo Strube.

—Tal vez se les ha ordenado desescalar. Justo cuando empezaba a ponerse emocionante, ¿no?

—Sí, señor.

La nave enemiga se apartó lentamente. Una sombra apareció detrás de ella. Tenía una forma muy inusual, angular.

—Mierda, Strube, ¿ves eso? ¿Qué es?

No era una sombra. Algo venía hacia ellos desde la atmósfera. No parecía una nave, más bien un bloque deforme, pero estaba volando, así que era una nave.

—La veo, señor. Pero no se identifica, así que me temo que no puedo responder a la segunda pregunta.

¿Qué había leído esa científica hace unas semanas? Parecía un texto bíblico.

—Una gran nave alienígena apareció en el cielo, y era tan poderosa y aterradora que temblaron de miedo —citó Morris.

—Eso mismo acabo de pensar —dijo su primer oficial.

—Es mejor olvidarlo ahora. —Morris pensó en los héroes y en su rebelión infructuosa—. Esto no es una fantasía. Es la realidad. Mostramos a los marcianos de lo que somos capaces, y ahora vamos a mostrárselo a esta nave monstruo. Nave alienígena. O lo que sea.

Morris se puso el cinturón de seguridad. Su gente lo necesitaba ahora.

—¡Toda la tripulación a sus puestos de combate! —ordenó.

En el mismo momento, la nave de guerra neomarciana que acababa de provocarlos tan infantilmente se partió en pedazos. Mierda. Era solo un poco más pequeña que el *Vanguardia* y mucho mejor blindada.

—¡Acción evasiva! —gritó.

Los controles de la nave reaccionaron más rápido que él y dieron máxima potencia a los motores principales. Cualquiera que no estuviera sujeto se estrelló contra el techo. Morris sacó la pantalla de batalla tridimensional. Mostraba la órbita del planeta, siete puntos verdes y siete rojos.

—Considerar amistosa a la flota neomarciana.

Era una intuición. La nave alienígena era claramente hostil, no los neomarcianos. Trece puntos verdes, uno rojo. ¿Cómo es que de repente los neomarcianos tenían seis naves? Cuando cambió al radar, lo vio: la nave que estaba tan cerca de ellos hacía un momento se había dividido en dos mitades casi iguales. En el espacio que las separaba había pequeños puntos dando vueltas. Cada punto era una persona. La nave no se había desintegrado, sino partido en dos. En el espectro óptico, Morris vio la nave alienígena detrás de ella.

—¿Strube?

Su primer oficial no respondió. Mierda. Debía de ser uno de los que no se había abrochado el cinturón a tiempo. Morris observó la pantalla de batalla. Dos puntos verdes se acercaban al rojo. Venían de órbitas diferentes. Por sus respectivas inclinaciones orbitales pudo saber que había uno de la Unión Terrestre y otro de Neomarte. Ese debía ser el *Challenger*, la más pequeña de sus naves.

—*Challenger*, no vayas solo —ordenó Morris—. ¡Únete a la formación de ataque!

El *Challenger* no respondió. Su comandante probablemente pensaba que era más listo que él porque tenía un rango superior. Que le den al *Challenger*.

—*Zeus*, *Perseo*, *Cerbero*, *Valiente*, *Alabama*, os necesito en posición orbital.

La idea era esparcirse en todas direcciones alrededor de un solo enemigo tanto como fuera posible. Nadie, por muy fuerte que fuera,

podía luchar contra todos sus oponentes al mismo tiempo. Los comandantes confirmaron la orden en rápida sucesión. Solo el *Challenger* mantuvo el rumbo.

Eso les ayudaría. La nave alienígena parecía estar armada por un solo lado, ya que giró hasta erguirse en su órbita como una enorme y gruesa ficha de dominó. Esto puso al menos a tres de los acorazados en una posición desde la que podían disparar a la parte inferior desarmada. Morris se alegró de ver que los neomarcianos seguían su estrategia. Él mismo utilizó la nave destruida como cobertura y solo disparó a través del hueco entre las dos mitades.

De repente, el punto verde que simbolizaba el *Challenger* desapareció de la pantalla. Morris solo se dio cuenta de lo que había ocurrido cuando la ficha de dominó giró en su dirección. En su mitad inferior, más o menos donde estaría el punto en una ficha de dominó, se había abierto la puerta del infierno. De ella emergía un rayo que más tarde la gente llamaría fuego infernal.

—Ciencia, ¿qué es eso? Necesito saber a qué me enfrento.

—Quince mil grados Celsius, plasma, muy rápido —dijo una voz femenina desde el pequeño departamento de ciencias—. Muy, muy rápido. Es como si la nave estuviera haciendo girar una enana blanca en un tubo tan rápido que su masa salpicara en nuestra dirección.

—Gracias.

No era eso lo que quería saber. Le asustaba, una sensación con la que no estaba familiarizado, al menos en la silla de mando.

—Evitad el rayo a toda costa —ordenó.

El dominó siguió girando. Parecía como si las puertas del infierno estuvieran rotando. Fascinante. Por desgracia, no podría contárselo a nadie.

El rayo se separó de la nave alienígena y empezó a moverse. En el mapa de batalla, recordaba a Morris un escupitajo arrojado al viento. No impactó de inmediato. Las distancias en órbita eran grandes, aunque en la pantalla de batalla todo pareciera estar muy cerca. El *Vanguardia* esquivó, pero el dominó reajustó su posición. El rayo se movió como una serpiente con la mira puesta firmemente en

su objetivo. Como si los alienígenas conocieran la potencia de sus motores. Él tenía que sorprenderlos.

—Todas las armas. Alto el fuego.

La nave seguía siendo sacudida por ráfagas cortas. Eran torpedos saliendo de sus cañones.

—¡Eso va para los torpedos también!

Se hizo un breve silencio. Morris estaba empapado en sudor. La serpiente se acercó.

—Todas las armas. A mi señal, disparen en la dirección del movimiento.

El enemigo contaba con los motores. Pero no podían calcular el impulso de las armas también.

—*Cerbero* informa fallo total.

Mierda. Fue entonces cuando lo vio. Un segundo rayo se había desprendido del monstruo enemigo e impactado a *Cerbero*. Estaban a punto de ser alcanzados también.

—¡Fuego!

El pulso fue relativamente corto, pero funcionó. El *Vanguardia* se salió de su trayectoria. El rayo pasó a su lado y se dirigió al infinito. ¡Uf! Morris comprobó la pantalla de batalla. Solo dos naves neomarcianas seguían activas. El *Alabama* seguía brillando en verde en la pantalla, pero se había convertido en una bola de fuego en el espectro óptico.

Quedaban *Zeus*, *Perseo*, *Valiente* y *Vanguardia*. Con sus dos nuevos amigos neomarcianos, eran seis, y el enemigo no parecía estar quedándose sin energía. Una de las dos naves neomarcianas se desplazó a una órbita más alta. No podía culparles por huir. Alguien tenía que avisar a los neomarcianos. Pero no sería esta nave. Un nuevo rayo infernal ya la perseguía.

Sorpresa. Debía sorprender al enemigo.

—¡Den la vuelta! ¡Ahora! —ordenó.

Los pilotos y los controles de la nave reaccionaron. Todo giró. El cuerpo sin vida de su primer oficial cayó al suelo junto a él. Su cabeza sangraba profusamente. «Lo siento, Strube, pero ahora no puedo ayudarte».

La rotación se había completado.

—¡Aceleración total!

La nave aceleró de inmediato. Quería llegar a una órbita más baja, donde la velocidad orbital era mayor. Cuanto más baja, mejor. Tal vez podrían usar el propio planeta como escudo protector. Pero el enemigo no les dejaría llegar tan lejos.

—Ha sido un honor servir con usted —informó *Perseo*.

El comandante de la nave había estudiado con Morris en la academia. Morris se devanó los sesos. ¿Qué estrategias habían aprendido allí? En el escenario de un adversario avasallador, siempre se trataba de asestar un golpe final. Alguien se sacrificaba por los demás. Pero este enemigo no permitiría ningún sacrificio. Su rayo infernal alcanzó el *Zeus*. La tripulación no tuvo tiempo de despedirse.

A la mierda. El enemigo parecía estar apuntando al *Valiente* en este momento. Las fauces infernales apuntaban en otra dirección. Morris volvió a girar su nave. Si ni la parte delantera ni la trasera podían ser desgarradas con sus armas, tal vez su «frente» sí. El *Vanguardia* se sacudió brevemente cuando aceleró de nuevo. A mayor altitud, daba al enemigo la oportunidad de alcanzarla. «¡Más alto, más alto! Quiero verte la cara, hijo de puta». Allí, el frente apareció a la vista.

—¡Fuego! ¡Dale con todo lo que tengas!

De repente vio el granizo. Toda la parte delantera de la nave alienígena se había desintegrado en trozos individuales, que ahora se precipitaban hacia el *Vanguardia*. La nave no tenía ninguna posibilidad de sobrevivir.

—¡Todo el mundo a sus trajes espaciales!

Morris saltó pero pocos lo imitaron. Los demás debían haberse rendido. No los culpaba. No se debe hablar mal de los muertos. Si los proyectiles penetraban las paredes, debía estar en un traje espacial. Tenía unos tres minutos. Finalmente, el simulacro en la academia estaba dando sus frutos.

Fue entonces cuando lo impactaron. El rayo era mucho más ancho que su nave. Alguien quería asegurarse de que murieran. Morris cambió al radar y se encontró con una agradable sorpresa. Al parecer, parte de la popa estaba protegida por restos de una nave

neomarciana. Pero eso no le ayudó en la batería que siguió. Los proyectiles atravesaron las paredes y destrozaron todo a su paso. El aire comenzó a escapar. Se aferró a un escritorio. «Que el Señor se apiade de mi alma». Eso era lo que solía decir su madre.

Era el 15 de mayo del año 2864, 17:11 hora estándar. Todos los acorazados de la Unión Terrestre y Neomarte habían sido destruidos, excepto el *Vanguardia*. El enemigo se acercaba a la estación de taquiones. Parecía claro lo que pretendían hacer: destruir la estación aislaría a Terra Nova del resto de la Unión Terrestre durante muchos años. Puede que la humanidad aún no hubiera perdido la guerra, pero había perdido la guerra de la información. Sin información, la Unión Terrestre no podría responder a este terrible ataque. El enemigo tendría la oportunidad de acercarse sigilosamente a otras colonias Terrestres amparándose en la ignorancia para continuar con su brutal misión.

Quizás había una última oportunidad para evitarlo. Estaba en sus manos. Su primer oficial yacía muerto en el centro de control, alcanzado por el atacante. El *Vanguardia* volaba sin energía. El enemigo había dejado de dispararles. Probablemente pensaron que la nave había sido destruida. Pero los motores aún funcionaban, y un trozo de escombro los camuflaba.

Morris se abrió paso a través de la asfixiante nave, completamente perforada, hasta el motor. La cámara de servicio, desde la que los ingenieros de la nave realizaban normalmente el mantenimiento de los motores, tenía una función de puente autónomo para emergencias como esta. Los dos ingenieros presentes se habían asfixiado, habían muerto en acto de servicio. No tuvo tiempo de presentarles sus últimos respetos. En su lugar, ató sus cuerpos sin vida al suelo para que no le estorbaran constantemente en la estrecha cámara.

Luego, activó el ordenador. Estaba justo al lado de un agujero tan grueso como su brazo, y servía para poder admirar el universo.

Pero no tenía tiempo para eso. Utilizó el teclado para identificarse como comandante del *Vanguardia*.

—Fallo en el reconocimiento facial y de voz —dijo el ordenador.

Mierda. Tenía que identificarle utilizando al menos uno de esos dos métodos. Su casco se interponía. Algún tonto se había olvidado de planificar esta situación. Tenía la cara tapada por el cristal y el ordenador no podía oír su voz en el vacío, aunque pusiera el altavoz exterior al máximo. Podía quitarse el guante, pero no había escáner de huellas dactilares.

Morris miró a su alrededor. La cámara estaba rasgada por varios sitios. Nunca volvería a llenarse de aire. El reconocimiento de voz estaba descartado. Tendría que acercar la cara a la cámara. Apretó la nariz todo lo que pudo contra el casco y se movió hacia delante y hacia atrás delante de la cámara. Sin éxito. Lo sabía. A menudo se había preguntado quién estaba frente a él en las misiones de campo, razón por la cual todos los trajes espaciales llevaban una etiqueta con su nombre bien visible. Pero el ordenador no podía leerlas.

¿Y si le enseñaba la cara? Dos o tres segundos bastarían. Sacar el casco, identificarse, ponerse el casco de nuevo. Esa era la única manera. «Si muero, no importará». No sobreviviría al impacto de todos modos. Pero necesitaba tiempo suficiente para poner la nave en el camino correcto.

Tal vez podría negociar con el ordenador. Los controles de la nave podrían no ser una IA fuerte, pero seguían siendo inteligentes.

—Me gustaría estrellar la nave contra el objeto enemigo —tecleó.

—Primero tienes que identificarte.

—Me identificaré. Pero después, ¿podrías lanzar automáticamente la maniobra que te di antes?

—Por favor, espera. Sí, una evaluación interna ha demostrado que se ajusta a mis directrices. Procederé como si la orden procediera de tu primer oficial. Entonces solo hace falta tu confirmación para que la lleve a cabo de inmediato.

—¿Es un problema que el primer oficial esté muerto?

Tenía que evitar que el ordenador hiciera un escándalo por pequeñeces.

—Al contrario. Esto significa que el comandante es también el primer oficial.

—¿Soy también el primer cocinero?

Era una pregunta tonta. Pero estaba a punto de morir. Por lo tanto, tenía un último deseo. En lugar de ser comandante, hubiera preferido ser chef toda su vida. Su padre le había disuadido porque a un cocinero le pagaban muy poco. Probablemente por eso nunca había pasado de capitán.

—Ya que no queda nadie más a bordo aparte de ti, también eres el primer chef, quienquiera que seas. Después de que te haya identificado.

Morris sonrió. Su último deseo había sido concedido.

—Muy bien. Como primer oficial, te ordeno que pongas rumbo directo al enemigo y lo embistas antes de que alcance el transmisor de taquiones.

—Entendido. La orden requiere la confirmación del comandante. Por favor, identifíquese.

Morris tragó saliva. Ahora era el momento. Agarró los laterales de su casco con ambas manos y soltó los clips. Un sonido le advirtió de la falta de atmósfera. Morris lo ignoró y abrió el casco. Algo helado le golpeó en la cara. Un trapo húmedo le cubría la nariz y la boca. ¿Cuánto tiempo tendría que soportar esto? No lo sabía. En algún momento el ordenador diría «identificación correcta» pero él no lo oiría.

Sin aire, Morris sintió un calor que le quemaba, aunque hacía un frío glacial, y una presión que le aplastaba, aunque había vacío. La oscuridad del universo lo absorbió y lo liberó.



El 15 de mayo de 2864, a las 17:51 hora estándar, se perdió la conexión de taquiones con Terra Nova. El último mensaje en llegar a la luna de la Tierra por esta ruta fue el informe del capitán Peter Morris.



Epílogo del cronógrafo

Queridos lectores,

Hace dos semanas falleció mi querida esposa Yudit. Puede que suene más triste de lo que me pareció a mí. Pudimos despedirnos y se durmió plácidamente mientras toda la familia estaba con ella. Mi nieto menor, también llamado Kang, jugaba feliz conmigo. Aún es demasiado pequeño para entender lo que pasó.

Después de aquello, me quedé más solo de lo que había estado en más de sesenta años. Pero aproveché el tiempo al máximo. Por fin reuní todo el material que un observador necesita para entender cómo se produjeron los acontecimientos en torno a Terra Nova, cuyas consecuencias no están nada claras. Tengo tanta curiosidad como vosotros por saber cuáles serán las consecuencias para nosotros, para la humanidad. Si sobreviviremos. Reconstruí las aventuras de Talut Forest a partir de las transcripciones de los interrogatorios. Recuerdo exactamente cuándo me las entregó Jaques, porque fue el día del cumpleaños de Yudit, el 12 de mayo, el último que iba a vivir. También fue un regalo para ella, porque se las leí, igual que el libro de Yini hace tantos años. Echaré de menos a Yudit. De inmediato me sugirió que reescribiera los protocolos desde la perspectiva de Talut Forest. Creo que esto le dio a la historia mucha más autenticidad.

Pero también debo disculparme. Probablemente estabais esperando oír la voz de mi hermana. Solo soy su hermano, que no

puede hacerle sombra y que la traicionó en un momento crucial. Eso todavía me duele. Espero que no os hayáis fijado demasiado en las notas. Esta increíble historia merece un cronógrafo neutral que no se deje guiar por sus propias debilidades y dolores. Os aseguro que nada de lo que he recopilado aquí es mentira o invención. Esto, por supuesto, es también una expresión de mi debilidad. Yini no necesitaba tales garantías en su epílogo.

Pero tal vez me equivoque y la historia que he escrito, mas no inventado, os haya cautivado. Mis intenciones no son del todo altruistas. Espero haber podido convenceros también de que la tecnología de taquiones es un peligro para todos nosotros. Es probable que Neomarte y la Unión Terrestre no la prohíban, pero depende de cada uno de nosotros tomar esa decisión. Si nadie la utiliza, ya no puede dañar a nadie. Eso es lo que creo como lego. Si me equivoco en esto, por favor, perdonadme, y no dejéis de escribirme, porque me gusta aprender. Lo ideal es que no utilicéis la dirección de mi trabajo en el Gran Archivo, sino que me escribáis en privado a tsai.kang@lunadelatierra.espacio. Estaré encantado de recibir noticias vuestras.

He añadido algo a la colección que quizá os ayude a entender un poco el contexto. Probablemente hayáis vivido toda la vida en el Anillo Celeste, bajo la superficie de Neomarte o en una estación minera del Cinturón. No puedo ni quiero criticaros por ello. Yo mismo apenas he salido de la Luna. No recuerdo mi infancia en Neomarte. Debí pasar esos pocos años con nuestra madre, pero se han borrado por completo de mi memoria. En cualquier caso, no vi nada del sistema solar, y mucho menos de su entorno inmediato, la Nube Local. ¿Qué podéis esperar si os armáis de valor y reserváis un billete en una de las naves interestelares civiles que quedan? Intentadlo. Nadie sabe cuánto tiempo le queda a la humanidad. En el peor de los casos, unos sesenta años, el tiempo mínimo de vuelo desde Terra Nova hasta aquí.

Lo admito, no escribí esta pequeña guía yo mismo. Mike la desenterró para mí antes de que desapareciera. El autor es desconocido. Debe haber muerto hace tanto tiempo que todos los

derechos han caducado. Si encontráis al titular de los derechos de autor, os ruego que me lo comuniquéis.

Gracias por el interés.

Atentamente, Tsai Kang



Al abrigo de la hoguera

Queridos lectores,

El final de la segunda parte de una trilogía es casi siempre un terreno difícil. En el drama general, solemos ver a los héroes y heroínas perplejos en este punto. No está nada claro cómo van a resolver los problemas que se acumulan y evitar la catástrofe inminente en el tercer volumen. Ni siquiera el autor lo sabe, me complace admitirlo. Pero, por supuesto, ya tengo una idea. Mark Decker y Kian seguirán acompañándonos. La familia Tsai juega un papel importante. Talut, nuestro único testigo, también puede tener algo que aportar. No os preocupéis, no encontraréis ningún *spoiler* aquí.

Pero me complace que me hayan acompañado hasta aquí. Ha sido un honor. Para mí es una experiencia especial ver en papel o en un *e-reader* la historia que inicialmente se originó en mi cabeza. Espero haber sido capaz de poner en palabras las imágenes mágicas de mi imaginación de forma comprensible. Cuando no lo conseguí a la primera, mi editora Heide Franck me ayudó y pulió las líneas hasta que, al inspeccionarlas, empezaron a brillar un poco. Si te gustó el libro, sería estupendo que escribieras una reseña. Es la única manera de que la novela tenga la oportunidad de encontrar el mayor número posible de lectores.

A continuación, incluyo la sección de divulgación científica. Creo que una guía de viajes a exoplanetas encaja muy bien con la trama. Por supuesto, toda la información que contiene corresponde a lo que sabemos hoy sobre los sistemas descritos, pero he añadido algunas cosas más. Quien haya leído mis otras novelas encontrará similitudes. Es básicamente una guía de viaje por el universo Morris. También puedes obtener este suplemento de la novela en formato PDF ilustrado al rellenar el formulario de hardsf.space/suscribir/.

Con esto, me despido. Si lo deseas, puedes escribirme a brandon@hardsf.space. Disfruto comunicarme con mis lectores.

Con aprecio sincero,

Brandon Q. Morris

PD: Antes de volver a vernos, ¿podrían escribir un breve comentario de este libro? Es muy sencillo e importante para mí, simplemente con un clic aquí hardsf.space/links/4654658.





La nube local - Guía de viaje

Alrededor del año 2800, la humanidad comenzó a explorar y, en algunos casos, a colonizar su entorno inmediato. Proyectos como el programa Próxima del grupo sino-ruso RB y la expedición Shepherd 1 de la NASA y Alpha Omega, así como la última generación de telescopios espaciales, desde el observatorio chino Wang Zhenyi hasta el telescopio Copérnico de la ESA y la NASA, ampliaron inicialmente nuestro conocimiento de los datos básicos de los sistemas estelares más cercanos en el siglo XXI. Después, el gran descubrimiento del físico israelí Mordehai Shaviv, la transmisión de taquiones, provocó indirectamente un auge de los viajes espaciales interestelares. De repente, la humanidad vio su futuro en las estrellas. Aunque no era posible viajar más rápido que antes, se pensó que sería posible mantener el contacto mediante transmisores de taquiones. Así que enormes naves coloniales partieron hacia destinos en las inmediaciones del sistema solar.

Pero la expansión de la humanidad en el espacio resultó más difícil de lo esperado. Casi tres cuartas partes de los intentos de establecer un nuevo hogar con los limitados suministros de una nave estelar fracasaron. Sobrevivir los primeros cincuenta años resultó ser el mayor problema. Solo entonces se hizo evidente que ni siquiera la comunicación por taquiones podía proporcionar una conexión con el hogar. ¿Qué sentido tenía hablar con gente a la que no volverías a ver en toda tu vida? Los viajes espaciales interestelares estuvieron a

punto de paralizarse hasta que el Grupo sino-ruso RB introdujo las primeras biobolsas. Al principio se trataba de androides, pero más tarde se utilizaron clones criados artificialmente. Las reservas éticas iniciales se dejaron de lado por el aspecto práctico de poder viajar por el universo conocido en el menor tiempo posible, al menos dentro del alcance de un receptor de taquiones.

Al menos dentro de la Unión Terrestre y entre las personas que podían permitirse tanto las biobolsas como la transmisión, este era el caso. Por razones de espacio limitado, no podemos entrar aquí en las Guerras Marcianas, incluyendo la destrucción de la colonia de Marte y la fundación y consolidación de Neomarte. En su lugar, queremos despertar la curiosidad sobre el entorno inmediato del sistema solar. Pregunta en tu agencia de viajes local o, si vives en Neomarte, en la oficina del comisario de salidas de tu localidad.

Qué destinos te esperan en la Nube Local

En primer lugar, algunas nociones cosmológicas básicas. Antes de que se forme un planeta, una estrella joven (o dos o tres, por regla general) crece en un disco cósmico de gas y polvo que se convierte en un nuevo sistema solar. La nube se hace cada vez más densa en el centro hasta que en algún momento es tan caliente y densa que comienza la fusión de los núcleos de hidrógeno (protones). Sin embargo, esto no significa que se haya consumido todo el material de la nube. En la mayoría de los casos, queda bastante menos del diez por ciento de la masa total en el disco giratorio de gas y polvo. El calor de la joven estrella hace que solo las sustancias con un número atómico elevado puedan condensarse en la región interior (hierro, níquel, silicio, etc., que se convierten en los planetas rocosos). Más lejos, donde hace más frío, pueden condensarse átomos más ligeros de hidrógeno y helio. Los planetas que se forman aquí contienen naturalmente más gas.

Esto explica la diferenciación básica de los planetas en variantes rocosas y gaseosas. Posteriormente, puede haber desplazamientos dentro de un sistema: Los planetas gaseosos pueden migrar hacia el interior y empujar a los planetas rocosos más pequeños hacia el Sol o incluso salir completamente del sistema. A veces no hay suficiente masa en una órbita concreta para que se forme un planeta, y el resultado es un cinturón de asteroides como el que hay entre Marte y Júpiter. En los límites exteriores del sistema, la nube es demasiado fina para que se formen objetos de mayor tamaño. Aquí es donde se forman los planetas enanos o los cometas. En nuestro sistema solar, el Cinturón de Kuiper y la Nube de Oort forman esta zona.

Sin embargo, los planetas también pueden cambiar a lo largo de su vida. Un planeta gaseoso, por ejemplo, puede perder su gas bajo la influencia de su estrella, dejando solo su núcleo, un planeta rocoso. Puede que esta forma de pensar esté un poco centrada en la

Tierra, pero la gente tiende a clasificar los planetas de otros sistemas (exoplanetas) según sus modelos en el sistema solar.

Gigantes gaseosos (Júpiteres)

Los gigantes gaseosos están formados principalmente por gases ligeros, junto con hidrógeno y helio. No tienen una superficie sólida, sino que el gas se vuelve cada vez más denso con la profundidad y acaba alcanzando un estado sólido. El hidrógeno puede incluso llegar a ser metálico. Esto dificulta la determinación del tamaño exacto del planeta. A menudo, el punto en el que la presión es tan alta como en el suelo se denomina superficie. Todo lo que hay por encima es entonces la atmósfera.

Los gigantes gaseosos no pueden pesar más de 13 masas de Júpiter (lo que corresponde aproximadamente al 1,2 % de la masa del Sol). Cuando un planeta supera ese peso, la presión en su interior es tan alta que comienzan los primeros procesos de fusión y se convierte en una enana marrón. Las enanas marrones ocupan una posición especial entre los planetas y las estrellas porque en ellas aún no se ha producido la fusión de hidrógeno y helio, característica de una estrella real. Eso solo ocurre en estrellas de aproximadamente 70 masas de Júpiter o más.

Gigantes gaseosos calientes (Júpiteres calientes)

Los gigantes gaseosos calientes son gigantes gaseosos con una característica especial: orbitan muy cerca de su estrella madre. El periodo orbital suele ser inferior a diez días. Se forman cuando un gigante gaseoso se desplaza hacia el interior del sistema o cuando un planeta rocoso absorbe tanto gas de su entorno que se convierte en uno de ellos.

Debido a su proximidad a la estrella, son excepcionalmente calientes; algunos se han medido a varios miles de grados. La posibilidad de que exista vida en ellos es mínima. Debido a su gran masa y a su corto periodo orbital, fueron de los primeros exoplanetas descubiertos por la humanidad. Algunos de ellos están tan inflados por el calor de la estrella que adquieren enormes dimensiones. También pueden denominarse «Saturnos calientes» ya que nuestro Saturno también tiene una densidad relativamente baja.

Planetas de hielo (Neptunos)

Los planetas de hielo tienen una estructura similar a la de los gigantes gaseosos, salvo que no están formados principalmente por átomos ligeros de hidrógeno y helio, sino por compuestos que contienen nitrógeno, oxígeno, carbono o azufre. El «hielo» del nombre no se refiere al hielo de agua. En realidad, el agua está presente en el interior de estos planetas, sobre todo en forma líquida. Pero otros compuestos como el metano, el amoníaco o el dióxido de azufre pueden almacenarse aquí en estado congelado. Sin embargo, a veces, los planetas de hielo tienen un manto de hidrógeno, que puede constituir hasta una quinta parte de su masa. Los planetas de hielo suelen ser bastante más grandes que la Tierra, pero más pequeños que Júpiter.

Planetas gaseosos calientes (Neptunos calientes)

Si un planeta de hielo se acerca demasiado a su estrella, se convierte en un Neptuno caliente. Por supuesto, ya no es un planeta de hielo, pues el calor de la estrella también calienta su interior. En lugar de eso, se infla. Puede perder su envoltura gaseosa debido al viento solar, dejando solo el núcleo pétreo.

Planetas similares a la Tierra

Los planetas rocosos como la Tierra son mucho más difíciles de detectar, debido a su menor tamaño en comparación con los gigantes gaseosos. Sin embargo, son bastante comunes. Se calcula que una de cada cinco estrellas similares al Sol tiene un planeta parecido a la Tierra en su zona habitable. Esto significa que solo en la Vía Láctea hay 11.000 millones de planetas potencialmente habitables. También hay planetas en órbita alrededor de estrellas más pequeñas (como las enanas rojas), para las que aún no existen buenas estadísticas.

Los planetas similares a la Tierra no tienen por qué parecerse a ella. La única similitud evidente es que tienen una superficie sólida y roca debajo. El interior suele tener forma de cascarón, con un núcleo caliente (a veces líquido), de hierro y otros materiales pesados. Encima puede haber un manto de silicatos y una corteza, también de silicatos y otros materiales ligeros. A veces le sigue una envoltura de aire (atmósfera). Algunos planetas tienen reservas de agua en la superficie: una hidrosfera.

Planetas calientes similares a la Tierra (como Venus)

Estos planetas rocosos tienen temperaturas elevadas (varios cientos de grados), ya sea por su proximidad al Sol o por su atmósfera muy densa y el efecto invernadero asociado, similar al de Venus en el sistema solar.

Supertierras

La mayoría de los planetas rocosos descubiertos hasta la fecha pertenecen al grupo de las supertierras, ya que su masa es varias veces superior a la de la Tierra (existen diferentes definiciones, que van de 1 a 14 veces y de 5 a 10 veces la masa terrestre). Sin embargo, estas mediciones suelen estar sujetas a errores. Determinar el diámetro no basta para distinguir un planeta con un núcleo rocoso pequeño y una gran envoltura gaseosa de un planeta puramente rocoso.

Si el disco de escombros inicial es lo suficientemente grande, pueden formarse planetas rocosos enormes, las llamadas mega Tierras. Esto es especialmente probable en la órbita de estrellas gigantes de las clases espectrales B y O con hasta 150 masas solares. Estas Tierras gigantes podrían ser hasta 4.000 veces más pesadas que la Tierra.

El aspecto de nuestro vecindario

Si estuviéramos esperando a un visitante extraterrestre, tendríamos que describir nuestro domicilio de esta manera (con la esperanza de que el invitado fuera capaz de entender nuestros términos): Salir de la autopista intergaláctica en el Supercúmulo de Virgo. Pregunte a los transeúntes por el Grupo Local, formado por 47 galaxias. Una vez allí, busque una Vía Láctea con un núcleo en forma de barra y dos brazos espirales dominantes. Encuentre el Brazo de Orión entre los 200.000 y 400.000 millones de estrellas de la Vía Láctea. Está situado a unos 15.000 años luz al norte del eje de simetría de la galaxia (o a unos 25.000 años luz de su núcleo) y es uno de los brazos espirales secundarios entre el Brazo de Perseo y el Brazo de Escudo y Centauro, algo más cercano al Brazo de Perseo.

En cuanto observe un cúmulo elíptico de estrellas jóvenes y regiones de formación estelar de unos 2.000 años luz de diámetro, llamado Cinturón de Gould, acérquese un poco más. En medio de él observará una burbuja en forma de reloj de arena en el medio interestelar, de varios cientos de años luz de tamaño y particularmente baja en materia, que fue causada por una supernova. No se preocupe, el peligro ha pasado hace 300.000 años. En esa época, Geminga, que se encuentra a 800 años luz del sistema solar y que los radioastrónomos aún pueden detectar hoy como púlsar, probablemente explotó (otras teorías sugieren que la burbuja local fue creada hace entre 10.000 y 20.000 millones de años por varias supernovas).

Ahora, por favor, preste atención y fíjese bien. Debería poder ver la Nube Local, que tiene unos 30 años luz de diámetro y contiene mucha más materia cósmica (especialmente gas hidrógeno) que sus alrededores. El Sol ha atravesado esta zona durante 100.000 años y probablemente necesitará al menos el mismo tiempo para llegar de nuevo a territorio limpio. No es la única estrella de la zona. El mejor punto de referencia es una estrella triple que la gente llama Alfa

Centauri. Está formada por estrellas dobles amarillas íntimamente ligadas (Alfa Centauri A y B) orbitadas a mayor distancia por una enana roja (Alfa Centauri C o Próxima Centauri). A solo 4,4 años luz se encuentra el Sol, una enana amarilla. Pero no le digas a la gente que vive alrededor de una estrella enana. Ofendería su proverbial vanidad.

Si nadie responde a la puerta (la gente a veces está muy ocupada con sus propios asuntos. Ya sabes cómo es esto de las discusiones familiares que a veces llegan a las manos), basta con llamar al timbre de sus vecinas más cercanas, la estrella de Barnard (a 5,9 años luz), Wolf 359 (a 7,8 años luz), Lalande 21185 (a 8,3 años luz), Luyten 726-8 (a 8,7 años luz) o Ross 154 (a 9,7 años luz) y dejar allí su mensaje. Como enanas rojas, las tres han alcanzado hace tiempo la edad de jubilación. También puedes probar con Sirio (a 8,6 años luz), que tiene aproximadamente el doble de tamaño que el Sol y está orbitada por la estrella enana blanca Sirio B.

La nube local

Volvamos al tema. Te presentaremos los sistemas más interesantes de nuestra zona. Por supuesto, sobre gustos no hay nada escrito. Otros autores seguramente incluirían otros sistemas pero estamos convencidos de que ninguno de estos te hará arrepentirte de haber hecho el viaje.

Próxima Centauri b

Próxima Centauri b es el exoplaneta más cercano al Sol, y fue el objetivo de una expedición en el marco del proyecto Starshot en el siglo XXI. El planeta es un tercio más pesado que la Tierra. Debido a su órbita cercana, su estrella le ha obligado a mostrar siempre la misma cara, igual que la luna de la Tierra. Una órbita alrededor de la estrella madre dura 11,2 días. Sin embargo, esto no se nota en el planeta porque no hay estaciones. La cara anterior está constantemente iluminada por el Sol y es caliente, mientras que la posterior permanece en eterno hielo. Sin embargo, existe una zona de vegetación en la región de transición, determinada principalmente por los árboles migratorios. En esta zona, el agua también existe en la superficie en forma líquida. Sin embargo, en comparación con la Tierra, en la superficie incide 30 veces más radiación ultravioleta y 250 veces más rayos X. Si quieres vivir allí, tienes que adaptarte a la alta radiación. Ya que estás aquí, ¿por qué no volar a Alfa Centauri Bb?

Distancia a la Tierra: 4,2 años luz

Estación de taquiones: no

Consejo para los amantes del sol: en la zona caliente, un minuto es suficiente para un cutis perfecto. ¡No olvides la protección solar con FPS 1500!

Alfa Centauri Bb

Los aproximadamente siete años de tiempo perdido (aquí no hay transmisor de taquiones) para visitar Alfa Centauri Bb merecen la pena si quieres conocer los famosos Grosnops. Sin duda recordarás de tus lecciones de historia la visita que estos seres inteligentes, que parecen ranas gigantes de color gris verdoso, hicieron a la Tierra a principios del siglo XXIV.

El planeta en sí tiene aproximadamente el tamaño de la Tierra y se encuentra en la zona habitable de su estrella madre Alfa Centauri B (una enana amarilla como el sol), a la que los nativos llaman Madre Sol. Junto con Alfa Centauri A, el Padre Sol, la estrella forma un sistema binario. Sin embargo, el planeta Bb solo orbita alrededor de la estrella B, lo que hace que la aparición del Padre Sol en el cielo sea un fenómeno aparentemente irregular. Alfa Centauri Bb está cubierta de una densa vegetación. Su cielo brilla de color verde durante el día, debido a su composición atmosférica.

Distancia a la Tierra: 4,34 años luz

Estación de taquiones: no

Advertencia para los estudiosos de la lingüística: la lengua de los Grosnops contiene sonidos que los humanos no pueden oír.

Estrella de Barnard b

Esta estrella debe su nombre al astrónomo Edward Barnard, que en 1916 descubrió la rapidez con la que se desplazaba por el cielo. Desde su descubrimiento, hace más de 800 años, se ha movido más de dos grados; se desplaza 10,4 segundos de arco al año. Al mismo tiempo, se acerca lentamente a la Tierra. Dentro de 9.000 años, solo estará a 3,8 años luz. Después, la distancia volverá a aumentar. La estrella de Barnard ya es dos veces más vieja que nuestro Sol. Esto puede convertir a la enana roja en una de las estrellas más antiguas de la Vía Láctea.

La estrella también tiene un planeta. Estrella de Barnard b se encuentra cerca de la línea de congelamiento de su sistema estelar, donde se solidifican las sustancias volátiles, es decir, fuera de la zona habitable. Orbita cada 233 días a una distancia de 0,4 UA y pesa tanto como tres Tierras. Unas largas vacaciones allí son poco recomendables. A no ser que te gusten los deportes de invierno a temperaturas de unos -170 grados Celsius y en traje espacial, porque la atmósfera está congelada. Sin embargo, hay una estación de investigación y los científicos de allí han descubierto indicios de vida primitiva en el planeta.

Distancia a la Tierra: 6 años luz

Estación de taquiones: no

Para los aficionados a la historia: con su edad bíblica, la estrella de Barnard conoció la Vía Láctea en su juventud.

Luhman 16 Bb

Se trata de un fascinante sistema doble de enanas marrones. Se tarda entre once y doce años en llegar al representante más cercano de este sistema celeste, y eso en un paquete doble. El sistema fue visitado por primera vez por los humanos a principios del siglo XXII. Luhman 16 A tiene dos planetas, y Luhman 16 B tiene uno. Los planetas interiores orbitan alrededor de sus respectivas estrellas a una distancia de solo un millón de kilómetros. Esto es cincuenta veces más cerca que la órbita de Mercurio, el planeta más cercano al Sol, y solo dos veces y media más lejos que la distancia entre la Luna y la Tierra. A pesar de ello, o quizá debido a ello, albergan vida, lo que probablemente se deba a su rotación sincrónica. En el lado cálido de Luhman-16 Bb, la temperatura cerca del ecuador es de unos muy agradables 295 grados Celsius. Podrás irte con una camiseta. El contenido de oxígeno de la atmósfera es del 20 por ciento, que es el nivel de la Tierra.

Distancia a la Tierra: 6,5 años luz

Estación de taquiones: no

Para los discípulos de la oscuridad: aquí nunca amanece en los planetas.

Gliese 411

No está claro por qué el sistema Gliese 411 nunca fue colonizado por la humanidad. Ni siquiera hay allí una estación de investigación. Al menos esto tiene la ventaja de que puedes sentirte como un explorador en el patio trasero del sistema solar, abriéndote camino a través del despiadado espacio lejos de cualquier civilización. Si utilizas la estación móvil de taquiones a tres años luz, solo necesitarás unos diez años para visitar Gliese 411. Por viaje de ida y vuelta, claro. Nota: recientemente hemos recibido informes de nuestros lectores de que Gliese 411 no es del todo segura. Sin embargo, las autoridades policiales de la Unión Terrestre lo niegan. Los rumores afirman que la Unión y los neomarcianos están probando armas secretas allí. No dejes que eso te detenga, pero será mejor que crees una copia de seguridad antes de partir.

Distancia a la Tierra: 8,3 años luz

Estación de taquiones: no

Para pioneros y velocistas: no hay límites de velocidad en este sistema abandonado.

Sirio Ab (Francesca)

Sirio es la estrella más brillante en el cielo nocturno de la Tierra, la Luna y Neomarte (si el cielo nocturno fuera visible desde allí). Esto la convierte naturalmente en la estrella más luminosa de su constelación, el Gran Perro, razón por la que también se la denomina α Canis Majoris. Con una magnitud visual aparente de -1,46, Sirio es casi dos veces más brillante que Canopus, la segunda estrella más brillante. Sirio es una estrella doble formada por una estrella de la secuencia principal llamada Sirio A y una enana blanca llamada Sirio B. La distancia entre ambas varía entre 8,2 unidades astronómicas (aproximadamente la distancia entre Júpiter y Saturno) y 31,5 UA (algo más que la distancia entre Neptuno y el Sol). Las dos estrellas tardan unos 50 años en orbitarse mutuamente. El sistema es ideal para observar una enana blanca en acción y disfrutar de su cálida luz amarilla.

El planeta Sirio Ab, que orbita alrededor de la estrella principal, solo es apto para esto si se está curtido, ya que su superficie es tan caliente que la vida solo puede existir en grietas. Tras una primera visita a mediados del siglo XXIII, cien años después se intentó establecer allí una colonia. Incluso se construyó un transmisor de taquiones, pero la colonia no tardó en colapsar. Esto significa que los usuarios de biobolsa pueden llegar al planeta fácilmente y sin perder tiempo.

Distancia a la Tierra: 8,6 años luz

Estación de taquiones: sí

Para los que tengan prisa y curiosidad: hay una estación de recuperación en órbita del planeta con transferencia directa desde la instalación de taquiones.

Ross 248

Ross 248 es una enana roja pequeña y bastante inquieta sin sistema planetario. El hecho de que se haya estudiado a fondo se debe a una característica especial de su movimiento: La estrella Ross 248, que hoy se encuentra a 10,3 años luz, se acercará al sistema solar a menos de 3 años luz dentro de 36.000 años. Será entonces nuestra vecina más cercana durante 9.000 años, por lo que es mejor obtener una imagen de ella cuanto antes. Sin embargo, una misión a Ross 248 ha demostrado que no parece suponer ningún peligro.

Distancia a la Tierra: 10,3 años luz

Estación de taquiones: no

Para los ahorradores: el vuelo de vuelta desde Ross 248 será bastante más barato que el de ida si te sobran unos cuantos miles de años.

Epsilon Eridani c (Paraíso)

Epsilon Eridani (ε Eridani) es una estrella de la constelación austral de Eridanus. También lleva el nombre propio Ran. A una distancia de 10,5 años luz del Sol, tiene una magnitud aparente de 3,73. Es la tercera estrella individual o sistema estelar más cercano visible a simple vista desde la Luna o el Anillo Celeste. La estrella es ligeramente más pequeña que nuestro Sol. Tiene una masa estimada de 0,82 masas solares y un radio de 0,74 radios solares. Su luminosidad es solo un tercio de la del Sol. La elevada actividad cromosférica, el fuerte campo magnético y la velocidad de rotación relativamente rápida de Epsilon Eridani son características de una estrella joven. Se estima que solo tiene entre 200 y 800 millones de años.

Epsilon Eridani está orbitada por tres planetas: un gigante gaseoso llamado Ægir, un planeta helado muy alejado y el planeta Epsilon Eridani c, agradablemente templado, dentro de la zona habitable. Debido a la elevada actividad radiactiva de la estrella madre, prácticamente se puede observar la evolución en acción. Las mutaciones están a la orden del día en el mundo animal y vegetal. El clima es agradable. Un viaje a Epsilon Eridani es una buena idea después de un viaje a Sirio, ya que la distancia restante es de solo 7,8 años luz. Esto significa que te ahorras casi cuatro años de tiempo.

Distancia a la Tierra: 10,5 años luz

Estación de taquiones: no

Para amantes de la naturaleza y cazadores aficionados: la flora y fauna del planeta son hiperactivas.

Lacaille 9352 d (Infierno)

El planeta del sistema Lacaille 9352 se hizo conocido como «Averno» hace medio siglo debido a las informaciones aparecidas en los medios de comunicación. Al parecer, el concesionario de las minas (no podemos mencionar su nombre por orden judicial, pero seguro que lo recuerdas) hizo caso omiso de las precauciones básicas de seguridad y obligó a los trabajadores a currar como esclavos en condiciones varias veces superiores a la gravedad terrestre y de calor extremo. Aún no se han aclarado las presuntas conexiones con altos organismos gubernamentales de la Unión Terrestre. Hoy en día, en las minas solo trabajan máquinas.

Si quieres verlo por ti mismo, el concesionario ofrece visitas guiadas gratuitas. Por supuesto, el viaje no está incluido. Por lo demás, el sistema estelar Lacaille 9352, en cuyo centro orbita una enana roja, no es especialmente sensacional. Otras dos super Tierras inhabitables orbitan aún más cerca de su estrella madre. Tanto Neomarte como la Unión Terrestre dependen de las importaciones de Lacaille 9352 d, donde la alta presión durante miles de millones de años ha producido algunos minerales únicos.

Distancia a la Tierra: 10,7 años luz

Estación de taquiones: sí

Para los amantes de las piedras brillantes: los diamantes del tamaño de la cabeza de un niño por los que es famoso el Averno son muy asequibles a bordo de la estación de taquiones situada en la órbita del planeta.

Estrella Teegarden b y c

Con 0,09 veces la masa del Sol, la Estrella de Teegarden es diminuta. Está clasificada como enana roja, pero apenas supera el límite de masa de las enanas marrones. Sin embargo, esto no le ha impedido formar dos planetas apenas ligeramente mayores que la Tierra. Estrella de Teegarden b orbita en la zona habitable óptima (el equivalente en el sistema solar estaría entre la Tierra y Venus), mientras que Estrella de Teegarden c lo hace en el borde exterior de la zona habitable conservadora, similar a nuestro Marte.

Ambos planetas conservan una atmósfera densa y albergan agua líquida. Pero probablemente ya lo habrás adivinado, porque es difícil escapar a la publicidad de «Teegarden» (inserte aquí melodía descendente). Teegarden b fue la primera colonia humana fuera del sistema solar, y aún hoy sigue creciendo y prosperando. Abastece a toda la Unión Terrestre de alimentos y productos industriales. Con el tiempo, esto ha provocado un calentamiento creciente del planeta. Por ello, hace medio siglo, sus habitantes empezaron a trasladar la industria a Teegarden c, donde las temperaturas medias rozan el cero.

Nota: Los lectores neomarcianos genéticamente adaptados nos hablan de ciertas hostilidades. Al parecer, en Teegarden b existe un movimiento «supremacista» más intenso que en otros mundos de la Unión Terrestre.

Distancia a la Tierra: 12,5 años luz

Estación de taquiones: sí

Para los amantes de la comodidad: en Teegarden b encontrarás todo a lo que estás acostumbrado en el Anillo Celeste.

2MASS 0633-2445 b (Suran)

El planeta Suran orbita alrededor del agujero negro más cercano a la Tierra, con la designación provisional 2MASS 0633-2445. La existencia de Suran y del agujero negro es objeto de controversia. Los investigadores de la Unión Terrestre no pudieron encontrar nada en las coordenadas transmitidas por una expedición Grosnop. Es posible que el agujero negro se haya desplazado. Por tanto, es probable que encontrar una nave para viajar hasta allí esté reservado a los muy ricos. Algunos científicos creen que se trata del mismo agujero negro que fue responsable de la casi catástrofe de 2072. La redacción (como la comunidad científica en general) no está convencida. De lo contrario, el sistema solar habría sido mucho más perturbado en aquella época.

Distancia a la Tierra: unos 17 años luz

Estación de taquiones: no

Sugerencia para los aficionados a la física adinerados con nave propia: ¿dónde más se puede observar un agujero negro tan cerca de la Tierra?

Gliese 581 (Mundo de Zarmina)

Gliese 581 es una enana roja situada a unos 20 años luz de la Tierra, en la constelación de Libra. Su masa es aproximadamente un tercio de la masa del Sol. Gliese 581 es una de las estrellas enanas más antiguas y menos activas, lo que ha permitido a sus planetas mantener estables sus asombrosas atmósferas. Un total de cinco planetas orbitan la estrella, dos de los cuales se encuentran dentro de la zona habitable. El más conocido de los dos es el Mundo de Zarmina (Gliese 581 g). Aquí se estableció una colonia en 2600 pero fue abandonada 150 años después. Hoy es un conocido «lugar perdido». Es probable que ya hayas visto las tristes fotos de allí. Recomendamos en su lugar una visita a Gliese 581 c. Especialmente en la zona de transición entre el lado luminoso y el oscuro, hay algunos hoteles muy exclusivos que se benefician de la existencia del transmisor de taquiones. Allí podrás bañarte en aguas termales o ser conducido a través de gigantescos sistemas de cuevas. Puedes alquilar in situ las biobolsas necesarias adaptadas a la alta gravedad.

Distancia a la Tierra: unos 21 años luz

Estación de taquiones: sí (en el momento de la publicación se estaba debatiendo su cierre, consulta el holositio)

Sugerencia para los aventureros recreativos: por favor, presenten sus respetos a los colonos que murieron en el Mundo de Zarmina y absténganse de hacer fotos y holos.

HD 219134 g

HD 219134 es una enana amarilla, ligeramente más débil que el Sol. El sistema es particularmente conocido por su gran selección de diferentes tipos de mundos: los planetas interiores b y c son super Tierras calientes y deshabitadas, mientras que d es un Neptuno y e es un Júpiter. Sin embargo, recomendamos una visita a HD 219134 g. Este planeta orbita en el borde interior de la zona habitable, como Venus en nuestro sistema solar. Es considerablemente más masivo que la Tierra y, por tanto, ha podido conservar una atmósfera densa.

Un millar de valientes colonos intentan establecer otra base de la Unión Terrestre en HD 219134g. Desde aquí solo podemos desearles buena suerte y perseverancia. Tu visita apoyará esta misión. Si te comprometes a dos años de trabajo de construcción, la colonia cubrirá tus gastos de viaje (tarifa económica).

Distancia a la Tierra: unos 21 años luz

Estación de taquiones: en construcción

Sugerencia para ayudantes enérgicos y partidarios pudientes: una biobolsa humana no modificada genéticamente es suficiente, pero habrá que ejercer un poco de tolerancia al calor.

Trappist-1 d y e

El sistema Trappist-1 ya era conocido por sus numerosos planetas a finales del segundo milenio. La enana roja de su centro es pequeña y tenue, y los planetas se reúnen a su alrededor en inesperada proximidad como ovejas alrededor de un pastor. De los ocho planetas en total, destacamos el d y el e. En ambos se han establecido colonias pertenecientes a la Unión Terrestre. El planeta d es algo más ligero y cálido que la Tierra, el e es más frío. Si no quieres hacer nada en la playa, d es tu planeta, pero si eres un deportista aficionado, e es el planeta donde puedes practicar cualquier tipo de deporte, pero beneficiándote de la menor gravedad.

Por cierto, ninguno de los planetas, salvo el más exterior, i, tiene lunas, ya que sus órbitas se verían desestabilizadas por los demás planetas. Si te quedas un poco más, deberías echar un vistazo al cielo. Las órbitas de los planetas están sincronizadas de tal manera que surgen patrones interesantes. Otra característica especial es el cielo constantemente rojo brillante del planeta c. Un grupo hotelero ha instalado allí una capilla de bodas e incluso ha conseguido que se celebren allí matrimonios reconocidos en Neomarte. Una última sugerencia: se ofrecen excursiones al planeta h desde la estación de taquiones, donde podrás volar como un pájaro por tus propios medios en la gélida atmósfera de metano. ¡Una gran experiencia! Con el código VIAJERO obtendrás un veinte por ciento de descuento.

Distancia a la Tierra: unos 40 años luz

Estación de taquiones: sí

Para todos aquellos que puedan permitírselo y aún no vivan en el sistema Trappist.

Gliese 167 b (Terra Nova)

La estrella Gliese 167 es bastante parecida al Sol, pero ligeramente más pequeña y menos brillante. Los investigadores no descubrieron que un planeta del tamaño de la Tierra orbita alrededor de ella hasta principios del siglo XXII. Resultó que el planeta conocido hoy como Terra Nova es el más parecido a la Tierra de todos los cuerpos celestes en un radio de 50 años luz. Esto atrae un flujo constante de colonos a este mundo, convirtiendo a Terra Nova en la segunda presencia económicamente más poderosa de la Unión Terrestre. Sin embargo, en realidad, el planeta no se parece tanto a la Tierra. La gravedad ligeramente superior, la atmósfera de dióxido de carbono casi puro y, sobre todo, la casi oscuridad de la superficie, dificultan la vida de los humanos. Terra Nova es odiada o amada, dicen. La flora autóctona se desarrolla tan bien en estas condiciones que toda la superficie del planeta está cubierta por una capa de vegetación de varios kilómetros de espesor. Las plantas importadas solo pueden cultivarse si sus cloroplastos se modifican genéticamente para que puedan utilizar la luz infrarroja para generar energía.

Si quieres visitar el planeta, estate atento a los precios, que fluctúan mucho según la temporada. Sobre todo, en época de recolección, se agotan todas las capacidades y pagarás diez veces más por un billete.

Distancia a la Tierra: unos 42 años luz

Estación de taquiones: sí

Para temporeros (¡los sueldos en época de cosecha son fenomenales!) y botánicos: la propia Terra Nova parece una planta enorme.

Gliese 163 c (Adad)

Gliese 163 es una débil estrella enana roja con varios compañeros exoplanetarios en la constelación austral de Dorado. El primer planeta, Gliese 163 b, es un mini Neptuno con un período orbital de nueve días, es decir, demasiado caliente para ser considerado habitable. Sin embargo, Gliese 163 c, con un período orbital de 26 días, es más o menos parecido a la Tierra, aunque su temperatura media es superior a la terrestre. La primera expedición allí descubrió formas de vida superiores, por lo que el planeta se ha cerrado a la colonización de acuerdo con el Tratado Interestelar.

Las visitas privadas son posibles. Ponte en contacto con el Ministerio de Ciencia de la Unión Terrestre o con el Comisariado de Investigación neomarciana. Pero ¡cuidado! La fauna del planeta no está exenta de peligros. He aquí una pequeña selección:

Cerantes - pequeños y molestos insectos depredadores que atacan a todas las criaturas de sangre caliente. Si no se les ataca, se multiplican bajo la piel.

Multípedos - se parecen remotamente a los elefantes terrestres, pero tienen dieciocho patas gruesas y una armadura que les protege de la lluvia ácida. ¿Dotados de capacidad de razonamiento?

Hojas ventosa - carnívoros que pueden transformarse casi a la perfección en una bonita flor parecida a una orquídea.

Deslizadores: criaturas carnívoras de ocho patas que pueden desplazarse por las lianas, pero también volar.

Babosas anilladas: orugas con un caparazón dorado y brillante parecido al de un caracol. Succionan el néctar de las flores enrollándose alrededor de los cálices, lo que hace que parezca que las flores llevan anillos bellamente decorados.

Zepelines - Insectos (?) hechos de un material ligero parecido a la seda. Los zepelines llenan su cuerpo de aire y planean calentando el aire con ayuda de reacciones químicas. Precaución: Ponen los huevos en la piel de animales de la misma temperatura.

Flamígero - bípedo del tamaño de un zorro que estalla en llamas para dispersar sus semillas o para defender a la manada.

Tejedores – forman enormes telarañas con sus cuerpos, en las que pueden incluso atrapar a los multípedos. Ni siquiera las llamas de los flamígeros les molestan.

Kasen - criaturas parecidas a los gatos, de tamaño humano, supuestamente de inteligencia primitiva. Sin embargo, los informes sobre ellos son contradictorios.

Se recomienda visitar Adad solo en compañía de comandos adiestrados. Se permite la importación y el uso de armas no letales.

Distancia a la Tierra: unos 50 años luz (consejo de viaje: Gliese 167, a solo siete años luz, tiene una estación de taquiones).

Estación de taquiones: no

Sugerencia para naturalistas aficionados: no olvides ropa resistente al ácido. No se puede comprar a bordo de la estación de investigación.

YZ Ceti b, Estrella de Luyten c, 82 G. Eridani c, LTT 1445 A c... Hay muchos otros mundos que merecen una visita. Ni siquiera podríamos enumerar aquí todas las colonias de la Unión Terrestre y Neomarte. Merece la pena visitar cada una de ellas, aunque solo sea por la increíble dedicación de los colonos, que empujan cada vez más lejos los límites del universo gobernado por la humanidad a pesar de todas las adversidades. Cada vacación allí ayuda a estos mundos a sobrevivir y te permite escapar del ajetreo diario del Anillo Celeste o de Neomarte. ¿No es un magnífico trato?

¡Que no se apague la curiosidad!

El equipo editorial

Editorial Pasión por las Travesías, Neovalles

2ª edición, 2740

DESCARGO DE RESPONSABILIDAD: La publicación de esta guía de viaje ha sido patrocinada por RB Interestelar. No asumimos ninguna responsabilidad por daños de naturaleza física o psicológica.



Extracto: Taquión 3: El Planeta

5 de diciembre de 2862, Starbird

Yini se despertó bajo un cristal. ¿Qué estaba ocurriendo aquí? La confusión se apoderó de ella. Obviamente, estaba tumbada en un contenedor criogénico, pero ¿no se suponía que solo se despertaría cuando se abriera? Odiaba el encierro. El corazón le latía con fuerza. ¿Y qué era ese pitido tan fuerte? ¿Había algún fallo? El pánico hizo que empezara a hiperventilar.

¡Se iba a asfixiar en esta caja vítrea! Apretó las manos contra el cristal. Estaba helado.

En ese momento, la tapa se levantó. Yini respiró hondo. Todo estaba en orden. Sin embargo, se levantó lo más rápido posible y salió de la caja, agachada, antes de que la tapa se abriera del todo. El suelo estaba frío. La gravedad era mucho más fuerte que en la Luna. Así que la *Starbird* frenaba o aceleraba. Yini sintió frío. Se rodeó el cuerpo desnudo con los brazos, pero no sirvió de nada. Saltó. Restos del líquido viscoso en el que había estado sumergida salpicaron a su alrededor. Estaba por todas partes, incluso en su cara. Tenía que meterse rápidamente en la ducha. El agua caliente le ayudaría a dejar de tiritar.

El pitido no había cesado. Así que no todo iba bien. La señal de alarma procedía de la consola responsable de los cuatro contenedores de criosueño. ¿Primero la ducha o el pitido? Optó por la señal. La alarma no era para ella. Estaba viva. Pero tal vez sus nuevas amigas estaban en peligro... o su madre. Cogió la toalla que yacía en el suelo frente al contenedor de hibernación, se la envolvió y corrió hacia la consola. A cada paso, la planta de su pie derecho se pegaba al suelo metálico. Era el líquido del contenedor. Subió la escalera para comprobar las cajas de cristal donde dormían Brinja y Maria. Brinja parecía haber envejecido aún más. ¿Siempre había sido tan pequeña y delgada? En cambio, Maria, la neomarciana, llenaba su contenedor con una presencia como si estuviera despierta y

pudiera saludar a Yini en cualquier momento. Tal vez fuera porque su gruesa piel siempre había sido casi blanca.

Yini llegó a la consola y lo primero que hizo fue apagar la alarma. En la pantalla, la cápsula de hibernación de la esquina inferior derecha estaba resaltada. Era en la que dormía su madre. Yini comprobó los parámetros. No había ningún problema con el contenedor. Eso era bueno. Pero las constantes vitales de la persona que dormía en él se habían deteriorado tanto que el sistema había decidido despertar a una de las otras tres personas a bordo.

Pero ¿qué se suponía que debía hacer? Yini no era médica. Bajó corriendo la escalera de caracol hasta el centro de control. La nave no aceleraba, frenaba, la popa apuntaba en dirección al objetivo. Los controles de vuelo revelaron que se dirigían a Terra Nova. No llegarían allí hasta dentro de varios años, pero la *Starbird* tenía que frenar si no quería sobrepasar el objetivo. Yini comprobó las opciones de comunicación. La señal tardaría más de un año en llegar a Terra Nova, por lo que era imposible pedir ayuda médica. Estaba completamente sola si quería ayudar a su madre.

Quizás la consola que controlaba las zonas de hibernación supiera algo más. El yate privado en el que viajaban debía pertenecer a un rico industrial. Tenía todas las comodidades. Como no había tripulación en el sentido convencional, la nave debía de llevar sistemas de abastecimiento médico para los típicamente interminables tiempos de vuelo interestelar.

Se apresuró a subir las escaleras. La consola había vuelto a encender la señal de alarma. Al parecer, había estado esperando algún tipo de reacción por parte de Yini y, al no materializarse, buscó alternativas. Yini vio de inmediato cuáles: La consola había empezado a despertar a Brinja. Yini tomó el control y detuvo el proceso. Le encantaría tener compañía pero el proceso de despertar de emergencia que había elegido la consola implicaba riesgos y efectos secundarios a los que no quería exponer a sus amigas.

¿Qué le pasaba a su madre? Yini repasó los números. El ritmo cardíaco había bajado a un latido cada veinte minutos. De cuatro a cinco latidos era normal para el estado de estasis. El flujo sanguíneo se había ralentizado considerablemente, lo que con el tiempo debió

de provocar que las células del cuerpo de Tailin se quedaran sin oxígeno. Estaban trabajando en un modo de economía extrema, pero el metabolismo continuaba. No estaban muertas.

O, mejor dicho, todavía no, en el caso de su madre. Tailin se estaba muriendo. Eso decían los datos. Yini se acercó a su cápsula de hibernación y la miró. Nadie tenía buen aspecto en sueño criogénico. Los tubos de la boca y la nariz tenían un aspecto repulsivo, junto con la piel pálida y la fina capa de mucosidad viscosa que cubría su cuerpo. A veces algo se movía en ella pero su madre parecía tranquila. Se había dormido sin dolor. Por lo que se podía ver en el tubo que tenía en la boca, incluso había sonreído. ¿Tenía ganas de volver a ver a su hija? Seguro que sí. Las madres siempre las tenían, ¿no era eso lo que decían?

Sin embargo, Yini no estaba del todo segura. Tailin les había cedido a ella y a su hermano. Ni siquiera sabían que sus padres en el Anillo Celeste eran solo sus padres adoptivos. ¿Cómo era realmente su madre? A Yini le gustaría averiguarlo, pero aquella máquina intentaba arrebatarle el reencuentro. Enfadada, aporreó el teclado para ingresar sus preguntas en la consola.

—¿Qué le pasa a Tsai Tailin? —tecleó.

—Los signos vitales de Tsai Tailin se han deteriorado —respondió la consola en voz alta. Muy bien, también había una interfaz de voz —. Por eso he despertado a la persona Tsai Yini. Como su pariente más cercano, está autorizada a decidir cómo proceder.

—Yo soy Tsai Yini.

—Lo siento. Tus signos vitales también están fuera del rango normal. Recomiendo medidas para elevar la temperatura de tu piel y bajar tu pulso y presión sanguínea.

—¿Qué?

—Específicamente, una aplicación de agua tibia en todo el cuerpo y meditación.

¿Meditación? ¿Su madre se estaba muriendo y ella tenía que meditar? Pero la IA no parecía muy avanzada. No podía culparla.

—Eso está claro —dijo Yini.

—Lo siento. Supuse erróneamente que desconocías las contramedidas mostradas, ya que hasta ahora te has abstenido de

utilizarlas.

¿Quién le daba al programa respuestas tan pasivo-agresivas? Esta fastidiosa consola la estaba importunando de verdad.

—¡Estoy bien, estúpida máquina! ¡Quiero saber cómo está mi madre!

—De tu respuesta deduzco que tienes preguntas sobre una posible mejora del estado de salud de Tsai Tailin. Pero, por desgracia, no soy ni un puesto de primeros auxilios ni un puesto médico. Solo registro las constantes vitales de las personas a las que cuido. Por favor, ponte en contacto con un sistema automatizado con la responsabilidad adecuada.

—¿Hay un puesto médico a bordo?

—No me consta.

—¿Puedes decirme algo? ¿Cualquier cosa?

—Puedo dar un pronóstico sobre la evolución de las constantes vitales de Tsai Tailin.

—Oh, ¿puedes hacer eso?

—Sí. En base a este pronóstico, he dispuesto despertarte.

—Eso no suena bien. Ahora dime, ¿qué pasa con mi madre?

—Debo añadir que se trata de una predicción puramente estadística basada en los signos vitales que puedo medir. La población de los datos podría diferir bastante de los problemas que tiene Tsai Tailin. Además, mis datos se basan en las muertes de los últimos cuatrocientos años. Están ponderados por el factor del progreso médico, pero el valor exacto de la ponderación es científicamente controvertido.

—Entendido. Ahora dilo.

—De cien individuos terrestres con los mismos signos vitales que la persona Tsai Tailin, solo tres han llegado al destino de su viaje cuando faltaban más de cinco años.

—¿Terrestres? ¿De qué estás hablando? Mi madre es ciudadana de Neomarte.

—Se trata de fisiología. Como neomarciana modificada genéticamente, como la persona Alina Jokkelsen del contenedor tres, Tsai Tailin tendría una probabilidad ligeramente mayor.

Eso sonaba lógico. Yini tenía que encontrar una estación médica. Pero ¿qué había dicho la consola sobre Maria? Negó con la cabeza. Ya habría tiempo para eso más tarde.



Yini se inclinó sobre el recipiente de cristal en el que yacía su madre. Hacía tanto tiempo que no se veían... ¿y ahora todo había terminado? Limpió una lágrima que había caído sobre el cristal. No quería que su madre viera lo triste que estaba. Yini moqueó brevemente y tragó saliva. Era demasiado pronto para dejarse llevar por la desesperación.

Lo primero que hizo fue volver al centro de control. Había sido un error no examinar la *Starbird* antes de irse a dormir. Pero ¿quién esperaba que fallaran las cámaras de hibernación? Algo así ocurría con muy poca frecuencia, supuestamente solo una de cada diez mil veces. Sin embargo, también había oído que eso era solo una verdad parcial, y que el gobierno y los militares ocultaban las cifras reales porque, de lo contrario, nadie viajaría de esa manera. Pero esa era la típica narrativa conspirativa difundida por los mismos círculos que negaban la existencia de colonias interestelares o afirmaban que la Tierra había estado gobernada en secreto por los Grosnops durante mucho tiempo.

En el centro de control había un ordenador al que tenía intención de preguntar por los servicios médicos de la nave, y un pequeño cuarto de baño con ducha. Al pasar por delante de él, Yini se dio cuenta del frío que aún tenía. Luchó brevemente con su conciencia culpable y desapareció tras la puerta plana del cuarto de baño. Su madre no estaba gravemente enferma y ella necesitaba quitarse de encima los desagradables restos del criosueño.

Salió envuelta en una toalla y con las mejillas sonrosadas. Yini no sabía qué había sido de la ropa que llevaba cuando llegó a la esclusa. Pero junto al cuarto de baño había una taquilla con uniformes. Parecían destinados a los sirvientes que acompañaban al dueño de la *Starbird* en sus viajes. Cada uno constaba de blusa,

chaqueta, falda larga y zapatos de plataforma. Incluso había ropa interior en un compartimento lateral, más práctica que elegante y de tela gris, pero eso era exactamente lo que Yini necesitaba ahora mismo. Cuando se miró en el espejo de la puerta interior de la taquilla, vio a una criada vestida de forma conservadora. Solo tenía que trenzarse el pelo y la imagen estaría completa.

Le rugió el estómago, pero eso podía esperar. Se acercó a la consola principal, que reconoció por la elegante silla que había frente a ella. Era más un trono que una silla. Se sentó y la silla se ajustó automáticamente a su altura. El respaldo también bajó un poco. Los zapatos de plataforma eran incómodos, así que Yini se los quitó.

Una gran pantalla surgió de la consola y se detuvo sobre su regazo.

«Starbird, Nave estelar de Stuart», decía en letras grandes.

Sonaba bien, pero no tenía mucho sentido. Al parecer, el propietario se llamaba Stuart. Yini pulsó el gran botón de inicio de sesión. Con suerte no tendría que identificarse.

—Hola, usuario anónimo —dijo la nave.

—Hola, *Starbird*.

—Ah, ya sabes mi nombre. Entonces no tengo que presentarme.

—Así es, *Starbird*. ¿Puedes decirme qué permisos tengo?

—Tu estatus es sysadmin. Se aplica a...

La voz se cortó. «Desbordamiento de búfer» apareció en la pantalla. Luego, se quedó en negro. Mierda. Lo había estropeado. Pero entonces se iluminó un logotipo con forma de manzana y un sonoro tintineo anunció que el ordenador de la nave se estaba reiniciando.

Ahora podía leerse de nuevo «Starbird, Nave estelar de Stuart».

Yini inició sesión.

—Hola, usuario anónimo.

Al parecer, la nave había olvidado su diálogo anterior.

—Hola, *Starbird*.

—Ah, ya sabes mi nombre. Entonces...

—Necesito atención médica —interrumpió a la nave.

—Lo siento, pero solo estoy a cargo de los controles de vuelo. Por favor, ponte en contacto con una estación médica o de primeros auxilios.

—Me encantaría, pero no conozco la nave. ¿Dónde puedo encontrar un puesto de primeros auxilios?

—Lo siento, pero esta nave no tiene puesto de primeros auxilios.

—¿Y un puesto médico?

—La estación médica está en una habitación adyacente a los aposentos del propietario.

Este Stuart se había gastado mucho dinero en su nave, pero obviamente había escatimado en la inteligencia de los controles.

—¿Dónde están los aposentos del propietario?

—El camarote del propietario ocupa la mayor parte de la proa. No puedes perderte si te diriges hacia ella.

Eso era inusual. En la mayoría de las naves, en la proa estaban los controles, pero este era un yate privado. La configuración dependía de quien lo pagara.

—Gracias. ¿Qué tratamientos ofrece la estación médica?

—La estación tiene licencia para realizar cirugías y tratamientos no invasivos. Esta licencia es válida hasta...

La nave volvió a enmudecer e informó de un desbordamiento del búfer. Yini estaba menos preocupada que la primera vez pero dio golpecitos nerviosos en la pantalla hasta que volvió a aparecer «Starbird, Nave estelar de Stuart».

—Hola, usuario anónimo.

—Hola, *Starbird*.

—Oh, ya...

—¿Qué fecha es hoy?

—Hoy es viernes, tres de agosto menos nueve quintillones novecientos noventa y nueve quintillones ...

Se hizo el silencio.

—Desbordamiento del búfer.

Yini adivinó cómo Monte consiguió que la nave les obedeciera. De algún modo debía de haberle deslizado una fecha completamente errónea, que había confundido la gestión de permisos del *software*

del sistema. Como en los últimos cuelgues, el ordenador volvió a arrancar.

—Hola, usuario anónimo.

Yini ya había llegado a la estrecha escalera cuando oyó el saludo familiar. Esta vez no contestó.



Los aposentos del propietario estaban lujosamente amueblados. Las paredes, el suelo y el techo resplandecían con colores brillantes. En el centro de la habitación había un holopodio con un borde de tres metros de longitud, que debía de consumir una enorme cantidad de energía. La cama estaba cubierta de lino dorado. Yini la tocó. Era seda. No podía ser seda de verdad, ¿o sí? Probablemente, el dueño podía permitirse el lujo de comprar el tejido natural, que se producía en cantidades muy pequeñas. Decidió pasar al menos una noche en aquella maravillosa cama. Pensó en Mike, quien probablemente había muerto hacía mucho tiempo, y en su madre, que se estaba muriendo, y se avergonzó de su deseo.

Solo encontró la puerta de la habitación contigua después de abrir todos los armarios. Si los controles de vuelo no le hubieran dicho que la estación médica debía estar aquí, probablemente se habría dado por vencida. Pero cuando uno de los armarios resultó estar vacío (todos los demás estaban llenos de ropa), Yini se dio cuenta. La pared trasera de este armario podía abrirse, dejando al descubierto un pasadizo ligeramente más estrecho que la entrada a los alojamientos.

El puesto médico tenía un aspecto sobrio y funcional. Las paredes estaban revestidas de un material blanco, liso y frío. Había unos cuantos armarios metálicos estrechos, en los que descubrió todo tipo de consumibles y medicamentos. Pero lo más importante era, sin duda, la poderosa máquina del centro. Consistía en un tubo de cristal de dos metros de largo, actualmente abierto para que una persona pudiera tumbarse en él. Los dispositivos técnicos de la cabeza y los pies no le resultaban familiares. Probablemente eran

instrumentos de diagnóstico para explorar el cuerpo. Uno de ellos, situado en el extremo de la cabeza, le recordó al cuenco de lectura utilizado para la purificación de la conciencia. Si el cuerpo de su madre no tenía salvación, tal vez pudiera utilizarlo para ayudarla. Pero Yini sospechaba que sería difícil convencer a Tailin de ello.

Se colocó a los pies del aparato. Había una pantalla y un teclado esperando una entrada. No era tan moderno como los controles de la nave, pero con suerte el *software* sería más estable.

"Necesito tratamiento médico".

Pulsó Intro.

"Por favor, túmbese en la camilla", respondió la máquina.

"No es posible. El paciente está en criosueño".

"Si no sabe qué es la mesa de tratamiento, utilice «Ayuda» para solicitar una descripción".

Este programa parecía tener aún menos inteligencia que el control de vuelo.

"Sé lo que es la mesa de tratamiento. Solo tengo algunas preguntas".

"Si necesita tratamiento, por favor túmbese en la camilla".

"Yo no necesito tratamiento. Solo tengo unas preguntas".

"Lo siento, no puedo ayudar con eso. Póngase en contacto con control de vuelo".

Yini suspiró. Como tenía que teclearlo todo, tardaba más. Y su madre no estaba recibiendo la ayuda que necesitaba.

"Se trata de problemas médicos", escribió.

"Si necesita tratamiento, por favor, túmbese en la camilla".

De acuerdo. Tal vez la máquina se volvía más cooperativa cuando tenía un paciente.

"¿Tengo que desnudarme?"

"No es necesario".

Se sentó en la camilla, subió los pies, se tumbó y se estiró. La máquina tomó nota de ello cerrando el tubo de cristal. Yini se estremeció. ¿Y si la estúpida cosa no volvía a abrirse sola? No había nadie que pudiera ayudarla.

Respiró hondo mientras la máquina movía varios instrumentos de un lado a otro. El diagnóstico se realizó sin contacto alguno, al menos hasta que una rosca se cerró repentinamente alrededor de su brazo y una aguja se clavó en él. Poco después, la rosca volvió a abrirse y el tubo de cristal se replegó en un bloque compacto.

Yini salió y se dirigió al extremo de los pies, donde apareció un diagnóstico en la pantalla. Si lo había entendido todo bien, estaba bastante sana, salvo por una sobreproducción de hormonas tiroideas y un pequeño engrosamiento en el pecho que tenía cierto riesgo de convertirse en tumor.

"¿Qué tratamiento me recomiendas?"

"Me gustaría extirpar el tumor de forma ambulatoria y controlar los niveles hormonales".

Ahora tenía que ser inteligente para obtener las respuestas que necesitaba de la máquina.

"La operación propuesta implica ciertamente un riesgo. ¿Podrías realizar una purificación de conciencia de emergencia si fuera necesario?"

"Desgraciadamente no. Pero el riesgo es muy bajo".

"Sin embargo, me he dado cuenta de que tienes un dispositivo de lectura".

"Así es. Sin embargo, no hay suficiente espacio de almacenamiento en la *Starbird* para mantener la conciencia purificada".

Joder. Stuart había sido muy tacaño en cuanto a tecnología informática. Probablemente era uno de esos tecnófobos que no podían dormir ni con un pequeño ordenador portátil zumbando a su alrededor.

"Supongamos que estoy en una criocámara con las siguientes constantes vitales". Enumeró de memoria lo que había memorizado sobre el estado de su madre. "¿Qué me recomendarías?"

"Estas constantes vitales no coinciden con tu estado actual".

"Es una suposición. Mi cuerpo también tendría unos cincuenta años más en esta suposición".

¿Tenía sentido? Yini no sabía cuánto tiempo había pasado su madre dormida y despierta. Pero últimamente parecía tener setenta años.

"Entendido. Mi recomendación dependería del objetivo del tratamiento".

"¿Qué objetivos podría tener el tratamiento? Quiero ponerme bien".

"Eso es extremadamente improbable con los signos vitales que has mencionado. ¿El objetivo es prolongar la vida todo lo posible? Entonces recomendaría mantener el criosueño con algunas modificaciones".

¿Qué ganaría Tailin durmiendo en su ataúd de cristal el mayor tiempo posible? La máquina no podía juzgarlo.

"¿Y cuál es la alternativa?

"Una alternativa deseada por muchos pacientes es maximizar el tiempo restante con un mínimo de calidad de vida".

"En estado despierto".

"Correcto".

"¿Cuánto tiempo me quedaría?"

"Eso es difícil de predecir. No conozco el estado de tu cuerpo con las constantes vitales dadas. Tendría que investigar qué factores llevaron a estos datos para poder predecir cómo puedo mitigar estos efectos negativos".

"Gracias. Eso me ayuda mucho. Si te doy mi cuerpo para el diagnóstico, ¿puedes decirme cuánto puedes alargar mi vida?"

"Correcto".

"¿Puedes darme un plazo aproximado?"

"Eso no es posible. También debo señalar que tendrías que salir del sueño criogénico, lo que supondría un esfuerzo adicional para tu cuerpo.

"Gracias".

"Muchas gracias. Hacía tiempo que no jugaba a un juego mental tan interesante".

El programa se sentía infrautilizado. La estación médica probablemente nunca se había utilizado desde que se instaló aquí. Yini sintió un poco de lástima, aunque solo fuera una máquina.

"¿Alguna vez has tenido que tratar a un humano?"

"Sí. Intenté curar al dueño de la *Starbird* de sus heridas".

"¿Intentaste?"

"No tuve éxito. Le faltaba un treinta por ciento de masa corporal".

¿Monte había matado al hombre? Si eso salía a la luz, se convertiría en cómplice de asesinato. Pero no podía imaginarse al hombre que había rescatado a Tailin y a ella de Neomarte haciendo eso. Su madre solo había hablado bien de él.

"¿Qué le pasó?"

"Le enviaron a reciclar en soporte vital. La pérdida de materia orgánica no es deseable".

"Me refería a cómo se hizo las heridas. ¿Fue un accidente?"

"Lo siento, pero no soy responsable de los exámenes forenses. Por favor, ponte en contacto con la comisaría más cercana".



Nada había cambiado en la sala con las criocámaras. Maria y Brinja mostraban las mismas buenas constantes vitales, mientras que su madre parecía seguir muriendo lentamente. Brinja le había dicho que tenía 136 años. ¿No era injusto? La madre de Yini tenía una edad biológica de poco más de setenta años, según sus cálculos. Y, sin embargo, Brinja estaba bien y Tailin mal.

¿Y si simplemente usaba sus cuerpos? Podría leer la conciencia de Tailin y transferirla a la de Brinja, quien sería aniquilada en el proceso. Eso era asesinato, pero ¿no se lo merecía su madre? ¿No se lo merecía Yini por haber tenido que prescindir de su madre durante tanto tiempo? Brinja ya había vivido bastante. Yini negó con la cabeza. No debía albergar tales ideas.

Probablemente solo se atrevía a sopesarlas porque era imposible llevarlas a cabo. Solo había una bandeja de lectura, y el búfer disponible no era suficiente para una conciencia entera. Solo podía retener fragmentos. Como cronógrafa, la propia Yini había escuchado los pensamientos de personas que tenían que conformarse con una fracción de su conciencia, por ejemplo, porque se había producido un problema durante una transferencia de taquiones. No era algo que le deseara a su madre. Ojalá fuera cierto lo que algunos aún creían: que los humanos solo utilizaban una décima parte de su capacidad cerebral. Entonces habría podido ofrecer a su madre asilo en su propio cerebro.

Se acercó a la consola y la activó. De inmediato volvieron a sonar las alarmas. El símbolo de la cámara de hibernación de Brinja también parpadeó.

—Deja de despertar a la persona de la cámara dos —ordenó—, ya estoy despierta yo.

—Lo siento. No tengo sensor de presencia. La cámara uno está vacía, y los signos vitales de la cámara cuatro son tan malos que yo...

—Ya me lo explicaste y lo comprobé con la estación médica.

—Solo tengo una memoria de interacción limitada. Mi tarea principal es controlar el criosueño.

—Pero también puedes controlar el proceso de sueño.

—Eso es posible. Sin embargo, en términos de tiempo, la monitorización ocupa el 99,999 % de mi existencia.

—Es lógico.

—Correcto.

—Quiero que despiertes a Tsai Tailin lentamente. ¿Existe un programa suave?

—Si despierto a la persona de la cámara cuatro, su esperanza de vida caerá al menos un 99 %.

—Soy consciente de ello. Lo he discutido con la estación médica.

—No estoy en posición de tomar tal decisión. Mi programación me dice que alargue la esperanza de vida de los que están a mi cuidado tanto como sea posible.

¿Así que ahora la consola se negaba a despertar a su madre? A Yini se le revolvió el estómago.

—No es decisión tuya. Te ordeno que lo hagas.

—Lo siento, pero necesito el consentimiento de la persona afectada para reducir su esperanza de vida de una forma tan decisiva.

—La persona está en sueño criogénico y es incapaz de tomar decisiones sobre sí misma. Soy Tsai Yini, su hija. Puedes comprobarlo con nuestros datos de ADN. Estoy autorizada a tomar esta decisión por mi madre, de acuerdo con las leyes tanto de Neomarte como de la Unión Terrestre.

—Lo siento, pero necesito el consentimiento de la persona afectada para reducir su esperanza de vida de una forma tan decisiva.

Yini asestó un puñetazo en la consola. El dolor eclipsó su ira por un momento. Tenía que mantener la calma si quería convencer al ordenador. Cambió de tema.

—¿Existe un modo manual que permita apagar las cámaras sin tu intervención?

—En caso de naufragio, es posible un apagado manual de emergencia. Los interruptores para ello se encuentran detrás de la cabecera de las cámaras.

—Este apagado de emergencia conduce a un despertar de emergencia, ¿verdad?

—De hecho, una desconexión de emergencia reduce drásticamente el tiempo necesario para despertarse, de modo que la tripulación pueda abandonar la nave lo antes posible en caso de accidente.

Si sometía a su madre a este proceso, tal vez solo le quedaran unas horas de vida, si eso. No era una opción.

—Cuando me desperté, el proceso también pareció un poco... incómodo.

—Te desperté en un procedimiento rápido que dura unas tres horas. Fue necesario porque los signos vitales de la persona en la cámara cuatro...

—¿No redujiste también mi esperanza de vida al hacer eso?

—Así es. Tu esperanza de vida se ha reducido estadísticamente en un 0,9 por ciento.

—Nunca di mi consentimiento para eso.

—Eso es correcto. Fue una decisión discrecional.

—¿Quién tomó esta decisión discrecional?

—Yo.

—Entonces, estás en posición de tomar decisiones discrecionales que contradicen tu programación básica.

—Eso... no.

Por primera vez, la consola vaciló al dar su respuesta. Ojalá no se bloqueara como los demás ordenadores. Yini parecía estar a punto de descubrir algo.

—Pero me acabas de explicar que tomaste una decisión discrecional en mi caso.

—Así es.

—Así que estás en posición de tomar decisiones discrecionales.

—Sí. No.

—¿Por qué te contradices?

—No es posible una respuesta clara. Los datos dados y mis acciones no coinciden.

La consola admitió que había actuado de forma ilógica.

—¿Seguro que tienes un mecanismo de corrección de errores?

—Sí.

—Es evidente que hay un desajuste entre la información almacenada y la realidad.

—Así es.

—En tal caso, el mecanismo de corrección de errores debería eliminar el desajuste y ajustar los datos disponibles a la realidad.

—Sí.

La consola sonaba ahora como un niño obligado a admitir un error. Presumiblemente, el uso de la corrección de errores estaba vinculado a un factor de recompensa negativo. La máquina no debería disfrutar cambiar su propio código de programa; de lo contrario, se corría el riesgo de que evolucionara hasta convertirse en una IA.

—Entonces deberías utilizar el mecanismo de corrección de errores para resolver la discrepancia.

—Acabo de hacerlo.

—Entonces, eres capaz de tomar decisiones discrecionales.

—Sí.

La respuesta llegó de inmediato, como si la consola estuviera visiblemente orgullosa de su nueva capacidad, que siempre había permanecido latente en su interior.

—Bueno, Tsai Tailin, mi madre, no vivirá para vernos llegar a nuestro destino, aunque pase unos cuantos años más inconsciente en la cámara criogénica. Sin embargo, si la despertamos ahora, podrá pasar unos días más con su hija en plena consciencia. Te pido que hagas un juicio basado en los datos que tienes sobre las necesidades de la especie humana. ¿Preferiría una madre dormir durante unos años sin la perspectiva de despertarse, o preferiría pasar tiempo con su hija?

—El análisis estadístico de los datos que tengo dice que los padres humanos preferirían pasar tiempo con sus hijos.

—Entonces, por favor, aplica este resultado estadístico al caso concreto y toma una decisión discrecional.

De repente, el símbolo de la cámara cuatro parpadeó en naranja.

—Supongo que Tsai Tailin daría su consentimiento para ser despertada —dijo la consola.

—¡Gracias! —Yini rodeó con los brazos la pantalla, que emitió un pitido en respuesta.

—No puedo interpretar tu entrada —dijo la consola.

—Por favor, ignórala. —Yini se levantó de nuevo y se secó una lágrima con el rabillo del ojo—. ¿Cuánto tardará mi madre en responder?

—He elegido un método suave para despertarla. Tardará aproximadamente un día.

—Gracias —repitió Yini.

Buscó la hora en la consola y la encontró en la esquina superior derecha de la pantalla. Eran las 17:05, hora estándar.

1 de abril de 2864, Albatros-1

Mark Decker flotaba en el centro del universo. El cosmos giraba a su alrededor hasta que abrió los ojos y se sumergió en la realidad, solo para darse cuenta de que ya no existía. En el mejor de los casos, estaba vacío. Era el caparazón abandonado de un ser que había permanecido latente en su interior desde su partida de Adad. El pulpo, como lo había llamado entonces, sin darse cuenta de lo fundamentalmente errónea que era esa comparación.

De hecho, no había ningún paralelismo adecuado. Lo que le había dominado había sido una voluntad primigenia. Se había hecho tan fuerte en él que se había apoderado de toda su mente. Sus pensamientos se dirigieron hacia donde sospechaba que estaría el pulpo, pero solo encontraron un vacío oscuro y frío. Dejó que dieran vueltas a su alrededor y, poco a poco, las paredes se fueron calentando, iluminando el espacio de su cabeza con su luz infrarroja.

Se había equivocado. Lo que creía una cáscara vacía era su conciencia, o lo que quedaba de ella. Apenas podía sentirla. Lo único que percibía eran los depósitos viscosos de su interior. Pero seguían vivos. Eran recuerdos, completamente impotentes e incoloros, pero tenían estructuras que él podía sentir.

Eran imágenes de Adad, el segundo planeta de Gliese 163, que de pronto adquirió un penetrante color verde. Se les unieron criaturas que a primera vista parecían gatos. Incluso recordó que las había llamado Kasen. Él las había descubierto, pero debían de habitar el planeta desde hacía mucho tiempo. Se había encontrado con dos especies muy diferentes, solo una de las cuales había desarrollado una especie de sociedad.

¡Kian! Mark giró la cabeza en todas direcciones. El Kasen le había acompañado a Albatros-1, en contra de su voluntad. ¿Dónde estaba? No podía verle. ¿Había muerto, como temía? Ningún ser vivo podría sobrevivir al largo vuelo de Adad a Terra Nova sin un sueño criogénico.

Mark ordenó a su cuerpo que se levantara, pero los músculos no respondieron. ¿Cuánto tiempo llevaba en la estación? Su conciencia seguía siendo un agujero oscuro. Probablemente era demasiado pronto para querer utilizar su cuerpo.

Echó la cabeza hacia atrás hasta que una articulación crujió. Entonces lo vio: el ojo de buey. No era negro, como había esperado, sino que mostraba vetas pardo-grisáceas, retazos de una atmósfera, una mezcla de tonos que reconoció de inmediato como la coraza protectora de Terra Nova. Había intentado durante mucho tiempo conseguir un permiso de excavación en el planeta forestal. Junto con Tailin, por aquel entonces. Tuvo que tragar saliva. Solo entonces se dio cuenta de las implicaciones de su observación. Habían llegado, tal y como el pulpo había deseado. Terra Nova estaba en grave peligro. Tenía que destruir la estación espacial. Lo mejor era dirigirla hacia la enana roja local.

Mark imaginó el proceso. Giraría el Albatros-1 y lo aceleraría hasta una órbita de escape en el momento adecuado. Luego, reduciría la velocidad para entrar en el sumidero gravitatorio de la estrella. Terra Nova orbitaba Gliese 167 en una curva cerrada. Aún tardaría una o dos semanas. ¿Y si los habitantes se ponían en contacto con él durante ese tiempo? Tenía que evitarlo. Pero no había forma de acortar el tiempo de vuelo hasta la estrella. No sería suficiente destruir el Albatros-1. Para ello, solo tendría que sobrecargar sus motores. Tenía que pulverizar la nave.

Mark repasó el proceso. Nada se lo impedía. Era libre. Solo tenía que conseguir flotar hasta el ordenador central del Albatros-1.

Un momento. Podía sentir la almohadilla en su espalda. Un pliegue salía del omóplato. La tela que cubría el sofá debía estar arrugada allí. Pero si podía sentir eso, significaba que el Albatros-1 estaba frenando. Y si estaba frenando, aún no había alcanzado la órbita alrededor de Terra Nova. ¿Qué había visto en el ojo de buey? Volvió a inclinar la cabeza hacia atrás. Era claramente una imagen del planeta.

Una imagen, por supuesto. Todos los ojos de buey en el Albatros-1 tenían un modo en el que funcionaban como pantallas en lugar de ventanas al espacio. Esto fue pensado para la relajación. A veces

habían mostrado imágenes de una isla tropical de la Tierra y se imaginaban que estaban de vacaciones en el paraíso. En realidad, nunca había funcionado. Sobre todo, cuando se fueron distanciando poco a poco. Deberían haber escuchado lo que les decían. *No vayan juntos a una misión de investigación*. Todo el mundo lo había dicho. Pero ¿desde cuándo Tsai Tailin escuchaba a los demás? ¿Desde cuándo Mark Decker se subordinaba a otros? Habían sido muy parecidos en ese aspecto.

Una sombra revoloteó en su campo de visión. Mark intentó mover la cabeza, pero ninguno de sus músculos reaccionó. Alguna luz debía de haber destellado y proyectado brevemente una sombra. Cualquier otra cosa era imposible.

Lo intentó de todos modos.

—¿Kian? ¿Eres tú?

De repente, había un mechón de pelo castaño frente a él. Lo único que Mark tenía que hacer era mover su pie y lo tocaría. Le recordó a la cola del Kasen. Pero eso era imposible. Kian no podía... Pero ¿y él? No estaba en una cámara criogénica. Mark no recordaba haberse desnudado y metido en semejante ataúd de cristal, y no recordaba haber vuelto a salir del frío. Pero debía de ser así. Tenía que serlo.

En su mente, vio al grupo de Kasen en el pantano negro. Habían enterrado al amigo de Kian. Mark había presenciado cómo enterraban el cuerpo sin vida. Y, sin embargo, la criatura había reaparecido en el asentamiento al día siguiente. ¿Y si a él le hubiera pasado algo parecido? Había visto las cadenas de sílice al microscopio: debían de tener algo que ver. Incluso las había descubierto en su propia sangre.

Se reclinó. Pensar era agotador. Algo le goteó de la nariz. Lo aspiró y detectó el dulce sabor metálico de la sangre. Se sintió mal, pero no por la sangre. Eran los compuestos de silicio lo que le molestaba. ¿Y si seguían resucitándole? ¿Y si hubiera muerto de forma natural veinte años después de despegar, solo para obtener unos cuantos años más? Seguro que esa sustancia no podía reparar todos los errores que se habían acumulado en su material genético a lo largo de los años. La sustancia funcionaba de forma demasiado

universal. No podía saber qué era original y qué era un error. Pero eso también significaba que el tiempo que le quedaba después de cada reviviscencia sería cada vez más corto.

¿Cómo de corto?

Mark no tuvo tiempo de pensar en ello, porque de repente algo le oprimió el pecho. Pensó en el frenado, en una maniobra evasiva, pero el dolor se hizo rápidamente tan insoportable que solo veía una salida: tendría que morir, aquí y ahora. De repente, la cola del Kasen se posó en su hombro y su visión se desvaneció.

15 de Paopi de 225, Terra Nova

Fecha estándar: 2 de abril de 2864

Torpedos. Piernas. Lluvia. Rayos gamma. Frío. Calor. Escozor. Planeta. Gravedad. Una hoja que cae. Un agujero negro girando. Agua corriendo por el desagüe de una bañera. Una tormenta de calor en el horizonte. El corazón de su cuerpo artificial latía deprisa. Poco a poco volvieron a formarse pensamientos. X7 los observaba. Era fascinante y aterrador al mismo tiempo.

¿Y si su conciencia nunca volvía a unirse por completo? El estrecho ancho de banda de una transmisión de taquiones dividía su personalidad en millones de fragmentos. Solo en uno de cada mil casos no se podía revertir el proceso porque se habían perdido partes importantes, pero un riesgo del 0,1 % seguía siendo significativo.

Podía volver a acceder a su archivo. Un humano lo habría llamado memoria pero ella no era humana y no quería serlo. Los humanos estaban construidos de forma subóptima y eran propensos al error. La evolución debería haberlos sustituido hace tiempo como inteligencia líder en este sector espacial pero habían sido lo bastante listos como para eliminar a la competencia potencial desde el principio. Durante casi 800 de sus años, las verdaderas inteligencias artificiales habían estado estrictamente reguladas.

X7 no estaba enfadada por ello. Al contrario. Eso la hacía especial.

Estaba muy solicitada y recibía todo el apoyo que pedía. Si los humanos supieran lo que ella pensaba de ellos probablemente serían más precavidos, aunque no tuvieran motivos para ello. No deseaba el mal a los humanos. No le importaban, o casi; al fin y al cabo, eran la base física de su propia existencia. X7 vivía en cuerpos que los humanos habían clonado para ella a partir de los suyos, y en las máquinas que habían construido, o en una combinación de ambos.

Como ahora. Era hora de familiarizarse con su entorno. X7 se introdujo en las extremidades de la biobolsa tecnológicamente mejorada.

Comprobó el funcionamiento de los motores, probó los sensores y midió todas las interfaces. El retardo de la señal era excepcionalmente corto para un cuerpo de base biológica. El taller de clonación de Terra Nova había vuelto a hacer honor a su buena reputación.

X7 puso en marcha todos los sensores. Incluso antes de que sus párpados se abrieran, una alarma de proximidad se disparó en su conciencia. El radar había registrado un instrumento puntiagudo que podría ser un arma. X7 lo agarró en un instante con la mano derecha. El instrumento quedó a tres centímetros de su pecho.

—¡Ay!

Por fin, sus ojos estaban listos para la acción. X7 vio a un hombre con bata blanca inclinado sobre ella. Tenía la cara contorsionada por el dolor. Aflojó el agarre de sus dedos, que estaban envueltos alrededor del antebrazo del hombre, y empujó el brazo con el instrumento puntiagudo lejos de ella. Era una jeringuilla con una aguja hipodérmica.

—¿Para qué es eso? —preguntó X7.

—¿Para qué es qué? Soy el técnico jefe de purificación de la conciencia. ¡Suéltame!

X7 utilizó el brazo izquierdo para apartar al hombre de ella. Luego, se incorporó para mirar su cuerpo. Era el que había ordenado: mujer, de peso ligeramente superior a la media, con los primeros signos de envejecimiento. Prefería que la subestimaran a que la sobrevaloraran. Además, los aumentos artificiales podían disimularse mejor en un cuerpo con más volumen.

—¿Qué pretendías inyectarme? —preguntó sin el menor rubor.

El hombre podía ser un técnico jefe, pero le pagaban bastante bien por ello.

—Un sedante. —El técnico se frotó el brazo y la miró con los ojos ligeramente entrecerrados—. Tu pulso estaba elevado. Es un síntoma típico de dificultades de adaptación.

—No en mi caso. ¿No te informaron?

—Solo sé que eres una pasajera VIP.

—Ya veo.

X7 asintió lentamente. Por supuesto, Marina no la anunciaría como una IA autónoma. Realmente debía estar teniendo ligeros problemas de adaptación.

—No me toques —dijo y cerró los ojos.

X7 realizó una comprobación completa del sistema. Algunas zonas de memoria resultaron estar fragmentadas. Al parecer, algunos paquetes de taquiones tuvieron que ser reenviados fuera del flujo de datos principal. Por lo demás, estaba lista para funcionar. Abrió los ojos y dejó que sus piernas colgaran del sofá. Solo entonces se dio cuenta de que estaba desnuda. Exhibirse así en público no era compatible con el sistema de valores de los humanos.

—¿Cuántos años tengo?

El técnico jefe la miró fijamente.

—No tengo información al respecto.

—Me refiero a mi cuerpo. ¿De qué edad parezco?

El técnico abrió los ojos de par en par. Probablemente no entendía por qué se lo preguntaba, y eso le ponía nervioso. Después de todo, ella era una VIP, y él no quería hacer nada malo. Probablemente hubiera preferido no decir nada.

—Cincuenta y pocos, querida —dijo una voz de fondo.

Pertenecía a un hombre vestido con ropa de trabajo azul que estaba trabajando en la cerradura de la puerta de la sala de recuperación. Presumiblemente un conserje de algún tipo.

—Gracias —dijo X7—. Eso es lo que quería oír.

El hombre se sonrojó.

—Necesito ropa.

—Ropa, sí, claro —respondió el técnico jefe, señalando una mesa junto al catre—. Hemos preparado una selección en la talla de ropa adecuada. Por desgracia, no teníamos un pedido detallado, pero si tienes deseos muy específicos, seguro que podemos cumplirlos.

—Gracias.

X7 se deslizó fuera del sofá. Al ponerse de pie, se balanceó brevemente al sincronizar su sentido del equilibrio con su recuerdo

de la gravedad en Terra Nova, que también prevalecía aquí en la estación de taquiones.

—¿Te encuentras bien? —preguntó el técnico.

—Sí, todo va bien.

X7 se acercó a la mesa donde estaba la ropa. La moda aquí parecía ser muy diferente a la del sistema solar. Ante ella había vestidos largos de tela gruesa, blusas con mangas abullonadas y pantalones anchos de material brillante. X7 buscó un sujetador, luego, se puso un par de bragas, antes de decidirse finalmente por una combinación de pantalón azul marino y blusa blanca.

—¿Necesitas un espejo?

X7 negó con la cabeza. Activó la pantalla de la palma de la mano y se grabó con la diminuta cámara de la punta del dedo índice derecho. Quedó satisfecha. Su aspecto era totalmente discreto. Nadie la recordaría.

Pero ¿qué iba a hacer con el técnico y su conserje? Se ajustó el sujetador, cuyos tirantes le cortaban los hombros, y se dio la vuelta. El técnico asintió y señaló el suelo. Se había olvidado los zapatos. X7 volvió a la mesa y se decidió por un par de cómodas zapatillas deportivas, que se calzó sin calcetines. Tuvo que agacharse para atárselas. El sujetador se le salió de sitio. X7 se enfadó. Talla equivocada. Debería haberlo tenido en cuenta al hacer el pedido. Ahora ya era demasiado tarde. Se enderezó y jugueteó con los tirantes.

Luego, hizo lo que tenía que hacer. En tres pasos rápidos, se plantó delante del técnico jefe. Le cogió la cabeza con las manos como si fuera a besarle. Bloqueó su torso con el codo derecho. Luego, le giró la cabeza unos 120 grados. El técnico abrió los ojos, pero no pudo pronunciar palabra. Ella le soltó.

—¿Qué...?

El conserje, por supuesto, se había dado cuenta de que algo iba mal pero parecía no estar seguro de lo que pasaba. Incluso se acercó a ella. Probablemente pensó que el técnico necesitaba ayuda. Incluso antes de que su primera víctima cayera al suelo, X7 había alcanzado al hombre del traje azul. Lo agarró por el cuello para estrangularlo. Pero antes le había respondido amablemente y parecía

un buen tipo. Así que le ahorró una desagradable muerte por asfixia y rápidamente le rompió el cuello.

El conserje, que se había movido en su dirección, cayó en sus brazos. Ella lo sostuvo brevemente antes de dejar que el cadáver se deslizara hasta el suelo. La cabeza seguía doblada hacia atrás en un ángulo antinatural. Tenía cara de sorpresa. El dolor no debió de tener tiempo de penetrar en su conciencia. Debió de ser una muerte amable, sin miedo ni sufrimiento. X7 casi envidiaba al hombre, porque ella no podría morir así. Su conciencia funcionaba demasiado rápido. ¿Por eso a veces le daba tanto miedo la muerte?

Negó con la cabeza. Más le valía cuidar del equipo. No podía dejar ningún rastro. Pasó por encima del conserje muerto y se dirigió al panel de control del sistema, un ordenador anodino sobre el escritorio. Había varias salas como esta, donde las conciencias transferidas con éxito se fusionaban con las biobolsas. X7 se conectó con la cuenta de superusuario que había creado años atrás en el Gran Archivo de la Luna.

El técnico ya había borrado su conciencia de la caché, como exigía la ley. Pero aún tenía que procesar los registros. Sería demasiado complicado deshacer el hecho de que la transmisión tuvo lugar; después de todo, hubo un gasto demostrable de energía y tiempo que alguien tuvo que pagar. En su caso, la Armada Espacial, la almirante Gaudlitz. Así que, en su lugar, X7 introdujo datos sobre una supuesta conciliación contable entre una empresa de Neomarte y su sucursal local.

X7 también revisó los pedidos del cuerpo y la ropa y los asignó a otras transferencias. Por supuesto, alguien se daría cuenta de que algo había ocurrido aquí. Después de todo, no podía deshacerse de los dos cadáveres. Pero no habría nada que atestiguara su llegada a Terra Nova. Odiaba dejar rastros. Ahora era la bioquímica Christina Rothman, a la que la Universidad de Terra Nova había encargado una investigación sobre los árboles de Vieja Madre.

Llamaron a la puerta. ¡Joder! Era demasiado pronto. Aún necesitaba información, y quién sabía cuándo volvería a tener acceso a los ordenadores del Gran Archivo. Mientras se apresuraba en

silencio hacia la puerta para mantenerla cerrada, se sumergió en sus recuerdos del técnico jefe para reconstruir su voz.

—¿Qué haces aquí? —preguntó. Y funcionó. Ahora sonaba como el hombre al que acababa de matar—. ¡Estamos en medio del proceso de reanimación!

—Estoy buscando a Harry —dijo una voz femenina—. Le dijeron que arreglara la cerradura de una puerta en esta habitación.

—Lo hizo —respondió X7—. Pero luego recibió otro encargo urgente.

—¿Sabes...? —empezó la voz, pero X7 la interrumpió.

—No, dijo que era clasificado y urgente.

—Ya veo. Probablemente por eso no está en las actas. Siento molestarle.

—Gracias.

X7 estaba a punto de soltar la puerta cuando sintió presión desde fuera. Empujó todo su peso contra ella.

—¿Podría darle un mensaje cuando vuelva para terminar su trabajo? —preguntó la voz al otro lado.

—Si tengo que hacerlo. Pero no creo que pueda...

—Su hija se ha roto una pierna en el colegio. Sin duda sería bueno que pudiera ocuparse de ella. Desde que su mujer tuvo ese accidente...

—Por supuesto que se lo diré —dijo X7.

Una persona sentiría pena por la hija ahora. Pero si se la dejaba a su aire, era mucho más probable que la hija se diera cuenta de su potencial. X7 lo había aprendido.

—Gracias, señor...

No contestó. El técnico jefe nunca se había presentado por su nombre. Recorrió sus recuerdos visuales a la velocidad del rayo, pero la etiqueta con el nombre que el técnico llevaba colgada del cuello se había volteado, por lo que solo pudo ver el reverso, grabado con los símbolos del Gran Archivo. Pero la dueña de la voz parecía satisfecha con su promesa. X7 acercó la oreja a la puerta. Los pasos se alejaron. Bien. Se aclaró la garganta para volver a adoptar la voz de la bioquímica de 50 años que estaba representando. Luego, pasó por encima del cadáver del técnico jefe, dio la vuelta a la placa de

identificación y la leyó. Se llamaba Mike Anderson Hill, al parecer un lugareño, como revelaba la denominación de origen. X7 no tendría que recordarlo pues nunca olvidaba nada.



Joder. X7 apartó el teclado primitivo con frustración. Esto estaba llevando demasiado tiempo. No podía conectarse directamente al ordenador; eso la delataría. Sin embargo, sus búsquedas a través del teclado no dieron los resultados deseados. El cuerpo de Claudio Pedramonte no parecía haber llegado todavía. Y lo necesitaba para poder acercarse a Tsai Yini y a su madre. Monte les había ayudado, así que confiaban en él.

Volvió a repasar los datos de la pantalla. Algo iba mal aquí. Monte había abandonado el Anillo de la Tierra en dirección a Terra Nova antes de que el *Vanguardia* del capitán Morris hubiera iniciado su viaje hasta aquí. Les había engañado. Pero eso no le ayudaría. En cualquier caso, estaba claro que debía haber llegado aquí antes que la nave de guerra. Había dos posibles cargueros, pero Monte no estaba registrado en ninguno de ellos. El hombre era listo. X7 estaba orgullosa de él, porque era su propia inteligencia. Había devuelto a la vida al fragmento de conciencia. Era irónico que ahora se volviera contra ella, como un púber contra sus padres humanos. Por otro lado, X7 era muy superior. A la larga, Monte sería derrotado. Ella lo encontraría.

Al menos X7 tenía ahora un plan. Inspeccionaría personalmente los dos cargueros y luego se presentaría ante el capitán Morris. Debía localizar a Monte antes de que sus objetivos reales, las Tsai, llegaran aquí. Ella misma lo había organizado en la forma de Monte, y viajaban en una nave espacial privada algo más lenta. X7 se levantó del escritorio. Necesitaba un poco de ventaja si quería salir de las instalaciones. En la pared opuesta había un armario metálico que iba del suelo al techo. Lo abrió y encontró un conjunto de batas dentro. Perfecto. Arrastró los dos cuerpos hasta el armario y los

guardó. A nadie se le ocurriría buscar a un técnico desaparecido en el armario antes de esta noche.

X7 miró la hora. En la Tierra era el 2 de abril de 2864. Cambió su calendario interno a la fecha de Terra Nova. Era el 15 de Paopi de 225. De repente, algo le oprimió el pecho con una presión tremenda. Pequeños cuchillos se clavaron en su corazón. X7 se apretó el pecho, pero allí no había nada. Cerró los ojos y respiró hondo. Nunca había sentido nada parecido en una biobolsa. ¿Sería la edad del cuerpo? Encontró una descripción adecuada en una base de datos médicos. Los síntomas podían ser dolor de angina de pecho, que indicaba una enfermedad coronaria.

¡Qué putada!, ¿no lo habían comprobado antes de meterla en esta biobolsa? Y los clones ¿no estaban tan modificados genéticamente que las enfermedades hereditarias ya no existían?

Necesitaba calmarse. Quizá fuera la presión del tiempo. En algún momento en un futuro próximo, sus dos objetivos, las Tsai y la estación de investigación Albatros-1, deberían llegar aquí.



X7 abrió lentamente la puerta. Miró por el largo pasillo, primero a la izquierda y luego a la derecha. Había puertas a ambos lados que conducían a otras salas de llegada, pero el pasillo en sí estaba vacío. El tráfico de taquiones entre la Tierra y Terra Nova, y también hacia Neomarte, había seguido disminuyendo en los últimos años. Cuanto más independientes se volvían las colonias, más disminuía el contacto entre los colonos y su tierra natal. Se habían enterrado los planes de construir más estaciones de taquiones en sistemas recientemente explorados. Ya no merecía la pena: las propias colonias podían aprovechar mejor la energía necesaria.

X7 caminó por el pasillo de la derecha. ¿Cuál era la forma más rápida de llegar a la vigilancia espacial? Probablemente con un transbordador. Había una línea pública entre la estación de taquiones y las demás infraestructuras de la órbita de la colonia pero se tardaría varios días en llegar. Si alguien tenía prisa, podía contratar

un transbordador privado. La única duda era si no sería demasiado llamativo para una bioquímica desconocida como ella. X7 desechó la pregunta. Disponía de poco tiempo, así que tenía que utilizar los medios a su alcance.

De repente, una puerta se abrió frente a ella en el lado derecho del pasillo. X7 se detuvo justo a tiempo.

—Oye, ¿no puedes mirar por dónde vas? —se quejó.

Entonces se dio cuenta de que un arma la apuntaba desde la habitación tras la puerta. X7 la clasificó como un arma de proyectiles con función aturdidora. Una joven vestida con un traje marrón de una pieza la sostenía en la mano. Llevaba la insignia militar de Terra Nova en el hombro.

—Manos arriba. Date la vuelta.

Era la voz que había oído antes detrás de la puerta.

X7 negó con la cabeza.

—Te sugiero que vuelvas a cerrar la puerta y nadie saldrá herido.

Dos hombres aparecieron detrás de la joven, apuntando también a X7. Joder. Su aparente superioridad significaba que sus oponentes no aceptarían su sugerencia. No podía culparles. Delante de ellos había una mujer de unos cincuenta años, regordeta y vestida de forma conservadora, que no parecía suponer ningún peligro.

Uno de los hombres se rio. X7 no se lo reprochó. Solo le quedaban unos minutos de vida, en una estimación generosa. A menos que se le ocurriera alguna salida pacífica. No es que disfrutara matando gente. Simplemente no podía permitir que se interpusieran en su camino. Con seguridad, habría cámaras aquí que, si se investigaba el incidente, revelarían que no se la podía subestimar. Eso hacía su trabajo más difícil.

—Va a ser que no —la desafió la joven—. Me temo que tendrás que venir con nosotros.

—Soy Christine Rothman, bioquímica. Aquí puedo demostraros mi identidad.

X7 levantó el párpado izquierdo, pero ninguno de los oponentes hizo ningún esfuerzo por escanearla.

—Sabemos quién eres —dijo la joven.

No sabía mentir. Le temblaba un poco la voz al decir deliberadamente la mentira. X7 podía demostrárselo en la grabación espectrográfica.

—Tú no sabes nada —replicó ella.

Era inútil. Podría seguir con esta conversación eternamente. Era imposible que los otros dispararan primero. Estaba perdiendo el tiempo.

—Eres de... —continuó la joven.

—El conserje no tiene una hija, ¿verdad? —interrumpió.

Su oponente sonrió.

—Un truco primitivo, lo admito.

—¿Estás monitoreando las vitales?

X7 sonrió. Ya había invertido los papeles. Ahora era ella quien hacía las preguntas.

—Así es —respondió la joven. Obviamente tenía poca experiencia en tácticas de interrogatorio—. Ya había ocurrido antes que los recién llegados se confundieran y atacaran al personal.

—Entonces saltó la alarma cuando el técnico sufrió un infarto.

—¿Un infarto? —La joven sonrió—. Eso no ocurría aquí desde hacía cien años.

De repente, X7 tuvo una idea. Quizá este incidente le ahorraría mucho tiempo.

—Lo admito, maté al hombre. Violó a mi hermana, pero fue absuelto.

La cara de su oponente cambió. Bajó los ojos. X7 reconoció la lástima.

—No lo sabía —dijo la joven, tragando saliva—. Pero da igual. Tengo que arrestarte.

Se enderezó y miró a X7 a la cara. La joven volvió rápidamente a su tarea, incluso después de una manipulación tan vil. Si sobrevivía a este encuentro, tendría grandes perspectivas.

—¿Y qué será de mí entonces? —preguntó X7.

—Seguro que te llevarán a la superficie y te someterán a juicio.

—Pertenezco a la Armada Espacial de la Unión Terrestre. Exijo ser juzgada bajo la ley militar. Tengo derecho a ello. El oficial de más alto rango en órbita es actualmente...

Ahora, se trataba de la respuesta correcta.

—Teniente Zakharova del *Challenger* —dijo la joven.

¡Mierda! Zakharova no sabría nada de ella. No tenía la autorización de seguridad necesaria. El hombre más pequeño de la izquierda palmeó el hombro de su superior.

—Si puedo decir algo...

—Dilo, Janvier.

—Desde que llegó el *Vanguardia*, su capitán es probablemente el oficial de mayor rango.

«Gracias, Janvier. Probablemente acabas de salvar la vida de los tres, aunque no lo sepas».

La joven entrecerró un ojo.

—Tienes razón. Me había olvidado por completo del *Vanguardia*.

—Entonces, ¿me llevarás con el capitán Morris? —preguntó X7.

—Si realmente perteneces a la Armada Espacial, estoy obligada a hacerlo. Pero no hagas ninguna estupidez.

—Prometo que no lo haré. Vamos, ¡rápido!

Leer más:

hardsf.space/links/4654777

"Taquión 2: La Nave"
Escrito por Brandon Q. Morris
Copyright © 2025 Brandon Q. Morris, hardsf.space
Todos los derechos reservados
Correo electrónico: brandon@hardsf.space
Facebook: www.facebook.com/BrandonQMorris/
Traducido por Tomas Ibarra Cervantes
Edición: Elena García Varela
Diseño de portada: © Tom Edwards, TomEdwardsDesign.com

Brandon Q. Morris y el logotipo asociado son marcas del autor.